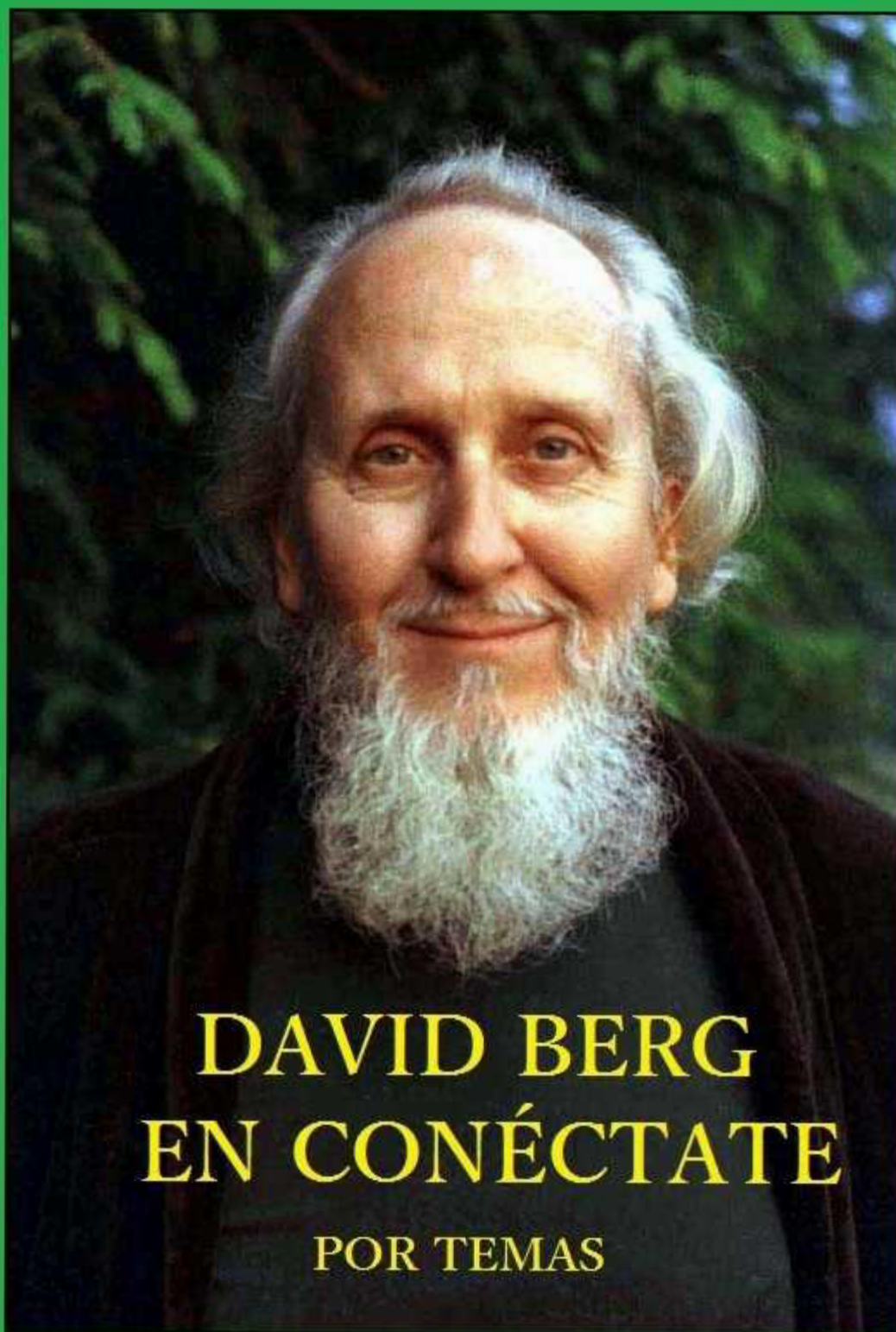




DAVID BERG
EN CONÉCTATE
POR TEMAS

INDICE DE “DAVID BERG EN CONÉCTATE” POR TEMAS

ARTÍCULO

PÁGINA

AMOR DE DIOS

¿Quién es Éste Hombre?	17
¡Es Gratis!	19
Preguntas en Torno a la Salvación	20
La Luz del Amor	23
Las Dos Religiones	25
Dios Nunca Deja de Amarte	26
La Fuente del Verdadero Amor	27
La Pascua	28
Unción con Clara Intención	30
No Hay Otro Como Tú	33
¡A Jesús se lo Debemos Todo!	34
Para Qué Vino Jesús	35
Para Eso Fué	36
Lo que Hizo Jesús	37
Amor que Todo lo Perdona	38
La Fe de un Niño	39
El Ofertazo	40
La Decisión	43
¿Comprender a Dios?	44
Todo Cambia pero Jesús Nunca	45
Indulto General	46

AMOR Y COMPASIÓN

Declaración de Amor	48
La Única Ley de Dios es el Amor	50
La Única Ley de Dios y Cómo Observarla	52
La Divina Ley del Amor	54
¿No Sería Fantástico...?	55

Nunca es Tarde para Amar	56
Cómo Hallar Amor	57
Los Elogios	58
Embajadores del Amor	60

BIBLIA

Dime lo que Comes y te Diré Quién Eres	62
Guíate por el Manual	64
Perspectivas	65
Réplicas de Dios	66
La Mecánica de la Fe	67

CIELO Y MUNDO ESPIRITUAL

Los Planícolas	69
Travesía hacia la Vida	72
La Puerta Verde	74
El Hocico del Camello	76
La Vida Después de la Muerte	77
Algo del Otro Mundo	79
Mi Ángel de la Guarda	82
¡Gracias a Dios por el Cielo!	83
¿Porqué Soñamos?	84
El Chalet de la Isla Montañosa	86
Planeta Prohibido	90
Las Tres Esferas de la Vida Espiritual	92
Lágrimas en el Cielo	94

COMUNIÓN CON DIOS

Montañeses	96
Para...Mira...Escucha	98
Entra en el Templo	102
Diamantes de Polvo	104
Despacito y Buena Letra	106
La Fe, el Mejor Medicamento	107

Las Tres Esferas de la Vida Espiritual	108
Comienza Bien el Día: ¡Escucha al Señor!	110
Perfecta Paz	111

CREACIÓN

El Milagro de la Creación	113
Sí Hay Valores Absolutos	115
¿Qué Pruebas Hay?	118
El Espacio Divino	119

DECISIONES Y ESCUCHAR A DIOS

La Mejor Forma de Descubrir la Voluntad de Dios	121
Sintonízate	122
Para...Mira...Escucha	123
La Fe	127
La Clave Musical	130
El Hocico del Camello	132
Siete Maneras de Averiguar la Voluntad de Dios	133
¡Afronta Tus Temores!	137
Tú Decides	139
Enciéndete y Sintonízate	142
Comienza Bien el Día: ¡Escucha al Señor!	143

ENTREGA Y CONVICCIÓN

¿Se Equivocó Dios?	145
Atrévete a Ser Diferente	148
Entrégate de Lleno a Jesús	151

FAMILIA

Cómo Disfrutar de un Buen Matrimonio	156
Tributo a la Mujer	157
El Amor Verdadero	161
El Matrimonio	162
Nuevos Mundos que Descubrir	163
Los Niños son Para Siempre	164

Madres de Verdad	166
Secretos para ser Buenos Padres	169
Consejos para Padres	171
Padres de Verdad	172
El Lado Malo de los Entretenimientos Modernos	173
Juntos en la Cuerda Floja	175

FE Y PRUEBAS

Luchadores	177
Fe + Lucha = Victoria	181
Puede que el Panorama a tu Alrededor	182
Gloria en Lugar de Ceniza	183
Como Oro Refinado	184
Trepando a la Cumbre se va Llegando	185
Corre la Carrera	186
Andar por Fe	188
Cómo Reaccionar ante las Pruebas de la Vida	189
La Mecánica de la Fe	190
Lágrimas en el Cielo	191
La Fe, el Título de Propiedad	192
Peldaños	193
Caídas Hacia Arriba	195

FORTALEZA EN DIOS

Esfuerzo Humano o Ayuda Divina	199
Humildad en vez de Perfección y Beatería	201
¿Por tus Propias Fuerzas?	202
Las Dos Religiones	204
La Lámpara de Aceite	205
Diamantes de Polvo	207
La Pieza de Ajedrez	209
Unción con Clara Intención	213
Despacito y Buena Letra	216
La Búsqueda de la Individualidad	217

Cualidades y Flaquezas	219
Hacer de la Debilidad una Cualidad	223
Puedes Ser Todo lo que te Propongas	224
La Mejor Época de la Vida	225
Alba y Ocaso	226
Caídas Hacia Arriba	227

GENEROSIDAD Y FINANZAS

Dando se Sale Ganando	230
Si Das, No Perderás	232
Dar a Dios	233
Das un Poco, Ganas Más	235

HÁBITOS Y ÉXITO

Sé Fiel Cada Día	237
La Pieza de Ajedrez	240
La Batalla de la Mente	244
¡Afronta Tus Temores!	246
El Directivo Inteligente	248
Colgar los Malos Hábitos	250
Despacito y Buena Letra	252
El País sin Demasiados	253
El Cambio que se Perfilaba Imposible	254
Hacer de la Debilidad una Cualidad	256
Corre la Carrera	257
Con Suavidad, Sin Prisas	261
La Negatividad: Origen y Solución	262
Trabajo Inteligente	263
Árboles	264

HUMILDAD Y SENCILLEZ

Humildad, en vez de Perfección y Beatería	266
¿Por Tus Propias Fuerzas?	267
Huecos Santos	268

Dos Cualidades Inseparables	271
La Fe de un Niño	272
Puedes Ser Todo lo que te Propongas	273
¿Comprender a Dios?	274

MILAGROS Y CURACIÓN

Plan Divino para Gozar de Buena Salud	275
La Fe, Factor Clave	277
Pies de Fe	278
Tú Puedes Obrar Milagros	281
La Ciencia y los Milagros	283
Dios Obra Milagros con Facilidad	285
Todo lo Sincroniza el Señor	286
Tú También Puedes	287
Para Dios no Tienen Nada de Particular	288
La Curación está a Tu Alcance	289
La Fe, el Título de Propiedad	291

NAVIDAD

Ángeles Navideños	293
¿Qué te Daré Maestro?	297
El Más Preciado Regalo de Navidad	298

OPTIMISMO Y AGRADECIMIENTO

Aprecia lo que Tienes	300
Piensa en lo Bueno	303
No Hay Otro Como Tú	304
La Alabanza nos Acerca al Cielo	305
¿Te Puedes Ganar la Gloria a Pulso?	306
Pobre de Mí	310
La Fuerza de la Alabanza	314
Confía en el Señor a Pesar de Todo	316
¡Aleluya por la Alegría!	318
¡Deja Entrar la Luz!	320

Gracias a Dios por lo Bueno	321
Los Elogios	322
La Negatividad: Origen y Solución	324
Tu Belleza Singular	325
Circunstancias	327
Alegría, Alegría, Alegría	328
El Factor Clave	330
Caídas Hacia Arriba	331

ORACIÓN

Lo Mejor que se Puede Hacer por Alguien	334
Cómo Actúan las Oraciones	335

PROFECÍAS SOBRE EL FUTURO

¿Te Quedarás Atrás? – Parte 1 -	340
¿Te Quedarás Atrás? – Parte 2 -	342
Cómo Interpretar las Profecías de la Biblia - 1 -	344
Cómo Interpretar las Profecías de la Biblia - 2 -	346
Cómo Interpretar las Profecías de la Biblia – 3 -	348
La Futura Vida Celestial de Amor	350
La Ciudad Celestial y la Nueva Tierra	352
Catorce Hitos del Tiempo del Fin - Parte 1 -	354
Catorce Hitos del Tiempo del Fin - Parte 2 -	356
Sueño del Microchip	360
Triunfos en la Tribulación	362
Seremos Transformados	364
Victorias en la Gran Tribulación	366

SEGURIDAD Y PROTECCIÓN

La Mejor Seguridad	368
Protección y Poder	370
Al Abrigo del Altísimo	372
Para Dios no Tienen Nada de Particular	373

TESTIFICAR

¡Un Momento!	375
La Guerra Universal	377
Cambia el Mundo	379
El Amor le Inspiró un Recurso	382
Gente Perdida y Solitaria	384
Diamantes de Polvo	385
¿Porqué Hay Tanto Sufrimiento?	387
¿Aquí Quién Manda?	390
Antorchas	390
El Ciclo de las Sonrisas	392

INDICE ALFABÉTICO DE DBB EN CONÉCTATE - por Temas -

<i>ARTÍCULO</i>	<i>PÁGINA</i>
¡A Jesús se lo Debemos Todo!	34
¡Afronta Tus Temores!	137
¡Afronta Tus Temores!	246
Al Abrigo del Altísimo	372
Alba y Ocaso	226
Alegría, Alegría, Alegría	328
¡Aleluya por la Alegría!	318
Algo del Otro Mundo	79
Amor que Todo lo Perdona	38
Andar por Fe	188
Ángeles Navideños	293
Antorchas	391
Aprecia lo que Tienes	300
¿Aquí Quién Manda?	390
Árboles	264
Atrévete a Ser Diferente	148
Caídas Hacia Arriba	227
Caídas Hacia Arriba	331
Caídas Hacia Arriba	195

Cambia el Mundo	379
Catorce Hitos del Tiempo del Fin - Parte 1 -	354
Catorce Hitos del Tiempo del Fin - Parte 2 -	357
Circunstancias	327
Colgar los Malos Hábitos	250
Comienza Bien el Día: ¡Escucha al Señor!	143
Comienza Bien el Día: ¡Escucha al Señor!	110
Cómo Actúan las Oraciones	335
Cómo Disfrutar de un Buen Matrimonio	156
Cómo Hallar Amor	57
Cómo Interpretar las Profecías de la Biblia - 1 -	344
Cómo Interpretar las Profecías de la Biblia - 2 -	346
Cómo Interpretar las Profecías de la Biblia – 3 -	348
Como Oro Refinado	184
Cómo Reaccionar ante las Pruebas de la Vida	189
¿Comprender a Dios?	274
¿Comprender a Dios?	44
Con Suavidad, Sin Prisas	261
Confía en el Señor a Pesar de Todo	316
Consejos para Padres	171
Corre la Carrera	257
Corre la Carrera	186
Cualidades y Flaquezas	219
Dando se Sale Ganando	230
Dar a Dios	233
Das un Poco, Ganas Más	235
Declaración de Amor	48
Deja Entrar la Luz!	320
Despacito y Buena Letra	252
Despacito y Buena Letra	216
Despacito y Buena Letra	106
Diamantes de Polvo	385
Diamantes de Polvo	207
Diamantes de Polvo	104
Dime lo que Comes y te Diré Quién Eres	62
Dios Nunca Deja de Amarte	26
Dios Obra Milagros con Facilidad	285

Dos Cualidades Inseparables	271
El Amor le Inspiró un Recurso	382
El Amor Verdadero	161
El Cambio que se Perfilaba Imposible	254
El Chalet de la Isla Montañosa	86
El Ciclo de las Sonrisas	392
El Directivo Inteligente	248
El Espacio Divino	119
El Factor Clave	330
El Hocico del Camello	76
El Hocico del Camello	132
El Lado Malo de los Entretenimientos Modernos	173
El Más Preciado Regalo de Navidad	298
El Matrimonio	162
El Milagro de la Creación	113
El Ofertazo	40
El País sin Demasiados	253
Embajadores del Amor	60
Enciéndete y Sintonízate	142
Entra en el Templo	102
Entrégate de Lleno a Jesús	151
Es Gratis!	19
Esfuerzo Humano o Ayuda Divina	199
Fe + Lucha = Victoria	181
Gente Perdida y Solitaria	384
Gloria en Lugar de Ceniza	183
¡Gracias a Dios por el Cielo!	83
Gracias a Dios por lo Bueno	321
Guíate por el Manual	64
Hacer de la Debilidad una Cualidad	256
Hacer de la Debilidad una Cualidad	223
Huecos Santos	268
Humildad en vez de Perfección y Beatería	201
Humildad, en vez de Perfección y Beatería	266
Indulto General	46
Juntos en la Cuerda Floja	175
La Alabanza nos Acerca al Cielo	305

La Batalla de la Mente	244
La Búsqueda de la Individualidad	217
La Ciencia y los Milagros	283
La Ciudad Celestial y la Nueva Tierra	352
La Clave Musical	130
La Curación está a Tu Alcance	289
La Decisión	43
La Divina Ley del Amor	54
La Fe	127
La Fe de un Niño	39
La Fe de un Niño	272
La Fe, el Mejor Medicamento	107
La Fe, el Título de Propiedad	192
La Fe, el Título de Propiedad	291
La Fe, Factor Clave	277
La Fuente del Verdadero Amor	27
La Fuerza de la Alabanza	314
La Futura Vida Celestial de Amor	350
La Guerra Universal	377
La Lámpara de Aceite	205
La Luz del Amor	23
La Mecánica de la Fe	190
La Mecánica de la Fe	67
La Mejor Época de la Vida	225
La Mejor Forma de Descubrir la Voluntad de Dios	121
La Mejor Seguridad	368
La Negatividad: Origen y Solución	324
La Negatividad: Origen y Solución	262
La Pascua	28
La Pieza de Ajedrez	209
La Pieza de Ajedrez	240
La Puerta Verde	74
La Única Ley de Dios es el Amor	50
La Única Ley de Dios y Cómo Observarla	52
La Vida Después de la Muerte	77
Lágrimas en el Cielo	191
Lágrimas en el Cielo	94

Las Dos Religiones	25
Las Dos Religiones	204
Las Tres Esferas de la Vida Espiritual	108
Las Tres Esferas de la Vida Espiritual	92
Lo Mejor que se Puede Hacer por Alguien	334
Lo que Hizo Jesús	37
Los Elogios	322
Los Elogios	58
Los Niños son Para Siempre	164
Los Planícolas	69
Luchadores	177
Madres de Verdad	166
Mi Ángel de la Guarda	82
Montañeses	96
No Hay Otro Como Tú	33
No Hay Otro Como Tú	304
¿No Sería Fantástico...?	55
Nuevos Mundos que Descubrir	163
Nunca es Tarde para Amar	56
Padres de Verdad	172
Para Dios no Tienen Nada de Particular	373
Para Dios no Tienen Nada de Particular	288
Para Eso Fué	36
Para Qué Vino Jesús	35
Para...Mira...Escucha	123
Para...Mira...Escucha	98
Peldaños	193
Perfecta Paz	111
Perspectivas	65
Piensa en lo Bueno	303
Pies de Fe	278
Plan Divino para Gozar de Buena Salud	275
Planeta Prohibido	90
Pobre de Mí	310
¿Por Tus Propias Fuerzas?	267
¿Por tus Propias Fuerzas?	202
¿Porqué Hay Tanto Sufrimiento?	387

	84
Preguntas en Torno a la Salvación	20
Protección y Poder	370
Puede que el Panorama a tu Alrededor	182
Puedes Ser Todo lo que te Propongas	224
Puedes Ser Todo lo que te Propongas	273
¿Qué Pruebas Hay?	118
¿Qué te Daré Maestro?	297
¿Quién es Éste Hombre?	17
Réplicas de Dios	66
¿Se Equivocó Dios?	145
Sé Fiel Cada Día	237
Secretos para ser Buenos Padres	169
Seremos Transformados	364
Si Das, No Perderás	232
Sí Hay Valores Absolutos	115
Siete Maneras de Averiguar la Voluntad de Dios	133
Sintonízate	122
Sueño del Microchip	360
¿Te Puedes Ganar la Gloria a Pulso?	306
¿Te Quedarás Atrás? – Parte 1 -	340
¿Te Quedarás Atrás? – Parte 2 -	342
Todo Cambia pero Jesús Nunca	45
Todo lo Sincroniza el Señor	286
Trabajo Inteligente	263
Travesía hacia la Vida	72
Trepando a la Cumbre se va Llegando	185
Tributo a la Mujer	157
Triunfos en la Tribulación	362
Tu Belleza Singular	325
Tú Decides	139
Tú Puedes Obrar Milagros	281
Tú También Puedes	287
¡Un Momento!	371
Unción con Clara Intención	30
Unción con Clara Intención	213
Victorias en la Gran Tribulación	366

AMOR

DE

DIOS

«¿QUIÉN ES ESTE HOMBRE?»»

DAVID BRANDT BERG

**VIO LA LUZ EN EL SUELO SUCIO DE UN ESTABLO. PARA LIBRARLO DEL
ESCUADRÓN DE LA MUERTE ENVIADO POR UN REY ENVIDIOSO, SUS
PADRES SE EXILIARON CON ÉL CUANDO ERA NIÑO, HASTA QUE PASÓ
EL PELIGRO Y PUDIERON VOLVER A SU TIERRA.**

Hasta los 30 años fue carpintero, igual que Su padre terrenal. Sin embargo, Su Padre celestial lo necesitaba para otra labor que solo Él podía realizar.

Cuando llegó el momento de que iniciara Su misión, fue por todas partes haciendo el bien, ayudando a la gente, interesándose por los niños, consolando, fortaleciendo a los cansados y salvando a cuantos creían en Él. Además de predicar Su mensaje, lo vivió entre la gente. No solo atendía las necesidades espirituales de las personas, sino que también invertía largas horas velando por sus necesidades físicas y materiales, sanándolas milagrosamente cuando estaban enfermas y dándoles de comer cuando tenían hambre. En todo momento compartió Su vida y Su amor con quienes lo rodeaban.

| Su religión era tan simple que afirmó que
| había que volverse como un niño para aceptarla.
| No dijo que hubiera que celebrar aparatosos
| cultos en fastuosos templos. Nunca enseñó a la
| gente que tenía que observar complicados ritos
| ni reglas difíciles de cumplir. Lo único que hizo
| fue pregonar y manifestar amor, procurando
| conducir a los hijos de Dios al verdadero Reino
| celestial, en el que las únicas leyes son «amarás
| al Señor con todo tu corazón» y «amarás al pró-
| jimo como a ti mismo».

| Se relacionó muy poco con los pomposos diri-
| gentes eclesiásticos de Su época, a excepción
| de las ocasiones en que insistieron en impor-
| tunarlo con sus preguntas capciosas. En esos
| casos los reprendió públicamente y los puso en
| evidencia demostrando que eran «ciegos guías
| de ciegos».

| Se negó a transigir con las falsas institucio-
| nes religiosas de Su época. Al contrario, obró
| completamente al margen de ellas. Comunicó
| Su mensaje y Su amor a la gente corriente y a
| los pobres, la mayoría de los cuales se habían

apartado desde hacía tiempo de la religión establecida y habían sido abandonados por ésta.

No se preocupó por Su prestigio y reputación, y fue compañero de borrachos y prostitutas, de los despreciados publicanos y pecadores, de los marginados y oprimidos por la sociedad. Hasta llegó a decirles que ellos entrarían en el Reino de los Cielos antes que la llamada *gente buena*: los farisaicos dirigentes religiosos que lo rechazaron y que despreciaron Su sencillo mensaje de amor. El poder de Su amor y de Su convocatoria era tal e inspiraba tanta fe entre los que buscaban sinceramente la verdad que muchos no vacilaron en dejarlo todo y seguirlo de inmediato.

En cierta ocasión, mientras Él y Sus discípulos cruzaban un extenso lago, se desató una feroz tempestad que amenazaba con hacer zozobrar la nave en que se encontraban. Ordenó a los vientos que se calmaran y a las olas que se aquietaran, y enseguida hubo gran bonanza. Sus discípulos, atónitos ante tal demostración de poder, exclamaron: «¿Quién es este hombre, que aun los vientos y el mar le obedecen?»

En el transcurso de Su obra dotó de vista a los ciegos y de oído a los sordos; sanó a leprosos y resucitó muertos. Tan prodigiosas fueron Sus obras que uno de los jerarcas del orden religioso que se oponía enconadamente a Él llegó a afirmar: «Sabemos que has venido de Dios, porque nadie puede obrar estos milagros que Tú haces si no está Dios con él».

A medida que Su mensaje de amor se fue propagando y Sus seguidores se fueron multiplicando, los envidiosos dirigentes eclesiásticos de aquel tiempo se dieron cuenta de la amenaza que suponía para ellos aquel carpintero desconocido hasta hacía poco tiempo. Al liberar a la gente de la autoridad y dominio de la cúpula eclesiástica, la sencilla doctrina de amor que pregonaba iba socavando el orden religioso de la época.

Finalmente Sus poderosos enemigos obligaron a los gobernantes a detenerlo sobre la base de falsas imputaciones de sedición y subversión. Y aunque fue declarado inocente por el gobernador romano, aquellos hipócritas presionaron a la

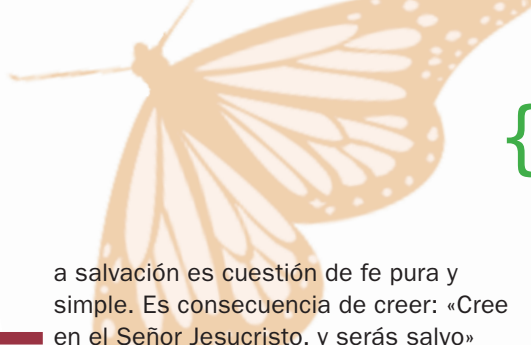
autoridad y la convencieron para que lo mandara ejecutar.

Horas antes de Su detención, este hombre, Jesús de Nazaret, había dicho: «No podrían tocarme siquiera sin el permiso de Mi Padre. A una simple señal Mía, Él enviaría legiones de ángeles a rescatarme». Pero optó por ofrendar la vida por ti y por mí. Nadie se la quitó. Él la entregó, renunció a ella por voluntad y decisión propia, sabiendo que aquella era la única forma de cumplir el designio concebido por Dios para nuestra salvación.

Pero ni siquiera Su muerte satisfizo a Sus celosos enemigos. Para impedir que Sus seguidores sustrajeran el cuerpo y afirmaran que había resucitado, cerraron el sepulcro con una enorme piedra y apostaron en el lugar a un grupo de soldados romanos para que lo custodiaran. Aquella estratagema resultó inútil, pues esos mismos guardias fueron testigos del más grandioso de los milagros. Tres días después que Su cuerpo fuera depositado en aquel frío sepulcro, resucitó, triunfando sobre la muerte y sobre el infierno para siempre.

Ni la muerte fue capaz de detener Su obra o de silenciar Sus palabras. Desde aquel día milagroso hace ya casi 2.000 años, este Hombre, Jesucristo, ha hecho más por cambiar el curso de la Historia, de nuestra civilización y de la condición humana que ningún otro dirigente, grupo, gobierno o imperio. Ha salvado a miles de millones de personas de la desesperanza y les ha concedido la vida eterna y manifestado el amor de Dios.

Dios, el gran Creador, es Espíritu. Es omnipotente, omnisciente y omnipresente. Semejante concepto sería para nosotros demasiado difícil de asimilar. De ahí que para manifestarnos Su amor, acercarnos a Él y llevarnos a comprender Su esencia, dispuso que Su propio Hijo, Jesucristo, tomara forma corporal y bajara a la Tierra. Si bien muchos grandes maestros han vertido enseñanzas sobre el amor y sobre Dios, Jesús es la quintaesencia del amor. Es Dios. Es el único que murió por los pecados del mundo y que resucitó de entre los muertos. Es el único Salvador. ■



{ ¡ES GRATIS! }

DAVID BRANDT BERG

La salvación es cuestión de fe pura y simple. Es consecuencia de creer: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hechos 16:31). Si la experiencia te resulta emocionante y sobrecogedora y va acompañada de alguna sensación intensa, puedes considerarte afortunado; pero eso no tiene ningún efecto sobre el hecho mismo. Lo que nos salva es la fe en la Palabra de Dios. Dios puso una sola condición para que nos salváramos: que creyéramos. Lo que sentimos o dejemos de sentir es irrelevante.

La Palabra no cambia, independientemente de cómo te sientas. Sigue siendo igual de efectiva e inalterable. Tu fe es lo que cuenta. Si aceptas la Palabra y la crees, sientas lo que sientas, ¡eres salvo! A la postre seguramente te invadirá alguna sensación y tendrás alguna experiencia; pero no es la experiencia ni la sensación lo que te salva; éstas se producen como consecuencia de haberte salvado.

El plan divino se basó desde el principio en el libre albedrío, la elección personal de cada uno. Tenemos la soberana libertad de elegir entre recibir a Cristo o rechazarlo. La salvación está a tu alcance, es tuya, está a tu entera disposición. Tú tomas la decisión.

La salvación está siempre a tu alcance; es un don gratuito. No tienes más que extender la mano de la fe y recibirla. Es un milagro de Dios, pero basta con que la pidas para alcanzarla. Todo lo que

tienes que hacer es recibir a Jesús en tu corazón. Él simplemente está esperando a que le des entrada.

Cree y serás salvo. ¡Punto! ¡Nada más! Sólo hace falta la Palabra y tu fe, ¡ninguna otra cosa! Y ya está. Si crees en la Palabra y lo recibes a Él, ¡ya está hecho! Huelga decir que si estás agradecido por el amor de Jesús y por el don de la salvación, tu diario vivir lo reflejará (Santiago 2:17,18). Así y todo, el milagro se opera en el mismo instante en que crees, antes que tengas oportunidad de manifestar tu agradecimiento o de demostrarle con tus actos el amor que le profesas.

La salvación no es un premio, no es una recompensa por algo bueno que hayas hecho o por algo malo que te hayas esforzado por no hacer; es un regalo al que no te haces acreedor ni puedes llegar a hacerte acreedor por medio de ninguna obra de carácter personal. «Por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9).

Tú sólo tienes que recibirla. A eso precisamente se refiere cuando dice: «No de vosotros». La parte que a ti te toca es de lo más fácil, tanto es así que está al alcance de un chiquillo. Consiste en recibir ese don. No es preciso que sea una experiencia emotiva. No es algo que tengas que bajar a rezos o esforzarte por obtener: simplemente aceptas a Jesús, lo recibes y sanseacabó. ¡Nada más! ■

TRATO CERRADO

TNo tienes que preocuparte por si vas a perder la salvación, ni por cómo te las arreglarás para seguir salvado. Salvación eterna por gracia significa que una vez que te salvas, eres salvo para siempre. Una vez que recibes a Jesucristo como tu Salvador, no hay más condiciones, ni requisitos, ni vueltas que darle. ¡Eres un hijo de Dios salvado! «El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Juan 3:36). Ese sencillo versículo debiera disipar todos tus temores. Tienes vida eterna, que es un don de Dios, y no la puedes perder.

Además, así como no pudiste salvarte a pulso, tus propios esfuerzos de nada te servirán para conservar la salvación. Aunque la perfección te sea esquivada y te resulte inevitable cometer equivocaciones, Dios te salvará. La salvación es eterna. El Señor ya te la ha concedido, y no te la retirará jamás. ¡Te pertenece!

Preguntas

frecuentes en torno a la salvación

¿Quién la necesita?

La mayoría de la gente cree que Dios califica a las personas del mismo modo que un profesor a sus alumnos. Si uno procura ser bueno y no comete faltas muy graves, cuando muera y termine el curso de la vida probablemente se lo calificará con una nota aprobatoria. En caso de no sacar buena nota y reprobar el curso, la cosa es distinta...

A simple vista podría dar la impresión de ser un plan bastante justo, sobre todo si se obtiene una calificación por encima de la mínima para aprobar; sin embargo, según la Biblia no es así.

Ninguno de nosotros merece el Cielo. Reza la Escritura que «*todos* pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). «No hay hombre justo en la Tierra, que haga el bien y nunca peque» (Eclesiastés 7:20). «No hay justo, *ni aun uno*» (Romanos 3:10). Cualquiera que se considere merecedor del Cielo por causa de sus buenas obras se engaña a sí mismo y se privará del más grande de los regalos de Dios. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1:8).

No hay quien pueda decir que es realmente *bueno*. Uno no puede ganarse la salvación ni acceder al Cielo gracias a sus buenas obras. «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9). «Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por Su misericordia» (Tito 3:5).

¿Quién la necesita entonces? ¡Todo el mundo!

¿Qué me va a costar?

«Debe de implicar algún esfuerzo —dirás—. La cuestión no puede ser así de simple. Seguro que tendré que renunciar a algo, trabajar con ahínco o hacer *algo* por ganármela». Pero no es así. ¡Eso es precisamente lo hermoso de la salvación! Es un *don* de Dios (Efesios 2:8), o sea, es gratuita. ¿Alguna vez has tenido que ganarte un obsequio, o pagar para obtenerlo? De haber tenido que hacerlo, no habría sido un regalo.

La salvación no es un premio a nuestras buenas obras. Estas no nos abren las puertas del Cielo, así como tampoco nuestras faltas nos condenan al Infierno si es que hemos pedido y recibido el perdón de Dios mediante el sacrificio de Jesús. Uno se salva por pura fe en Él. Nos basta con admitir que no podemos comprar nuestro acceso al Cielo y con aceptar luego humildemente el regalo de Dios. Así de sencillo.

¿Hay algún pecado que Dios considere imperdonable?

Dios anhela perdonar con liberalidad a todo hombre cuantos males haya hecho. Dice: «Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar» (Isaías 55:7). En otro pasaje manifiesta: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como la blanca lana» (Isaías 1:18).

«No envió Dios a Su Hijo al mundo para *condenar* al mundo, sino para que el mundo sea *salvo* por Él» (Juan 3:17). Él quiere perdonar a todos; pero para obtener el perdón divino es preciso creer en Jesús (Hechos 16:31). «El que en Él [Jesús] cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios» (Juan 3:18).

Cuando la verdad —el proyecto divino de perdón y salvación por medio del sacrificio de Jesús— llega a oídos de una persona, expresada de tal manera que la puede entender a cabalidad, el Espíritu Santo habla directamente al corazón de esa persona y la lleva al punto de decisión. Si cree y reconoce a Jesús por Salvador, sus pecados le son perdonados. Por otra parte, si rechaza obstinadamente el perdón que se le ofrece, Dios se ve impedido de actuar. «Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Juan 3:19). Un repudio deliberado de esa naturaleza constituye lo que la Escritura llama *blasfemia contra el Espíritu Santo*, la cual Dios no puede perdonar (Marcos 3:28,29). Habiendo otorgado a cada hombre la sagrada facultad de elegir, Dios no puede de un momento a otro invalidar esa facultad y privar a una persona del libre albedrío que tiene para rechazar Su ofrecimiento de salvación si así lo desea.

Huelga decir que el solo hecho de que alguien rechace la verdad la primera vez que la oiga no significa que no se le volverá a dar ocasión de decidir correctamente. A muchas personas se les concede más de una oportunidad. Aun así, la Biblia nos avisa: «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí *ahora* el día de salvación» (2 Corintios 6:2). «No sabéis lo que será mañana. Porque, ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece» (Santiago 4:14).

¿Cuánta fe se necesita?

Te sorprenderá la poca fe que se necesita para recibir el regalo de la salvación. Dios no nos pide que tengamos gran fe en algo que conocemos muy poco y entendemos menos aún. Lo cierto es que es imposible entender o apreciar la salvación sin haberla *experimentado*. Basta con tener suficiente fe para admitir que Jesús puede ser el camino de la salvación, y un sincero deseo de que Él te lo demuestre. Con tal de que tengas un granito de fe y reces: «Jesús, si en verdad existes y eres el camino de la salvación, *revélamelo*», ¡Él lo hará! Si lo que acabas de leer te ha convencido para hacer la prueba, Él te ha dado la fe necesaria para ser salvo.

¿Tiene que ser con Jesús?

Puede que te preguntes: «¿Por qué debo aceptar a Jesús en mi corazón? ¿Por qué tengo que emplear ese nombre? ¿No puedo rezar simplemente a Dios y acceder a la salvación invocando el nombre de Dios?»

Resulta que Jesús es el único que vino a la Tierra y dio la vida por ti. Él dijo: «Yo soy la puerta [de la casa de Su Padre, el reino de Dios]; el que por Mí entrare, será salvo» (Juan 10:9). De modo que si quieres ir al Cielo, tienes que pasar por Jesús, la puerta abierta.

Jesús es, además, la única puerta. «No hay otro nombre [aparte de Jesús] bajo el cielo [...] en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). «Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5). Jesús mismo dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí» (Juan 14:6). Así es ni más ni menos como Dios lo ha determinado.

¿Qué pasa entonces con los adeptos de todas las demás religiones del mundo? ¿No pueden salvarse? Por supuesto que sí. Todos pueden acceder a la salvación, sea cual sea su religión. Pueden salvarse aunque no tengan religión, pero solamente por intermedio de Jesús.

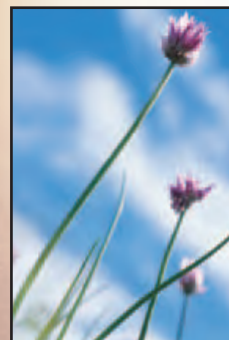
¿Puedo perder la salvación?

¡No! Una de las maravillas del don de la salvación es que una vez que has aceptado a Cristo, Él no se ausenta jamás. Ha entrado en tu vida y estará contigo para siempre. Jesús prometió que nunca te dejaría ni te abandonaría, y que estaría contigo todos los días, hasta el fin del mundo (Hebreos 13:5; Mateo 28:20). Nada que uno diga o haga puede invalidar esas extraordinarias promesas.

Jesús sabe que no eres perfecto y que nunca lo serás. Pero aun así te ama. Al perdonar tus pecados, no solo te remite los que ya cometiste, sino que te perdona también los que cometes ahora e incluso en un futuro.

Cierto es que uno puede hacerse acreedor a mayores *bendiciones* de Dios si procura agradarlo y obrar bien; pero ello no vale para mantenerse salvo. El único capaz de encargarse de eso es Jesús. Él ya selló eso de una vez para siempre. La vida eterna no es algo que se tenga a ratos; uno no se salva y luego cae de la gracia de Dios, ni vuelve a salvarse cada vez que peca y se arrepiente. No hay tal cosa. Una vez que se es salvo, se es salvo *para siempre*.

Naturalmente, si uno se empeña en obrar mal una vez que se ha salvado y no se arrepiente ni se enmienda, a la larga pagará por esos pecados. El Señor tendrá que permitir que pague las consecuencias para enseñarle una lección. «El Señor, al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (Hebreos 12:6). Aun así, no se pierde la salvación. ■



La luz del amor

David Brandt Berg



La vida en la Tierra no sería posible sin el Sol, ya que toda forma de vida depende de la fotosíntesis, proceso por el cual las plantas verdes y otros organismos captan la energía de la luz y la transforman en energía química para poder desarrollarse. Esas plantas y bacterias a su vez proporcionan alimento al reino animal. Sin el Sol no habría nada que comer. Toda forma de vida animal dejaría de existir. De modo que en cierto sentido, todos los seres vivientes se *alimentan* del Sol. No es de extrañar que los antiguos adorasen al astro rey. Es una figura de Dios, por cuanto no sólo nos proporciona luz y calor, sino que de hecho *fabrica* los alimentos que consumimos.

Sin el calor del Sol, la Tierra estaría tan fría que no podría haber vida en ella, como sucede en el lado oscuro de la Luna y en otros cuerpos celestes en que las temperaturas alcanzan cientos de grados bajo cero porque están privados de los vitales rayos del Sol.

La fuerza de gravedad del Sol mantiene además en órbita a la Tierra, la mantiene bien encaminada.

El Sol tiene cuatro funciones principales: nos suministra luz, calor y alimento, y además con su fuerza gravitacional mantiene en órbita a la Tierra. Ahora bien, si el Sol ejerce una influencia tan poderosa, imagínate cuanto mayor es la influencia espiritual que ejerce Dios, nuestro sol espiritual.

¿Qué simboliza?

Muchas veces Dios nos transmite verdades espirituales por medio de Su creación física. Estoy seguro de que, en parte, el Señor creó el Sol, la Luna, las estrellas, la Tierra y los otros planetas con el objeto de que entendiéramos mejor nuestra relación con Él.

La Biblia enseña que Dios es Espíritu, y también que es luz (Juan 4:24; 1 Juan 1:5). Dado que la luz constituye una forma de energía tan potente —así lo ha demostrado la ciencia—, el Espíritu de Dios debe de ser una poderosísima energía, una energía de orden espiritual.

Sin la luz del Sol estaríamos sumidos en una oscuridad casi total. Sólo habría la luz de las estrellas. Ni siquiera la Luna brillaría, porque la Luna no tiene luz propia. Se limita a reflejar la luz solar. Del mismo modo, sin el Señor moraríamos en una oscuridad espiritual casi completa.

Además, sin el calor que nos brindan los rayos solares, moriríamos por congelamiento. Es más, nos convertiríamos en un bloque de hielo. Sin el Señor, todos moriríamos de frío espiritualmente.

Sin los rayos del Sol no tendríamos de qué alimentarnos. De igual modo, sin el Señor, que nos facilita alimento para el alma, moriríamos de inanición espiritualmente.

Por último, sin la fuerza gravitacional que ejerce el Sol sobre la Tierra, en vez de seguir su bien planeada órbita,

Conéctate n°14

nuestro planeta se perdería a la deriva por el espacio y seguramente se estrellaría contra algún cuerpo celeste. Así pues, desprovistos de la guía de Dios —la fuerza gravitacional que ejerce sobre nosotros en el mundo espiritual—, sin duda alguna nosotros también nos apartaríamos de la bien planeada órbita de Su voluntad —la órbita espiritual que Él ha trazado para nosotros—, nos perderíamos a la deriva en las tinieblas del espacio espiritual y a la postre nos estrellaríamos.

Vagar a la deriva en las tinieblas espirituales es como andar desorbitado, sin rumbo ni orientación, perdido en el espacio. Esa es la situación de la pobre gente que no conoce al Señor. Vagan a la deriva por el espacio espiritual, por las tinieblas inmateriales. Personas frías y muertas de hambre vagan errantes en las tinieblas, desprovistas de Dios. El mismo destino correría la Tierra sin el Sol.

A los ángeles desobedientes, a los ángeles rebeldes y a las huestes espirituales del Diablo, Dios los llama «estrellas errantes» (Judas 6,13). Quisieron escapar de Su control. Se apartaron del centro y se salieron de órbita. Vagan errantes, perdidos en el espacio, a causa de su rebeldía.

La frase *perdidos en el espacio* tiene una connotación terrible. ¡A la deriva por las vastas tinieblas del espacio en la más absoluta soledad! Así también es la gente que no

tiene al Señor: está helada, muerta de hambre, ciega y perdida.

¡Haz resplandecer tu luz!

Dios es nuestro sol; nosotros somos Su luna. Lo único que hacemos es reflejar Su luz. Y ¿cuándo la debemos reflejar más? ¿Cuándo brilla más la Luna? De noche, cuando el Sol está ya oculto. Conforme el mundo se vaya sumiendo cada vez más en las tinieblas, nosotros debemos seguir iluminándolo con el reflejo de Dios.

Nosotros también somos como los rayos del Sol. Cada persona que ha aceptado la salvación que ofrece Jesús es semejante a un rayo de luz emitido por Él. En sentido espiritual, cada uno de nosotros se ha convertido en parte de la luz y del poder de Dios.

La Biblia dice que Dios es también amor (1 Juan 4:8). El amor es el poder y la luz de Dios. De modo que cuando manifestamos el amor de Dios a alguien, estamos reflejando Su luz.

El Espíritu divino de amor, de poder y de luz te llevará a relacionarte con quienes más necesiten tu amor y tu ayuda y te corresponderán con aprecio y agradecimiento. Y viceversa: también conducirá a esas personas hacia ti.

¿Posees la luz del amor de Dios? Si lo conoces, definitivamente tienes esa luz. Jesús es la expresión más sublime del amor divino. De modo que si tienes a Jesús, tienes también la luz del amor de Dios. ■

trabajaré para pagártela.

Rambhau se puso tenso y añadió:

—Esta perla no tiene precio. No hay hombre en el mundo cuyo dinero alcance a cubrir el valor que tiene para mí. En el mercado, un millón de dólares no bastarían para comprarla. No te la vendo. Solo será tuya si te la regalo.

—No, Rambhau. No puedo aceptar. Aunque me muero por tener esta perla, no puedo aceptarla en esas condiciones. Quizá soy orgulloso, pero sería demasiado fácil. Tengo que pagarla o ganármela con mi esfuerzo.

El anciano quedó perplejo.

—Amigo mío, no lo entiendes —repuso—. ¿No te das cuenta? Mi único hijo dio la vida para conseguirla; no la vendería a ningún precio. Vale tanto como la vida de mi hijo. No puedo vendértela, solo regalártela. Acéptala en prenda de mi afecto.

Ahogado por la emoción, Morse no logró pronunciar palabra durante varios instantes. Luego, asiendo con firmeza la mano del anciano, le aseguró con voz queda:

—Rambhau... ¿no lo comprendes? Acabo de decirte lo mismo que siempre le has dicho tú a Dios.

El anciano miró inquisitivamente a Morse largo rato. Poco a poco, empezó a entender.

—Dios te ofrece gratuitamente la salvación —añadió Morse—. Su valor es incalculable. Nadie en la Tierra podría pagar lo que vale. Aunque uno se esforzara toda la vida por merecerla, ni viviendo millones de años lo conseguiría. Por muy bueno que uno sea, no puede merecérsela. A Dios le costó la vida de Su único Hijo obtener tu entrada al Cielo. Ni en un millón de años ni en cien peregrinajes podrías pagar esa entrada. Todo lo que puedes hacer es aceptarla como muestra del amor que Dios alberga por ti, un pecador.

»Rambhau —siguió Morse—, claro que acepto la perla con gran humildad. Pido a Dios que me haga digno de tu afecto. ¿No quieres tú aceptar el mejor regalo que Dios te ofrece, el Cielo, con gran humildad, sabiendo que ese regalo le costó la vida de Su Hijo?»

Las lágrimas rodaban por las mejillas del anciano. Había empezado a levantarse el velo que le obstruía el entendimiento.

—Ahora lo entiendo —dijo—. No podía creer que la salvación fuera gratuita. Algunas cosas son tan valiosas que no se pueden comprar ni merecer. Amigo mío, ¡acepto la salvación que me brinda Dios!○

Las dos religiones

DAVID BRANDT BERG SE PASABA buena parte del tiempo dando testimonio de Jesús en las calles de la ciudad californiana donde residía. Cuenta que siempre le planteaban la siguiente pregunta:

—¿Cómo se puede usted creer depositario de la verdad? Existen centenares de religiones en el mundo, y sus adeptos están convencidos de que la suya es la única verdadera. ¿Cómo puedo yo saber cual es la religión verdadera?

David respondía:

—¿Centenares de religiones, dice usted? Eso me extraña mucho, pues yo no conozco sino dos.

—Hombre, usted más que nadie sabrá que hay muchísimas más que dos —replícala su interlocutor.

—No, no. De ninguna manera —alegaba él—. Admito que dentro de estas dos religiones existen muchas ramificaciones y diferencias de opinión. Pero en última instancia, solo hay dos. La una reúne a todos aquellos credos que enseñan que uno puede ganarse la salvación a base de buenas obras y observando distintas normas y preceptos religiosos. Como usted bien sabe esta escuela abarca la mayoría de los credos que existen en el mundo. La otra religión reúne a todos los creyentes que se saben incapaces de salvarse por sus propias virtudes y por tanto dependen únicamente de Dios para ello.

»Como verá —proseguía—, la cuestión no tiene ninguna ciencia. ¿Cree usted que puede salvarse por sí mismo, que siendo bueno puede llegar a merecerse la salvación? O por el contrario, ¿es usted consciente de que necesita un salvador que lo rescate de sus pecados y errores? Si está usted convencido de que necesita ayuda del Cielo para lograrlo, entonces ¡Jesús es para usted!»

«Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9). ○

dios nunca deja de amarte

¿Cómo es Dios? Algunos lo imaginan como una deidad iracunda, una suerte de monstruo que todo lo ve y que porta un gran mazo, con el cual se apresta en todo momento a aporrearnos, un tirano cruel que nos tiene a todos aterrorizados con la amenaza de mandarnos al Infierno. Pero en realidad Dios es amor (1 Juan 4:8). Es un Dios amoroso que se desvive por llevarnos a todos al Cielo. Un Dios cercano, íntimo, personal, afectuoso, lleno de bondad, de ternura, de dulzura. Un Dios que se interesa por nosotros y nos aguarda con los brazos abiertos. Si nos sigue de cerca es sólo porque espera que nos demos la

vuelta y lo recibamos a Él con los brazos abiertos.

Dios nunca nos rechaza ni nos retira Su amor. Nunca pierde esperanza en nosotros, por mucho que nos descañemos. Por eso, si te sientes alejado de Dios, será porque no has abierto tu corazón para acoger Su amor y Su perdón. No tienes por qué seguir mortificándote por tus errores y pecados. Si te arrepientes y le pides perdón a Dios, Él te perdonará. Es así de simple (Isaías 1:18; 1 Juan 1:9).

Encamínate hacia Dios, vuélvete a Él y busca el camino de regreso a casa. El Padre entonces saldrá corriendo a recibirte con los brazos abiertos (Lucas 15:18-24).

David Brandt Berg (D.B.B.)

Si aún no has experimentado el amor y el perdón divinos, pruébalos ahora mismo rezando sinceramente una sencilla plegaria como la que sigue:

Te agradezco, Jesús, el sacrificio que hiciste para expiar mis errores y malas acciones. Así puedo obtener ahora perdón y dejar atrás el pasado. Gracias por limpiarme de todo pecado —pasado, presente y futuro— por fe. Te ruego que entres en mi corazón, me perdones y me concedas el don de la vida eterna. Amén. ■

de todo el ayer. Mas ¡qué pena que sigamos cargando con el pasado cuando el Señor hizo un tremendo sacrificio precisamente para librar-nos de ese lastre!

¿Habrán algo más maravilloso que el milagro del perdón, la seguridad de que Jesús nos ha perdonado nuestros pecados? Y lo mejor es que eso se nos aplica a todos. Él

murió por todos nosotros. Lo único que tenemos que hacer es extender la mano y tomarlo, tomarlo a Él por Salvador y aceptar Su perdón.

«Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Él lo ha prometido, y no puede faltar a Su Palabra. ■

La fuente del verdadero amor

Las cosas
terrenales
podrán
satisfacer el
cuerpo, pero
solo Dios es
capaz de
llenar el vacío
espiritual que
tenemos en
el alma y
que Él creó
exclusivamente
para Sí.

Dios nos creó con la necesidad de amar y ser amados. Él y solo Él puede satisfacer el más profundo anhelo del alma humana: llegar a sentirse totalmente amada y comprendida. Las cosas terrenales podrán satisfacer el cuerpo, pero solo Dios y Su amor eterno son capaces de llenar el vacío espiritual que tenemos en el alma y que Él creó exclusivamente para Sí. El espíritu humano nunca podrá sentirse satisfecho del todo con otra cosa que no sea la unión plena con el gran Espíritu de amor que lo creó.

«Dios es amor» (1 Juan 4:8). Es el Espíritu mismo del amor, del amor verdadero, un amor inmortal prodigado por un Amante incapaz de abandonarnos, el más sublime de todos los amantes. Se lo ve reflejado en Su Hijo Jesús, que vino, vivió y murió por amor, a fin de que pudiéramos vivir y amar eternamente. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

DAVID BRANDT BERG (D.B.B.)

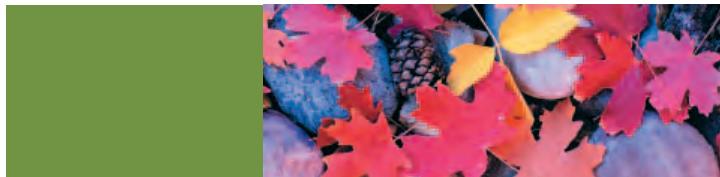
Cuando llegamos a conocer a Jesús y aceptamos que es nuestro Salvador, hacemos contacto directo y personal con el Creador, con el origen del amor: el propio Dios. Se abren ante nosotros nuevas dimensiones del amor. Nuestra percepción del amor en sus múltiples

facetas se torna más profunda y cabal. Sin embargo, entraña mucho más que eso: hace posible que experimentemos el amor sobrenatural de Dios, el cual sobrepasa con creces todo amor terrenal.

Para aceptar el amor de Dios manifestado por medio de Jesús, no tienes más que abrir el corazón y pedirle que entre a formar parte de ti. Jesús prometió: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20). Él aguarda mansa y humildemente a la puerta de tu corazón. No se impone ni trata de abrirla a empujones: simplemente espera a que lo invites a pasar. Si aún no lo has hecho, pruébalo ahora mismo pronunciando una sencilla oración como la que sigue:

Jesús, creo sinceramente que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Necesito que Tu amor me purifique de mis malas acciones. Te abro el corazón y te pido que entres en mí. Lléname de Tu amor hasta rebosar. Amén.

Una vez que hayas hecho esa oración, tu vida se transformará. Nacerás a un mundo de amor enteramente nuevo que quizá solo habías concebido en sueños. Jesús es capaz de darte toda una vida de amor. Te brindará todo el amor que necesites para vivir la vida a plenitud y



salir airoso de toda situación difícil. Sin embargo, no puede dártelo todo de una vez. Él y Su amor están siempre a tu alcance, pero es preciso que de cuando en cuando vuelvas a acudir a Él para obtener porciones mayores. Debes dejar que te llene a diario, a veces incluso hora tras hora o momento a momento.

En la medida en que dedicas tiempo a orar, leer Su Palabra y escuchar Su voz en tu interior, Él te imparte Su amor. Con el tiempo ese amor llegará a ser parte de ti. Poco a poco te irás pareciendo más a Él. Serás una persona más amorosa; Su amor brotará de ti para verterse sobre los demás. Conforme progreses y madures en Su amor, Su Espíritu dentro de ti te capacitará para hacer lo humanamente imposible: amar a Dios con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 22:37-39).

SHANNON SHAYLER

El amor que Él abriga por ti es incondicional. Por muy débil o descorazonado que te sientas o muy defraudado que estés contigo mismo o con los demás, Dios te ama igual. Su gran amor —que es total, sublime y perfecto— no disminuye en razón de las circunstancias, sean cuales sean. Él no deja de derramarlo. Lo entrega sin medida, sin límite. Su amor es de una belleza sin igual.

Su amor se vierte siempre a raudales, inconteniblemente, en toda su plenitud.

Lo mejor de todo es que está a nuestro alcance experimentarlo. Podemos dejar que se manifieste en nuestra vida en la medida en que lo deseemos y conforme a nuestra obediencia y sumisión al Señor. Él siempre busca nuevos medios de manifestar Su amor. Espera que se lo permitamos, que le abramos una vía para ello. Cuando mantenemos una relación estrecha con Él y hacemos lo que Él quiere, le damos la posibilidad de verter Su amor sobre nosotros.

MARÍA FONTAINE

Si la gente entendiera la magnitud del amor del Señor —lo verdaderamente incondicional, profundo, amplio e infinito que es—, superaría muchos de sus problemas. Se liberaría de muchos temores, preocupaciones y remordimientos. Si lograra entender eso, sabría que a la larga todo se va a solucionar, que Él hará que todo redunde en bien, pues Él dispone hasta el detalle más mínimo, y la mano con que dirige y modela nuestra vida obra con perfecto amor. ■

D.B.B.

En el librito Las muchas caras del amor encontrarás una diversidad de artículos estimulantes que invitan a reflexionar sobre uno de los temas preferidos de todos los tiempos. Puedes adquirirlo escribiendo a cualquiera de las direcciones publicadas en la página 2 de la revista.

Por muy débil o
descorazonado
que te
sientas o muy
defraudado
que estés
contigo mismo
o con los
demás, Dios te
ama igual.





EN PASCUA SE CONMEMORA la resurrección de Jesús. Su cruel muerte por crucifixión coincidió con la celebración de la Pascua judía. Lo que los judíos llevaban más de 1.000 años representando por medio del sacrificio de corderos y la cena de Pascua fue precisamente lo que sufrió el Cordero de Dios. Al mismo tiempo que por toda la tierra de Israel seleccionaban y mataban el cordero pascual, Jesús era crucificado.

Amén de esto, la misma forma en que Jesús murió significó el cumplimiento de muchas otras profecías del Antiguo Testamento con asombrosa precisión.

«Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió Su boca» (Isaías 53:7). Durante el juicio de Jesús ante Poncio Pilato —en el que estaba en juego Su vida—, no pronunció palabra alguna para defenderse (Mateo 27:12-14).

Unos 1.000 años antes que se instituyera la crucifixión como método de ejecución en el Imperio Romano, el rey David escribió del Mesías: «Todos Mis huesos se descoyuntaron [...]. Horadaron Mis manos y Mis pies» (Salmo 22:14,16). En la muerte por crucifixión, el propio peso de la víctima le dislocaba



La PASCUA

DAVID BRANDT BERG

los brazos. A la mayoría de los condenados los ataban a la cruz. En cambio, a Jesús lo clavaron a la Suya traspasándole las manos y los pies.

Los romanos tenían además por costumbre quebrar las piernas de los condenados que no hubieran muerto a pesar de llevar horas colgados de la cruz. Al perder el punto de apoyo de los pies, el peso del cuerpo hacía colapsar las vías respiratorias y los pulmones, lo cual aceleraba la muerte. Cuando los verdugos romanos se aprestaban a romperle las piernas a Jesús, descubrieron que ya estaba muerto. Así se cumplió otra profecía bíblica: «[Dios] guarda todos Sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado» (Salmo 34:20).

En lugar de romperle las piernas para garantizar su defunción, uno de los soldados romanos le clavó una lanza en el costado atravesándole el corazón. «Al instante salió sangre y agua», reza el Evangelio (Juan 19:34). Así se cumplió la Escritura: «He sido derramado como aguas [...]; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de Mis entrañas» (Salmo 22:14). Cabe pensar que de una herida de lanza saldría sangre, no agua. ¿De dónde provino esta? Los médicos han descubierto que quienes mueren con gran angustia sufren una enorme acumulación

de agua alrededor del corazón. Imagínate: Jesús murió de pena, por ti y por mí.

Además, en aquel momento se sintió como un pecador perdido. Pasó por una experiencia por la que, gracias a Dios, nosotros nunca tendremos que pasar: no sólo la crucifixión, no sólo la agonía física, sino el dolor y la angustia mental y espiritual de sentirse abandonado por Dios. Al morir, «Jesús clamó a gran voz, diciendo: “*Elí, Elí, ¿lama sabactani?*” Esto es: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”» (Mateo 27:46).

¿Lo había desamparado Dios? Sí, momentáneamente. Tuvo que hacerlo para que Jesús muriera como un pecador, sin Dios. Imagínate: murió angustiado como una persona no salvada. Dios tuvo que volverle la espalda temporalmente a Su propio Hijo para que pereciera como un pecador.

¿Respondió Dios a Jesús cuando estaba en la cruz? En la Escritura no consta ninguna respuesta. En aquel momento sintió que Dios lo había abandonado, justo cuando más lo necesitaba.

Jesús murió sufriendo la angustia de un pecador perdido, sin salvación, sin Dios, que muere por sus propios pecados; sólo que en Su caso murió por los nuestros, por los pecados del mundo entero. Estuvo

dispuesto a sufrir todo aquello para propiciar nuestro perdón y darnos la vida eterna. ¡Qué demostración de amor!

«Se dispuso con los impíos Su sepultura, mas con los ricos fue en Su muerte» (Isaías 53: 9). Jesús fue condenado injustamente junto a dos delincuentes comunes (Mateo 27:38). Pese a ello, luego de morir, un hombre acaudalado que se contaba entre Sus seguidores —José de Arimatea— puso el cuerpo de Jesús en una tumba nueva que tenía (Mateo 27:57-60).

Una vez sepultado, las autoridades religiosas judías pretendieron asegurarse de que los discípulos no hurtaran el cuerpo y adujeran que había resucitado. Así que se selló la tumba, y unos soldados romanos montaron guardia delante de ella (Mateo 27:62-66).

Tres días después, cuando María Magdalena y la otra María se presentaron en el sepulcro de madrugada, se les apareció un ángel que retiró la piedra de la entrada. «De miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos. Mas el ángel [...] dijo a las mujeres: “No temáis [...]. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo”». Entonces el ángel indicó a las mujeres donde había yacido el cuerpo de Jesús (Mateo 28: 1-8). ¡Había resucitado de los muertos! •

Dios
tuvo que
volverle la
espalda
temporal-
mente a
Su propio
Hijo
para que
pereciera
como un
pecador.

UNCIÓN CON CLARA INTENCIÓN

Poco antes de Su crucifixión y resurrección, Jesús prometió a Sus discípulos que les enviaría un Consolador, el Espíritu Santo, para que los fortaleciera, les otorgara poder, los orientara y los dirigiera en su vida espiritual y relación con Él.

Mientras Jesús estuvo físicamente con Sus discípulos, ellos lo amaban y sabían que Él los amaba a ellos. Disfrutaban de Su presencia y oían Su reconfortante voz. Sin embargo, todavía no lo conocían tan bien como llegaron a conocerlo más tarde en espíritu.

Pero cuando se cumplió la promesa del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los discípulos descubrieron que aunque el cuerpo de Jesús se había apartado de ellos, Su Espíritu estaba muy presente y les infundía más poder que nunca: No sólo estaba *con* ellos, sino *en* ellos.

✧

Antes de ascender al Cielo Jesús exhortó a Sus seguidores a que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, «la cual —les dijo— oísteis de Mí. [...] Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos» (Hechos 1:4,8). Así que aguardaron en Jerusalén (Hechos 1:14).

«Cuando llegó el día de Pentecos-



DAVID
BRANDT
BERG

tés, estaban todos unánimes juntos» (Hechos 2:1). En aquel momento

los discípulos de Cristo sumaban unas 120 personas entre hombres y mujeres (Hechos 1:15). Se hallaban todos juntos y tenían un solo propósito, un mismo sentir, un mismo espíritu.

Jesús les indicó que esperasen en Jerusalén para que cuando se produjera el bautismo del Espíritu Santo estuvieran en condiciones de conquistar a muchas otras personas para Él. Esa fue la principal finalidad del día de Pentecostés. En los planes de Dios no solo figuraban las grandes señales y prodigios y las manifestaciones sobrenaturales. Las manifestaciones del Espíritu Santo no fueron más que un medio para conseguir un fin.

«De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas [idiomas que nunca habían aprendido ni hablado], según el Espíritu les daba que hablasen» (Hechos 2:2-4).

Dado que aquello se produjo durante una importante festividad anual —la Fiesta de la Siega—, Jerusalén estaba llena de judíos provenientes «de todas las naciones bajo el cielo» (Hechos 2:5). «Hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua» (Hechos 2:5,6).

«Estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: “¿Qué quiere decir esto?” Mas otros, burlándose, decían: “Están llenos de mosto”»

Se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo.

(Hechos 2:12,13).

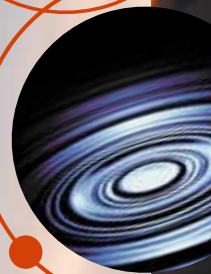
«Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: “Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: ‘Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne’ [...]. Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”» (Hechos 2:14-17,21).

«Los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hechos 2:41). ¡Miles de personas aceptaron a Jesús y se salvaron! Eso fue lo más importante que sucedió el día de Pentecostés. La principal finalidad del Espíritu Santo es ungirnos para dar testimonio.

«Perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la Iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2:46,47).

Entonces se dio otra de esas magníficas situaciones creadas por Dios. Él tomó a alguien a quien la gente estaba acostumbrada a ver en la puerta del templo: un cojo que se sentaba día tras día a pedir limosna en las escalinatas. Se presentaron Pedro y Juan, y Dios obró otro gran milagro. El hombre se curó instantáneamente, y la gente se llenó de asombro (Hechos 3:10).

«Viendo esto Pedro, respondió al



pueblo: “Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a Su Hijo Jesús [...]. Y por la fe en Su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado Su nombre; y la fe que es por Él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros”» (Hechos 3:12,13,16).

«Muchos de los que habían oído la Palabra, creyeron»; y otras 5.000 personas aceptaron a Jesús como Salvador (Hechos 4:4).

¿Qué tenían aquellos primeros discípulos llenos del Espíritu para convencer a tantas personas de que Jesús era, en efecto, quien había afirmado ser, es decir, el Mesías? «Viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús» (Hechos 4:13).

Pedro, Juan y los demás no se dejaron amilanar por sus orígenes humildes ni por ninguna otra cosa. Hicieron caso omiso de ello y se lanzaron a testificar entusiastamente. Tenían un poder de persuasión enorme que les acarreó impresionantes resultados. Era evidente que habían estado con Jesús. Tenían la unción del Maestro para hacer Su obra.

*

¿TE HAS LLENADO DEL ESPÍRITU DEL AMOR DE DIOS?

Antes que viniera Cristo a la Tierra, Dios solo ungía con Su Espíritu a ciertos dirigentes, reyes y profetas. En la actualidad, en cambio, Su Espíritu Santo está accesible a todas las personas que reciben al Señor. «En los pos-

teros días, dice Dios, derramaré Mi Espíritu sobre toda carne» (Joel 2:28).

Desde el día de Pentecostés, en que los primeros discípulos fueron investidos con poder de lo alto, el Señor pone Su Espíritu a disposición de cada cristiano. Ahora todos pueden tener el Espíritu Santo y ser guiados individualmente por el Señor. Hoy en día todos podemos disfrutar de Él, independientemente del lugar geográfico en que nos encontremos. En todo momento podemos estar dotados de Su pleno poder. El Espíritu Santo se puede comunicar con todos nosotros simultánea y equitativamente.

A todo el que reconoce que Jesús es su Salvador se le dispensa cierta medida del Espíritu; sin embargo, la plena infusión o investidura del Espíritu, lo que se llama el *bautismo* del Espíritu Santo, suele ser una experiencia posterior a la salvación. Por eso preguntó el apóstol Pablo al conocer a ciertos discípulos: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?» (Hechos 19:2). Si estás salvado, ese poder de Dios está a tu entera disposición; no tienes más que pedirlo. Al igual que la salvación, se trata de un don de Dios. «Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan» (Lucas 11:13).

En resumen, si te llenas del Espíritu Santo tendrás una relación más estrecha con Jesús y estarás en condiciones de entender mejor Su Palabra. Además, te infundirá la fogosidad que te hace falta para dar a conocer tu fe a los demás. Si aún no lo has hecho, puedes llenarte del Espíritu Santo ahora mismo haciendo la siguiente oración:

Jesús, te pido que me llenes hasta rebosar del Espíritu Santo para poder amarte más, seguirte más de cerca y tener más valor para divulgar Tu amor y Tu salvación. Amén. •

NO HAY OTRO

como tú

DAVID BRANDT BERG

*Dios te
quiere tal
como te
hizo. A Sus
ojos eres
una persona
hermosa.*

¿SABES QUIÉNES SON las personas más felices? Las que se conforman con ser como Dios las hizo, aprenden a contentarse con lo que tienen y no se preocupan mucho por el qué dirán. Quienes se afanan por cumplir con lo que —a su entender— otros esperan de ellos, en realidad se echan a cuestras un enorme peso. La humildad, por el contrario, es senda de libertad.

Si somos sinceros, reconoceremos que en el fondo admiramos a los que tienen el valor de mostrarse tal como son en lugar de adoptar una imagen a fin de gozar de aceptación y caerles bien a los demás. Por supuesto, los que toman esa decisión y esa postura se exponen a sentirse solos y aislados de quienes los rodean, lo cual es una lástima.

Cuando era joven no me gustaba mi físico. Me creía narigudo, flaco y feo. Tenía un complejo de inferioridad muy marcado con relación a mi apariencia, y me tomó mucho tiempo superarlo. En parte ese complejo nacía de mi orgullo y en parte de que me comparaba desfavorablemente con los demás. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo y me hacía mayor, me di cuenta de que aquello carecía de importancia. Comprendí

que Dios me había creado como Él quería que fuera y que me había hecho así porque me amaba.

Dios te quiere tal como te hizo. A Sus ojos eres una persona hermosa. Todos somos seres singulares y extraordinarios. Para Él no hay persona fea, sea cual sea nuestra figura.

En muchos casos, la autoestima tiene mucho que ver con nuestra relación con el Señor. Cuanto más estrecha sea y más estemos en paz con Él, más contentos y tranquilos estamos con nosotros mismos, y también más felices y menos preocupados. Si tienes un trato íntimo con Dios, eres una persona atractiva, toda vez que Su amor y Su luz resplandecen en ti.

Te propongo algo: en alguna oportunidad, deja que el Señor te hable de ti. O pídele a otra persona que le pregunte al Señor cómo te ve Él, que describa tu belleza interior, tus virtudes, las dotes que Él quiere resaltar en ti en beneficio de otros. Deja que Dios mismo te brinde ánimo y descubre que puedes vivir muy contento, sabiendo que eres una singular creación Suya.

(DAVID BRANDT BERG [1919-1994] FUE FUNDADOR Y DIRIGENTE DE LA FAMILIA.)

ORACIÓN PARA HOY

Pudiste haberme hecho una persona perfecta según mi propio concepto de la perfección o el de alguien más. Sin embargo, no lo hiciste, Jesús. Más bien me creaste tal como querías que fuera, y me dotaste de perfección a Tu manera. Dudar de ello equivale a dudar de Tu amor. Aceptarlo es hallar completa paz, seguridad y reposo en Tu amor. Acógeme ahora, tal como soy, en Tu corazón. Amén.



*«Aunque no hubiera nadie más
que tú en todo el mundo, igual
habría dado la vida por ti.»*

¡A Jesús se lo debemos todo!

Jesús estuvo dispuesto a morir por nosotros para salvarnos y quiere que nosotros accedamos a sacrificarnos para ayudarlo a salvar a otros (1 Juan 3:16). Él nos compró y pagó por nosotros con Su sangre. Somos propiedad Suya; ahora pertenecemos a Él. Dado que salvó nuestra alma por la eternidad, es lógico que hagamos lo que nos pide, es decir, que tratemos de conquistar a cuantos podamos para Él.

Jesús no recorrió la mitad del camino al calvario, ni siquiera la mayor parte del camino; lo recorrió todo y entregó toda Su vida por nosotros. La labor principal que vino a cumplir fue la de morir en aquella cruz. Por ende, la nuestra es llevar nuestra cruz. Él dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día y sígame. Todo el que quiera salvar su vida la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de Mí, este la salvará» (Lucas 9:23,24).

Solo hallaremos la plenitud de fe que anhelamos por el sendero de la obediencia total, cuando realmente estemos dispuestos a tomar nuestra cruz, a negarnos a nosotros mismos y a someter nuestro orgullo y nuestra voluntad para seguir a Jesús. Entonces, en la medida en que nos rindamos a Él, nos dará fuerzas para seguirlo. •

D.B.B.

¹ «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hebreos 13:8, *Dios Habla Hoy*).

² «La paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Romanos 6:23, NVI). «De tal manera amó Dios al mundo, que dio a Su único Hijo, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16, NVI).

PARA QUÉ VINO JESÚS

JESÚS VINO PARA FACILITARNOS lo más posible las cosas. Quiso que llevar una vida cristiana estuviese al alcance de cualquiera. Recorrió los caminos polvorientos y se dirigió a la gente sencilla, a los pescadores, a los recaudadores de impuestos, a los borrachos y a las ramera, para demostrar que Dios amaba a todos y que todos podían amarle, amarse unos a otros, servirse mutuamente y servir al mundo por medio del Evangelio.

Dios nos liberó del yugo imposible de la perfecta observancia de Sus leyes. Para ello ideó una salida, una salida en la que intervienen la misericordia, el perdón y la gracia: la salvación. Ahora nadie tiene excusa para achacarle sus desdichas a Dios, pues Él nos dio una escapatoria, un medio de alcanzar la victoria, un camino para superar nuestros pecados, errores, faltas, defectos y debilidades, sean cuales sean. Jesús es el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6). Él pagó por nosotros, nos abrió camino y nos dio la verdad. Sólo Él puede ayudarnos a vivir como conviene.

Nunca nos exige nada que esté fuera de nuestro alcance. Cualquier cosa que nos pida la podemos hacer con Su ayuda y por Su gracia, mediante Su poder y Su amor (Filipenses 4:13).

David Brandt Berg

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Poder para resucitar

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO SE PREDIJO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

Salmo 16:10b

SU RESURRECCIÓN ES UN HECHO HISTÓRICO. TESTIGOS OCULARES DEJARON CONSTANCIA DE ELLA.

Mateo 28:1-9

Lucas 24:13-53

Juan 20:1-17

Hechos 1:2,3

Hechos 10:40,41

Hechos 13:30,31

1 Corintios 15:3-6

2 Pedro 1:16

JESÚS TIENE PODER PARA DAR VIDA ETERNA A TODOS LOS QUE CREEN EN ÉL.

Juan 1:12

Juan 3:16

Juan 5:24

Juan 6:40

Juan 11:25

1 Pedro 1:3,4

1 Corintios 6:14

LLEGARÁ EL DÍA EN QUE NUESTRO CUERPO RESUCITARÁ Y VOLVERÁ A UNIRSE A NUESTRO ESPÍRITU.

Job 19:25-27

Juan 5:28,29

1 Corintios 15:51-54

NUESTRO CUERPO GLORIOSO SERÁ INMORTAL, ESTARÁ DOTADO DE GRANDES PODERES Y SERÁ AÚN MÁS MARAVILLOSO QUE EL QUE TENEMOS AHORA.

Lucas 20:36

Filipenses 3:21

1 Juan 3:2

Si aún no has aceptado a Jesús y la salvación que te ofrece, invítalo ahora mismo a formar parte de tu vida. Para ello haz la siguiente oración:

Jesús, gracias por morir por Mí. Te ruego que me perdones todas mis malas acciones, que entres en mi corazón y me concedas el don de la vida eterna. Amén.

¡PARA ESO FUE!

DAVID BRANDT BERG

(salud o plenitud). La palabra *paz* incluía los conceptos de paz interior (espiritual y emocional), salud, abundancia y armonía con la vida en todo aspecto, incluso en situaciones borrascosas en que los sobresaltos y contrariedades atentan contra todo género de paz.

En el Nuevo Testamento se emplea más de cien veces la palabra griega *eirene* para describir la paz, tanto en sentido figurado como literal. Por ejemplo, la expresión «ve en paz» significa «abrigate y come bien» (Santiago 2:16). La noche antes de Su crucifixión, Jesús dijo a Sus discípulos: «La paz os dejo, Mi paz os doy. [...] No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo» (Juan 14:27).

Al igual que en el Antiguo Testamento, la paz es mucho más que una simple ausencia de conflicto en la sociedad. Es una sensación muy viva de bienestar interior que procede de Dios y que, como un bien preciado, se nos concede a los que aceptamos a Jesús, el Príncipe de Paz, sin el cual no es posible la paz verdadera. Tú también puedes disfrutar de esa paz, tanto en lo personal como en tus relaciones con los demás.

La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, es algo sumamente concreto y práctico. ¡Puedes acceder a ella hoy mismo! No hace falta que esperes a que se establezca la frágil y efímera paz humana.

Por más que en el mundo reinen el desorden y la confusión, puedes gozar de paz interior gracias al Príncipe de Paz. Aunque a tu alrededor haya guerra, agitación y caos, puedes permanecer inmune a todo eso interiormente.

¡Jesús nunca duerme! Está siempre en vela, junto con Sus ángeles. Conoce cada cabello tuyo. Todo está en Sus manos. Dice un himno clásico: «Me esconde Jesús en el firme peñón que sombra a la tierra le da y me hace vivir amparado en Su amor, seguro y a salvo del mal».

Él es tu paz. Tu ayuda proviene de *Él*. En *Él* está tu confianza. Debes depositar tu confianza en Jesús, la base más sólida que puede haber.

Esta Navidad Jesús ofrece a cada persona de la Tierra auténtica paz y consuelo, vida y amor eternos. Todo ello viene incluido en el regalo de salvación que nos hace, cuyo valor es incalculable. ▲

NINGUNO DE NOSOTROS puede llegar a comprender lo maravilloso que es Dios Padre. Hasta tal punto escapa de nuestra comprensión que tuvo que crear un Ser capaz de enseñarnos Su amor, alguien que estuviera en nuestro mismo terreno, a quien pudiéramos ver, a quien alcanzáramos a percibir con los sentidos, que bajara a Dios y lo pusiera a la altura de nuestro entendimiento, un Hombre que fuera como *Él*, a quien llamó Su Hijo.

Dios entregó Su amor al mundo entero. No obstante, te ama tanto que te concedió Su más valiosa posesión, lo que más amaba, a «Su Hijo unigénito», para que tú llegaras a tener vida eterna (Juan 3:16). Te ama con mayor intensidad y profundidad de lo que se puede expresar con palabras. No hay forma de comprender el amor de Dios; es demasiado grande, sobrepasa todo entendimiento (Efesios 3:19). No puedes hacer otra cosa que acogerlo y sentirlo en tu corazón.

Precisamente para eso vino Jesús al mundo: para que llegases a conocer el amor de Su Padre. ¡Para eso fue! ▲

Si todavía no has aceptado a Jesús como tu Salvador, pídele ahora mismo que entre en tu corazón y te dé amor, vida, libertad, verdad, paz, abundancia y felicidad, en este momento y para siempre. Simplemente haz la siguiente oración:

Jesús, gracias por morir por mí. Te ruego que me perdones los errores que he cometido. Entra en mi corazón, concédeme la vida eterna y llévame a entender mejor Tu amor. Amén.

Jesús...

NANA WILLIAMS

EN PASCUA, JESÚS HIZO ALGO MARAVILLOSO por nosotros. No obstante, ¿cómo se traduce eso a nuestra vida cotidiana? Gigi Tchividjian relata en *Más historias en aguas refrescantes*¹ una anécdota sobre lo que nos ofreció Jesús con Su muerte y Su resurrección.

Cuenta que había un hombre que sufría grandes remordimientos a causa de un pecado cometido en su juventud. Creía que Dios no lo podía perdonar. Un día oyó hablar de una anciana que conversaba con Dios. Finalmente se armó de valor y fue a verla. Mientras tomaban un té, le preguntó si le podía hacer el favor de consultar algo al Señor de parte suya.

—Con mucho gusto —repuso ella—. ¿De qué se trata?

—¿Tendría la bondad de preguntarle qué pecado cometí en mi juventud?

Picada por la curiosidad, la señora accedió de buen grado.

Al cabo de varias semanas, el hombre fue a verla de nuevo. Taza de té de por medio, le preguntó con cautela y timidez:

—¿Ha conversado con Dios últimamente?

La anciana dijo que sí, y añadió que le

había preguntado cuál había sido el pecado cometido por el hombre en su juventud.

Él, nervioso, vaciló un momento. Por fin se atrevió a decir:

—Y ¿qué le respondió?

—Que no se acuerda —repuso.

La Biblia explica que por haber sufrido Jesús el castigo de nuestros pecados, Dios ya no se acuerda de ellos ni nos los echa en cara. «Perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado», dice en Jeremías 31:34. •

AMOR TOTAL

DAVID BRANDT BERG

Nuestra salvación es un don de Dios (Efesios 2:8), aunque a Jesús le costó una enormidad. Gracias a Dios, nosotros nunca tendremos que sufrir esos padecimientos. No me refiero solamente a la crucifixión y el dolor físico, sino también a la agonía mental, espiritual y anímica que lo embargó al pensar que Dios lo había abandonado. «Dios mío, Dios mío —clamó desde la cruz—, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46). ¿Lo había desamparado Dios? Sí, momentáneamente, para que pudiera morir como un pecador, separado de Dios. A ese precio compró nuestra salvación. Sólo Él podía hacerlo.

Nos amaba tanto que estuvo dispuesto a sufrir ese tormento por nosotros, para que obtuviéramos perdón y salvación. ¡Eso sí que es amor! •

¹Alice Gray, *Más historias en aguas refrescantes*, Editorial Unilit, 1999.

compasión con más intensidad que nunca. Mi escepticismo no había mermado en lo más mínimo el amor que abrigaba por mí. Aunque sentí bochorno por mi incredulidad, Su amor disipó tanto mis dudas como mi vergüenza.

Caí de rodillas balbuceando:

—¡Señor, mi Dios!

Es verdad que tuve la dicha de estar en Su presencia, de verlo obrar milagros, de oírlo predicar y llamarme por mi nombre. Tuve la dicha de verlo y tocarlo después de Su resurrección, de que me reafirmara Su amor y de oír de Sus propios labios que mis pecados me eran perdonados. Sin embargo, tal como Él mismo dijo, «más bienaventurados son los que sin haber visto han creído».



¿Y tú? ¿Pondrás de tu parte un granito de fe? ¿Dejarás que tus pecados e imperfecciones expiren junto a aquel que pagó por ellos, el que clavando la mirada en tus ojos te ofrece Su perdón? Por ser Hijo de Dios, Jesús puede perdonarte todo lo malo que hayas hecho y proporcionarte la oportunidad de empezar de nuevo. Él hará germinar en tu interior Su vida, Su amor, Su Espíritu y Su energía.

No tienes más que abrirle tu corazón y decir: «Jesús, te reconozco como Señor y Salvador. Te ruego que perdones mis pecados y me ayudes a empezar de nuevo. Comunícame Tu Espíritu y Tu vida. Quiero creer y confiar en Ti. Es más, quiero amarte. Ayúdame también a mejorar en mis puntos flacos. Amén». •

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

EL RELATO DE LA PASCUA

Mateo, capítulos 26–28

Marcos, capítulos 14–16

Lucas, capítulos 22–24

Juan, capítulos 12, 13, 18–21

Hechos 1:1–9

Amor

QUE TODO LO PERDONA

DAVID BRANDT BERG

EL SOBRENATURAL, MILAGROSO E INFINITO AMOR DE DIOS

todo lo perdona. La misericordia de Dios no tiene límites. Se extiende desde la eternidad y hasta la eternidad. Su amor, misericordia, perdón y salvación jamás se agotan. Nunca deja de amarnos, sea lo que sea que hagamos. Jamás nos rechaza ni nos priva de Su amor. Siempre tiene esperanza en nosotros por mucho que nos descarriemos (Salmo 103:3-14).

Cualquiera que sea la gravedad de nuestros defectos, faltas y fechorías, la sangre de Jesús cubre todos nuestros pecados, todo lo habido y por haber. Si nos apartamos de ellos y nos volvemos al Señor, nuestro Dios es amplio en perdonar (Isaías 55:7). La Biblia dice: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar» (1 Juan 1:9). No importa qué hayamos hecho.

Nuestro Dios es tan magnánimo que perdona no sólo nuestros errores, sino también nuestros pecados. Siempre lo ha hecho, siempre lo hace y nunca dejará de hacerlo. Pase lo que pase, Su amor y misericordia manan como un torrente inagotable. •



VALE LA PENA TENER la sencillez de un niño. Jesús dijo: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (Mateo 18:3). «Dejad a los niños venir a Mí, porque de los tales es el reino de Dios» (Marcos 10:14). Debemos ser como niños —cariñosos, tiernos— y tener una fe sencilla, aceptar con fe infantil todo lo que tiene el Señor para nosotros.

Los niños son prototipos de los ciudadanos del Cielo. Parecen angelitos bajados de lo alto. Sus vivencias celestiales están aún tan frescas que entienden lo que es la oración y otras cuestiones espirituales mejor que la mayoría de los adultos. Hablan con Dios, y Él les responde. Así de simple. No les cuesta escu-

char a Dios, porque tienen una fe pura y llana. Se les ha concedido el don de ser ricos en fe. Para ellos es de lo más normal. Creen todo lo que dice Dios, y nada les parece imposible.

La mayoría de la gente mayor sabe demasiado. Ha adquirido tantos conocimientos que ha perdido su fe infantil. Sin embargo, hay muchos que tienen la fe y la confianza de un pequeñín y que a diario hacen cosas que los intelectuales incrédulos consideran imposibles. Por eso, procura ser como un niño. Verás que pueden suceder maravillas. •

LA FE DE UN NIÑO

DAVID BRANDT BERG

PARADOJA

Aunque Jesús no tuvo criados, le decían Señor.
Aunque no tenía título, lo llamaban Maestro.
Aunque no tenía medicamentos, lo consideraban un Sanador.
Aunque no tenía ejército, los reyes lo temían.
Aunque no triunfó en batallas, conquistó el mundo.
Aunque no cometió crimen alguno, lo crucificaron.
Aunque lo sepultaron en una tumba, hoy todavía vive.

ANÓNIMO



EL OFERTAZO

COMPILADO A PARTIR
DE LOS ESCRITOS DE
DAVID BRANDT BERG

JESÚS VINO PARA HACERNOS la salvación lo más fácil posible. Por eso los dirigentes religiosos de Su época se empeñaron en que lo crucificaran. Según la religión imperante era poco menos que imposible salvarse a menos que se cumpliese con una serie de complicadas leyes y enrevesados rituales¹. Jesús, en cambio, enseñó que lo único que tenemos que hacer para salvarnos es creer en Él —el Cristo, el Salvador—, confesar que somos pecadores, que necesitamos salvación, y pedirle que nos la conceda².

Es imposible entender cabalmente la salvación; es tan inaprensible como la amplitud del amor de Dios. Por eso dijo Jesús que aceptar la salvación requiere una fe infantil. «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos»³. Ambos conceptos están fuera de nuestro alcance. No se puede hacer otra cosa que aceptarlos.

¿Acaso entiende un bebé el amor de su padre o de su madre? No; únicamente lo percibe, lo recibe y lo acepta. Aun antes de entender el lenguaje hablado, antes de aprender a hablar, el nene ya capta y percibe el amor. Confía en sus padres, porque sabe que lo aman. Del mismo modo, tampoco es preciso entender plenamente a Dios para conocer Su amor y salvación. Basta con aceptar que Jesús, Su Hijo, es

nuestro Salvador y pedirle que entre en nuestro corazón.

Puedes hacerlo ahora mismo. ¿No quieres la solución divina a todos tus problemas? ¿No quieres que Su amor y felicidad te llenen de alegría y te den un nuevo plan y objetivo en la vida? Él satisfará todas tus necesidades y resolverá todas tus dificultades. Así de maravilloso es, y así de fácil es todo.

Jesús dijo: «Yo soy la puerta —la puerta de acceso a la casa de Su Padre, el reino de Dios—; el que por Mí entrare, será salvo»⁴. Si quieres ir al Cielo, te basta con creer que esa es la puerta y cruzarla por fe.

SALVADO Y PERDONADO

El perdón es parte integral de la salvación. ¿Por qué? Porque el pecado nos aparta de Dios⁵, y nadie es perfecto: somos todos pecadores. La Biblia dice: «Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios»⁶, y: «La paga del pecado es muerte, mas la dádiva [regalo] de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro»⁷.

Las personas *buenas* se enorgullecen de ser mejores que los demás: «No hago esto, no hago eso otro, no hago lo de más allá». Pero es imposible ganarse el Cielo merced a la propia bondad, pues nadie puede llegar a ser tan bueno⁸. Todos tenemos que admitir sinceramente que somos

¹ Mateo 15:9

² Juan 11:25,26

³ Mateo 18:3

⁴ Juan 10:9

⁵ Isaías 59:2

⁶ Romanos 3:23

⁷ Romanos 6:23

⁸ Gálatas 2:16

Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos.

pecadores: «Cometo errores como los demás. Necesito un Salvador».

Por eso murió Jesús por nosotros, porque todos somos pecadores y nos resulta imposible ganarnos o merecernos la salvación. En cambio, Jesús sí fue perfecto; gracias a ello pudo expiar nuestros pecados y obtener para nosotros el perdón divino. Todos necesitamos el amor y la misericordia de Dios para salvarnos, y ese amor y esa misericordia los encontramos en Jesucristo.

La salvación es como un indulto: Dios se ha ofrecido a indultar a los culpables. Por muy malo que seas y por muy malas acciones que hayas hecho, Dios

te otorga Su perdón. Si crees que Jesús murió para comprar tu salvación, la obtendrás y serás perdonado. «La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado»⁹, independientemente de lo que hayamos hecho. «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana»¹⁰.

No hay maldad imperdonable; pero tampoco hay bondad que sea suficiente. No te puedes salvar tú solo, por muy bueno que procures ser, porque tu bondad siempre se quedará corta. Es imposible merecerse la salvación o hacerse

acreedor a ella. «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe»¹¹.

Hay gente muy orgullosa a la que le cuesta aceptar regalos. Quiere ganarse todo por sus propios medios. No obstante, a fuerza de empeño y buenas obras no te vas a salvar. El único capaz de salvarnos es Jesús. «Hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre»¹². «En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el Cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos»¹³.



⁹ 1 Juan 1:7

¹⁰ Isaías 1:18

¹¹ Efesios 2:8,9

¹² 1 Timoteo 2:5

¹³ Hechos 4:12

Jesús compró nuestra salvación de una vez para siempre. Es un obsequio que Él nos hace.

LA SALVACIÓN NO SE PIERDE

Una vez que hayas recibido a Jesús, ya nunca te dejará. «Al que a Mí viene, no le echo fuera»¹⁴. Si tienes a Jesús, tienes vida eterna. Podrás perder la vida física, pero no la eterna.

La salvación es para siempre. Dios no cambia de parecer ni falta a Su Palabra. Una vez que recibes a Jesucristo, tienes garantizada la vida eterna. «El que cree en el Hijo tiene vida eterna»¹⁵. Eso es terminante. No hay peros ni condiciones de por medio.

Jesús dice: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»¹⁶. «No te desampararé, ni te dejaré»¹⁷. «Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Mi mano»¹⁸.

Esa certeza nos libra de la duda de si iremos o no al Cielo, y nos infunde paz interior. Jesús compró nuestra salvación de una vez para siempre. Es un obsequio que Él nos hace. La salvación es por gracia, por fe, y nada más. No hay que ser bueno ni para salvarse ni para permanecer salvo.

Eso, por supuesto, no quiere decir que de ahí en más puedas vivir a tu antojo. La salvación es eterna —no la puedes perder nunca—; pero si cometes deliberadamente pecados y no te arrepientes de ellos, sufrirás las consecuencias. «El Señor al que ama, disciplina»¹⁹. Al llegar al Cielo, las recompensas que recibas dependerán de cómo hayas vivido en la Tierra²⁰. La salvación es un regalo, pero puedes hacerte acreedor a las bendiciones divinas —tanto en este mundo como en el venidero— esmerándote en conducirte como Dios espera que lo hagas. Además, si aprecias ese regalo como debieras, te nacerá amar a Dios y complacerlo en señal de gratitud.

UNA NUEVA VERSIÓN DE TI

Jesús equiparó la salvación con volver a nacer²¹. Así de trascendental es el cambio espiritual que se produce. «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas»²². No te sorprendas, pues, si te llegas a

sentir diferente y hasta cambias de manera de pensar y eres más feliz que nunca.

Cuando Jesús pasa a formar parte de tu vida, no sólo te renueva, purifica y regenera el espíritu, sino también el pensamiento. Corta viejas *conexiones* y poco a poco hace nuevos *empalmes* que te dan un concepto diferente de la vida y nuevas formas de reaccionar ante prácticamente todo lo que te rodea. Nos resulta imposible efectuar semejante transformación por nosotros mismos. Sin embargo, Dios sí es capaz. Sólo tenemos que pedirselo.

Puedes dar por sentado que cuando Jesús entre en tu corazón habrá cambios. Quizá no suceda todo de golpe, pero en la medida en que ansíes la verdad y te empapes de la Palabra de Dios, esa transformación se producirá²³. Verás que cambiarán tu espíritu, tus pensamientos y tu rumbo en la vida. Serás feliz y rebosarás amor, pues «Dios es amor»²⁴. ✂

¹⁴ Juan 6:37

¹⁵ Juan 3:36

¹⁶ Mateo 28:20

¹⁷ Hebreos 13:5

¹⁸ Juan 10:28

¹⁹ Hebreos 12:6

²⁰ 2 Corintios 5:10; 1 Corintios 3:11-15

²¹ Juan 3:3-8

²² 2 Corintios 5:17

²³ Mateo 5:6; Juan 8:31,32

²⁴ 1 Juan 4:8





JESÚS DICE: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo»¹. El amor de Dios es infinitamente poderoso, pero Él no te lo impone. Más bien envía a Jesús a tocar a la puerta de tu corazón, y espera que tú le abras y lo invites a entrar.

Él te ofrece vida eterna, pero al mismo tiempo quiere hacerse muy presente en tu realidad cotidiana. Sin embargo, no puede a menos que tú lo quieras. Espera mansa y pacientemente a la puerta de tu corazón. Tal vez lleva años aguardando a que oigas Su llamada y le abras. Quiere ser tu Salvador y entrará en cuanto se lo pidas; pero ha dejado en tus manos la decisión.

¿Aceptas a Jesucristo como tu Salvador? Si aún no lo has hecho o no estás seguro de estar salvado, haz sinceramente esta sencilla oración:

LA CERTEZA QUE DA LA PROMESA

A veces la gente ora para recibir a Jesús y se decepciona al no experimentar enseguida alguna sensación sobrenatural o física distinta a consecuencia de ello. Pero en realidad no importa cómo te sientas. En el momento en que pides a Dios que te regale la salvación, la obtienes. A partir de ese instante sabes que eres salvo porque Él lo prometió, por lo que dice en Su Palabra. Tu convicción se basa en una promesa divina, no en sensaciones.

David Brandt Berg

Jesús, te ruego que me perdones todos mis pecados. Gracias por morir por mí. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a formar parte de mi vida. Lléname de Tu amor, ayúdame a conocerte y condúceme por la senda de la verdad. Amén.

Si hiciste en serio esta oración, Jesús ya está en ti. Tienes vida eterna y acabas de embarcarte en la aventura más emocionante que pueda haber: la de descubrir el amor de Dios por intermedio de Jesús, explorar Sus caminos y llenarte de Su sabiduría. ✠

¡VIVE!

¡Vive, aún vive!
¡Cristo está vivo hoy!
Siempre me habla
y me acompaña
dondequiera que voy.

¡Vive, aún vive!
Y ofrece salvación.
Te contaré
por qué lo sé:
¡Vive en mi corazón!
Alfred Ackley

¹ Apocalipsis 3:20



¿CÓMO ES DIOS?

Algunos lo imaginan como un Ser que todo lo ve y que porta un gran mazo, dispuesto en todo momento a aporrearlos con él. O como un tirano cruel, un monstruo que nos aterroriza con el Infierno. En realidad Dios es amor. Es nuestro amoroso Padre celestial, y se propone que todos lleguen al Cielo. Es un Dios cercano, íntimo, personal, afectuoso, lleno de bondad, de ternura, de dulzura y de interés por nosotros. Nos sigue de cerca con los brazos abiertos porque tiene la esperanza de que nos volvamos y lo recibamos también a Él con los brazos abiertos.

David Brandt Berg

¿COMPRENDER A DIOS?

NO ES NECESARIO comprender a Dios para amarlo. De hecho, nadie puede entenderlo del todo. Es imposible, porque Él dice que Sus caminos están muy por encima de los nuestros. «Como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos»¹. No trates de comprender a Dios. Simplemente acepta Su amor por fe.

Jesús trató de expresar las cosas en términos muy sencillos. Dijo: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos»². ¿Qué niño pequeño entiende a sus padres, y su propio nacimiento, y los secretos de la vida? Sin embargo, instintivamente es capaz de sintonizar con lo más profundo del mundo: el amor. Siente el amor de sus padres, lo acepta y responde del mismo modo.

La Biblia dice que «Dios es Espíritu»³ y que «Dios es amor»⁴. Es el Espíritu mismo de ese amor que sientes en tu corazón. Y aunque es imposible entender a Dios, todos podemos aceptar Su amor y correspondérselo. Establecer contacto a nivel personal con el Dios del amor es algo tan sencillo que a muchos les parece inconcebible. Pero lo único que hay que hacer es pedir con fe y aceptar. DAVID BRANDT BERG

¿Qué niño
pequeño
entiende a
sus padres?

¹ Isaías 55:9

² Mateo 18:3

³ Juan 4:24

⁴ 1 Juan 4:8

ToDo caMBiA, PEro JESÚS nuNcA

DAVID BRANDT BERG

TAN INDUDABLE COMO QUE LA NOCHE SIGUE AL DÍA, LA LUZ SIGUE A LA OSCURIDAD. TAN INNEGABLE COMO QUE EL SOL SALE ES QUE HA DE PONERSE. Tan seguro como que la lluvia cae, esta vuelve a ascender. Tan cierto como que «polvo eres y al polvo volverás»¹, debe haber un continuo nacer, vivir, morir y resucitar. Tiene que consumarse el ciclo, el círculo perfecto de la eternidad, del cual Dios es artífice, principio y fin, el Alfa y la Omega².

Dios actúa. Es un Dios de acción. Jamás se queda inmóvil. Está constantemente activo, obrando, hablando y efectuando cambios en todos los ámbitos de la creación. No permanece nunca estático. Lo único inamovible de Él es Su esencia —«Yo el Señor no cambio»³—, Su Palabra —«Para siempre, oh Señor, permanece Tu Palabra en los Cielos»⁴— y el futuro, es decir, las promesas que ha hecho a Sus hijos —«No ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que el Señor vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas»⁵.

Ayer, hoy y por la eternidad, ¡Jesús es el mismo! Todo cambia, pero Él permanece invariable⁶.

No me abandones en la oscuridad.
La noche raudo cae, la luz se va.
Si atribulado y desvalido estoy,
sé Tú mi ayuda y mi consolador.

En esta vida todo es temporal.
Las dichas de este mundo pasarán.
Todo declina, todo ha de morir.
Tú que no cambias, sigue junto a mí.
Henry Francis Lyte (1793–1847)

DAVID BRANDT BERG (1919–1994) FUE FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ■

1. Génesis 3:19

2. Apocalipsis 1:8

3. Malaquías 3:6

4. Salmo 119:89

5. Josué 23:14

6. Hebreos 13:8

7. Éxodo 3:14

8. Salmo 46:4 (NVI)



INMUTABLE

Virginia Brandt Berg

CUANDO DIOS ENVIÓ A MOISÉS A LIBERAR A LOS HIJOS DE ISRAEL DEL YUGO DE EGIPTO, LE DIJO: «ASÍ DIRÁS A LOS HIJOS DE ISRAEL: “YO SOY me envió a vosotros”»⁷. El nombre de Dios es YO SOY; no YO FUI, sino YO SOY. ¡Qué maravilla! Eso nos proporciona gran tranquilidad y seguridad.

«Hay un río cuyas corrientes alegran la ciudad de Dios»⁸. En la vida muchas cosas cambian. Son numerosos los manantiales que se secan. Muchas fuentes de placer se agotan también a medida que pasan los años. Sin embargo, la alegría y la paz del cristiano no se desvanecen, pues provienen de una fuente superior inextinguible: el Dios inmutable.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968), MADRE DE DAVID BRANDT BERG, FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL, FUE UNA DESTACADA EVANGELIZADORA. ■

INDULTO GENERAL

Reflexiones sobre la Semana Santa

DAVID BRANDT BERG

El Jesús que adoramos no está crucificado; ¡ya dejó la cruz! Nuestra cruz está vacía. «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?»²⁰ El Cristo que adoramos no está en la tumba. Vive en nuestro corazón.

Resucitó victorioso, alegre, libre, para nunca más morir, a fin de redimirnos también a nosotros y evitarnos el sufrimiento de la muerte espiritual. ¡Qué alegría debió de sentir al resucitar y ver que todo había concluido! Había triunfado, ¡el mundo estaba salvado!



El milagro de la Pascua consiste en que, como Jesús no se quedó en el sepulcro, ese no será tampoco nuestro fin. No tendremos que expiar nuestros pecados en el infierno, ni sentirnos eternamente separados de Dios. Jesús pagó por nosotros y resucitó después a una nueva vida. Conforme vayamos llenándonos de Su amor, esa nueva vida estará también en nuestro interior, brindándonos esperanza y paz. ■

viviendo en ellos y obrando por medio de ellos. Y ha continuado así de vivo para quienes lo han amado y seguido desde entonces.

En la Pascua celebramos la resurrección de Jesús. Conmemoramos el hecho de que derrotó a la muerte, al infierno y a Satanás. Jesús nos redimió de nuestros pecados. Vivió, amó y murió por cada uno de nosotros individualmente, y está tan presente hoy en nosotros en espíritu como lo estuvo para las personas con las que caminó por la Tierra hace dos milenios.

Durante un breve período Sus discípulos perdieron la esperanza. Lo acababan de crucificar, y ya no estaba con ellos. Pero esa crisis pasó rápido. La confusión, el temor y la incertidumbre se desvanecieron ni bien se dieron cuenta de que Él seguía vivo y que Su amor, Su verdad, Su compasión, Sus palabras y Su poder los seguían acompañando, a pesar de que la situación había cambiado.

Independientemente de las circunstancias en que nos encontremos, de las vicisitudes que hayamos pasado y de lo difíciles que puedan estar las cosas, Él también vive en nosotros. Estemos donde estemos, Su poder y Su Espíritu nos acompañan. En toda eventualidad, en todo lugar, tanto en nuestra ciudad natal como en un lejano país, Él está con nosotros y obrará a través de nosotros en la medida en que se lo permitamos. Dejemos que los demás vean Su Espíritu en nosotros, escuchen Sus palabras por boca nuestra y lo perciban en nuestros actos amorosos, nuestra compasión y nuestra empatía. Así demostraremos que Él sigue vivo, incluso en el mundo de hoy, con toda su confusión y sus calamidades. Ayudemos a la gente a hacer contacto con Él y darse cuenta de que vive.

PETER AMSTERDAM Y SU ESPOSA,
MARÍA FONTAINE, DIRIGEN EL
MOVIMIENTO CRISTIANO LA
FAMILIA INTERNACIONAL. ■

AMOR

Y

COMPASIÓN

DAVID BRANDT BERG

{ Declaración de amor }

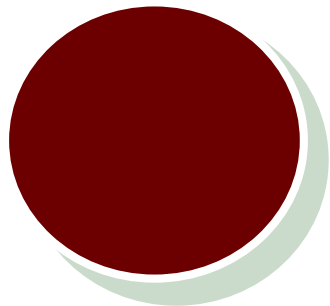
EL AMOR —AMOR VERDADERO, amor a Dios y al prójimo— es la solución primordial para todos los problemas que aquejan hoy en día a la humanidad, así como a los conflictos que la afectaron en otros tiempos. Sigue siendo la solución que ofrece Dios aun en una sociedad tan confusa y compleja como la del mundo actual.

Es precisamente el rechazo del amor de Dios y de las leyes que por amor Él ha instituido lo que lleva a los hombres a ser egoístas, desamorados, desconsiderados y hasta perversos y crueles. He ahí el origen de su inhumanidad para con sus semejantes, la cual salta a la vista en este atribulado mundo actual sometido al yugo de la opresión, la tiranía y la explotación. Cientos de millones sufren innecesariamente de hambre, desnutrición, enfermedades, pobreza, desamparo, exceso de trabajo, y padecen odiosas vejaciones, los tormentos de la guerra y la pesadilla de vivir con un perpetuo sentimiento de inseguridad y miedo. La causa de todos estos males es la falta de amor de los hombres para con Dios y el prójimo, y su insistencia en contravenir las leyes divinas de amor, fe, paz y armonía.

Efectivamente, la solución es así de sencilla: Amar a Dios nos hace capaces de amarnos los unos a los otros. Podemos entonces seguir Sus preceptos sobre la vida, la libertad y la felicidad, con lo que todo se arregla y todos nos sentimos satisfechos en Él.

Por eso dijo Jesús que el primer y mayor mandamiento es amar: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu

**SI TENEMOS
AMOR
VERDADERO,
NO PODEMOS
PRESENCIAR
UNA SITUACIÓN
DE APURO SIN
INTERVENIR.**



alma y con toda tu mente. Y el segundo es semejante —casi igual, casi lo mismo—: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39).

Si tenemos amor verdadero, no podemos presenciar una situación de apuro sin intervenir. No podemos pasar de largo delante del pobre hombre en el camino de Jericó. Debemos actuar, como hizo el samaritano (v. Lucas 10:25-37). Hoy en día hay mucha gente que, cuando ve a un necesitado, reacciona diciendo: «¡Ay, qué lástima, qué pena!» Sin embargo, la compasión hay que traducirla en obras.



HIJITOS MÍOS, NO AMEMOS DE PALABRA NI DE LENGUA, SINO DE HECHO Y EN VERDAD

He aquí la diferencia entre lástima y compasión: la lástima no es más que un sentimiento de pena; la compasión lo impulsa a uno a hacer algo.

Debemos manifestar nuestra fe con obras. Es difícil demostrar amor sin una acción palpable. Afirmar que se ama a alguien y no ayudarlo físicamente en lo que pueda necesitar —proporcionándole comida, ropa, techo, etc.— no es amor. Si bien es cierto que la necesidad de amor verdadero es espiritual, éste debe manifestarse físicamente, por medio de obras. «La fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6). «El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Juan 3:17,18).

Por otra parte, consideramos que la forma más sublime de manifestar amor no consiste exclusivamente en compartir simples pertenencias y bienes materiales. Se basa en entregar la vida en servicio a los demás, como expresión de nuestra fe. Las buenas obras y la entrega de dichas posesiones vienen como consecuencia. El propio Jesús no tenía nada material

que ofrecer a Sus discípulos, sólo Su amor y Su vida, que dio por ellos y por nosotros para que todos pudiéramos disfrutar de vida y amor eternos.

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Profesamos, pues, que lo máximo que podemos dar a los demás es nuestra persona, nuestro amor y nuestra vida. Ese es nuestro ideal.

La verdadera felicidad no se halla buscando de modo egoísta placeres y satisfacciones, sino al encontrar a Dios, comunicar Su vida a los demás y procurar la felicidad ajena. Entonces la felicidad te busca, te toma por asalto y se adueña de ti, sin que la hayas procurado siquiera.

«Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6:7). Si siembras amor, recoges amor. Si siembras amistad, recoges amistad. Obedece, pues, la ley divina del amor, amor desinteresado, amor a Dios y al prójimo. Manifiesta a los demás el amor que les debes, y tú también recibirás amor. «Con la misma medida con que medís [generosa o mezquina], os volverán a medir» (Lucas 6:38).

Descubre las maravillas que puede hacer el amor. Hallarás todo un nuevo mundo que sólo habías concebido en sueños. En compañía de otra alma solitaria, puedes disfrutar de los milagros que obra el amor. Pruébalo. El amor que manifiestes volverá a ti.

El amor no se te dio para guardarlo.

Para que sea amor, a otros hay que darlo.

(EXTRACTO DEL ARTÍCULO DEL MISMO TÍTULO DE DAVID BRANDT BERG PUBLICADO EN *ATRÉVETE A SER DIFERENTE*.)

LA ÚNICA LEY DE DIOS ES EL AMOR

**«La ley por
medio de
Moisés fue
dada, pero
la gracia y
la verdad
vinieron por
medio de
Jesucristo»
(Juan 1:17).**

En el principio Dios nos creó para que como hijos agradecidos optáramos libremente por amarlo y obedecerle. Prefirió que nuestra observancia de Sus principios estuviera motivada plenamente por el amor, la gracia y la fe. Quiso de hecho que existieran muy pocas reglas. Todo debía hacerse voluntariamente, por amor y respeto a Él y en agradecimiento por Su amor y Su interés por nuestro bienestar. En eso consistía Su plan original.

Pero a medida que aumentaron la desobediencia y la maldad de los hombres, Dios tuvo que ir aplicando leyes y normas cada vez más rigurosas. El Antiguo Testamento recoge estos cánones, particularmente los primeros cinco libros de Moisés. Dichas leyes no se establecieron para los justos, pues un hombre bueno no busca hacer daño ni maltratar a sus semejantes: sus acciones están gobernadas por el amor y la consideración. Las leyes divinas se dictaron para los malhechores.

Dado que los hombres no actuaban motivados por el amor, Dios tuvo que imponer la ley, es decir, establecer reglas para los transgresores. Sin embargo, esas

reglas eran incapaces de salvar a los hombres. Simplemente servían para señalarles sus errores. «Nadie será declarado justo a los ojos de Dios por guardar la ley; más bien, mediante la ley nos damos cuenta del pecado» (Romanos 3:20, NVI). «No hay justo, ni aun uno, por cuanto todos pecaron» (Romanos 3:10,23).

La Ley del Antiguo Testamento no fue más que nuestro ayo, es decir, nuestro maestro o instructor. Tenía por objeto hacernos ver que somos pecadores y que necesitamos acudir a Dios para alcanzar misericordia y perdón, a fin de reconciliarnos con Él y obtener su benevolencia por medio de la fe (Gálatas 3:24).

Como todo padre, Dios prefiere con mucho que Sus hijos le obedezcan alegremente y de buena voluntad, y que cumplan lo que Él les pide sencillamente porque lo aman y quieren agradarlo y obrar bien. El niño que obedece sólo porque se le obliga a hacerlo o por temor al castigo, evidencia muy poco amor hacia sus padres.

Cuando los dirigentes religiosos preguntaron a Jesús cuál era el más importante de los mandamientos de la Ley, Él les respondió:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39).

Para consternación de aquellos fariseos, procedió a decirles: «De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los profetas» (Mateo 22:40). (La *Ley* eran los cinco libros de Moisés; y los *profetas*, los escritos de los profetas del Antiguo Testamento.) Los judíos de la época tenían prácticamente miles de leyes religiosas. Se regían por un código legal complicado, ritualista y restrictivo; no obstante, Jesús les dijo que a partir de ese momento no eran necesarios sino dos mandamientos: Amar a Dios y amar a los demás. Eso era todo. Les enseñó que no les hacía falta más ley que el amor. Vale decir que eso es tan válido hoy en día como entonces. Si uno ama a Dios y a sus semejantes, no actuará egoísta ni irresponsablemente, ni hará nada que perjudique al prójimo.

Por lo tanto, la Ley del Amor que instituyó Jesús nos libera de la antigua ley mosaica. La única ley de Dios es el amor. En tanto, pues, que algo se haga con amor, con amor verdadero, generoso y hasta abnegado —con el amor de Dios—, a los ojos de Dios es absolutamente lícito. La Biblia dice: «El fruto del Espíritu es amor. [...] Contra tal cosa no hay ley.» (Gálatas 5:22-23.) No existe ley

de Dios en contra del amor puro, del amor abnegado y altruista para con Dios y nuestros semejantes.

«Toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gálatas 5:14). Medita un momento en eso. Toda la ley se cumple en un mandamiento nuevo y glorioso: el amor. «Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» (Mateo 7:12). No hay que «deber nada a nadie, sino el amarse unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley» (Romanos 13:8). Si actúas movido por el amor, cumples todas las leyes de Dios.

En muchos aspectos, la Ley del Amor es más estricta que la mosaica —o sea, más exigente que los cientos de leyes del Antiguo Testamento, que se suelen resumir en los Diez Mandamientos—, porque dispone que no basta con no hacer daño a nadie. Debemos ir más lejos y amar a nuestros semejantes. Bajo la Ley del Amor que introdujo Jesús, nuestro deber excede la simple justicia y rectitud; tenemos la obligación de manifestar amor y compasión y de perdonar a los demás.

El amor es mayor que la justicia, como también lo es la misericordia. Hoy en día debemos tratar a los demás con amor, misericordia y bondad. En la ley mosaica prácticamente no existía el perdón. Regía lo de «ojo por ojo y diente

por diente» (Éxodo 21:24; Levítico 24:20). Moisés decretó que si alguien le arrancaba a alguien un ojo o un diente, éste tenía derecho a hacer lo mismo a su agresor. En contraste, Jesús enseñó que debemos tratar a los demás —aun a quienes nos hacen daño— como queremos que nos traten a nosotros. En eso consiste el amor de Dios.

Así pues, la Ley del Amor es mucho más estricta, mucho más difícil de acatar. De hecho, es imposible cumplirla sin la ayuda de Jesús. Si la antigua ley era imposible de observar, la Ley del Amor instituida por Jesús es aún más imposible, si cabe. Por ello, Él mismo dijo: «Sin Mí no pueden hacer nada» (Juan 15:5, Edición Pastoral). Sin Su poder es imposible guardar la Ley del Amor. A menos que Jesús y el amor de Dios moren en tu corazón, no serás capaz de amar a los demás como a ti mismo. En cambio, luego de haber aceptado a Jesús, Su Espíritu en nosotros nos ayuda a hacer lo humanamente imposible: amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos.

¿Has reconocido a Jesucristo como tu salvador?
¿Habita en ti el Espíritu del amor de Dios? ¿Amas al Señor y a los demás tanto como a ti mismo? ¿Actúas con los demás del mismo modo que quieres que actúen contigo? De ser así, estás libre de la vieja ley mosaica. Todo lo que debes hacer ahora es guardar la Ley del Amor que nos legó Cristo. ■



LA ÚNICA LEY DE DIOS *y cómo observarla*

Uno que era maestro de la ley mosaica —las normas de conducta que Dios estableció para Su pueblo en la antigüedad— le preguntó a Jesús para tenderle una trampa:

—Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?

Jesús le dijo:

—«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Este es el más importante y el primero de los mandamientos. Y el segundo es parecido a éste, dice: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Estos dos mandamientos son la base de toda la ley y de las enseñanzas de los profetas (Mateo 22:35-40, versión Dios Habla Hoy).

En el pasaje anterior, Jesús anunció grosso modo la ley del amor.

Luego formuló nuevamente el mismo principio en su conocida regla de oro: «Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Mateo 7:12), y: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros» (Juan 13:34).

San Pablo se hizo eco de ello cuando dijo: «Toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gálatas 5:14).

Estos pasajes de la Biblia sintetizan todas las leyes de Dios y deben regir todo lo que pensamos, decimos y hacemos.

Si los actos de una persona están motivados por el amor desinteresado —el amor de Dios hacia el prójimo— y no pretenden hacer daño a nadie,

*Quien ama a
sus semejantes
no hace nada
que los vaya a
perjudicar.*

coinciden con los preceptos de la Sagrada Biblia y son lícitos a los ojos de Dios. «El fruto del Espíritu es amor [...]; contra [tal cosa] no hay ley» (Gálatas 5:22,23).

Gracias a la salvación y la ley del amor que nos legó Jesús, el cristiano queda libre de los cientos de leyes mosaicas consignadas en el Antiguo Testamento. «La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1:17).

Claro está que observar algunos aspectos de la ley mosaica es de sentido común y sinónimo de amar al prójimo. Por ejemplo, no debemos matar, ni robar, ni engañar, ni codiciar los bienes ajenos. Quien ama a sus semejantes no hace nada que los vaya a perjudicar. También hay quienes se abstienen de consumir alimentos impuros o de participar en actividades malsanas desaconsejadas por la ley mosaica.

No es de sorprenderse que esa doctrina radical desatara una encendida polémica entre Jesús y los dirigentes religiosos de la época, que se regían precisamente por esa ley. La misma controversia se trasladó después al incipiente movimiento cristiano. Desde sus inicios se generó al interior del mismo un debate entre los que sostenían que el sacrificio de Cristo en la cruz había consumado la ley, liberando a los creyentes de los códigos

del Antiguo Testamento, y los legalistas, quienes creían que seguía siendo necesario adherirse a todas las antiguas ordenanzas.

El libro de los Hechos de los Apóstoles narra que Pablo predicó a los gentiles el mensaje de la salvación en Cristo. Pablo estaba firmemente convencido de que el sacrificio de Cristo en el Calvario cumplía la vieja ley mosaica. Escribió: «Cristo es el fin de la ley, para que todo el que cree reciba la justicia» (Romanos 10:4, NVI). «Ahora estamos libres de la ley [...]; de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu, y no bajo el régimen viejo de la letra» (Romanos 7:6). «Cristo nos redimió de la maldición de la ley» (Gálatas 3:13).

Hasta el día de hoy algunos siguen promoviendo un cristianismo apegado al Antiguo Testamento. No obstante, un cuidadoso estudio de las Escrituras aclara el espíritu de la ley del amor formulada por Jesús: «No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Romanos 6:14).

En algunos sentidos, la divina ley del amor constituye un código moral más estricto que las leyes de Moisés. Los Diez Mandamientos prescribían cómo debían comportarse los hombres para escapar de los castigos de Dios. La ley del amor exige mucho más: nos pide que obremos con amor y misericordia.

La salvación no se alcanza

a base de buenas acciones, sino pidiéndole a Jesucristo que perdone nuestros pecados. Él entonces pasa a formar parte de nuestra vida y manifiesta Su amor por medio de nosotros. «Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéremos hecho, sino por Su misericordia» (Tito 3:5). «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9).

Ese amor inspirado por Dios representa un ideal mucho más sublime. La ley mosaica admitía muy poca misericordia o perdón. Se aplicaba la máxima de «ojo por ojo y diente por diente» (Éxodo 21:24; Levítico 24:20). Jesús, por el contrario, ¡hasta llegó a decir que debemos amar a nuestros enemigos, orar por ellos y perdonarlos! (Mateo 5:38-44).

Es más, la ley de Jesús es tan difícil de cumplir que resulta humanamente imposible hacerlo. Solo es factible mediante el amor sobrenatural de Dios, que hallamos encarnado en Jesús.

El amor es lo que debería impulsar a todo cristiano en todo lo que hace. Debemos traducir el amor de Dios en actos de consideración que contribuyan a cubrir las necesidades físicas y espirituales de los demás. «El amor de Cristo nos apremia» (2 Corintios 5:14, Biblia de Jerusalén). •

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

¿Por qué formuló Dios los Diez Mandamientos y todas las otras leyes de Moisés?

Dios nos dio las leyes de Moisés para demostrarnos que éramos pecadores, pues «por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Romanos 3:20). La Biblia aclara que la estricta ley mosaica fue nuestro ayo (instructor) para enseñarnos la diferencia entre el bien y el mal (Romanos 3:20) y nos convenció de que tenemos que acudir a Dios en busca de misericordia y perdón (Gálatas 3:24).

Amén de esto, la ley es el medio del que se vale Dios para regular a los inicuos, a los que optan por no vivir con arreglo a la ley del amor. «La ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores» (1 Timoteo 1:9).

Pero una vez que «volvemos a nacer» por obra del Espíritu del amor de Dios (Juan 3:3) y nos convertimos en «nuevas criaturas en Cristo Jesús» (2 Corintios 5:17), se nos exime de la antigua ley mosaica. «Venida la fe, ya no estamos bajo ayo» (Gálatas 3:25). «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36).

¿Eso significa que no hay ya ninguna ley divina que el cristiano deba observar?

Si bien el cristiano ya no está sujeto a la ley de Moisés, habiendo aceptado a Jesús y nacido de nuevo queda sujeto a una nueva ley, mucho más estricta en realidad: la divina ley del amor, definida por Jesús en Mateo 22:37-40.

Entonces ¿el cristiano puede hacer lo que le plazca, en el momento en que le venga en gana?

No. La ley del amor no nos confiere una libertad egoísta e irresponsable en detrimento del prójimo. Al contrario: estamos obligados a amar a los demás. Si la cumplimos, todas nuestras acciones se registrarán por el amor. «El amor no hace mal al prójimo» (Romanos 13:10). Es decir, no haremos nada a nadie que no querríamos que nos hicieran a nosotros.

En la ley mosaica todo se reducía a «ojo por ojo, diente por diente» (Éxodo 21:

24; Levítico 24: 20). Jesús fue mucho más allá. Dijo:

«Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Mateo 7:12). En eso consiste la ley de amor.



Si la única ley de Dios es el amor, ¿podemos hacer caso omiso de las leyes de los hombres?

¡Claro que no! La ley del amor no nos exime de respetar las leyes que imperan en la sociedad. Al revés. La Biblia nos exhorta a acatar la autoridad del gobierno (Romanos capítulo 13; Tito 3:1) y «estar en paz con todos los hombres» (Romanos 12:18).

Una vez que «volvemos a nacer» por obra del Espíritu del amor de Dios y nos convertimos en «nuevas criaturas en Cristo Jesús», se nos exime de la antigua ley mosaica.

¿No sería fantástico...

...que todos siguiéramos los preceptos de Jesús, que dijo: «Ama a tu prójimo como a ti mismo»? (Mateo 22:39). Lamentablemente, cuando uno no trata con mucho amor a los demás, se acarrea dificultades. Y es lógico.

Se dice que todos los males del mundo actual son causados por la falta de amor de los hombres para con Dios y sus semejantes. El sencillo amor a Dios y al prójimo sigue siendo la solución divina aun en una sociedad tan compleja y confusa como la actual. Amar a Dios nos capacita para amarnos unos a otros. Hasta nos lleva a respetarnos como criaturas Suyas. Y si seguimos Sus normas de vida y libertad, todos pueden estar bien y alcanzar la felicidad en Él.

Pide, pues, a Dios que te ayude a amar a tu prójimo con el amor que Él te comunica. Y recuerda que el *prójimo* es cualquiera que se cruce en tu camino y necesite tu ayuda, sin consideración a su raza, credo, color o nacionalidad.

D.B.B.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

La ley de Cristo

La salvación es únicamente por gracia, no por obras.
Romanos 3:28
Efesios 2:8,9
Tito 3:5a

La ley mosaica era un código de justicia y castigo muy estricto.
Éxodo 20:2-17
Éxodo 21:23-25
Deuteronomio 27:26
Hebreos 10:28
Santiago 2:10

La ley mosaica cumplió su finalidad.
Romanos 3:20b
Gálatas 3:24

La ley mosaica fue por un tiempo nada más.
Gálatas 3:19,23
Hebreos 7:18
Hebreos 9:10
Hebreos 10:1
1 Juan 2:8

Era imposible guardar la ley.
Juan 7:19
Hechos 15:10

La ley del amor, conocida también como la ley de Cristo, sustituye para los cristianos a la ley mosaica.
Jeremías 31:31-33
Romanos 8:1,2
Romanos 10:4
Colosenses 2:14

El Espíritu y la verdad de Jesús nos otorgan libertad.
Juan 8:36
Gálatas 5:1

En la actualidad el mandamiento es amar a Dios y al prójimo.
Mateo 7:12
Mateo 22:36-40
Romanos 13:8
Romanos 13:10
Gálatas 5:14
Santiago 2:8

Toda acción llevada a cabo con amor puro y desinteresado es lícita.
Gálatas 5:22,23
1 Corintios 6:12
Tito 1:15a

Sólo Jesús nos puede dar fuerzas para vivir Su ley.
Juan 15:5b
Filipenses 4:13
2 Corintios 5:14a
2 Corintios 12:9



CONSUELO EN LA AFLICCIÓN

Cualquiera que sea la pérdida que suframos, siempre tendremos a Jesús.

Deuteronomio 33:27a

Salmo 142:4,5

Isaías 54:10

Mateo 28:20b

Juan 14:18

Hebreos 13:5b

Dios comprende perfectamente tu sufrimiento.

Éxodo 3:7

Salmo 103:13,14

Isaías 53:3a,4a

Isaías 63:9

Hebreos 4:15

Él advierte cada lágrima que derramas.

2 Reyes 20:5b

Salmo 6:6,9

Salmo 39:12a

Salmo 56:8b

Confía en Dios aun en medio de tu aflicción, como el rey David

Salmo 13:2,5

Salmo 38:6,9,15,17,18,21,22

Salmo 42:9,11

Salmo 55:2,4,6-8,22

Salmo 69:29-31

No hay pesar en la Tierra que el Cielo no pueda sanar.

Isaías 25:8a

Isaías 60:20

Lucas 12:32

Lucas 16:19-22a,25

Juan 16:21,22

Romanos 8:18

2 Corintios 1:7

2 Corintios 4:17

2 Timoteo 2:12a

Apocalipsis 7:17

Apocalipsis 21:4

Dios siempre tiene un buen propósito cuando permite que nos sobrevengan pesares.

Hacernos madurar: Eclesiastés 7:3,4

Producir algún bien: Romanos 8:28

Impulsarnos a recurrir a Su Palabra: Salmo 119:50,67

Hacernos compasivos: 2 Corintios 1:4

Llevarnos al arrepentimiento: 2 Corintios 7:9-11

Prepararnos para mayores servicios: 2 Timoteo 2:12a

Enseñarnos a tener paciencia: Santiago 1:2-4

Acercarnos a Jesús: 1 Pedro 1:6-8

Fortalecernos: 1 Pedro 5:10

amor que perdona

A veces tu sufrimiento es tan doloroso que llegas a considerar imperdonable la conducta de quien te hirió. «Eso no tiene perdón», dices. No obstante, Dios es capaz de librarte de esa carga y obrar en ti una transformación. El portentoso amor de Dios posee esa rara virtud de perdonar.

Movido por él, serás capaz de perdonar.

GABRIEL SARMIENTO



NUNCA ES TARDE PARA AMAR

Algo tan sencillo como el amor a Dios y a los demás es capaz de resolver todos nuestros problemas. Su amor es la solución a todo: salva almas, perdona pecados, satisface corazones, purifica pensamientos, redime cuerpos, gana amigos y hace que la vida valga la pena. Puede superar cualquier dificultad, diferencia, debilidad, defecto, fracaso, falta, pecado u obstáculo. Es la única verdad, el único camino y la única paz.

El amor hasta tiene poder creativo, porque Dios es amor y es el Creador (1 Juan 4:8). Su amor puede transformar vidas deshechas en vidas espléndidas, fructíferas, felices, afectuosas y radiantes, propias de hijos de Dios. Es capaz de cualquier cosa. Nada puede resistirse al poder del amor de Dios. Todo lo que toca, lo transforma. Lo cambia todo. Es hermoso. No tiene igual. Es capaz de curar todas las enfermedades, limpiar todas las manchas. Es todopoderoso.

El amor no sabe de horas ni de días. Es perenne, porque el amor es Dios, y Dios es perenne. Es como una corriente, como un río que fluye sin cesar, pase lo que pase.

D.B.B.

CONÉCTATE AÑO 6, NÚMERO 4

bando sus valores. Luego, cuando terminó entre rejas, no pude menos que pensar que aquello era el reflejo difuso de mis propios actos». La vida de su hijo, al igual que el metal fundido, había ido a parar al molde y se había endurecido. El bumerán se le había tirado encima.

Cierta mañana visité a dos mujeres en el mismo hospital. La habitación de la primera estaba llena de flores, de tarjetas y de cantidad de lindos regalitos de amigos y conocidos. A la paciente le habían llovido esas atenciones y prendas de bondad y empatía. Era un reflejo de su propia vida, pues a lo largo de los años había sembrado amor y consideración en la vida de los demás. En aquel momento en que se hallaba postrada en el hospital, todo aquello le estaba volviendo.

En otra habitación del mismo pasillo yacía la otra mujer, sola. En su rostro tenía dibujadas las líneas de la amargura, el resentimiento y la suspicacia. El egoísmo había arruinado su vida. Ahí estaba, igual de inmersa en sí misma, igual de recelosa y critica que siempre, mirando la pared, una pared tan dura, fría y desnuda como los muros que había construido en derredor de sí toda su vida. Terminó sola frente a la muerte.

¡Qué ambiente tan diferente se percibía en una habitación y en la otra! El bumerán había vuelto a aquellas dos mujeres, pero de formas muy distintas.

«Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir»¹. Todo el que se conduzca desinteresadamente, preocupándose de los demás y ayudándolos a llevar sus cargas, aliviando su dolor y contribuyendo a satisfacer sus necesidades, sin duda verá algún día que ese bumerán le vuelve trayendo bendiciones. •

¹ Lucas 6:38

CÓMO HALLAR AMOR

DAVID BRANDT BERG

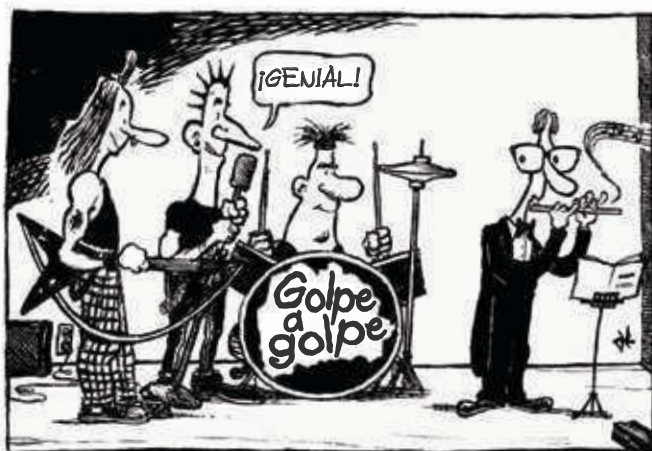
Si manifiestas verdadero amor, no te costará ganar amigos. Cuando te interesas sinceramente por los demás y les demuestras cariño, ellos se interesan por ti y hacen lo propio contigo. El amor engendra amor. Si siembras cariño, eso mismo segarás. Si siembras amistad, ganarás amigos¹.

El amor es infalible. Adonde sea que lo dirijas, siempre te reportará grandes beneficios. Es imposible dar sin recibir. Si manifiestas amor e interés verdaderos, siempre recibirás cariño a cambio; y cuanto más des, más recibirás.

Hay a tu alrededor muchas personas que, al igual que tú, viven solitarias y ansían más amor. Seguramente están a la espera de que tú des el primer paso. Ve y procura hacer feliz a alguien. Descubrirás todo un mundo nuevo de amor que sólo habías conocido en sueños.

Si manifiestas cariño, recibirás cariño. Ese es un principio, una regla divina. Si hacemos felices a los demás, Dios nos hace felices. Así de simple.

¹ Gálatas 6:7



Habida cuenta de los recelos iniciales de algunos miembros del conjunto cuando se les unió César, éste sintió un gran alivio al ver que empezaban a valorar su singular aporte a la música del grupo.

LOS ELOGIOS

DAVID BRANDT BERG

JESÚS ELOGIA A LAS PERSONAS y les reconoce el mérito cuando obran bien. En Sus parábolas elogió a los siervos buenos y fieles que invirtieron sus talentos prudentemente¹. Hasta ponderó al mayordomo malo por su sagacidad². De Natanael dijo: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño»³.

En la Biblia Dios elogia a muchas personas. De Job dijo: «No hay otro como él en la Tierra»⁴. Y de David afirmó que era un varón conforme a Su corazón⁵.

A lo largo y ancho de los textos sagrados, el Señor encomia a la gente por sus buenas obras. Además promete recompensarnos por nuestra buena labor. Es algo que no tiene nada que ver con la salvación. La salvación es un regalo que nos otorga gratuitamente movido por Su misericor-

dia, gracia y amor. Pero además de eso, nos elogia y nos premia cuando obramos bien y con buenos móviles.

Cuando acudimos a Jesús en oración y le pedimos que nos ayude, Él nos responde. Nos faculta para hacer cosas que no podríamos hacer por nuestra cuenta. Pero aun así, casi siempre nos pide que hagamos algo —la parte que nos corresponde— para que se cumpla lo que deseamos. Y cuando lo hacemos, nos reconoce el mérito. Prueba indiscutible de ello son

todos los versículos que hay sobre recompensas y coronas en el Cielo⁶.

Él nos reconoce el mérito cuando aprovechamos al máximo los bienes y talentos que nos da. Viene a cuento la anécdota del campesino que le enseñó su granja a alguien que le comentó: «¡Qué finca tan bonita le ha dado Dios!» El viejo campesino repuso: «Pues debería haberla visto usted cuando la tenía Dios». Es decir, antes que él hiciera el arduo trabajo de desmalezar, arar y atender los cultivos. Hasta en el huerto del Edén hizo falta una persona que lo cuidara, labor que Dios encargó a Adán⁷.

Ese principio se aplica a nuestros dones y talentos, a nuestro cuerpo y aspecto y a todo lo demás. Dios nos dota de lo más elemental para ver lo que haremos con ello. Para desarrollar plenamente nuestras aptitudes, es preciso un esfuerzo de nuestra parte. Él entonces se percata de esos esfuerzos y nos elogia.

Así desea Él que seamos también con los demás. Debemos elogiar a la gente y hacerlo con sinceridad. La adulación y el elogio sincero son dos cosas muy distintas. Casi todo

¹ Mateo 25:14-23

⁴ Job 1:8

² Lucas 16:8

⁵ 1 Samuel 13:14

³ Juan 1:47

⁶ Daniel 12:3; Mateo 6:19-22; 16:27; 25:21; 1 Corintios 9:25; 2 Timoteo 4:7,8; Apocalipsis 2:10

⁷ Génesis 2:15

el mundo necesita que le den ánimo. La mayoría de las personas no son muy creídas ni muy vanidosas. A mi modo de ver es todo lo contrario: se sienten un poco inseguras o inferiores en algún aspecto. Tienden más bien a desanimarse por sus defectos. Por eso me parece importantísimo dar aliento a los demás.

Los elogios motivan a la gente a superarse. Todo padre o jefe que tenga un poco de tino lo sabe muy bien. Es más importante elogiar a un niño por su buena conducta y por lo que hace bien que regañarlo cuando se porta mal. Lo mismo vale para los adultos. Si se quiere sacar a relucir lo mejor de una persona y tener una buena relación con ella, hay que procurar resaltar siempre lo positivo.

Lo peor que se puede hacer es fijarse siempre en las falencias ajenas, menospreciar a la gente y fastidiarla constantemente por sus imperfecciones. Eso torpedea una relación con mayor rapidez que casi ninguna otra cosa, y ha hecho fracasar más de un matrimonio. Me viene a la memoria una señora que quería divorciarse y acudió al juez de familia. Argu-

mentó que ya no soportaba vivir con «aquel hombre» ni un día más y procedió a enumerar todos los defectos de su marido. La diatriba fue interminable.

Finalmente hizo una pausa para recuperar el aliento, y el juez aprovechó para preguntarle:

—Y ¿cómo es que se casó con él en un principio? Algo debe de haberle resultado atractivo. ¿Qué fue?

—La verdad es que —repuso ella— era muy bueno y muy trabajador, se preocupaba de mantenernos, quería a los niños y era fiel.

—¿Y ya no es así?

—Pues sí —respondió alterada—, pero... —y comenzó nuevamente a quejarse— es que es insoportable. Deja la ropa tirada en el suelo, nunca cuelga ni guarda nada, siempre llega tarde a cenar, le cuesta levantarse por la mañana, se mete los dedos en la nariz y si le quemo las tostadas, se me queja.

Cantidad de detalles relativamente insignificantes.

—Muy bien —dijo el juez—. Esta es mi resolución preliminar. Vuelva a casa y procure concentrarse en las buenas cualidades por las que se encariñó y se casó con él.

«El estilo en que nos comunicamos con los demás y con nosotros mismos determina en última instancia nuestra calidad de vida».

Anthony Robbins

Esfuércese por no pensar siquiera en esas pequeñas idiosincrasias tuyas que a usted le molestan. Si al cabo de 30 días todavía quiere divorciarse, vuelva a verme.

El juez no volvió a tener noticias de ella.

Estar siempre pensando en los defectos y malas costumbres de los demás nos complica la vida. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad»¹. Prueba eso la próxima vez que estés exasperado, impaciente o alterado con alguien. Procura recordar sus buenas cualidades y haz caso omiso de sus defectos.

Piensa en lo bien que te sientes cuando alguien tiene contigo un gesto de consideración. Cuando una persona te agradece una labor bien hecha, te anima a esforzarte al máximo, ¿no es cierto? Seamos consecuentes con la Regla de Oro que nos enseñó Jesús: Pórtate con los demás como te gustaría que se portaran contigo². •

¹ Filipenses 4:8

² Mateo 7:12

Embajadores del amor

DAVID BRANDT BERG

DIOS QUIERE DARSE A CONOCER AL MUNDO POR MEDIO DE SUS HIJOS. Jesús dijo: «Como me envió el Padre, así también Yo os envío»¹. Él vino a amar al mundo y nos llama a nosotros a hacer lo mismo en todas las facetas de la vida. Nosotros somos el único medio por el que otras personas pueden llegar a conocer Su alegría, paz, amor, felicidad y Cielo. Cualquiera que sea nuestro origen, si tenemos dentro a Jesús somos Sus embajadores, representamos al Rey de reyes que rige los destinos del universo.

¿Cuál fue la exhortación final que hizo Jesús a Sus discípulos durante la Última Cena, antes de ser apresado, azotado y ejecutado? «En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros»². Les habló del amor, les manifestó que el amor era lo más importante.

Aquellos primeros cristianos revolucionaron el mundo con el

amor de Dios. Su modo de vida convenció a la gente de que su fe no era un cuento. Hasta sus persegutores romanos se maravillaban y decían: «¡Cómo se aman estos cristianos!» «¿Quién es ese tal Cristo? —preguntaban a los cristianos—. Y ¿cómo es que los hacen tan felices? Ustedes no tienen nada y, sin embargo, lo poseen todo. ¿Qué debo hacer para alcanzar yo esa felicidad?» Y así fue como, al cabo de 200 años, una persona de cada cinco del mundo occidental profesaba el cristianismo.

Hoy —2000 años después— el corazón humano sigue siendo el mismo. Muchísimas personas ansían amor y casi nunca lo encuentran. Por todas partes la gente busca un rayito de esperanza, un indicio de salvación, un lugar donde haya luz, un poquito de amor, un asomo de compasión, un sitio donde pueda sentir alivio. Los que conocemos a Dios y Su amor tenemos lo que

los demás se han pasado la vida buscando y necesitan urgentemente. Si les mostramos que el amor existe, creerán que Dios existe, porque Dios es amor.

Hasta los pequeños gestos tienen gran importancia. La luz de tu sonrisa, la simpatía de tu rostro y el influjo de tu vida pueden irradiar luz sobre muchos y tener efectos sorprendentes en algunas de esas personas que a veces parecen las más difíciles de conmover. Cuando perciben tu amor y les dices que es un reflejo del amor de Dios piensan que tal vez sea cierto que hay alguien allá arriba que las ama. Eso puede transformar por completo su perspectiva de la vida y motivarlas a comenzar de nuevo.

¡Que se nos conozca siempre por nuestro amor!

DAVID BRANDT BERG (1919–1994)
FUE FUNDADOR DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL. ■

1. Juan 20:21

2. Juan 13:35

BIBLIA



DIME LO QUE COMES Y TE DIRÉ QUIÉN ERES

Basado en los escritos de David Brandt Berg

>> **UN CONOCIDO REFRÁN REZA: «DIME LO QUE COMES** y te diré quién eres». Pues alguien parafraseó ese dicho, trasladándolo al ámbito moral: «Dime lo que lees y te diré quién eres». En el plano mental y espiritual, lo que lees determina quién eres. Y lo mismo vale para las películas, la TV, la música, la Internet, los videojuegos etc. Por los gustos de una persona en materia de entretenimiento, en general ya sé cuál es su estado espiritual.

Dios nos creó a todos con hambre de la verdad, es decir, con un ansia de conceptos e ideas que nutran nuestra alma, nos acerquen a Él, nos ayuden a entenderlo mejor y a descubrir los caminos que Él por amor ha dispuesto para nosotros y nos estimulen a llevar una vida más provechosa. Lamentablemente, hoy en día mucha gente ha cultivado apetitos espirituales desordenados al leer y mirar cosas malsanas. Es similar a lo que sucede cuando alguien le agarra el gusto a la comida chatarra y los dulces, y pierde las ganas de consumir alimentos sanos y nutritivos.

Me recuerda los siguientes versículos de la Biblia: «¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura» (Isaías 55:2). «Trabajad, no por

POR LOS GUSTOS DE UNA PERSONA EN MATERIA DE ENTRETENIMIENTO, EN GENERAL YA SÉ CUÁL ES SU ESTADO ESPIRITUAL.

la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece» (Juan 6:27).

Aunque nos cueste admitirlo, la exposición a actitudes y acciones contrarias a la forma en que Dios quiere que pensemos y actuemos realmente nos

afecta. Llenarnos el corazón y la mente de mentiras y medias verdades nos corrompe el espíritu, aunque solo lo hagamos para distendernos o entretenernos. Si se multiplica ese efecto unos cuantos millones de veces, la sociedad en general se ve afectada. ¡El mundo moderno es prueba cabal de ello!

DISCERNIR Y DISCRIMINAR

Todo lo que llega a nuestra mente afecta nuestro espíritu. Las películas, la música, los libros, los periódicos, las revistas, la TV, la radio y la Internet son todos medios de transmitir un mensaje. Y ese mensaje puede estar inspirado por Dios y en consonancia con Su Palabra, o puede no estarlo.

TODO LO QUE LLEGA A NUESTRA MENTE AFECTA NUESTRO ESPÍRITU.

Gran parte de lo que se difunde hoy en día es lo que la Biblia denomina «fábulas artificiosas» (2 Pedro 1:16), artificioamente inspiradas no por Dios, sino por los poderes del mal, con el objeto de engañar a la gente, descarriarla e insensibilizarla espiritualmente hasta tal punto que ya no sepa distinguir entre el bien y el mal.

Leer libros y ver películas nocivas no hace sabias a las personas. Antes las atonta, las confunde y las aleja cada vez más de la verdad. La sabiduría de este mundo es insensatez absoluta ante Dios (1 Corintios 3:19).

La gente consume comida chatarra porque parece nutritiva y tiene buen gusto; pero en

grandes cantidades a la larga nos roba la vida. Por eso es tan peligrosa, precisamente por lo engañosa que es. Lo mismo vale para los libros y las películas chatarra.

El Diablo es mentiroso y padre de mentira (Juan 8:44). Y sus mentiras son muy astutas. En todos los casos, parte de lo que dice es verdad. No conseguiría que la gente se tragara sus mentiras si no las mezclara con un poco de verdad. Les incorpora pequeños conceptos veraces, como hizo con Adán y Eva en el Edén. Cuando los tentó a desobedecer a Dios y a comer del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y el mal, les aseguró: «Seréis como Dios» (Génesis 3:5). Aquella fue una verdad muy tentadora, ¡y se la tragaron! (Génesis 3:4).

¿Y TÚ?

No tiene nada de malo leer un libro o ver una película por puro pasatiempo. Pero si no eres un poco exigente en cuanto a la alimentación que le proporcionas a tu espíritu, si no te resguardas de las imágenes e informaciones nocivas, todo ello terminará siendo más fatigoso que beneficioso para tu espíritu. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

Hasta las películas y otras producciones mayormente buenas pueden tener algún efecto negativo si uno no se esfuerza por prestar atención a lo positivo y rechazar lo negativo, ya sea en el momento mismo o bien después de la sesión. La Biblia nos manda: «Apártese del mal, y haga el bien» (1 Pedro 3:11). Este versículo se aplica no solo a lo que hacemos, sino también a las influencias a las que nos sometemos, puesto que en última instancia, éstas acaban por afectar nuestros actos.

También es importante llenarnos de la verdad de la Palabra de Dios para contrarrestar cualquier influencia negativa que puedan tener en nosotros las demás cosas que vemos o leemos. «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida» (Proverbios 4:23).

Hay un viejo refrán sobre la oración que dice: «Crees en la oración tanto como oras». Yo diría que lo mismo se aplica a la Palabra de Dios y las influencias del mundo: Crees en la Palabra en la medida en que la lees, y crees en esas otras cosas en la medida en que te empapas de ellas. Espero que ingieras buen alimento espiritual, porque tu salud espiritual y tu felicidad dependen de ello. ¡Dime lo que bebes y te diré quién eres! ■

GUÍATE POR EL MANUAL

Antes de poner en marcha un aparato costoso que acaba de comprar, una persona sensata estudia a fondo el manual de instrucciones. De esa manera se ahorra mucho tiempo y dificultades, aparte que evita causarle a la máquina algún daño irreparable. En cambio, los que son muy impacientes o están tan seguros de sí mismos que no se molestan en consultar primero el manual suelen toparse con toda clase de problemas.

¿Para qué bregar innecesariamente en esta vida cuando tu Fabricante —Dios— ya hizo que varios de Sus hombres escribieran un manual de instrucciones con

esquemas detallados e indicaciones bien claras para llevar a cabo la complicada tarea de vivir? Te expones a desperdiciar un montón de tiempo, a causarte cantidad de daño y a perjudicar también a otras personas. No te arriesgues. Lee el Libro y sigue sus consejos.

Un edificio duradero

Así como un edificio, para ser sólido, debe contar con buenos cimientos, sin la Palabra es imposible tener fe, pues la fe en Dios se fundamenta en Su Palabra. Por eso, si sientes que te falta fe, el remedio es muy sencillo: la Palabra de Dios aumentará tu fe.

La fe viene, se acrecienta, oyendo la Palabra de Dios. Si lees y estudias regularmente la Palabra, si meditas en ella y hasta te la aprendas de memoria, tu fe se irá avivando, reforzando, incrementando. Llénate la mente y el corazón de pensamientos positivos, alentadores, fortalecedores, de pasajes de la Palabra que edifiquen tu fe, y al poco tiempo te sorprenderás de tu propia fe: una fe verdadera, capaz de aguantar cualquier prueba, de hacer milagros, una fe perdurable basada en el pétreo cimiento de la verdad de Dios.

David Brandt Berg

mos que nada había sobrevivido a aquellas llamas. ¿Qué podía ser?

Entonces me entregó mi biblia. ¿Cómo era posible? Yo misma había caminado entre las ruinas y había observado detenidamente el sitio donde solía poner la Biblia. La estantería y todo lo que había en ella —todos los otros libros, el ordenador, el equipo de música y muchos otros objetos de valor— o había sido consumido por las llamas o se había derretido y calcinado hasta quedar irreconocible.

Mi amiga me explicó que a su esposo le habían encargado que revisara los restos de la vivienda para ver si encontraba algo que se pudiera recuperar, y mientras lo hacía le llamó la atención un objeto que había quedado semiculto entre las cenizas y los escombros: mi biblia.

¡Era increíble que mi biblia hubiera sobrevivido a aquel infierno! ¡No pudo haber sido coincidencia! Dios se había propuesto

enviarme un mensaje muy claro sobre lo que Él consideraba realmente importante y duradero, y yo no podía ignorarlo.

Comencé a leer aquella biblia regularmente, estudié las publicaciones cristianas que mi amigo misionero seguía enviándome y procuré sinceramente modelar mi vida según los amorosos preceptos divinos.

Hoy en día soy muy feliz. He cambiado mis objetivos materiales por otros de índole espiritual. Ahora tengo un hambre voraz de las Palabras del Señor y un deseo profundo de transitar por Sus caminos. Mi vida está hoy cimentada en Su verdad, la cual no puede ser conmovida por las llamas ni la calamidad. «El Cielo y la Tierra pasarán, pero Mis Palabras no pasarán» (Mateo 24:35).

Aún conservo aquella biblia. Le faltan las tapas y está un poco chamuscada en los bordes; pero la Palabra, la verdad divina contenida en ella, sigue intacta. •



PERSPECTIVAS

ADAPTACIÓN DE UN TEXTO DE DAVID BRANDT BERG

Los dos tipos de relojes ilustran muy bien la diferencia entre nuestra visión normal de las cosas y la óptica de Dios. El reloj digital da la hora exacta en horas, minutos y segundos, y en algunos modelos hasta en fracciones de segundo. Es de fácil lectura. Así suele ver la gente las cosas, considerando solamente el presente. En cambio, el reloj de agujas —que ahora suelen llamar analógico— presenta la totalidad del ciclo de tiempo, y en eso se asemeja más a la perspectiva que tiene Dios, el cual ve la eternidad en toda su magnitud.

Ver la hora en un reloj digital es como ver solamente un árbol, mientras que el de manecillas nos muestra todo el bosque. En el digital, el árbol no nos deja ver el bosque: el pasado y el futuro son opacados por el presente. En el analógico, en cambio, se nos presenta el árbol con relación a todos los demás que constituyen el bosque. De un vistazo se puede apreciar cuánto tiempo ha transcurrido desde un momento anterior dado o cuánto falta para que llegue determinado momento futuro.

Guiarse únicamente por un reloj digital es como conducir de noche por una carretera oscura y sinuosa. Uno sólo ve lo que tiene delante mismo de los ojos. Del pasado no queda más

que el recuerdo, y del futuro no se ve más allá del siguiente instante. Uno en realidad no sabe adónde se dirige. Por otra parte, usar un reloj de manecillas es como tener la posibilidad de consultar un mapa. En cualquier momento uno puede determinar dónde se encuentra, cuánto ha avanzado, cuánta distancia ha recorrido y cuánto le falta para llegar a su destino.

La Biblia puede compararse con un reloj analógico. Así como éste refleja mejor en qué momento del día nos encontramos al relativizar el instante presente con respecto al tiempo ya transcurrido y el que queda por delante, la Biblia nos da una perspectiva más amplia de la vida, pues nos lleva a considerarla en relación con la eternidad.

El reloj analógico es más complicado, pero ofrece una visión más global. Requiere más tiempo y esfuerzo aprender a leer la hora en un reloj de manecillas que en uno digital. Sin embargo, vale la pena que los niños se familiaricen con ese tipo de reloj, porque da mucha más información. Para entender la Biblia es preciso estudiarla, y eso toma tiempo. Exige más dedicación y esfuerzo que limitarse a vivir el momento. No obstante, constituye una actitud mucho más prudente frente a la vida. ✂

El apóstol Pablo dijo: «Si la esperanza que tenemos en Cristo fuera sólo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales»¹.

Es decir, nos es preciso ver más allá de las complicaciones cotidianas y fijarnos más bien en el objetivo a largo plazo, en la felicidad y los galardones celestiales que nos están prometidos si tomamos decisiones juiciosas y llevamos una vida que agrade a Dios.

María Fontaine

¹ 1 Corintios 15:19, BAD

RÉPLICAS DE DIOS

Así contesta Dios en la Biblia a todo lo negativo que nos decimos interiormente.

Decimos: «Es imposible».

Dios dice: «Para Mí, todo es posible» (Mateo 19:26).

Decimos: «¡Qué agotamiento tengo!»

Dios dice: «Yo te haré descansar» (Mateo 11:28-30).

Decimos: «Nadie me quiere».

Dios dice: «Yo te amo» (Juan 3:16 y Juan 13:34).

Decimos: «No aguanto más».

Dios dice: «Te basta Mi gracia. Estaré a tu lado en la angustia» (2 Corintios 12:9 y Salmo 91:15).

Decimos: «No lo entiendo».

Dios dice: «Te revelaré los misterios» (Daniel 2:28).

Decimos: «No puedo».

Dios dice: «No hace falta que tú lo hagas. Lo haré Yo» (2 Crónicas 20:17).

Decimos: «No vale la pena».

Dios dice: «Valdrá la pena» (Romanos 8:18).

Decimos: «No me lo perdono».

Dios dice: «Yo te perdono» (1 Juan 1:9 y Romanos 8:1).

Decimos: «No puedo salir adelante».

Dios dice: «Proveeré cuanto te haga falta» (Filipenses 4:19).

Decimos: «No soy capaz».

Dios dice: «Con Mi ayuda sí» (Filipenses 4:13 y 2 Corintios 3:5).

Decimos: «Tengo miedo».

Dios dice: «No temas, porque Yo estoy contigo» (Jeremías 42:11).

Decimos: «Todo son preocupaciones y contrariedades».

Dios dice: «Echa toda tu ansiedad sobre Mí» (1 Pedro 5:7).

Decimos: «Me falta fe».

Dios dice: «A cada uno le he dado una medida de fe» (Romanos 12:3b).

Decimos: «Me falta inteligencia».

Dios dice: «Te daré sabiduría» (Santiago 1:5 y 1 Corintios 1:30).

Decimos: «No tengo a nadie».

Dios dice: «No te desampararé, ni te dejaré» (Hebreos 13:5).

La negatividad: origen y solución

DAVID BRANDT BERG

EL DIABLO es el acusador de los santos¹. Nos echa en cara todas nuestras insuficiencias y defectos, nuestras debilidades y fallos. Si le prestas atención, estás perdido, porque siempre habrá algo más que podrías haber hecho o algo que desearías no haber hecho. Siempre habrá algo —alguna negligencia, algún descuido, un error o falta, un mal hábito— que el Diablo esgrimirá para molestarte si quiere, ¡y ganas no le faltan!

Pero ¡gracias a Dios por Jesús! Él es el antídoto. Siempre nos señala las cosas buenas. Jamás pierde la fe en nosotros ni deja de amarnos, aun cuando

nos equivocamos. Por eso, cuando el Diablo te acose con pensamientos negativos sobre ti mismo o sobre otras personas, no le hagas caso. Escucha más bien a Jesús. Piensa en algo positivo. Haz siempre memoria de lo bueno. Pensar bien de ti mismo y de los demás aleja las dudas, los temores y las acusaciones que lanza el Diablo. Llena tu corazón, tu mente y tu lengua de cosas buenas. Piensa en todo lo bueno de que disfrutas, y espantarás al Diablo. Deja entrar la luz, y la oscuridad desaparecerá. ✠

¹ Apocalipsis 12:9,10

LA MECÁNICA DE LA FE

FRAGMENTOS DE LOS ESCRITOS DE DAVID BRANDT BERG

Dios es muy dado a precipitar crisis. A veces permite que sucedan ciertas cosas para impulsarnos a orar y a confiar en que Él nos dará la solución. Quiere que demos pasos concretos de fe, pidiendo cosas muy claras y esperando también respuestas muy claras.



La fe y la confianza en Dios producen bienestar corporal, sosiego, satisfacción interior y equilibrio espiritual. Si sabemos que Dios nos ama, podemos tener la certeza de que todo saldrá bien y de que Él se encargará de resolver las cosas.



Debemos creer en la Palabra de Dios sencillamente porque Él nos lo manda, igual que un niño tiene que confiar en sus padres aunque no siempre entienda por qué debe hacer tal cosa o por qué no debe hacer tal otra. Es cuestión de obediencia. El niño sigue las indicaciones de sus padres porque confía en ellos y tiene la certidumbre de que lo aman; y la misma actitud debemos tener nosotros con Dios. Debemos acatar Sus instrucciones y creer simplemente porque Él nos lo dice. Así le demostramos que lo amamos y confiamos en Él.



Da el primer
paso con fe.
No es necesario
que veas toda la
escalera; sólo da
el primer paso.
*Martin Luther
King, Jr.*

¿Cómo se adquiere fe? Es un don de Dios que está al alcance de cualquier persona que lo desee. Lo malo es que mucha gente no se interesa en él hasta que lo necesita, y entonces se da cuenta de que no tiene la fe que precisa porque no está acostumbrada a confiar en la Palabra de Dios. Así como no se puede construir un buen edificio sin buenos cimientos, sin la Palabra la fe no tiene una base sólida. La fe en Dios se fundamenta en Su Palabra. Por eso, si sientes que te falta fe, el remedio es muy sencillo: la Palabra de Dios te la aumentará.

«La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios»¹. Eso significa que proviene de la lectura de la Palabra de Dios, o del estudio de la misma con una persona que te la enseñe. Cuanto más llenes tu corazón y tus pensamientos de las palabras de Dios, más fe albergarás y menos preocupaciones, temores y estrés tendrás.



Cuenta con que Dios responderá a tus oraciones. Él está obligado a cumplir Su Palabra. Conviene, pues, recordarle las promesas que ha hecho. No dudes ni por un instante que te va a contestar, y lo hará. Tiene que hacerlo. Es más, lo desea. Confía en Él. Y agradécele la respuesta, aunque no la veas enseguida. ✎

1. Romanos 10:17

CIELO

Y

MUNDO

ESPIRITUAL

LOS PLANÍCOLAS

DAVID BRANDT BERG

ABRÓCHENSE LOS CINTURONES.
Estamos por abandonar el restrictivo y tedioso dominio del planícola para adentrarnos en la fascinante dimensión espiritual.

Vamos a sintonizar con el misterioso universo de las realidades eternas, el

viviente mundo de lo perpetuo, en lugar de subsistir en el agonizante mundo presente. Nos internaremos en el dominio imperecedero de la eternidad por oposición al espacio pasajero del tiempo. Se trata de una dimensión fascinante y en gran medida imperceptible para nuestra visión mortal, terrena y temporal.

La Biblia nos exhorta: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la Tierra; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (Colosenses 3:2; 2 Corintios 4:18).

Desde los albores de la Historia, los que por la fe se han constituido en hijos de Dios han buscado un mundo invisible, «una ciudad que tiene fundamentos», cimientos eternos, «cuyo arquitecto y

LOS PLANÍCOLAS

constructor es Dios» (Hebreos 11:10). Sin haber recibido lo prometido por Dios, sino mirándolo de lejos, fueron extranjeros y peregrinos en la Tierra, porque buscaban una patria mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad: la inigualable Ciudad Celestial —la Nueva Jerusalén— que descenderá de lo alto, de Dios, y estará entre los hombres (Hebreos 11:13-16, Apocalipsis 21:2,3).

Esta es la esperanza de todos los tiempos: ese mundo eterno, que ahora mismo permanece invisible, donde moraremos con Dios para siempre, la Ciudad Celestial descrita en los capítulos 21 y 22 del Apocalipsis —los últimos dos capítulos de la Biblia— y mencionada en muchos otros pasajes de las Escrituras. En eso tenemos todas cifradas nuestras esperanzas; no se trata de castillos en el aire, sino de un Cielo literal que vendrá a la Tierra.

Sin embargo, en este momento ese invisible reino celestial ya existe. No sólo nos rodea, sino que está dentro de nosotros. Jesús dijo: «El reino de Dios está dentro de vosotros (Lucas 17:21).

Según la ciencia, todo objeto físico debe tener cuatro dimensiones: longitud, anchura y altura —que constituyen el espacio— y una más: tiempo. Con sus teorías de la relatividad, Einstein demostró que tiempo y espacio están estrechamente ligados.

Nada puede ocupar un espacio físico sin tiempo. Para que algo exista es esencial el tiempo.

Tengo en las manos una tarjetita postal muy llamativa en la que se ve una bella escena subacuática de la magnífica y colorida creación de Dios. Lo curioso de esta tarjetita es que si la miro casi de costado no veo sino dos dimensiones: la longitud y la anchura. Me ubico así en el territorio del planícola, que sólo comprende su reducido mundo bidimensional en el que nada tiene profundidad. No ve nada más. Al observar esta tarjeta de costado, yo tampoco veo nada más. Si fuera un planícola insistiría en que no hay ninguna dimensión aparte de las dos en que yo me

desenvuelvo, pues visualmente no percibo nada más.

Sin embargo, desplácelos en una dirección desconocida para el planícola. Al observar la postal desde arriba, descubrimos un mundo sorprendente. Esta tarjetita resulta ser tridimensional. De repente adquiere una dimensión totalmente nueva, llamada profundidad. Hasta me da la impresión de que puedo penetrar en la imagen con la vista. Ciertos objetos aparecen delante de otros. Hay un junco que crece delante de un precioso coral rojo; entre ellos nadan los peces, y el lecho sembrado de piedrecillas se desvanece a lo lejos, más allá de donde alcanzo a ver con mi nueva perspectiva tridimensional.

Hemos penetrado en un nuevo mundo, fuera del alcance del pobre planícola que sólo puede ver en dos direcciones, en el supuesto de que pudiera existir en ellas. Miramos en una nueva dirección que nos presenta todo un mundo inexplorado. Ahora somos como un dios para el planícola, un ser que está muy por encima de su comprensión.

Ahora que estamos situados por encima de su plano de apenas dos dimensiones, nos ha perdido por completo de vista, pues no ve ni hacia arriba ni hacia abajo; y a menos que descendamos a su nivel no puede vernos en absoluto, y mucho menos entender nuestra nueva dimensión. Para que pueda distinguirnos tenemos que situarnos en su mismo plano. En el instante en que variamos nuestra posición y nos salimos mínimamente de su plano, nos pierde de vista.

Nuestro mundo tridimensional es de una magnitud casi infinita, mucho más amplio y extenso que el del planícola. Tanto es así que éste jamás podría concebirlo ni entendernos. Se trata de un mundo magnífico y maravilloso cuya existencia ignora, por la simple y sencilla razón de que no lo ve.

Aun si fuera posible mostrárselo, estaría tan fuera del alcance de su percepción bidimensional que probablemente reaccionaría como aquel campesino que, la primera vez que vio una jirafa, exclamó: «¡Eso no existe!»

La verdad es que al pobre planícola el orgullo le impide reconocer que pueda haber un nivel superior al suyo. ¡Pobre tipo! ¡Qué limitada es su visión, qué estrecho su mundo, qué restringido su radio de acción! Como no puede salirse de su plano, no quiere admitir que exista otra dimensión. Se indigna con cualquiera que le diga que en alguna ocasión se vio elevado a otro mundo y echó un vistazo a lo que hay más allá de su reducido plano.

En todo caso, el hecho de que no crea en algo que es invisible para él no implica que no exista.

Lo mismo pasa con el hombre al que la Biblia denomina *natural*, que se resiste a creer que exista una *quinta* dimensión, un mundo espiritual, por la sencilla razón de que nunca lo ha visto ni ha estado en él. «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura» (1 Corintios 2:14). Para él no existe, por cuanto nunca lo ha visto.

Eso sería tan absurdo como decir: «¡No creo en la existencia de Nueva York o de Londres porque nunca he estado en esas ciudades!» ¿Puede haber mayor ridiculez?

La Biblia abunda en pruebas, relatos y declaraciones categóricas sobre la existencia de ese mundo espiritual pentadimensional. Algunos de sus personajes inmortales, luego de traspasar el glorioso umbral de la muerte, regresaron para narrar su vivencia. Otros fueron elevados al mundo espiritual y vieron un atisbo del mismo. Muchos captaron mensajes del más allá. ¡Y otros hemos estado allí! Yo sé que existe porque he estado allí.

Y tú también puedes tener esa certeza. Si de veras deseas conocer la verdad y estás dispuesto a admitir que otras personas tienen algo que tú ansías, si aceptas tus limitaciones y pides a Dios y a Sus hijos que te ayuden a descubrir una nueva dimensión, tú también puedes disfrutar de las indescriptibles alegrías, las bellas visiones, los preciosos sonidos y las extasiantes sensaciones de ese universo maravilloso y celestial. Es extraordinario, tan paradisiaco que parece *de otro mundo*. Te va a encantar. ¿Por qué no te adentras en él? No tienes nada que perder. ←

**DAVID BRANDT BERG (1919–1994)
FUE EL FUNDADOR DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL.**

El redactor y columnista Arthur Brisbane (1864–1936) dibujó en una ocasión un grupo de acongojadas orugas que trasladaban un capullo vacío a su última morada. Vestidas de luto, las orugas lloraban pesarasas, mientras una bella mariposa revoloteaba alegremente, libre para siempre de su cáscara terrena.



Huelga decir que Brisbane se propuso representar el típico entierro y hacer ver que cuando fallece un ser querido es absurdo lamentarse por el capullo y fijar la atención en los restos mortales, olvidando la flamante mariposa.



Travesía
hacia la Vida

Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

Si tienes fe en Dios, no tienes que apenarte cuando un ser querido pasa a mejor vida, «como los otros que no tienen esperanza» (1 Tesalonicenses 4:13). Naturalmente, despedirse de alguien que uno quiere conlleva cierta nota de tristeza, pero si tanto nosotros como esa persona amamos a Jesús, sabemos que nos volveremos a ver. Y aunque echemos de menos a esos seres queridos de quienes nos separamos, podemos alegrarnos por ellos sabiendo que finalmente se han liberado de todas las penas y contrariedades que soportaban en su cuerpo terrenal, y que han pasado a una vida mucho mejor.

Al presente, nuestros cuerpos mortales y los trastornos de nuestra existencia física nos agobian; pero una vez que dejemos atrás esta vida y pasemos a la esfera del espíritu, nos despojaremos de esos pesos. Nos habremos graduado de la vida en la Tierra y entraremos

a la dimensión celestial del espíritu (1 Corintios 15:53-54; 2 Corintios 4:18; 5:1-4).

La mayoría de la gente procura no pensar en la muerte. Aunque sabe que tarde o temprano le llegará la hora, simplemente hace caso omiso de ello y no se prepara. Quizá todo se ve de maravilla cuando se goza de juventud y de buena salud y la muerte se ve lejana; mas cuando uno se enfrenta a la muerte cara a cara —sin conocer al Señor y Su plan de Salvación—, sea a causa de un accidente, de alguna enfermedad o de la vejez, la experiencia puede ser aterrizante, comparable quizás a lanzarse al vacío.

La Biblia alude a quienes viven esclavos del temor a la muerte (Hebreos 2:14-15). La turbación que invade a muchas personas de cara a la muerte proviene de no estar preparadas para ello. En cambio, para quienes han aceptado la salvación que ofrece Jesús, es otra la situación. Esas personas saben a dónde se dirigen —al Hogar celestial—, y con Jesús como guía, no tienen nada que temer ni de qué preocuparse.

La muerte para los hijos de Dios nacidos de nuevo no es pérdida, pues «el morir es ganancia» (2 Corintios 5:8). ¡Sus aflicciones han terminado! Puede que sufran un poco de dolor momentáneo, pero luego quedan libres.

Para quienes conocemos y amamos a Jesús, la muerte será una grata liberación, un paso a un mundo y una vida enteramente nuevos. Los cuerpos avejentados que hoy en día arrastramos nos resultan onerosos. Se fatigan, sufren dolores y se enferman. No obstante, al momento de morir nos liberaremos instantáneamente de los grilletes de la carne para ingresar en el mundo sin confines del espíritu. Por eso el apóstol Pablo hizo alarde de estas palabras ante la muerte: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Corintios 15:55). Jesús le sustrajo el aguijón a la muerte. Pasamos por la muerte, pero

sin sufrir el aguijón. Pasamos por el sepulcro, pero salimos airoso de él. La muerte constituye nuestra llegada a casa, nuestra liberación; representa el día de nuestra coronación.

El final del camino será apenas el inicio. Nos reencontraremos con nuestros seres queridos, hallaremos a nuestros amores perdidos y nos reuniremos con todos ellos en una eternidad de amor, alegría y felicidad celestiales con el Dios del amor.

¡Qué gran día será aquel en que nos unamos a Jesús en Su reino celestial para vivir con Él para siempre (2 Timoteo 2:12; Apocalipsis 22:5)! La alegría que sentiremos no tendrá parangón. Veremos glorias inimaginables y sabremos que todo lo vivido aquí habrá valido la pena.

«El que oye Mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y [...] ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24). «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente.» (Juan 11:25-26.) «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de Mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:1-3.)

Viene muy a propósito la letra de un antiguo himno:

Al despuntar el alba nos despediremos de
los tormentos del presente.
Diremos adiós a todo pesar terrenal.
En el mañana de Dios no habrá ya muerte.
Al rayar el alba, las sombras huirán.

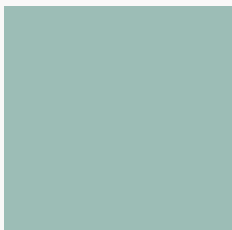
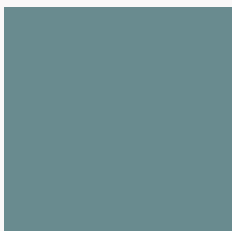
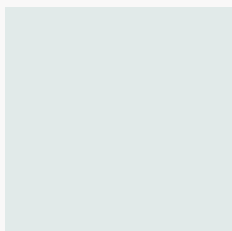
¡Las pruebas de la vida se verán tan
pequeñas,
y tan livianas las cargas que hoy nos
parecen pesadas!
Cual sueño fugaz, la más profunda pena
caerá por siempre en el olvido esa
mañana. □



La puerta verde

Sueño de un infierno impecable

DAVID BRANDT BERG



*Todo era una
prolongación
de la existencia
absurda,
inútil, carente
de sentido y
plagada de
dolor y tristeza
que aquella
gente había
tenido en la
Tierra.*

TUVE UN SUEÑO MUY RARO que me recuerda un poco a *Alicia en el país de las maravillas*. No sé cómo fui a parar a ese sitio tan horrendo. Supongo que iba paseando y me topé con un pasadizo que quise explorar. Parece que entré al infierno accidentalmente, por error.

Era todo subterráneo y había unos pasillos muy iluminados. Tenía aspecto de hospital, porque el piso estaba muy lustrado. Mientras deambulaba por el lugar, yo lo observaba todo y miraba en las distintas salas para averiguar lo que había en ellas.

En cada cuarto las personas se dedicaban a diversas actividades, pero al parecer nada de lo que hacían tenía sentido. Todo era una inútil pérdida de tiempo. Los moradores de aquel lugar estaban muy ocupados, pero no lograban nada ni llegaban a ninguna parte.

Había científicos que realizaban interminables experimentos que nunca arrojaban ningún resultado práctico. Trabajaban en cohetes que, o bien nunca llegaban a despegar del suelo, o bien salían al espacio pero sin dirección ni propósito.

En el campo de batalla se veía un soldado. Los bombarderos pasaban zumbando sobre su cabeza, los obuses caían y estallaban a su alrededor. Se diría que sufría el interminable infierno de la guerra, tal como le había sucedido durante su existencia en la Tierra.

Un político fugitivo huía de una multitud enardecida que

quería lincharlo. Corría frenéticamente y trataba de ocultarse, pero no lo conseguía.

Todo transcurría a un ritmo muy lento, pero inexorable. Los obreros nunca dejaban de trabajar. Los soldados no cesaban de luchar en el campo de batalla. Los científicos nunca desistían de experimentar. Todo lo que la gente hacía, lo hacía interminablemente. Y sin embargo, todo indicaba que nunca lograban nada ni llegaban a ninguna parte.

Mientras recorría aquellos salones me sentí terriblemente perturbado. Me dije: «¡Dios mío, esto debe de ser el infierno! ¿Podría haber algo peor?» Todo era una prolongación de la existencia absurda, inútil, carente de sentido y plagada de dolor y tristeza que aquella gente había tenido en la Tierra. «No hay paz para los impíos» (Isaías 57:21).

Seguían haciendo lo mismo y sufriendo aquella agonía y pesar —lo que tuviera de infernal su anterior existencia—, solo que para nada, sin alivio, sin tregua y sin esperanza de que alguna vez cesara. ¡Era espantoso!

Guarda parecido con el *modus vivendi* de mucha gente hoy en día. Se levantan, van a trabajar, hacen lo mismo todos los días, vuelven a casa y se acuestan. Y ¿qué consiguen? ¿Qué provecho le sacan a la vida?

Nunca pensé que el infierno pudiera ser así. Todo perfectamente ordenado y pulcro, pero un suplicio sin fin. No había paz, no había descanso,

y nadie sabía qué era la verdad. Es casi lo peor que me puedo imaginar. En lugar de consumirse en llamas de fuego, es consumirse incesantemente en las llamas del esfuerzo interminable e inútil, de la lucha sin tregua, del dolor carente de sentido y de la angustia y sufrimiento sin fin.

Exactamente lo contrario de los éxtasis de la vida en el Cielo que nos aguardan a nosotros que conocemos a Jesús y estamos salvados. El Cielo será una prolongación de la vida feliz que llevamos actualmente. Aunque allí tengamos trabajo, seremos todavía más felices. Gozaremos de más libertad de movimiento y lograremos más cosas. Veremos más progresos y diversidad. Viajaremos más y disfrutaremos de mayor libertad. La vida en el más allá va a ser emocionante y fascinante para nosotros: una extensión, ampliación o multiplicación de la alegría y de la apasionante vida que llevamos ahora. Tendremos la misma felicidad de ahora, solo que multiplicada con creces y con innumerables bendiciones, de tal modo que al presente apenas si somos capaces de imaginárnosla.

En el sueño escapé de aquel refinado infierno subiendo por una escalera que conducía a una abertura de color verde oscuro cubierta de maleza, con aspecto de cripta o tumba. Me recordó una canción que se volvió muy popular hace años, *The Green Door* (La puerta verde). Trataba de un hombre intrigado por saber

qué había al otro lado de una puerta verde, que resultó ser la tumba.

Cuidado, pues, con esa puerta verde. Podría conducirte a un mundo que en realidad no es para ti y donde sin duda no querrías estar jamás. Asegúrate más bien de que tu nombre está inscrito en el Cielo y confirma tu reserva para una de las moradas de la Ciudad Celestial (Lucas 10:20; Juan 14:2; Apocalipsis 21:27). Ahí podrás vivir feliz eternamente con Jesús. Si lo aceptas ahora, disfrutarás de Él y del Cielo para siempre. Así no tendrás por qué temer cuando te llegue la hora de morir. Sabrás hacia dónde te diriges. No hacia abajo, a un infierno impecable, sino hacia arriba, a la gloria.



Jesús dijo: «El que oye Mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24). Acepta el perdón de tus pecados que Jesús te ofrece y obtendrás tu pase gratuito al Cielo, el don de la vida eterna. Sencillamente haz la siguiente plegaria:

Jesús, sé que me he portado mal y que no me merezco el Cielo; pero acepto el sacrificio que hiciste en la cruz por la redención de mis pecados. Dame Tu amor, Tu perdón y Tu salvación. Te ruego que entres en mi corazón y me concedas el don de la vida eterna. Amén. •

El hocico del camello

CUENTA UNA FÁBULA BEDUINA que un árabe cruzaba el desierto en su camello. Cayó la noche y con ella también la temperatura. El árabe levantó su tienda, ató su camello y se fue a dormir.

La noche se tornó aún más gélida, por lo que el camello pidió al árabe que lo refugiara del frío.

El árabe fue categórico:

—¡Solo hay espacio para uno en esta tienda!

El camello guardó silencio, pero al cabo de un rato volvió a rogarle:

—¡Se lo pido por favor, amo! Permítame meter el hocico. Si me deja meter el hocico en la tienda no me moriré de frío.

A regañadientes, el árabe accedió.

El camello logró calentarse el hocico; pero transcurrido un rato, la temperatura bajó todavía más. La bestia volvió a despertar a su amo y le rogó:

—Por lo que más quiera, amo, déjeme meter las patas delanteras en la tienda. ¡Las tengo congeladas!

Una vez más el árabe accedió,

aunque con desgana.

—¡Las patas delanteras nada más!

Así, el camello introdujo las patas delanteras en la carpa para que se le calentaran.

Al cabo de una hora, despertó al árabe una vez más.

—Amo, tengo que meter las patas traseras. Temo que si se me congelan no podré continuar el viaje mañana. ¿De qué le servirá un camello sin patas traseras?

El árabe volvió a ceder, y el camello metió las patas traseras en la tienda. Mas como en la carpa no había espacio sino para uno de los dos, el árabe se vio obligado a salir y pasar la noche a la intemperie, donde apenas sobrevivió.

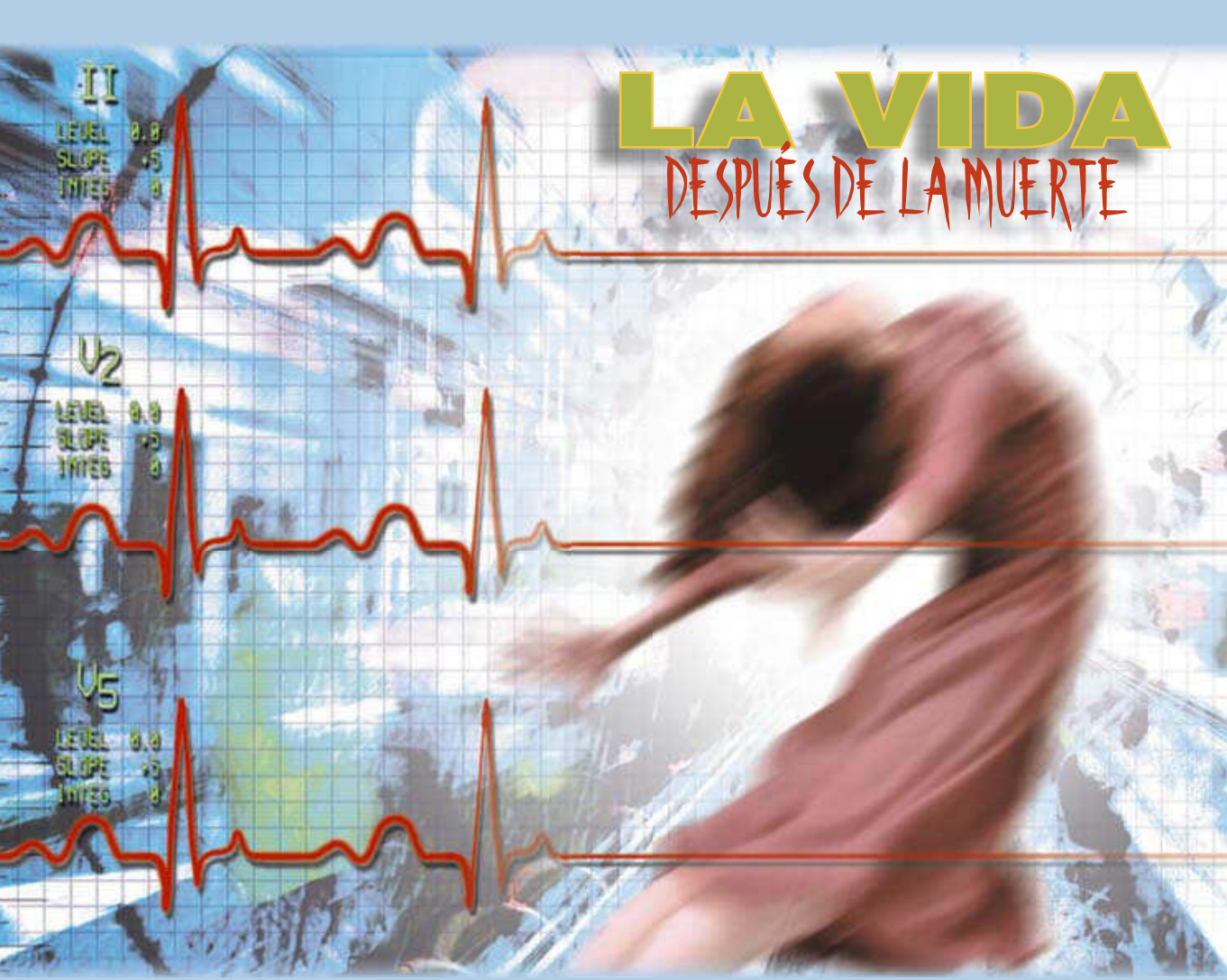
La depresión es igual que ese camello. Solo necesita una pequeña abertura para colarse, generalmente mediante un pensamiento que parece razonable o tiene algo de verdad; pero si se da lugar a ese pensamiento, se introduce junto con muchos otros y en poco tiempo se apoderan de nuestra mente. No permitas que el camello introduzca el hocico en tu tienda. •

¿A QUIÉN PRESTAS OÍDO?

EL SEÑOR NO ES EL ÚNICO QUE PROCURA CAPTAR TU ATENCIÓN y dirigir tus pensamientos. Por eso, conviene que estés al tanto y en sintonía con el Señor. Debes «probar los espíritus» para estar seguro de que lo que oyes mental o espiritualmente proviene de Él (1 Juan 4:1). Si algo te produce descontento o amargura, si te causa desagrado o infelicidad y te hace criticar a otras personas, es que no proviene del Señor, sino del enemigo de tu alma, el Diablo.

Una protección eficaz es mantener la mente y el corazón ocupados con pensamientos positivos, alentadores, reconfortantes y que edifiquen la fe, los cuales provienen de la Palabra de Dios. Cuando el Diablo te tienta con pensamientos negativos, memoriza versículos de la Biblia y recítalos en voz alta para ti mismo e incluso contra él. No des lugar al Diablo (Efesios 4:27).

DAVID BRANDT BERG (D.B.B.)



LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

EN AÑOS RECIENTES, VARIOS MÉDICOS prestigiosos han observado y documentado cientos de casos de pacientes suyos que revivieron después de haber estado «clínicamente muertos», es decir, después que todas sus funciones vitales cesaron durante un lapso de unos minutos o incluso media hora. Muchos de esos supervivientes de la muerte narraron más tarde las prodigiosas experiencias que vivieron mientras estaban muertos.

Casi todos afirmaron que habían sentido algo increíble, como si flotaran en el aire desprovistos del peso de su cuerpo. Todas sus ansiedades y preocupaciones se desvanecieron de improviso al darse cuenta de que, si bien físicamente estaban muertos, espiritualmente seguían vivos, y Dios velaba por ellos. En la mayoría de

los casos se puso de manifiesto que, después de pasar por tales experiencias, su actitud frente a la vida cambió profundamente. Empezaron a manifestar más amor a sus semejantes, su fe creció y su vida cobró más sentido, pues sabían que se habían librado de la muerte para volver y cumplir cierta misión en esta vida. (*Si estás interesado en leer relatos documentados de más de 200 experiencias de este tipo, te recomendamos el famoso libro del Dr. Raymond Moody, «Vida después de la vida».*)

Según la Palabra de Dios, la otra vida no difiere tanto de nuestra existencia actual que no podamos concebirla. Nos asemejaremos mucho a como somos actualmente, con la salvedad de que nuestro cuerpo será sobrenatural, como el del Señor después de resucitar (Filipenses 3:21;



¿CÓMO ES?

DAVID
BRANDT
BERG

Sintieron
algo
increíble,
como si
flotaran en
el aire.

1 Juan 3:2). Jesús podía aparecer y desaparecer cuando quería, imagínate. Tenía la facultad de pasar de una dimensión a otra, de atravesar puertas cerradas y gruesos muros (Juan 20:19,26).

Sin embargo, el que adquiramos un cuerpo espiritual no quiere decir que hayamos dejado de ser nosotros mismos. Muchas de nuestras características serán las mismas que poseemos ahora. Después de resucitar, Jesús mismo también conservó muchos de los rasgos de Su cuerpo físico. Si bien podía comer y beber, y lo podían palpar y ver, poseía un cuerpo milagroso y sobrenatural, Su cuerpo glorioso (Lucas 24:36-43).

Seguirás siendo tú mismo. Tu mismo aspecto será muy parecido, aunque mejor... ¡mucho mejor! Vamos a estar en mejores condiciones en todo sentido. Nuestra comunicación con el

Señor será más directa, y conoceremos la plenitud del amor de Dios y las realidades del mundo venidero.

Naturalmente que esas experiencias de vida post mórtem que han tenido algunos son casos excepcionales. Es evidente que la mayoría de los que pasan a mejor vida no vuelven. Sin embargo, cuando nos llegue la hora, la muerte no es algo a lo que debemos tener miedo.

Al contrario de lo que piensan muchos, Dios no es un tirano cruel o un sádico que se proponga asustar a todos y mandarlos al infierno. Es más bien un Dios clemente que con mano amorosa quiere llevar a todo el mundo al Cielo. «Dios es amor» (1 Juan 4:8), y por medio de Su amor quiere asistirnos, salvarnos y hacernos

felices. Precisamente para eso nos creó: con el fin de que lo amáramos y disfrutáramos de Él por la eternidad, en esta vida y en la otra.

Lamentablemente alguna que otra vez todos hemos sido egoístas, antipáticos, faltos de amor o desagradables con los demás y hasta con Dios. La Escritura enseña: «Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). O sea que nadie se merece el Cielo. Sin embargo, otro pasaje concluye que aunque «la paga del pecado es muerte, la dádiva [don] de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23).

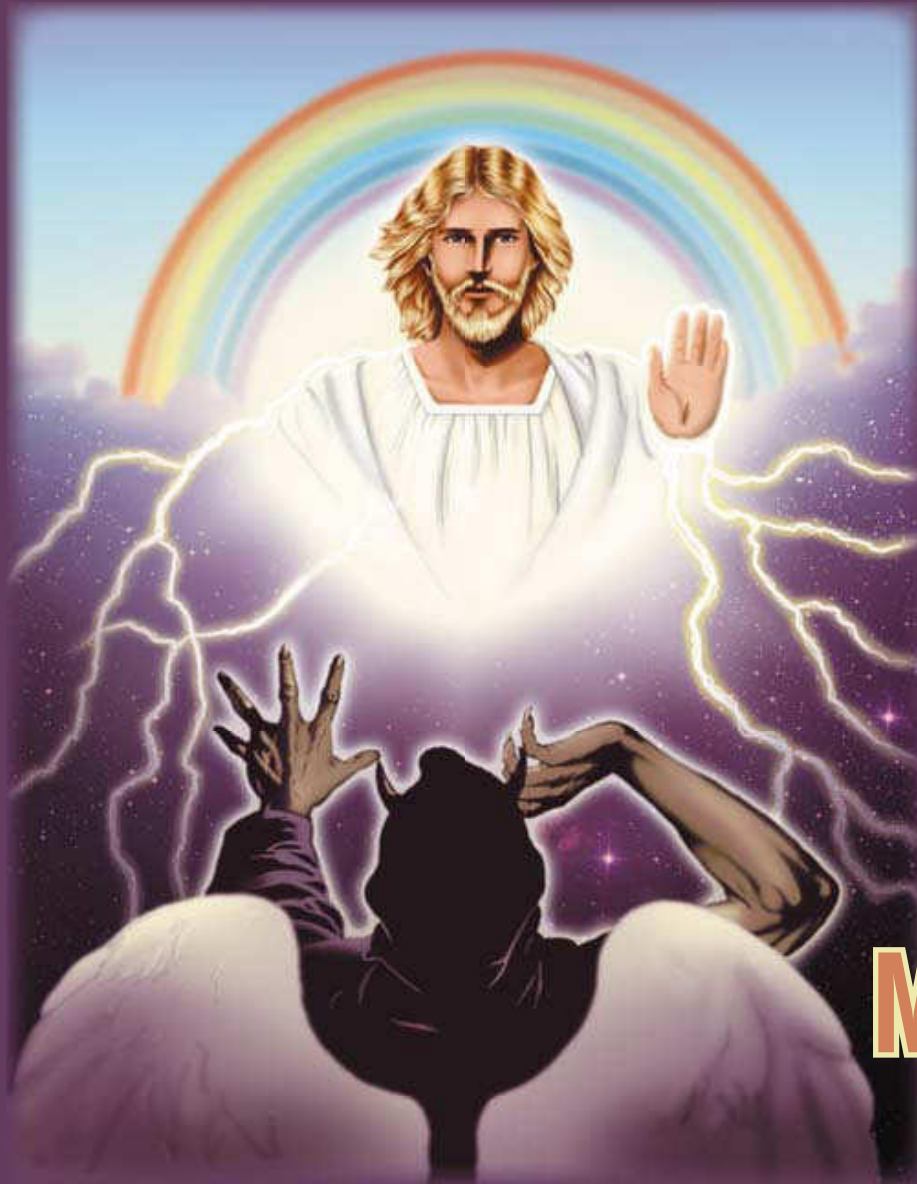
Recibir el generoso regalo de la vida eterna que Dios nos hace es como ser indultados de nuestros pecados y librados de culpa. Dios nos ama tanto que entregó a Jesús para que muriera en nuestro lugar, para que sufriera el castigo que nos correspondía a nosotros (Juan 3:16). De ahí que a los que creen en Él Jesús pueda prometerles: «No gustarás la muerte» (Mateo 16:28). Si aceptamos a Jesús y la vida eterna que Él nos regala, nuestro espíritu —la esencia de lo que somos— nunca morirá ni sufrirá la agonía de estar separado de Dios, aun cuando nuestro cuerpo físico muera. «El que oye Mi Palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24).

Si aún no has aceptado a Cristo, puedes hacerlo ahora mismo rezando esta sencilla oración:

Jesús, creo que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te ruego que me perdones todos mis pecados. Entra en mi corazón y concédeme el regalo de la vida eterna. Ayúdame a amarte a Ti y al prójimo hablándoles de Ti, de Tu amor y de Tu verdad. Amén.

Habiendo aceptado a Jesús en tu corazón has hecho el más importante preparativo que se puede hacer para la vida y para la muerte. Así pues, cuando te llegue la hora, ¡aleluya! Habrás terminado tu misión en este mundo. Será el día de tu graduación: pasarás de este mundo a la dimensión celestial, al más allá, donde recibirás una gloriosa corona de vida eterna y podrás estar con Jesús y tus seres queridos para siempre. Los que conocemos a Jesús despertaremos en el reino celestial de Dios, donde gozaremos eternamente de paz, abundancia y amor para todos. ¿Estás preparado? ◇

COMPILADO A PARTIR
DE LOS ESCRITOS DE
DAVID BRANDT BERG



ALGO DEL OTRO MUNDO

EN LA ACTUALIDAD mucha gente está dándose cuenta de que el mundo espiritual es muy real, de que existe algo que trasciende nuestro mundo cuatridimensional delimitado por la longitud, la altura, la anchura y el tiempo. Muchos anhelan sinceramente descubrir la verdad y una espiritualidad genuina. Lamentablemente, en numerosas ocasiones recurren a personas que no saben nada

del tema. Y en su búsqueda de realidades espirituales no les queda más remedio que probar otros medios que les permitan conectarse con la dimensión del espíritu.

Pero la mayoría no tiene conciencia del terreno en que está hurgando. El mundo espiritual tiene dos facetas, una buena y una mala, y las fuerzas que pugnan en él son muy poderosas. De modo que

quien penetra en esa esfera sin la guía y protección del Señor está jugando con fuego. Por eso tanta gente se vuelve loca cuando incursiona en el ocultismo o toma alucinógenos. Vislumbra el lado oscuro del mundo del espíritu sin estar preparada para lo que ve y sin ninguna protección.

Lo mismo les sucede a algunos científicos y a otros estudiosos de los fenómenos

paranormales como la percepción extrasensorial, la telepatía y la hipnosis. Lo que la mayoría quizá no comprende es que se enfrenta a fuerzas espirituales ligadas a la dimensión sobrenatural.

En los últimos tiempos se han puesto de moda películas que han vuelto a despertar el interés de la gente por el mundo espiritual. Desgraciadamente, suelen acentuar el aspecto negativo del tema —el Diablo y sus fechorías— y plasmar horrores que no siempre son fantasías del guionista. Los demonios son un fenómeno tan común hoy en día como en todas las épocas.

La guerra espiritual

Como puntualizó el apóstol Pablo, no luchamos «contra sangre y carne, sino contra [...] los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra hueses espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12). Nuestra vida cotidiana, los acontecimientos que se producen y, en última instancia, el futuro del mundo se ven influidos por las batallas que se libran en la dimensión espiritual entre Dios y Sus ángeles por un lado, y el Diablo y sus demonios por el otro. Lo que sucede en la superficie no es sino una manifestación física de la verdadera acción, que se desarrolla en el mundo de los espíritus.

Aunque mucha gente se ve atormentada por demonios y necesita liberarse de ellos, no entiende que su enfermedad es de índole espiritual, o bien no sabe cómo valerse de la ayuda del Señor. Por ejemplo, muchos médicos y siquiátras tratan la esquizofrenia como si

fuera un trastorno puramente psicológico o fisiológico. Para contrarrestarlo emplean medicamentos, cuando en realidad la causa en muchos casos es de orden espiritual.

Nosotros también desempeñamos un papel trascendental en la guerra espiritual, pues estamos en condiciones de determinar el desenlace según las decisiones que tomemos y el fervor con que oremos. Tenemos autoridad sobre todos los demonios del infierno y sobre el Diablo mismo gracias al poder que Jesús prometió a Sus seguidores (Lucas 10:19). Por ejemplo, en el caso de que una persona se vea atormentada mental o emocionalmente por espíritus perversos, podemos ordenarles que se marchen y dejen de afligirla.

El aspecto tenebroso

Pero ¿qué hay del culto al Diablo, la brujería, la magia negra, etc.? ¿Es posible recurrir a fuerzas espirituales para influir en otras personas o hechizarlas? Veamos: así como Dios tiene Sus medios de comunicación en el mundo de los espíritus, también los tiene su imitador, el Diablo. Así como Dios tiene Sus hijos, el Diablo tiene sus cautivos. ¡Así como el Espíritu de Dios puede poseer-nos a nosotros que somos hijos de Dios, el espíritu del Diablo puede poseer a sus hijos!

Dios ha estimado conveniente otorgar al Diablo cierto poder y control en la dimensión espiritual, siempre dentro de ciertos límites. La magia negra, la demonolatría y otras vertientes del ocultismo no son supercherías; existen realmente. Y quienes las practican ejercen

verdadero poder. Así como los hijos de Dios pueden acudir a Él y pedirle que ayude a ciertas personas o que intervenga en determinada situación, los hijos del Diablo pueden comunicarse con él para maldecir a otros.

Dios ha concedido ciertos poderes al Diablo, particularmente sobre sus hijos, los que han rechazado a Cristo y por ende carecen de la protección del Espíritu de Dios. Por misericordia, el Señor da a todos cierta inmunidad o protección contra la influencia de Satanás hasta el momento en que deciden aceptar o rechazar a Jesús. Quienes rechazan la verdad se exponen a ser presa de las mentiras del Diablo (2 Tesalonicenses 2:10,11).

El bando de Dios

Naturalmente, existe también la parte buena del mundo de los espíritus: la de la luz, en la que moran el propio Dios, Su Hijo Jesús, el Espíritu Santo y muchos otros espíritus buenos. Entre estos se cuentan los siete espíritus de Dios mencionados en Apocalipsis 4:5; las siete estrellas o ángeles o espíritus de las siete iglesias de Apocalipsis 1:20; los cuatro espíritus de los cielos de Zacarías 6:5, y un sinnúmero de otros mensajeros celestiales, ángeles y espíritus de Dios referidos en la Biblia, además de los espíritus de los santos difuntos. Todos ellos evidentemente son buenos espíritus.

Es a estos a los que alude Pablo en Hebreos 12:1, la «grande nube de testigos» que tenemos en derredor nuestro ahora mismo. A semejanza de una nube, que se compone de millones de partículas de agua,

esa nube consta de millones de espíritus buenos.

En otro pasaje, Pablo hace la siguiente pregunta retórica: «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (Hebreos 1:14). Es decir, que no solo nos observan, sino que velan por nosotros, nos amparan y procuran influir en nosotros para bien. De principio a fin, la Biblia está salpicada de promesas de protección espiritual, por ejemplo: «El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Salmo 34:7), y: «A Sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos» (Salmo 91:11).

Distintuir entre unos y otros

¿Cómo distinguimos entre las buenas fuerzas espirituales de Dios y los perversos espíritus del Diablo? La Biblia nos manda «examinar los espíritus para ver si vienen de Dios» (1 Juan 4:1, Biblia Latinoamericana). La diferencia normalmente es inequívoca: radica en que el poder de Dios es creativo y dispensa amor, mientras que el poder Diablo es destructivo y está lleno de odio. El Espíritu de Dios ministra amor, gozo, paz, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio, todo ello bueno (Gálatas 5:22,23). En cambio, el Diablo y sus espíritus malignos inspiran temor, odio, resentimiento, conflictos, miserias, confusión y tormentos, todo ello malo.

Lo mismo vale para los pensamientos, que determinan nuestra actitud y dirigen nuestras acciones. Cuando un pensamiento no armoniza con

la Palabra de Dios o nos lleva a ser desconsiderados, a resentirnos, a criticar a los demás o a estar descontentos e insatisfechos, es que no proviene del Señor, sino del enemigo de nuestra alma, el Diablo.

La mejor protección

El Señor vela por los Suyos. Jesús dijo: «Mis ovejas oyen Mi voz, y Yo las conozco, y me siguen, y Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Mi mano» (Juan 10:27,28). Una vez que aceptamos a Jesús, pasamos a ser propiedad Suya, y el Diablo no puede recobrarlos.

No obstante, eso no significa que no podamos meternos en muchos aprietos si somos descuidados y no oramos como debíamos; o si desobedecemos tercamente Su Palabra y desoímos Sus advertencias. Así que nos conviene obedecer las leyes divinas basadas en el amor y no dar lugar al Diablo en nuestra vida (Efesios 4:27). «Someteos, pues, a Dios; resistid al Diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

Quienes conocemos y amamos al Señor no tenemos por qué temer al Diablo: hay una fuerza mayor que nos protege. «Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4). Es como si Dios nos dijera: «Mi poder en ti es mucho, muchísimo mayor que el que ejerce el Diablo por medio de sus seguidores». La protección que nos proporciona el Señor se asemeja a un campo de fuerzas que nos rodea y que el Enemigo no puede traspasar, mientras que el poder de Dios es como una luz que penetra en las tinie-

blas del Diablo y las disipa. La oscuridad no puede existir en presencia de la luz.

Si somos del Señor y obramos conforme a Su voluntad, el Diablo no puede tocarnos. Por ende, cuando el demonio está en situación de causarnos molestias, es casi siempre porque nos hemos apartado de la protección del Señor a raíz de desobediencias, descuidos o pecados. El Señor se vale de eso para que escarmentemos y volvamos de prisa a Él. Cuando lo hacemos, siempre está presente para librarnos y resguardarnos.

Nos aguardan maravillas

Aunque la Biblia habla mucho del mundo de los espíritus y de la guerra espiritual, algunos cristianos lo pasan por alto y prefieren hacer como si no existiera. Le tienen aprensión al tema, pues consideran que raya en el espiritismo, y que hablar de apariciones de ángeles o de santos difuntos es muy semejante a convocar espíritus de adivinación y tratar con malos espíritus y diablos, lo cual la Palabra de Dios censura.

Eso, sin embargo, no significa que debamos cerrarnos completamente a las realidades del mundo del espíritu, la esfera en que mora el propio Dios con Su Hijo Jesús, el Espíritu Santo, todos Sus espíritus ministradores, los ángeles y también los espíritus de millones de santos difuntos. No podemos condenar toda comunicación con el mundo de los espíritus por el solo hecho de que el Diablo también actúe y more en él acompañado de sus demonios. Eso sería comparable a negarse a escuchar música simplemente

porque el Diablo también se sirve de ella. Si rehu-
yéramos todo lo que el
Diablo utiliza, ni a Dios ni
a nosotros nos quedaría
mucho que pudiéramos
emplear para Sus buenos
propósitos.

No tenemos que
esperar a morir para
adentrarnos en el mundo
que vendrá. «Como está
escrito: “Cosas que ojo
no vio, ni oído oyó, ni han
subido en corazón de
hombre, son las que Dios
ha preparado para los
que le aman”. Pero Dios
nos las reveló a nosotros
por el Espíritu; porque el
Espíritu todo lo escudriña,
aun lo profundo de Dios»
(1 Corintios 2:9,10). Dios
quiere que despertemos a
las realidades de la dimen-
sión espiritual para que
disfrutemos de lo bueno,
nos beneficiemos de la
asistencia que ha dis-
puesto en él para nosotros
y combatamos el mal con
mayor eficacia.

Una vez que has
aceptado a Jesús en tu
corazón y por lo tanto
has «nacido de nuevo del
Espíritu» (Juan 3:5), estás
en condiciones de explo-
rar sin peligro las mara-
villas de la parte buena
del mundo espiritual. No
tienes que albergar miedos
ni preocuparte de ningún
demonio, ni siquiera del
propio Satanás. Dios, Su
amoroso Espíritu Santo y
Sus huestes de magníficos
ángeles te acompañan, te
rodean, te escudan y te
libran de todo mal (Salmo
34:7; 91:10-13). ◇

Conéctate AÑO 5, NÚMERO 9

MI ÁNGEL DE LA GUARDA

LA PRIMERA VEZ QUE VI A MI ÁNGEL DE LA GUARDA fue cuando era un muchacho. Me dirigía a un antro de la ciudad, y cuando crucé la calle de repente él se me plantó delante, en la acera. Era alto, rubio y bien parecido. Aunque tenía rasgos muy finos, iba vestido de vagabundo, con un sombrero flexible. Me miró ferozmente, como si echara llamas por los ojos, y comprendí que no se iba a apartar ni un centímetro de mi camino. No me habló en voz alta, sino mentalmente, con los ojos o los pensamientos. Sea como sea, lo oí bien claro en mi cabeza. Con expresión de disgusto me dijo: «¿Adónde te propones ir?» Él sabía adónde me dirigía y estaba allí para detenerme, gracias a Dios. Y vaya si me detuvo. Llegué a estar a menos de un metro de él, cara a cara, y casi me mata del susto. Por poco me caigo de espaldas. Total que eché a correr en la dirección opuesta por aquella congestionada calle, esquivando los autos. Fue un milagro que no me atropellaran. Tomé el primer tren de regreso a casa. No veía la hora de salir de allí. Me dio pánico, pues lo reconocí enseguida: era un ángel de Dios vestido de paisano, enviado para impedir que cometiera un grave error. Surtió efecto, y nunca lo olvidé. Gracias a Dios por Sus ángeles, que velan por nosotros en todo momento, entre ellos nuestros ángeles de la guarda, que se encargan de cuidarnos. ◇



LA SABIDURÍA DE LO ALTO

«La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, dispuesta a ceder, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz»
(Santiago 3:17,18).

¡GRACIAS A DIOS POR EL CIELO!

DAVID BRANDT BERG

¿No te encantaría disfrutar de todas las bendiciones de que gozas en este momento, pero sin la carga de dolor, enfermedad, muerte, agotamiento y demás dificultades que trae consigo nuestra existencia actual? No llegaremos a gozar plenamente de la vida mientras imperen en el mundo el pecado y sus consecuencias. En el Cielo, sin embargo, nada de eso existe (Apocalipsis 21:4). Allí Dios satisfará todos nuestros deseos.

Habitaremos en un mundo libre de pecado, en el que todo será una dicha y todo resultará placentero y perfecto... un mundo en que la paz, la armonía, la cooperación y el amor serán moneda corriente. Allí todo corresponderá a la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Seremos todos semejantes a Jesús: buenos, sinceros, honrados amables y cariñosos. Constituiremos la sociedad perfecta, en la que todos vivirán en perfecta armonía unos con otros y gozarán de perfecta unión con Jesús. Bellísimo, ¿no crees?

El plan de Dios no se verá frustrado. Él nos conducirá hacia la perfección definitiva que desde un principio concibió. Disfrutaremos de una felicidad y dicha eternas, sensacionales, paradisiacas. Quienes amamos al Señor llevaremos una vida muy parecida a la que tenemos ahora, con la salvedad de que será mucho mejor que esta, y además, ¡eterna! ¡Gracias a Dios por la esperanza de lo que está por venir!

ACUÉRDATE...

Cuando los aliados liberaron el campo de concentración de Ravensbrück al término de la Segunda Guerra Mundial, se encontró un pedazo de papel de envoltorio en el que una prisionera había garabateado las siguientes líneas:

«Señor, no te acuerdes solamente de los hombres y mujeres de buena voluntad, sino también de los de mala voluntad. Pero no te acuerdes de todo el sufrimiento que nos han infligido; acuérdate de los frutos producidos en nosotras gracias a ese sufrimiento: nuestra confraternidad, nuestra lealtad, nuestra humildad, nuestro valor, nuestra generosidad, la magnanimidad que brotó de nuestro corazón a raíz de todo esto. Y cuando les llegue la hora del juicio, que todos los frutos que dimos sean su perdón».

ANÓNIMO

UN INSTRUMENTO DE TU PAZ

Señor, haz de mí un instrumento de Tu paz.

Donde hay odio,

que yo lleve el amor.

Donde hay ofensa,

que yo lleve el perdón.

Donde hay discordia,

que yo lleve la unión.

Donde hay duda,

que yo lleve la fe.

Donde hay error,

que yo lleve la verdad.

Donde hay desespero,

que yo lleve la esperanza.

Donde hay tinieblas,

que yo lleve la luz.

Donde hay tristeza,

que yo lleve la alegría.

Oh Maestro, que yo no
busque tanto ser consolado
como consolar;
ser comprendido
como comprender;
ser amado como amar;
porque es dando
como se recibe,
olvidándose
como uno se encuentra,
perdonando
como se alcanza el perdón,
muriendo como se resucita
a la vida eterna.

ANÓNIMO, AUNQUE ATRIBUIDO
CON FRECUENCIA A SAN
FRANCISCO DE ASÍS



Cierto día me preguntaba por qué tengo tantos sueños curiosos que sólo recuerdo vagamente y al parecer no tienen mayor significado. No son revelaciones divinas ni nada por el estilo, sino más bien una suerte de relatos que se presentan a modo de sueños, que suelen prolongarse durante largas horas y me mantienen la mente ocupada. Meditaba sobre el asunto y de pronto me percaté de algo: Dado que nuestro espíritu es inmortal, no necesita descanso. Hasta ahí no había caído en la cuenta de eso. Mientras nuestro cuerpo físico descansa, nuestro espíritu necesita mantenerse activo. Por eso el Señor le permite viajar y vivir todo tipo de experiencias. Es decir que aprendemos mientras dormimos. ¡Hasta tomamos decisiones!

Aunque lo que soñamos no siempre guarde relación con nuestras vivencias de las horas de vigilia, nuestro espíritu aprende y se ilumina por medio de lo que experimentamos en nuestros sueños, aun cuando el cuerpo esté en reposo. A pesar de que conscientemente no podamos captar el significado de dichas experiencias, nuestro espíritu pasa por un proceso de aprendizaje. Es decir,

¿por qué soñamos?

DAVID BRANDT BERG



que esos sueños tienen una razón de ser y no carecen de significado.

Además, el Señor nos somete a pruebas mientras dormimos. Permite que nuestro espíritu tenga vivencias y aprenda ciertas cosas. Nos pone exámenes, igual que en el colegio. Será por eso que a veces tenemos pesadillas: Mientras nuestro cuerpo reposa, nuestro espíritu libra batallas contra fuerzas espirituales. Creo que el Señor lo permite para observar nuestra reacción y el efecto que tiene eso en nosotros, para ver si tomamos decisiones acertadas o no, y si acudimos a Él para que nos ayude.

Esa fue la respuesta que me vino cuando me preguntaba cuál sería el porqué de esos sueños que no parecen tener mayor significado pero que recordamos al menos parcialmente. Son sueños que edifican nuestro espíritu, aun cuando no logremos captar su significado conscientemente.

No siempre tenemos plena conciencia de lo que soñamos. En ocasiones percibimos imágenes fugaces de dichas experiencias espirituales y las recordamos. Las retenemos en la memoria apenas lo suficiente para que al despertarnos recordemos escenas y vislumbres de ellas. Son como fantasmas que aparecen tan súbitamente como desaparecen, como tenues recuerdos.

El Señor, en lo que yo interpretaría como un acto de misericordia, permite que seamos conscientes más que nada del presente. Ya tenemos dificultades de sobra cada día sin necesidad de revivir tan gráficamente experiencias pasadas o hacer viajes al futuro. Así que el Señor nos facilita las cosas ayudándonos a olvidarlas e impidiendo que sepamos demasiado acerca del futuro. Es algo por lo que más bien podemos darle gracias.

Hay personas que exhiben una mayor conciencia en el plano espiritual. Pueden trasladar sus sueños del ámbito espiritual al físico, del subconsciente al consciente, y ello les permite recordarlos. Yo me acuerdo muy vívidamente de cantidad de sueños, aunque a veces parezca que carecen de significado o mensaje concreto.

Es más, nada se pierde nunca en el subconsciente. Está siempre en actividad y es allí donde todo queda registrado de forma permanente. El subconsciente, que en realidad viene a ser nuestro espíritu, lo recuerda todo.

En cierta forma es un don poder recordar todo lo positivo de los episodios por los que pasamos en nuestros sueños. Por otra parte, tampoco deja de ser ventajoso no poder recordar todo cuanto ocurre. Sería demasiado el agobio mental si tuviéramos que

lidiar con todo eso, sabiendo que nos toca ocuparnos del presente. La mayoría ya tenemos demasiadas cosas en qué pensar cada día.

Son sueños —creo que podrían llamarse *didácticos*— que no es preciso recordar siempre, pues su razón de ser es edificar e instruir nuestro espíritu. Por otra parte, cuando en nuestras horas de vigilia nos vemos obligados a tomar una decisión que ya hemos enfrentado en nuestros sueños, lo más probable será que acertemos, pues se trata de algo que ya aprendimos mientras dormíamos. De eso no me cabe duda.

¡Gracias a Dios por los sueños! Son parte de nuestra formación espiritual. También nos proporcionan orientación de lo alto en el plano físico cuando el Señor sabe que por alguna razón nos conviene recordarlos y aplicarlos. No obstante, ya tenemos suficientes cosas en que pensar durante nuestras actividades diarias sin necesidad de revivir esos viajes espirituales durante las horas de vigilia. De ser así, nos volveríamos tan espirituales que no serviríamos para mucho aquí en la Tierra.

«Por sueño, en visión nocturna, cuando el sueño cae sobre los hombres, cuando se adormecen sobre el lecho, entonces [Dios] revela al oído de los hombres y les señala su consejo» (Job 33:15,16). •

*«De pronto apareció frente a mis
ojos una de las escenas de mi
sueño: ila pequeña ciudad con su
puerto deportivo, bien distinto de
cualquier otro que hubiera visto!»*

DAVID BRANDT BERG

EL CHALET DE LA ISLA MONTAÑOSA UN SUEÑO



ISRAEL, 6 DE DICIEMBRE DE 1970: He soñado varias veces con una isla en la que hay una montaña. En la cima se alza un gran chalet o mansión. Al pie del monte hay una ensenada con una playa.

Tengo la impresión de que siempre me veo en dificultades para llegar a la isla o salir de ella. A veces tengo que bregar para tomar un bote, otras me veo dentro del agua, nadando. Por lo general me cuesta subir al chalet desde la playa. Al decir *montaña* no me refiero a una montaña nevada, pero tampoco a una simple colina. Es bastante empinada, pero no tendrá más de unos 300 ó 500 metros de alto. El caminito que va de la playa hasta la cima es muy accidentado.

Desde arriba, la vista de las azules aguas es bellísima, y se divisa el continente. No lejos de allí queda una pequeña ciudad turística.

Anoche el sueño se me presentó más gráfico que nunca. Esta vez íbamos en auto y llegamos al chalet por la parte de atrás. Una señora más bien menuda y refinada, de mediana edad, de pelo rubio, rizado, hasta el cuello, nos invitó a entrar.

EN EL VIAJE DE ISRAEL A INGLATERRA, 19 DE ABRIL DE 1971: Luego que decidimos detenernos en Chipre, tuve el presentimiento de que tal vez allí encontraríamos el chalet de la isla montañosa. De hecho, mi esposa María tenía tanta fe en que mi sueño recurrente estaba fundado en la realidad que le hacía preguntas a la gente y buscaba pistas por donde quiera que íbamos.

Finalmente nos enteramos de la existencia de Kerinia, una ciudad turística de la costa norte que parecía ajustarse a la descripción.

Todas las personas con las que hablábamos nos recomendaban que fuéramos a conocerla, alegando que era el lugar más hermoso de Chipre. Sin embargo, habíamos estado tan ocupados empacando y con los preparativos del viaje que emprenderíamos dos o tres días después, que no veía la forma de hacernos el tiempo para perseguir aquella quimera. No obstante, María insistió. Y me alegro mucho de que así fuera.

A pesar de mis reparos, madrugamos para tomar el autobús a Kerinia. Recorrimos en silencio la hermosa campiña hasta avistar la costa norte, donde los montes se hunden en el mar. Al serpentear por las laderas erguidas sobre las aguas azuladas y brillantes del Mediterráneo, escudriñábamos con la vista ansiosamente en todas direcciones con la esperanza de dar con el chalet del sueño. Pero no veíamos chalet alguno.

Finalmente atravesamos con lentitud las estrechas callejuelas de Kerinia, un viejo pueblo de pescadores convertido en atracción turística. Al dirigirnos hacia la orilla del mar en busca de un lugar pintoresco donde almorzar, nos topamos con el antiguo castillo que se levantaba imponente sobre las aguas. Decidimos ir a verlo.

Dada mi atracción por los castillos y el modo de vida que se desarrollaba en su interior, no tardé en fascinarme con aquella antigua fortaleza de la época de las Cruzadas, con su maraña de laberintos, salones, salas de banquetes, barracas para la tropa, capillas, torres, torreones de seguridad, rejas y fortificaciones. Finalmente llegamos a la parte superior del muro, buscando una forma de volver al borde del mar.

De pronto, con gran asombro mío, apareció frente a mis ojos una de las escenas de mi sueño: ¡la pequeña ciudad con su puerto deportivo, bien distinto de cualquier otro que hubiera visto!

Recordaba con precisión las tiendas y cafetines que daban a la calle a mi izquierda, y los barquitos fondeados a la derecha. Hasta me eran familiares las mesas con sus sillas y parasoles, así como la multitud de turistas y los hombres de boinas azules que en mi sueño pensé que eran marineros, pero que resultaron ser soldados de las Naciones Unidas encargados de mantener la paz entre chipriotas griegos y chipriotas turcos.

A pesar de haber visto la ciudad y el puerto de mi sueño, todavía me costaba creer que el chalet pudiera existir. Creo que mi mayor temor era sentirme desilusionado. Por eso casi tuve miedo de seguir buscando.

No obstante, yo sabía con exactitud en qué dirección quedaba el chalet con relación al puerto, así como la distancia aproximada que separaba al uno del otro. Lo recordaba clarísimamente del sueño. Por fin, pues, tomé la decisión de llevar a cabo una búsqueda rápida que zanjara la cuestión de una vez por todas.

Tomamos un taxi y le dijimos al conductor que le iríamos indicando sobre la marcha hacia dónde ir. Le explicamos que buscábamos un gran chalet en la cima de una montaña, que éste daba al mar y que debía quedar a la izquierda de donde nos encontrábamos. Pese a que el desconcertado taxista nos repetía una y otra vez que no existía nada así, insistimos en que siguiera adelante. Apenas me percaté de que habíamos avanzado más de la cuenta, nos detuvimos en un café para solicitar información.

¿Cómo explicarle a la gente que uno anda en busca de un lugar que vio en un sueño, de propiedad de alguien que conoció durante el mismo? Yo mismo no sabía muy bien cómo hacerlo, pero me lancé y empecé a describir el sitio en forma muy detallada al encargado del café, al mesero y al chofer del taxi. Estos hablaron del asunto largo y tendido entre sí, pero no se les ocurría nada.

Entonces me puse a describir minuciosamente a la dueña de la casa: una mujer rubia más bien menuda, de unos 50 años, que hablaba inglés con acento extranjero y vivía sola. Aquella descripción tuvo el efecto deseado, pues de repente el taxista exclamó: «¡Ah, sí! ¡Tendría que ser la señora Goldstein! Me había olvidado de su casa, porque es la única propiedad que queda a ese lado, y ni siquiera se ve desde la carretera». Nos subimos de nuevo al taxi y partimos para allá.

A escasos 2 ó 3 km de la ciudad, el chofer dio un giro a la derecha por un angosto camino sin pavimentar. Enseguida lo reconocí: era la vía por la que habíamos llegado al chalet en mi último sueño. Y como era de esperarse, de pronto la casa de recreo apareció frente a nosotros.



Por la ventana se veía una luz encendida. Sin saber a qué atenernos, le indicamos al conductor que esperara. Llamamos a la puerta. Ésta se abrió, y nos recibió la señora Goldstein. ¡Era ni más ni menos la mujer del sueño!

Claro que no sabíamos cómo presentarnos. Ya era tarde, demasiado para hacerle una visita de cortesía a una persona a la que ni siquiera conocíamos. Sin embargo, le dimos nuestros nombres y le hablamos un poco de nosotros, esforzándonos por no dar la impresión de estar completamente chiflados. Estuvimos un rato parlotando de todo menos de lo que nos había llevado allí. Finalmente decidí lanzarme por fe.

Ese momento en que uno se balancea al borde del trampolín, a mucha altura, es aterrador, porque uno duda de si entrará con buena postura al agua y logrará sobrevivir al chapuzón. Luego uno se inclina hacia delante y deja que la gravedad

«En la
cima
se alza
un gran
chalet o
mansión.
Al pie del
monte
hay una
ensenada
con una
playa.»

Con
Nicole,
María y
la señora
Goldstein.

haga lo demás. Hay unos instantes llenos de suspenso y emoción mientras te deslizas por el aire sin saber a ciencia cierta lo que te espera, hasta que golpeas el agua con un gran salpicon. De repente te encuentras buceando en lo profundo y empiezas a subir hasta emerger para tomar aire, satisfecho de lo que has logrado. Después de todo, no era tan difícil como parecía. ¡Lo conseguiste! Saliste ileso y estás listo para intentarlo de nuevo.

Así fue como le conté a la señora Goldstein, sin saber cómo iba a reaccionar, que había visto su casa y la había conocido



a ella en un sueño. Por increíble que parezca, aceptó mi explicación y nos acogió con gran calidez.

Nos presentó a Nicole, una amiga suya que estaba de visita esa noche y que había oído todo nuestro relato. Y nos pusimos a conversar animadamente sobre diversas vivencias sobrenaturales que cada uno de nosotros había tenido.

No podía creer que estábamos hablando con la señora y en la casa que había visto en mi sueño. Además acabábamos de cenar en la ciudad que también había visto en el sueño. Hablamos hasta altas horas de la noche, y la señora Goldstein insistió en llevarnos a un hotel cercano para que pudiéramos regresar en la mañana y conocer a otros amigos suyos. Me daba la sensación de seguir en un sueño, y más tarde aquella noche le pedí a María que me pellizcase para ver si me despertaba; pero no estaba durmiendo. Era verdad: ¡habíamos estado en la casa del sueño!

Al día siguiente, luego de volver a vernos con Nicole y algunos amigos más, finalmente pudimos pasar un rato a solas con la señora Goldstein. Había esperado la oportunidad, pues deseaba hablarle del verdadero propósito de nuestra visita.

Al caer la tarde, mientras admirábamos los dorados reflejos del sol en el mar, me armé de valor para hacerle la pregunta del millón: «Señora Goldstein, ¿tal vez usted puede decirnos por qué estamos aquí? Tiene que ser muy importante para el Señor, ya que he tenido este sueño recurrentemente desde mucho antes de saber siquiera que vendría a Chipre».

La pobre rompió en llanto: «Perdí a mi esposo hace tres años y me he sentido muy sola desde entonces. Creo que Dios lo hizo por mi bien. Debe de ser que los puso en mi plano o frecuencia espiritual para que de alguna forma me viniesen a ayudar».

Comprendí que quería que orásemos por ella, y lo hicimos. Le dijimos lo mucho que el Señor la debía de amar para habernos traído desde tan lejos para verla. Confesó haber pensado en el suicidio, pero la detuvo el miedo a la muerte. Le hablamos del amor de Jesús y le dijimos que eso era lo que nos había llevado allá, lo que había obrado tantos milagros en nuestra vida y lo que más ansiábamos comunicar a los demás. Ella nos escuchó con atención y finalmente abrió su corazón herido al bálsamo sanador del amor del Señor.

¡A qué extremos está dispuesto Dios a llegar con el fin de conducirnos a las personas a quienes quiere transmitir Su amor! Su amor y desvelo no conocen límites. •

PLANETA PROHIBIDO

UNA PELÍCULA CON MENSAJE

DAVID
BRANDT
BERG

PLANETA PROHIBIDO (1956) FUE UNA DE LAS PRIMERAS PELÍCULAS DE CIENCIA FICCIÓN. La considero una obra maestra del género. Tiene más mensaje que casi ningún otro film de ciencia ficción.

Comienza con una astronave terrestre que se dirige a un curioso planeta en el que 20 años antes se estrelló otro vehículo espacial. Originalmente se había pensado que todos los tripulantes de la primera nave habían muerto en la colisión; pero tras detectar extrañas señales de radio procedentes del planeta en cuestión, se envía una segunda expedición a investigar.

Al aterrizar en el planeta descubren una residencia muy linda y suntuosa en la que vive un científico en compañía de su hija. Junto a la villa hay un precioso jardín con todo tipo de animales, incluso animales que no se suelen domesticar.

La raza de seres muy inteligentes que habitaba en un principio el planeta se

extinguió misteriosamente; pero toda su maquinaria sigue funcionando. La más asombrosa de todas es la máquina del pensamiento, mediante la cual pueden crearse cosas con sólo desearlas.

El científico ha descubierto cómo se usa la máquina del pensamiento. Inicialmente va todo muy bien: la aprovecha para crear platos deliciosos, tigres domesticados y cosas así. Pero la situación se sale de cauce cuando se pone celoso del amor de su hija por el capitán de la nave. La máquina empieza a crear demonios a partir de los malos pensamientos y los celos del científico; por ejemplo, un tigre encolerizado que ataca a su hija, y un monstruo que termina por matarlo a él mismo.

Al parecer, la sociedad muy desarrollada que había vivido en aquel planeta hizo prácticamente lo mismo: creó monstruos para defenderse de posibles invasores, pero los monstruos se volvie-

ron en contra de sus creadores y acabaron con todos.

Los productores de la película, quizá sin darse cuenta, ilustraron una verdad espiritual. La Palabra de Dios enseña que los temores que uno alberga se hacen realidad (Job 3:25). Espiritualmente hablando, eso puede suceder.

Hay personas que, por efecto de las drogas o porque pierden la chaveta, traspasan la barrera que nos separa de la dimensión espiritual, a raíz de lo cual el mundo material deja de ser su realidad. Hay quienes se vuelven locos, esquizofrénicos y cosas por el estilo, y sus demonios, pesadillas y alucinaciones cobran vida para ellos. Al principio es algo de su imaginación; pero una vez que en su mente cruzan la frontera del mundo espiritual, todo se vuelve muy real; y les resulta aterrador si no cuentan con la protección de Jesús.

El Señor dice que no debemos pensar en absoluto en el lado oscuro del mundo espiritual. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

Siempre que nos vengan a la cabeza malos pensamientos, tenemos que invocar la protección de Jesús. Él dijo: «Toda potestad me es dada en el Cielo y en la Tierra» (Mateo 28:18). Así que si lo tienes a Él, cuentas con todo ese poder. Hasta los diablos del Infierno te están sujetos, incluido el mismísimo Satanás, pues tienes el poder de Cristo. «Resiste al Diablo, y huirá de ti», junto con todos los malos pensamientos que pretendía inspirarte (Santiago 4:7).

La lucha contra los malos pensamientos se inició en el Huerto del Edén, cuando primero Eva y luego Adán comieron del fruto prohibido del «árbol del conocimiento del bien y del mal»

(Génesis 2:16,17; 3:1-6, RV95). El título de esta película parece ser un juego de palabras en torno a ese concepto.

La ciencia se sienta al pie del árbol del conocimiento del bien y del mal y va arrancando sus frutos. Lo malo es que unos son buenos y otros malos. La ciencia es capaz de dar vida a las ideas perversas de mentes igualmente perversas, y eso es lo que ha sucedido con algunas. ¿Cuál es el peor invento que se ha hecho? La bomba atómica. Y hoy en día existen bombas mucho más potentes que las que arrasaron Hiroshima y Nagasaki, bombas atroces que pueden devastar países enteros.

Dios dice: «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6:7). Es absurdo fabricar tales horrores y pensar que se usarán únicamente contra los enemigos que uno tiene, porque una ley inviolable de la Biblia es que uno cosecha las consecuencias de sus actos. Es muy posible que quienes siembran vientos terminen recogiendo tempestades (Oseas 8:7). El capítulo 18 del Apocalipsis —que parece describir una futura guerra nuclear— dice: «En una hora han sido consumidas tantas riquezas. [...] Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada» (Apocalipsis 18:17,21).

La Biblia recomienda: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida» (Proverbios 4:23). Dicho de otro modo, debemos tener cuidado con lo que imaginamos, no vaya a ser que sea malo y se haga realidad y termine destruyéndonos. Por eso todos tenemos que darle cabida al Señor y al Espíritu Santo en nuestra vida, y llenar nuestro corazón y nuestra mente de la luz de la Palabra de Dios. Así habitaremos al abrigo del Altísimo, bajo la protección del Omnipotente, y no nos sobrevendrá mal alguno (Salmo 91:1,10). □

**LOS
PRODUCTORES
DE LA PELÍCULA,
QUIZÁ SIN
DARSE CUENTA,
ILUSTRARON
UNA VERDAD
ESPIRITUAL.**

LAS TRES ESFERAS DE LA VIDA ESPIRITUAL

BASADO EN LOS
ESCRITOS DE DAVID
BRANDT BERG

Nuestra vida espiritual está dividida primordialmente en tres esferas: alabanza, oración y obras.

Alabanza

La alabanza es una manifestación de amor. Consiste en expresarle a Dios cuánto lo amamos y lo agradecemos que estamos por todo lo que hace por nosotros. Por eso, cuando apartamos nuestra atención de los quehaceres cotidianos para concentrarnos en el plano espiritual y en las necesidades del espíritu, ¿qué es lo primero que debemos hacer? Alabar a Dios por Su bondad. «Entrad por Sus puertas con acción de gracias, por Sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid Su nombre»¹. La alabanza nos transporta al plano celestial.

La alabanza beneficia a ambas partes. No sólo agrada profundamente al Señor, sino que también nos hace ver las cosas en su verdadera dimensión. Cuando nos detenemos a pensar en el amor de Dios y en todo lo que ha hecho por nosotros, nuestra perspectiva cambia, se nos despeja la mente, se nos va la ansiedad y nuestro espíritu se renueva. Pero eso no es todo: la alabanza nos reporta muchos otros beneficios. Además de proporcionarnos paz interior y reposo físico y espiritual, nos hace acreedores a bendiciones más tangibles que Dios nos concede en respuesta a nuestras oraciones. A medida que elevamos alabanzas, descienden las bendiciones.

Oración

Algunas personas sólo acuden a Dios cuando necesitan que Él haga algo por ellas. Le cuentan sus cuitas y le elevan sus pedidos. Le presentan el guión que ya tienen preparado sin darle oportunidad de decirles una sola palabra. Si lo escuchan es solamente con la esperanza de que Él les dé Su asentimiento y acceda a lo que le han pedido. No obstante, la oración es mucho más amplia y profunda.

La oración es comunicación con Dios en ambos sentidos; es el medio del que nos valemos para sintonizar, conversar y comulgar íntimamente con Él. Dios, como todo padre amoroso, se interesa personalmente en nosotros y quiere hacerse presente en nuestro quehacer cotidiano. Él sabe que en la vida se nos plantean interrogantes y dificultades y quiere darnos respuestas y soluciones. También nos habla por medio de Su Palabra escrita cuando la leemos con oración, y en otros momentos nos susurra palabras de amor y ánimo. Por sobre todas las cosas, quiere que sepamos cuánto nos ama.

Lo más importante a la hora de rezar no es la postura del cuerpo, sino la actitud del corazón. No hace falta que nos arrodillemos ni que cerremos los ojos y juntemos las manos, si bien todas esas son expresiones de respeto a Dios. Además, nos ayudan a apartar de nuestro

¹ Salmo 100:4



pensamiento otras ideas y distracciones. Lo principal es centrar nuestra atención en el Señor.

Se puede orar de muchísimas formas, más de las que te imaginas. Las oraciones pueden ser largas o cortas, silenciosas, habladas o cantadas. Algunas ni siquiera precisan palabras. Pueden ser intercambios entretenidos y familiares u homenajes reverentes con matices de solemnidad. Pueden ser espontáneas o cuidadosamente planificadas. Pueden ser escritas: redáctalas tú mismo o extráelas de la Biblia —en el libro de los Salmos hay muchas— o de un devocionario. Podemos hacer oraciones por nosotros mismos o para beneficio de otras personas. Se pueden hacer en privado o en grupo. Pueden ser un simple reconocimiento de que necesitamos la bendición del Señor mientras nos ocupamos de nuestros asuntos cotidianos, o ruegos en que invocamos la guía divina al vernos frente a algún imposible. Pueden incluir alabanzas alegres y vivaces, o apasionadas súplicas de arrepentimiento nacidas de un corazón contrito y quebrantado. Pueden hacerse de rodillas o sobre la marcha. La oración puede asumir formas tan variadas como las necesidades que se nos presentan de

continuo. Sea cual sea la modalidad de oración por la que optes, lo esencial es abrir tu corazón a Dios y expresarle tus íntimos pensamientos. Consiste en establecer un vínculo con Él.

Cuanto más introduzcamos la oración en nuestros procesos mentales, mejor sintonizados estaremos con Dios, mejor podrá Él guiarnos y más felices seremos.

Obras

La alabanza y la oración nos acercan a Dios y nos hacen acreedores a Su guía y asistencia, tanto en las nimiedades como en los asuntos de gran trascendencia. Sin embargo, hay otro factor clave para disfrutar de una vida espiritual saludable: cumplir lo que nos dice que hagamos. «Si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace»¹.

La espiritualidad llevada a la práctica significa entre otras cosas compartir el amor de Dios con los demás. Jesús dijo a Sus discípulos: «Como me envió el Padre, así también Yo os envío»². Lo mismo dice a Sus seguidores actuales: los llama a entregarse cada día para atender amorosamente al prójimo, para dar a conocer Su sentir y Su amor a quienes buscan «el camino, la verdad y la vida»³. ●

¹ Santiago 1:23-25

² Juan 20:21

³ Juan 14:6

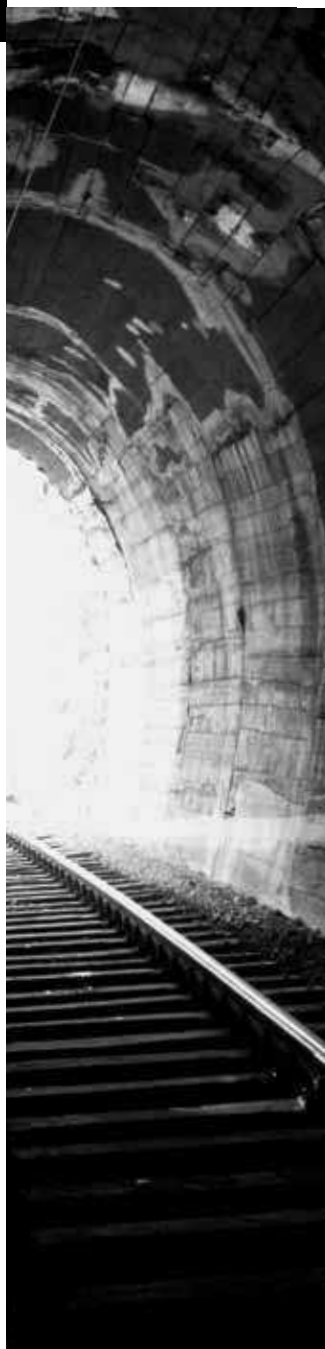


«No hay pesar en la Tierra que el Cielo no pueda sanar.» Thomas Moore (1779–1852)

Salvador, pues estarás convencido de que Él te va a acompañar. Aunque andes en valle de sombra de muerte, Él dice: «Estaré contigo»⁷. Estará a tu lado para reconfortarte.

Nunca me había parecido tan grande el amor de Dios, ni tan firme Su misericordia, ni tan abundante Su gracia, como durante aquella primera semana después que perdí a mi marido. Lo alabo con todo mi corazón por cómo cumplió Su Palabra y por Su fidelidad.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA DE LAS PRECURSORAS DE LA EVANGELIZACIÓN POR RADIO Y MADRE DE DAVID BRANDT BERG, FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ✨



LÁGRIMAS EN EL CIELO

DAVID BRANDT BERG

La Biblia no dice que no vaya a haber lágrimas en el Cielo. Cuando lleguemos allá y nos veamos cara a cara con el Señor, todos derramaremos unas cuantas por las oportunidades que desaprovechamos, los errores que cometimos y las personas con las que habríamos querido ser más amorosos y considerados. Todos tendremos algo de qué lamentarnos o avergonzarnos.

Pero el Señor es tan magnánimo que dice que secará todas esas lágrimas. «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos»⁸.

La Biblia asegura que «las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse»⁹. Al pensar en eso nos resultan más soportables algunas de las experiencias por las que nos toca pasar.

«El llanto puede durar toda la noche, pero a la mañana vendrá el grito de alegría»¹⁰. Es preciso que mantengamos la mirada fija en Jesús y en lo que nos espera al final del camino de la vida. «Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria»¹¹.

1. 1 Tesalonicenses 4:13

2. Juan 11:25,26

3. 1 Corintios 15:3,4

4. John Rippon, 1787

5. Isaías 43:2

6. Juan 10:10

7. Salmo 23:4

8. Apocalipsis 21:4

9. Romanos 8:18

10. Salmo 30:5 (NBLH)

11. 2 Corintios 4:17

COMUNIÓN

CON

DIOS



Cuando Jesús subió al monte, dejó atrás las multitudes. «Viendo la multitud, [Jesús] subió al monte; y sentándose, vinieron a Él Sus discípulos» (Mateo 5:1). Los picos de las montañas nunca son muy concurridos. ¿Por qué? Porque cuesta mucho esfuerzo llegar allí. No hay mucha gente a la que le guste escalar.

En la cumbre hay más luz. Mucho después que ha anochecido en el valle, desde los cerros todavía se ve el sol. El valle casi siempre está en sombras, lleno de gente y de cosas, pero normalmente oscuro. En las alturas hace frío y viento, ¡pero es emocionante!

¡Para subir a una montaña hay que tener la convicción de que realmente vale la pena arriesgar la vida por ello! Cualquier montaña... la montaña de esta vida, la montaña de los triunfos, la montaña de los obstáculos, de las dificultades... Antes de empezar el ascenso hay que tener la sensación de que vale la pena morir por ello y arrostrar el viento, el frío y las tormentas, que representan las adversidades.

Los únicos que escalan montañas son los pioneros, los que quieren hacer algo que nadie ha logrado nunca, los que desean sobresalir de la multitud, superar lo ya realizado. Los pioneros deben tener horizontes, para ver lo que nadie más ve; fe, para creer lo que nadie más cree; iniciativa, para ser los primeros en intentarlo; y valor, ¡agallas para luchar hasta conseguirlo!

En la montaña da la impresión de que se vive en la eternidad, mientras

*En la cumbre hay
más luz.*

que abajo viven en el tiempo. Allí en la cima se ve el mundo con la debida perspectiva, cadenas de cumbres que conquistar, ¡todo un mundo que se extiende más allá del horizonte del hombre corriente, que éste no alcanza a ver! ¡Se divisan picos que aún no han sido escalados y lejanos valles inexplorados! Se aprecian cosas que los habitantes de los valles no ven nunca y que ni siquiera comprenden.

En el valle, uno se enreda con la multitud, la farsa y el materialismo y no ve nada más que el tiempo, creaciones del tiempo y cosas temporales, las cuales pronto pasarán. Pero si levanta la cabeza por encima de los

que lo rodean, uno mismo se convierte en un monte en medio de ellos. Los del montón se resienten contra uno, lo resisten y lo combaten, porque no lo entienden ni lo aceptan.

¡No quieren ni saber que existen montes! ¡No quieren que otras personas se enteren de que hay montañas, ni que

Los caminos trillados son para hombres vencidos, pero las cumbres para los pioneros valientes.

respiren siquiera por un instante el aire puro del monte cristalino! Las quieren mantener encerradas, empantanadas en el fango de los valles. No quieren que se sepa que existe otro lugar y que se puede salir del valle. Harán todo lo posible por disuadirlo a uno de subir.

En el valle domina el hombre. En la montaña sólo Dios domina, y los hombres que viven allí lo saben. Por el contrario, los que viven en los valles se creen dioses, porque se gobiernan a sí mismos. Los habitantes de los valles se encuentran protegidos y seguros, y creen que no tienen necesidad de Dios. Como ya no pueden ver el cielo se han olvidado de que existe Dios.

Los caminos trillados son para hombres vencidos, pero las cumbres para los pioneros valientes.

¿Qué se oye en la montaña? ¡Cosas que harán eco en todo el mundo! ¿Qué se percibe en la quietud? ¡Susurros que alterarán el curso de la historia! Las leyes más relevantes que ha recibido la humanidad, por las cuales se rige aún la mayoría del mundo civilizado, fueron entregadas a un hombre que se encontraba solo en una montaña. Luego que Moisés descendiera de aquellas cumbres con los Diez Mandamientos, ni la nación hebrea ni el mundo entero volvieron a ser los mismos.

El sermón más aclamado de la Historia, el sermón del monte, lo predicó a un puñado de hombres de montaña el más ilustre montañero de todos, Jesús, quien finalmente escaló solo Su última montaña —el Monte Calvario, el Gólgota— para morir por los pecados del mundo. Ese fue un monte que sólo Él podía subir por todos nosotros... ¡pero lo logró!

¡Después de oír el sermón del monte, los discípulos de Jesús descendieron y transformaron el mundo! No volvieron a ser los mismos. ¿Qué los cambió a ellos que a la postre cambió el mundo? ¡Oír la voz de Dios comunicándoles verdades diametralmente opuestas a lo que se enseñaba en el valle! Allí decían: «Bienaventurados los romanos —los altivos y poderosos—. ¡Fíjate en lo que han logrado! Han conquistado el mundo». Pero Jesús decía en la montaña justamente lo contrario:

«Bienaventurados los pobres en espíritu [los humildes], porque de ellos es el Reino de los Cielos!» (Mateo 5:3). Unos sencillos pescadores incultos escucharon de la boca de un carpintero enseñanzas que los harían mayores gobernantes que los céсарes de Roma.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). La gente de la montaña tiene un hambre y una sed de la verdad que sólo Dios puede saciar. La gente de abajo, del valle, no ve más allá de sus narices. Son individuos satisfechos de sí mismos. Están llenos... y el Señor los envía vacíos (v. Lucas 1:53).

«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8). En la montaña no hay contaminación. Tanto el agua como el aire son puros. La gente es limpia de corazón. Ve a Dios.

La vida está en la montaña. Sal del valle. «Escapa al monte cual ave» (Salmo 11:1). ■

(LA LECTURA ANTERIOR FUE EXTRAÍDA DE UN ARTÍCULO DE DAVID BRANDT BERG QUE LLEVA EL MISMO TÍTULO.)



Para... mira... escucha

DAVID BRANDT BERG

TOMARÍAMOS DECISIONES MUCHO MÁS ACERTADAS y llegaríamos a ellas con más facilidad si en vez de razonar las cosas por nuestra propia cuenta nos tomáramos un tiempo para orar. Dios tiene todas las soluciones. Rezar no consiste solamente en arrodillarse y decir uno todo lo que quiere, sino más que nada, dejar que Dios nos diga lo que Él quiere. Cuando así hacemos, Él nos guía y nos instruye.

Si de veras quieres escuchar al Señor, Él te hablará. Pero para que eso ocurra, es preciso tomar un momento de recogimiento a solas con Él en algún lugar; tomar un rato de silencio. Él dice: «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza»

(Isaías 30:15). ¿Cuántos ratos pasas tú en «quietud y confianza»?

Ahora bien, tampoco hace falta que nos postremos de rodillas y nos pongamos a orar frenéticamente para que Dios nos oiga. Orar debe ser algo continuo, independientemente de lo que se esté haciendo. Los momentos de quietud son importantes, pero no se puede esperar hasta que se den las condiciones ideales o se haya terminado de hacer esto o aquello para ponerse a orar. A veces hay que hacerlo mientras se hace otra cosa. Es como pensar mientras realiza uno sus actividades habituales.

Si estás que echas chispas, confundido y perturbado, es que no estás confiando. No tienes la fe que debieras. La confianza es una imagen de perfecta paz y sereni-

**NO SE PUEDE
REALIZAR LA
OBRA DEL
MAESTRO SIN
SU PODER Y
SUS FUERZAS;
Y PARA
OBTENERLOS,
ES PRECISO
PASAR TIEMPO
CON ÉL.**

dad, tanto en el plano físico como en la esfera mental y espiritual. Aunque tengas que seguir trabajando, tu actitud y tu espíritu estarán sosegados.

La confianza plena en el Señor nos permite gozar de paz en medio de la tormenta, disfrutar de calma en el ojo del huracán. Me acuerdo de un concurso de pintura que se celebró una vez en que se pedía a los artistas ilustrar el concepto de la paz. La mayoría de los participantes presentaron escenas campestres en las que reinaba una tranquilidad absoluta. Esa es una faceta de la paz. Sin embargo, la paz más difícil de lograr es la que retrataba el cuadro galardonado. Representaba los rápidos de un río, rugientes, atronadores, cubiertos de espuma por la violencia de la corriente, un lugar espeluznante. No obstante, en una ramita que se extendía sobre el trepidante río, se apreciaba un bellissimo nido en el cual, a pesar del convulsionado torrente, un pajarillo gorjeaba serenamente. Es en esos momentos cuando se pone a prueba nuestra fe: en medio de la tormenta.

¡Cuántos personajes de la Biblia tuvieron que aprender a escuchar a Dios y aguardar a que Él obrara!: David, Moisés, Noé, Abraham, el apóstol Juan, y el propio Jesús, por nombrar unos pocos.

David se pasó veinticuatro años trabajando para el inútil del rey Saúl. Y el Señor se valió del mal ejemplo de éste para enseñarle muchas cosas a David. Saúl en muchos casos se ponía impaciente y por pretender hacerlo todo con sus propias fuerzas, al final descubrió que éstas no le bastaban. David aprendió que tenía que dejar a Dios hacerlo todo y aguardar a que Él obrara.

Cuando Moisés era apenas un novato de escasos cuarenta años se creyó

perfectamente capacitado para emprender la tarea que tenía entre manos. Sin embargo, armó un lío colosal y tuvo que huir para salvar el pellejo. Pasaron otros cuarenta años antes que Moisés escarmentara y aprendiera que tenía que depender de Dios (Éxodo, capítulos 2 y 3).

Después se vería frente a millones de personas que aguardaban instrucciones suyas en pleno desierto:

—¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? ¿Adónde vamos? ¿Qué hacemos?

Y ¿qué se le ocurre a Moisés en ese momento? Se retira a la cima de la montaña y se pasa allí cuarenta días seguidos con el Señor.

¿Qué habría sucedido si hubiera pasado todo ese tiempo impaciente y nervioso? «¿Y si algo anda mal? Debo regresar. ¿Qué va a pasar si Aarón labra un becerro de oro?», que fue precisamente lo que sucedió.

Luego, cuando Moisés se alteró y rompió las tablas en que Dios había escrito los Diez Mandamientos, tuvo que pasar otros cuarenta días en la montaña, en quietud y silencio, para volver a obtenerlos. (El relato íntegro se encuentra en Éxodo 24:12-18 y en los capítulos 32 y 34.)

¿Quién sabe cuántos años estuvo Noé orando de los 120 que tardó en construir el arca? Algún tiempo tuvo que pasar a solas con el Señor. De lo contrario no habría podido recibir todas las instrucciones para armar aquella embarcación. Seguramente Dios le dio las pautas y medidas exactas para cada centímetro de la misma, y él se pasó 120 años montando su nave con toda la calma del mundo. Habría podido ponerse nervioso pensando que la lluvia se desencadenaría de un momento a otro y construirla chapucera. A nosotros a veces nos

**LA CONFIANZA
PLENA EN EL
SEÑOR NOS
PERMITE
GOZAR DE PAZ
EN MEDIO DE
LA TORMENTA.**

parece demasiado pasarnos 120 días preparándonos para algo. Sin embargo, él dedicó 120 años a escuchar al Señor y construir el arca. Noé tenía una fe tremenda (Génesis 6:11-22 y capítulo 7; Hebreos 11:7).

Considera los años que pasó Abraham, «el padre de la fe» (Romanos 4:11,16), en los campos apacentando el ganado. Con razón escuchó al Señor: tuvo tiempo de sobra para hacerlo.

Jesús mismo pasó treinta años de Su vida preparándose para Su ministerio público, que apenas duró un poco más de tres años. En el albor de su misión se internó en el desierto y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches completamente solo, sometido a prueba por el Diablo. Primero tuvo que derrotar al Diablo (Mateo 4:1-11). Si uno primero no se retira a solas con el Señor y vence al Diablo, no consigue nada.

El apóstol Juan escribió el Evangelio que lleva su nombre. Semejante tarea le tuvo que haber demandado algún tiempo con el Señor. Su obra maestra —el Apocalipsis— prácticamente la escribió el Señor mismo durante el exilio al que fue condenado Juan en la isla de Patmos. Vale decir que la obra cumbre del apóstol Juan consistió en dejar que el Señor lo dirigiera, lo dijera y lo revelara todo.

Los campesinos necesitan mucha paciencia y fe. No pueden pretender que todo suceda en un día. Les es preciso esperar pacientemente a que crezcan los cultivos o a que los animales produzcan. La mayor parte del trabajo la hace Dios. Él es quien manda la lluvia, hace salir el sol, hace crecer lo sembrado y hace que los animales produzcan. Lo único que les resta a los campesinos es despreocuparse y confiar en el Señor. Deberíamos seguir el ejemplo de ellos.

Hay quienes siempre tienen que estar activos, siempre haciendo algo. Pero si estamos muy ocupados para orar,

estamos excesivamente ocupados. Si estamos tan ocupados que no podemos pasar un rato a solas con Dios, orando, es que estamos demasiado ocupados. Como si el sirviente de un rey le dijera:

—Lo siento, su majestad, pero hoy estoy tan ocupado sirviéndoos que no tengo tiempo de escuchar vuestras órdenes.

La tarea más importante que tenemos es escuchar al Rey.

No le corresponde al Rey andar detrás de Sus siervos gritando y tro-nando para que hagan lo que Él quiere. Hay que acercarse a Él callada y res-petuosamente, presentarle la petición y aguardar la respuesta en silencio. Debe-mos respetar y reverenciar al Señor, y tratarlo como el Rey que es.

Uno demuestra tener fe deteniendo toda actividad y esperando a que Dios obre. «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «[Os roga-mos] que procuréis tener tranquilidad» (1 Tesalonicenses 4:11). «Calle delante de Él toda la Tierra» (Habacuc 2:20). En una ocasión hasta en el Cielo se hizo silencio (Apocalipsis 8:1).

El mundo vive en una prisa constante. Es una conjura del propio Diablo: acelerar el mundo, hacer lo que sea para que todo se mueva más rápido. La velocidad a la que se mueve el mundo apenas si ha variado desde que Dios lo creó. A Dios nunca le entró prisa: la tierra todavía gira a la misma velocidad cada día. Dios no ha acelerado las estaciones ni los años en lo más mínimo. El hombre es el que lo está acelerando todo y, como consecuencia, el mundo va raudo camino de la destrucción.

Aminoremos, pues, la marcha. Tomémoslo con calma. Y sobre todo, detengámonos a escuchar y esperar. Para, mira y escucha. En algunos países se ven letreros así en lugares peligrosos, cruces, pasos a nivel, en puntos críticos en que se produce

una alteración de lo habitual, una interrupción de la marcha, un corte de la carretera. De no ser por esas advertencias, atravesaríamos la vía férrea como si nada y podríamos terminar arrollados por un tren expreso.

Algunos dirán: «No tengo tiempo para parar, mirar y escuchar». Pero si no lo hacen, es posible que no lleguen a su destino. ¿Qué es más fácil? ¿Tratar de cruzar antes que pase el tren, abrirse paso a través de él, saltar por encima, o simplemente parar, observarlo mientras pasa, aguardar unos minutos hasta que se aleje y proseguir tranquilamente el viaje?

No da ningún resultado tratar de forzar la situación y empeñarse en abrirse paso. De nada sirve correr de un lado para otro, impacientarse y ponerse nervioso por tratar de llegar a algún sitio para hacer algo, cuando lo que hay que hacer es esperar las instrucciones del Señor y así averiguar sin asomo de duda dónde quiere que estemos y qué quiere que hagamos.

Si estamos apurados, frenéticos e impacientes, no podemos prestar al Señor la atención que debemos para que nos proporcione las soluciones a nuestros problemas y las respuestas a nuestros interrogantes, todo ello a los fines de tomar una decisión acertada en cada situación que se nos presente. Es menester que paremos, miremos, escuchemos y aguardemos en comunión con Él hasta que nos responda. Cuando hayamos aprendido a hacer eso, habremos aprendido a tomar decisiones guiadas por el Espíritu.

Dios da lo mejor de lo mejor a los que dejan que Él elija. ■



MARÍA FONTAINE

JESÚS DESEA

hablarte

SIN INTERMEDIARIOS

EL SEÑOR DESEA SER tu buen pastor (Salmo 23). Siempre que te invada la soledad, que necesites a alguien que te escuche, te comprenda, te apoye o te dirija unas palabras de ánimo, Él estará a tu disposición.

Acude a Él para que te aliente y te dé consejos y respuestas concretas para tu situación. Cuando te comunique día a día mensajes celestiales a la medida de tus necesidades, te darás cuenta de que es perfectamente capaz de ponerse en tu lugar y de que tú también te puedes identificar con Él. Lo entenderás mejor, y te convencerás más que nunca de lo cerca que lo tienes y de lo mucho que se preocupa por ti. Es tu mejor amigo.

La fe viene de oír la Palabra, no sólo la Palabra ya registrada, sino también las que Jesús, tu amoroso guía personal, anhela dirigirte, y que puedes escuchar gracias al maravilloso don de profecía. ■

entra en el templo

(Descripción de una visión:)

Veo un grupo de personas en un gran salón cubierto por una cúpula. Todos miran hacia arriba como si esperaran algo.

Hay otras personas que andan atareadas en las naves laterales [sirviendo a Dios], pero los que se encuentran bajo la bóveda central están quietos, mirando hacia arriba. Se los ve bañados por un hermoso reflejo dorado que proviene de lo alto, y aspiran profundamente el aire celestial que desciende sobre ellos. Nos encontramos en el templo del Señor.

(Oración:) Señor, ¡cuánto anhelamos cada bocanada de Tu aire celestial, que nos refresca, nos despeja, nos inspira y nos comunica visiones que nos embargan de emoción y nos vuelven locos por Ti, Jesús!

La gente que anda ajetreada atendiendo sus tareas se agota, y tiene que acercarse a la cúpula para renovarse y reabastecerse.

(Oración:) Ayúdanos, Señor, a ser así. Recuérdanos que no podemos seguir adelante sin la visión celestial que Tu nos das, sin un aliento de aire puro de los Cielos, sin escuchar el dulce sonido de Tu música. Simplemente nos resulta imposible proseguir sin escuchar Tu voz y sin la inspiración que recibimos al mirar hacia arriba.

Si pasáramos más tiempo con el Señor, mirando a través de esa

cúpula estrellada, respirando ese aire celestial y escuchando esa hermosa música, no nos preocuparíamos ni nos inquietaríamos tanto. Hallaríamos paz y reposo en nuestra alma. Nos regeneraría totalmente y nos daría renovados objetivos, inspiración, fuerzas, reposo, paz y alegría.

¿Has estado allí?

¿Te has tomado tiempo para entrar en el templo del Espíritu y guardar silencio delante de Dios? ¿Has acudido allí para tomar una bocanada de aire puro del Cielo? Si no, ¡te has perdido algo importante! Terminarás agotado, agobiado, alterado, lleno de dudas, desanimado, preocupado, inquieto. Perderás la conexión con el Señor y te quedarás sin fuerzas. No tendrás la sabiduría, ni el amor, ni la paciencia que necesitas. Todo porque no entraste en el templo para que Su Espíritu te renovara. ¿Estás muy atareado? ¿Andas



Puede despejarte las ideas con un solo acorde de dulce música celestial.

con demasiadas prisas? ¿Es tu trabajo tan importante que no puedes detenerte unos minutos para recibir inspiración de lo alto, renovarte espiritualmente, descansar físicamente y llenarte del amor del Señor? Nunca llegarás a ninguna parte si no te detienes un rato debajo de la cúpula. Si no entras allí y te bañas un poco con Su luz, no reflejarás mucha sobre los demás.

Haz de tu corazón un templo

Lo único que tienes que hacer es buscar un momento a solas con el Señor, echar un vistazo hacia arriba, a todas Sus hermosas vistas, respirar Su aire, escuchar Su música y ver sus visiones celestiales.

No tiene por qué ser a una hora fija; puedes hacerlo en cualquier instante. Puedes mirar a través de la cúpula en cualquier momento del día, donde quiera que estés y cualquiera que sea la actividad que estés realizando. Tómate unos minutos con el Señor. En cualquier momento, en cualquier lugar, puedes abandonar rápidamente las naves laterales y entrar en el templo en espíritu (Juan 4:24). ¡Mira y te sentirás revivir! ¡Mira hacia arriba! Haz de tu corazón un templo. Verás lo que Dios puede hacer en la hermosa dimensión del Espíritu.

Eso sí, cuesta mucho abstraerse de todo cuando se vive asediado por

las demás voces y el mundanal ruido. Puede que esas cosas sean necesarias, pero es preciso que vuelvas una y otra vez en espíritu a la rotonda para recargarte. No lograrás salir adelante prescindiendo del Señor. No llegarás a ninguna parte sin Su poder. Es posible que avances un poco, pero a menos que vuelvas y te conectes otra vez a la corriente, te irás quedando paulatinamente sin energía hasta agotarte por completo y no poder avanzar más.

En las naves laterales el trabajo puede llegar a ser durísimo. Jamás tendrás las fuerzas ni la motivación ni la inspiración que necesitas para llevar a cabo la tarea si no vuelves una y otra vez a la cúpula.

Él puede resolver todos tus problemas si tan solo le diriges una mirada. Es capaz de renovar todo tu espíritu si tan solo aspiras una bocanada. Puede despejarte las ideas con un solo acorde de dulce música celestial. Es capaz de disipar todos tus temores y enjugar todas tus lágrimas con un solo momento de quietud en esa perfecta paz que nos da cuando nuestro pensamiento persevera en Él, solamente en Él, porque confiamos en Él (Isaías 26:3).

Basta con dirigirle a Jesús una breve mirada para que todo cobre sentido, y para que Él te ayude a hacerlo todo. ¡Entra hoy en el templo! ■

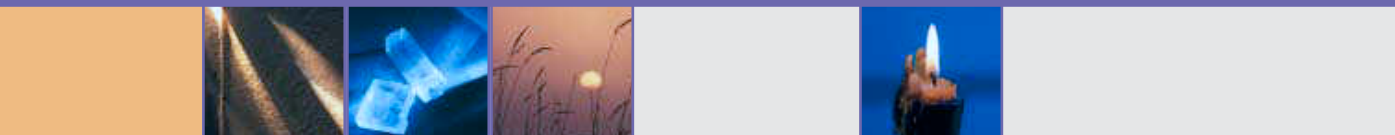
Oración para hoy

Jesús, te agradezco muchísimo que pueda presentarte y encomendarte mis inquietudes en oración, para que seas Tú quien lleve mis cargas. Con ello te demuestro que te amo, que te necesito y que confío en Ti. Así, Tú puedes ayudarme a lograr mucho más que si intentara hacerlo todo con mis propias fuerzas. Gracias por hacerte cargo de mis preocupaciones y abordarlas una por una antes que se conviertan en problemas mayores. ¡Muchas gracias, Jesús, por darme Tus sencillas soluciones!

Dios MONTÓ UN ESPECTÁCULO LUMÍNICO el otro día, y tuvimos el privilegio de presenciarlo. Además nos dijo muchas cosas, que nos propusimos escuchar. Estoy seguro de que nos lo había enseñado antes, pero todos andábamos muy ocupados para detenernos a prestarle atención.

que sea. Ten en cuenta que en la noche la llama de una sola vela puede divisarse a más de un kilómetro de distancia.

Hasta un granito de polvo, a pesar de su pequeñez, puede resplandecer como un diamante si le da un rayo de sol. Cuanto más densa es la oscuridad, más brilla la luz. Un pequeño diamante



El Señor hizo penetrar en nuestra habitación tres relucientes rayitos de luz. No se colaron por los postigos, que obstruyen la luz, sino por diminutos agujeros que la dejaron pasar. Eso me hizo pensar en nuestra vida de servicio al Señor: Cuanto más pequeños somos, más claramente ven los demás a Jesús. Cuanto menos hay de nosotros, más dejamos pasar Su luz.

Eran rayos multicolores: cada uno mostraba un color distinto de la luz divina, pero provenían todos de la misma luz. Es similar a lo que dice la Biblia en el sentido de que a cada cristiano se le conceden diferentes dones, pero todos provienen del Espíritu Santo (1 Corintios 12:4). Cada persona refleja a su manera la luz de Dios. Cada cual deja brillar su luz, deja ver las obras particulares que realiza a fin de que los hombres glorifiquen la belleza de Dios (Mateo 5:16).

Somos como rayitos de luz en este mundo espiritualmente tan sombrío. Hasta unos pocos haces de luz pueden destacar y hacerse notar. No creas que porque hay tanta oscuridad no vale la pena emitir una lucecita, por pequeña

de polvo, o un rayito de sol, resaltan más cuando la habitación está muy oscura. «Cuando el pecado abunda, sobrea-bunda la gracia» (Romanos 5:20).

No nos atrevemos a mirar directamente al Sol: nos cegaría. Pero vemos su reflejo en las cosas que ilumina. De igual forma, solo se puede ver a Dios en la medida en que Sus hijos, como diminutos diamantes de polvo, lo reflejen. La gente no puede mirar a Dios ya que Él resplandece demasiado. Se tiene que fijar en nosotros, los creyentes, para ver el reflejo que proyectamos de Él.

La luz de Dios no se ve a menos que tú la reflejes. Los demás sólo verán a Dios en ti si tú lo reflejas. «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mateo 5:16). De no ser por el polvo, no se podría ver la luz; y de no ser por la luz, no se vería el polvo. Ambos son necesarios.

Puede que uno nunca vuelva a ver uno de esos pequeños diamantes de polvo, puesto que algunos son impulsados hacia la luz, no brillan sino por un momento, y se desvanecen nue-

vamente en la oscuridad. Sólo tienen su momento de verdad. Claro que aunque resplandezcan una sola vez en la vida con la luz del Señor, vale la pena. Aunque sólo una vez en su existencia brinden vida y alegría a alguien, vale la pena. Pero si pudieran permanecer en la luz del Señor, podrían centellear

seguir ese camino, o no se llega nunca. Jesús es la luz del mundo (Juan 8:12). Él es el único camino. Solamente en Él hay Luz. Él es el rayo recto y estrecho que lleva al amor de Dios. A menos que nos pongamos en medio de ese haz de amor, jamás brillaremos. Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene

DIAMANTES DE POLVO

David Brandt Berg

hasta agotarse, tal como una vela que alumbra toda la casa hasta extinguirse. Cuanto más permanezca la motita de polvo en la luz, más tiempo brillará y seguirá siendo un diamante.

Esos diamantes de polvo pueden brillar por un breve instante y luego desaparecer, como la vida del hombre, como la hierba del campo que hoy es y mañana deja de ser. ¿Qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina, un vaho que refleja por un momento los rayos de luz divinos y luego se desvanece (Salmo 103:15,16). No tenemos el mañana asegurado. Mejor será que brillemos ahora, en tanto que tenemos la luz, o caeremos en el olvido (Santiago 4:14), y nadie sabrá siquiera que hemos existido. Porque si no permanecemos en la luz divina, nadie la habrá visto reflejarse en nosotros, brillar a través de nosotros. «El que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios» (Juan 3:21).

Los haces de luz que vemos siguen una línea muy recta, muy estrecha, y se difunden desde su origen en un solo sentido. Es decir, que no hay sino un camino para alcanzar la Fuente. Hay que

al Padre, sino por Mí» (Juan 14:6).

Es notable todo lo que Dios puede enseñarnos a partir de un simple rayito de luz. Basta que lo apreciemos con la sencillez de un niño. «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (Mateo 18:3).

Para aprender del Señor hace falta detenerse, mirar y escuchar. Si no, nos vemos desbordados por todos los afanes de esta vida, en lugar de desbordar Su verdad, amor y alegría. Somos vencidos por el mundo en vez de vencer al mundo por medio de Dios. Si vivimos muy atareados, o si andamos con muchas prisas y sumidos en nuestros afanes y asuntos particulares, nunca aprendemos nada.

Observa los diamantes de polvo. No se esfuerzan por centellear y brillar. Simplemente dejan que la luz se refleje en ellos. No se afanan por brillar o moverse. No se dirigen a ninguna parte, no tienen prisa. Lo único que hacen es flotar calladamente en el aire creado por Dios.

Para... mira... escucha... y deja que tus motas de polvo se tornen en diamantes que pongan de manifiesto la belleza de Dios. •

Despacio y buena letra

«EN QUIETUD Y EN CONFIANZA será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). La Biblia no promueve en modo alguno la prisa. El único versículo que recuerdo en favor de apresurarse es: «La orden del rey era apremiante» (1 Samuel 21:8). En contraste con ese pasaje, yo diría que habrá cien que recomiendan ir despacio, aunque sea con otras palabras. Incluso se nos aconseja que tomemos las cosas con calma.

Jesús dijo: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga» (Mateo 11:28-30). Cuando uno tiene que aguantar mucha presión o tensión, una carga muy pesada o un yugo muy difícil, la culpa no es de Dios. Es de uno mismo o de otra persona.

Tal vez sea ese el propósito por el que Dios creó a las mulas y los burros, para ilustrar el ritmo al que debemos vivir. Son trabajadores, puede que sean lentos pero tienen más aguante y pueden llevar cargas más pesadas que los caballos. Son las bestias de carga de los parajes difíciles. Son capaces de sortear sendas en las que un caballo se mataría y llevar cargas imposibles para un caballo, sobre todo para un caballo de carreras.

Los caballos de carreras son capaces de galopar a toda marcha alrededor de la pista

unas pocas veces, y ahí se acaba la cosa. Son muy nerviosos e inquietos, pero no son bestias de carga. No soportan trabajos pesados y abultados fardos. En cambio, las mulas y los burros de carga sí. Además, ¡son lo más terco que hay! No se los puede apurar. Hay que ir a su ritmo, lentamente. Avanzan despacio, pero a la larga cumplen con la tarea y llegan a destino. Se asemejan a la fábula de la tortuga y la liebre: aunque la tortuga era lenta, al final llegó a la meta.

Puedes optar por la intensidad y la velocidad si quieres; yo me quedo con el camino lento y seguro. Puedes tomar la vía de alta velocidad y llegar primero si quieres —eso si llegas—; yo optaré por el carril lento y seguro. Por mucho que tarde, estoy decidido a llegar entero.

He perdido la cuenta de las veces en que les he dicho a los conductores de taxi: «Quien de prisa vive, de prisa muere. Vaya más despacio y vivirá más tiempo». Y es cierto. Los médicos y los expertos en salud afirman que el estrés está matando a la gente y que muchas de las enfermedades de hoy en día son producto de la presión y las tensiones, o bien de malas dietas. La tensión nerviosa y las prisas matan a la gente causándole trastornos cardíacos, neurológicos y alta presión arterial.

¡Que Dios nos ayude a ir más despacio! No se trata de perder el tiempo, pero sí de confiar en el Señor en vez de andar tan impacientes y con tantas prisas. La paciencia es sinónimo de lentitud, de avanzar a un ritmo constante, de hacer nuestra labor con perseverancia y sin perder el tiempo, sin preocuparse ni ponerse frenético. La impaciencia, en cambio, va asociada a la precipitación, el ajetreo, la velocidad, la prisa, la presión, la tensión. Mientras que la paciencia es señal de fe, la impaciencia denota falta de ella. Pone de manifiesto que nos parece que no vamos a terminar la tarea si no la hacemos de prisa, si no apretamos el paso y redoblamos la marcha.

En cambio, si tenemos fe en que Jesús se va a encargar del asunto de algún modo, podemos darnos el lujo de ser pacientes, de ir despacio y hacer las cosas bien. •

Respira profundamente

EJERCICIO ESPIRITUAL

Dios es como el aire que respiramos. Estamos rodeados de Él. Es invisible, pero vital para nuestra salud y felicidad. Así como nos hace falta respirar aire puro para estar fuertes y saludables físicamente, necesitamos comulgar con el Espíritu de Dios para conservar la fortaleza y salud espirituales. En circunstancias normales, respirar es un acto inconsciente e involuntario. Dios desea que nuestra relación con Él sea así de natural, y para eso nos dotó de todo lo necesario. Sin embargo, a diferencia de la respiración, establecer ese contacto con Dios no es tan fácil para la mayoría de la gente; requiere un esfuerzo de nuestra parte. En realidad es más fácil de lo que parece. Con un poco de práctica resulta más fácil aún. Prueba lo siguiente:

Sal al aire libre, preferiblemente en un entorno natural. Haz inspiraciones largas y profundas. Imagínate que estás inhalando la energía, la luz, el amor y la paz divinas. Luego exhala y haz de cuenta que te desembarazas del estrés, las preocupaciones, los sentimientos negativos o lo que sea que te esté aquejando. Echa un vistazo a tu alrededor, a la creación de Dios, y continúa respirando profundamente mientras piensas en Su infinito amor y cuidados. Encomiéndale tus inquietudes y preocupaciones y agrádecele de antemano que vaya a resolverlo todo.

Con unos pocos minutos de ese ejercicio te sentirás rejuvenecido. ■

LA FE, EL MEJOR MEDICAMENTO

DAVID BRANDT BERG

El temor, la tensión y el odio generan diversas enfermedades psicológicas y nerviosas. También hay muchas enfermedades fisiológicas, como las afecciones cardíacas, la artritis y las úlceras estomacales, que pueden verse agravadas por las preocupaciones, el temor, el rencor, el odio o el pesimismo. La ciencia ha demostrado que tales sentimientos pueden provocar una acumulación importante de toxinas en el organismo, que a su vez causan enfermedades. En definitiva, el estado de ánimo puede provocar una intoxicación del organismo.

De ahí que la fe sea un remedio tan extraordinario. La certeza de que el Padre celestial te ama y vela por ti disipa el temor y te infunde serenidad, paz interior y una sensación de bienestar espiritual que da descanso a tus órganos vitales, lo cual favorece la eliminación de las toxinas de la sangre. El mejor medicamento que existe es la fe en el amor de Dios. ■

RESPIRACIÓN ABDOMINAL

«La respiración lenta y profunda es sin duda el mejor remedio que existe hoy en día para aliviar el estrés —dice James Gordon, profesor clínico de psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Georgetown—. Cuando se llena de aire la parte inferior de los pulmones, donde el intercambio de oxígeno es más eficiente, todo cambia. Se aminora el pulso cardíaco, baja la tensión, los músculos se relajan, se alivia la ansiedad, y uno se serena mentalmente. [La respiración abdominal] es sumamente terapéutica».

También se ha descubierto que la respiración diafragmática profunda reduce considerablemente la intensidad del síndrome premenstrual, alivia la ansiedad, la depresión y otros trastornos emocionales, corrige arritmias cardíacas, favorece la digestión, aumenta la circulación y mejora los ciclos de energía y la calidad del sueño.

Durante la inhalación el abdomen debe expandirse si se quiere nutrir todas las células del organismo con la cantidad óptima de oxígeno.

LAS TRES ESFERAS DE LA VIDA ESPIRITUAL

BASADO EN LOS
ESCRITOS DE DAVID
BRANDT BERG

Nuestra vida espiritual está dividida primordialmente en tres esferas: alabanza, oración y obras.

Alabanza

La alabanza es una manifestación de amor. Consiste en expresarle a Dios cuánto lo amamos y lo agradecemos que estamos por todo lo que hace por nosotros. Por eso, cuando apartamos nuestra atención de los quehaceres cotidianos para concentrarnos en el plano espiritual y en las necesidades del espíritu, ¿qué es lo primero que debemos hacer? Alabar a Dios por Su bondad. «Entrad por Sus puertas con acción de gracias, por Sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid Su nombre»¹. La alabanza nos transporta al plano celestial.

La alabanza beneficia a ambas partes. No sólo agrada profundamente al Señor, sino que también nos hace ver las cosas en su verdadera dimensión. Cuando nos detenemos a pensar en el amor de Dios y en todo lo que ha hecho por nosotros, nuestra perspectiva cambia, se nos despeja la mente, se nos va la ansiedad y nuestro espíritu se renueva. Pero eso no es todo: la alabanza nos reporta muchos otros beneficios. Además de proporcionarnos paz interior y reposo físico y espiritual, nos hace acreedores a bendiciones más tangibles que Dios nos concede en respuesta a nuestras oraciones. A medida que elevamos alabanzas, descienden las bendiciones.

Oración

Algunas personas sólo acuden a Dios cuando necesitan que Él haga algo por ellas. Le cuentan sus cuitas y le elevan sus pedidos. Le presentan el guión que ya tienen preparado sin darle oportunidad de decirles una sola palabra. Si lo escuchan es solamente con la esperanza de que Él les dé Su asentimiento y acceda a lo que le han pedido. No obstante, la oración es mucho más amplia y profunda.

La oración es comunicación con Dios en ambos sentidos; es el medio del que nos valemos para sintonizar, conversar y comulgar íntimamente con Él. Dios, como todo padre amoroso, se interesa personalmente en nosotros y quiere hacerse presente en nuestro quehacer cotidiano. Él sabe que en la vida se nos plantean interrogantes y dificultades y quiere darnos respuestas y soluciones. También nos habla por medio de Su Palabra escrita cuando la leemos con oración, y en otros momentos nos susurra palabras de amor y ánimo. Por sobre todas las cosas, quiere que sepamos cuánto nos ama.

Lo más importante a la hora de rezar no es la postura del cuerpo, sino la actitud del corazón. No hace falta que nos arrodillemos ni que cerremos los ojos y juntemos las manos, si bien todas esas son expresiones de respeto a Dios. Además, nos ayudan a apartar de nuestro

¹ Salmo 100:4



pensamiento otras ideas y distracciones. Lo principal es centrar nuestra atención en el Señor.

Se puede orar de muchísimas formas, más de las que te imaginas. Las oraciones pueden ser largas o cortas, silenciosas, habladas o cantadas. Algunas ni siquiera precisan palabras. Pueden ser intercambios entretenidos y familiares u homenajes reverentes con matices de solemnidad. Pueden ser espontáneas o cuidadosamente planificadas. Pueden ser escritas: redáctalas tú mismo o extráelas de la Biblia —en el libro de los Salmos hay muchas— o de un devocionario. Podemos hacer oraciones por nosotros mismos o para beneficio de otras personas. Se pueden hacer en privado o en grupo. Pueden ser un simple reconocimiento de que necesitamos la bendición del Señor mientras nos ocupamos de nuestros asuntos cotidianos, o ruegos en que invocamos la guía divina al vernos frente a algún imposible. Pueden incluir alabanzas alegres y vivaces, o apasionadas súplicas de arrepentimiento nacidas de un corazón contrito y quebrantado. Pueden hacerse de rodillas o sobre la marcha. La oración puede asumir formas tan variadas como las necesidades que se nos presentan de

continuo. Sea cual sea la modalidad de oración por la que optes, lo esencial es abrir tu corazón a Dios y expresarle tus íntimos pensamientos. Consiste en establecer un vínculo con Él.

Cuanto más introduzcamos la oración en nuestros procesos mentales, mejor sintonizados estaremos con Dios, mejor podrá Él guiarnos y más felices seremos.

Obras

La alabanza y la oración nos acercan a Dios y nos hacen acreedores a Su guía y asistencia, tanto en las nimiedades como en los asuntos de gran trascendencia. Sin embargo, hay otro factor clave para disfrutar de una vida espiritual saludable: cumplir lo que nos dice que hagamos. «Si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace»¹.

La espiritualidad llevada a la práctica significa entre otras cosas compartir el amor de Dios con los demás. Jesús dijo a Sus discípulos: «Como me envió el Padre, así también Yo os envío»². Lo mismo dice a Sus seguidores actuales: los llama a entregarse cada día para atender amorosamente al prójimo, para dar a conocer Su sentir y Su amor a quienes buscan «el camino, la verdad y la vida»³. ●

¹ Santiago 1:23-25

² Juan 20:21

³ Juan 14:6

AUDIENCIA CON JESÚS

EJERCICIO ESPIRITUAL

Jesús dijo: «Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida»¹. La Palabra de Dios —la Biblia—, así como las publicaciones inspirativas de corte devocional basadas en la Biblia, como la revista *Conéctate*, nos alimentan y nos mantienen espiritualmente vivos y saludables. Así como es preciso comer para tener fuerzas físicas, también debemos nutrarnos de la Palabra para tener fuerza espiritual.

La dificultad que se nos presenta a muchos cuando nos disponemos a leer es que nos distraemos fácilmente con los asuntos pendientes del día. A veces la solución consiste simplemente en esforzarnos un poco más. El siguiente ejercicio espiritual puede resultar útil.

La próxima vez que te sientes a leer la Palabra de Dios, imagínate que Jesús está sentado a tu lado. No te limites a leer lo que está escrito: hazte la idea de que Él te dice esas palabras cara a cara en una audiencia privada. En espíritu, Él siempre está contigo²; pero si estuviera presente en cuerpo humano, seguramente estarías pendiente de cada palabra que te dijera.

Así debes considerar tus ratos de lectura de la Palabra: como una audiencia personal con Jesús, el Rey de reyes, en la cual te ofrece incomparables palabras de sabiduría, instrucción, orientación, inspiración y ánimo.

—
«Fueron halladas Tus palabras [las de Dios], y yo las comí; y Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón.» *Jeremías 15:16*

¹ Juan 6:63

² Hebreos 13:5

COMIENZA BIEN EL DÍA:

¡ESCUCHA AL SEÑOR!

DAVID BRANDT BERG

Haz la prueba: tómate todos los días un rato de oración temprano en la mañana. Antes de iniciar tu jornada, pídele ayuda al Señor. Ni bien te despiertes, antes de hacer ninguna otra cosa, habla con Dios. Escucha Sus instrucciones para el día. Te sorprenderá cómo Él te evita o te resuelve muchas complicaciones antes que comience siquiera la jornada.

En cambio, si te zambulles en todos los problemas, las dificultades y el trajín cotidiano sin detenerte a hablar con el Señor y recibir Sus instrucciones, serás como un músico que toca primero el concierto y afina después el instrumento. Comienza el día orando y leyendo la Palabra de Dios. Antes que nada, ponte en armonía con Él.

Aparta de tus pensamientos esa idea de que orar es algo engorroso o de que no dispones de tiempo. Cuanto más intensa se presente la jornada, más motivos tienes para orar y más tiempo deberías dedicar a ello. Esos minutos que pases orando te ahorrarán muchísimo trabajo y esfuerzo después. Si pespuntas la jornada con oración, es menos probable que se te descosa. Así de sencillo es.

abrazaba y me acariciaba la cabeza como una tierna madre. Me envolvía en un aura suave y cálida que me proporcionaba una paz maravillosa. Pese al dolor, esa muestra de cariño del Cielo me sobrecogía y me llenaba de gratitud.

Ahora estoy segura de que los ángeles no andan muy lejos de nosotros, de que no están flotando en las nubes. Están aquí, a nuestro alrededor, día y noche, para servirnos, ayudarnos, consolarnos y protegernos. Puede que no los vea, pero tengo la certeza de su cercanía.

El día en que reciba mi galardón celestial sabré que no me lo he ganado sola, sino que en mi lucha de fe conté con la ayuda de «una gran nube de testigos»⁵, las tropas invisibles del Cielo. En ese día de gloria quiero conocer a mi ángel consolador y a los otros seres que me acompañaron y me animaron cuando desfallecía. Ese día les daré las gracias cara a cara.

MISTY KAY ES MISIONERA DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL EN TAIWÁN. ✨

Perfecta paz

David Brandt Berg

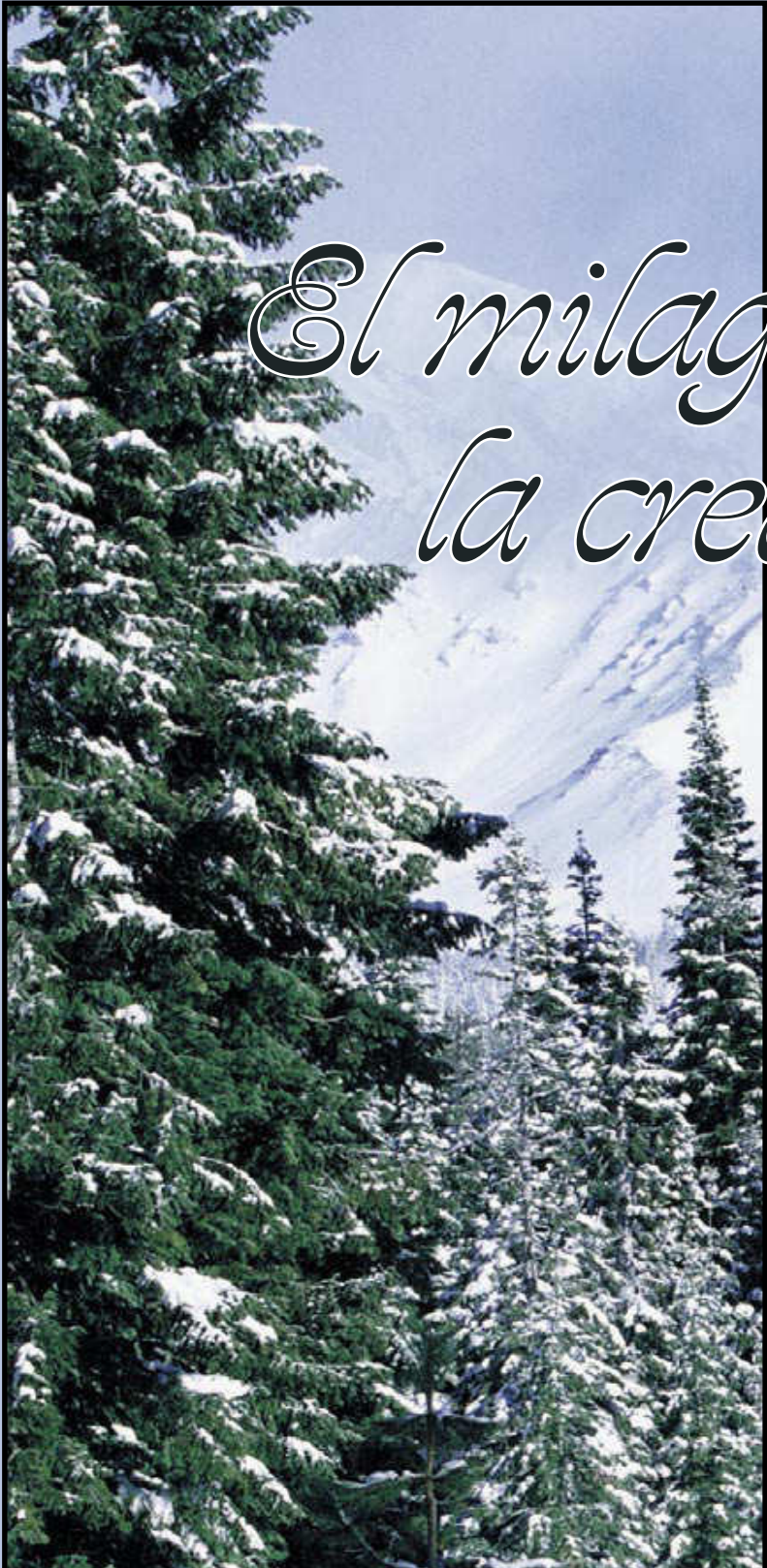
La confianza plena en el Señor nos permite gozar de paz en medio de la tormenta, disfrutar de calma en el ojo del huracán. Me acuerdo de un concurso de pintura en el que se pedía a los artistas que ilustraran el concepto de la paz. La mayoría de los participantes presentaron cuadros de tranquilas escenas bucólicas que reflejaban una quietud absoluta. Esa es una forma de paz. Sin embargo, la paz más difícil de alcanzar fue retratada por el cuadro que salió galardonado. Representaba los rápidos de un río, rugientes, atronadores, cubiertos de espuma por la violencia de la corriente. No obstante, en una ramita que se extendía sobre el agitado río había un nido en el que gorjeaba serenamente un pajarillo. Es en medio de la tormenta cuando es puesta a prueba nuestra fe. La tranquilidad es señal de fe.



«Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús»⁶.

-
1. Salmo 91:11
 2. Juan 20:29
 3. Hebreos 11:6
 4. 1 Timoteo 6:12; 2 Timoteo 4:7,8
 5. Hebreos 12:1
 6. Filipenses 4:6,7

CREACIÓN



El milagro de la creación

David Brandt Berg

Para creer en Dios basta con contemplar la creación. Basta con observar la creación para comprender que tuvo que haber Alguien que la concibiera, la diseñara, le diera forma y la hiciera funcionar. La creación divina se conduce de manera tan maravillosa, perfecta y sistemática que es evidente que no pudo originarse por casualidad. La creación —o lo que muchos llaman la *naturaleza*— no es puramente natural. Es una obra divina, sobrenatural, milagrosa.

Si tienes dudas acerca de la existencia de Dios, no tienes más que contemplar el mar, el cielo, las nubes, las montañas, los valles, los árboles, las flores. ¡Todo! Toda la naturaleza poco menos que proclama: «¡Dios existe! ¡Mira lo que ha creado! ¡Mira el mundo maravilloso que te dio por morada!»

que lo rodean, uno mismo se convierte en un monte en medio de ellos. Los del montón se resienten contra uno, lo resisten y lo combaten, porque no lo entienden ni lo aceptan.

¡No quieren ni saber que existen montes! ¡No quieren que otras personas se enteren de que hay montañas, ni que

Los caminos trillados son para hombres vencidos, pero las cumbres para los pioneros valientes.

respiren siquiera por un instante el aire puro del monte cristalino! Las quieren mantener encerradas, empantanadas en el fango de los valles. No quieren que se sepa que existe otro lugar y que se puede salir del valle. Harán todo lo posible por disuadirlo a uno de subir.

En el valle domina el hombre. En la montaña sólo Dios domina, y los hombres que viven allí lo saben. Por el contrario, los que viven en los valles se creen dioses, porque se gobiernan a sí mismos. Los habitantes de los valles se encuentran protegidos y seguros, y creen que no tienen necesidad de Dios. Como ya no pueden ver el cielo se han olvidado de que existe Dios.

Los caminos trillados son para hombres vencidos, pero las cumbres para los pioneros valientes.

¿Qué se oye en la montaña? ¡Cosas que harán eco en todo el mundo! ¿Qué se percibe en la quietud? ¡Susurros que alterarán el curso de la historia! Las leyes más relevantes que ha recibido la humanidad, por las cuales se rige aún la mayoría del mundo civilizado, fueron entregadas a un hombre que se encontraba solo en una montaña. Luego que Moisés descendiera de aquellas cumbres con los Diez Mandamientos, ni la nación hebrea ni el mundo entero volvieron a ser los mismos.

El sermón más aclamado de la Historia, el sermón del monte, lo predicó a un puñado de hombres de montaña el más ilustre montañero de todos, Jesús, quien finalmente escaló solo Su última montaña —el Monte Calvario, el Gólgota— para morir por los pecados del mundo. Ese fue un monte que sólo Él podía subir por todos nosotros... ¡pero lo logró!

¡Después de oír el sermón del monte, los discípulos de Jesús descendieron y transformaron el mundo! No volvieron a ser los mismos. ¿Qué los cambió a ellos que a la postre cambió el mundo? ¡Oír la voz de Dios comunicándoles verdades diametralmente opuestas a lo que se enseñaba en el valle! Allí decían: «Bienaventurados los romanos —los altivos y poderosos—. ¡Fíjate en lo que han logrado! Han conquistado el mundo». Pero Jesús decía en la montaña justamente lo contrario:

«Bienaventurados los pobres en espíritu [los humildes], porque de ellos es el Reino de los Cielos!» (Mateo 5:3). Unos sencillos pescadores incultos escucharon de la boca de un carpintero enseñanzas que los harían mayores gobernantes que los céсарes de Roma.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). La gente de la montaña tiene un hambre y una sed de la verdad que sólo Dios puede saciar. La gente de abajo, del valle, no ve más allá de sus narices. Son individuos satisfechos de sí mismos. Están llenos... y el Señor los envía vacíos (v. Lucas 1:53).

«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8). En la montaña no hay contaminación. Tanto el agua como el aire son puros. La gente es limpia de corazón. Ve a Dios.

La vida está en la montaña. Sal del valle. «Escapa al monte cual ave» (Salmo 11:1). ■

(LA LECTURA ANTERIOR FUE EXTRAÍDA DE UN ARTÍCULO DE DAVID BRANDT BERG QUE LLEVA EL MISMO TÍTULO.)



SÍ HAY VALORES ABSOLUTOS

Contrariamente a las
corrientes modernas

DAVID BRANDT BERG

MEDITANDO SOBRE EL ESTADO ACTUAL de la juventud del mundo y el hecho de mucha gente joven le ha perdido el respeto a Dios y a la humanidad, he llegado a la conclusión de que la educación moderna es en gran medida culpable de la pérdida de valores morales, pues a los jóvenes de hoy en día se les enseña que no hay verdades absolutas. Ese es el principio fundamental de la educación moderna: No hay valores absolutos; todo es relativo.

Estoy convencido de que el propósito de dicho principio es socavar la fe en Dios, el cual representa lo absoluto por excelencia. Es de notar cómo los secularistas han arremetido contra las principales disciplinas que demuestran la existencia de un Dios perfecto. Lo primero que atacaron fue la propia religión, pero con sutileza, afirmando que ninguna religión está más acertada o equivocada que otra, que en definitiva las diversas religiones no son más que eso, religiones, sin duda alguna creadas por los hombres. A la luz de eso, ¿cómo se puede determinar cuál es verdadera y cuál falsa? En resumidas cuentas: en materia de religión, nada es absoluto. Evidentemente, a lo que se apuntaba era a minar la fe en Dios.

Habiéndose deshecho de Dios y de la religión, el siguiente blanco de los ataques fue, por lógica, la filosofía. Trataron de demostrar que no existía una filosofía perfecta, que ningún pensamiento filosófico era acertado ni erróneo.

La historia es otra disciplina que demuestra claramente la existencia del Creador. Las leyes de justa retribución divina, que se ponen de manifiesto en el auge y la caída de los imperios —según se conduzcan éstos con rectitud o impiedad— es una de las pruebas más irrefutables de la existencia de Dios y de ciertas leyes determinadas por Él. De ahí que los secularistas



tuvieran que deslegitimarla. En los libros de historia se ha puesto muy de moda afirmar que ciertos personajes a quienes se les consideraba grandes hombres y mujeres fueron en realidad unos réprobos. Con ello se ha ido echando por tierra a todos los próceres y grandes hombres de fe.

Lo mismo hicieron con la música, hasta el punto de que ésta ha dejado de ser arte para convertirse en puro ruido. «No tiene por qué ser armoniosa, no tiene por qué ser agradable». Por lo tanto, no existe música que sea buena o mala, ya que no hay reglas.

Fijémonos en la pintura: el arte moderno es confusión total. No se rige por ninguna norma, carece de belleza, no tiene nada, es puro desorden. Ni siquiera hace falta que tenga sentido o simetría. Es que si se elimina todo sentido, si se puede demostrar que nada tiene sentido, se infiere que no hay orden, propósito ni plan, y que por consiguiente no hubo ningún Ser que trazara un plan.

Antes, tanto la pintura como la música se regían por cánones muy estrictos a los que había que atenerse para producir una obra revestida de verdadera belleza. Sin embargo, tanto en la una como en la otra se han abandonado las reglas, se han descartado esos cánones. Por consiguiente, esas artes han derivado en un mare magnum total y grotesco: ruido, caos, anarquía, crudeza y fealdad. La música ya no es música, sino meros ruidos sin coherencia. La pintura ya no es pintura, sino un caos de manchas de colores y figuras antiestéticas carentes de todo sentido.

Para atacar el concepto de la creación se valieron de lo mismo. Tenían que demostrar que la naturaleza no se rige por ninguna ley ni se atiene a plan alguno, que no tiene un propósito rector, para poder deducir que no

existe un Ente superior que disponga un orden de cosas. De ahí que la creación se interpretara como un proceso evolutivo caótico y desprovisto de sentido: «Todo se produjo por casualidad».

Todo lo que tiene orden o reglas, que sigue un plan o cumple un propósito predeterminado, es prueba de la existencia de una Autoridad superior que fija las reglas, impone orden y lo planifica todo con un propósito. Por tanto, había que socavar la fe en lo absoluto y, consecuentemente, en Dios. El lema de esa gente es: «No tiene por qué ser como se suele afirmar. Lo que dice la Biblia no tiene por qué ser cierto. Los hechos históricos no ocurrieron necesariamente como nos los han contado. La religión no tiene por qué ser verdad. La filosofía no es fidedigna. No hay motivos para creer que la creación se produjo como nos dijeron. El arte no se ciñe a unas reglas. Todo es cuestionable, no hay nada que sea absoluto».

De llegar a probar que cada una de esas disciplinas es imperfecta, se estaría en condiciones de afirmar que lo perfecto no existe y, por consiguiente, Dios tampoco. Todo se resume en la premisa atea de que si no hay Alguien que fije normas, no hay tales normas.

Cristo dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14:6). Si nada es tal como se afirma, entonces —según quieren hacernos creer algunos— nada es cierto y, por lo tanto, la verdad no existe; es decir, Cristo no existe. Para negar la existencia de Dios tuvieron que impugnar el concepto de verdad y poner en tela de juicio la armonía, el orden, los designios, las leyes y las normas divinas.

Para librarse de Dios tuvieron que desembarazarse de las verdades absolutas —de lo cierto y lo falso— y del sentido y la razón de ser de todo. El fruto de ello es el caos, la demencia, la

Tenían que demostrar que la naturaleza no se rige por ninguna ley ni se atiene a plan alguno, que no tiene un propósito rector, para poder deducir que no existe un Ente superior que disponga un orden de cosas.

locura generalizada.

Claro que los perpetradores de ese atentado contra la humanidad no coincidirían conmigo en ello. Es que la corriente más moderna de la psicología afirma que en realidad no hay nadie que sea cuerdo ni loco; simplemente hay personas distintas. ¿Quién puede erigirse en juez para dictaminar quién sufre de locura y quién no?

Para que haya un orden social tiene

**«Para que todas las cosas tengan
sentido,
una razón de ser,
un propósito,
una finalidad,
debemos ver a Dios
reflejado en ellas
y discernir que
corresponden a un plan y a un designio».**

que haber leyes y normas; y para ello, quienes las formulen y quienes las observen deben considerar que ciertas cosas están bien y otras mal; lo cual equivale a reconocer la existencia de un Legislador supremo, que no puede ser otro que Dios.

Por consiguiente, a la larga los impíos tienen que convertirse en anarquistas acérrimos que no acaten ninguna norma ni ley ni reconozcan orden alguno, plan, propósito ni nada. Ése el objetivo final que persigue el Diablo: generar un desorden y una confusión sin límites y provocar la destrucción total de la creación de Dios.

En conclusión, hoy por hoy una enseñanza revolucionaria sería la que nos hiciera volver a Dios. En el aspecto religioso, debemos volver a la fe; en materia de ciencias, al creacionismo; en filosofía, al amor auténtico; en historia, a un plan; en el lenguaje, a la verdad; en la pintura, a la belleza; en

la música, a la armonía; en materia de ética, al concepto del bien y del mal; en lo que hace a gobierno, al orden. Para que la vida vuelva a cobrar sentido es preciso que en todo volvamos a Dios, el Creador de cuanto existe, el que lo ideó y lo planificó. Él es el único que le puede dar verdadero sentido a la vida. En lo que a educación se refiere, debemos volver a Dios en todas las materias y campos.

Volvamos a la cordura y a la razón, a un designio para la vida, trazado por un Artífice divino conforme a ciertas reglas. Por medio del gobierno, dispone orden en lugar de anarquía y desorden. Le da sentido al universo, y un propósito a los planetas. Nos da paz interior, amor, salud, reposo espiritual, felicidad y alegría, y nos enseña que «el temor [la veneración] del Señor es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9:10).

Para que todas las cosas tengan sentido, una razón de ser, un propósito, una finalidad, debemos ver a Dios reflejado en ellas y discernir que corresponden a un plan y a un designio, la perfección del Reino de Dios. Los que repudian a Dios nos llevarán al desorden y a la destrucción total. En contraposición, los creyentes debemos esforzarnos por establecer la paz, el orden y el modelo de vida que nos brindó el Gran Artífice con Sus normas y leyes, con Su concepto del bien y del mal y con Sus valores absolutos, sin los cuales no puede haber paz, orden ni felicidad.

Gracias a Dios por las verdades absolutas y por las reglas que Él ha establecido para que distingamos entre el bien y el mal y, en consecuencia, hallemos la felicidad por medio de Su amor, Sus amorosas leyes y Sus razonables reglas. Que Dios te ayude a conocerlo a Él, dado que conocerlo es vida eterna (Juan 17:3), y absoluta. ◇



¿QUÉ PRUEBAS HAY?

David Brandt Berg

A **L CABA DE TANTOS MILLONES DE AÑOS** de evolución cabría pensar que la Tierra estaría cubierta de eslabones perdidos, que uno los encontraría dondequiera que cavara un hoyo. Sin embargo, no es así. No hay ninguna prueba irrefutable de que haya habido un proceso evolutivo.

Quienes creen en el evolucionismo afirman que tiene que ser verdad porque la única otra alternativa es que Dios lo creara todo, y simplemente se niegan a aceptar eso. Alegan que no es posible ver a Dios, y que de todos modos no creen en Él, pues eso sería irracional. Lo cierto es que tampoco es posible hallar ninguna prueba del proceso evolutivo, como no sea las farsas que han urdido y los disparates que se han inventado. ¡Eso sí que es irracional!

En cambio, las pruebas de que el universo fue creado están por todas partes, en la Tierra y en todo lo que hay en ella. La belleza, la majestuosidad, la complejidad de la vida, la Tierra misma y los cielos no pueden haber sido sino obra de un Creador, no de reacciones químicas fortuitas ocurridas a lo largo de millones o miles de millones de años. ▣

DE HABER EVOLUCIONADO LA VIDA hasta alcanzar poco a poco la asombrosa profusión de especies vivas que hay hoy en día, cabría esperar el hallazgo de fósiles de formas transitorias que en algunos aspectos fueran como las que las precedieron y en otros como las que vinieron después. Sin embargo, nadie ha encontrado todavía ninguna prueba de tales formas de transición. Esta rareza se ha atribuido a que el registro fósil estaba incompleto. Los gradualistas esperaban completarlo al encontrar estratos rocosos de las diversas eras faltantes. No obstante, en la última década los geólogos han descubierto capas de rocas de todos los períodos, [...] y no se ha descubierto en ellas ninguna forma de transición¹.

Niles Eldredge, paleontólogo

LAS APARICIONES Y AUSENCIAS ABRUPTAS ya no pueden atribuirse a la imperfección del registro fósil, como argumentó Darwin cuando la paleontología [el estudio de formas de vida antiguas por medio del registro fósil] era aún una ciencia joven. Habiéndose catalogado más de 200 millones de especímenes de unas 250.000 especies fósiles, muchos paleontólogos evolucionistas [...] alegan que el registro fósil está ya bastante bien establecido².

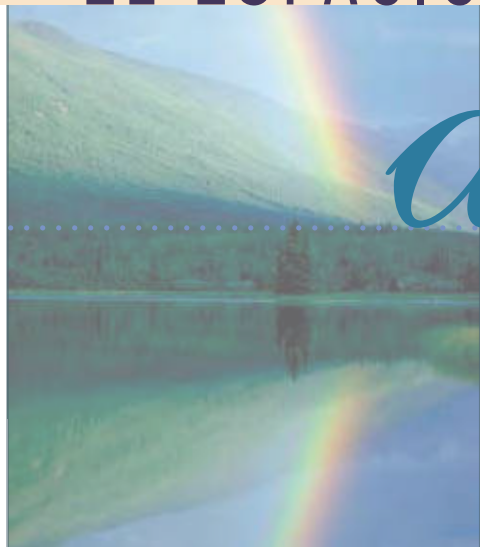
W.R. Bird, abogado

LA EXPERIENCIA UNIVERSAL de la paleontología es que aunque en los estratos rocosos se han encontrado formas de vida nuevas y apasionantes —y hasta extrañas—, [...] lo que nunca se ha descubierto en ellos es alguna de las muchas formas de transición propuestas por Darwin. A pesar del aumento significativo de las investigaciones geológicas en todos los rincones del orbe, y a pesar del descubrimiento de muchas formas raras y desconocidas, todavía falta encontrar la infinidad de eslabones que tendría que haber para conectar una especie con otra. Es más, el registro fósil es igual de discontinuo que cuando Darwin escribió *El origen de las especies*. Las formas intermedias siguen sin aparecer. Un siglo después, su ausencia continúa siendo una de las características más notables del registro fósil³.

Michael Denton, bioquímico y genetista molecular

EL ESPACIO

divino



«TODO ES HERMOSO A SU MANERA, como un cielo estrellado de verano o un nevado día de invierno». Eso decía una vieja canción de Ray Stevens. Es estimulante observar por la ventana la hermosa creación de Dios, lo bien organizada que está, lo apacible y bella que es. Lo induce a uno a confiar en Él. Si Dios prodiga tantos cuidados a toda Su Creación, podemos tener la tranquilidad de que cuidará igual de bien de nosotros.

En un cable, delante de mi ventana, hay dos golondrinas pegaditas la una a la otra. Tienen su nido por aquí cerca. Es extraordinario cómo las cuida el Señor. Claro que ellas también hacen lo que pueden para cuidarse. Nosotros no hacemos nada por ellas, simplemente las admiramos desde cierta distancia. Ellas mismas se procuran el alimento, velan por sus crías, construyen sus nidos y nos prestan el servicio de tragarse cuantos insectos pueden. Además, son diestras haciendo vuelos acrobáticos. Es increíble que sean capaces de entrar volando a toda velocidad

por un agujerito o por una estrechísima grieta para acceder a su nido.

Es una maravilla contemplar el cielo. Todo lo que se observa por allá arriba es obra del Señor: las nubes y los vientos; los cambios de temperatura y de presión atmosférica que provocan la formación y el desplazamiento de las nubes, hasta que caen en forma de lluvia para revivir la tierra; el vuelo de las aves; el sol durante el día y las estrellas en la noche. Muchas maravillas de la creación de Dios rondan los cielos; las del hombre, en cambio, escasean por allá arriba. Los aviones son casi intrusos en el amplio espacio divino.

Es simpático eso que hacen a veces las palomas de descolgarse una a una de la bandada en que van. Cuando el vuelo les exige mucho esfuerzo, una o dos de las más pequeñas o de las más débiles abandonan y se dejan caer. Luego, como si recibieran una señal, todas bajan en picado, dan unos aleteos y se posan en un tejado o en un cable para descansar.

La creación de Dios no cesa de asombrarme. La vista desde la ventana de mi cuarto tiene para mí un enorme magnetismo. Tan atractiva es que no me canso de mirar.

¡Qué belleza! Veo las palomas describiendo círculos en el aire. Se nota que gozan haciéndolo. Si ellas disfrutaban de la vida, ¿por qué no habríamos de hacerlo nosotros? Así quiere el Señor que vivamos, como esas palomas que se remontan y vuelan con toda libertad, disfrutando de la creación de Dios y de la compañía de sus semejantes.

Las palomas son muy representativas del amor de Dios, de Su Espíritu Santo, de cómo nos cuida tierna y amorosamente. Constituyen una estupenda ilustración de lo que deberíamos hacer los seres humanos: disfrutar de la creación, anidar al amparo y al amor del Señor, y engendrar y criar pichoncitos para Él. Las palomas no hacen daño a nadie. Todo lo contrario: embellecen el mundo, lo llenan de paz, de amor y de hermosura, y hacen que nos emocionemos con la belleza de la creación de Dios. Imitémoslas. ▣

DECISIONES

Y

ESCUCHAR

A DIOS

LA MEJOR FORMA DE DESCUBRIR LA VOLUNTAD DE DIOS

ES PONER NUESTRA VOLUNTAD DE SU PARTE

David Brandt Berg

Si bien es verdad que Dios nos da a escoger, Él es el único que sabe lo que más conviene. Además Él quiere darnos lo que sea mejor para nosotros. Lo más atinado entonces es aprender siempre a preguntarle qué debemos hacer.

El primer requisito para averiguar lo que Dios quiere que hagamos es privarnos de nuestra propia voluntad. Debemos someterle nuestro cuerpo, nuestro pensamiento y nuestra voluntad de tal modo que Su óptica y Sus conceptos prevalezcan sobre nuestras ideas preconcebidas. Solo entonces sabremos cuál es «la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:1-2).

Si eres hijo de Dios y dejas que Él elija por ti, ¿qué crees que hará? ¡Optará por lo mejor, la alternativa óptima!

*Él te conoce, te ama y te cuida.
Nada puede empañar Su verdad.
A los que dejan que Él elija,
lo mejor de lo mejor les da.*

CÓMO SABER LA VOLUNTAD DE DIOS

**Condición previa: rendir
nuestra voluntad al Señor:**

Lucas 22:42

Juan 5:30

Juan 6:38

Juan 7:17

Romanos 12:1-2

**El primer lugar en que se
debe buscar la voluntad de
Dios es en Su Palabra:**

Salmo 119:105

Salmo 119:130

2 Timoteo 3:16

**Dios a veces nos indica Su
voluntad por medio de
profecías y revelaciones:**

1 Reyes 19:12

Ezequiel 3:10-11

Hechos 10:19-20

**Otras veces, por medio de
sueños:**

Job 33:15-17

Génesis 15:12-16

Génesis 20:2-7

Génesis 31:22-24

Mateo 1:20-21

**Pide consejo a personas que
aman a Dios:**

Proverbios 11:14

Proverbios 15:22

2 Corintios 13:1

**Dios puede revelarte Su
voluntad por medio de
hechos evidentes:**

2 Samuel 5:22-25

1 Reyes 17:1-9

Marcos 14:12-16

Pide señales confirmadoras:

Génesis 24:14

1 Samuel 14:8-10

SINTONÍZATE

DAVID BRANDT BERG

EL ESPÍRITU DE DIOS es como una emisora que transmite a toda hora. Así como en este instante el aire está poblado de ondas radiales invisibles al ojo, también el Espíritu de Dios siempre está presente, esperando que hagas contacto con Él. De manera muy similar a una simple radio a transistores, has sido diseñado por tu Creador para recibir determinadas señales. La potencia de Dios siempre está activa. El mensaje siempre está presente. Pero a fin de captarlo debes encenderte y entrar en Su frecuencia.

En comparación con la extraordinaria potencia y la complejidad operativa de la estación emisora, tú —que haces las veces de operador o receptor— no necesitas mucha energía y apenas un mínimo de capacidad. La oración es la mano de la fe que gira el interruptor y pone en marcha el poquito de energía que tú tienes. Luego la mano de la esperanza busca con afán la frecuencia de la emisión de Dios, y de súbito Su gigantesca emisora irrumpe atronadoramente con un volumen y un poder tremendos. El mensaje surge entonces con limpidez y claridad.

Si te concentras y esperas con fe y paciencia, sin distraerte, tarde o temprano recibirás los mensajes más potentes y electrizantes que hayas imaginado, los cuales te activarán. Lo que recibimos del Señor nos infunde fe y ganas de alabarlo, nos comunica alegría, esperanza y amor. Las ondas que Él transmite son todas buenas. Nos renuevan por completo, nos aclaran la visión, nos inspiran, nos dan fuerzas, serenidad, paz y contentamiento. Bailarás al ritmo de Su música; te moverás en armonía con Sus señales, Sus instrucciones, y tendrás la certeza de que estás cumpliendo con Su voluntad, con el propósito para el cual fuiste creado. ■

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

ESCUCHAR A DIOS

La conexión con el Espíritu Santo

Marcos 13:11

Juan 16:7,13,14

1 Corintios 2:9,10,14

El Señor nos guía y nos instruye

Salmo 25:8,9,12

Salmo 32:8

Jeremías 33:3

Isaías 30:21

Isaías 42:16

Daniel 2:20-22

Tómate tiempo para escuchar al Señor con tranquilidad

Salmo 4:4

Salmo 143:8,10

Ejemplos bíblicos

Números 9:8

1 Samuel 3:9,10

1 Reyes 19:11,12

Jeremías 1:9

Ezequiel 3:27

Lucas 2:26

Hechos 10:19,20

Hechos 13:13

Dios aún nos habla

Malaquías 3:6

Amós 3:7

Hechos 2:17

Hebreos 13:8



Para... mira... escucha

DAVID BRANDT BERG

TOMARÍAMOS DECISIONES MUCHO MÁS ACERTADAS y llegaríamos a ellas con más facilidad si en vez de razonar las cosas por nuestra propia cuenta nos tomáramos un tiempo para orar. Dios tiene todas las soluciones. Rezar no consiste solamente en arrodillarse y decir uno todo lo que quiere, sino más que nada, dejar que Dios nos diga lo que Él quiere. Cuando así hacemos, Él nos guía y nos instruye.

Si de veras quieres escuchar al Señor, Él te hablará. Pero para que eso ocurra, es preciso tomar un momento de recogimiento a solas con Él en algún lugar; tomar un rato de silencio. Él dice: «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza»

(Isaías 30:15). ¿Cuántos ratos pasas tú en «quietud y confianza»?

Ahora bien, tampoco hace falta que nos postremos de rodillas y nos pongamos a orar frenéticamente para que Dios nos oiga. Orar debe ser algo continuo, independientemente de lo que se esté haciendo. Los momentos de quietud son importantes, pero no se puede esperar hasta que se den las condiciones ideales o se haya terminado de hacer esto o aquello para ponerse a orar. A veces hay que hacerlo mientras se hace otra cosa. Es como pensar mientras realiza uno sus actividades habituales.

Si estás que echas chispas, confundido y perturbado, es que no estás confiando. No tienes la fe que debieras. La confianza es una imagen de perfecta paz y sereni-

**NO SE PUEDE
REALIZAR LA
OBRA DEL
MAESTRO SIN
SU PODER Y
SUS FUERZAS;
Y PARA
OBTENERLOS,
ES PRECISO
PASAR TIEMPO
CON ÉL.**

dad, tanto en el plano físico como en la esfera mental y espiritual. Aunque tengas que seguir trabajando, tu actitud y tu espíritu estarán sosegados.

La confianza plena en el Señor nos permite gozar de paz en medio de la tormenta, disfrutar de calma en el ojo del huracán. Me acuerdo de un concurso de pintura que se celebró una vez en que se pedía a los artistas ilustrar el concepto de la paz. La mayoría de los participantes presentaron escenas campestres en las que reinaba una tranquilidad absoluta. Esa es una faceta de la paz. Sin embargo, la paz más difícil de lograr es la que retrataba el cuadro galardonado. Representaba los rápidos de un río, rugientes, atronadores, cubiertos de espuma por la violencia de la corriente, un lugar espeluznante. No obstante, en una ramita que se extendía sobre el trepidante río, se apreciaba un bellissimo nido en el cual, a pesar del convulsionado torrente, un pajarillo gorjeaba serenamente. Es en esos momentos cuando se pone a prueba nuestra fe: en medio de la tormenta.

¡Cuántos personajes de la Biblia tuvieron que aprender a escuchar a Dios y aguardar a que Él obrara!: David, Moisés, Noé, Abraham, el apóstol Juan, y el propio Jesús, por nombrar unos pocos.

David se pasó veinticuatro años trabajando para el inútil del rey Saúl. Y el Señor se valió del mal ejemplo de éste para enseñarle muchas cosas a David. Saúl en muchos casos se ponía impaciente y por pretender hacerlo todo con sus propias fuerzas, al final descubrió que éstas no le bastaban. David aprendió que tenía que dejar a Dios hacerlo todo y aguardar a que Él obrara.

Cuando Moisés era apenas un novato de escasos cuarenta años se creyó

perfectamente capacitado para emprender la tarea que tenía entre manos. Sin embargo, armó un lío colosal y tuvo que huir para salvar el pellejo. Pasaron otros cuarenta años antes que Moisés escarmentara y aprendiera que tenía que depender de Dios (Éxodo, capítulos 2 y 3).

Después se vería frente a millones de personas que aguardaban instrucciones suyas en pleno desierto:

—¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? ¿Adónde vamos? ¿Qué hacemos?

Y ¿qué se le ocurre a Moisés en ese momento? Se retira a la cima de la montaña y se pasa allí cuarenta días seguidos con el Señor.

¿Qué habría sucedido si hubiera pasado todo ese tiempo impaciente y nervioso? «¿Y si algo anda mal? Debo regresar. ¿Qué va a pasar si Aarón labra un becerro de oro?», que fue precisamente lo que sucedió.

Luego, cuando Moisés se alteró y rompió las tablas en que Dios había escrito los Diez Mandamientos, tuvo que pasar otros cuarenta días en la montaña, en quietud y silencio, para volver a obtenerlos. (El relato íntegro se encuentra en Éxodo 24:12-18 y en los capítulos 32 y 34.)

¿Quién sabe cuántos años estuvo Noé orando de los 120 que tardó en construir el arca? Algún tiempo tuvo que pasar a solas con el Señor. De lo contrario no habría podido recibir todas las instrucciones para armar aquella embarcación. Seguramente Dios le dio las pautas y medidas exactas para cada centímetro de la misma, y él se pasó 120 años montando su nave con toda la calma del mundo. Habría podido ponerse nervioso pensando que la lluvia se desencadenaría de un momento a otro y construirla chapuceramente. A nosotros a veces nos

**LA CONFIANZA
PLENA EN EL
SEÑOR NOS
PERMITE
GOZAR DE PAZ
EN MEDIO DE
LA TORMENTA.**

parece demasiado pasarnos 120 días preparándonos para algo. Sin embargo, él dedicó 120 años a escuchar al Señor y construir el arca. Noé tenía una fe tremenda (Génesis 6:11-22 y capítulo 7; Hebreos 11:7).

Considera los años que pasó Abraham, «el padre de la fe» (Romanos 4:11,16), en los campos apacentando el ganado. Con razón escuchó al Señor: tuvo tiempo de sobra para hacerlo.

Jesús mismo pasó treinta años de Su vida preparándose para Su ministerio público, que apenas duró un poco más de tres años. En el albor de su misión se internó en el desierto y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches completamente solo, sometido a prueba por el Diablo. Primero tuvo que derrotar al Diablo (Mateo 4:1-11). Si uno primero no se retira a solas con el Señor y vence al Diablo, no consigue nada.

El apóstol Juan escribió el Evangelio que lleva su nombre. Semejante tarea le tuvo que haber demandado algún tiempo con el Señor. Su obra maestra —el Apocalipsis— prácticamente la escribió el Señor mismo durante el exilio al que fue condenado Juan en la isla de Patmos. Vale decir que la obra cumbre del apóstol Juan consistió en dejar que el Señor lo dirigiera, lo dijera y lo revelara todo.

Los campesinos necesitan mucha paciencia y fe. No pueden pretender que todo suceda en un día. Les es preciso esperar pacientemente a que crezcan los cultivos o a que los animales produzcan. La mayor parte del trabajo la hace Dios. Él es quien manda la lluvia, hace salir el sol, hace crecer lo sembrado y hace que los animales produzcan. Lo único que les resta a los campesinos es despreocuparse y confiar en el Señor. Deberíamos seguir el ejemplo de ellos.

Hay quienes siempre tienen que estar activos, siempre haciendo algo. Pero si estamos muy ocupados para orar,

estamos excesivamente ocupados. Si estamos tan ocupados que no podemos pasar un rato a solas con Dios, orando, es que estamos demasiado ocupados. Como si el sirviente de un rey le dijera:

—Lo siento, su majestad, pero hoy estoy tan ocupado sirviéndoos que no tengo tiempo de escuchar vuestras órdenes.

La tarea más importante que tenemos es escuchar al Rey.

No le corresponde al Rey andar detrás de Sus siervos gritando y tro-nando para que hagan lo que Él quiere. Hay que acercarse a Él callada y res-petuosamente, presentarle la petición y aguardar la respuesta en silencio. Debe-mos respetar y reverenciar al Señor, y tratarlo como el Rey que es.

Uno demuestra tener fe deteniendo toda actividad y esperando a que Dios obre. «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «[Os roga-mos] que procuréis tener tranquilidad» (1 Tesalonicenses 4:11). «Calle delante de Él toda la Tierra» (Habacuc 2:20). En una ocasión hasta en el Cielo se hizo silencio (Apocalipsis 8:1).

El mundo vive en una prisa constante. Es una conjura del propio Diablo: acelerar el mundo, hacer lo que sea para que todo se mueva más rápido. La velocidad a la que se mueve el mundo apenas si ha variado desde que Dios lo creó. A Dios nunca le entró prisa: la tierra todavía gira a la misma velocidad cada día. Dios no ha acelerado las estaciones ni los años en lo más mínimo. El hombre es el que lo está acelerando todo y, como consecuencia, el mundo va raudo camino de la destrucción.

Aminoremos, pues, la marcha. Tomémoslo con calma. Y sobre todo, detengámonos a escuchar y esperar. Para, mira y escucha. En algunos países se ven letreros así en lugares peligrosos, cruces, pasos a nivel, en puntos críticos en que se produce

una alteración de lo habitual, una interrupción de la marcha, un corte de la carretera. De no ser por esas advertencias, atravesaríamos la vía férrea como si nada y podríamos terminar arrollados por un tren expreso.

Algunos dirán: «No tengo tiempo para parar, mirar y escuchar». Pero si no lo hacen, es posible que no lleguen a su destino. ¿Qué es más fácil? ¿Tratar de cruzar antes que pase el tren, abrirse paso a través de él, saltar por encima, o simplemente parar, observarlo mientras pasa, aguardar unos minutos hasta que se aleje y proseguir tranquilamente el viaje?

No da ningún resultado tratar de forzar la situación y empeñarse en abrirse paso. De nada sirve correr de un lado para otro, impacientarse y ponerse nervioso por tratar de llegar a algún sitio para hacer algo, cuando lo que hay que hacer es esperar las instrucciones del Señor y así averiguar sin asomo de duda dónde quiere que estemos y qué quiere que hagamos.

Si estamos apurados, frenéticos e impacientes, no podemos prestar al Señor la atención que debemos para que nos proporcione las soluciones a nuestros problemas y las respuestas a nuestros interrogantes, todo ello a los fines de tomar una decisión acertada en cada situación que se nos presente. Es menester que paremos, miremos, escuchemos y aguardemos en comunión con Él hasta que nos responda. Cuando hayamos aprendido a hacer eso, habremos aprendido a tomar decisiones guiadas por el Espíritu.

Dios da lo mejor de lo mejor a los que dejan que Él elija. ■



MARÍA FONTAINE

JESÚS DESEA

hablarte

SIN INTERMEDIARIOS

EL SEÑOR DESEA SER tu buen pastor (Salmo 23). Siempre que te invada la soledad, que necesites a alguien que te escuche, te comprenda, te apoye o te dirija unas palabras de ánimo, Él estará a tu disposición.

Acude a Él para que te aliente y te dé consejos y respuestas concretas para tu situación. Cuando te comunique día a día mensajes celestiales a la medida de tus necesidades, te darás cuenta de que es perfectamente capaz de ponerse en tu lugar y de que tú también te puedes identificar con Él. Lo entenderás mejor, y te convencerás más que nunca de lo cerca que lo tienes y de lo mucho que se preocupa por ti. Es tu mejor amigo.

La fe viene de oír la Palabra, no sólo la Palabra ya registrada, sino también las que Jesús, tu amoroso guía personal, anhela dirigirte, y que puedes escuchar gracias al maravilloso don de profecía. ■



la fe

David Brandt Berg

ES FÁCIL ESCUCHAR AL SEÑOR. Solo necesitamos tener fe. Cuando pedimos al Señor una respuesta o una solución, debemos dar por hecho que la recibiremos y aceptar lo primero que nos venga. Si quieres que Él te conteste y crees de veras que puede y que lo va a hacer, no te defraudará. Lo que veas u oigas con tus ojos u oídos espirituales será la respuesta del Señor. Y te confortará enormemente. Cuenta con que Dios va a contestar. Simplemente abre tu corazón y deja entrar la luz.

Escuchar al Señor constituye nuestro alimento espiritual. Es preciso que uno aprenda a escuchar a Dios para crecer, por así decirlo, espiritualmente. Un recién nacido ilustra magníficamente ese concepto. Cuando pedimos a Dios que nos hable, se podría comparar a cuando un bebé llora porque tiene hambre.

Cuando el niño llora para que su madre lo atienda, a ésta no se le ocurriría negársele. Un nene tiene más fe que la que manifiestan muchas personas mayores cuando oran, porque cuando el chiquitín berrea, lo hace con la certeza de que alguien lo escuchará. Sabe —Dios le infundió esa certeza— que si llama, lo atenderán. Parte de la base de que su pedido será atendido, y en efecto así sucede. Si pide leche, la madre no se la negará ni le dará otra cosa (Lucas 11:11-13). Le facili-

tará lo que necesita. Asimismo, tú también puedes contar con que lo primero que te llegue a la mente o al corazón proviene del Señor.

Cerrar los ojos nos ayuda a penetrar en la dimensión espiritual y a volvernlos menos conscientes de las cosas y personas que nos rodean. Nos ayuda a concentrarnos en el Señor y sosegarnos, de modo que nada nos distraiga. Cuando pidas al Señor que te hable, cree firmemente que lo que escuchas o ves es un mensaje o visión de parte de Dios. Al pedirle que te hable, eres como un bebito que llora porque tiene hambre. En este caso, se trata de nuestro alimento espiritual, lo que necesitamos para continuar viviendo.

Cuando una madre toma en brazos a su hijo y se dispone a amantarlo, ¿qué hace? Se descubre. Digamos que se revela a su hijo. Si se trata de un recién nacido, ella debe llevarle el alimento a la boca. Le muestra donde está. Le pone el pezón en la boca. A medida que el niño crece, aprende dónde buscar la leche. Lo mismo se aplica a oír la voz del Señor. Mientras más practicamos tomar el alimento que el Señor nos ofrece, más sabemos dónde hallarlo. Sólo hay que verlo y estirar la mano para tomarlo.

La fe es la mano del espíritu que se extiende y recibe. Es la parte que tú haces, tu esfuerzo espiritual. Una vez que el bebé tiene el pezón de la madre en la boca, automáticamente comienza a mamar. Cuando pedimos a Dios que nos proporcione alimento espiritual, Él nos lo pone en la boca; pero si no empezamos a succionar, no conseguimos

La fe es la
mano del
espíritu que
se extiende
y recibe.

nada. Hace falta fe para empezar a recibir. Si no succionamos no obtenemos nada. El niño chupa porque Dios ha puesto en él ese reflejo o reacción automática. Muchas veces el bebé tiene que chupar un rato hasta que sale algo.

La fe es una especie de fuerza extractora. Nosotros extraemos fuerzas de Dios. ¿Qué extrae la leche del pecho? ¿Cómo se explica eso en términos científicos? Cuando el bebé chupa, crea en su boca un vacío que extrae la leche. Del mismo modo, nosotros tenemos que crear ese vacío en nuestro corazón. «Señor, aquí tienes este espacio vacío. Llénalo».

Cuando se reduce la presión en cierto sector, ¿qué es lo que llena ese vacío? No es el niño. Lo único que hace el lactante es crear un vacío reduciendo la presión dentro de su boca, que entonces se torna inferior a la presión del pecho. Así la leche fluye hacia la boca del niño. El esfuerzo que hace el niño es el de succionar. La madre hace todo lo demás.

Al orar, uno crea un vacío. Hay un espacio que se tiene que llenar. Cada vez que uno crea un vacío en el propio espíritu, una zona de baja presión, el Espíritu de Dios lo inunda con todo Su poder.

¿Qué pasa si el niño succiona fuertemente una vez y, al no sacar nada, se desanima y se da por vencido? Tarde o temprano tendrá tanta hambre que comenzará a mamar otra vez, y no se rendirá. Cuando comiences a succionar a más no poder y desees sinceramente, de todo corazón, tu alimento espiritual, acabarás por obtenerlo.

Debes creer que lo que te llega proviene del Señor y empezar a partir de ahí. Si no traga lo que ha

recibido, el bebé no obtendrá más. En la boca sólo cabe cierta cantidad a la vez: uno se llena la boca y traga. Luego el Señor la vuelve a llenar. Lo mismo se aplica al recibir mensajes de Él.

Dios nos da un poco para empezar. Pero luego tenemos que esperar recibir más y hacer espacio para más. En este caso, uno vacía la boca, uno *traga*, al creer las primeras palabras o versículos de las Escrituras que Dios le da y decirlos en voz alta o anotarlos. Pero hay que seguir haciéndolo. El Señor no va a lanzar leche a los cuatro vientos, donde se perdería, ni a la boca de un bebé que no se la quiere tragar. Solo nos da una bocanada a la vez. Si no tragamos esa bocanada, no nos da más.

Del mismo modo, cuando pidas al Señor una visión y te venga a la cabeza, empieza a describirla. Refiere lo que ves y el Señor seguirá mostrándote más. ¿Qué haces cuando ves una película? Absorbes las escenas una tras otra. Sería imposible entenderlo todo con una sola imagen. Hay que seguir *tragando*.

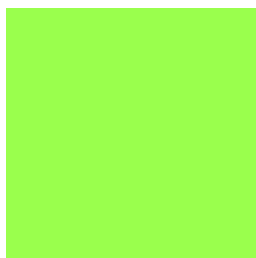
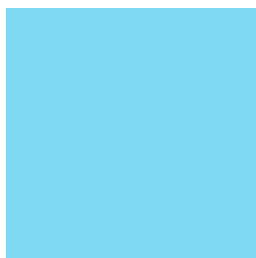
A diferencia de la madre, Dios tiene ilimitada capacidad para dar. Lo que obtenemos solo está limitado por nuestra propia capacidad de recibir. El Señor seguirá alimentándonos hasta que nuestro vacío haya quedado lleno, hasta que tengamos el *estómago* satisfecho y el espíritu contento.

El Señor siempre está presente, siempre está listo y dispuesto a hablarnos. Sin embargo, no nos obliga a escucharlo. La madre puede acercar el pecho a la boca del bebé, pero si éste toma un poco y deja de tragar, no recibe más. Uno debe estar dispuesto a tomar lo que Dios le dé. •

El Señor
siempre está
presente,
siempre está
listo y
dispuesto a
hablarnos.



¿Cómo
distingo entre
las flores y
las malezas?



LACLAVE MUSICAL

David Brandt Berg

LA MÚSICA —cuando proviene de buena fuente— puede tener un efecto positivo en la mente y el espíritu. En cambio, cuando su inspiración es lóbrega y oscura, puede ser muy peligrosa. Constituye un poderoso vehículo para las pasiones del ánimo; ejerce un efecto psicológico y espiritual en el oyente.

Es comparable a un teléfono electrónico o de tonos digitales: cierta combinación de notas se convierte en una señal que viaja por los circuitos y relés del sistema nervioso hasta alcanzar la mente y el espíritu. Determinadas notas tocadas en una secuencia particular producen cierta reacción.

En mi niñez me pasaba horas escuchando música clásica. Mi madre quedaba atónita cuando entraba en el cuarto y me encontraba conmovido hasta las lágrimas. Me emocionaba tanto que no podía contener el llanto. La música me transportaba a otro mundo, a la esfera del espíritu.

Se establece un nexo entre el corazón del oyente y el del compositor. La música transporta al oyente al mundo del espíritu, de la mano del compositor. En cierto modo, el espíritu del uno y del otro se funden, y los dos ven lo mismo. El mundo espiritual es mucho más real que el físico, y la música actúa de vehículo al llevarnos hasta allá.

Algunos compositores estaban inspirados por Dios cuando escribieron sus mejores obras. Eran tan humanos

como cualquiera de nosotros; pero cuando se sintonizaban con el Señor en espíritu, tenían la facultad de captar Su música a fin de transmitírnosla.

El tipo de música que uno componga depende del canal con que esté sintonizado, así como de su estado de ánimo, según si tiene una actitud positiva, llena de fe, y está en onda con el Señor, o si por el contrario está bajo una nube de escepticismo, abatimiento y en sintonía con el Diablo y sus señales. Cuando un compositor está inspirado, cuando realmente se sintoniza con la fuente, sea ésta el Señor o el Diablo, logra una música que transmite el mensaje espiritual subyacente de la misma. Y si el oyente se sintoniza en esa misma frecuencia, recibe también ese mensaje espiritual, aun subconscientemente.

Una sinfonía consta de miles de notas. En conjunto éstas pintan un cuadro que puede ser entre bellísimo y horroroso o de algún matiz intermedio. Todo depende de la fuente de inspiración. Puede transmitir un mensaje celestial o uno infernal, y producir determinado efecto en el público, ya si se trata de un reducido grupo de individuos o de una nación entera, como fue el caso de la música de Wagner en la Alemania de Hitler.

La música de Wagner fue inspirada, aunque me temo que en gran parte por

el Diablo. Tenía un efecto prácticamente hipnótico en Hitler y le transmitía un mensaje. Hitler añadió luego las palabras, las bombas y las balas a las melodías de Wagner y desató un infierno en la Tierra. Otros compositores, no obstante, estuvieron inspirados por el Señor y nos legaron música divina con un mensaje divino, como Händel cuando compuso el oratorio *El Mesías*.

La música realmente eficaz —ya sea buena o mala— nos mueve a la acción, nos motiva. Evoca ciertas emociones que nos mueven a actuar, a hacer algo. La música de inspiración divina nos induce a amar a Dios y a los Suyos, y a hacer toda clase de cosas que lo complacen. En cambio, la música diabólica nos atrae al Diablo y a los de su calaña y nos provoca fascinación por sus obras perversas.

¿Cómo podemos saber, entonces, qué música escuchar? La música se reconoce de la misma forma que todo lo demás: por el efecto que tiene en nuestro espíritu. ¿Nos inspira, o nos oprime? ¿Es hermosa, o repelente?

Un muchachito que me ayudó en cierta ocasión a limpiar un jardín me preguntó:

—¿Cómo distingo entre las flores y las malezas?

—Yo no soy horticultor —le contesté—, pero sé la diferencia entre algo bonito y algo feo. Si es bonito, déjalo; si es feo, arráncalo.

Dios nos da, a través de Su Espíritu, suficiente sentido para distinguir lo bueno de lo malo, las flores de la cizaña. Pero luego nos deja decidir a nosotros. En este caso, nos permite decidir a qué música someteremos nuestro espíritu.

Jesús dijo: «Cada árbol se conoce por su fruto» (Lucas 6:44). Por eso, si quieres saber si una música es buena o mala, si es alimento sano o veneno para el alma, fíjate en el efecto que tiene en ti, si éste es bueno o malo.

¿La música que escuchas te acerca al Señor? ¿Te motiva a ser cordial, amable, a actuar bien, a ayudar y a ser constructivo? ¿O te oprime y te incita a ser rebelde, odioso, airado y destructivo? ¿Te levanta el ánimo o te abate? ¿Es tan triste y deprimente que te induce a darte por vencido, o es tan alegre y alentadora que te provoca a hacer felices a los demás?

Ya si se trata de una simple canción de cuna, de un tema romántico, de una triste y dulce melodía que te conmueve y te ayuda a entender el quebranto de otro ser humano y a compadecerte de él, o de la más intrincada y bella sinfonía, la música inspirada por Dios te motiva a obrar bien y a ser bondadoso. Te inspira a ir en pos de metas más elevadas.

¿Qué clase de música escuchas? ¿Qué voz escuchas? ¿De qué forma te ayuda? ¿Qué efectos te produce? •

El hocico del camello

CUENTA UNA FÁBULA BEDUINA que un árabe cruzaba el desierto en su camello. Cayó la noche y con ella también la temperatura. El árabe levantó su tienda, ató su camello y se fue a dormir.

La noche se tornó aún más gélida, por lo que el camello pidió al árabe que lo refugiara del frío.

El árabe fue categórico:

—¡Solo hay espacio para uno en esta tienda!

El camello guardó silencio, pero al cabo de un rato volvió a rogarle:

—¡Se lo pido por favor, amo! Permítame meter el hocico. Si me deja meter el hocico en la tienda no me moriré de frío.

A regañadientes, el árabe accedió.

El camello logró calentarse el hocico; pero transcurrido un rato, la temperatura bajó todavía más. La bestia volvió a despertar a su amo y le rogó:

—Por lo que más quiera, amo, déjeme meter las patas delanteras en la tienda. ¡Las tengo congeladas!

Una vez más el árabe accedió,

aunque con desgana.

—¡Las patas delanteras nada más!

Así, el camello introdujo las patas delanteras en la carpa para que se le calentaran.

Al cabo de una hora, despertó al árabe una vez más.

—Amo, tengo que meter las patas traseras. Temo que si se me congelan no podré continuar el viaje mañana. ¿De qué le servirá un camello sin patas traseras?

El árabe volvió a ceder, y el camello metió las patas traseras en la tienda. Mas como en la carpa no había espacio sino para uno de los dos, el árabe se vio obligado a salir y pasar la noche a la intemperie, donde apenas sobrevivió.

La depresión es igual que ese camello. Solo necesita una pequeña abertura para colarse, generalmente mediante un pensamiento que parece razonable o tiene algo de verdad; pero si se da lugar a ese pensamiento, se introduce junto con muchos otros y en poco tiempo se apoderan de nuestra mente. No permitas que el camello introduzca el hocico en tu tienda. •

¿A QUIÉN PRESTAS OÍDO?

EL SEÑOR NO ES EL ÚNICO QUE PROCURA CAPTAR TU ATENCIÓN y dirigir tus pensamientos. Por eso, conviene que estés al tanto y en sintonía con el Señor. Debes «probar los espíritus» para estar seguro de que lo que oyes mental o espiritualmente proviene de Él (1 Juan 4:1). Si algo te produce descontento o amargura, si te causa desagrado o infelicidad y te hace criticar a otras personas, es que no proviene del Señor, sino del enemigo de tu alma, el Diablo.

Una protección eficaz es mantener la mente y el corazón ocupados con pensamientos positivos, alentadores, reconfortantes y que edifiquen la fe, los cuales provienen de la Palabra de Dios. Cuando el Diablo te tienta con pensamientos negativos, memoriza versículos de la Biblia y recítalos en voz alta para ti mismo e incluso contra él. No des lugar al Diablo (Efesios 4:27).

DAVID BRANDT BERG (D.B.B.)

DAVID BRANDT BERG

Siete maneras de averiguar la voluntad de Dios



¿DE QUÉ MODO DEBEMOS ABORDAR los cristianos la toma de decisiones? En el fondo, ¿qué buscamos cuando nos vemos frente a una alternativa? La voluntad de Dios. La pregunta fundamental es entonces: ¿Cómo averiguar la voluntad de Dios?

Un buen pasaje sobre el tema se encuentra en Romanos 12, versículos 1 y 2: «Les ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que se entreguen ustedes mismos como sacrificio vivo y santo que agrada a Dios: ése es nuestro culto espiritual. No sigan la corriente del mundo en que vivimos, más bien transfórmense por la renovación de su mente. Así sabrán ver cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto» (Biblia Latinoamericana).

Por tanto, ¿cuál es el primer requisito para averiguar la voluntad de Dios? No tener voluntad propia. Entregarle nuestra voluntad, nuestro cuerpo y nuestra mente al Señor. Naturalmente, todos tienen libre albedrío; la diferencia estriba en que en nuestra condición de cristianos, se supone que ya hemos optado por someter nuestra voluntad a Jesucristo y por tanto permitimos que sea Él quien tome las decisiones. La siguiente es una de mis rimas preferidas sobre el tema:

SI LE PERMITES
QUE DECIDA
POR TI,
ESCOGERÁ LO
QUE MÁS TE
CONVENGA,
LO QUE A LA
LARGA TE HARÁ
MÁS FELIZ.

*Él te conoce, te ama y te cuida.
Nada puede empañar Su verdad.
A los que dejan que Él elija,
lo mejor de lo mejor les da.*

Si eres hijo Suyo y le permites que decida por ti, ¿qué va a escoger? Lo que más te convenga, lo que a la larga te hará más feliz.

Algunos dirían: «Sí, yo he sometido mi voluntad a Dios, le he entregado mi vida, confío en Él; pero todavía no consigo descubrir Su voluntad. Sigo confundido. Ni siquiera comprendo el problema, menos aún la solución». Ese es un dilema al que casi todos nos hemos enfrentado alguna vez.

¿Cómo se averigua entonces la voluntad de Dios? ¿Cuál es el primer requisito según ese pasaje del capítulo 12 de Romanos? Entregarle nuestra mente, nuestro cuerpo y nuestra voluntad. Así se averigua, y sin necesidad de aguardar mucho, pues uno adopta una actitud propicia para que Dios se la revele. Y Él entonces lo hace, por lo general valiéndose de uno de los siguientes medios:



1. LA PALABRA

El sitio primordial donde buscamos la voluntad de Dios es en Su Palabra, en la Biblia. Esa es la voluntad de Dios

patente, certera, absoluta y revelada. No hay lugar a dudas, es la verdad. Así Dios nunca nos vuelva a hablar, si nos limitamos a actuar conforme a las enseñanzas de la Biblia, nos irá de maravilla.

Aunque nunca volvamos a recibir una sola revelación ni volvamos a oír voces celestiales, ni a recibir profecías, ni obtengamos nunca ciencia ni sabiduría ni discernimiento, ni dotes de sanación; aunque jamás obremos un milagro, con sólo actuar de acuerdo con la Palabra de Dios lograremos un montón de cosas. Encima, es probable que con el tiempo consigamos todos los otros dones espirituales por añadidura.

Algunos no estudian la Biblia como debieran: otras personas se la tienen que servir en bandeja. No saben cómo extraer por sí mismos el alimento sólido de la Palabra. Para ciertas cosas es preciso esforzarse. «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la Palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15).



2. LA VOZ DE LA PALABRA

La segunda manera de conocer la voluntad de Dios es por medio de la voz de Su Palabra. Además de hablarnos directa y llanamente en Su Palabra, el Señor también lo hace por medio de lo que se denomina *la voz de la Palabra*. David el salmista dijo: «Benedicid al Señor vosotros Sus ángeles, que sois poderosos y cumplís Sus órdenes, prontos a la voz de Su Palabra» (Salmo 103:20, NC).

¿Te ha pasado alguna vez que, al leer determinado pasaje de las Escrituras, de repente un versículo o una palabra cobran vida y se te hacen tan claros como el agua? Pareciera que hubieran sido escritos

para ti y que ésa fuera la solución que buscas. O quizás estás orando acerca de una situación y el Señor te recuerda un versículo o un pasaje que es precisamente la clave para salir de la encrucijada en que te hallas. Está tan claro que Dios no habría podido decírtelo más enfáticamente. Esa es la voz de la Palabra, que nos habla a través de la Palabra escrita. Quizá se trate de un texto dirigido a algún personaje de hace 6.000 años y, sin embargo, de repente, te habla a ti.

De modo que la primera forma de descubrir la voluntad de Dios es por medio de Su Palabra, la Biblia. En segundo lugar está la voz de la Palabra: un versículo, frase o pasaje de la Biblia que parece *saltar de la página* y nos habla personalmente.



3. REVELACIONES DIRECTAS

¿Cuál sería la tercera indicación más segura de que algo es la voluntad de Dios? Una revelación que venga

directamente de Él en forma de profecía, sueño, visión o voz.

Una profecía tanto puede ser uno o más versículos de la Biblia que Dios nos recuerde, como puede ser algo totalmente nuevo. Cuando le pido a Dios la solución a un determinado problema, muchas veces me da algo de las Escrituras, algo que ya está en la Biblia.

Comprueba que la revelación directa no se oponga a la Palabra de Dios ni la contradiga, sino que vaya de acuerdo con ella. «No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo» (1 Juan 4:1). Cerciórate de que concuerde con Su Palabra.





4. CONSEJEROS INSPIRADOS POR DIOS

El cuarto lugar de la lista lo ocupan los consejeros inspirados por Dios. «Abundancia de consejeros trae salvación» (Proverbios 11:14, BJ). «Cuando no hay consulta, los planes fracasan; el éxito depende de los muchos consejeros» (Proverbios 15:22, Dios Habla Hoy). Están en condiciones de aconsejarnos por inspiración divina las personas que no se limitan a creer en la Biblia, sino que practican sus enseñanzas; quienes no son tan solo oidores de la Palabra, sino también hacedores (Santiago 1:22).

Un consejero inspirado por Dios es alguien que ama al Señor y que demuestra por su manera de vivir el buen fruto de comulgar estrechamente con Dios. (Mateo 7:15-20.) Si quisiera aprender a tocar el piano no me iría a la escuela de comercio; acudiría a un pianista que supiera tocar bien. Si quisiera aprender a cocinar no me arrimaría a un técnico en informática; buscaría a alguien que supiera cocinar y cuya comida hubiera probado. Así pues, los consejeros inspirados por Dios son personas en quienes se puede confiar porque en su propia vida se observa el buen fruto espiritual que llevan.



5. PUERTAS ABIERTAS O CERRADAS

La quinta manera de conocer la voluntad de Dios es por las circunstancias. En general, es un medio poco eficaz de averiguar lo que Dios quiere que hagamos, pero a veces puede servir de indicación. Algunos llaman a este método *puertas abiertas o cerradas* (1 Corintios 16:9; 2 Corintios 2:12; Apocalipsis 3:7,8).

En una ocasión, hace muchos años, los dirigentes de mi iglesia decidieron no enviarme a mí y a mi familia de misioneros a cierto país y me dieron varias razones por las que habían tomado aquella determinación: que el país no admitía más misioneros, que había escasez de comida y que yo no había logrado reunir el dinero para nuestros pasajes. Teniendo en cuenta todas esas *puertas cerradas*, al igual que ellos me convencí de que no debíamos trasladarnos allí. Justo entonces Dios abrió una puerta de par en

par, un lugar de servicio donde había millones de personas a la espera del Evangelio.

A fin de determinar cuáles son las puertas que están abiertas y las que están cerradas, conviene hacerse las siguientes preguntas: ¿Hacia dónde parece que Dios me quiere llevar? ¿Dónde hay puertas abiertas de servicio? ¿Dónde podría haber una buena posibilidad de trabajo? ¿En qué dirección parece que Dios está proporcionando los medios y abriendo camino? Esa es una forma de descubrirlo: observando la situación, las circunstancias, las puertas abiertas o cerradas.



6. FUERTES IMPRESIONES (EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU)

Eso nos lleva al número seis: el testimonio del Espíritu. Con esto me refiero a una convicción intuitiva que nos infunde fe. Uno está seguro de que seguir determinado rumbo es la voluntad de Dios. Es posible que el Señor no nos lo comunique con una voz audible o una señal visible; más bien se trata de una suave y apacible voccecita que nos habla al corazón (1 Reyes 19:12), una convicción profunda. Algunos lo llaman *fuertes impresiones*.

No es que me guste guiarme por impresiones, ya que a veces pueden descaminarnos. Pueden estar producidas por un espíritu que no proviene de Dios. No obstante, algunas impresiones nos las da el Señor a modo de indicación de que cierto proceder es conforme a Su voluntad. El Espíritu de Dios nos habla al corazón respecto de una decisión que debemos tomar o nos da una firme convicción sobre algo que quiere que hagamos.

A veces, el testimonio del Espíritu nos advierte que no hagamos algo, nos avisa que no es Su voluntad. Escuchamos en nuestro interior una voccecilla que nos dice. «Detente, no lo hagas. Cuidado». Aunque el Espíritu Santo no nos lo comunique con palabras, sabemos perfectamente lo que nos quiere decir.

Así pues, la sexta manera de conocer la voluntad de Dios es por medio del testimonio del Espíritu.



7. VELLONES

Por último, ¿cuál es la séptima manera de determinar la voluntad de Dios en una disyuntiva? A veces se puede pedir una señal específica.

Es lo que se llama un *vellón*. El término viene de un relato sobre Gedeón del Antiguo Testamento (Jueces 6:36-40). Gedeón quiso saber cuál era la voluntad de Dios respecto de un asunto en particular. Así pues, una noche puso un vellón en el suelo y dijo: «Señor, si el vellón queda seco y toda la tierra húmeda [a la mañana siguiente], entonces entenderé que eres Tú quien me habla y que debo hacer tal y cual cosa». Aunque Dios cumplió y le dio aquella señal, Gedeón no quedó del todo convencido y le pidió que le diera la señal opuesta: «Ahora, Señor, si [mañana] el vellón está mojado y la tierra seca, lo creeré». Así que si recurres a las señales, haz una segunda verificación.

A mí me gusta recibir una señal del Señor, me gusta confirmar Su voluntad con un pequeño vellón para saber que voy bien encaminado. Ese es un medio de hacerlo: pedirle una señal, «poner un vellón», pedirle que se dé una circunstancia en particular.

Dios no necesariamente sigue ese orden al revelar Su voluntad. Puede que primero te hable en profecía y que luego lo confirmes con la Palabra. Quizás entonces escuches la voz de la Palabra y luego estudies otros pasajes para ver lo que dice en general sobre el tema. No podemos encasillar a Dios y afirmar que debe hablarnos de tal o cual manera, o en determinado orden. Esos son, en todo caso, los medios de los que se vale. Lo sabemos por experiencia propia y por lo que Él ha dicho en Su Palabra escrita, la Biblia.

CONCLUSIÓN

¿Cómo averiguar entonces la voluntad de Dios? Sometiéndonos del todo a Él. «No sigan

la corriente del mundo en que vivimos —la manera terrenal de hacer las cosas—, más bien transfórmense por la renovación de su mente. Así sabrán ver —no les quedará ninguna duda— cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto».

A veces, para saber cuál es la voluntad de Dios es preciso averiguar lo que no lo es. Luego de probar los otros métodos, si todavía no sabes cuál es la voluntad de Dios, te aconsejo que te mantengas ocupado. No tardarás en saber si lo es o no. Límitate a pedir a Dios que te guíe y empieza a trabajar. Un barco debe estar en movimiento para que el timón tenga algún efecto. Avanza un paso y luego detente a pedirle a Dios que te confirme que vas en la dirección debida. Si la respuesta no es contundente o no estás seguro, dale un poco de tiempo. Puede que Él esté esperando a que se den ciertas circunstancias propicias para indicarte algo más de lo que ya te ha dicho.

Mientras tanto, mantente ocupado para Dios estés donde estés. No se llega a saber cuál es la voluntad de Dios quedándose uno sentado cruzado de brazos. En una ocasión, una persona que conocí me dijo que estaba haciendo precisamente eso. Afirmó que el Señor lo había llamado a las misiones, y que desde que se había enterado de ello, se había limitado a esperar, haciendo poco o nada, pues seguía «esperando en el Señor» (Salmo 130:5). A mí me parecía que, aunque aquel hombre esperaba que Dios hiciera algo para ponerlo en marcha, en realidad era Dios quien estaba esperando a que él se pusiera a trabajar. Mientras esperas que Dios te revele Su voluntad, mantente ocupado haciendo lo que ya sabes que quiere que hagas: amarlo y alabarlo por Su bondad, estudiar Su Palabra y ser una bendición para los demás en la situación en que te encuentres.

Así pues, que Dios nos ayude no sólo a saber cuál es Su voluntad, sino también a actuar conforme a ella. •



¡AFRONTA TUS TEMORES!



qué hacer cuando nos asalta el miedo

>> DAVID BRANDT BERG

UNO NO SE DA CUENTA de que el miedo es algo mayormente inconsciente hasta que trata de expresarlo verbalmente y analizarlo. Sin embargo, muchas veces tenemos miedo de hablar de nuestros temores o siquiera admitir interiormente que los tenemos, porque ello pondría de manifiesto lo más íntimo de nuestra personalidad.

Para mí el miedo al fracaso es probablemente uno de los mayores temores que se puedan abrigar. El temor a fracasar en la vida, en el amor, en el trabajo y —para un cristiano— defraudar al Señor. Creo que para un cristiano, uno de los peores es el temor de fallarle a Dios. Y creo que el único que lo supera es el temor de fallar a los demás, porque sabemos que Dios nos perdona, pero que a los demás les cuesta tolerar nuestras culpas. El temor a perjudicarlos con nuestro fracaso, a decepcionarlos y defraudarlos, a hacer

tambalearse su fe, a desilusionarlos o a desalentarlos, el temor a que nuestro fracaso haga fracasar a los demás. Ese es el más difícil de soportar.

En todo caso, sean cuales sean nuestros temores, vale la pena hacerles frente y trazar una línea de distinción entre la verdad y lo imaginario, entre una amenaza real y nuestra paranoia.

Esto se ve claramente ilustrado en un incidente que protagonicé cuando de muchacho repartía periódicos y folletos a domicilio. Había por esos vecindarios unos perrazos que siempre me andaban persiguiendo y mordiendo los talones. A veces me llegaban a morder, pero en la mayoría de los casos eran perros ladrones y poco mordedores. No tardé en descubrir que, si huía de ellos, ahí sí que se echaban a correr detrás de mí. Es decir que era más probable que me mordieran si les volvía

la espalda que si les hacía frente.

En cierta ocasión —tenía yo entonces unos 12 años—, me vi obligado a entrar en un jardín cuando de repente, procedente de la parte trasera, apareció un gigantesco perro danés. Venía corriendo hacia mí a toda velocidad, ladrando y gruñendo con furia, dando imponentes saltos. Pensé que me había llegado la hora. Pero sabía que no le podía volver la espalda: entonces sí que me mordería. Por otro lado, el animal era demasiado grande para mí y encima, yo había incurrido en su territorio. Gracias a Dios que me acordé de clamar al Señor. Señalé al perro con el dedo y grité: «¡Te reprendo en el nombre de Jesús!» Pues vaya frenazo el que dio. Se detuvo en seco, con aspecto de desconcierto total. Se dio media vuelta y se alejó a toda marcha.

De eso saqué una ense-

***Hay que
distinguir
entre la
realidad y la
ficción, entre
la verdad y
la mentira.***

ñanza: no sólo vale la pena hacer frente a los temores, reconocerlos e incluso confesarlos, sino también adoptar una actitud decisiva contra ellos, sobre todo en el poder y Espíritu del Señor, invocando las promesas de Su Palabra. De nada me habría servido simplemente adoptar una actitud mental positiva y decir: «¡Perrazo, tú no existes, así que no te voy a hacer caso!» El can habría acabado conmigo para demostrarme que sí existía.

Hay que distinguir entre la realidad y la ficción, entre la verdad y la mentira. Porque si algo es real, de nada servirá cerrar los ojos esperando que al volver a abrirlos se haya esfumado, como si nunca hubiera existido, como si fuera pura imaginación.

Aquel perrazo era de verdad y venía derecho hacia mí. Nada habría sacado con cerrar los ojos deseando que se fuera o convencerme de que aquello era un espejismo.

El animal estaba ahí mismo. Era tan palpable como tú o como yo, y se me iba a echar encima. En ese caso lo mejor que podía hacer era enfrentarlo y actuar de algún modo para eliminar el peligro. Lo hice tomando la iniciativa y atacando yo mismo con el poder del Espíritu. Inicialmente, era el gran danés el que estaba a la ofensiva, y yo a la defensiva; pero el Señor me ayudó a invertir la situación. De pronto, él se puso a la defensiva, dio media vuelta y salió despavorido.

Como sabe todo estratega militar, es imposible ganar una guerra defensiva. Toda guerra defensiva está condenada al fracaso. Si se quiere triunfar en una guerra hay que atacar, hay que pasar a la ofensiva.

De modo que vale la pena admitir los temores, reconocer que existen, distinguir entre lo real y lo irreal, entre la verdad y la mentira, y emprender un ataque para disipar la nebulosa ficción, las quimeras, y ahuyentar las auténticas y verdaderas amenazas.

La fe es exactamente lo contrario del temor. Así como «el temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9:10), el miedo a Satanás es el principio de la muerte. La palabra hebrea que tradujeron por *temor* en ese versículo es *yirah*, que significa *reverencia*. Se trata, pues, de un temor reverencial: es mostrar a Dios el debido respeto. Es una forma de rendirle culto. Por

lo tanto, temer a Satanás y sus maquinaciones es rendirle justamente el culto que quiere. La Palabra de Dios dice acerca de otra gama de temores que «el temor lleva en sí castigo» (1 Juan 4:18). El miedo al Diablo abate y desgasta. Es pernicioso, y si le damos cabida, termina siendo desastroso para nuestro espíritu.

De modo que debemos reprender ese tipo de temor tal como hizo Jesús cuando el Diablo pretendió que lo adorase en el monte de las tentaciones. Jesús lo puso en su lugar: «Vete de Mí, Satanás, porque escrito está: “Al Señor Tu Dios adorarás, y a Él solo servirás”» (Lucas 4:8).

El Señor promete completa paz a aquellos cuyo pensamiento persevera en Él, a quienes confían en Él (Isaías 26:3). Total que si te asedia un espíritu de temor, pon tu confianza en el Señor. Simplemente dile a Satanás: «¡Vete, maldito Diablo! ¡Fuera de aquí! Pongo mi confianza en Dios, en Jesús». La Biblia dice que si nos sometemos a Dios y resistimos al Diablo, éste huirá de nosotros (Santiago 4:7). □

(Lo anterior es un extracto de un artículo de David Brandt Berg que lleva el mismo título. Si deseas la versión completa, junto con otros artículos del mismo autor, te recomendamos el librito *Mayores victorias*, que puedes pedir a una de las direcciones de la página 2).



TÚ DECIDES

David Brandt Berg

(Carta dirigida a una persona que estaba a punto de tomar una decisión trascendental relacionada con una propuesta de matrimonio.)

TAL VEZ TE SORPRENDA que Dios espera que Sus hijos decidan por sí mismos dentro del marco de Su voluntad divina. En tanto que nos deleitemos en el Señor por encima de todo y nos avengamos a cumplir Sus designios, Él se alegra de concedernos nuestros deseos. Al fin y al cabo Él mismo es quien nos los infunde cuando lo complacemos. Su Palabra dice: «Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). Si lo amamos de todo corazón, esos deseos suelen ser buenos, ya que no queremos otra cosa que agradarle. Por eso, en toda situación nuestro deseo personal tiene mucho que ver con la voluntad de Dios. Él nos da lo que deseamos,

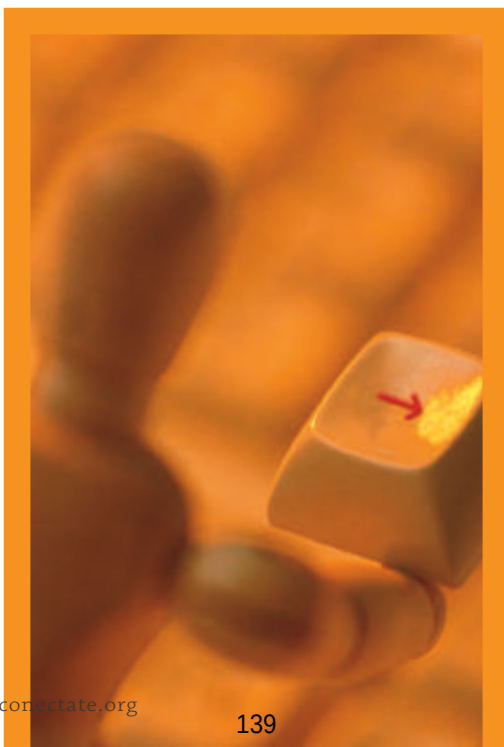
según nuestra fe.

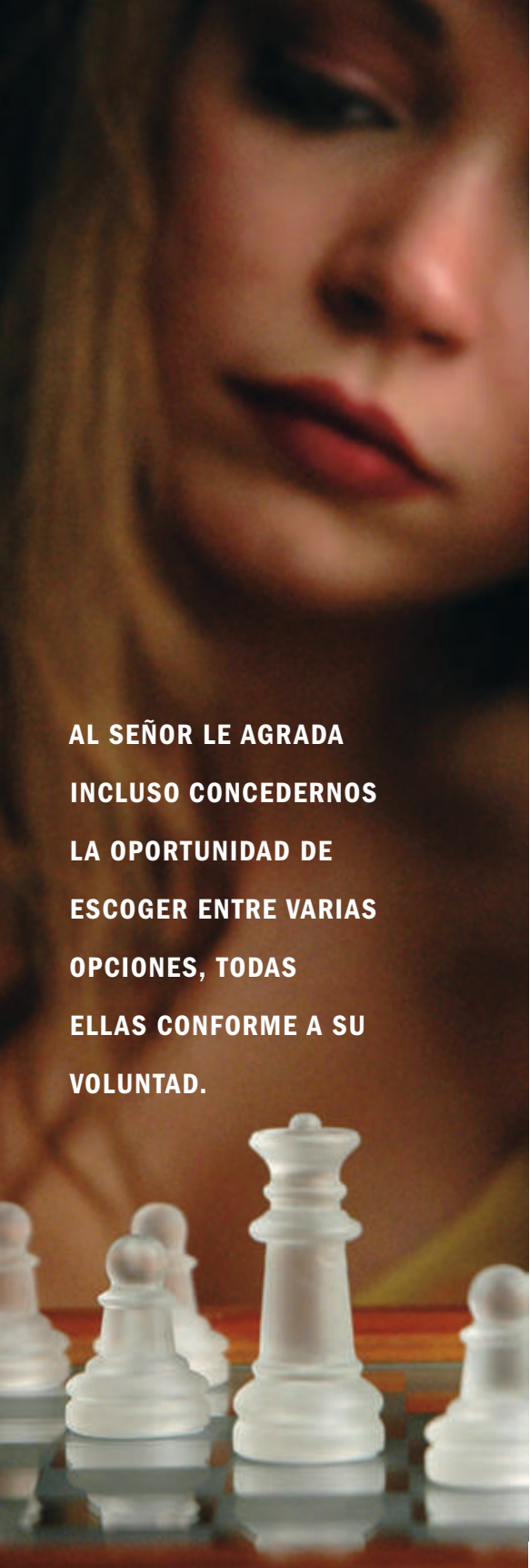
Mi madre siempre decía: «En la duda, abstente». La Biblia también nos advierte: «Todo lo que no proviene de fe es pecado» (Romanos 14:23). Si se tiene la firme convicción de que algo es la voluntad del Señor y la Palabra de Dios lo corrobora, hay que hacerlo, digan lo que digan los demás. Igualmente, si se está seguro de que algo no se ajusta a la voluntad de Dios, no debe

hacerse. Ahora bien, si uno no está seguro, lo mejor que puede hacer es esperar en el Señor hasta que Él lo esclarezca.

Entre tanto, no te dejes convencer por otras personas de que tal o cual cosa es conforme a la voluntad del Señor y de que está bien hacerla aunque Él todavía no te lo haya revelado con claridad. Simplemente explica que estás esperando a que Él te indique Su voluntad. Todo puede ser, porque para Dios nada es imposible, y al que cree todo le es posible (Lucas 1:37; Marcos 9:23). Eso sí, uno tiene que estar convencido y no dejarse influir por los demás. Uno debe tomar una decisión personal, según la fe que tenga. Y si esta decisión se ajusta a la Palabra de Dios, es que está conforme a Sus deseos.

Cuando se toma una decisión trascendental, como estás haciendo tú ahora, muchas veces hay que ver si supera la prueba del tiempo. Por eso, yo te aconsejaría esperar hasta estar convencido —mental y emocionalmente— de





**AL SEÑOR LE AGRADA
INCLUSO CONCEDERNOS
LA OPORTUNIDAD DE
ESCOGER ENTRE VARIAS
OPCIONES, TODAS
ELLAS CONFORME A SU
VOLUNTAD.**

cuál es la voluntad de Dios. Como dijo Pablo: «Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa» (Romanos 14:5, RV95).

En los asuntos del corazón no se debe actuar impulsado por el simple sentido del deber. Tiene que haber una gran medida de amor sincero, de amor por la otra persona y también de amor a Dios. Si el paso que te aprestas a dar es conforme a Su voluntad, Él te infundirá ese amor, ese amor verdadero. Toda relación sentimental desprovista de esa clase de amor es fácil que acabe causando pesar y sufrimiento a unos y a otros, tú incluido. Por el contrario, si hay amor verdadero, amor que viene de Dios, la relación resistirá toda prueba. Mientras tanto, yo en tu lugar esperaría hasta estar seguro.

En esto del matrimonio, Dios sabe que los dos necesitan a alguien que les haga compañía, los comprenda, los anime, los estimule y les dé buen ejemplo, que sea verdaderamente esa alma gemela que Dios prepara para cada uno de Sus hijos. Pudiera ser que ambos han hallado la voluntad de Dios.

Eres tú quien decide. Si de verdad la amas, si ella corresponde a tu amor y la relación está en armo-

nía con la voluntad de Dios, ninguna otra cosa te satisfará. Sea como sea, la decisión es tuya y de nadie más. Nadie puede decidir en tu lugar.

Ese es uno de los misterios de la voluntad y los designios de Dios: que nos haya concedido a todos la facultad de elegir. Y por extraño que parezca, al Señor le agrada incluso concedernos la oportunidad de escoger entre varias opciones, todas ellas conforme a Su voluntad. Es lo mismo que a veces hacemos nosotros con nuestros hijos. Les dejamos escoger qué juguete quieren comprar o qué actividad quieren realizar, en tanto que la opción sea segura y buena para ellos y no perjudique a nadie. Se trata de un concepto que muchos no entienden: por ser nuestro Padre celestial que nos ama, Dios se complace en darnos a elegir.

Si una decisión anterior que tomaste no resultó ser acertada, es posible que el error fuera tuyo. O quizá dejaste que otros influyeran de más en tu decisión. Que no te vuelva a suceder. Esta vez decide tú. Dios te dará lo que deseas, siempre que sea beneficioso para ti, porque te ama y «nada bueno niega a los que andan en integridad» (Salmo 84:11, LBLA). Si se

trata de algo bueno para ti y para los demás, te lo dará más que gustoso. Por otra parte, cuando insistimos y nos empeñamos en algo que Él sabe que terminará siendo una mala decisión, Él a menudo permite que suframos las consecuencias de ello. Nos concede nuestros deseos, pero quedamos vacíos por dentro (Salmo 106:15).

Así pues, al contrario de lo que muchos piensan, normalmente Dios no decide por nosotros. Las decisiones están en nuestras manos. De nosotros depende sondear las posibilidades y determinar qué es lo que más nos conviene basados en el conocimiento que tenemos de Su Palabra, en las experiencias que hayamos acumulado y en las consultas que realicemos con Él. Nos puso en esta Tierra para que aprendiéramos a tomar decisiones atinadas basándonos en nuestro contacto personal con Él, en nuestro conocimiento de Su Palabra y de Su voluntad y en el amor que abrigamos por Él y por el prójimo. En ese sentido, tenemos que hacer lo que nuestra conciencia nos dicte que está bien.

Eso nos lleva de nuevo al versículo «cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa» (Romanos 14:5, RV95). Hay que

estar seguro de la decisión, y luego actuar y hacer lo que se considera acertado, digan lo que digan los demás. Actúa cuando tengas el convencimiento de que es la voluntad de Dios, de que no contradice Su Palabra y de que se ha confirmado por otros medios. Y lo mejor que puedes hacer es consultar con el Señor. A Él le gusta que acudamos a Él y descubramos cuáles es Su voluntad, a fin de que luego sepamos sin sombra de duda que estamos procediendo bien.

Hasta entonces, no tomes determinación alguna. No dejes que nadie te presione a tomar ninguna decisión sobre la que albergues dudas. El Señor quiere concederte tus deseos siempre y cuando te deleites en Él. Pero es menester que sean tus deseos, no los ajenos; tu decisión, no la de otro.

Que Dios te bendiga, te guarde y se sirva de ti para realizar muchas cosas buenas. Que te conceda todos tus deseos, en tanto que te deleites en Él y en Su amor. «No temáis [...], porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Lucas 12:32). Que sea lo que tú quieras, conforme a la voluntad de Dios. Él quiere que seas tú quien decida. •

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

La toma de decisiones

PARA OBTENER ÓPTIMOS RESULTADOS, PIDE A DIOS QUE TE ORIENTE.

Salmo 37:5

Proverbios 3:6

Proverbios 16:3

Santiago 1:5

NUESTRAS PROPIAS IDEAS Y RAZONAMIENTOS PUEDEN DESCAMINARNOS.

Proverbios 3:5,7a

Proverbios 14:12

Proverbios 19:21

Isaías 55:8,9

Jeremías 10:23

EL SEÑOR SIEMPRE ELIGE LO MEJOR PARA NOSOTROS.

Salmo 25:12

Salmo 32:8

Salmo 84:11

Jeremías 29:11

LAS DECISIONES ACERTADAS SE BASAN EN LA PALABRA DE DIOS.

Salmo 119:105

Salmo 119:24

Salmo 119:133a

Mateo 7:24-27

2 Timoteo 3:16

EL FACTOR DECISIVO: ¿ESTÁ LA DECISIÓN MOTIVADA POR EL AMOR?

Romanos 13:10

1 Corintios 16:14

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

Escuchar la voz de Dios

Muchas personas afirman que Dios les habla. Aunque he orado fervientemente para que me hable a mí, nunca he logrado oírlo. ¿Él sólo nos inspira pensamientos, o se dirige a nosotros con voz audible?

Si has establecido una conexión personal con Dios al aceptar a Jesús como tu Salvador y le has pedido que te hable, Él lo hará. Jesús prometió: «Pedid, y se os dará» (Mateo 7:7). Es más, Dios probablemente lleva tiempo hablándote; solo tienes que aprender a reconocer Su voz.

Él habla de múltiples maneras. En muchos casos, mientras lees la Biblia, hace que cierto pasaje te llame la atención y te indica de qué forma se aplica a tu situación o de qué manera responde a uno de tus interrogantes. Puede que te hable a través de sueños muy gráficos o visiones. Quizá te hable por intermedio de buenos consejeros —personas que tienen mucha fe y un gran conocimiento de la Palabra y los designios divinos—, inspirándoles consejos que sabe que te van a resultar provechosos.

Dios es también capaz de hablarte directamente. En ciertas circunstancias, algunas personas oyen a Dios decirles palabras audibles, como le sucedió a Samuel, el niño profeta (1 Samuel, capítulo 3). Tal parece haber sido el caso también cuando Dios habló al profeta Elías por medio de un «silbo apacible», en un momento en que precisaba con urgencia orientación (1 Reyes 19:11,12). Sin embargo, en general nos habla interiormente cuando nos tranquilizamos, apartamos todos los demás pensamientos, le pedimos que nos hable y nos quedamos aguardando. A veces ni siquiera se vale de palabras; puede que nos comunique simplemente una impresión o un convencimiento interior, una suerte de conocimiento intuitivo sobre determinada situación.

David Brandt Berg explicó de la siguiente manera el proceso de escuchar palabras del Cielo: «Es fácil escuchar al Señor. Cuando le pedimos una respuesta o una solución, debemos dar por hecho que la recibiremos y aceptar lo primero que nos venga. Si quieres que Él te conteste y crees de veras que puede hacerlo y que lo va a hacer, no te defraudará. Lo que veas u oigas con tus ojos y oídos espirituales será la respuesta del Señor». ◀

ENCIÉNDETE Y SINTONÍZATE

Citas de David Brandt Berg

- Dios es como una emisora que transmite a toda hora. Así como ondas de radio invisibles pululan ahora mismo en el ambiente, el Espíritu de Dios está siempre presente, esperando a que nosotros establezcamos contacto. Y nosotros, a manera de pequeñas radios, hemos sido diseñados por nuestro Creador con capacidad para captar esas señales. La estación de Dios está siempre emitiendo. El mensaje está siempre ahí. Pero para captarlo hay que encenderse y sintonizar Su frecuencia.

- Para oír la voz del Señor tienes que retirarte y guardar silencio, en algún lugar, en algún momento, de alguna manera. No puedes resolver tus problemas por tu cuenta. Tienes que desear la solución que pueda darte Dios, dejar todo lo que estés haciendo y escuchar. ◀

AUDIENCIA CON JESÚS

EJERCICIO ESPIRITUAL

Jesús dijo: «Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida»¹. La Palabra de Dios —la Biblia—, así como las publicaciones inspirativas de corte devocional basadas en la Biblia, como la revista *Conéctate*, nos alimentan y nos mantienen espiritualmente vivos y saludables. Así como es preciso comer para tener fuerzas físicas, también debemos nutrarnos de la Palabra para tener fuerza espiritual.

La dificultad que se nos presenta a muchos cuando nos disponemos a leer es que nos distraemos fácilmente con los asuntos pendientes del día. A veces la solución consiste simplemente en esforzarnos un poco más. El siguiente ejercicio espiritual puede resultar útil.

La próxima vez que te sientes a leer la Palabra de Dios, imagínate que Jesús está sentado a tu lado. No te limites a leer lo que está escrito: hazte la idea de que Él te dice esas palabras cara a cara en una audiencia privada. En espíritu, Él siempre está contigo²; pero si estuviera presente en cuerpo humano, seguramente estarías pendiente de cada palabra que te dijera.

Así debes considerar tus ratos de lectura de la Palabra: como una audiencia personal con Jesús, el Rey de reyes, en la cual te ofrece incomparables palabras de sabiduría, instrucción, orientación, inspiración y ánimo.

—
«Fueron halladas Tus palabras [las de Dios], y yo las comí; y Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón.» *Jeremías 15:16*

¹ Juan 6:63

² Hebreos 13:5

COMIENZA BIEN EL DÍA: ¡ESCUCHA AL SEÑOR!

DAVID BRANDT BERG

Haz la prueba: tómate todos los días un rato de oración temprano en la mañana. Antes de iniciar tu jornada, pídele ayuda al Señor. Ni bien te despiertes, antes de hacer ninguna otra cosa, habla con Dios. Escucha Sus instrucciones para el día. Te sorprenderá cómo Él te evita o te resuelve muchas complicaciones antes que comience siquiera la jornada.

En cambio, si te zambulles en todos los problemas, las dificultades y el trajín cotidiano sin detenerte a hablar con el Señor y recibir Sus instrucciones, serás como un músico que toca primero el concierto y afina después el instrumento. Comienza el día orando y leyendo la Palabra de Dios. Antes que nada, ponte en armonía con Él.

Aparta de tus pensamientos esa idea de que orar es algo engorroso o de que no dispones de tiempo. Cuanto más intensa se presente la jornada, más motivos tienes para orar y más tiempo deberías dedicar a ello. Esos minutos que pases orando te ahorrarán muchísimo trabajo y esfuerzo después. Si pespuntas la jornada con oración, es menos probable que se te descosa. Así de sencillo es.

ENTREGA

Y

CONVICCIÓN

La pregunta

¿SE EQUIVOCÓ DIOS al poner a Adán y Eva en el Paraíso y permitirles que tomaran su propia decisión, que resultó ser desacertada? (V. Génesis 3:6.) ¿No reconoció Dios Su fracaso cuando tuvo que aniquilar a la humanidad por su impiedad mediante el diluvio universal? (V. Génesis 6:5-7.) ¿Fue la torre de Babel un desastre total, y la confusión de lenguas una catástrofe? ¿O fue todo ello necesario para cumplir el propósito divino de enseñar humildad al hombre y dispersarlo sobre la faz de la Tierra? (V. Génesis 11:1-9.)

¿Fue un error que Moisés matara a un egipcio y tuviera que huir para salvar la vida, con lo que acabó pasando cuarenta años en el desierto aprendiendo a ser un humilde pastor de ovejas? (V. Éxodo 2.) ¿No fue aquello un terrible contratiempo para la causa y la liberación de su pueblo? ¿O fue necesario que Moisés terminara en el exilio a fin de que aprendiera lo que Dios tenía que enseñarle y se transformara en la persona que tenía que ser para liberar a su pueblo? Es decir, en un hombre que ponía toda su confianza en Dios y no en sí mismo.

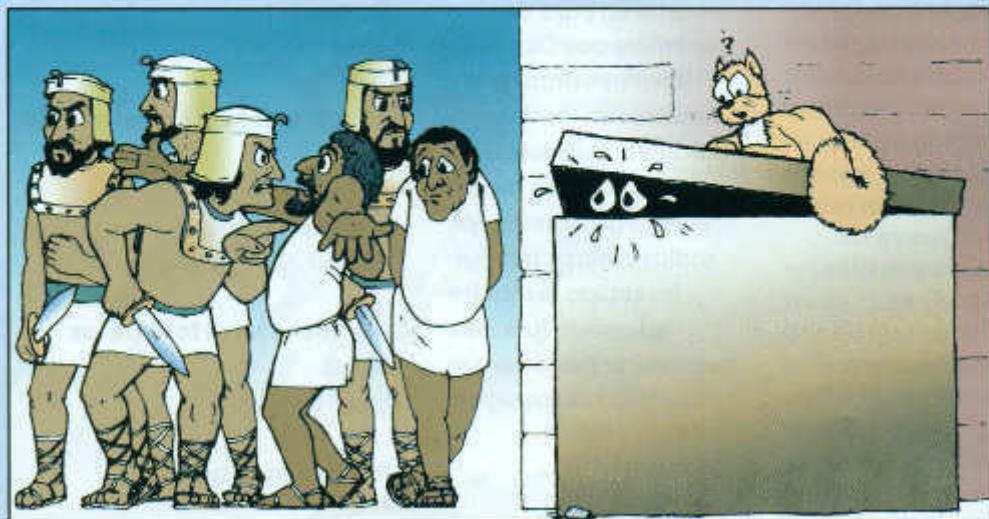
Nacido en un establo y odiado por los hombres

¿No habría sido mucho más respetable y correcto que el Rey de reyes, Jesús, naciera en un palacio, en presencia de ilustres cortesanos,

¿Se equivocó Dios?

David Brandt Berg

y que lo agraciaran con los honores y alabanzas de la sociedad? En cambio, vio la luz en el suelo sucio de un establo, entre vacas y asnos, y lo envolvieron en trapos para acostarlo en un comedero, rodeado de un variopinto grupo de pastorcillos pobres hincados de rodillas en el suelo.



¿Fue un error que Moisés matara a un egipcio y tuviera que huir para salvar la vida?



Vio la luz
en el suelo
sucio de
un establo,
y lo
envolvieron
en trapos
para
acostarlo
en un
comedero.

¿No habría sido más ventajoso que Su padre terrenal fuera un eminente potentado en lugar de un simple carpintero? De haber recibido el espaldarazo del orden establecido, ¿no se les habrían facilitado mucho las cosas a Jesús y a Sus seguidores y no se habría agilizado la propagación de Su obra? Y ¿no fue un tanto bochornoso para Sus humildes padres convertirse en fugitivos de la injusticia y salir huyendo del país como delincuentes comunes por haber traído al mundo al caudillo de un gobierno revolucionario opositor, el Reino de los Cielos? (V. Mateo, capítulos 1 y 2.)

Por lo mismo, ¿no le habría convenido vivir un poco más decente y aceptablemente en lugar de gorronear comida en campos de otros hombres, dormir en casas ajenas —particularmente en la de un par de adorables hermanas solteras, María y Marta— y ser sepultado en la tumba de otro? (V. Lucas 10:38-42; Juan 19:38-42.)

¿Era necesario que estuviera constantemente enfrentándose a las instituciones religiosas, rompiendo convencionalismos, derribando tradiciones y amenazando el statu quo, de tal manera que tuvo que terminar ejecutado junto a delincuentes comunes, dejando atrás la

mala reputación de haberse codeado con pecadores, de haber sido un comilón y bebedor de vino? Además, ¿por qué ofender adrede al orden establecido? ¿Para qué escoger a propósito, por discípulos, a unos malolientes pescadores melenudos y a un odiado recaudador de impuestos? ¿No habría podido el Rey de reyes empezar con mejor pie en lugar de hacerse odiar desde el principio? Señor, ¿seguro que había mejor forma de proceder!

Seguro que había una forma mejor

Es indiscutible que habrías podido vivir en mejores condiciones. ¿Cómo se te ocurre acampar en el prado debajo de los árboles? Eras perfectamente consciente de que con eso motivarías gestos de extrañeza y levantarías sospechas sobre Tu carácter y moralidad y la de Tus discípulos, ya de por sí personas de dudosa conducta. Es evidente que te equivocaste en algunos de esos métodos de actuación, Señor. Algunas cosas habrías podido hacerlas mejor.

Jesús, ¿no habría sido más ventajoso actuar a la manera de los hombres y elegir a Tus discípulos de entre los eruditos del Sanedrín [consejo supremo de la antigua nación judía] con la aprobación de las sinagogas, la venia de los principales sacerdotes y la autorización del gobernador romano? ¿No te habría convenido más haberlo hecho así desde el comienzo? Señor, ¿no crees que Tus tácticas habrían podido refinarse un poco? ¿No crees que te creaste muchas dificultades desde el principio, Jesús, y te acarrearste penas y persecuciones totalmente

innecesarias e inmerecidas con Tus métodos temerarios y Tu imprudencia? ¡Seguro que habrías podido adoptar mejores procedimientos!

Se comprende que cometieras algunos errores, pero ¿no fue una tontería que actuaras sistemática y testarudamente contra la lógica, la razón y las buenas costumbres, Señor? Si

hubieras dado sólo una paliza a los cambistas del templo, tal vez lo podrían haber pasado por alto; pero echarlos a latigazos, destruir los muebles y esparcir todo el dinero dos veces... Sabes muy bien que

eso ya era pasarse. ¡Era inevitable que alguien se enfureciera y terminara eliminándote! (V. Juan 2:13-16; Mateo 21:12,13; Marcos 11:15.)

Sin duda que algunas de esas cosas fueron errores. ¿Es que no te importaban nada las opiniones de los hombres? ¿No te interesaba acaso lo que la gente pensara de Ti y de Tus seguidores? ¿No había una forma mejor de hacerlo?

La respuesta

¡Qué importa lo correcto! Dios más bien suele obrar de maneras inesperadas, incorrectas, poco tradicionales, poco ortodoxas y poco ceremoniosas, al revés de como nos imaginamos. «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos —dice

el Señor—. Como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8,9). «¿Quién puede conocer la mente del Señor? Y ¿quién puede enseñarle algo a Él?» (V. 1 Corintios 2:16.)

Dios sabe lo que hace. Su forma



de proceder no es asunto nuestro. Confía en que Él sabe lo que hace. «Fíate del Señor de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas» (Proverbios 3:5,6).

A Dios le encanta obrar al revés de como nos parece que debería hacerlo. Él no se equivoca, y hasta «lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Corintios 1:25). ¿Estás dispuesto a pasar por la puerta estrecha que lleva a la vida, así quedes en ridículo y desprestigiado a los ojos del mundo? •

(Extracto de un artículo de David Brandt Berg que lleva el mismo título, publicado en *Atrévete a ser diferente*.)

A Dios le
encanta
obrar al
revés de
como nos
parece
que
debería
hacerlo.

atrévete

CUANDO UN FAMOSO INCONFORMISTA llamado Jesús exhortó a Sus discípulos a seguirlo y dejar atrás la vida que llevaban, les advirtió que serían como «ovejas en medio de lobos» (Mateo 10:16). «Si fuerais del mundo —les dijo—, el mundo amaría lo suyo. Pero no sois del mundo; por eso el mundo os aborrece.» (Juan 15:19.)

Con ello en realidad les estaba diciendo: Sean diferentes. Atrévanse a disentir de las normas impuestas por los adictos al sistema, del comportamiento que exige el orden establecido, y serán odiados por osar cuestionar esa autoridad que se atribuyen para determinar lo que está bien y lo que está mal.

Si te atreves a pensar, actuar, vivir o enseñar de una manera distinta que la vasta mayoría —según dicen, *silenciosa*—, ya verás que no es tan silenciosa. No pasará mucho tiempo antes que esa mayoría —esa masa robótica, narcotizada, convencionalista, presuntuosa, conformista, insensibilizada y obsecuente que engloba al común de la gente mundana— se haga oír. Porque cuando se pone el dedo en la llaga, la verdad duele. Y si andas con esos lobos, aprenderás a aullar, sobre todo cuando alguien se atreva a afirmar y demostrar que existe otra vía aparte de la considerada normal.

¿Héroes o herejes?

La Historia ha demostrado una y otra vez que la mayoría generalmente está equivocada. Como dijo Jesús: «Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:13,14).

Cuando un valeroso iconoclasta osa destruir los ídolos del comportamiento socialmente aceptado por la vasta y descarriada mayoría, o cuando un valiente innovador en cuestiones espirituales o científicas es tan temerario como para sugerir siquiera que hay aspectos en que la sociedad podría estar equivocada, lo abuchean como a un maniático, lo tildan de demente, lo persiguen por desviacionista, y a veces hasta lo condenan como a un criminal, lo mandan a la horca por hereje o lo crucifican por constituir una amenaza para la sociedad.

¿Por qué? Porque las tinieblas no soportan la



David Brandt Berg

a ser **diferente**

luz, los descarriados no aguantan a quienes llevan la razón, la gran mentira no tolera la verdad, y los confinados se resienten amargamente de la independencia de que gozan los libres. Todo ello deja en evidencia a la mayoría descaminada. Saca a relucir sus tenebrosos pecados, su hipocresía, su codicia y su opresión de los explotados. No le queda

entonces a esa mayoría otra alternativa que empeñarse afanosamente en apagar la luz; afirmar que lo malo es bueno, tratar de ahogar a gritos la voz de la verdad, frustrar las tentativas de los libres y exterminar a quienes harían patente la hipocresía de la sociedad y le pondrían fin.

La última carcajada

Cuando Noé construyó su enorme arca y afirmó que habría un diluvio —pese a que hasta el momento jamás había llovido—, fue ridiculizado por la abrumadora y bulliciosa mayoría de su época, que a la postre acabó pereciendo en aquel diluvio; mientras que Noé y su familia se dieron la última carcajada (Génesis, capítulos 6 al 8; Hebreos 11:7).

Cuando Abraham, a la edad de 100 años, predijo que se convertiría en padre de muchas naciones y que sus descendientes serían tan numerosos como la arena del mar, su propia esposa —que era estéril— se rió de él con desdén. Pero Abraham fue pronto el último en reírse, pues Sara, de más de noventa años, dio a luz a Isaac,

antepasado de los judíos. Y la sierva de Sara, Agar, engendró a Ismael, padre de los árabes (Génesis 17:1-21; 18:1-15; 21:1-7).

Cuando un humilde pastor del desierto de Sinaí afirmó que iba a liberar él solo a seis millones de esclavos judíos de las garras de sus poderosos y explotadores amos egipcios, su propio pueblo se burló de él. Pero fue él quien se lo pasó en grande al conducirlo milagrosamente a través del Mar Rojo sobre tierra seca (Éxodo 3:1-10; 14:8-30).

La gente de Jericó se burló cuando Josué mandó a los judíos dar siete veces la vuelta alrededor de aquellos muros infranqueables; pero cuando los hombres de Josué hicieron sonar trompetas, los muros se desplomaron (Josué 6:4,5,15,16,20).

El ejército de miles de madianitas se debió de morir de risa cuando la mayor parte de las tropas de Gedeón se marcharon y éste quedó con apenas trescientos hombres. Pero cuando aquel reducido batallón les dio en mitad de la noche un susto de muerte con apenas unos cántaros, les tocó a ellos el turno de huir (Jueces 6:11-14; 7:1-23).

Los poderosos jefes de los conquistadores filisteos miraban con desprecio a Sansón, el hombre fuerte de los judíos, a quien habían hecho cautivo y cegado. Pero cuando éste separó las columnas del templo de ellos, se tomó la revancha matando a más filisteos con su muerte que durante toda su vida (Jueces 16:23-30).

El gigante Goliat ridiculizó al muchachito de la honda; pero cuando David lanzó certeramente un guijarro, el filisteo grandulón cayó de bruces y los hijos de Dios cantaron de júbilo (1 Samuel 17:1-10, 42-51).

Los profetas que vaticinaron el fin de los imperios dominantes de su época fueron acusados de chifla-



dos y bufones; pero al caer cada una de esas potencias en el momento y del modo predichos, dejaron de ser motivo de risa.

Cuando Jesús dijo a Sus hipócritas adversarios religiosos, los fariseos, que su ostentoso templo sería destruido, lo denunciaron con escarnio. Pero cuarenta años más tarde, cuando los romanos redujeron el santuario a cenizas y lo desmontaron piedra por piedra para hacerse con el oro fundido que se había escurrido entre las grietas, lo profetizado por Cristo dejó de ser tan gracioso (Lucas 19:37-44).

Cuando los primeros cristianos auguraron la caída del Imperio Romano, Nerón los exiló, los decapitó, los crucificó, los quemó y los echó a los leones. Sin embargo, él acabó sus días cual maníaco pervertido, y Roma ardió. A la larga, el imperio sucumbió, y los propios cristianos se hicieron cargo de sus restos.

Insensatos por Cristo

Casi todos los profetas y dirigentes de Dios —de tiempos bíblicos o de otras épocas— fueron considerados chiflados por el resto del mundo. Los tildaban de soñadores y visionarios que alucinaban, oían voces y estaban medio trastornados por la religión.

Vivieron rodeados de fama y murieron en la infamia; pero nada ni nadie podía detenerlos, porque nadie sabía cómo reaccionar ante ellos o hacerles frente. No se sabía adónde se dirigían, dado que nadie había emprendido aquel camino ni acometido esa empresa antes. Los demás simplemente no estaban preparados para tales acciones, motivo por el cual les llevó un buen rato darles alcance.

Huelga decir que la mayoría generalmente se las ingenió para sofocar la llama. Eso sólo lo logró

a fuerza de echarle encima cadáveres. No obstante, jamás ha podido borrar de la memoria de la humanidad la existencia de

hombres y mujeres que se distinguieron por sus logros. Se atrevieron a discrepar e hicieron lo que todos les advertían que no hicieran, o lo que les aseguraban que no era viable. Se lanzaron a ello por considerar que era menester hacerlo y que eran capaces, dijeran lo que dijeran los demás. Lo hicieron, y el mundo entero oyó hablar de ellos.

Los caminos trillados son para hombres vencidos. Prender nuestra vela por ambos extremos puede parecer disparatado, pero así emite más luz. Aunque no dure tanto, genera mucho calor. Y cuando llegues al final de esta vida y los ángeles te reciban en las moradas eternas, el mundo te recordará. Si obraste como debías, Dios no lo olvidará. Resplandecerás para siempre como las estrellas, y te dirá: «Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor», a ti y a todos los demás que se atrevieron a ser «insensatos por amor de Cristo» (Daniel 12:3; Mateo 25:21; 1 Corintios 4:10). •

(La lectura anterior es un extracto de *Atrevete a ser diferente*, de Aurora Production.)





Entrégate de lleno a Jesús

Compilado a partir de los
escritos de David Brandt Berg

A faint, sepia-toned portrait of Dwight Moody, a man with a full beard and mustache, wearing a suit and tie, serves as the background for the page. The title "es ilimitado" is written in a large, elegant, cursive script in a reddish-brown color, positioned in the upper right corner.

es ilimitado

CUANTO MÁS NOS SOMETEMOS AL SEÑOR y hacemos lo que Él considera más beneficioso para nosotros y para las personas a quienes afectan nuestras decisiones, más felices somos todos. De ahí la tremenda importancia de aprender a aceptar dócilmente lo que Dios quiere para nosotros.

Me acuerdo de lo que le dijo un evangelizador a un vendedor de zapatos que llegó a ser un famoso predicador:

—Dwight Moody, es ilimitado lo que Dios es capaz de hacer con un hombre entregado a Él y dispuesto a hacer Su voluntad.

Moody lo miró fijamente a los ojos y le contestó:

—Por la gracia de Dios, estoy resuelto a ser ese hombre.

¡Y lo fue! Poco después se trasladó a Chicago, donde empezó a hablar a otras personas acerca de Jesús y de la transformación que él había experimentado. Tanto se emocionó al descubrir que podía llevar a otras personas a conocer a Jesús que dejó de vender zapatos y se entregó de lleno a servir al Señor. Con el tiempo se convirtió en uno de los más grandes evangelizadores de su época. Cuando falleció en 1899 había ganado decenas de miles de almas y dado inicio a cantidad de obras que aún siguen en marcha hoy en día.

Sin embargo, ¿qué hubiera sucedido de no haber resuelto Moody entregarse al Señor? ¿Qué pérdida tan lamentable habría supuesto no solo para él, sino también para los millones de personas que conocieron el Evangelio a con-

secuencia de su firme decisión!

Lo mismo se aplica a cada uno de nosotros: Si no nos rendimos ni nos abrimos a la voluntad de Dios, ofreciéndonos a hacer lo que Él nos pida, jamás llegaremos a ser lo que Él quiere que seamos ni logremos lo que Él quiere que logremos. Las consecuencias podrían ser lamentables, no sólo para nosotros mismos, sino también para todas aquellas personas a quienes el Señor quiere que de alguna manera ayudemos con el amor que Él nos brinda.

Puede que pienses: «Pero yo no soy como Moody, yo no podría hacer nada grande por el Señor. No soy ningún evangelizador fogoso, ningún conquistador de almas excepcional». En realidad, al principio Moody tampoco lo era. Venía de una familia pobre, no le había ido bien en los estudios y se había trasladado a la gran ciudad de Boston al hartarse de la vida rural. Al cabo de unas semanas allí, se impuso una meta: llegar a ser un gran comerciante y amasar una fortuna de 100.000 dólares, que serían como un millón de hoy en día. Desde luego no tenía ninguna intención de entregar su vida al servicio de Dios.

Es más, cuando aceptó la salvación que ofrece Jesús, sabía tan poco de la Palabra y la verdad de Dios que una iglesia protestante rechazó su solicitud de admisión. Tiempo después, algunos de sus amigos afirmaron que nunca habían conocido a nadie con tan pocas probabilidades de llegar a convertirse en un cristiano de

firmes convicciones y menos aún de llegar a prestar tan gran servicio al Señor.

No obstante, cuando descubrió a Jesús y se dio cuenta del sacrificio que había hecho por él, decidió entregar su vida a Dios y hacer todo lo que le pidiera. La Biblia dice: «Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros» (Santiago 4:8). Ese fue el secreto del éxito de Moody; y no sólo de él, sino de todas las personas de las que Dios se ha valido poderosamente: se acercaron al Señor y buscaron orientación, fortaleza e inspiración en Él, en Su poder y en Su Palabra.

A pesar de todos nuestros defectos, flaquezas e ineptitudes, es verdaderamente ilimitado lo que Dios puede hacer con nosotros, siempre que le entreguemos nuestra vida entera y accedamos a que Él haga de nosotros lo que quiera. Claro que esa condición no es nada fácil de cumplir, puesto que todos poseemos libre albedrío y podemos elegir entre someternos a Él y «buscar primeramente el Reino de Dios» (Mateo 6:33), o bien procurar primeramente nuestros propios deseos, planes y caminos. La decisión depende de nosotros. El que gocemos o no de Su plena bendición y ayuda dependerá de si estamos dispuestos o no a concederle a Él el primer lugar en nuestra vida.

Hoy en día muchos cristianos parecen más interesados en que Dios acepte lo que ellos quieren hacer que en aceptar lo que Dios les pide. Pretenden que Dios apruebe los programas que ellos le presentan, que estampe Su firma en los planes que tienen ellos y les dé el visto bueno. En vez de pensar: «¿Puedo presentarle a Dios mi programa para que lo firme?», o plan-

tearse incluso: «¿Estoy dispuesto a que Dios me presente Su programa para que yo lo firme?», debieran preguntarse: «¿Estoy dispuesto a firmar una hoja en blanco y dejar que Dios la rellene después, sin saber siquiera cuál será Su programa?» Esa es la verdadera prueba de sumisión a Dios.

Si estás dispuesto a ser lo que Dios quiere seas —no lo que eres, sino lo que Dios quiere que seas—, entonces podrá hacer grandes cosas por medio de ti. Dios sabe que tú solo no lo conseguirás. No tienes más que entregarle tu vida, tus pensamientos, tu corazón, todo tu ser, y dejar que sea Él quien lo haga todo. Cuando por fin llegas al punto en que te entregas a Él, en que renuncias a tu programa y aceptas el Suyo, entonces Él tiene ocasión de intervenir y llevarlo a cabo. Si le das la oportunidad, Él lo hará.

Cuando se lo damos todo al Señor, ya no necesitamos preocuparnos por nada. Toda nuestra vida está en Sus manos, a Su cuidado, y el Diablo no tiene nada a que aferrarse ni nada que pueda reclamar. De hecho, si queremos vencer de veras al Enemigo, el Señor nos exige precisamente sumisión. Dice: «Someteos a Dios; resistid al Diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

Ahora bien, mientras quede en nuestra vida un oscuro rincón que no hayamos rendido al Señor, que no hayamos querido cederle, siempre que haya una partecita que nos neguemos a someter, el Enemigo se podrá valer de ello para fastidiarnos. Por eso la Palabra de Dios dice: «Ni deis lugar al Diablo» (Efesios 4:27).

Lo sucedido en la pequeña

Si vamos a rezar: «Venga a nosotros Tu reino», primero tenemos que dejar que el nuestro se vaya.

Para ganar, tenemos que someternos.

localidad de Huddersfield lo pone de relieve: Un acaudalado terrateniente tenía la ambición de comprar todo el pueblo. Por fin adquirió todos los lotes y terrenos... menos una parcelita. Resulta que vivía en ella un campesino testarudo que se negó tajantemente a vender su tierra, y nada lo hacía cambiar de parecer. El hacendado hasta llegó a ofrecerle mucho más dinero del que valía en realidad la parcelita; pero el campesino, muy encariñado con su terrenito, se negó en redondo a venderlo. El hacendado por fin se dio por vencido, pero se confortó diciendo:

—¡Bah, qué importa! Si no es más que una parcelita. He adquirido todos los demás terrenos, así que Huddersfield es mío. Me pertenece a mí.

Por casualidad, el viejo campesino lo oyó, y le recordó:

—Nada de eso. Los dueños de Huddersfield somos usted y yo. Nos pertenece a los dos.

No permitas que el Diablo le diga a Dios eso de ti: «¡Ajá! Mira, Dios. Este lo ha entregado todo menos esta cosita. Aunque mayormente es Tuyo, una partecita todavía me pertenece a mí».

Si quieres disfrutar de verdadera paz interior, es necesario que lo pongas todo en manos del Señor. Entonces, cuando tu voluntad esté en perfecta armonía con la voluntad divina, te bendecirá con completa paz. Viene a propósito la letra de un hermoso himno antiguo:

Has deseado tener
más descanso y más fe
y has rezado con mucho fervor;
pero sólo obtendrás bendiciones y paz
si te entregas entero al Señor.

Ven y ofrece tu corazón sobre el altar.
Permite que Él rija tu ser.
Hallarás bendición y gran paz interior
si es que todo lo entregas a Él.

Elisha A. Hoffman

Así que entrégate de lleno a Dios hoy mismo. Ofrece tu vida, y pídele que la tome y la emplee para Su gloria. No dudes que lo hará, en la medida en que se lo permitas. Es ilimitado lo que Dios hará contigo. Eres hijo Suyo, Él te ama y siempre hará todo lo posible para que le sirvas y seas feliz, a fin de que transmitas a los demás la misma vida y felicidad que tú has hallado en Jesús. Haz todo lo posible por Jesús entregándote hoy mismo a Él. ○

Lecturas enriquecedoras

SUMISIÓN

Para complacer al Señor, tenemos que aprender a someternos a Él y a lo que es mejor según Su parecer.

Salmo 25:4-5
Salmo 143:10
Mateo 11:29-30
Santiago 4:13-15

La sumisión consiste en anteponer la voluntad divina a la nuestra.

Salmo 40:8
Mateo 6:10
Juan 4:34
Juan 6:38
Efesios 6:6

Someternos a Dios significa obedecerle aun cuando nos duela o nos cueste.

Jeremías 42:6
Lucas 22:42
Romanos 12:1-2
1 Corintios 15:31b
Gálatas 2:20

Mientras no nos sometamos al Señor, Él no puede obrar por medio de nosotros todo lo que quisiera.

Juan 15:4-5

Cuanto más entregados estamos al Señor y a Su voluntad, más felices somos.

Deuteronomio 4:40
Isaías 1:19
Juan 13:17
Juan 15:10-11

FAMILIA

CÓMO DISFRUTAR DE UN BUEN MATRIMONIO

Consejos de David Brandt Berg



El amor verdadero descansa sobre una base más perdurable que la sola satisfacción carnal. Tiene que haber un deseo desinteresado de proteger, ayudar y hacer feliz a la otra persona.

Mi madre me aconsejaba: «Cásate, no con una chica con la que podrías vivir, sino con esa sin la cual no puedes estar».

En el matrimonio debe haber tanta igualdad y participación como sea posible. Tiene que haber espacios para conversar, orar juntos, amarse, hablar de las cosas, ponerse de acuerdo y tomar decisiones conjuntas.

Lo más importante en el matrimonio es que los dos tengan confianza en Dios y en Jesucristo. Si se tiene fe, ¡todo es posible!¹

En el matrimonio uno muere a sí mismo, pero halla una nueva vida.

Dos de las cosas que más contribuyen a la buena marcha de un matrimonio son la sinceridad y el sentido del humor.

No olviden darse las gracias. La gratitud es fundamental en la vida de casados. Manifiéstense aprecio.

«Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, ¡en esto pensad!»² Eso se aplica también a tu cónyuge. Procura tener siempre presentes sus buenas cualidades y no tanto las malas.

¡Díganse: «Te quiero» cien veces al día!

El matrimonio es más que sexo o amistad, y más que una simple asociación estratégica. Es la relación más íntima, amorosa y sacrificada que pueda darse entre seres humanos, y la que más humildad enseña. «¡Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos!»³ El amor en su más pura manifestación es así: que el marido esté dispuesto a sacrificarse por la esposa, y ésta a entregar la vida por él. Es un amor sobrenatural, divino, que trasciende lo humano.

En la sociedad actual el matrimonio es bien difícil. Hay incontables tentaciones, no solo de engañar al cónyuge, sino de actuar con egoísmo, de tirar cada uno por su lado, de insistir en los derechos que cada uno cree tener. Todo ello proviene de la ambición personal y se opone al principio divino de que la abnegación conduce a la felicidad.

El secreto de la felicidad conyugal radica en que cada uno ponga primero al otro. Renunciamos a costumbres, preferencias y a determinada forma de ser en aras de lo nuevo, para agradar a esa estupenda persona que Dios puso en nuestra vida. Al proceder así, por amor, hallamos profunda felicidad, ya que el Señor bendice nuestro altruismo. Nos bendice por someternos abnegadamente a otra persona y procurar su bienestar, llegando incluso a ponerlo por encima del nuestro. ✠

¹ Mateo 17:20; Filipenses 4:13

² Filipenses 4:8

³ Juan 15:13

TRIBUTO A LA MUJER

La obra de arte más sublime de Dios, Su creación suprema, fue la mujer.

David Brandt Berg



LA SIGUIENTE DESCRIPCIÓN de una mujer virtuosa se escribió hace casi 3.000 años. Está tomada del capítulo 31 de los Proverbios, y hay notables semejanzas con muchas mujeres de hoy en día. El autor ofrecía consejos sobre los atributos que un hombre debía buscar en una mujer. Por ende, sus elogios deben entenderse en ese contexto. Sin embargo, queda evidentemente implícito que esas cualidades las tienen también muchas solteras. Algunas de las actividades específicas que menciona han desaparecido con el tiempo —el hilado a mano (versículos 13 y 19), por ejemplo—, y en la actualidad muchas mujeres pasan más tiempo en su lugar de trabajo que en la casa. No obstante, este pasaje rinde tributo a la sabiduría, inteligencia, diligencia, previsión, energía, laboriosidad, tenacidad, compasión y amor abnegado de la mujer. Hoy en día sigue siendo una experta en realizar múltiples tareas a la vez. Hay cosas que nunca cambian.

10. Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas.

11. El corazón de su marido está en ella confiado y no carecerá de ganancias.

12. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida.

13. Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos.

14. Es como nave de mercader; trae su pan de lejos.

15. Se levanta aun de noche y

da comida a su familia y ración a sus criadas.

16. Considera la heredad, y la compra, y planta viña del fruto de sus manos.

17. Ciñe de fuerza sus lomos, y esfuerza sus brazos.

18. Ve que van bien sus negocios; su lámpara no se apaga de noche.

19. Aplica su mano al huso, y sus manos a la rueca.

20. Alarga su mano al pobre, y extiende sus manos al menesteroso.

21. No tiene temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de ropas dobles.

22. Ella se hace tapices; de lino fino y púrpura es su vestido.

23. Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra.

24. Hace telas, y vende, y da cintas al mercader.

25. Fuerza y honor son su vestidura; y se ríe de lo por venir.

26. Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua.

27. Considera los caminos de su casa y no come el pan de balde.

28. Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba:

29. «Muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas».

30. Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, ésa será alabada.

31. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus hechos.

Proverbios 31:10-31 ❧



EL AMOR VERDADERO

David Brandt Berg

Cómo
encontrarlo,
demostrarlo
y conservarlo

El amor y la felicidad son como un perfume que, al ponérselo a otro, te salpica.

PARA QUE HAYA AMOR verdaderamente duradero y auténtico, éste debe apoyarse sobre una base más perdurable que la sola atracción física o satisfacción carnal. Debe haber un deseo espontáneo y generoso de proteger, ayudar y hacer feliz a la otra persona. Además, debe existir cierta admiración por las cualidades más elevadas de la otra persona. Un hombre o una mujer pueden muy bien estar enamorados de las ideas de su pareja, o de sus sentimientos. Pueden enamorarse de su actitud espiritual, o de la compañía afectiva que les proporciona, todo lo cual tiene poco o nada que ver con la belleza física. El amor verdadero es espiritual, no exclusivamente físico. Se manifiesta más que nada en

la unidad y compatibilidad de gustos y en las cosas y hábitos que se tienen en común.

Hasta esas cosas que no se tienen en común pueden resultar a veces interesantes y divertidas. Por ejemplo, a mi esposa le interesa bastante la ropa. Yo disfruto de sus pequeños desfiles de moda porque sé que a ella le gustan y que los hace para complacerme. En cambio, a mí la ropa nunca me ha resultado de particular importancia. Me basta con verme limpio y bien arreglado. Me interesa más la gente. En muchos casos no soy capaz de decir qué llevaba puesto una persona cinco minutos después de haberla visto. Pero probablemente pueda decirte en qué pensaba, o describirte su personalidad, porque quizá la observé con detenimiento y capté lo que había en su interior.

Cuando yo era joven y buscaba esposa, mi madre me dijo cierta vez que no priorizara el factor físico. Me recomendó que buscara en la mujer algo más que eso. Por encima de todo, que buscara ese algo indefinido llamado personalidad. Que buscara la vivacidad de espíritu, la fascinación del intelecto, el irresistible atractivo de su corazón, la magnanimidad de su alma; es decir, el aspecto espiritual de ella, que a su vez solamente halla satisfacción en la parte espiritual de uno. Las cosas de este mundo pueden dar satisfacción al cuerpo, pero Dios nos ha hecho de tal modo que nuestro corazón o espíritu solo pueden hallar contentamiento en lo que atañe a la esfera espiritual.

La Palabra de Dios dice: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo, [...] los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vana gloria de la vida. El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.» (1 Juan 2:15-17). «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la Tierra» (Colosenses 3:2). «Pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4:18).

Dios no dijo que no nos gustarían las cosas de esta vida, que no las necesitaríamos o que no debíamos disfrutarlas o desearlas. Nos advierte, más bien, que no las deseemos desmedidamente, de forma que acabemos anteponiéndolas a los valores más importantes y elevados, o incluso a las necesidades del espíritu.

Cuando el mundo material adquiere en nuestros afectos supremacía sobre el espiritual, practicamos una forma de culto a la creación por encima del Creador. Pero Dios y Su mundo espiritual no aceptan que los releguemos a un segundo plano en nuestros afectos e intereses, e incluso

en nuestras actividades. Por eso dice: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» (Mateo 22:37-39.) «No tendrás dioses ajenos delante de Mí, porque Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso» (Éxodo 20:3,5). «Buscad primeramente el reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas [nuestras necesidades] os serán añadidas»

(Mateo 6:33). Si hacemos eso, Él nos dispensa gustosamente todas esas cosas, incluidos los deseos de nuestro corazón, siempre y cuando nos deleitemos en Él (Salmo 37:4).

Además de concederme siempre lo que me ha hecho falta conforme a Sus riquezas en gloria (Filipenses 4:19),

Dios me ha dado también mucho de lo que yo deseaba, en tanto que fuese bueno para mí, incluida una buena salud, un lugar seguro y cómodo para vivir, lo suficiente para comer, el descanso necesario, ejercicio entretenido, vistas y sonidos agradables, y mucho amor y afecto.

Él me da lo que quiero, así como también lo que necesito, porque mi mayor deseo y lo que más me ha ilusionado toda la vida ha sido complacerlo a Él y llevar felicidad a los demás. A cambio de ello me ha concedido las mayores bendiciones que un hombre podría pedir: amigos y familia, el amor

**Buscad
primeramente
el reino de
Dios y Su
justicia, y
todas estas
cosas os serán
añadidas.**

de mis hijos, alegría, satisfacción espiritual, un sentimiento de realización personal y un propósito sublime en la vida. A veces pienso que en cualquier momento podría partir en paz, contento y completamente satisfecho. Es que además de haber visto la gloria del Señor, se me han cumplido prácticamente todos los deseos de mi corazón.

No obstante, si ponemos esos deseos naturales por encima de Dios, de los demás y de las necesidades de nuestro espíritu, descubrimos que nada podrá saciarnos, ni siquiera la más total entrega a los placeres. El hombre o la mujer que solo procuran gratificarse físicamente o gratificar a su pareja, nunca hallarán satisfacción y felicidad totales. Es que las cosas de este mundo solo pueden satisfacer el cuerpo, pero únicamente Dios y Su amor verdadero pueden llenar ese doliente vacío espiritual presente en cada ser humano y que Él creó exclusivamente para Sí.

La verdadera felicidad no reside en la búsqueda personal de placeres y satisfacciones egoístas, sino en hallar a Dios, en comunicar Su amor y Su vida a los demás y en procurar la felicidad de otras personas. Es entonces cuando la felicidad nos persigue, nos alcanza y se adueña de nosotros, sin que siquiera la busquemos.

En cierta ocasión conocí a una mujer que vivía siempre a la busca de un nuevo amante, de un amor distinto, pero nunca hallaba una relación satisfactoria ni duradera. Buscaba amor para sí, quería recibir amor, ser amada. Cuando le comenté que tal vez tenía que aprender a manifestar amor, a amar de forma desinteresada, procurando el bien y la dicha de otra persona, aquello le pareció una idea totalmente novedosa. Nunca se le había ocurrido. Cuando cambió de actitud y buscó una persona a la cual

hacer feliz demostrándole su amor, no tardó en encontrar lo que siempre había deseado.

Esa es la clave: Busca a alguien a quien hacer feliz, y entonces la felicidad te encontrará a ti. «Dad, y se os dará» (Lucas 6:38). «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6:7). Es ni más ni menos una de las normas o leyes espirituales de Dios, tan clara y certera como las leyes de la física, la gravedad por ejemplo. Las leyes espirituales divinas nunca fallan. Se cumplen siempre, ya a favor, ya en contra nuestra, según las obedecemos o no. La primera de ellas es precisamente la ley del amor, amor desinteresado a Dios y a nuestros semejantes. Si obedecemos ese precepto y damos a Dios y a los demás el amor que les debemos, también recibimos, porque con la misma medida con que medimos, nos vuelven a medir (Lucas 6:38).

Por eso me quieren muchas personas: saben que yo también las quiero a ellas, que las amo de verdad y que en realidad prefiero su felicidad y su bienestar a los míos. Ver felices a los demás y hacerlos felices me hace feliz a mí. Y también te hará feliz a ti.

La vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad ajena son cosas que sólo Dios puede dar. Además, son las únicas que satisfacen nuestro espíritu. Si quieres, pues, ser feliz y hacer verdaderamente feliz a otra persona, busca la satisfacción espiritual que sólo se encuentra en Dios y Su amor.

**Busca a alguien
a quien hacer
feliz, y
entonces la
felicidad te
encontrará a ti.**

El matrimonio

El matrimonio
es darse
cuenta de
que uno no
está entero
sin su media
naranja.

¿Qué es el matrimonio? Es una unión, un vínculo, es fundirse en un solo ser. El matrimonio es compañía y amistad. Es pasar tiempo juntos, hacer las cosas en unidad, realizar actividades juntos sin desear que fuera de otra manera.

El matrimonio es comprensión. Es ser ciego a las faltas del otro. Es ser considerado en todos los sentidos: no hacerle perder tiempo al cónyuge, tener en cuenta sus sentimientos y aspiraciones.

El matrimonio es velar por el otro. Es preocuparse por él. Es desvivirse por que el otro esté bien atendido y tenga todo lo que necesita.

El matrimonio es amabilidad. Es decir palabras amables y traducirlas en obras.

El matrimonio es apoyo. Es apoyar al otro en sus esfuerzos, en las actividades que emprende, en los buenos y en los malos momentos. Es brindarse apoyo moral y material, con oraciones y en todos los sentidos. Es animarse y alentarse el uno al otro en los momentos de desánimo. El matrimonio consiste en agacharse para levantar al otro. Es ser fuerte cuando el otro está débil.

El matrimonio es protección. Es protegerse mutuamente de daño, tanto físico como emocional.

El matrimonio es interés por proporcionar al otro lo que le hace falta.

Es hacer lo que corresponde para que el cónyuge tenga sus necesidades atendidas. Es llevar cada uno la parte que le toca de la carga. El matrimonio es trabajar con ahínco día tras día. Es desvivirse por atender a las necesidades de del cónyuge de la forma que sea posible, aunque no se tengan ganas. El matrimonio consiste en echar una mano.

El matrimonio entraña sacrificio. Es entregarse por amor al otro. Es estar dispuestos a dejar de lado las propias ideas y deseos para hacerse felices mutuamente. El matrimonio se basa en una entrega continua. Es ceder, ser flexible, amalgamarse el uno con el otro. Es tomarse molestias por el otro. Exige compasión. Es preferir su felicidad a la propia.

El matrimonio se edifica a base de concesiones mutuas. Es turnarse. En el matrimonio no hay espacio para el unilateralismo. Es sumisión. Es dar una oportunidad al otro. Es vivir, amar y ayudarse mutuamente. En el matrimonio aprende el uno del otro. Es una escuela de humildad.

El matrimonio exige una actitud abierta, desprovista de prejuicios. El matrimonio consiste en ponerse en el pellejo del otro, en escuchar y comprender.

El matrimonio significa estar el uno junto al otro, tanto en las malas como en las buenas. El amor conyugal no pierde vigencia ni en las duras ni en las



maduras, por difíciles que se pongan las pruebas y las batallas. El verdadero amor conyugal nunca pierde la esperanza. Siempre está a disposición del otro, siempre se puede contar con él, siempre tiene los brazos abiertos para acoger al otro, para entregarle amor, para consolarlo, sostenerlo y cuidarlo. El matrimonio es aprender a no ofenderse por pequeños agravios.

El matrimonio es sinceridad y buena comunicación. Es estar dispuesto a expresar los pensamientos y sentimientos con toda humildad. Es hablar, comunicarse, orar, comentar las cosas juntos, transmitirse ideas y ponerse de acuerdo. No deja que se vayan levantando barreras por no prestar atención a las diferencias; al contrario, halla salidas, crea soluciones. El matrimonio es caminar de la mano y unirse de corazón.

El matrimonio es un descubrimiento. Es descubrirse el uno al otro, llegar a conocerse el uno al otro y todas las cosas chistosas que hace y dice el cónyuge. El matrimonio requiere buen sentido del humor. Es tomarse ratos de esparcimiento juntos y disfrutar el uno del otro.

El matrimonio es respeto. Es tener fe en el otro y aceptarlo tal como es. Es darse cuenta de que uno no está entero sin su media naranja.

El matrimonio puede ser la experiencia más satisfactoria y fortalecedora que se tenga en la vida.

POR DICTAMEN JUDICIAL

Cierta vez, en un tribunal civil, una mujer enumeró todas las faltas de su marido ante al juez. Simplemente no podía vivir con aquel hombre un día más, alegó.

Luego de una larga perorata, hizo una pausa para recobrar el aliento, y el juez le preguntó:

—Y ¿cómo es que se casó con él? alguna cualidad debía de tener para que se sintiera atraída por él. ¿Qué era?

—Pues —le dijo—, que era muy bueno y muy trabajador, que se preocupaba de mantenernos, quería a los niños y era fiel.

—¿Y ya no lo es? —preguntó el juez.

—Pues... sí. Lo que pasa es que ¡el hombre es un desastre! ¡Deja la ropa tirada por el suelo, nunca cuelga ni guarda nada, siempre llega tarde a cenar, le cuesta levantarse por la mañana, se mete el dedo en la nariz en público, y si le quemo la tostada, ¡se me queja!

Eran todas ofensas relativamente insignificantes.

—Muy bien —le dijo el juez—. Este es mi dictamen preliminar. Váyase a su casa y fije el pensamiento en esas buenas cualidades por las que al principio lo quería y se casó con él. Procure no pensar siquiera en esas cositas que Él hace y que tanto la molestan a usted. Si al cabo de 30 días todavía quiere divorciarse, venga a verme.

El juez nunca más vio a la señora.

Adaptación de una anécdota contada por D.B.B.

NUEVOS MUNDOS QUE DESCUBRIR

DAVID BRANDT BERG

LA VIDA ENTRAÑA toda suerte de relaciones. De hecho, la vida consiste mayormente en relacionarse con los demás. Las relaciones, cuando se edifican sobre una base sólida y toman buenos derroteros, proporcionan experiencias maravillosas y gratificantes. Cada nueva relación trae aparejada toda una serie de nuevos retos y sorpresas. Y como es natural, no hay relación más interesante, que ponga más a prueba nuestra capacidad de amar y que brinde más sorpresas, que la relación de pareja.

Cuando uno abre su vida a esa persona querida es como si traspusiera una puerta que conduce a todo un universo desconocido. Uno empieza a descubrir el mundo a través de los ojos de la otra persona, siente sus emociones y lo observa desde su perspectiva. A partir de ese momento debe tomar en cuenta sus sentimientos, opiniones y preferencias. Uno averigua por qué actúa de determinada manera y qué la

mueve interiormente. Uno aprende a anteponer las necesidades del otro a las propias, y simultáneamente se descubren facetas de uno mismo que hasta el momento eran desconocidas.

La comunicación franca y abierta es un elemento clave para las buenas relaciones. Ambas partes deben expresar con sinceridad sus sentimientos, sus necesidades, sus gustos, sus aversiones, y contarse sus deseos, sus esperanzas y anhelos, sus metas, sus sueños. La comunicación contribuye a evitar malentendidos y resuelve de entrada muchos problemas.

A veces hace falta práctica para abrirse y sincerarse con otra persona y a la vez ser prudente y considerado. Hay que saber qué decir, cómo y cuándo decirlo, y si amerita hacerlo siquiera. Para que el vínculo de amor prospere, es preciso basarlo en ese estilo de comunicación y perseverar en ella a lo largo de los años.



Es natural que después de un tiempo los casados consideren que ya se conocen de sobra el uno al otro y que por ende no es necesario comunicarse tanto. Es más, algunas parejas dejan de hacerlo totalmente. La verdad, sin embargo, dista mucho de esa presunción. Es imposible que dos personas se conozcan tanto que puedan darse el lujo de no comunicarse sin que eso las afecte, pues los seres humanos cambian. Todos tenemos necesidades diferentes y pensamos un poco distinto hoy que ayer, o la semana pasada, o el año pasado. De ahí que si los cónyuges dejan de expresar lo que piensan y lo que sienten por considerar que ya lo tienen todo resuelto, perderán el pulso de los cambios que ambos experimentan. En esas circunstancias, cada uno comienza a sospechar que el otro no lo comprende, y puede que sea cierto. Tal vez lo comprendía la semana pasada, o el mes pasado, o el año pasado, pero no va a comprenderlo hoy a menos que se comuniquen. Una mejora en la comunicación puede convertir una existencia fría y monótona en una relación cálida, abierta, amorosa y amena.

Independientemente de lo nueva o antigua que sea una relación, siempre hay algo nuevo que descubrir. ☛



LOS NIÑOS SON PARA SIEMPRE

Compilado a partir de los escritos de
David Brandt Berg

DAR A LUZ A UN BEBÉ y criar un niño es la experiencia más grandiosa de la vida natural. Un niño es un regalo eterno. No lo tenemos por una temporada, sino para siempre.

Los bebés están muy cerca de Dios. Vienen derecho del Cielo. Aunque es muy misteriosa la forma en que el Señor proyecta y dispone Su creación, tenemos la certeza de que no comete errores. Dios es el creador de las almas. Es Él quien concibe esa chispa de vida, la unión de cuerpo y espíritu para formar un alma humana.

Es obvio que un niño no solo es un regalo divino, sino también una tarea. Si Dios te ha dado un niño, tu deber primordial es criarlo como es debido. Tus hijos son la tarea que Dios te encomienda. Son también hijos Suyos —es cierto—, pero Él pide que nosotros los cuidemos y los formemos.

Aunque se trata de una labor que exige plena dedicación, trae consigo grandes recompensas y beneficios. Debemos estar muy orgullosos de ser padres, porque la nuestra es la tarea más importante del mundo. Al fin y al cabo, labramos el futuro. El mundo del mañana será lo que los padres de hoy hagan de él. Lo forjan los padres según la crianza que den a sus hijos.

Ello pone de manifiesto la importancia que tiene la labor de los padres. Quizá cuidar de un nene y cambiarle los pañales no parezca muy trascendental, pero ¿quién sabe qué hará ese niño algún día cuando se haga mayor?

Nunca debemos menospreciar la formación de nuestros hijos. ¿Sabías



que, de todo lo que un niño aprende, lo más importante lo asimila antes de los cinco años? Piensa entonces en lo crucial que es impartirle la debida instrucción y enseñanza durante esos primeros años formativos. Por eso dice la Biblia: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22:6).

No se puede esperar a que el niño cumpla cinco años para empezar a educarlo. Cada día cuenta, y lo que aprende a diario es fundamental. Además de velar por que el niño esté bien alimentado, vestido y protegido, y de asegurarnos que goce de buena salud, los padres tenemos el deber de enseñarle la Palabra de Dios, de adoc-trinarlo en Su verdad y estimularlo con Su amor.

Algunos padres asumen una postura equivocada. Se imaginan que si el niño aprende, bien, y si no, también. Aunque a los pequeños no se los debe obligar a aprender lo que no quieren, lo cierto es que todos los niños arden en deseos de aprender. Aprender cosas nuevas les reporta mucha felicidad y satisfacción. Al mismo tiempo, son capaces de asimilar mucho más con

la guía y estímulo de sus padres que si se los deja aprender por su cuenta. De hecho, dejar que un niño decida por su cuenta sin antes tratar de informarlo y guiarlo en sus decisiones contraviene completamente las Escrituras. «Muchacho dejado a sí mismo, avergüenza a su madre» (Proverbios 29:15, BJ).

Mi madre y mi padre hacían mucho hincapié en enseñarnos la Biblia, hablarnos del Señor, los valores espirituales y las verdades bíblicas. Los relatos de la Biblia y la Biblia misma tuvieron una influencia enorme en mi vida. Me encantaban y creía en ellos porque sabía que eran la voz de Dios y el Libro de Dios. En consecuencia, mis conocimientos de la Palabra de Dios y sus verdades me sirvieron de guía en mis decisiones y me ayudaron a superar muchas situaciones difíciles cuando me hice más grande.

Cuando mis hijos eran pequeños tuve que viajar mucho a causa de mi trabajo. A lo largo de 13 años, coloqué un programa cristiano en más de 1.100 emisoras de radio y en unos 300 canales de televisión. Sin embargo, cuando estaba en casa, seguía el ejemplo de

mis padres y pasaba todo el tiempo que podía con mis hijos. Además, cuando era posible, los llevaba conmigo en mis viajes y les enseñaba constantemente. Casi todas las noches les narraba un episodio de la historia sagrada a la hora de acostarse, generalmente en términos muy sencillos que pudieran entender fácilmente. A veces hasta representaba ciertos pasajes para ayudarlos a captar el argumento. Les encantaba. La mente de un niño es como una esponja, un grabador o un ordenador. Absorbe, registra y procesa todo lo que sucede a su alrededor.

Es fácil enseñar la historia de Jesús a un niño pequeño. Hazlo espontáneamente. Conducé a Jesús con tu ejemplo y tu amor, y hablándole de Sus hechos y Su vida.

En cuanto tenga edad para entender el concepto de papá y mamá —unas personas que lo quieren, que velan por él, que participaron en su creación y lo trajeron al mundo—, ya está en condiciones de aceptar a Jesús y Su regalo de salvación. Explícale que tenemos un Padre invisible que está en todas partes y nos quiere mucho, pero como todos nos hemos portado mal y merecemos que nos castiguen, envió a Jesús a sufrir el castigo por nosotros. Después anímalo a repetir una oración sencilla como la que sigue:

Jesús, perdóname por portarme mal. Te pido que entres en mi corazón y me ayudes a portarme bien.

Eso es todo lo que hay que hacer. Jesús dijo: «Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios» (Marcos 10:14). Él ansía llegar a ser su mejor amigo y su salvador.

Que Dios nos ayude a cuidar bien del más precioso don que nos ha concedido: nuestros hijos. •



«La labor de una madre exige la fuerza de Sansón, la sabiduría de Salomón, la paciencia de Job, la fe de Abraham, la perspicacia de Daniel, y el valor y la habilidad administrativa del rey David».

DAVID BRANDT BERG

Madres de VERDAD

UN SER MADRE ES MUCHÍSIMO MÁS que tener un bebé. Cualquiera puede tener hijos. Sin embargo, para criarlos y realizar todo el trabajo que ello implica hay que ser una madre de verdad. Es una labor que exige plena dedicación. La maternidad es lisa y llanamente trabajo arduo. Sin embargo, nunca se aprecia a las mamás como se debe. Quienes nunca se han puesto en su pellejo simplemente no se dan cuenta del trabajo que cuesta. Exige gran fe y, como se dice, arrimar el hombro.

Hasta hace un par de generaciones, la mayoría de las mujeres creía que su misión en la vida consistía en ser esposa, madre y ama de casa. Se entregaban por entero a esas labores y comenzaban a aprenderlas a muy temprana edad ayudando a sus madres a hacer todo lo que tendrían que saber hacer más adelante.

Sin embargo, en muchos países modernos las niñas se crían sin haber aprendido a asumir esas obligaciones. Las jovencitas reciben escasa o ninguna preparación para la maternidad y para llevar un hogar.

De golpe se ven comprometidas con un hombre y un niño y no saben qué hacer con ninguno de los dos, mucho menos con la casa y la cocina. Para ellas hasta ese momento un muchacho era un compañero de aventuras románticas; un esposo era una especie de quimera. A su entender, todo ello no representaba ningún esfuerzo. Sin embargo, las realidades de la vida cotidiana contrastan enormemente con ese cuadro. Aun con las comodidades de la vida moderna, que alivian mucho el trabajo de llevar un hogar, criar niños es una tarea de jornada completa.

La labor de una madre exige la fuerza de Sansón, la sabiduría de Salomón, la paciencia de Job, la fe de Abraham, la perspicacia de Daniel, y el valor y la habilidad administrativa del rey David. David era un luchador, y para ser madre hay que tener espíritu de lucha. Por si fuera poco, también se necesita el amor de Dios, de eso no cabe duda.

Yo creo que el trabajo de una madre es prácticamente el más importante del mundo. Las madres



Nunca pasará de moda

Mensaje de Jesús para las madres

La maternidad tradicional nunca pasa de moda, porque su esencia misma es el amor. Yo creé al hombre con la necesidad de ser amado y dispuse que la madre fuera el primer ser en transmitirle ese amor. Una madre es la encarnación de la ternura, el desvelo y el amor. Hasta el nene más pequeño es capaz de percibir y responder a ese amor.

Si eres, pues, de las que piensan que se están perdiendo algo o que viven en el pasado por estar en casa sin hacer otra cosa que cuidar del bebé o criando a varios niños cuando podrían estar siguiendo una carrera o profesión, reflexiona. ¡El amor es lo mejor de la vida! Es lo más importante que alguien puede aprender y, a la vez, el obsequio más valioso que se puede recibir. Y una madre lo encarna y lo entrega como nadie. El mundo podría seguir adelante perfectamente bien sin muchas cosas, pero no sin madres. La maternidad *a la antigua* nunca pasará de moda. ◇

de la próxima generación labran el futuro. El mundo del mañana lo modelan las madres de hoy, según la educación que brinden a sus hijos.

Sin lugar a dudas, mi madre influyó más en mi vida que ninguna otra persona. Aunque no siempre podía estar conmigo a causa de la labor que realizaba para el Señor en calidad de evangelizadora y pastora, en todo momento yo era consciente de su presencia espiritual, de su amor y de lo que opinaba sobre las cosas. Naturalmente, otros también influyeron muchísimo en mí, entre ellos mi abuelo y mi padre. En la vida de los chicos se conjugan muchas influencias; múltiples personas y factores contribuyen a moldearlos: padres, niñeras, profesores, guías scouts, maestros de escuela dominical, tíos, amigos a quienes admiran, libros y demás. Hoy en día es probable que reciban más influencia de la televisión y las películas.

A lo largo de mi infancia, conocí personas estupendas y muy consagradas, que contribuyeron a moldear mi personalidad y a hacer de mí el



hombre en que me convertiría después. Recuerdo bien a las institutrices y catequistas que mis hermanos y yo teníamos de chicos. Nos leían la Biblia y nos contaban pasajes de la Historia Sagrada.

La Biblia misma y los relatos bíblicos bien presentados influyeron enormemente en mí. Sabía muy bien que se trataba de la voz de Dios, el cual me hablaba por medio de Su libro. Dios pues, influyó muchísimo en mi vida a través de mis profesores y de mis padres, que me formaron en la fe. Desde muy pequeño conocía al Señor, el cual tuvo un poderoso efecto en mi vida. También aprendí mucho leyendo libros, sobre todo los clásicos, que estaban llenos de idealismo y heroísmo.

La enseñanza de mi padre también ejerció una tremenda influencia en mi vida cuando yo era un joven adolescente. Esa es una edad crítica en que se comienza a aprender mucho del mundo, sobre todo de amigos y compañeros. Los adolescentes son muy idealistas. A esa edad principian a formarse ideas muy firmes sobre lo que consideran correcto. Empiezan a cristalizarse sus ideales, valores morales, metas, anhelos y patrones de conducta.

Yo fui lleno del Espíritu Santo a los 19 años. Desde entonces se puede decir que me metí de lleno en la Biblia. Devoraba las Escrituras continuamente. A partir de entonces Jesús fue en realidad quien tuvo mayor ascendiente sobre mí.

Cuando salí del colegio, me dediqué por entero a acompañar a mi madre en su labor evangelizadora, y no dejé de sentir su influencia. A los 25 años me casé, y al poco tiempo aparecieron otras personas que influyeron muchísimo en mí: mis propios hijos.

Los niños nos llevan a tomarnos las cosas en serio y nos estimulan a conducirnos bien y a hacer el bien, a darles buen ejemplo y a instruirlos en el camino en que deben andar. Nos damos cuenta de la gran responsabilidad de tener la vida de

un niño en nuestras manos y del hecho de que se va a convertir en lo que nosotros hagamos de él. Por eso es posible que la última y mayor influencia que recibamos en la vida provenga de nuestros hijos.

Los psicólogos dicen que los niños aprenden más en los cinco primeros años de vida que en todo el resto. Esos primeros años son, pues, importantísimos. No podemos esperar hasta que hayan cumplido esa edad para iniciar nuestra labor educadora. Todos y cada uno de los días que van pasando son importantes. Los padres no solo tenemos la obligación de velar por que nuestros hijos coman y duerman bien, gocen de buena salud, tengan ropa y estén protegidos, sino también por que reciban formación y enseñanza, estímulo mental e inspiración espiritual.

Criar a un niño es una tarea de gran magnitud, la cual debemos tomarnos muy en serio. Dios va a pedir cuentas a los padres que no la asuman debidamente o no cuiden de ellos como corresponde. Si ambos cónyuges se ven obligados a salir a trabajar o por algún otro motivo no están en condiciones de brindar a sus hijos los cuidados que merecen, es su responsabilidad ante ellos y ante Dios conseguir a alguien que esté calificado y tenga la suficiente dedicación para hacerlo bien. Lo mismo se aplica a los padres y madres solteros.

Vuelvo a insistir en lo importantes que son los niños para el futuro, y en lo primordial que es la labor de una madre. Dios bendice a toda madre que se entregue por entero a esos preciosos obsequios que Él le ha dado por la eternidad: sus hijos. Es más, sin duda la bendice a diario por medios que los demás ni siquiera pueden imaginarse.

Instruye al niño en el camino correcto y aun en su vejez no lo abandonará (Proverbios 22:6). Cuando hayan crecido, tus hijos se sentirán agradecidos de haber tenido una madre de verdad. ◇

La clave para criar niños felices, bien adaptados y de buen comportamiento es en realidad bastante simple: el amor. Lo que no siempre es tan simple ni fácil es saber cómo aplicar ese amor. A continuación reproducimos diez consejos que sin duda te serán de utilidad.

Secretos para ser buenos padres

1 **Lleva a tus hijos a aceptar a Jesús.** Hay veces en que el amor natural que Dios te ha dado por tus hijos no basta para satisfacer sus necesidades. Les hace falta su propia conexión con la fuente del amor —Dios mismo—, y esa conexión la consiguen aceptando a Jesús.

Establecer un vínculo con Jesús es tan sencillo que hasta los niños de dos años son capaces de hacerlo. Basta con que les expliques que si le piden que entre en su corazón, Él se convertirá en su mejor Amigo, los perdonará cuando se porten mal y los ayudará a portarse bien. Luego enséñales a hacer una oración como esta: «Jesús, perdóname por portarme mal a veces. Entra en mi corazón y sé mi mejor Amigo para siempre. Amén».

2 **Transmíteles la Palabra de Dios.** ¿Qué podría ser más beneficioso para tus hijos que enseñarles a hallar fe, inspiración, orientación y respuestas a sus interrogantes y problemas en la Palabra? «La fe viene por el oír la Palabra de Dios» (Romanos 10:17). La lectura diaria de la Palabra es clave para progresar espiritualmente. Eso es válido a cualquier edad.

Si tus hijos son bastante pequeños, puedes empezar por leerles una Biblia para niños o libros de Historia Sagrada, o viendo con ellos videos basados en la Biblia y explicándoles lo que sea necesario. Sé constante y hazlo divertido. En poco tiempo tus hijos estarán «sobreedificados en [Jesús] y confirmados en la fe» (Colosenses 2:7). Así habrá menos probabilidades de que se descarrien a causa de influencias malas o de que busquen respuestas en otros sitios, pues su vida estará fundamentada en el cimiento sólido de la Palabra de Dios.

3 **Enséñales a actuar motivados por el amor.** Dios quiere que todos obremos bien, no por temor al castigo, sino porque lo amamos y amamos al prójimo. Si tus hijos han aceptado a Jesús y les has enseñado a amarlo y respetarlo, y a amar y respetar a los demás, y vas reforzando esos principios, con el tiempo aprenderán a tener esa motivación.

Desde muy temprana edad puedes enseñarles a practicar el amor siendo desinteresados y considerados con los sentimientos y necesidades ajenos. Jesús lo resumió en Mateo 7:12, en lo que se conoce como la Regla de Oro. La siguiente paráfrasis es un estupendo punto de partida para enseñar a los pequeñitos a tener el amor por motivación: «Trata a los demás como te gustaría que te trataran».

4 **Promueve una comunicación franca y sincera.** Si tus hijos saben que vas a reaccionar con calma y con amor pase lo que pase, es mucho más fácil que te confíen sus intimidades. Si cultivas una relación de confianza y entendimiento mutuo cuando todavía son pequeños, es mucho más probable que mantengan abierta esa línea de comunicación cuando lleguen a la preadolescencia y la adolescencia, período en que sus emociones y problemas se vuelven mucho más complejos.



5

Ponte en su lugar. Procura relacionarte con tus hijos a su nivel y no esperar demasiado de ellos. Recuerda también que la gente menuda suele ser más sensible que las personas mayores, así que es importante tener mucha consideración con sus sentimientos. Todos sabemos lo descorazonador que es que nos pongan en situaciones embarazosas, que nos ofendan o nos denigren. Si tomamos conciencia de que esas experiencias desagradables pueden ser aún más traumáticas para los niños, haremos todo lo posible por evitarles ese tipo de incidentes.

6

Da buen ejemplo. Sé el mejor modelo de conducta que puedas, pero sin pretender haber alcanzado la perfección. Manifiéstales amor, aceptación, paciencia y perdón, y esfuérzate por practicar las demás virtudes y por vivir conforme a los valores que quieres enseñarles.

7

Establece reglas razonables de conducta.

Los niños son más felices cuando saben cuáles son los límites, y esos límites se hacen respetar sistemáticamente, con amor. Un niño malcriado, caprichoso e irresponsable se convierte en un adulto igualmente malcriado, caprichoso e irresponsable. Es, pues, importante que aprenda a responsabilizarse de sus actos. La meta de la disciplina es la autodisciplina, sin la cual un niño se ve en franca desventaja en el colegio, y posteriormente en el trabajo y en la sociedad.

Uno de los mejores métodos para establecer reglas es conseguir que los niños mismos ayuden a fijarlas, o al menos que las acepten de buen grado. Requiere

más tiempo y paciencia enseñarles a tomar buenas decisiones que castigarlos por decidir mal, pero a la larga es más eficaz.

8

Prodígalos elogios y aliento. A los niños les pasa lo que a todos: los elogios y el aprecio los motivan a hacer enormes progresos. Cultiva su autoestima elogiándolos sincera y constantemente por sus buenas cualidades y sus logros. Recuerda también que es más importante y da mucho mejor resultado elogiarlos por su buen comportamiento que regañarlos cuando se portan mal. Si te propones hacer siempre hincapié en lo positivo, tus hijos se sentirán más amados y seguros.

9

Ámalos incondicionalmente. Dios nunca se da por vencido con nosotros ni deja de amarnos por mucho que nos descarriemos. Así también quiere Él que seamos con nuestros hijos.

10

Reza por ellos. Por mucho que te esfuerces y por muy bien que hagas todo lo demás, te verás en situaciones que escapan a tu control o que requieren más de lo que tú puedes aportar. Sin embargo, nada escapa al control de Dios ni supera Su capacidad. Echa mano de Sus ilimitados recursos por medio de la oración. Él conoce todas las soluciones y puede satisfacer toda necesidad. «Pedid, y se os dará» (Mateo 7:7). «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto» (Santiago 1:17).

¡Que lo disfrutes! ■

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Los niños

LOS NIÑOS SON UNA BENDICIÓN DEL SEÑOR.

Génesis 49:25

Salmo 113:9

Salmo 127:3-5

DIOS CONOCE Y AMA A LOS NIÑOS AUN ANTES QUE NAZCAN.

Salmo 22:10

Isaías 49:1

Jeremías 1:5

LA FORMACIÓN QUE RECIBAN EN SUS PRIMEROS AÑOS LOS GUIARÁ TODA LA VIDA.

Proverbios 22:6

SI DESCUIDAS A TUS HIJOS EN FAVOR DE OTRAS COSAS, TANTO ELLOS COMO TÚ SUFRIRÁN LAS CONSECUENCIAS.

Proverbios 29:15b

DEBEMOS ENSEÑAR A NUESTROS HIJOS LA PALABRA DE DIOS.

Deuteronomio 6:6,7

Isaías 38:19b

Joel 1:3

Juan 21:15

2 Timoteo 3:15

ENSEÑA A TUS HIJOS A CONFIAR EN DIOS.

Salmo 22:9

Salmo 34:11

Salmo 78:6,7

DEBEMOS LLEVAR A NUESTROS HIJOS A ACEPTAR A JESÚS.

Marcos 10:14

Juan 1:12

ÚNICAMENTE DIOS PUEDE ENSEÑARLES LO MÁS IMPORTANTE DE LA VIDA.

Salmo 25:5

Proverbios 8:32,33

Isaías 54:13

CONSEJOS PARA PADRES

David Brandt Berg

LOS NIÑOS NO ENTIENDEN TODO LO QUE SUCEDE, pero confían en que nosotros sí lo entendemos, y en que lo que decimos es válido y cierto. Tienen fe en nosotros. Por eso es tan importante tratar sus sentimientos con mucho cuidado y oración.

CUANDO LOS NIÑOS PEQUEÑOS están en vena de llevar la contraria, no es el momento de pedirles nada. A todo dicen que no.

HACE FALTA TENER REGLAS, pero no pongas más de la cuenta. Cuantas menos reglas estrictas haya, de esas cuyo incumplimiento acarrea un castigo, mejor.

CADA NIÑO TIENE SU PROPIA PERSONALIDAD, y a cada uno hay que tratarlo según su grado de madurez y sus características y personalidad particulares.

SI TE PONES EN EL LUGAR DE TUS HIJOS, estarás en mejores condiciones de entender sus conflictos.

HAY QUE DECIDIR QUÉ REGLAS SE DEBEN OBEDECER sin falta y sin excepción, y cuáles se pueden flexibilizar a veces. Para ello, sin embargo, hace falta la sabiduría de Dios. Por eso, esas decisiones se deben tomar, en la medida de lo posible, con mucha oración, consultando con el Señor y Su Palabra, no a la ligera.

HACE FALTA MUCHO TINO PARA SABER cuándo tratar de convencer a un joven para que proceda según lo que la experiencia nos indica que dará mejor resultado, y cuándo debemos acceder a hacer las cosas a su manera. A veces la autoestima que adquiere cuando se le confía una decisión o cuando ve que estamos dispuestos a tomar en cuenta sus deseos y opiniones importa más que las ventajas de que haga las cosas como le decimos. Y como es natural, con frecuencia la experiencia es el mejor maestro.

DIOS NOS HA DADO EJEMPLO. Debemos proceder con nuestros hijos como Él lo hace con nosotros. Él procura persuadirnos a obrar como es debido, a hacer lo que da mejor resultado; pero nos da libre albedrío y nos permite tomar nuestras propias decisiones. Cuando no haya inconveniente, hagamos lo mismo con nuestros hijos mientras todavía son pequeños. Eso los facultará para tomar decisiones acertadas cuando lleguen a mayores y lo que esté en juego sea más trascendente. ◀

PADRES DE VERDAD

DAVID BRANDT BERG

TODO NIÑO NECESITA un padre o una figura paterna. Con el transcurso de los años, el padre cobra cada vez más importancia, incluso más que la madre. El padre adquiere mucha relevancia en la pubertad, cuando el niño necesita disciplina y energía. Los que imponen la disciplina en las familias generalmente son los padres. Las madres, en cambio, tienden a ser más blandas, más indulgentes, en particular si lo tienen que hacer todo solas.

El hombre puede empezar a ser buen padre cuidando bien de

la madre antes que nazca el niño. Luego debe aprender a ayudarla con el bebé. Es preciso que tome conciencia de lo agotador que es para ella y que lleve lo más posible de la carga.

Criar un niño no siempre es fácil ni divertido; pero cuando los padres tienen verdadero amor el uno por el otro y también por la criatura, hacen lo que sea que haga falta. Además, resulta más fácil si tienen presente el milagro que ha tenido lugar: Dios ha creado un alma inmortal y se la ha confiado a ellos. Desde ese momento tienen la obligación de sacar adelante al niño, con la ayuda de Dios, por supuesto.

A mí me encantaba ser padre. Todos los días dedicaba horas a mis hijos. Cuando eran lactantes, les preparaba biberones por la noche; y cuando fueron más grandecitos les preparaba el desayuno. Les enseñé a comer,

Dios ha creado
un alma inmortal
y se la ha
confiado a ellos.

a vestirse y muchas otras cosas. Me daba mucha satisfacción, me resultaba muy gratificante.

Procuraba pasar por lo menos una o dos horas diarias con ellos. En cuanto entendieron el lenguaje hablado, comencé a leerles relatos de la Biblia. Claro que cuando eran muy pequeños no lo captaban todo, y los más chiquititos normalmente se quedaban dormidos primero. Les leía una versión clásica y la traducía al lenguaje infantil, explicándoles casi cada versículo. Luego representaba el relato, y ellos quedaban fascinados.

Algún día te alegrarás de haber participado en el cuidado y la formación de tus pequeños. Habrás contribuido a formar seres humanos, una tarea apasionante

¿Te sientes capacitado para ello? Es posible que no, pero Dios es más que capaz, y te ayudará si tú pones de tu parte. ✠

ORACIÓN DE UN PADRE

Ayúdanos a vivir de tal manera que todos nuestros hijos adquieran nuestras mejores virtudes y dejen atrás nuestros mayores fracasos. Muéstranos cómo podemos transmitirles la luz de la valentía y la compasión, y el espíritu de búsqueda. Que esa luz brille con mayor fulgor en ellos que en nosotros.

Robert Marshall





EL LADO MALO

DE LOS ENTRETENIMIENTOS MODERNOS

David Brandt Berg

¿HAS OBSERVADO QUE ACTUALMENTE lo que más motiva las risas del público son los comentarios mordaces que hacen los actores para ridiculizarse y herirse el uno al otro? Eso se considera gracioso. Para mí es ofensivo. Cuando yo era chico, ese comportamiento resultaba chocante y ofensivo. Ahora en cambio suscita carcajadas en los espectadores.

Ya casi no se ve ninguna película o teleserie en la que los niños no discutan ni tengan tremendas peleas. Y los padres igual: están continuamente discutiendo y denigrándose el uno al otro delante de sus hijos, y de los tuyos. Ha llegado a ser la norma en las familias que aparecen en los medios de difusión; de ahí que a los niños no les extrañe en absoluto que los miembros de una familia se conduzcan así.

Da lástima decirlo, pero probablemente es un fiel retrato del típico hogar norteamericano. Al fin y al cabo, la mayoría de las teleseries se producen en EE.UU. y van dirigidas al público de ese país. Si bien esa clase de trato puede considerarse *la norma*, eso no significa que sea aceptable. Es una falta de consideración, es hiriente y ofensivo. Y lo peor es que ¡es contagioso! Se está convirtiendo rápidamente en símbolo de la vida doméstica en casi todas partes, mayormente por la influencia que tienen esas teleseries en todo el mundo. ¡Qué horror!

Los niños imitan lo que ven y escuchan, y por naturaleza tienden a copiar lo negativo. Los más pequeños, sobre todo, no siempre son capaces de distinguir entre el bien y el mal, y les resulta aún más difícil cuando se ensalza a

los culpables de conductas réprobas haciéndolos parecer envidiables y *buenos* en otros sentidos. Los muestran bien parecidos, prósperos, simpáticos, más listos que las personas mayores y con plena libertad para hacer lo que les plazca.

Los niños se encuentran en un proceso de formación de los valores sobre los cuales fundamentarán su conducta el resto de su vida. Es obligación de los padres orientarlos a través de ese proceso. Los cabezas de familia están faltando a su deber si dejan a sus hijos ver lo que quieran en la televisión sin ningún tipo de orientación ni explicación sobre lo que es y lo que no es socialmente aceptable. Eso vale también para los programas orientados a los niños, incluidos los que ostentan la etiqueta de *didácticos*.

El solo hecho de que una película o serie de televisión esté catalogada de *apta para niños* no significa que sea buena para los *tuyos*. Corresponde a los padres tomar esa decisión. Ellos tienen también el deber de apartar a sus hijos de lo negativo, ya sea evitando exponerlos a esas influencias, o bien explicándoles por qué son perjudiciales y no conviene imitarlas.

El mundo del entretenimiento mediático está que da pena. Podría ser un

excelente medio de instrucción, como lo fue en otros tiempos; sin embargo, está cada vez peor.

En los principales órganos de difusión actuales raramente se hace mención de Dios, como no sea en las blasfemias. El ocultismo se presenta como algo intrigante y genial. A las personas religiosas, en cambio, generalmente las pintan como si estuvieran chifladas. Cuando yo era chico, muchas películas hacían referencia a Dios y a la oración de forma positiva y reverente. Hasta los peores personajes terminaban casi siempre enmendándose y escarmentando. En aquellos tiempos las películas tenían un final feliz, con moralejas y enseñanzas.

Hoy en día es todo lo contrario. A veces difícilmente se puede distinguir entre los buenos y los malos. Y lo que más repudio son esas películas en las que al final triunfa el mal.

En las dramatizaciones griegas, la ópera clásica europea y las obras teatrales de Shakespeare ocurrían muchas tragedias; pero siempre dejaban alguna enseñanza. Para los griegos, el dolor y la tristeza que provocaban las tragedias eran beneficiosos por su efecto purificador. Las tragedias de Shakespeare tenían profundidad y sentido. Todas

las fábulas de Esopo tenían su moraleja al final.

En contraste, la mayor parte de la música, las películas, la televisión, los videos y otras formas de entretenimiento de la actualidad no comunican nada serio y valioso. Lo dejan a uno con una sensación de desesperanza. «Todo es una calamidad. El mundo está desquiciado. Dios debe de ser un monstruo para haber creado un mundo así». Se lo achacan todo a Dios. Aunque no lo nombren, eso dan a entender: «¿Qué culpa tengo yo? ¡Es injusto! ¿Por qué me tiene que suceder esto a mí?»

En los dibujos animados de antes ya se veía bastante violencia: los personajes se liaban a palos, salían disparados por los aires, de todo. Sin embargo, algunos dibujos animados actuales son aún peores: inician a los niños en la brujería y los hechizos. A mí me gusta mucho lo sobrenatural, siempre que se acentúe la parte buena; pero muchos de los dibujos animados de hoy en día presentan y promueven la parte nefasta, todo lo que ofrece Satanás. ¡Parece que hubiéramos vuelto al oscurantismo medieval! ¡Es atroz!

Lo mismo sucede con gran parte de la música y los videoclips de hoy en día. Casi no se entienden las letras. Al menos la mayoría de la gente mayor no logra entenderlas sin hacer un gran esfuerzo. Pero si uno se lo propone, o si lee las letras [la mayoría se encuentran en Internet], en muchos casos uno se espanta al ver las perversiones y los valores trastocados que los compositores y las bandas enseñan a la gente joven a través de su música.

Los padres de familia debemos revisar detenidamente las influencias a las que están expuestos nuestros hijos y decidir si esos son los modelos de conducta que queremos para ellos. No olvidemos que el día de mañana ellos serán el producto de lo que vean, escuchen y emulen hoy. ◀

PADRES PROACTIVOS

Cómo sacarle provecho a la televisión

- No dejes que tus hijos vean la televisión sin ninguna guía.
- Antes de permitir que vean una película o un programa de TV, revísalo o lee una reseña del mismo. Aplica un criterio selectivo.
- Procura que los ratos que pasen frente al televisor —viendo diversos programas, documentales o películas— sean entretenidos y a la vez didácticos. Siéntate con ellos y coméntalos. Les ayudará a formarse un buen criterio.
- Habla con sus hijos de lo que hacen con sus amigos en sus ratos de esparcimiento, no con suspicacia, sino para ayudarlos a formar sus valores y ser consecuentes con ellos.
- Compensa la TV con otras actividades divertidas: juegos grupales, deportes, excursiones, etc.



JUNTOS EN LA CUERDA FLOJA

La adolescencia, edad de decisiones

ADAPTACIÓN DE UN ARTÍCULO DE DAVID BRANDT BERG

AUNQUE EN LOS PRIMEROS AÑOS de la adolescencia los niños pegan un estirón y prácticamente alcanzan la estatura que tendrán de adultos, muchas veces siguen teniendo una mentalidad y una conducta infantiles. Esa es la edad en que muchos hacen locuras y se meten en líos. Y claro, si continúan por ese camino sin que nadie los ayude a encarrilarse, es previsible que vayan de mal en peor.

La adolescencia es una edad de decisiones, una etapa complicada y azarosa. Los chicos buscan entonces su nicho, quieren encajar en alguna parte, y viven afanados por eso. Cuesta vivir con ellos; hasta a ellos mismos les cuesta vivir consigo mismos. Se enfrentan a muchos dilemas, fluctúan continuamente. En esos años los jóvenes suelen ser muy idealistas, y critican agriamente a sus padres y a otros adultos porque no son perfectos.

La analogía del acróbata que se desplaza sobre una cuerda floja a gran altura describe con bastante acierto la transición entre la niñez y la edad adulta. En esas circunstancias los adolescentes necesitan un guía, una compañía, un modelo de conducta claro, que puede ser uno de los padres u otra persona. Pero siempre alguien que los ayude a lograr un equilibrio y una estabilidad y que les inspire confianza y tranquilidad hasta llegar al otro extremo.

Si bien muchas veces los jovencitos no lo demuestran, la verdad es que les gusta que haya una autoridad. Quieren que se los oriente y tienen conciencia de que necesitan tutela. Desean ayuda, pero uno tiene que ganarse su confianza. Hay que demostrarles que se los quiere de verdad y que uno desea ayudarlos.

Los primeros años de la adolescencia van acompañados del deseo de tomar decisiones propias y controlar ellos las riendas de su vida. Eso es intrínseco al proceso de desarrollo, porque se están haciendo adultos. Claro que a esas alturas los padres ya les deberían haber enseñado a tomar buenas decisiones; si para entonces no lo han hecho, se producirá un desbarajuste. En ese caso, uno puede pensar equivocadamente que ya es tarde; sin embargo, mejor es empezar tarde que nunca. Y es

que en realidad, con la ayuda de Dios, nunca es tarde.

Cuando mis cuatro primeros hijos desembarcaron en la adolescencia, yo procuré aconsejarlos y orientarlos. No obstante, dejaba que, en definitiva, decidieran ellos lo que iban a hacer. Les decía: «Tú sabes lo que está bien y lo que está mal. ¿Qué crees que debes hacer?»

Muchas veces pretendían que su madre o yo decidiéramos por ellos, para eludir toda responsabilidad en caso de que las cosas no salieran bien. En otras ocasiones insistían en que les diéramos permiso para hacer algo que ellos sabían que no debían, a fin de poder quedarse con la conciencia tranquila.

Yo me limitaba a decirles: «No me pregunten a mí. Ustedes saben discernir entre lo que está bien y lo que está mal. ¿Qué consideran correcto hacer ustedes?» Después se alegraban de que hubiéramos dejado la decisión en manos de ellos; sabían que así tenía que ser. Además, ese gesto les demostraba que los respetábamos y les teníamos confianza, algo muy importante a esa edad.

La mayoría de las veces sabían lo que debían hacer y acertaban en sus decisiones. Y después de cometer uno o dos desaciertos, reaccionaban y tomaban una buena determinación si se les daba un par de consejos presentados con tino. Tengo la certeza de que la mayoría de los chicos harán lo mismo: sólo hay que tratarlos con amor, paciencia y comprensión.

La tarea de orientar a los hijos adolescentes es difícil y requiere sacrificios. A veces hasta nos puede asustar. Pero también es emocionante y proporciona muchas satisfacciones. ■

FE

Y

PRUEBAS



«Sufre
penalidades
como buen
soldado de
Jesucristo»
[2 Timoteo
2:3].

Luchadores

Muchos cristianos nacidos de nuevo se forman la idea de que ni bien aceptan a Jesús se resuelven de una vez para siempre todos sus problemas. Piensan que nunca más tendrán dificultades, lo cual dista mucho de la realidad.

Al dialogar con gente nueva en la fe acerca de las pruebas y dificultades que enfrentaban —sobre todo a los que daban testimonio de su nueva fe ante los demás—, mi madre siempre decía: «El Diablo no empieza a disparar hasta que sales de la trinchera», una analogía con la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Los soldados de ambos bandos muchas veces se pasaban días o semanas apiñados en sus trincheras sin disparar un solo tiro. Pero en cuanto uno de los dos ordenaba un avance y salía de sus trincheras para atacar el territorio del otro, éste comenzaba a torpedearlo con toda su artillería.

Me recuerda la historia del viejo Samuel, un negro cristiano muy devoto. Era criado de un poderoso hacendado, dueño de una plantación en el sur de los EE.UU., que además era ateo. Un día su amo le preguntó:

—Samuel, ¿cómo explicas que tú, siendo creyente, sufras tantas contrariedades, pruebas y tribulaciones? Fíjate: Yo ni siquiera creo en Dios y, sin embargo, no tengo tantos problemas como tú.

—Vaya, mi amo —contestó Samuel—, voy a tener que echarle un poco de cabeza a eso para poder responderle.

Unos días más tarde fueron juntos a cazar patos. Después de haber disparado a varios patos, el hacendado le gritó:

—¡Embolsa a los que estén vivos! ¡Deja a los muertos tirados!
(En la caza de aves, algunas caen muertas y otras sólo

David Brandt Berg

Con Dios de nuestra parte no podemos perder, porque estamos con los vencedores.

quedan momentáneamente lastimadas. A veces hasta pueden volver a levantar vuelo si el cazador no las agarra enseguida.)

Al regresar el viejo Samuel con los patos, le dijo a su amo:

—Patrón, creo que ya tengo la respuesta a lo que me preguntó el otro día: ¡Yo soy uno de los vivos! El Diablo tiene miedo de que me vaya a escapar; por eso trata de embolsarme a mí primero. Usted es uno de los muertos. El Diablo ya lo agarró; por eso ya no se preocupa de usted.

El Diablo pone el máximo de empeño en neutralizar a toda persona que hace poco haya aceptado a Jesús. Una vez que somos salvos, el Diablo ya no puede recobrarnos, ya que la Salvación no se puede perder. Somos del Señor para siempre. La batalla por la salvación del alma está ganada y la victoria conseguida es permanente. (Juan 6:37; 10:28,29).

Sin embargo, aunque el Diablo no pueda recuperarnos, sí puede causarnos muchos inconvenientes. Sobre todo se esfuerza por evitar que sirvamos a Dios y que conquistemos a otras personas para el reino del Señor. Cada persona que se convierte a Cristo constituye una amenaza para el Diablo. Cada nuevo converso es capaz de arrebatarle a cientos de personas, de modo que el Maligno procura acabar con su utilidad para el Señor.

Ante dichos embates, algunos cristianos principiantes dudan: «Al fin y al cabo, ¿de qué me valió salvarme? ¡Ahora estoy pasando por unas pruebas espantosas!» Quienes se quejen de eso deben recordar lo que Jesús ha hecho por ellos. Están *salvados*; eso es lo principal. Tienen asegurada la vida eterna, no se irán

al infierno. Ya no tienen por qué preocuparse de la muerte.

¿Qué clase de gratitud es esa? ¿Qué hay del amor y la lealtad? ¿Es que no tiene caso defender el amor de nuestro Salvador? ¿Acaso no merece la pena luchar por nuestros hermanos y hermanas cristianos? Tal vez no quiera uno soportar todas esas pruebas y tribulaciones por causa de sí mismo; pero ¿no debería estar dispuesto a luchar por otras personas?

Además debemos tener presente que ser cristiano redunda en cantidad de beneficios. Nos respaldan todas las promesas de la Biblia. Si bien la Biblia dice: «Muchas son las aflicciones del justo», la segunda mitad del mismo versículo reza: «pero de todas ellas le librará el Señor» (Salmo 34:19). Aunque tengamos que hacer algunos sacrificios, el Señor nos lo compensará cien veces más en esta vida (Marcos 10:30). Encima tenemos paz interior, sosiego en el corazón y una gran satisfacción gracias a todo lo que hacemos por el Señor (Isaías 26:3; Juan 14:27; Romanos 5:1; Filipenses 4:7).

Sabemos que a la larga ganaremos, pase lo que pase. No obstante lo encarnizada que se ponga la lucha o lo arduas que sean las batallas cotidianas, vamos a ganar la guerra. La victoria final ya es nuestra. No podemos perder, porque estamos con los vencedores.

Es preciso fijar la vista en las recompensas eternas, como dice Hebreos 11, el capítulo sobre la fe: «Por la fe, por la fe, por la fe...» Declara que todos los grandes patriarcas de la Biblia miraron hacia adelante, desde la óptica de la fe. No estaban satisfechos con ser ciudada-



nos del mundo presente. Anhelaban un país y una ciudad celestiales, una ciudad construida por Dios. Estaban dispuestos a pasar por todas aquellas pruebas y tribulaciones y a ser extranjeros y peregrinos aquí, un pueblo apátrida, porque sabían que a su tiempo tendrían patria, una por la cual valía la pena luchar, vivir y, en algunos casos, hasta morir. (Hebreos 11:13-16). Pablo escribió: «Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18).

Quienes hace poco han aceptado a Jesús deben entender que se trata de una guerra, de un choque entre dos mundos, una contienda entre el dominio del Diablo y el Reino de Dios. Ellos están del lado de las fuerzas victoriosas; pero aun así, tienen que combatir.

Al igual que en los ejércitos humanos, el Señor permite que uno enfrente algunas de las pruebas más difíciles al principio, durante el período de instrucción. Ni bien se enrolan en el ejército, a los reclutas se los hace pasar por lo más difícil para deshacerse de los tipos que no están hechos para la rigurosa vida militar. El Señor deja al Diablo

poner a prueba a los *reclutas* para ver si serán capaces de aguantar.

Servir al Señor es una lucha, pero con el tiempo aprendemos a disfrutar de ella, porque sabemos que formamos parte de las fuerzas del bien, del bando ganador. Además, tenemos un buen comandante —Jesús—, de quien estamos orgullosos. Felices vivimos por Él y le servimos.

Nos apasiona la batalla tanto como a los atletas las competencias. Nos gusta luchar contra el Diablo y vencerlo en la perpetua batalla por las almas humanas. Nos apasiona el combate en el frente, nos motiva la aventura, la emoción del triunfo, de cada victoria.

El Señor dice: «Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).

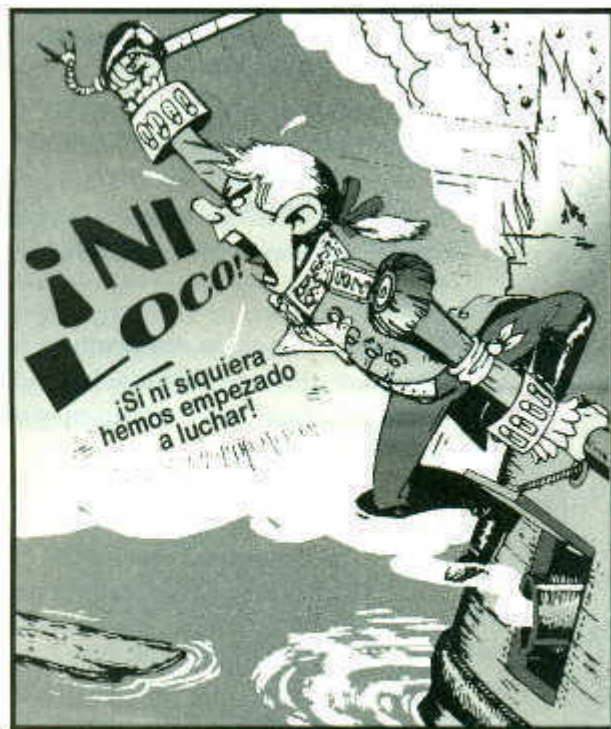
Me recuerda una anécdota que me contaron una vez sobre algo que dicen que ocurrió en Rusia en los primeros tiempos de la revolución bolchevique, cuando los comunistas perseguían denodadamente a los cristianos. Un pelotón de soldados del Ejército Rojo capturó a un grupo de cristianos y los obligaron a desnudarse sobre el hielo de un lago congelado. Los guardias les dijeron que si alguno quería salvarse de

«Sé fiel hasta la muerte, y Yo (Jesús) te daré la corona de la vida»
(Apocalipsis 2:10).

morir congelado lo único que tenía que hacer era negar su fe.

Así pues, los cristianos se congelaron y cayeron uno por uno, hasta que el último que quedaba no pudo soportarlo más. Vio que todos los demás se habían muerto y quedaba él solo, el último de todos. Se dirigió corriendo hacia los guardias, gritando que no aguantaba más, que negaría su fe. Al acercarse a ellos, de golpe uno de los soldados salió a su encuentro:

—¡Toma mi uniforme y mi arma!
—exclamó el guardia—. ¡Voy a morir en tu lugar! Estaba aquí mirándolos y a medida que cada uno caía vi que una corona descendía y se posaba sobre su cabeza. Pero justo en el momento en que la mano descendía del Cielo para coronarte a ti, te diste por vencido. Aquí tienes, toma mi uniforme y mi arma. Ocuparé tu



lugar. ¡Yo quiero esa corona!

No hay corona sin cruz, no hay testimonio sin dificultad. Sin prueba no hay triunfo y no hay victoria que se logre sin librar una batalla. Recuerda, para eso te enrolaste, para luchar y vencer. Así que adelante con la batalla. Vencerás siempre y cuando no dejes de luchar.

Sigamos el ejemplo de John Paul Jones, famoso capitán de navío norteamericano del siglo XVIII. Su nave había sido alcanzada por los cañones enemigos y se estaba hundiendo. La mitad de sus hombres había muerto y muchos otros estaban malheridos, entre ellos, él mismo. Cuando el capitán enemigo lo conminó a rendirse, exclamó: «¿Rendirme? ¡Ni loco! ¡Si ni siquiera hemos empezado a luchar!» Se negó a arriar bandera y a deponer las armas. Y a la postre salió victorioso. Así son los soldados que ganan, los que se niegan a dejar de luchar.

¡Que Dios nos dé soldados a quienes les guste luchar por el Señor con el arma de Su Palabra, que se regocijen derrotando al Diablo y que estén convencidos de que no pueden perder! ¡Héroes conquistadores a quienes les apasione vivir, luchar y sacrificarse por Jesús, sus hermanos y la verdad! A esos soldados no se los puede vencer. Aunque mueran en combate, no pueden perder: recibirán una corona de gloria.

El apóstol Pablo dijo: «He peleado la buena batalla de la fe, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia» (2 Timoteo 4:7,8). ¿Podrá cada uno de nosotros afirmar lo mismo? ■

Fe + Lucha = Victoria

Hay veces en que nuestra fe es probada hasta el límite para determinar su autenticidad. Hay que estar dispuesto a confiar en el Señor pase lo que pase, cualesquiera que sean las consecuencias. El caso de Job es muy ilustrativo, pues pese a haber perdido todo, no dejó de confiar en el Señor. Al final salió airoso y Dios le devolvió con creces lo perdido. El suyo es uno de los testimonios más contundentes que ofrece la Biblia. Armado de fe, Job se sobrepuso al sufrimiento, al fracaso y al desaliento. Esa es la mayor de las victorias: estar visiblemente vencido y, sin embargo, seguir confiando en el Señor. Para Dios eso debe de ser lo más admirable y grato. «Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4).

A veces la vida es una lucha. Exige fe, valor y mucha garra. Lo que nos ocurre a muchos es que nos rendimos cuando las cosas se ponen difíciles. Algunos desmayan (Hebreos 12:3), se rinden mental y espiritualmente.

Sin embargo, Dios nos habla de «la necesidad de orar siempre y no desmayar» (Lucas 18:1). «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálatas 6:9).

La voluntad es poderosa. «El ánimo del hombre soportará su enfermedad» (Proverbios 18:14). En muchas ocasiones la fe y la voluntad ardientes vencen impedimentos que se presumen insuperables. Por eso, no te rindas tan pronto, no dejes que te rescaten prematuramente, no abandones justo antes de la victoria. Cosas maravillosas pueden pasar en ese lapso de tiempo en que decides no rendirte, sino seguir creyendo y orando.

A Dios le gusta verte salir airoso de todas las pruebas y dificultades. Goza viéndote correr, ganar la carrera, soportar la aflicción y luchar alcanzar hasta la victoria.

David Brandt Berg

Lecturas enriquecedoras

Perseverancia

Perseverar es mantenerse constante en la prosecución de lo comenzado; manifestar paciencia y firmeza aun en la adversidad.

El Señor en muchos casos pone a prueba nuestra fe y perseverancia.

Ezequiel 22:14

2 Timoteo 2:3

2 Timoteo 4:5

Hebreos 12:7

A quienes soportan la prueba de su fe les aguardan recompensas.

Mateo 10:22

Hebreos 10:35–36

Santiago 1:12

Ejemplos de perseverancia tomados del cuadro de honor de Dios:

Abraham: Hebreos 6:15

Moisés: Hebreos 11:27

Los profetas: Santiago 5:10–11

Jesús: Hebreos 12:1–3

Pablo: 2 Timoteo 3:11; 2:10

Oración para hoy

Te agradezco, Jesús, no solamente los momentos felices que me concedes, sino también las tribulaciones y los pesares. Gracias por las situaciones difíciles que me hacen acudir a Ti. Bien valen la pena, pues siempre estás presto a atenderme, a consolarme y a sacarme adelante. Siempre puedo aferrarme a Ti sabiendo que, pase lo que pase, Tú me sostendrás. ¿Qué más puedo pedir?

puede que el panorama

a tu alrededor no sea muy promisorio, pero alzar la vista al cielo te resultará de lo más alentador

que te daría descanso cuando estuvieras agotada, y eso es precisamente lo que te concederé. Nunca te dejaré ni te abandonaré. Simplemente echa tu carga sobre Mí».

Descansé, pues, ya que Dios me había dicho que lo hiciera. Y eché mi carga sobre Él, porque también me había dicho eso. Dejé atrás mi enojo, me di la vuelta y me dormí. En los días que siguieron libré mi batalla contra el sarampión. Además logré esbozar una sonrisa la mayor parte del tiempo, pues no tenía objeto ventilar mi contrariedad con quienes me rodeaban.

Ahora veo la perfecta sincronización divina en todo. El día siguiente de recuperarme por completo fue sumamente ajetreado, lo que me indujo a agradecerle al Señor aquella semana de reposo físico y espiritual. También aprendí que no da resultado culpar a Dios de todas nuestras *calamidades*. Él tiene una muy buena razón para cada una de ellas.

Descubrí algo más: Él cumple Sus promesas. El representante me llamó para fijar una nueva fecha para la filmación. El Señor me había prometido eso en el mensaje que mi amigo había recibido para mí, ¿cierto? Eso demuestra que cuando pasamos tiempo con el Señor y depositamos nuestra confianza en Él, Él nos ordena el calendario a la perfección. •

No se puede ser amigo de Dios solamente cuando todo va bien. Si solo te avienes a creer y obedecer al Señor cuando todo anda bien, no lo vas a hacer muy frecuentemente, pues «muchas son las aflicciones del justo» (Salmo 34:19).

Lo bueno es que cuando tocas fondo puedes comenzar a subir, siempre que pidas auxilio al Señor. Cuando más oscura parezca la situación, no mires hacia abajo. ¡Alza la vista! Comienza a alabar al Señor, y así en muchos casos lograrás salir del abismo en el que el Diablo procura hundirte. Cuando te empuje a deprimirte y desanimarte, lucha. No te des por vencido. Ni siquiera le prestes atención.

Todo depende hacia dónde apuntas tu antena. Si estás descorazonado y cabizbajo es porque tu antena apunta hacia abajo, hacia el Infierno, en lugar de estar dirigida hacia arriba, hacia el Cielo. El escepticismo, el miedo, el desaliento y las quejas nos abaten. En cambio la fe, la confianza, el valor y las alabanzas al Señor nos infunden vida. ¡Pon los ojos en Jesús y vive!

No tienes más que abrir tu corazón y dejar entrar la luz del sol. Cuando miras hacia arriba, todo se ve posible. En lo alto, el sol siempre brilla.

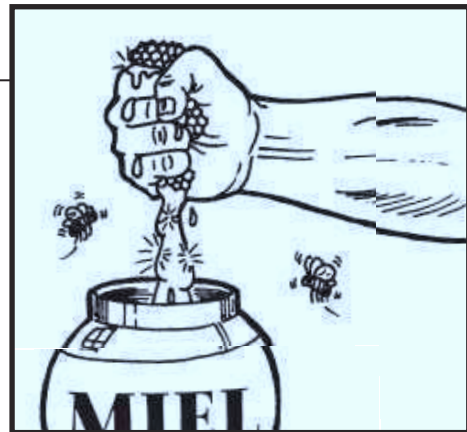
David Brandt Berg

Próximamente...

¿Te cuesta encarar la vida con optimismo? ¿Quieres aprender la fórmula para no dejarte abrumar por los problemas y desengaños? No te pierdas el próximo número de *Conéctate*.



GLORIA EN LUGAR DE CENIZA



Acostumbrábamos cantar esta cancioncilla acerca del Señor:

*Para el dolor, me da alegría.
El miedo ahuyenta con Su amor.*

*Con gloria cubre mi ceniza;
mi sombra, con luz de sol.*

Para que se manifieste la dulzura, tiene que haber algo de sufrimiento. Para producir la belleza de la llama, algo tiene que reducirse a cenizas.

Las bendiciones provienen del sufrimiento: «gloria en lugar de ceniza» (Isaías 61:3). En Hebreos 12, versículo 11, se expresa muy claramente este principio: «Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados».

Imaginemos una mano gigantesca que toma un panal y lo estruja para que brote la miel. O recuerde-

mos aquel episodio en que Moisés golpeó la roca: ésta sufrió un golpe, pero de ella fluyó el agua (Éxodo 17:1-7). Es preciso partir el corazón de piedra para que fluya el agua [del Espíritu de Dios] y refresque al pueblo. Otras analogías serían la de una bella flor que es macerada y aplastada, pero de ella emana la fragancia. O la de la música hermosa que brota de la garganta del pájaro: el ave casi da la sensación de estar sufriendo y, sin embargo, entona una canción. Aunque su canto sea triste, lo emite con ternura. Los gemidos no son quejas, sino cánticos de alabanza y agradecimiento a Dios. Melodías *agridulces*. Como dijo el poeta Percy Shelley: «Las canciones más tiernas son las que revelan los pensamientos más tristes».

La alabanza es la voz de la fe.

De no haber estado en tinieblas, no apreciaríamos la luz. No valoraríamos la

salud si nunca nos enfermáramos. No podemos apreciar la alegría mientras no conozcamos la tristeza. No apreciaremos la misericordia de Dios hasta que hayamos conocido la justicia del Diablo.

(Oración:) Ayúdanos, Señor, a no ahogar esa bella canción, por triste que sea; a agradecerte a pesar de nuestras penas. Ayúdanos a estar dispuestos a sufrir lo que sea necesario para que de nosotros brote Tu dulzura, Tu fragancia, Tu belleza, Tu canción, Tus aguas refrescantes. De lo que parecen derrotas Tú sacas algunas de Tus mayores victorias.

«[Dios] nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Corintios 1:4). •

Como ORO refinado



El paso
por el
crisol

NADA MALO LE SUCEDE A UN CRISTIANO sin que exista una buena razón. «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28). No te preocupes por las épocas de prueba y de debilidad ni pienses que se deben a que cometiste algún error imperdonable. Lo que sientes es la tierna mano del Señor sobre ti. Está forjándote para convertirte en la persona que sabe que puedes llegar a ser. No te está castigando. Está refinando y purificando tu espíritu, haciendo relucir tu belleza interior para que todos la vean.

Por incómodos que te resulten, esos quebrantos son ineludibles. Él tiene que hacer de ti una persona débil y humilde, tiene que llevarte hasta el punto en que acudas a Él de todo corazón e invoques Su ayuda. Sin embargo, en esos momentos de debilidad, cuando reconoces que dependes totalmente de Él, viene a

tu rescate, te infunde fuerzas espirituales y cincela ciertos aspectos de tu personalidad que no sería posible esculpir de otra forma.

Estás en manos del Señor, y Él llevará a buen término la obra que comenzó (Salmo 138:8). No te enojés con Él ni le guardes rencor por estas pruebas que no duran sino un tiempo. Más adelante, cuando veas que todo ello era necesario para que se cumpliera Su buen propósito, te alegrarás y se lo agradecerás.

DAVID BRANDT BERG



ANTIGUAMENTE LOS ORFEBRES tenían un método muy particular para determinar si el fuego refinador había eliminado todos los metales de baja ley y las impurezas del mineral de oro. Cuando podían ver su rostro reflejado en la superficie del metal fundido, estaban seguros de que el fuego había cumplido su fin purificador. No

quedaba más que oro refinado.

Job dijo: «Me probará, y saldré como oro» (Job 23:10).

El rey Salomón escribió: «El crisol para la plata, y la hornaza para el oro; pero el Señor prueba los corazones» (Proverbios 17:3).

El apóstol Pedro nos advierte: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido» (1 Pedro 4:12).

Cuando llega el momento en que Dios puede ver el rostro de Su amado Hijo reflejado en nuestra vida, sabe que Su fuego depurador ha cumplido su propósito.



Lo que acontece a los Suyos, sea lo que sea, toda prueba de la vida e ironía del destino, todo hecho grandioso, toda amarga odisea, no se deben al azar; siguen un plan divino.

ALICE REYNOLDS FLOWER

TREPANDO, A LA CUMBRE SE VA LLEGANDO

David Brandt Berg

LA VIDA ES UNA LUCHA A VECES. Exige fe, valor y mucho ánimo. Lo que nos ocurre a algunos es que nos rendimos cuando las cosas se ponen difíciles. Desmayamos, nos rendimos mental y espiritualmente. Sin embargo, la Biblia nos anima a «orar siempre, y no desmayar» (Lucas 18:1). También dice: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálatas 6:9).

Es impresionante lo que uno puede lograr a base de fe, cuando está bien sintonizado con el Señor y no sólo tiene fe, sino también mucho vigor, brío y energía. Hay que ponerle coraje al asunto. Hay que esforzarse. El triunfo consiste en un 10% de *inspiración* y un 90% de *transpiración*. La voluntad es poderosa. «El ánimo del hombre le sostiene [...]; pero ¿quién sostendrá el ánimo abatido?» (Proverbios 18:14, NC).

En muchos casos la fe y la voluntad ardientes superan obstáculos aparentemente insalvables. En nuestra debilidad, incapacidad e insuficiencia encuentra Dios la oportunidad de demostrar Su fuerza, Su capacidad y Su poder. Dice: «Bástate Mi gracia; porque Mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9). Jesús siempre tiene una victoria reservada para nosotros si no dejamos de pedirle ayuda. No te rindas prematuramente, no abandones justo antes de la cumbre. Algo maravilloso puede suceder en ese pequeño espacio de tiempo en que decides seguir creyendo y orando en vez de rendirte.

Es emocionante volver la vista atrás y observar nuestros progresos, recorrer con los ojos la accidentada senda por la que hemos subido y ver cuánto hemos avanzado. Y más emocionante aún es alzar la mirada y contemplar las cumbres que pronto hemos de alcanzar y los paisajes que en breve nos estremecerán si seguimos luchando, escalando, triunfando, y no nos damos por vencidos. □



LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Crecimiento interior

ES PRECISO QUE DESEEMOS
APRENDER Y APLICARNOS.

Proverbios 2:1-5

Proverbios 18:15

Mateo 5:6

1 Corintios 9:24-27

LA PALABRA DE DIOS NOS
PUEDE INSTRUIR.

Deuteronomio 6:6,7

Josué 1:8

Job 22:21,22

Salmo 119:9

Salmo 119:98-100

Proverbios 6:22

2 Timoteo 2:15

1 Pedro 2:2

2 Pedro 1:2-4

DEBEMOS ORAR ACERCA DE LO
QUE DIOS HA DISPUESTO QUE
APRENDAMOS.

Lamentaciones 3:40

Mateo 7:7,8

Santiago 1:5

DEBEMOS LLEVAR A LA
PRÁCTICA LO QUE APRENDEMOS.

Mateo 7:24,25

Santiago 1:22-25

LA INSTRUCCIÓN DIVINA ES
UNA FORMA EXPEDITA DE
APRENDER.

Proverbios 4:13

Proverbios 9:9

Proverbios 19:20

APRENDER LLEVA TIEMPO,
POR LO QUE DEBEMOS TENER
PACIENCIA.

Proverbios 4:18

Filipenses 1:6

Santiago 1:2-4



CORRE LA CARRERA

DAVID BRANDT BERG

COMENTARIO DEL VERSÍCULO HEBREOS 12:1

«**N**OSOTROS TAMBIÉN, TENIENDO EN DERREDOR NUESTRO tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (Hebreos 12:1).

Al igual que el resto de la Biblia, el texto original de esta epístola no estaba dividido en capítulos. Por eso hay que tener presente el capítulo anterior para saber a qué gran «nube de testigos» alude el apóstol Pablo. Y ese no es otro que el capítulo 11 de la epístola a los Hebreos, el cual ha sido llamado por algunos el Salón de la Fama de la Biblia. El apóstol Pablo se refería a todos los grandes hombres de fe del Antiguo Testamento, los cuales no sólo nos observan, sino que oran por nosotros. Son como los hinchas que tenemos en el estadio del Cielo, y están animando a su equipo: tú y yo y todas las demás personas

que sirven al Señor. Cuando alguien anota un gol, se entusiasman. Cada vez que conquistamos un alma, todos los ángeles del Cielo se regocijan (Lucas 15:10).

Piensa en lo estupendo que es tener a millones de testigos en el Cielo que nos observan y oran por nosotros. A veces el Señor hasta les permite venir a ayudarnos. Es que la principal acción se desarrolla en esta vida; aquí es donde tienen lugar las grandes pruebas y las mayores batallas. Una vez que partimos de este mundo nos esperan otras cosas, pero las pruebas fundamentales ocurren aquí. Todo el universo nos observa. Está pendiente de la final del campeonato mundial, por así decirlo. Y ya que todos están observándonos, ¿qué debemos hacer nosotros? El apóstol Pablo explica:

«Despojémonos de todo peso». ¿Qué son los pesos? Las cargas que nos frenan,

que nos dificultan la tarea. Dios permite que llevemos esos pesos por un tiempo para fortalecernos. En algunos casos, los corredores entrenan con pesas para tonificar sus músculos; y cuando se las quitan, más que correr, les parece que vuelan. Así que a veces el Señor permite que llevemos algunos pesos para fortalecer nuestros *músculos espirituales*. Pero una vez que han cumplido su función, es hora de dejarlos a un lado y correr la carrera.

«Y del pecado que nos asedia». ¿Qué es el pecado? No hacer lo más importante que Dios quiere que hagamos, y de la forma que Él desea. Es errar el blanco, no dar en la diana de Su voluntad. De modo que «despojémonos de todo peso y de los pecados», de cualquier cosa que nos impida desempeñarnos lo mejor posible y ser lo que Dios quiere que seamos.

Y después de despojarnos de todos esos pesos, distracciones y pecados, ¿qué tenemos que hacer? «Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante». Hay que hacer la voluntad de Dios, realizar la obra de Dios. Mientras llevemos a cabo la labor que nos ha encomendado y obremos conforme a Su voluntad, estamos corriendo la carrera.

Sólo se puede «correr con paciencia» si se tiene fe y confianza en el Señor. Si no tuviéramos paciencia, nos descorazaríamos y nos daríamos por vencidos, ¿verdad? Diríamos: «Estoy cansado de trabajar tanto, sobre todo cuando nadie me lo agradece, ni me aprecia, ni se da cuenta de lo dura que es esta tarea». Si no tuviéramos paciencia, no podríamos hacerlo. En otra epístola, el apóstol Pablo nos infunde ánimo diciéndonos: «No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos [si no nos desanimamos]» (Gálatas 6:9).

En esta carrera unos corren mejor que otros y recibirán mayores premios. Aunque no hayan tenido oportunidad de hacer lo que otros considerarían que

son grandes cosas para Dios, hacen todo lo que pueden y se esmeran por amar y ayudar al prójimo. Podría ser que algunas personas que realizan las tareas en apariencia más insignificantes al servicio del Señor sean las que reciban más recompensas. Serán ellas las que darán un paso adelante para recibir las medallas, los galardones y las coronas que les entregará Jesús. Por primera vez se les dará realmente lo que merecen, y el universo en pleno se enterará de lo fieles que fueron al Señor.

Imagínatelo: Se oye un redoble de tambor y una mujer da un paso adelante para recibir su recompensa.

—¿Quién será? Nunca oí hablar de ella.

—¿No te has enterado? Es una de las voluntarias que hizo posible que se llevara a cabo una estupenda labor de evangelización.

Se oye otro redoble. Más personas se adelantan.

—¿Quiénes son esos?

—Son impresores, que trabajaron *ad honórem*. De no haberlo hecho, muchas publicaciones cristianas jamás habrían visto la luz.

Vuelve a escucharse el tambor.

—¿Y quiénes son todos esos?

—Son los que hacían funcionar y mantenían los sistemas informáticos que se empleaban para propagar el Evangelio, los que reparaban los automóviles de los misioneros, los que organizaron labores de socorro, los catequistas, los que patrocinaron a voluntarios y los que hicieron muchas otras tareas.

Por tanto, debemos «correr con paciencia la carrera que tenemos por delante», consistente en servir al Señor, como sea y donde sea que Él nos haya llamado. Y la única manera de correr esta carrera con paciencia es «poner los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe» (Hebreos 12:2). Así pues, fijemos la mirada en Jesús. ●

DESAFIAR LO IMPOSIBLE

ARIANA KEATING

¿ALGUNA VEZ HAS LEÍDO ALGO que luego se te quedó grabado en la cabeza? A mí me ocurrió hace poco con un artículo de revista titulado *El asesinato de lo imposible*. Desde el primer momento me intrigó. (Está claro que la palabra *asesinato* tiene mucho gancho.) Rápidamente eché una ojeada al texto. Trataba de un alpinista que ha escalado las cumbres más altas del mundo. Es más, ha dedicado su vida al sueño de ser uno de los montañistas más hábiles y destacados de la Historia. Sin embargo, su pasión tuvo un precio. Enfrentarse a la furia de los elementos con frecuencia le afectó la salud. Tanto es así que en una ocasión se le congelaron siete dedos de los pies y los perdió. Sin amilanarse, continuó estudiando formas de desafiar lo imposible.

Después que dejé la revista, reflexioné sobre lo que significa *desafiar lo imposible*. En primer lugar, ¿qué es *imposible*? Desde el niño más inocente hasta el anciano más sabio, todos nos las vemos con cosas

que en un principio nos parecen irrealizables. Pero a diferencia de quienes se han convencido, a raíz de múltiples experiencias, de que no vale la pena lanzarse a una tarea *imposible*, el bebé da por hecho que puede lograr cualquier cosa. Ello obedece a que los niños muy pequeños poseen una cualidad que los escépticos perdieron hace tiempo: una fe infantil. Tienen fe en sus padres y confían en que los sostendrán si llegan a caerse. Y esa fe obtiene resultados: paso a paso aprenden a superar una extraordinaria diversidad de obstáculos.

En aquel momento de reflexión, caí en la cuenta de que esa es la clave para vencer lo imposible: la fe en Dios. Si tomamos la mano de Dios, Él puede ayudarnos a superar cualquier obstáculo, por insalvable que sea. A lo largo de la Historia, grandes hombres se enfrentaron a lo imposible y salieron victoriosos. Por eso se los recuerda aún. El camino para lograr el triunfo les resultó largo y adverso, pero lo recorrieron paso a paso. Derrotaron lo imposible porque no desistieron; y una vez que vencieron dirigieron la mirada hacia la siguiente dificultad y siguieron avanzando.

Cuando surja una situación imposible, toma la mano de Dios y avanza paso a paso. Él hace posible lo imposible. ●

ARIANA KEATING ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN TAILANDIA.



ANDAR POR FE

DAVID BRANDT BERG

El hombre dice: «Atraca en el puerto. ¡No intentes lo imposible, te hundirás!» Dios dice: «¡Hazte a la mar! ¡Echa las redes y te daré una pesca tan grande que ni tendrás dónde ponerla!» (Lucas 5:4-9). El hombre dice: «¡Mira las olas! ¡Mira en qué condiciones está tu barca! ¡No lo lograrás!» En cambio Dios dice: «¡Mírame a Mí! Para los hombres es imposible, mas para Dios nada es imposible. Al que cree todo le es posible» (Mateo 14:29-31; Lucas 1:37; 18:27). Si damos un paso de fe que se ajuste a la voluntad de Dios, Él hará lo humanamente imposible.



PAQUETE POR PAQUETE

Ejercicio espiritual

«Echa sobre el Señor tu carga y Él te sostendrá»
(Salmo 55:22).

Una música suave de fondo contribuye a preparar el ambiente para el siguiente ejercicio. Cierra los ojos y respira lenta y profundamente por espacio de un minuto. Haz un repaso mental de cada una de las preocupaciones y cargas del día; por ejemplo, tus obligaciones, las dificultades que tienes en el trabajo, las inquietudes que albergas acerca de tus hijos, algún trastorno de salud.

A medida que afloran tus preocupaciones, imagínate que las pones en un paquetito y las depositas en manos de Jesús. Mientras lo haces, agrádecele que se encargue del problema como Él sabe que más conviene.

Dedica el tiempo que sea necesario para despojarte metódicamente de las cargas, una por una.

Disciplina tu mente a fin de que se concentre en cada situación difícil solo el tiempo necesario para encomendársela a Jesús. Una vez que quede en Sus manos, no pienses más en ella ni te distraigas con los detalles: más bien ocúpate de la siguiente, y así sucesivamente.

Cuando termines de enumerar todas esas inquietudes, da gracias al Señor y aláballo por Su amor infalible, Su ilimitado poder, el desvelo con que te cuida y la ayuda que te proporciona para librarte de todo lo que te impacienta o te angustia. •

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

PARA SUPERAR MOMENTOS DIFÍCILES

No temas las aflicciones: todas pasan.
Salmo 30:11 ♦ Salmo 126:5 ♦ Mateo 5:4

Busca la ayuda divina en los momentos de dificultad.
Salmo 50:15 ♦ Salmo 91:14,15
Lamentaciones 3:24,25 ♦ Romanos 10:13

El Señor está cercano a todos aquellos que lo invocan.
Salmo 73:23 ♦ Salmo 145:18 ♦ Isaías 41:10
Mateo 11:28 ♦ Hebreos 13:5b

No pierdas la esperanza: ¡mañana será otro día!
Salmo 30:5b ♦ Salmo 119:147 ♦ Lamentaciones 3:22,23

CÓMO REACCIONAR ANTE LAS PRUEBAS DE LA VIDA

DAVID BRANDT BERG

El Señor permite los disgustos y las circunstancias adversas a fin de fortalecernos. Nos prueba para ver cómo vamos a reaccionar. Los desengaños y las contrariedades no tienen por qué deprimirnos ni desanimarnos, porque lo que determina el efecto que tengan en nosotros es nuestra fe y nuestra actitud. Con frecuencia la fe y la confianza en el Señor pueden transformar por completo las circunstancias, pues Él obra en favor nuestro. Todo depende de cómo se miren las cosas, de la actitud con que se tomen.

Las circunstancias no tienen por qué ejercer control sobre nosotros. Si contamos con la ayuda del Señor y conservamos una actitud positiva, podemos ser felices a pesar de las vicisitudes o decepciones que nos toque afrontar. Con frecuencia las pruebas de la vida hacen surgir las mejores cualidades de una persona, siempre y cuando ésta lo permita.

El Señor tiene todo el poder y las fuerzas que necesitamos para cualquier situación. Basta con que pongamos los ojos en Él, saquemos de Él esas fuerzas y le pidamos que intervenga. Y si a causa de las decisiones adoptadas por otras personas no puede cambiar las circunstancias, por lo menos puede ayudarnos a hacer frente a ellas. •

DAVID BRANDT BERG (1919-1994),
FUNDADOR DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL.

LA MECÁNICA DE LA FE

FRAGMENTOS DE LOS ESCRITOS DE DAVID BRANDT BERG

Dios es muy dado a precipitar crisis. A veces permite que sucedan ciertas cosas para impulsarnos a orar y a confiar en que Él nos dará la solución. Quiere que demos pasos concretos de fe, pidiendo cosas muy claras y esperando también respuestas muy claras.



La fe y la confianza en Dios producen bienestar corporal, sosiego, satisfacción interior y equilibrio espiritual. Si sabemos que Dios nos ama, podemos tener la certeza de que todo saldrá bien y de que Él se encargará de resolver las cosas.



Debemos creer en la Palabra de Dios sencillamente porque Él nos lo manda, igual que un niño tiene que confiar en sus padres aunque no siempre entienda por qué debe hacer tal cosa o por qué no debe hacer tal otra. Es cuestión de obediencia. El niño sigue las indicaciones de sus padres porque confía en ellos y tiene la certidumbre de que lo aman; y la misma actitud debemos tener nosotros con Dios. Debemos acatar Sus instrucciones y creer simplemente porque Él nos lo dice. Así le demostramos que lo amamos y confiamos en Él.



Da el primer
paso con fe.
No es necesario
que veas toda la
escalera; sólo da
el primer paso.
*Martin Luther
King, Jr.*

¿Cómo se adquiere fe? Es un don de Dios que está al alcance de cualquier persona que lo desee. Lo malo es que mucha gente no se interesa en él hasta que lo necesita, y entonces se da cuenta de que no tiene la fe que precisa porque no está acostumbrada a confiar en la Palabra de Dios. Así como no se puede construir un buen edificio sin buenos cimientos, sin la Palabra la fe no tiene una base sólida. La fe en Dios se fundamenta en Su Palabra. Por eso, si sientes que te falta fe, el remedio es muy sencillo: la Palabra de Dios te la aumentará.

«La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios»¹. Eso significa que proviene de la lectura de la Palabra de Dios, o del estudio de la misma con una persona que te la enseñe. Cuanto más llenes tu corazón y tus pensamientos de las palabras de Dios, más fe albergarás y menos preocupaciones, temores y estrés tendrás.



Cuenta con que Dios responderá a tus oraciones. Él está obligado a cumplir Su Palabra. Conviene, pues, recordarle las promesas que ha hecho. No dudes ni por un instante que te va a contestar, y lo hará. Tiene que hacerlo. Es más, lo desea. Confía en Él. Y agradécele la respuesta, aunque no la veas enseguida. ✨

1. Romanos 10:17

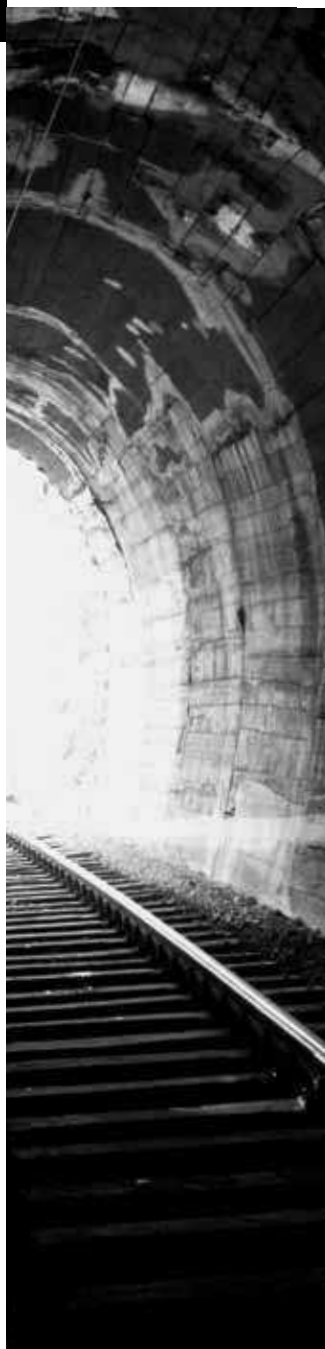


«No hay pesar en la Tierra que el Cielo no pueda sanar.» Thomas Moore (1779–1852)

Salvador, pues estarás convencido de que Él te va a acompañar. Aunque andes en valle de sombra de muerte, Él dice: «Estaré contigo»⁷. Estará a tu lado para reconfortarte.

Nunca me había parecido tan grande el amor de Dios, ni tan firme Su misericordia, ni tan abundante Su gracia, como durante aquella primera semana después que perdí a mi marido. Lo alabo con todo mi corazón por cómo cumplió Su Palabra y por Su fidelidad.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA DE LAS PRECURSORAS DE LA EVANGELIZACIÓN POR RADIO Y MADRE DE DAVID BRANDT BERG, FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ✨



LÁGRIMAS EN EL CIELO

DAVID BRANDT BERG

La Biblia no dice que no vaya a haber lágrimas en el Cielo. Cuando lleguemos allá y nos veamos cara a cara con el Señor, todos derramaremos unas cuantas por las oportunidades que desaprovechamos, los errores que cometimos y las personas con las que habríamos querido ser más amorosos y considerados. Todos tendremos algo de qué lamentarnos o avergonzarnos.

Pero el Señor es tan magnánimo que dice que secará todas esas lágrimas. «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos»⁸.

La Biblia asegura que «las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse»⁹. Al pensar en eso nos resultan más soportables algunas de las experiencias por las que nos toca pasar.

«El llanto puede durar toda la noche, pero a la mañana vendrá el grito de alegría»¹⁰. Es preciso que mantengamos la mirada fija en Jesús y en lo que nos espera al final del camino de la vida. «Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria»¹¹.

1. 1 Tesalonicenses 4:13

2. Juan 11:25,26

3. 1 Corintios 15:3,4

4. John Rippon, 1787

5. Isaías 43:2

6. Juan 10:10

7. Salmo 23:4

8. Apocalipsis 21:4

9. Romanos 8:18

10. Salmo 30:5 (NBLH)

11. 2 Corintios 4:17

el título de propiedad

DAVID BRANDT BERG

EN LA VERSIÓN REINA-VALERA DE LA BIBLIA, HEBREOS 11:1 DICE: «ES, PUES, LA FE LA CERTEZA DE LO QUE SE ESPERA, LA CONVICCIÓN DE LO QUE NO SE VE». AHORA BIEN, LA PALABRA *CERTEZA* QUE FIGURA EN ESTE VERSÍCULO EN CASTELLANO ES TRADUCCIÓN DEL VOCABLO GRIEGO *HYPÓSTASIS*. Hace cientos de años, cuando se tradujo el Nuevo Testamento del griego a distintas lenguas, la palabra *hypóstasis* planteó un dilema. Parecía ser un término administrativo que no se utilizaba en la literatura clásica griega. Todo lo que lograron dilucidar por entonces los estudiosos es que se trataba de algo bastante concreto, por lo cual el término fue traducido por palabras como *certeza*, *garantía* y otras.

Mucho más tarde unos arqueólogos descubrieron en el norte de Israel las ruinas calcinadas de una vieja posada. Allí encontraron un cofrecito de hierro que contenía valiosos documentos, a nombre de una dama de la nobleza romana que había comprado tierras y propiedades en Israel. Resulta que casi todos los encabezamientos de los documentos decían a grandes letras: «Hypóstasis». Eran los títulos de propiedad de sus tierras. Quizás aquella dama romana nunca había visto sus propiedades en Israel, pero sabía que eran suyas y lo podía probar, toda vez que tenía en su haber los títulos de propiedad.

¿Qué es, pues, la fe? El título de propiedad. Conociendo el significado original de la palabra, ese versículo de la epístola de Pablo a los hebreos podría lícitamente traducirse: «La fe es el título de propiedad de lo que se espera».

Si has pedido algo al Señor y no te parece que te lo haya concedido, no te preocupes. Si tienes verdadera fe, en tus manos está el título con tu nombre estampado en él. Lo que has pedido ya es tuyo, y a la larga llegarás a verlo. ■

SALVACIÓN POR PARTIDA DOBLE

Por medio de los padecimientos de Cristo en la cruz, Dios nos ofrece no sólo salvación para el alma, sino también alivio de las dolencias físicas: «Por Sus llagas [las heridas que sufrió cuando fue azotado] fuimos nosotros curados»¹.

El dolor es un pellizco del Infierno; la curación, una caricia del Cielo. La sanación es una pequeña muestra de la vida eterna, de la renovación del cuerpo y la erradicación de todo mal. Es un adelanto de la resurrección.

David Brandt Berg

EL MEJOR DE LOS MÉDICOS

Si aún no conoces a Jesús, el mejor de los médicos, el cual tiene poder para hacerte feliz y sanarte física, mental y espiritualmente, haz una sencilla oración como la que sigue e invítalo a formar parte de tu vida.

Jesús, acepto el amor, el perdón y la salvación que me ofreces. Te ruego que entres en mi corazón y me ayudes a sentir los efectos de Tu milagroso poder. Amén.

1. Isaías 53:5

TOMADO DE LOS ESCRITOS DE
DAVID BRANDT BERG

PELDAÑO

LA PRÓXIMA VEZ QUE SUFRAS UN BAJÓN, ES POSIBLE QUE ESTÉS A PUNTO DE DESCUBRIR LO CERCA DE TI QUE ESTÁ EL SEÑOR Y CUÁNTO SE PREOCUPA DE TU BIENESTAR. Suele ser en los períodos más duros de la vida cuando comprendemos que Jesús está siempre a nuestro lado. Él nos ama, desea lo mejor para nosotros y es capaz de lograr resultados positivos a partir de cualquier cosa que nos suceda, aun de las adversidades. Cada dificultad o decepción puede llegar a ser un peldaño que nos conduzca a mayores satisfacciones.

EL AMOROSO PLAN DE DIOS

El Señor ha prometido en Su Palabra que todas las cosas redundan en bien de los que aman a Dios¹. Como hijo del Señor que eres, Él no permitirá que te pase nada que no sea para tu provecho. Aunque es posible que hayas tenido muchas experiencias que en su momento no te parecieron gratas ni alentadoras, tarde o temprano descubrirás que de alguna manera fueron positivas.

Las respuestas del Señor a nuestras oraciones son infinitamente perfectas. A veces, sin embargo, Él no nos responde tal como quisiéramos, porque conoce el futuro y sabe que nuestros deseos, si nos los concediera, podrían perjudicar a otras personas o dañarnos a nosotros mismos. Con frecuencia, más tarde caemos en la cuenta de que lo que pedíamos era en realidad una piedra con apariencia de pan, mientras

que Él pretendía darnos un pan que a nosotros, por nuestra miopía, nos parecía una piedra².

LA HORA MÁS OSCURA

Los designios divinos no siempre se ven claros en un primer momento; pero en toda situación podemos tener la seguridad de que estamos a Su cuidado y de que al final, sea como sea, todo redundará en nuestro bien. Cuando pases por una temporada dura, a pesar de las dificultades, de la confusión que sientas, de la decepción o el desengaño que te hayas llevado, de la pérdida que hayas sufrido, debes aferrarte a la certeza de que Dios te ama. Su amor es inmutable, infalible, interminable. Por muy negro que se presente el panorama, por difícil que se torne la lucha, por muy largo y tétrico que se vea el túnel y por muy intenso que sea tu dolor, Él te ama. Y Él no es mezquino con Su amor. No nos lo entrega con cuentagotas a medida que nos lo vamos mereciendo. Lo reparte siempre con gran liberalidad.

Aun en los momentos más críticos y difíciles, el Señor es un «amigo más unido que un hermano»³. «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo; Tu vara y Tu cayado me infundirán aliento»⁴. Él nos acompaña en la hora más sombría, en los momentos de prueba, en medio de la confusión. Está con nosotros en nuestra más honda desesperación. Permanece a nuestro lado porque nos ama y quiere sacarnos adelante.



A Jesús no le gusta vernos sufrir y pasar desdichas. Pero sabe que esas experiencias nos hacen bien, nos convierten en la clase de personas que Él sabe que podemos llegar a ser.

EL SENDERO HACIA LA GLORIA

Cuando llegues al final del sendero de la vida y veas en retrospectiva todo lo que te ha acontecido, comprenderás cuánto te ha amado el Señor y lo fielmente que te ha cuidado a lo largo del recorrido, particularmente cuando éste se te hacía cuesta arriba. Entonces entenderás claramente que las rocas con las que te encontraste en el camino no estaban ahí para hacerte tropezar, sino que eran peldaños para permitirte acceder a cosas mejores.

Por muchos recodos que dé el camino, recuerda que Jesús está contigo. Él cuida de ti y a la postre hará que incluso las peores situaciones redunden en tu bien. Lo ha prometido.

NO TE PIERDAS EL LIBRO *CADA OBSTÁCULO, UNA OPORTUNIDAD*, DE LA COLECCIÓN *ACTÍVATE*. EN ÉL ENCONTRARÁS MAYORES DETALLES SOBRE CÓMO SUPERAR LAS PRUEBAS Y TRANCES DE LA VIDA. ADQUIERE UN EJEMPLAR ESCRIBIENDO A CUALQUIERA DE LAS DIRECCIONES DE LA PÁG. 2. ■

CUANDO LAS COSAS NO SALEN BIEN

Abi May

El profeta Habacuc, del Antiguo Testamento, sabía bien lo que es confiar en Dios por muy adversa que sea la situación:

Aunque la higuera no florezca,
ni en las vides haya frutos;
aunque falte el producto del olivo,
y los labrados no den mantenimiento,
y las ovejas sean quitadas de la majada,
y no haya vacas en los corrales...
con todo, yo me alegraré en el Señor
y me gozaré en el Dios de mi salvación.
El Señor es mi fortaleza,
el cual hace mis pies como de ciervas
y en mis alturas me hace andar.

Habacuc 3:17-19

De haber nacido Habacuc 2.500 años más tarde, tal vez lo habría expresado de la siguiente manera:

Aunque cierren las fábricas,
y las granjas vayan a la quiebra;
aunque la economía decaiga
y se pierdan empleos;
aunque se desvaloricen las divisas
y se encojan nuestros ahorros,
igual nos podemos regocijar
en el Dios vivo y amoroso.
Dios es digno de confianza.
Él me sostendrá.

Su amor me ayudará a salir adelante
y pasar a cosas mejores.

1. Romanos 8:28

3. Proverbios 18:24

2. V. Mateo 7:7-11

4. Salmo 23:4



caídas hacia arriba

Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

La vida es una larga experiencia didáctica. Para quienes conocemos y amamos a Jesús, Él es nuestro Maestro. Por sobre todas las cosas, quiere enseñarnos todo lo que necesitamos saber sobre Su esencia, Su amor y la salvación que nos ofrece, y cómo podemos rendir a Él y a los demás el mayor de los servicios.

Dios sabe que ninguno de nosotros puede lograr gran cosa si dependemos de nuestras presuntas fuerzas y sabiduría. Es más, Jesús dijo: «Separados de Mí, nada podéis hacer» (Juan 15:5). Por otra parte, la Biblia también dice que «todo lo podemos en Cristo que nos fortalece» (Filipenses 4:13). ¡He ahí la clave! Tenemos que aprender a someternos al Señor para que Él pueda obrar el bien por medio de nosotros.

Claro está que aprender a depender más del Señor no es

algo que se logra en un santiamén. Requiere tiempo y experiencia, y en muchos casos implica enfrentar dificultades y sufrir aparentes derrotas. Es casi interminable la lista de todos los hombres de la Biblia a los que Dios tuvo que humillar antes de poder valerse de ellos. Tuvieron que aprender que ellos no estaban a la altura de las circunstancias y que el mérito de todo bien que hicieran le correspondía a Dios.

José es un claro exponente de ello. Su padre, Jacob, tuvo 12 hijos, de los cuales José era el preferido. Al final sus hermanos mayores sintieron tanta envidia de él que poco faltó para que lo mataran. Lo echaron en una cisterna y luego lo vendieron como esclavo. Pero el Señor se valió precisamente de eso para humillarlo. José tuvo que convertirse en esclavo y ser condenado como un delincuente antes que Dios

podiera exaltarlo, convertirlo en el segundo hombre más poderoso de Egipto y valerse de él para salvar a Su pueblo del hambre (Génesis capítulos 37,39-41).

Otro caso es Moisés. Durante 40 años recibió preparación nada menos que en la corte del faraón. Si bien dice la Biblia que fue «enseñado en toda la sabiduría de los egipcios» (Hechos 7:22), Dios todavía no podía valerse de él para conducir a Su pueblo a la libertad, porque estaba lleno de la sabiduría de este mundo. Primero Moisés tuvo que sufrir quebrantos. Por eso Dios permitió que se convirtiera en fugitivo de Faraón y que viviera 40 años en el desierto, sin hacer otra cosa que cuidar ovejas. Luego de ese largo periodo de abatimiento y humillación por fin estuvo en condiciones de que Dios se valiera de él para realizar la



gran misión que le tenía destinada (Éxodo capítulos 2 y 3).

Y ¿qué se puede decir de David, el mayor rey que tuvo Israel? Cuando se enamoró de Betsabé, hizo adrede que mataran a Urías, su esposo, en acto de servicio, y luego trató de encubrir su crimen con mentiras y artificios. Dios tuvo que desenmascararlo, humillarlo, y juzgarlo severamente. Como consecuencia, al poco tiempo Absalón, su propio hijo, lo traicionó y le arrebató el trono por una temporada (2 Samuel capítulos 11,12,15). Pero ¿fue la caída de David verdaderamente una caída? ¿Lo abatió o lo elevó? Con Dios, a veces para subir hay que bajar; de hecho, casi siempre. Todo lo contrario de lo que creemos nosotros. Aquel error derivó en la humillación de David y en la vergüenza del reino. Les recordó a todos que su grandeza dependía exclusiva-

mente del Señor. Además, de las desgracias y reveses que sufrió David, brotó la dulce miel de los salmos y la fragancia de sus alabanzas al Señor por la misericordia que éste les demostraba.

Consideremos el caso del gran apóstol Pablo. En sus inicios fue un destacado activista judío conocido como Saulo, que se abocó personalmente a la tarea de exterminar a la secta de los seguidores de Jesús de Nazaret, un movimiento de rápida propagación. Cierta día en que Saulo cabalgaba hacia Damasco con la misión de encarcelar y ejecutar a cuantos cristianos encontrara, Dios tuvo ni más ni menos que derribarlo de su caballo y cegarlo con la fulgurante luz de Su presencia. Temblando, impotente y totalmente ciego, aquel rabino, antes tan orgulloso, hubo de ser llevado de la mano a la ciudad, donde permaneció tres días sin poder comer ni beber presa del susto. Un discípulo del Señor se presentó luego, le comunicó el mensaje de Dios y oró por sus ojos, tras lo cual Saulo se transformó en el apóstol Pablo. Pero antes de poder valerse de él, Dios tuvo que humillarlo, quebrantarlo y convertirlo en un nuevo hombre (Hechos capítulo 9).

De modo que aunque no siempre entiendas por qué estás atravesando pruebas, tribulaciones, dificultades y quebrantos, recuerda que Dios se propone algo con ello y sabe lo que hace. Él consigue algunas de Sus victorias más resonantes de aparentes derrotas. Victorias que nos hacen más sumisos, humil-

des, dóciles y totalmente dependientes de Él. Esos relatos de la Biblia son muy alentadores. No tenemos por qué abatirnos cuando parece que todo marcha mal y nuestras esperanzas se ven defraudadas.

Todos los que le han servido de algo al Señor tuvieron que ser quebrantados y humillados hasta que ya casi no podían más. De otro modo se habrían vuelto orgullosos y confiados en su talento y sus aptitudes innatas y habrían pensado que el mérito era todo suyo. Por eso Dios opta por valerse de lo débil y lo necio: para que nadie pueda jactarse en Su presencia (1 Corintios 1:25-29).

Dios no siempre ve las cosas como las vemos nosotros. Sus pensamientos y Sus caminos difieren de los nuestros (Isaías 55:8-9). Él no nos juzga conforme a nuestros éxitos y fracasos, sino según nuestros móviles y nuestra fidelidad. Llegará el día, en el Cielo, en que dirá a quienes le hayan sido leales: «Bien, buen siervo y fiel» (Mateo 25:21). No dirá: «siervo exitoso», sino: «siervo fiel».

Por eso, seamos fieles a Jesús. Y por sobre todas las cosas, no olvidemos que las derrotas aparentes pueden transformarse en grandes victorias si asumimos una actitud humilde y aprendemos lo que Él procura enseñarnos por medio de ellas, como hicieron esos hombres de la Biblia. «Estas cosas les aconsejaron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos» (1 Corintios 10:11). □

FORTALEZA

EN

DIOS

Esfuerzo humano

DAVID BRANDT BERG

LA POLÉMICA RELIGIOSA más encarnizada que ha habido a lo largo de la Historia se ha dado siempre entre las religiones que sostienen que uno puede salvarse a sí mismo y las que promulgan que sólo Dios puede hacerlo. El hombre siempre ha pretendido salvarse a sí mismo, labrar su propio camino al Cielo echando mano de apenas un poquito de ayuda divina, para poder atribuirse a sí mismo la mayor parte del mérito y seguir su propio camino.

El primer homicidio fue cometido por un fanático partidario de salvarse a sí mismo: Caín, que mató a su hermano Abel, un hombre que confiaba en Dios. (V. Génesis, capítulo 4.) Aquel asesinato marcó el inicio de la persecución de la iglesia auténtica a manos de la falsa. Caín era religioso, sumamente religioso. Procuraba denodadamente salvarse a sí mismo por sus propios medios. Incluso ofrendaba sacrificios a Dios y consideraba que le rendía culto. Pedía de todo corazón a Dios que le ayudase a ganarse su propia salvación. Pero sus mejores esfuerzos no bastaban. El camino por el que optó no era el señalado por Dios, sino el que emprenden todas

las religiones falsas.

Los adherentes de esas religiones se rigen totalmente por el fariseísmo y por sus propios conceptos. La mayoría de esas personas afirman que adoran a Dios y que acuden a Él en busca de un poco de asistencia para obtener la salvación. El problema es que se esfuerzan tanto por ganársela que creen merecésela, con ayuda de Él o sin ella; y se ofenden si les parece que Él no aprecia su bondad. «Mira todo lo que he hecho por Ti, Dios. Debieras darme una medalla. Yo sí que merezco salvarme. Si a alguien vas a salvar, yo soy el que más méritos ha hecho. Si alguien va a alcanzar el Cielo, ¡yo debería ser el privilegiado!»

En cambio, Abel simplemente hizo lo que Dios le ordenó: «Ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín» (Hebreos 11:4). El sacrificio de una fe pura en lo que Dios le había indicado. Al sacrificar un cordero —que

o ayuda divina

anunciaba la muerte de Cristo en la cruz por los pecados del mundo—, Abel demostró que confiaba en que el único capaz de salvarlo era Dios. Sabía bien que sólo contaba con la rectitud de Dios; que él no poseía ninguna; que la salvación no era otra cosa que un don divino. (V. Efesios 2:8,9.)

El humilde sacrificio de Abel



dejó en ridículo al esforzado Caín —el beato autodidacta entregado a su propia forma de adoración— y puso en evidencia la futilidad de los esfuerzos de este último y su hipocresía, a tal punto que lo llevó a enfurecerse. Luego de tan ardua labor, de aplicar su racionalismo legalista y de exigir la salvación como premio a su empeño, fue tal la humillación de Caín que trató de sepultar aquella dolorosa verdad —el estrepitoso fracaso de su religión— matando al hombre cuya fe sencilla en la gracia de Dios lo había desenmascarado.

Así se originó el enfrentamiento descomunal entre la soberbia y la humildad, entre los condenados partidarios de

la beatería y los pecadores salvados; la guerra perpetua que se ha librado a partir de aquel momento entre la iglesia falsa y la verdadera, la Babilonia carnal y la Jerusalén espiritual, la carne y el espíritu, las obras y la fe, la ley y la gracia, uno mismo y Dios.

Ello ha derivado en algunos de los peores malentendidos e interpretaciones más erróneas de las Escrituras que jamás se hayan elucubrado. Desde entonces, la mayor parte de la humanidad ha tratado de salvarse a sí misma con un mínimo de reconocimiento a Dios, falseando las Escrituras para demostrarse capaz. Sin embargo, Dios no puede

ayudar a quien cree poder salvarse. Él no interviene en favor de los que piensan que pueden lograrlo a base de esfuerzos propios. Únicamente ayuda a los que se saben impotentes. Por mucho que uno procure obtener la ayuda divina no puede salvarse a sí mismo basándose en sus propios criterios.

Durante algunos años —siendo yo joven en la fe—, también me dejé engañar por la falsa doctrina de algunas confesiones y religiones de *obras*, que promulgaban una suerte de *inseguridad* eterna del creyente —es decir que a ratos se es salvo y a ratos no—.

Hasta que un día, ya en mi adolescencia, quedé fascinado al descubrir la sencilla verdad contenida en el versículo 36 del tercer capítulo del Evangelio de San Juan. Jesús dijo: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna». ¡Ahí mismo, con verbo en presente! Sin peros ni condiciones. Sin el requisito de que uno sea un niño bueno y vaya a la iglesia todos los domingos; sin la condición de que se exhiba una perfección exenta de pecado. Tras años de incertidumbre y confusión, de abatimiento y frustraciones, descubrí que lo único que tenía que hacer era creer; que con eso bastaba.

Yo simplemente no había podido lograrlo y lo sabía. Parecía que cuanto más intentaba ser bueno, peor me volvía. Como decía el apóstol Pablo: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.» (Romanos 7:24,25.)

En eso consiste. No hay nada más, no hay otra forma. No hay rectitud propia ni buenas obras que valgan. Nada de eso puede *mantenernos* salvos, y mucho menos *comprarnos* la salvación. Sólo Jesús puede concedérnosla. Además de salvarnos, es Él quien hace las obras por medio de nosotros. Es todo obra de Jesús; no de nosotros ni fruto de nuestra santurronería. Únicamente obra de Jesús. Eso sí que me proporcionó alivio, porque sabía que de otra forma yo mismo nunca lo hubiera logrado. Tenía que hacerlo Dios. Yo sencillamente no era capaz. Por eso lo hizo Él.



El problema que tienen muchos cristianos de hoy es que todavía viven en el Antiguo Testamento. Hacen de la religión una cuestión de obras. Años atrás me contaron de unos misioneros que habían viajado a tierras remotas a predicar el Evangelio. Al llegar, la gente del país les preguntó: «¿Ustedes son cristianos del Antiguo o del Nuevo Testamento?» Al principio no entendían a qué se referían. Pero no tardaron en descubrir que al decir *Antiguo Testamento* aludían a quienes hacen hincapié más que nada en los templos, en las ceremonias, en los formalismos y en la tradición, es decir a los promotores de una religión de *obras*. En cambio, para ellos un *cristiano del Nuevo Testamento* era aquel que no otorgaba mayor importancia a lo que se ve —los edificios religiosos, la pompa, la solemnidad—, sino más bien a las cosas invisibles del espíritu, la sencillez de la vida cotidiana del cristiano, como la que llevaban Jesús y Sus discípulos. ¿Qué comparación más acertada!

Dios mismo tuvo que hacer muchos esfuerzos en el Antiguo Testamento para lograr que los hijos de Israel abandonaran la idolatría de Egipto. Se valió de la Ley Mosaica como patrón elemental para enseñarles verdades sencillas. Para ello recurrió a demostraciones gráficas con objetos materiales como el tabernáculo, el arca, los sacrificios de animales y la sangre de bestias, que constituían símbolos y prototipos, meras representaciones de las realidades espirituales y de las verdades eternas a las que Él

aspiraba conducirlos. Éstas no eran más que simbolismos, metáforas, analogías, meras ilustraciones concebidas para impartir verdades espirituales, casi en la forma en que se haría con un niño pequeño.

Pablo explica: «Cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.» (1 Corintios 13:10-12.)

En ese pasaje enseñó que incluso los dones del Espíritu de la era del Nuevo Testamento prácticamente equivalen a juguetes infantiles, obsequios que un Padre amoroso hace a Sus hijitos para ayudarles a comprenderlo y a entender Su voluntad. ¿Cuánto más *infantiles* aún no serán entonces las enseñanzas del Antiguo Testamento, ilustradas por medio de objetos materiales, tales como los ritos practicados en el Templo, para que gente que en sentido espiritual era más *infantil* todavía pudiera comprender el amor del Padre? Pero «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo» (Hebreos 1:1,2).

Cuando Jesús conoció a la samaritana, le dijo: «La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en

verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.» (Juan 4:23-24.) Esa es la etapa espiritual que vivimos actualmente.

Pero Pablo va aún más lejos en su predicción a los corintios, afirmando que llegará la hora en que veremos a Jesús cara a cara y en que hasta esos dones pueriles dejaremos de lado, refiriéndose a los dones de comunicación espiritual. «Las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.» (1 Corintios 13:8-10.) Incluso lo que al presente se nos ha otorgado no es más que una muestra de las gloriosas realidades venideras.

Si bien el Antiguo Testamento se caracterizó por las ilustraciones, en la actual época neotestamentaria se nos han revelado las verdades espirituales, con las que ahora contamos solamente por fe. (V. Juan 1:17.) Pero cuando Jesús regrese, lo veremos tal cual es, cara a cara. Seremos ni más ni menos como Él y experimentaremos plenamente las realidades divinas y del mundo venidero.

«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es» (1 Juan 3:2).

(Extracto del artículo de David Brandt Berg del mismo título publicado en *Conectados con Dios*, también de *Aurora*.)

HUMILDAD

EN VEZ DE

PERFECCIÓN Y BEATERÍA

CUANDO UNO CONFÍA TANTO EN SU PROPIA BONDAD, EN SU PROPIA PERFECCIÓN,



LLEGA UN PUNTO EN QUE LE RESULTA CASI IMPOSIBLE CONFESAR LOS FALLOS QUE COMETE.



ESO DESTRUIRÍA LA CONFIANZA QUE TIENE EN SÍ MISMO Y...



POR ESO ES NECESARIO QUE CONFESEMOS NUESTROS PECADOS: CONTRIBUYE A QUE CONSERVEMOS LA HUMILDAD, NOS AYUDA TAMBIÉN A SER SINCEROS CON EL SEÑOR, CON NUESTROS SERES QUERIDOS Y CON QUIENES NOS RODEAN.

LO QUE MÁS NOS CUESTA ES ADMITIR NUESTROS ERRORES ANTE NOSOTROS MISMOS.

PRÁCTICAMENTE ACABARÍA CON SU AUTOSUFICIENCIA, PUES DEMOSTRARÍA QUE NO ES PERFECTO.



COISA MUY DIFÍCIL DE RECONOCER, AUN ANTE UNO MISMO.



ES MUY DESALENTADOR, HUMILLANTE Y VERGONZOSO.



ASÍ QUE TRATAMOS DE JUSTIFICARNOS.



DEFENDER NUESTRA POSTURA.



EXONERARNOS Y ABSOLVERNOS DE TODO PECADO.



PARA NO DAÑAR LA IMAGEN QUE TENEMOS DE NOSOTROS MISMOS.



PERO ASÍ SOLO CONSEGUIMOS EMPEORAR LAS COSAS. ES QUE CUANDO NO SOMOS SINCEROS CON NOSOTROS MISMOS, TAMPOCO PODEMOS SERLO CON DIOS NI CON LOS DEMÁS.



ECHAMOS A PERDER NUESTRA VIDA, HERIMOS A QUIENES SE RELACIONAN CON NOSOTROS Y MÁS QUE NADA ENTRISTECEREMOS A DIOS. POR SI FUERA POCO, MENOSCAMOS EL EJEMPLO QUE COMO CRISTIANOS DAMOS A LOS DEMÁS.



QUE DIOS NOS AYUDE, PUES, A SER SINCEROS CON NOSOTROS MISMOS, CON LOS DEMÁS Y CON ÉL. ASÍ NO SEREMOS FALSOS, CON NADIE. LA FALSEDAD ES PRODUCTO DEL ORGULLO. CONSTITUYE UN INTENTO DE OCULTAR ANTE LOS DEMÁS LA CRUDA VERDAD QUE NOS AVERGÜENZA.

EN CAMBIO, CONFESARNOS PECADORES NOS CONDUCE A TENER PRESENTE QUE NO SOMOS LA IMAGEN DE LA PUREZA Y LA INOCENCIA.



SI BIEN ES CIERTO QUE QUIZÁS ENTONCES NO NOS SENTAMOS TAN ANGELICALES, SOMOS MUCHO MÁS SANTOS SEGÚN EL CONCEPTO DIVINO DE LA SANTIDAD.



REPRESENTADO POR EL PECADOR QUE SE RECONOCE COMO TAL Y ATRIBUYE A DIOS EL MÉRITO DE CUALQUIER ACTO DE BONDAD QUE HAGA.



EL APÓSTOL PABLO DIJO: «YO SÉ QUE EN MÍ, ESTO ES, EN MI CARNE, NO MORA EL BIEN» (ROMANOS 7:18). LO BUENO NO PROVIENE DE NOSOTROS; SÓLO DEL SEÑOR.

Dios no espera que nos pasemos la vida haciéndolo todo con nuestras propias fuerzas. Lo que realmente quiere es que nos sometamos a Él, para que sea Él quien pueda obrar por medio de nosotros. Cuando abrimos un grifo, éste no hace ningún esfuerzo. La presión proveniente del exterior —ya sea una bomba o la fuerza de la gravedad o lo que sea— es lo que hace que el agua fluya por el grifo. Éste no es más que un canal, una abertura que deja pasar el agua. No tenemos que ser más que canales abiertos a través de los cuales fluya el poder divino. ¡Esa es la clave!

D.B.B.

Cuando se enciende una vela, lo que arde es mayormente la cera, no la mecha. Una lámpara de aceite es igual. Lo que debe arder es el aceite y no la mecha. Si ésta empieza a quemarse sin aceite, en poco tiempo se consume. La mayor parte de la mecha debe estar bien sumergida en el aceite, de tal modo que solo una pequeña porción de ella esté expuesta a la llama y al aire. Así, lo que arde es mayormente el aceite y muy poco de la mecha, de hecho casi nada. El aceite fluye libremente a través de una mecha que esté bien empapada en él, y al quemarse produce una luz

radiante y clara.

A veces nos esforzamos demasiado tratando de hacerlo todo por nuestra cuenta, cuando en realidad debiéramos dejar que el Señor lo haga por medio de nosotros. Cuando somos nosotros los que ardemos, despedimos humo y hollín y nos consumimos enseguida. En cambio, cuando dejamos que el aceite del Señor —el Espíritu Santo— fluya a través de nosotros y arda, duramos mucho más tiempo.

«Ya no ardo yo, mas arde Cristo en mí» (paráfrasis de Gálatas 2:20). «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mateo 5:16).

D.B.B.

Había una vez un muchachito que procuraba con gran esfuerzo levantar un pesado objeto. Al entrar su padre en la habitación, le preguntó:

—¿Estás empleando todas tus fuerzas?

—¡Por supuesto! —respondió el niño con impaciencia.

—No es cierto —replicó el padre—, no me has pedido que te ayude.

Puede que seamos muy pequeños, pero tenemos un

Padre de gran porte, con capacidad más que suficiente para enfrentar cualquier tarea. Una ayuda del Señor —por nimia que sea— es más eficaz que la asistencia que nos puedan prestar todos los demás. La ayuda divina es la más grande que podemos conseguir. Sin Él nada podemos hacer. En cambio, con Su ayuda, no hay nada fuera de nuestro alcance (Juan 15:5; Filipenses 4:13).

D.B.B.

A veces no queda más remedio que seguir trabajando, pero siempre debemos pedir al Señor que haga la tarea por medio de nosotros y luego creer que lo hará. He ahí la diferencia entre empeñarnos con nuestras propias fuerzas y dejar que el Señor haga la obra a través de nosotros. Naturalmente que también hay estar dispuesto a que el Señor obre por nuestro intermedio de la forma en que Él sabe que rendirá más fruto.

Mucha gente trata de hacerlo todo por su cuenta impulsada por una diversidad de motivos: A veces no se siente digna del tiempo y la asistencia del Señor —al fin y al cabo, tiene que conducir a todo el universo—; en otras ocasiones, la gente no cree que Dios

*¿Por tus
propias fuerzas?*

la ayudará, y en consecuencia no se lo pide; en otros casos, es demasiado orgullosa para admitir que necesita auxilio divino, y en otros más, quiere atribuirse el mérito ella misma o carece de la paciencia para esperar. En fin, la lista es interminable.

Cualquiera que sea el caso, quienes así proceden le arrebatan las riendas a Dios y, pensando que tienen que hacerlo ellos mismos, comienzan a espolear y azotar frenéticamente a los caballos. Les iría mucho mejor si simplemente aprendieran a serenarse y disfrutar del viaje dejando la conducción en manos del Señor. Dejar las riendas en manos del Señor requiere fe y confianza, paciencia y humildad, pero a la larga la cabalgata es mucho

más fácil y todo sale mejor.

D.B.B.

Lo poco es mucho si Dios está en ello; y lo mucho es nada si Él no está.

Sea cual sea la tarea o situación que enfrentes, Dios te dará poder en la hora de necesidad, gracia para afrontar la desgracia y sabiduría para desentrañar el entuerto, siempre y cuando se lo pidas. Las situaciones extremas del hombre son ocasión ideal para la intervención divina.

D.B.B.

Cuando no sepas qué hacer o cómo hacer algo, consulta al Señor y sigue Sus indicaciones. Él ni siquiera necesita nada para empezar. Hizo el mundo de la nada, y no le salió mal, ¿verdad?



Lo suspendió en el vacío, y se sostiene bastante bien, ¿no crees? Así que Él puede hacer algo a partir de alguien tan poca cosa como tú, ¡si tan sólo le escuchas, confías en Él y le sigues donde sea que te lleve!

No podemos hacer la obra del Maestro desprovistos de Su poder.

Lecturas succulentas



Fortaleza divina

Dios es infinitamente más poderoso que el hombre:

Salmo 8:3-4
Isaías 40:15,17,22
Daniel 4:35
1 Corintios 1:25

Dejemos que Dios nos infunda Sus fuerzas:

Salmo 20:7-8
Salmo 84:5
Salmo 105:4
2 Corintios 3:4-5
Efesios 6:10
Filipenses 3:3

Él es capaz de hacer cosas que escapan a nuestro alcance:

1 Samuel 2:9
Salmo 60:11
Zacarías 4:6
Juan 15:5

Cómo recibir el poder de Dios:

2 Crónicas 16:9
Nehemías 8:10
Isaías 30:15
Isaías 40:31
Daniel 11:32
Hechos 1:8

La fortaleza divina se manifiesta en nuestra debilidad:

Isaías 40:29
Salmo 8:2
Salmo 37:39
Isaías 25:4
2 Corintios 4:7
2 Corintios 12:9-10
2 Corintios 13:4

Demos la gloria a Dios por obrar a través de nosotros:

Filipenses 2:13
1 Pedro 4:11
Isaías 10:13,15
Jeremías 9:23-24

trabajaré para pagártela.

Rambhau se puso tenso y añadió:

—Esta perla no tiene precio. No hay hombre en el mundo cuyo dinero alcance a cubrir el valor que tiene para mí. En el mercado, un millón de dólares no bastarían para comprarla. No te la vendo. Solo será tuya si te la regalo.

—No, Rambhau. No puedo aceptar. Aunque me muero por tener esta perla, no puedo aceptarla en esas condiciones. Quizá soy orgulloso, pero sería demasiado fácil. Tengo que pagarla o ganármela con mi esfuerzo.

El anciano quedó perplejo.

—Amigo mío, no lo entiendes —repuso—. ¿No te das cuenta? Mi único hijo dio la vida para conseguirla; no la vendería a ningún precio. Vale tanto como la vida de mi hijo. No puedo vendértela, solo regalártela. Acéptala en prenda de mi afecto.

Ahogado por la emoción, Morse no logró pronunciar palabra durante varios instantes. Luego, asiendo con firmeza la mano del anciano, le aseguró con voz queda:

—Rambhau... ¿no lo comprendes? Acabo de decirte lo mismo que siempre le has dicho tú a Dios.

El anciano miró inquisitivamente a Morse largo rato. Poco a poco, empezó a entender.

—Dios te ofrece gratuitamente la salvación —añadió Morse—. Su valor es incalculable. Nadie en la Tierra podría pagar lo que vale. Aunque uno se esforzara toda la vida por merecerla, ni viviendo millones de años lo conseguiría. Por muy bueno que uno sea, no puede merecérsela. A Dios le costó la vida de Su único Hijo obtener tu entrada al Cielo. Ni en un millón de años ni en cien peregrinajes podrías pagar esa entrada. Todo lo que puedes hacer es aceptarla como muestra del amor que Dios alberga por ti, un pecador.

»Rambhau —siguió Morse—, claro que acepto la perla con gran humildad. Pido a Dios que me haga digno de tu afecto. ¿No quieres tú aceptar el mejor regalo que Dios te ofrece, el Cielo, con gran humildad, sabiendo que ese regalo le costó la vida de Su Hijo?»

Las lágrimas rodaban por las mejillas del anciano. Había empezado a levantarse el velo que le obstruía el entendimiento.

—Ahora lo entiendo —dijo—. No podía creer que la salvación fuera gratuita. Algunas cosas son tan valiosas que no se pueden comprar ni merecer. Amigo mío, ¡acepto la salvación que me brinda Dios!○

Las dos religiones

DAVID BRANDT BERG SE PASABA buena parte del tiempo dando testimonio de Jesús en las calles de la ciudad californiana donde residía. Cuenta que siempre le planteaban la siguiente pregunta:

—¿Cómo se puede usted creer depositario de la verdad? Existen centenares de religiones en el mundo, y sus adeptos están convencidos de que la suya es la única verdadera. ¿Cómo puedo yo saber cual es la religión verdadera?

David respondía:

—¿Centenares de religiones, dice usted? Eso me extraña mucho, pues yo no conozco sino dos.

—Hombre, usted más que nadie sabrá que hay muchísimas más que dos —replícala su interlocutor.

—No, no. De ninguna manera —alegaba él—. Admito que dentro de estas dos religiones existen muchas ramificaciones y diferencias de opinión. Pero en última instancia, solo hay dos. La una reúne a todos aquellos credos que enseñan que uno puede ganarse la salvación a base de buenas obras y observando distintas normas y preceptos religiosos. Como usted bien sabe esta escuela abarca la mayoría de los credos que existen en el mundo. La otra religión reúne a todos los creyentes que se saben incapaces de salvarse por sus propias virtudes y por tanto dependen únicamente de Dios para ello.

»Como verá —proseguía—, la cuestión no tiene ninguna ciencia. ¿Cree usted que puede salvarse por sí mismo, que siendo bueno puede llegar a merecerse la salvación? O por el contrario, ¿es usted consciente de que necesita un salvador que lo rescate de sus pecados y errores? Si está usted convencido de que necesita ayuda del Cielo para lograrlo, entonces ¡Jesús es para usted!»

«Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9). ○

Aprendamos a reservarle a Jesús el primer lugar en nuestra vida y corazón y en la distribución de nuestro tiempo. Pertenece a Él antes que a nadie. El primer lugar debe estar reservado para Él: así obtenemos descanso y comunión con el Señor y nos apacentamos de Su Palabra. No podemos realizar la obra del Maestro sin las fuerzas que Él nos proporciona. Debemos dejar que Él haga la obra por medio de nosotros.

Hagamos una analogía con una lámpara de aceite: lo que debe arder es el aceite, no la mecha. Si la cinta o cuerda no está empapada en aceite, se consume enseguida. Es preciso que nos empapemos de Jesús y dejemos que Él arda y nos alumbre el camino; de lo contrario, no tardaremos en consumirnos.

Gracias al combustible, la llama arde con gran belleza, brillo y claridad. En cambio, si éste se acaba, la mecha se quema, y entonces humea y apesta. La mecha debe estar bien empapada en aceite. La mayor parte debe estar sumergida en el aceite. Apenas una puntita debe estar expuesta al aire y a la llama. Así, lo que arde es más que nada el aceite, y muy poco de la mecha, casi nada. El aceite fluye libremente cuando la mecha está bien empapada en él. Entonces, lo que arde es el aceite o combustible y no la mecha, y la lámpara emite una luz clara, pura y brillante.

«Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2:20). No soy yo el que arde, sino Cristo que arde en mí. Puede que seas una mecha muy linda; pero si careces de combustible, despedirás humo negro.

Debes empaparte en aceite para no consumirte tú y para que el que arda sea el Señor en ti. Entonces irradiarás una luz pura, clara

LA Lámpara DE aceite

y hermosa, que iluminará toda la casa y no humeará (Mateo 5:15-16).

Cuando yo era chico, en todas las mesas de las casas había bonitos quinqués. Tenían un espléndido globo de cristal lleno de keroseno que dejaba ver la mecha y el nivel del combustible, para saber cuándo reabastecerlos. Esas lámparas ardían mejor cuando estaban llenas de petróleo. Si bajaba mucho el nivel del combustible, un trozo muy grande de mecha terminaba expuesto y por tanto no quedaba bien empapado; entonces la mecha se consumía más rápidamente y humeaba. A veces trabajamos mucho y pretendemos hacerlo todo a base de esfuerzos, cuando en realidad deberíamos dejar que sea el Señor quien arda, quien fluya a través de nosotros y dé luz. Podríamos parafrasear el estribillo de una vieja canción:

Ya déjalo todo en manos de Dios.
Ya déjalo en manos de Dios.
Su Espíritu Santo en ti arderá.
Pon todo en las manos de Dios.

Hoy en día poca gente conoce de primera mano el funcionamiento de un quinqué; sin embargo, todos usamos grifos o llaves de agua. ¿Hace algún trabajo el grifo cuando la mano lo abre? ¡En absoluto! El grifo no trabaja. Lo que hace que el agua salga por el grifo es la presión, que viene del exterior. Basta con dar paso al líquido para que salga fácilmente y sin esfuerzo. El grifo no es más que un canal, un agujero por el que brota el agua. ¿Es la llave la que transporta y extrae el agua? De ninguna manera. La presión es la que hace salir el agua. La presión no la da la llave, sino la gravedad o la bomba. La bomba —o el peso del agua en un tanque— genera presión en el tubo. Lo único que hay que hacer es abrir la llave de paso para permitir la salida del agua. Basta con abrir el grifo y dejar correr el líquido.

Desiste, pues, de realizar el trabajo por tus propios esfuerzos. Deja que Dios lo haga a través de ti. Despreocúpate y deja obrar a Dios. Da paso al Señor. Haz arder el aceite. Deja fluir el agua. Deja obrar al Señor. ○

¿PARA QUÉ AFANARNOS TANTO?

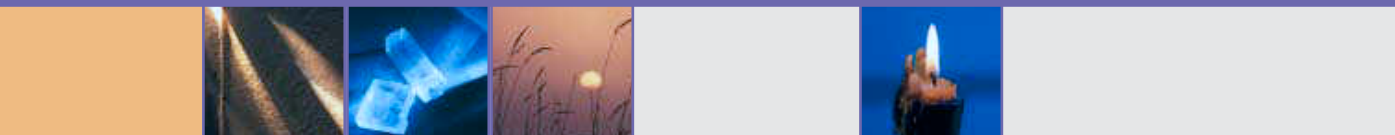
Robert LeTourneau (1888-1969), inventor y primer fabricante de la máquina excavadora, fue un cristiano muy activo. Cierta noche tenía que diseñar una pieza que había que manufacturar al día siguiente. Esa misma noche, sin embargo, unos jóvenes de su iglesia lo habían invitado a participar de una de sus iniciativas de evangelización.

LeTourneau escribió tiempo después: «Mientras decidía qué hacer, forcejeé y discutí bastante con el Señor. Aunque no sabía cómo iba a dibujar la pieza antes de la mañana siguiente, decidí acompañar a los jóvenes, y pasamos una velada de lo más provechosa. Llegué a casa alrededor de las diez de la noche. Hasta ese momento no había tenido ocasión de empezar el diseño. Sin embargo, me senté frente al tablero de dibujo, y en cuestión de cinco minutos el boceto del mecanismo que necesitaba quedó totalmente definido. No sólo eso: el pequeño mecanismo que diseñé aquella noche fue una pieza esencial de muchas otras máquinas que inventé después. Vale la pena reservarle a Dios el primer lugar».

Dios MONTÓ UN ESPECTÁCULO LUMÍNICO el otro día, y tuvimos el privilegio de presenciarlo. Además nos dijo muchas cosas, que nos propusimos escuchar. Estoy seguro de que nos lo había enseñado antes, pero todos andábamos muy ocupados para detenernos a prestarle atención.

que sea. Ten en cuenta que en la noche la llama de una sola vela puede divisarse a más de un kilómetro de distancia.

Hasta un granito de polvo, a pesar de su pequeñez, puede resplandecer como un diamante si le da un rayo de sol. Cuanto más densa es la oscuridad, más brilla la luz. Un pequeño diamante



El Señor hizo penetrar en nuestra habitación tres relucientes rayitos de luz. No se colaron por los postigos, que obstruyen la luz, sino por diminutos agujeros que la dejaron pasar. Eso me hizo pensar en nuestra vida de servicio al Señor: Cuanto más pequeños somos, más claramente ven los demás a Jesús. Cuanto menos hay de nosotros, más dejamos pasar Su luz.

Eran rayos multicolores: cada uno mostraba un color distinto de la luz divina, pero provenían todos de la misma luz. Es similar a lo que dice la Biblia en el sentido de que a cada cristiano se le conceden diferentes dones, pero todos provienen del Espíritu Santo (1 Corintios 12:4). Cada persona refleja a su manera la luz de Dios. Cada cual deja brillar su luz, deja ver las obras particulares que realiza a fin de que los hombres glorifiquen la belleza de Dios (Mateo 5:16).

Somos como rayitos de luz en este mundo espiritualmente tan sombrío. Hasta unos pocos haces de luz pueden destacar y hacerse notar. No creas que porque hay tanta oscuridad no vale la pena emitir una lucecita, por pequeña

de polvo, o un rayito de sol, resaltan más cuando la habitación está muy oscura. «Cuando el pecado abunda, sobrea-bunda la gracia» (Romanos 5:20).

No nos atrevemos a mirar directamente al Sol: nos cegaría. Pero vemos su reflejo en las cosas que ilumina. De igual forma, solo se puede ver a Dios en la medida en que Sus hijos, como diminutos diamantes de polvo, lo reflejen. La gente no puede mirar a Dios ya que Él resplandece demasiado. Se tiene que fijar en nosotros, los creyentes, para ver el reflejo que proyectamos de Él.

La luz de Dios no se ve a menos que tú la reflejes. Los demás sólo verán a Dios en ti si tú lo reflejas. «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mateo 5:16). De no ser por el polvo, no se podría ver la luz; y de no ser por la luz, no se vería el polvo. Ambos son necesarios.

Puede que uno nunca vuelva a ver uno de esos pequeños diamantes de polvo, puesto que algunos son impulsados hacia la luz, no brillan sino por un momento, y se desvanecen nue-

vamente en la oscuridad. Sólo tienen su momento de verdad. Claro que aunque resplandezcan una sola vez en la vida con la luz del Señor, vale la pena. Aunque sólo una vez en su existencia brinden vida y alegría a alguien, vale la pena. Pero si pudieran permanecer en la luz del Señor, podrían centellear

seguir ese camino, o no se llega nunca. Jesús es la luz del mundo (Juan 8:12). Él es el único camino. Solamente en Él hay Luz. Él es el rayo recto y estrecho que lleva al amor de Dios. A menos que nos pongamos en medio de ese haz de amor, jamás brillaremos. Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene

DIAMANTES DE POLVO

David Brandt Berg

hasta agotarse, tal como una vela que alumbraba toda la casa hasta extinguirse. Cuanto más permanezca la motita de polvo en la luz, más tiempo brillará y seguirá siendo un diamante.

Esos diamantes de polvo pueden brillar por un breve instante y luego desaparecer, como la vida del hombre, como la hierba del campo que hoy es y mañana deja de ser. ¿Qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina, un vaho que refleja por un momento los rayos de luz divinos y luego se desvanece (Salmo 103:15,16). No tenemos el mañana asegurado. Mejor será que brillemos ahora, en tanto que tenemos la luz, o caeremos en el olvido (Santiago 4:14), y nadie sabrá siquiera que hemos existido. Porque si no permanecemos en la luz divina, nadie la habrá visto reflejarse en nosotros, brillar a través de nosotros. «El que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios» (Juan 3:21).

Los haces de luz que vemos siguen una línea muy recta, muy estrecha, y se difunden desde su origen en un solo sentido. Es decir, que no hay sino un camino para alcanzar la Fuente. Hay que

al Padre, sino por Mí» (Juan 14:6).

Es notable todo lo que Dios puede enseñarnos a partir de un simple rayito de luz. Basta que lo apreciemos con la sencillez de un niño. «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (Mateo 18:3).

Para aprender del Señor hace falta detenerse, mirar y escuchar. Si no, nos vemos desbordados por todos los afanes de esta vida, en lugar de desbordar Su verdad, amor y alegría. Somos vencidos por el mundo en vez de vencer al mundo por medio de Dios. Si vivimos muy atareados, o si andamos con muchas prisas y sumidos en nuestros afanes y asuntos particulares, nunca aprendemos nada.

Observa los diamantes de polvo. No se esfuerzan por centellear y brillar. Simplemente dejan que la luz se refleje en ellos. No se afanan por brillar o moverse. No se dirigen a ninguna parte, no tienen prisa. Lo único que hacen es flotar calladamente en el aire creado por Dios.

Para... mira... escucha... y deja que tus motas de polvo se tornen en diamantes que pongan de manifiesto la belleza de Dios. •

la pieza de

AJEDREZ

Tú no puedes, pero el Señor sí



Dios no quiere que finjas o simules ser lo que no eres y jamás podrás ser. No obstante, nos enseña en Su Palabra que cualquiera puede llegar a ser prácticamente cualquier cosa, siempre y cuando tenga fe y obre de conformidad con la voluntad del Señor. De modo que cualquiera puede ser alguien, o alguien puede ser cualquiera. Nada hay imposible para Dios, y al que cree todo le es posible (Lucas 1:37; Marcos 9:23).

Muchos cristianos ponen a los santos en un pedestal. Idolatran a los grandes personajes de la Biblia, a los patriarcas y los profetas. Como exaltan y ponen por las nubes hasta tal punto a los santos y mártires del cristianismo, la gente común y corriente considera prácticamente imposible alcanzar esas mismas alturas. Y muchos, lamentablemente, aducen ese sentimiento de impotencia para justificar su inacción.

Dicen: «Hoy en día es imposible ser así. Eso sólo ocurría en los tiempos bíblicos. Solo los santos, patriarcas y profetas hacían eso. Los cristianos normales y corrientes no estamos sujetos a esas exigencias. Están fuera de nuestro alcance. Es imposible; ni para qué intentarlo. No se puede esperar que la gente obre milagros como ellos, que tengan dones del Espíritu como los que poseían los apóstoles y otros cristianos ejemplares de tiempos pasados. Los milagros pasaron a la historia».

Uno de los mayores artificios del Diablo es decirles: «No puedes aspirar a ser un buen cristiano porque eres pecaminoso, cometes errores. No se puede ser bueno y malo al mismo tiempo». La Palabra de Dios certifica, sin embargo: «No hay justo, ni aun uno. [...] Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:10,23).



Al decir todos, ¿a quién se refiere? A ti, a mí, y también a los santos, los profetas, los apóstoles, los patriarcas y todos los demás. Nadie queda exceptuado salvo el propio Dios.

Eso cambia nuestra perspectiva del asunto. Baja a los apóstoles, profetas y grandes personajes de la Biblia a nuestro nivel y da a entender que es posible para nosotros emular su ejemplo. Por muchos pecados y equivocaciones que cometamos, por muchos defectos que tengamos, seamos como seamos, el Señor puede obrar por medio de nosotros. De modo que si el Diablo te dice que nunca llegarás a ser nadie a causa de tus muchas culpas, no le hagas caso. ¡No es cierto!

Dios en parte creó al hombre y lo puso en la Tierra para manifestar Su poder de salvación, para demostrar que puede salvarnos y obrar por medio de nosotros a pesar de todas nuestras faltas y defectos. Hasta de ti puede valerse. El mismo hecho de que aun siendo tan malos como somos Dios pueda obrar a través de nosotros glorifica a Jesús cuando hacemos algo bien. Como reza una canción de hace muchos años:

A Ti te daremos la gloria,
por todo, Señor, precioso Señor,
y pregonaremos la historia,
Jesús, de Tu espléndido amor.

Hasta el apóstol Pablo se lamentó diciendo: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Poco menos que dijo: «Soy como un cadáver. Apesto. Soy una verdadera porquería». Así y todo el Señor lo animó y puso en sus labios la respuesta: «Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 7:24,25; 1 Corintios 15:57).

Esas palabras nos infunden esperanzas, ¿no es cierto? Cuando el Diablo pone empeño en recordarnos nuestras faltas, equivocaciones y defectos, nos hace caer en la cuenta de que no somos capaces de alcanzar la victoria, de que, en efecto, no servimos para nada, que es cierto que somos pecadores, y que si no fuera por el amor, la misericordia, la gracia y la bondad de Dios, de ningún modo nos superaríamos.

Requiere un milagro de la gracia de Dios. Lo que hacemos por el Señor, nuestros pensamientos, nuestro amor a Él y al prójimo, todo es un milagro de la gracia divina. «Fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6). Es obra de Dios. Uno simplemente debe tener fe en que el Señor lo hará por medio de uno.

Durante años me había convencido de que no era nada ni nadie y de que nunca podría realizar gran cosa. Pensaba que cometía demasiados pecados, que era muy carnal, que no leía la Biblia ni oraba con la debida frecuencia. ¿Cómo

podía aspirar a hacer algo noble para Dios?

Seamos sinceros. ¿No es así como nos sentimos a veces? Estoy seguro de que el Diablo te dice a ti las mismas mentiras. Cuando lo haga, ¿por qué no le pegas una *bofetada* con las Escrituras, como hizo Jesús cuando el Diablo lo tentó en el desierto? (Mateo 4:1-11). «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). Donde abundan el pecado y las faltas y errores propios de la naturaleza humana, sobreabunda la gracia de Dios (Romanos 5:20). Ha ahí el secreto de todo.

¿Por qué crees que permite el Señor que cometas equivocaciones? ¿Por qué crees que permitió que Adán y Eva cedieran y cayeran en la tentación en el Paraíso Terrenal? Para demostrar que lo necesitaban a Él y, al mismo tiempo, demostrarnos a todos que lo necesitamos, que no podemos lograrlo por nuestra cuenta. ¿Y qué se consigue con eso? Glorificar al Señor.

Naturalmente que es imposible para nosotros. No podemos salvarnos por virtud propia, no podemos llevar una vida cristiana perfecta, no podemos ser buenos ni hacer nada bueno por esfuerzo propio. El mismo Jesús dijo: «Separados de Mí, nada podéis hacer» (Juan 15:5). A muchos les han inculcado la falsa doctrina de que se espera que ellos hagan la mayor parte con un poco de ayuda suplementaria de Dios. Pues yo quiero expresarles sin rodeos que Dios es quien lo hace todo. Para mí ese concepto es un gran consuelo. ¿No tiene ese mismo efecto en ustedes?

No es preciso que te sientas capaz de hacer cosas que el Señor no espera que hagas. Basta con que tengas fe para

ser lo que Él quiere que seas y para desempeñar la tarea que te tiene asignada, cualquiera que sea. No intentes ser lo que no eres; pero tampoco dejes que el Diablo te mienta diciéndote que no eres capaz de ser la persona en la que Dios te puede convertir, o de realizar lo que Dios quiere obrar por medio de ti. Él nunca nos pide que hagamos más de lo que sabe que podemos hacer con Su ayuda.

A muchísimos cristianos se les han inculcado dos doctrinas contradictorias. Según la primera de ellas, uno no puede ser santo ni perfecto; y conforme a la segunda, uno no se puede salvar a menos que sea santo y perfecto. Ambas son doctrinas propias del Diablo. Con razón muchos cristianos se dan por vencidos y dejan de esmerarse por hacer algo por el Señor.

Sin embargo, lo estupendo, el quid de la cuestión, es que con la ayuda de Jesús puedes hacer cualquier cosa. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). Con Su ayuda puedes hacer lo que sea, ir adónde sea y ser quienquiera que Dios quiera que seas.

Dios nos ha dado libre albedrío. Pero para alcanzar el éxito en lo que emprendamos para Él, o incluso para ser todo lo felices que Él quiere que seamos, debemos supeditar nuestra voluntad a la Suya. Tenemos que averiguar cuál es Su voluntad para nosotros —lo que Él sabe que más nos conviene y más les conviene a los demás—, y optar por cumplir con eso.

Como las fichas del tablero de ajedrez, cada uno tiene su puesto y su tarea que desempeñar para el Señor. Las piezas de ajedrez no tienen voluntad propia. Cuando un jugador de este deporte toma una pieza y la hace avanzar hasta otra casilla, ésta no protesta ni

Es estupendo
dejar las
decisiones
en manos de
Dios, porque
Él siempre
se preocupa
de darnos lo
que más nos
conviene.

trata de evitar que el jugador la mueva, ¿cierto? De igual manera, nosotros estamos en las manos de Dios. Piensa en eso cuando el Diablo te induzca a preocuparte con esto o con lo otro. Estás en manos del Gran Maestro de ajedrez y Él te colocará dondequiera que desee. Límitate a confiar en el Señor.

No tienes que tomar todas las decisiones tú. Basta con que te subordines a los designios del Maestro. De todos modos puedes actuar según tu albedrío y optar por no someterte. En última instancia, la única decisión que debes tomar es la de hacer la voluntad de Dios. Simplemente accede a que el Señor haga las jugadas que quiera contigo y deja que Él piense y disponga. Él ve toda la partida, todo el tablero y todas las piezas. Tu visión es muy limitada y tienes muy poco poder. En cambio Él lo ve todo y lo tiene todo.

Sé simplemente lo que Dios quiere que seas. No te preocupes por lo que puedes o no puedes ser, o por lo que serás o dejarás de ser, como hice yo casi cincuenta años. Me pasé media vida preocupándome por lo que iba a ser algún día cuando ya era exactamente lo que Dios quería —desde hacía mucho tiempo— y estaba aprendiendo todo lo que Él quería que aprendiera.

También hubo ocasiones en las que opté por hacer esto o aquello y Dios tuvo que instarme a cambiar de idea u obrar otra cosa a pesar de mí. Pero a la larga, siempre descubría que Dios sabía lo que hacía.

Es estupendo dejar las decisiones en manos de Dios, porque Él siempre se preocupa de darnos lo que más nos conviene. Él nunca falla. Aunque permita que entendamos mal Sus instrucciones o cometamos un error, si nuestro corazón es recto para con Él, hasta puede valerse de eso para enseñarnos algo y sacarle algún

provecho a la situación (Romanos 8:28).

Así que deja de preocuparte por lo que Dios va a hacer. Estás en Sus manos. «Confía en el Señor y haz el bien» (Salmo 37:3). «Fíate del Señor; no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas» (Proverbios 3:5-6). «Oiréis a vuestro lado una voz que diga: “Este es el camino, andad por él”» (Isaías 30:21).

Cuando se sigue a un guía por un camino desconocido, él no le dice a uno por dónde hay que ir sino al llegar a un recodo o a una bifurcación: espera a que llegue el momento en que uno deba saberlo. Lo mismo sucede con el Señor: en la mayoría de los casos no es preciso que sepas al detalle lo que vas a hacer mañana. Jesús dijo que no nos preocupáramos por el día de mañana. A veces hay que trazar planes con antelación para algunas cosas. Pero no tenemos que *preocuparnos* por el día de mañana. Límitate a hacer lo que Dios sabe que puedes hacer y lo que te ha pedido que hagas hoy, y prepárate para hacer lo mismo mañana.

Cada uno de nosotros es una pieza única del tablero de ajedrez que tiene Dios. Y Él ha dotado a cada uno de ciertas facultades. Él es el jugador; tú solamente una ficha. Eres Su ficha, y no tienes que hacer otra cosa que moverte según Sus deseos. Ni siquiera espera que lo hagas por tus propios esfuerzos, sino que extenderá la mano, te tomará y te colocará donde Él quiera que vayas. Tú de todos modos no podrías desplazarte por tus propios medios, pero sí con el impulso de Dios. O sea, ¡tú no puedes, pero Él sí! ■

(Extracto de *Más que vencedores*, colección de 10 artículos escritos por David Brandt Berg).

UNCIÓN CON CLARA INTENCIÓN

Poco antes de Su crucifixión y resurrección, Jesús prometió a Sus discípulos que les enviaría un Consolador, el Espíritu Santo, para que los fortaleciera, les otorgara poder, los orientara y los dirigiera en su vida espiritual y relación con Él.

Mientras Jesús estuvo físicamente con Sus discípulos, ellos lo amaban y sabían que Él los amaba a ellos. Disfrutaban de Su presencia y oían Su reconfortante voz. Sin embargo, todavía no lo conocían tan bien como llegaron a conocerlo más tarde en espíritu.

Pero cuando se cumplió la promesa del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los discípulos descubrieron que aunque el cuerpo de Jesús se había apartado de ellos, Su Espíritu estaba muy presente y les infundía más poder que nunca: No sólo estaba *con* ellos, sino *en* ellos.

✧

Antes de ascender al Cielo Jesús exhortó a Sus seguidores a que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, «la cual —les dijo— oísteis de Mí. [...] Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos» (Hechos 1:4,8). Así que aguardaron en Jerusalén (Hechos 1:14).

«Cuando llegó el día de Pentecos-



DAVID
BRANDT
BERG

tés, estaban todos unánimes juntos» (Hechos 2:1). En aquel momento

los discípulos de Cristo sumaban unas 120 personas entre hombres y mujeres (Hechos 1:15). Se hallaban todos juntos y tenían un solo propósito, un mismo sentir, un mismo espíritu.

Jesús les indicó que esperasen en Jerusalén para que cuando se produjera el bautismo del Espíritu Santo estuvieran en condiciones de conquistar a muchas otras personas para Él. Esa fue la principal finalidad del día de Pentecostés. En los planes de Dios no solo figuraban las grandes señales y prodigios y las manifestaciones sobrenaturales. Las manifestaciones del Espíritu Santo no fueron más que un medio para conseguir un fin.

«De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas [idiomas que nunca habían aprendido ni hablado], según el Espíritu les daba que hablasen» (Hechos 2:2-4).

Dado que aquello se produjo durante una importante festividad anual —la Fiesta de la Siega—, Jerusalén estaba llena de judíos provenientes «de todas las naciones bajo el cielo» (Hechos 2:5). «Hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua» (Hechos 2:5,6).

«Estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: “¿Qué quiere decir esto?” Mas otros, burlándose, decían: “Están llenos de mosto”»

Se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo.

(Hechos 2:12,13).

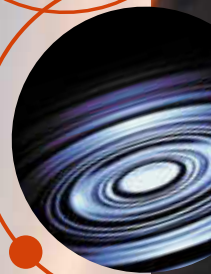
«Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: “Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: ‘Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne’ [...]. Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”» (Hechos 2:14-17,21).

«Los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hechos 2:41). ¡Miles de personas aceptaron a Jesús y se salvaron! Eso fue lo más importante que sucedió el día de Pentecostés. La principal finalidad del Espíritu Santo es ungirnos para dar testimonio.

«Perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la Iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2:46,47).

Entonces se dio otra de esas magníficas situaciones creadas por Dios. Él tomó a alguien a quien la gente estaba acostumbrada a ver en la puerta del templo: un cojo que se sentaba día tras día a pedir limosna en las escalinatas. Se presentaron Pedro y Juan, y Dios obró otro gran milagro. El hombre se curó instantáneamente, y la gente se llenó de asombro (Hechos 3:10).

«Viendo esto Pedro, respondió al



pueblo: “Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a Su Hijo Jesús [...]. Y por la fe en Su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado Su nombre; y la fe que es por Él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros”» (Hechos 3:12,13,16).

«Muchos de los que habían oído la Palabra, creyeron»; y otras 5.000 personas aceptaron a Jesús como Salvador (Hechos 4:4).

¿Qué tenían aquellos primeros discípulos llenos del Espíritu para convencer a tantas personas de que Jesús era, en efecto, quien había afirmado ser, es decir, el Mesías? «Viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús» (Hechos 4:13).

Pedro, Juan y los demás no se dejaron amilanar por sus orígenes humildes ni por ninguna otra cosa. Hicieron caso omiso de ello y se lanzaron a testificar entusiastamente. Tenían un poder de persuasión enorme que les acarreó impresionantes resultados. Era evidente que habían estado con Jesús. Tenían la unción del Maestro para hacer Su obra.

*

¿TE HAS LLENADO DEL ESPÍRITU DEL AMOR DE DIOS?

Antes que viniera Cristo a la Tierra, Dios solo ungía con Su Espíritu a ciertos dirigentes, reyes y profetas. En la actualidad, en cambio, Su Espíritu Santo está accesible a todas las personas que reciben al Señor. «En los pos-

teros días, dice Dios, derramaré Mi Espíritu sobre toda carne» (Joel 2:28).

Desde el día de Pentecostés, en que los primeros discípulos fueron investidos con poder de lo alto, el Señor pone Su Espíritu a disposición de cada cristiano. Ahora todos pueden tener el Espíritu Santo y ser guiados individualmente por el Señor. Hoy en día todos podemos disfrutar de Él, independientemente del lugar geográfico en que nos encontremos. En todo momento podemos estar dotados de Su pleno poder. El Espíritu Santo se puede comunicar con todos nosotros simultánea y equitativamente.

A todo el que reconoce que Jesús es su Salvador se le dispensa cierta medida del Espíritu; sin embargo, la plena infusión o investidura del Espíritu, lo que se llama el *bautismo* del Espíritu Santo, suele ser una experiencia posterior a la salvación. Por eso preguntó el apóstol Pablo al conocer a ciertos discípulos: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?» (Hechos 19:2). Si estás salvado, ese poder de Dios está a tu entera disposición; no tienes más que pedirlo. Al igual que la salvación, se trata de un don de Dios. «Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan» (Lucas 11:13).

En resumen, si te llenas del Espíritu Santo tendrás una relación más estrecha con Jesús y estarás en condiciones de entender mejor Su Palabra. Además, te infundirá la fogosidad que te hace falta para dar a conocer tu fe a los demás. Si aún no lo has hecho, puedes llenarte del Espíritu Santo ahora mismo haciendo la siguiente oración:

Jesús, te pido que me llenes hasta rebosar del Espíritu Santo para poder amarte más, seguirte más de cerca y tener más valor para divulgar Tu amor y Tu salvación. Amén. •

Despacio y buena letra

«EN QUIETUD Y EN CONFIANZA será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). La Biblia no promueve en modo alguno la prisa. El único versículo que recuerdo en favor de apresurarse es: «La orden del rey era apremiante» (1 Samuel 21:8). En contraste con ese pasaje, yo diría que habrá cien que recomiendan ir despacio, aunque sea con otras palabras. Incluso se nos aconseja que tomemos las cosas con calma.

Jesús dijo: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga» (Mateo 11:28-30). Cuando uno tiene que aguantar mucha presión o tensión, una carga muy pesada o un yugo muy difícil, la culpa no es de Dios. Es de uno mismo o de otra persona.

Tal vez sea ese el propósito por el que Dios creó a las mulas y los burros, para ilustrar el ritmo al que debemos vivir. Son trabajadores, puede que sean lentos pero tienen más aguante y pueden llevar cargas más pesadas que los caballos. Son las bestias de carga de los parajes difíciles. Son capaces de sortear sendas en las que un caballo se mataría y llevar cargas imposibles para un caballo, sobre todo para un caballo de carreras.

Los caballos de carreras son capaces de galopar a toda marcha alrededor de la pista

unas pocas veces, y ahí se acaba la cosa. Son muy nerviosos e inquietos, pero no son bestias de carga. No soportan trabajos pesados y abultados fardos. En cambio, las mulas y los burros de carga sí. Además, ¡son lo más terco que hay! No se los puede apurar. Hay que ir a su ritmo, lentamente. Avanzan despacio, pero a la larga cumplen con la tarea y llegan a destino. Se asemejan a la fábula de la tortuga y la liebre: aunque la tortuga era lenta, al final llegó a la meta.

Puedes optar por la intensidad y la velocidad si quieres; yo me quedo con el camino lento y seguro. Puedes tomar la vía de alta velocidad y llegar primero si quieres —eso si llegas—; yo optaré por el carril lento y seguro. Por mucho que tarde, estoy decidido a llegar entero.

He perdido la cuenta de las veces en que les he dicho a los conductores de taxi: «Quien de prisa vive, de prisa muere. Vaya más despacio y vivirá más tiempo». Y es cierto. Los médicos y los expertos en salud afirman que el estrés está matando a la gente y que muchas de las enfermedades de hoy en día son producto de la presión y las tensiones, o bien de malas dietas. La tensión nerviosa y las prisas matan a la gente causándole trastornos cardíacos, neurológicos y alta presión arterial.

¡Que Dios nos ayude a ir más despacio! No se trata de perder el tiempo, pero sí de confiar en el Señor en vez de andar tan impacientes y con tantas prisas. La paciencia es sinónimo de lentitud, de avanzar a un ritmo constante, de hacer nuestra labor con perseverancia y sin perder el tiempo, sin preocuparse ni ponerse frenético. La impaciencia, en cambio, va asociada a la precipitación, el ajetreo, la velocidad, la prisa, la presión, la tensión. Mientras que la paciencia es señal de fe, la impaciencia denota falta de ella. Pone de manifiesto que nos parece que no vamos a terminar la tarea si no la hacemos de prisa, si no apretamos el paso y redoblamos la marcha.

En cambio, si tenemos fe en que Jesús se va a encargar del asunto de algún modo, podemos darnos el lujo de ser pacientes, de ir despacio y hacer las cosas bien. •



la búsqueda

DAVID BRANDT BERG

muchas diferencias importantes.

Aunque todo el mundo creyera y aplicara personalmente la Palabra de Dios, la Palabra está viva, por lo que sus frutos son diferentes en cada uno. Por ejemplo, si diez personas leen el famoso capítulo de la Biblia sobre el amor —1 Corintios 13—, es muy posible que para cada una cobre una relevancia distinta. Puede que el Señor le indique a una persona que debe ser más afectuosa, mientras que para otra la consigna sea la amabilidad y la consideración; a otra le indicará que sea menos orgullosa; y a otra, menos egoísta. Simplemente es imposible que las personas se conviertan en autómatas o que pierdan su intelecto o su carácter individual por vivir la Palabra.

Entiendo que si eso fuera posible, a nadie le gustaría. La vida se volvería muy aburrida y nada estimulante. Pero no es posible. De hecho, es más probable que ocurra todo lo contrario: cuanto más te compenstras con el Señor y con la Palabra, más se destacan tus dones y puntos fuertes. Él realza tus aptitudes y hasta tu inteligencia —a fin de cuentas, son facultades de las que Él

MUCHA GENTE SE HA TRAGADO LA MENTIRA diabólica de que si uno lee y obedece la Palabra de Dios, pierde su carácter individual. Dicho de otro modo, si uno acepta por fe las verdades de la Palabra de Dios, se vuelve como tantos otros, deja de gozar de pensamiento autónomo, pierde su agudeza, su intelecto, la capacidad de participar en debates profundos.

Mas si echas un vistazo a tu alrededor, verás que hay mucha diversidad, inteligencia e individualidad entre quienes no se tragan ese cuento. En un cuerpo de creyentes que se esfuerzan por seguir las enseñanzas de Jesús, hay toda clase de personalidades bien definidas. No hay dos que se parezcan. Es más, se dan

de la individualidad



“Cuanto más adopta uno los cánones del mundo, mayor peligro corre de convertirse en una muestra de lo que otro concibió.”

mismo te dotó— y te convierte en una persona mejor sin que pierdas tu identidad. No sólo se desarrolla tu faceta espiritual, sino también tu imaginación, creatividad, capacidad de raciocinio y de tomar decisiones, don de gentes y mucho más. Cuanto más se acerca uno al Señor y más sintonizado está con Él, más definida y singular se torna su personalidad. Ello obedece a la transformación que Dios opera en la persona. Él lo convierte a uno en lo que Él quiere que sea, es decir, en un ser distinto de lo que tiene pensado para los demás.

Aunque uno leyerá los mismos pasajes de la Biblia y se aprendiera de memoria los mismos versículos que un millón de personas más, eso no menguaría su carácter único. Lo que te distingue de los demás es la manera en que se manifiesta esa Palabra en tus decisiones, en tu personalidad, en tus gustos, en tus reacciones personales, en tu fe. Son todas esas cosas las que te definen: los compromisos que asumes con el Señor, las experiencias que vives con Él, el amor que manifiestas, las ideas que te vienen de Él, la gente en la cual influyes... Todo eso hace que seas quien eres, y no hay nadie

que pueda ser igual a ti. ¡Es imposible!

No hace falta que recurras a las cosas del mundo para hacer valer tu individualidad. ¡Qué gran engaño del Diablo es ese, pues mientras piensas que te estás volviendo diferente, único, en realidad lo que él busca desde el principio es volverte como todos los demás que van ciegamente en pos de las cosas del mundo!

La Biblia nos manda: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. [...] Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vana gloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo» (1 Juan 2:15,16). Y: «No os conforméis a este siglo [mundo], sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento» (Romanos 12:2).

Quienes se tragan las mentiras del Diablo terminan por conformarse al mundo. Gradualmente, a medida que subyugan su mente, sus pensamientos y sus decisiones al adoctrinamiento del mundo, pierden su carácter único y se amoldan cada vez más a las multitudes esclavizadas por las tinieblas. Dificilmente se pueda afirmar que conserven

su identidad.

Cuanto más adopta uno los cánones del mundo, mayor peligro corre de convertirse no en la persona que el Señor quería que fuera, sino en una muestra de lo que otro concibió. En vez de ser un cristiano amoroso y de convicciones firmes, que sabe bien a dónde va y se siente seguro al cobijo del amor de Dios, espiritualmente termina por convertirse en un pobre vagabundo.

Lo que te hace una persona sui generis no es el tener creencias que nadie más tiene, sino el permitir que esas creencias que tienes en común con millones de creyentes te motiven, te inspiren, te eduquen y te impulsen a hacer cosas singulares. Tu identidad radica en lo que haces.

Tú eliges: Puedes aceptar la Palabra de Dios y todo lo que el Señor te indique en tu comunicación con Él, a fin de convertirte en la bella persona y en esa expresión única del amor de Dios que Él quiere que seas; o bien tomar el camino contrario y resistirte a la instrucción del Señor, rechazar Su ayuda y dejar de convertirte en lo que podrías ser. De ti depende. Esa es tu libertad de elección, tu libertad de pensamiento. □

aptitudes y dones, cualidades y flaquezas

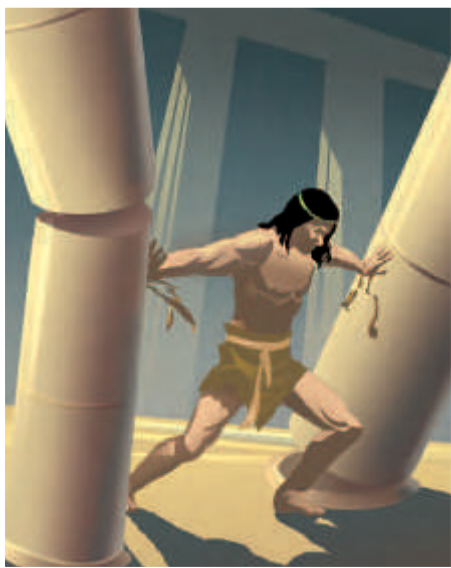
DAVID BRANDT BERG

La mayoría de los seres humanos no se consideran muy fuertes ni muy capaces. Desearían tener ciertas cualidades y habilidades que les parece que les faltan. Por eso conviene recordar que Dios se especializa en valerse de personas que no son extraordinarias de por sí.

El apóstol Pablo dijo: «Mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en Su presencia» (1 Corintios 1:26-29).

¿Por qué Dios elige deliberadamente a personas débiles? Porque cuanto más débiles seamos, más puede Dios demostrar lo que es capaz de hacer. Es precisamente nuestra debilidad lo que le permite manifestar Su gran poder, superar nuestras limitaciones humanas y hacer milagros. «Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Corintios 4:7).

Cuando no nos sentimos capaces de realizar una tarea que Dios nos ha puesto delante, Él tiene oportunidad de encargarse de ella y hacerla a Su manera. De hecho, cuanto más débiles nos sintamos, más fuertes podemos llegar a estar en Su Espíritu, porque Su poder se manifiesta cuando nos



encontramos en ese estado (2 Corintios 12:10).

Esa sensación de incapacidad es estupenda, puesto que nos hace acudir al Señor, y así le damos ocasión de intervenir. «Dios es el que en nosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad» (Filipenses 2:13). Al Señor le gusta que manifestemos nuestra dependencia de Él, que nos demos cuenta de que necesitamos Su ayuda y que se la pidamos, conscientes de que «lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (Lucas 18:27).

El flanco débil de la fortaleza

La mayor tentación de las personas dotadas de mucho talento y dinamismo es procurar lograr su cometido apoyándose en toda esa energía y habilidad que tienen; pero eso conlleva sus limitaciones y sus riesgos. «Los grandes hombres tienen grandes defectos», y el mayor de ellos consiste en seguir adelante por su cuenta, por sus propias fuerzas, en vez de permitir que el Señor obre a través de ellos.

Todo ese talento, capacidad y empuje es con frecuencia lo que impide que el Señor manifieste Su fortaleza. A las personas que son así les resulta más difícil confiar en el Señor, pues están acostumbradas a valerse por sí mismas.

Mi propia madre, por poner un ejemplo, era una mujer muy dotada: Dios le había dado talento para un montón de cosas, mucha habilidad, dinamismo, personalidad, presencia, etc. Pero el Señor sólo pudo servirse de ella como quería después que ella se partió la columna en un accidente y se pasó cinco años entre la cama y la silla de ruedas. Una vez que ella y los médicos hubieron probado de todo sin éxito, cuando ya no tenía a quién más recurrir

ES PRECISAMENTE NUESTRA DEBILIDAD LO

QUE LE PERMITE MANIFESTAR SU GRAN PODER.

y se le habían agotado las fuerzas, el Señor intervino y la sanó milagrosamente. ¡Y a ella no le quedó la menor duda de que era Él quien la había curado! Después de esa experiencia, ella todavía conservaba los rasgos de personalidad y las aptitudes que Dios le había dado en un principio, pero aprendió a apoyarse en Él, a poner a Su disposición todas esas buenas cualidades que tenía y a reconocerle el mérito de todo lo que se llevara a cabo. Y entonces Dios por fin pudo valerse plenamente de ella. Como es natural, no hay nadie que no se apoye hasta cierto punto en su habilidad innata en diversas circunstancias. Por eso todos debemos aprender a depender más del Señor y de Sus fuerzas.

Cómo obtener victorias espirituales

Se dice que «el Diablo sale disparado cuando ve al más débil de los santos arrodillado». Eso es muy cierto, porque cuando somos débiles por nosotros mismos tenemos oportunidad de fortalecernos «en el Señor y en el poder de Su fuerza» (Efesios 6:10). No obstante, es posible que el Diablo no salga tan disparado si somos una de esas personas que se consideran *fuertes*. La confianza excesiva en uno mismo constituye una grave debilidad espiritual. «El que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Corintios 10:12). Martín Lutero escribió:

De nuestras fuerzas depender
sería estar perdidos,
mas con nosotros lucha Aquel
que Dios ha escogido.
¿Pregunta alguien quién es?
¡Cristo Jesús, es Él!
De ejércitos Señor,
por siempre el Salvador.
¡Él triunfa en la batalla!

De nada sirve que confiemos en nuestras propias fuerzas. Debemos fijar la mirada en el Señor, y debe ser Él quien gane la batalla. No es necesario que tratemos de obtener victorias por nuestra cuenta, bregando y esforzándonos en la carne. Basta con que le entreguemos a Dios nuestra voluntad, y Él se encargará de hacer el resto, ¡que es prácticamente todo! ■

Aunque te ayudará, no te lo hará demasiado fácil soplándote las respuestas de antemano; si no, dejaría de ser una prueba. De hecho, superar debilidades graves o de larga data en muy raros casos se logra aprobando un solo examen. Es más bien como hacer un curso. Un estudiante que ansía dominar cierta materia tiene que estudiar arduamente, ejercitarse una y otra vez y en muchos casos someterse a varias pruebas antes del examen final. Pero una vez que pasa el curso, ya no tiene que seguir ejercitándose en las mismas cosas ni dar las mismas pruebas. Dado que ya se aprendió bien esas lecciones, no necesita examinarse más. Se gradúa de ese año o nivel y pasa al siguiente. Lo mismo sucede en la escuela de la vida.

Una vez que nos hemos aplicado y hemos aprobado un curso, Dios no tiene que seguir poniéndonos las mismas pruebas una y otra vez. Puede que de vez en cuando nos ponga de pronto una prueba para refrescarnos la memoria; pero si ya pasamos el curso y retuvimos lo que aprendimos, esa prueba es mucho más fácil y menos exigente que el examen original, sólo lo suficiente para mantenernos al día y ayudarnos a conservar nuestra destreza.

Cuando ya hemos hecho progresos importantes en cuanto a cierta debilidad, Él puede enseñarnos otras cosas o fortalecernos en otros aspectos. Cuando pasamos de un grado o nivel al siguiente, las tareas de éste último suelen ser un poco más difíciles, pero a la vez habremos adquirido nuevas aptitudes para ayudarnos a responder a ese nuevo reto y así seguimos haciendo progresos.

No importa si se trata de una gran prueba o de una dificultad casi irrisoria.

Lo importante para Dios es que estemos dispuestos a aceptar cada prueba cuando se presenta y a confiar en que Él sabe por qué dispone que la enfrentemos. Él entiende nuestro corazón. Sabe lo que necesitamos para seguir madurando. Discierne lo que necesita nuestro espíritu y sabe exactamente con qué alimentarlo y cómo fortalecerlo.

Así que la próxima vez que te encuentres lidiando con alguna debilidad, en vez de ceder a ella o quejarte de que la vida es muy dura, tómala como un reto. Decídette a aprender algo de ella. Pronto verás que te va de maravilla en la escuela de la vida. □

EL CAMBIO QUE SE PERFILABA IMPOSIBLE

David Brandt Berg

UNO NO PUEDE CAMBIARSE A SÍ MISMO, pero Dios sí puede transformarnos mediante el poder milagroso de Su Espíritu. Él hace cosas que para nosotros son imposibles.

Eso es lo que significa ser una «nueva criatura» en Cristo Jesús (2 Corintios 5:17). Dicho de otro modo, cuando alguien se hace cristiano, se convierte en otra persona. Deja de ser el mismo. Jesús, al entrar en su vida, no solo renueva, purifica y regenera su espíritu, sino también su mente. Elimina ni más ni menos las viejas conexiones y reflejos y poco a poco los va reconstruyendo hasta crear todo un nuevo «sistema de procesamiento de información», que se maneja con un concepto totalmente distinto de la vida, un nuevo modo de ver el mundo y nuevas reacciones ante casi todo lo que lo rodea.

Sin embargo, para nosotros es imposible realizar ese cambio por cuenta propia. Para transformarnos debemos pedirle a Jesús que nos ayude. A veces el cambio es instantáneo; otras veces toma un tiempo. Pero si le pedimos ayuda y hacemos nuestra parte, a la larga cambiamos, pues Él transforma a las personas. □



MUCHAS PERSONAS CONSIDERAN que la falta de confianza en uno mismo es una debilidad. Sin embargo, si nos lleva a depender más de Jesús, en realidad puede ser una ventaja. Cuando dependemos del Señor y acudimos a Él en busca de las soluciones que nos hacen falta, siempre salimos beneficiados, pues Él es mucho más sabio y capaz de lo que jamás podríamos ser nosotros por nuestra cuenta.

La verdadera fortaleza de la debilidad consiste en saber que se necesita al Señor y que hay que acudir a Él en busca de soluciones, y en hacerlo. La persona que es débil por sí misma no da por sentado automáticamente que conoce las soluciones o que entiende la situación, y no se apoya en sus propias ideas, sino que reza y presenta su inquietud al Señor. Nuestra primera reacción debería ser consultarle las cosas.

La debilidad puede ser beneficiosa cuando, aun pensando que sabemos qué hacer, consultamos con Jesús y seguimos Sus indicaciones, las cuales pueden diferir de lo que habíamos pensado y planeado inicialmente. Eso es conveniente, toda vez que permite que sea Él quien obre por medio de nosotros y lleve a cabo Su voluntad. Es dejar que Él asuma el mando, tome las decisiones y haga las cosas a Su manera. Así nuestra debilidad se convierte en una virtud.

Si recurrimos constantemente a Él en oración, no podemos errar. Cuanto más le consultamos, más puede obrar por medio de nosotros. Cuanto más incapaces nos sentimos, cuanto más nos

damos cuenta de que no sabemos qué hacer y le pedimos a Él soluciones, mejor nos va.

No tiene nada de malo sentirnos incapaces si eso nos lleva a recurrir al Señor en oración. Eso no es una debilidad; en realidad puede ser nuestra mayor virtud, ya que siempre contaremos con Su orientación y Su guía. Es bueno que nos sintamos así, pues nos hace tener presente lo mucho que necesitamos a Jesús, y esa es ni más ni menos la actitud que quiere Él que tengamos. Él se vale de esa sensación para hacernos acudir a Él una y otra vez, a fin de poder continuar bendiciéndonos y obrando por medio de nosotros. Lo hace por nuestro propio bien y por el bien de las personas que sabe que se verán afectadas por nuestras decisiones. Que nos sintamos incapaces y poco aptos no significa que realmente lo seamos, en tanto que recurramos siempre a Él.

El único inconveniente que tal vez se dé al sentirnos incapaces y débiles por nosotros mismos es que después de haber acudido al Señor y orado y escuchado Su voz, por alguna razón no llevemos a la práctica Sus indicaciones. Quizá por no estar muy seguros de haber captado claramente Sus instrucciones, por dudar que éstas sean acertadas o viables, o por pensar que va a ser muy difícil ejecutarlas, lo dejamos para más adelante. Sin embargo, debemos tener fe en que nos habló el Señor y en que Él sabe lo que conviene y lo que se debe hacer. A partir de ahí, sencillamente tenemos que obedecer y poner en práctica lo que nos haya indicado. Puede que no acertemos todas las veces, sobre todo al principio; pero conforme nos habituemos a pedirle orientación, respuestas y soluciones, nos resultará más fácil, escucharemos

HACER DE LA DEBILIDAD

Su voz con mayor claridad y acertaremos con más frecuencia.

Si te falta fe para empezar, Él puede ayudarte con eso también. Si no entiendes cómo vas a poder hacer lo que te ha dicho, pídele que te lo indique. Si te parece que va a ser muy difícil, ruégale que te ayude a dar el primer paso. En cuanto empieces a obedecer y a dar pequeños pasos por Él, Él dará pasos mayores por ti y te ayudará a hacer progresos. No faltará a Sus promesas.

Consúltale cualquier problema en que necesites ayuda; eso es aprovechar tu debilidad y echar mano del poder del Señor. Pero si después de recibir orientación de Él no haces nada ni intentas aplicarla de alguna forma, te pierdes las ventajas de poder recurrir a ese poder, y te quedas con tu debilidad. Tu flaqueza natural se habrá vuelto más un estorbo que otra cosa si no aceptas la ayuda que te ofrece el Señor. Le pasa a todo el mundo en algún momento. Nadie es perfecto, y Él no espera que lo seamos. Pero la mayoría podemos mejorar mucho en ese aspecto de pedirle consejo sobre los problemas que tenemos y las decisiones —grandes o pequeñas— que debemos tomar.

El proceso consta de tres etapas. Primeramente tenemos que acordarnos de consultar con Él; después, creer lo que nos dice y aferrarnos a ello; y por último, es preciso que lo llevemos a cabo.

Jesús dijo al apóstol Pablo: «Bástate Mi gracia; porque Mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9). Esa misma promesa es válida para nosotros. Aunque nos sintamos débiles, Él se hará fuerte en nosotros. Aunque nos consideremos incapaces de hacer algo que nos ha pedido, Él obrará por medio de nosotros.

Y aunque no sepamos con exactitud cómo va a realizar Su voluntad por medio de nosotros, si hacemos lo que está a nuestro alcance, Él se encargará de lo demás. Eso es dejar que Jesús transforme nuestra debilidad en una cualidad. ■



David Brandt Berg

UNA CUALIDAD

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Jesús predicaba con el ejemplo. Nosotros podemos hacer lo mismo.

Hazte tiempo para la oración.

Mateo 6:6
Marcos 1:35
Marcos 6:46
Lucas 5:16

Ama sin parcialidad.

Mateo 5:43-48
Mateo 9:9-13
Mateo 14:14
Marcos 10:17-21
Lucas 23:39-43
Juan 8:1-11

Presta atención a los niños.

Lucas 18:15-17

Aborda con buen tino y oración las situaciones difíciles.

Mateo 5:25,26
Lucas 20:19-27
Juan 8:3-9

Sé humilde.

Mateo 11:29
Juan 13:3-15

Sirve al prójimo.

Lucas 22:25-27
Filipenses 2:5-8

Sé un pacificador.

Mateo 5:9
Mateo 26:48-52

Ajústate a los designios divinos.

Mateo 6:33
Lucas 22:42
Juan 4:34
Juan 14:31

La vida y las cebollas

ANJALI MILES

Mis amigos y yo decidimos hacer algo diferente para celebrar la Nochevieja. Acordamos que cada uno traería o haría algo que representara el año que acababa. Una persona hizo un collage de fotos de experiencias, familiares, nuevos amigos, etc. Otra cantó una canción que había compuesto. Otras dos interpretaron canciones que tenían un valor sentimental para ellas.

Cuando me llegó el turno, saqué dos cebollas: una entera y la otra picada. Eso era lo que Jesús me había indicado que hiciera cuando le pregunté unas horas antes cuál podía ser mi presentación.

«¿Por qué cebollas? —le dije—. ¿Qué representan?»

Jesús me explicó que así como una cebolla puede pelarse capa por capa, Él me había ido pelando de a poco a lo largo del año. Paulatina pero inexorablemente había ido quitando las capas con que yo me había envuelto: mi imagen de que era siempre dueña de la situación, de que era invulnerable, de que era inmune a las heridas emocionales, por ejemplo. A medida que transcurría el año, Jesús me había ido *pelando*.

Pero eso no fue todo. Me dejó pasar por dificultades que hicieron que me sintiera como una cebolla picada. Aquellas experiencias me hicieron derramar lágrimas, como sucede cuando se pican cebollas. Pero así como la cebolla suelta su sabor cuando se la pica, sé que Jesús tiene buenos motivos para todo lo que hace o permite que suceda. Creo que a través de todo esto me volvió a moldear a fin de prepararme para cosas mayores y mejores.

Una cebolla por sí sola no es muy apetecible; pero aporta sabor a muchas comidas. Creo que en ese sentido también me parezco un poco a una cebolla. Soy directa y a veces un poco áspera; por eso trabajo mejor en grupo y en equipo, situación en que las diversas personalidades se combinan para producir un *plato sabroso*.

En resumidas cuentas, así transcurrió el año para mí. Aunque nunca pensé que me compararían con una cebolla, Jesús lo hizo; y la verdad es que tiene sentido.

ANJALI MILES ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ISLANDIA. 🌿

Puedes ser todo lo que te propongas

DAVID BRANDT BERG

A Dios no le interesa mucho la grandeza tal como la entiende este mundo. Él se especializa en valerse de personas que no tienen muchas probabilidades de alcanzar el éxito, y que sin embargo, mediante Su milagroso poder y Su gracia, se convierten en luminarias para otros. Él crea grandes personajes a partir de gente sencilla; los demás no le sirven. Y así demuestra Su grandeza¹.

Atrévete a confiar en Él a pesar de ser como eres y reconócele todo el mérito por lo que haya obrado en ti. Si puedes creerle, todo es posible, pues Él forma todo a partir de la nada. No somos nada ni podemos hacer nada bueno por nosotros mismos². Podría decirse que Dios es la circunferencia que rodea la nada y la convierte en algo. Con Él a tu alrededor, la nada que eres se convierte en algo. Es más, puedes llegar a ser todo lo que te propongas. 🌿

¹ 1 Corintios 1:26-29 ² Gálatas 6:3; Juan 15:5

La vejez es tanto una oportunidad,
con otro vestido, como la mocedad.
Y en el crepúsculo se llena el firmamento
de estrellas invisibles hasta ese momento.
Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882)

atemorizarme?»¹ En otras palabras: «No tengo miedo a los años. Pase lo que pase, estoy en manos de Dios». O: «Dios es mi amoroso Padre, y sé que todo redundará en mi bien, porque lo amo»². ¡Qué principio más estupendo por el que regir nuestra vida!

Muchas personas se empantanarían con los afanes de la vida; se preocupan de que en un futuro sus necesidades físicas y materiales queden insatisfechas. «Hombres de poca fe», fue la reprensión que dirigió Jesús a algunos de Su época. «Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?»³ Contamos con la seguridad de que «Dios [...] suplirá todo lo que [nos] falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús»⁴. Cuando los años nos dan alcance, Dios entiende nuestras necesidades de la misma manera que cuando éramos jóvenes, y es igual de capaz de proveer para ellas.

La Biblia dice que «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos»⁵. Sus promesas no varían sólo porque entremos en años. Son válidas tanto para jóvenes como para ancianos, y están dirigidas tanto a unos como a otros. «Si puedes creer, al que cree todo le es posible»⁶ tiene la misma eficacia a los 80 años que a los 18. «Podemos decir con confianza: “El Señor es mi ayudador; no temeré”»⁷.

«[Dios mismo] dijo: “No te desampararé, ni te dejaré”»⁸, lo que implica que no nos abandonará en nuestra vejez. Ese es el Dios que yo conozco, el cual me ha demostrado Su fidelidad año tras año en todo tipo de circunstancias. Ahora mismo está presto a satisfacer también tus necesidades, cualesquiera que sean. Tengas la edad que tengas, sea cual sea tu necesidad, en todo momento Él se desvela por ti.

VIRGINIA BRANDT BERG (1886–1968) FUE UNA DESTACADA EVANGELIZADORA Y MADRE DE DAVID BRANDT BERG (1919–1994), FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ✝

¹ Salmo 27:1

² Romanos 8:28

³ Mateo 6:32,26

⁴ Filipenses 4:19

⁵ Hebreos 13:8

⁶ Marcos 9:23

⁷ Hebreos 13:6

⁸ Hebreos 13:5

⁹ Apocalipsis 22:12

¹⁰ Salmo 138:8; Filipenses 1:6



LA MEJOR ÉPOCA DE LA VIDA

DAVID BRANDT BERG

La vejez debería ser la mejor etapa de la vida. Quien ha procurado amar, ha vivido intensamente y ha hecho todo lo posible por agradar a Dios puede ver entonces el buen fruto de sus esfuerzos. Eso debería ser motivo para que uno se sienta auténtica y permanentemente realizado, seguro de que le aguardan recompensas eternas⁹.

Es una verdadera lástima que tanta gente tenga un concepto terrible de la ancianidad, cuando lo cierto es que todo debería ir de bien en mejor a medida que avanzamos en edad. La vejez sólo nos produce desilusión cuando descubrimos que el paso de los años no nos ha servido para acercarnos a Dios, que no hemos hecho otra cosa que dar vueltas a la noria, que todo nuestro trajín no nos ha reportado ningún progreso. Pero Dios no nos regaló la vida con la idea de que la primera mitad fuera la mejor. Él concluye y perfecciona todo lo que comienza¹⁰. De manera que no temas la vejez ni te resistas a ella; más bien preocúpate de que sea una etapa hermosa de tu vida.



Alba y ocaso

DAVID BRANDT BERG

EL CIELO ESTABA ESPLÉNDIDO ESTA TARDE. Una catedral de luz en las alturas. Fue casi como captar un atisbo de la Corte Celestial. El sol ya se puso, se lo tragó la oscuridad; pero es seguro que volverá a salir. A veces los amaneceres son aún más bonitos que los atardeceres.

La luz va disminuyendo paulatinamente hasta tornarse en tinieblas. Pero luego llega la alborada. «Nacerá el Sol de Justicia [Jesús]»¹ y todo lo rectificará. Antes de la salida del sol, ya se sienten sus efectos: todo se va iluminando, de la misma manera que la Palabra de Dios ahuyenta las tinieblas.

¿Por qué será que los viejos dormimos tan poco y madrugamos tanto? Quizá porque a nuestra edad aprendemos a valorar el tiempo y no queremos malgastarlo. Creo que es también porque Jesús quiere que pasemos más ratos a solas con Él, sin todas las distracciones que hay durante el día. Quiere que meditemos sobre nuestra vida, que ordenemos nuestros pensamientos y distingamos entre lo sustancial y lo insustancial, que sopesemos lo logrado, que determinemos si estamos empleando bien el tiempo y le preguntemos a Dios en qué aspectos podemos mejorar. Es más fácil escuchar Su voz cuando estamos a solas, particularmente de madrugada.

Da gusto cuando el ocaso de una vida es tan bello como la puesta del sol; es maravilloso pasar a mejor vida tan sublime y tranquilamente como cuando el día toca a su fin. Pronto para nosotros no habrá más anocheceres; en el Cielo sólo habrá amanecer. ✨

EN BUSCA DEL AMANECER

Pasan veloces los años,
mas no busco el atardecer.
Estoy a la espera del alba
y el áureo fulgor matinal,
cuando la luz del cielo
irrupa frente a mi vista
en un país sin crepúsculos,
sin sombras ni oscuridad.
No voy senda abajo
hacia la puesta del sol,
donde se agravan las sombras
y el día encuentra su ocaso.
Marcho más bien monte arriba
y el sol me ilumina el camino.
Voy rumbo a la aurora gloriosa
del día eterno de Dios.
No voy bajando; asciendo.
Nunca la senda está umbría.
Cada vez el día reluce más.
Viajo con Dios a mi lado.
Mis ojos miran las cumbres
a la espera de que salga el sol,
a la espera de que me invite
a Su espléndido hogar celestial.
Albert Simpson Reitz

¹ Malaquías 4:2

COMPILADO A PARTIR DE LOS ESCRITOS DE DAVID BRANDT BERG

caídas hacia arriba



LA VIDA ES UNA LARGA EXPERIENCIA DIDÁCTICA. Para quienes conocemos y amamos a Jesús, Él es nuestro Maestro. Más que ninguna otra cosa, quiere enseñarnos todo lo que necesitamos saber sobre Él y Su amor, de forma que las cosas anden mejor y seamos más felices.

Dios sabe que ninguno de nosotros puede lograr gran cosa si nos apoyamos exclusivamente en nuestras presuntas fuerzas e inteligencia. Es más, Jesús dijo: «Separados de Mí, nada podéis hacer»¹. Por otra parte, la Biblia también dice que «todo lo podemos en Cristo que nos fortalece»². He ahí la clave. Es menester que aprendamos a dejar obrar a Jesús por medio de nosotros.

Claro está que uno no aprende a depender más del Señor en un santiamén. Requiere tiempo y experiencia; es un proceso que en muchos casos está jalonado de dificultades y aparentes derrotas. Es casi interminable la lista de personajes bíblicos a los que Dios tuvo que enseñar humildad antes de poder servirse de ellos.

1. Juan 15:5
2. Filipenses 4:13
3. V. Génesis, capítulos 37,39–41
4. V. Éxodo, capítulos 2,3
5. V. 2 Samuel, capítulos 11,12,15

6. V. Hechos, capítulo 9
7. 1 Corintios 1:25–29
8. 1 Corintios 10:11; Romanos 15:4
9. Isaías 55:8,9
10. Mateo 25:21



José es un claro exponente de ello. Su padre, Jacob, tuvo 12 hijos, de los cuales José era su preferido. Al final sus hermanos mayores tuvieron tanta envidia de él que poco faltó para que lo mataran. Lo echaron en una cisterna y luego lo vendieron como esclavo. José tuvo que perder su libertad y más tarde ser condenado como un delincuente antes que Dios pudiera exaltarlo —llegó a ser el segundo hombre más poderoso de Egipto— y valerse de él para salvar a Su pueblo del hambre³.

Otro caso fue Moisés. Durante 40 años fue educado como un príncipe en la corte del faraón. Aun así, Dios no pudo valerse de él hasta que hubo vivido 40 años en el desierto sin hacer otra cosa que cuidar ovejas⁴.

Y ¿qué se puede decir de David? Cuando se enamoró de Betsabé —una mujer casada— urdió un plan para que el marido de ella muriera en combate, tras lo cual mintió y pretendió encubrir su crimen. Dios tuvo que desmascararlo y castigarlo severamente. Años después, Absalón, su propio hijo, lo traicionó y le arrebató el trono por una temporada⁵. Pero ¿fue la caída de David verdaderamente una caída? ¿No fue más bien una *caída hacia arriba*? Con Dios, a veces para subir hay que pasar por abajo. Todo lo contrario de lo que uno se imagina. David fue humillado, y eso le recordó que su grandeza dependía exclusivamente del Señor. Como consecuencia de las desgracias y reveses que sufrió, brotó la dulce miel de los salmos y la fragancia de sus alabanzas al Señor por Su amor, Su bondad, Su poder y Su misericordia.

Y repasemos el caso del gran apóstol Pablo. En sus inicios fue un destacado activista judío conocido como Saulo, que se abocó personalmente a la tarea de exterminar a una incipiente secta que por entonces se propagaba con rapidez. Cierta día en que cabalgaba hacia Damasco con la misión de encarcelar y ejecutar a cuantos seguidores de Jesús de Nazaret encontrara, Dios tuvo que derribarlo de su caballo y cegarlo con la fulgurante luz de Su presencia. Temblando, impotente y totalmente ciego, Saulo hubo de ser llevado de la mano a la ciudad, donde permaneció tres días sin poder comer ni beber a causa de su estupor. Un discípulo de Jesús se presentó luego y oró por él, tras lo cual Saulo recobró la vista y se transformó en el apóstol Pablo. Antes de poder servirse de él para ayudar a muchos, Dios tuvo que quebrantarlo y transformarlo en otro hombre⁶.

Casi todas las personas de las que Dios pudo realmente valerse tuvieron que llegar a sentirse acabadas. De lo contrario, se habrían vuelto tan soberbias y seguras de sí que se habrían atribuido todo el mérito. Por eso Dios opta por valerse de lo débil y lo necio⁷.

Cuando aprendemos de nuestros errores, estos tienen un buen efecto en nosotros, como les sucedió a esos hombres de la Biblia. Además, uno también puede escarmentar en cabeza ajena. «Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a fin de que tengamos esperanza»⁸.

Dios no siempre ve las cosas como nosotros. Sus pensamientos y Sus caminos difieren de los nuestros⁹. Él no nos juzga conforme a nuestros éxitos o fracasos, sino según nuestra motivación. Llegará el día, en el Cielo, en que dirá a quienes le hayan sido leales: «Bien, buen siervo y fiel»¹⁰. No dirá *siervo exitoso*, sino *siervo fiel*.

Así, aunque no siempre entendamos por qué tenemos problemas, aprietos, dificultades y quebrantos, no olvidemos que Dios se propone algo con todo ello y sabe bien lo que hace. Él consigue algunas de Sus victorias más resonantes de aparentes derrotas. Victorias que nos vuelven más dóciles, quebrantados, humildes y totalmente dependientes de Él. No tenemos por qué abatirnos cuando parece que todo marcha mal y nuestras esperanzas se ven defraudadas. Es cuestión de caer hacia arriba.

DAVID BRANDT BERG (1919–1994)
FUE EL FUNDADOR DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL. ■

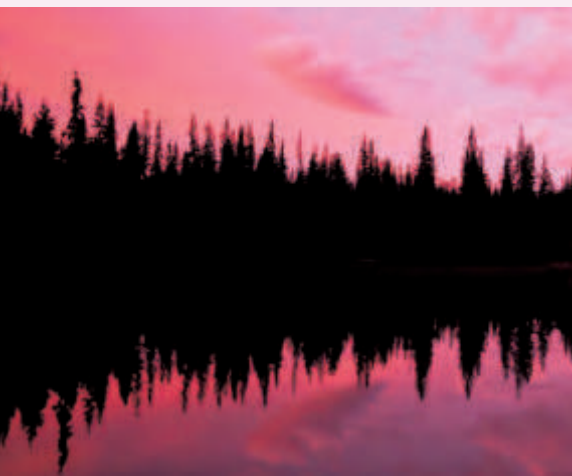
**DIOS TE AGUARDA CON LOS
BRAZOS ABIERTOS. PARA
ENCONTRARLO, HAZ ESTA
SENCILLA ORACIÓN:**

*JESÚS, DESEO CONOCERTE Y
SENTIR TU AMOR. TE ABRO MI
CORAZÓN Y TE INVITO A ENTRAR
EN MÍ. AMÉN.*

GENEROSIDAD

Y

FINANZAS



Dando se sale ganando

Compilado a partir

de los escritos de

David Brandt Berg

ES NOTABLE LA LUZ que irradian las personas que tienen por hábito dar. Bien si se trata de donar tiempo, dinero, ayuda o simplemente calidez y amistad, pareciera que además de satisfacerse ellas mismas, siempre tienen suficiente para compartir con los demás. En el siguiente versículo, Jesús explica por qué: «Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo» (Lucas 6:38).

Es posible que a veces, cuando proveemos para las necesidades de los demás y nos inclinamos a ayudarlos para hacerlos felices, o cuando anteponeamos sus deseos a los nuestros, nos dé la impresión de que salimos perdiendo. Pero en realidad no es así. Dios se fija en nuestra actitud desinteresada y la premia. Al que reparte con liberalidad nunca le falta qué dar.



Una señora acomodada que se había convertido al cristianismo, ya entrada en años, iba caminando por la calle con su nieta. Al aproximárseles un mendigo, lo escuchó atentamente. Acto seguido sacó un billete de su cartera y se lo entregó. En la esquina siguiente se encontraba una voluntaria del Ejército de Salvación, a la cual la señora también le dejó un donativo. Su nieta la miró con curiosidad y le dijo:

—Abuela, supongo que desde que te hiciste cristiana has perdido mucho, ¿no?

—Así es —dijo la señora—. He perdido mi mal genio, el pésimo hábito de criticar a los demás y mi tendencia a gastar el tiempo libre en frívolos acontecimientos sociales y otros placeres que no tienen ningún sentido. También he perdido un espíritu de codicia y egoísmo. No te quepa duda de que he perdido mucho.

»¡Pero lo que he obtenido a cambio no tiene precio!: paz interior, la facultad de orar con eficacia, un Amigo que siempre me acompaña, que me conoce, me ama y me protege; satisfacción y riquezas espirituales que ni sabía que existían; una fe que no da cabida al temor; la promesa de un hermoso Hogar celestial cuando tenga que abandonar éste que tengo en la Tierra, ¡y mucho más! Estoy feliz con lo que he perdido, y lo que he ganado ¡es incalculable!»

El banco del Cielo

—Llévale esto a la pobre viuda que vive en las afueras del pueblo —dijo un viejo zapatero alemán a su aprendiz al tiempo que le entregaba una cesta con hortalizas.

El zapatero trabajaba arduamente en su oficio y cultivaba su pequeña huerta para salir adelante. Sin embargo, parecía estar siempre regalando lo poco que tenía.

—¿Cómo puede darse el lujo de regalar tanto? —le preguntaron.

—En realidad no regalo nada —respondió—. Se lo presto al Señor, y Él me lo devuelve con creces. Me avergüenza que la gente piense que soy generoso cuando recibo tanto a cambio. Hace mucho tiempo, cuando era muy pobre, conocí a alguien que era más pobre que yo. Quería darle algo, pero no veía cómo podía darme ese lujo. Pese a ello, lo hice y el Señor me ayudó. Siempre he tenido trabajo y mi huerto es fértil. Desde entonces, nunca titubeo cuando sé de alguien que está pasando necesidad. Aunque regalara todo lo que tengo, el Señor no me dejaría morir de inanición. Es como tener dinero en el banco, solo que en este caso el banco —el Banco del Cielo— nunca quiebra, y cobro intereses todos los días.

A Dios le encanta dar más que tú. Nunca permitirá que le ganes en eso. Siempre te dará muchísimo más de lo que des. Cuanto más des, más te devolverá.

Es posible que no siempre te remunere en metálico, en pesos y centavos. Puede que lo haga evitándote accidentes, desgracias o enfermedades graves que te costarían cien veces más que todo lo que has dado. Sea como sea, de un modo u otro, ¡te recompensará!

Dad y se os dará

Reza una leyenda que había un monasterio cuyo abad era muy generoso. Jamás negaba alojamiento a un mendigo y siempre daba todo lo que podía. Lo extraño del caso es que cuanto más daba, más próspero se volvía el monasterio.

Al morir el viejo abad, fue sustituido por otro de naturaleza totalmente opuesta. Era mezquino y amarrete. Un día llegó un anciano al monasterio pidiendo alojamiento. Aducía que años antes ya le habían dado resguardo una noche. El abad se lo negó, alegando que el monasterio no podía darse el lujo de hacer honor a su proverbial hospitalidad.

—Nuestra abadía ya no puede ofrecer pensión a extraños como hacíamos cuando éramos más prósperos. Hoy en día nadie hace ofrendas para nuestra obra.

—No me sorprende —dijo el anciano—. Creo que se debe a que echaron a un monje del monasterio.

—No recuerdo que jamás hayamos hecho eso —respondió el abad desconcertado.

—Por supuesto que sí —replicó el anciano—. Y tenía un hermano gemelo. El que fue expulsado se llamaba *Dad*, y su hermano, *Se os dará*. Como echaron a *Dad*, *Se os dará* resolvió irse también. ■

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

LA MILAGROSA

PROVISIÓN DIVINA

Carne para todo un mes

Números 11:18-23, 31

El Señor paga las deudas de una viuda

2 Reyes 4:1-6

Maná en el desierto

Éxodo 16:12-15

Agua de la roca

Éxodo 17:1-6

Los cuervos llevan comida al profeta

1 Reyes 17:4

La tinaja de harina y la vasija de aceite

1 Reyes 17:10-16

Jesús alimenta a cinco mil

Marcos 6:34-44

Algunas de las numerosas promesas de provisión divina

Mateo 6:33

Filipenses 4:19

Salmo 23:1

Salmo 34:10

Salmo 37:25

Mateo 7:7-11

Romanos 8:32

SI DAS, NO PERDERÁS

ADAPTACIÓN DE UN TEXTO DE DAVID BRANDT BERG

A PRINCIPIO DE LOS
AÑOS 70 viví una
temporada en

Londres con mi esposa, María. Nos manteníamos gracias a los magros donativos que recibíamos de ultramar, alojándonos en las pensiones más económicas que encontrábamos y ahorrando todo lo que podíamos.

Cerca de la Navidad, fuimos un día a tomar un café al restaurante que más nos gustaba del vecindario, y nos pusimos a conversar con la mesera, una mujer simpática de mediana edad con quien habíamos trabado amistad.

Tenía un trabajo pesado, que le exigía estar de pie todo el día y trabajar largas jornadas durante la temporada navideña. Había tomado el puesto para mantener a su familia durante la enfermedad de su esposo. Pese a que no le resultaba fácil ganar lo suficiente para cubrir sus gastos, no se quejaba.

—Tuve suerte al conseguir este empleo —dijo cerrando rápido la conversación. Y añadió sonriente—: Más me vale despejarles la mesa pronto, no sea que lo pierda.

Después de darle las gracias, María y yo nos quedamos reflexionando.

—Cariño... —comencé a decirle.

—Mírala, pobrecita. Tiene

que esforzarse para mantener el ritmo de las meseras más jóvenes —comentó María.

—Señor —me puse a rezar—, ojalá tuviera más dinero para darle a esta gente lo que necesita. Sé que esta pobre camarera no gana mucho y que le hace falta.

—Siempre se ha portado muy bien con nosotros; nos atiende de maravilla —observó María.

—¿Qué te parece? No tenemos mucho, pero podríamos dejarle una libra de propina.

—O dos —propuso María.

—Señor —volví a rezar—, tú sabes que siempre he querido ser millonario para poder dar todo lo que me gustaría dar, sobre todo a las personas como esta camarera que evidentemente lo necesitan.

Y el Señor me habló: «¡No hace falta que seas millonario para dar lo que tienes! Tienes cinco libras; ¿por qué no se las das? Da lo que tienes, y Yo te daré más».

—Está bien —dije en voz alta.

—¿Qué está bien? —me preguntó María.

—Al fin y al cabo, es Navidad, y la Escritura dice: «Dad, y se os dará, medida buena, apretada, remecida y rebosando» (Lucas 6:38). Sé que lo necesita. Quiero darle cinco libras.

Es que los principios económicos del Señor son diame-

tralmente opuestos a los del mundo. Nosotros razonamos: «Cuando tenga un millón, comenzaré a dar». En cambio, el Señor dice: «Si empiezas a dar ahora lo que tienes, te daré cuanto necesites y más». Él quiere saber si puede contar con que vamos a dar de lo que ya tenemos, aunque represente un sacrificio. Si lo hacemos, Él nos da más.

Así que llamé a la mesera y le dije:

—Una propina para ti. Nos has atendido estupendamente. ¡Que Dios te bendiga!

—¡Gracias! —me respondió con ternura—. ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

En realidad no hacía falta que me dijera nada. Desde el momento en que le di una propina más sustanciosa sentí una gran satisfacción.

Me sentó tan bien haberle dado ese dinero que comencé a dar propinas dobles a las camareras, a los chóferes de autobuses y a los vendedores de periódicos.

Y a partir de ese momento empezamos a cosechar los beneficios del desinterés. Cuando empecé a dar el doble a los demás, el Señor decidió darme el doble a mí; y mientras más me da el doble, más puedo seguir yo duplicando. Si das, no perderás.

¿Cuánto has repartido últimamente? Deja que Dios reparta a través de ti, y pronto verás que Él te lo compensará todo. «De gracia recibisteis, dad de gracia» (Mateo 10:8). ¡Inténtalo! 

DAR A DIOS

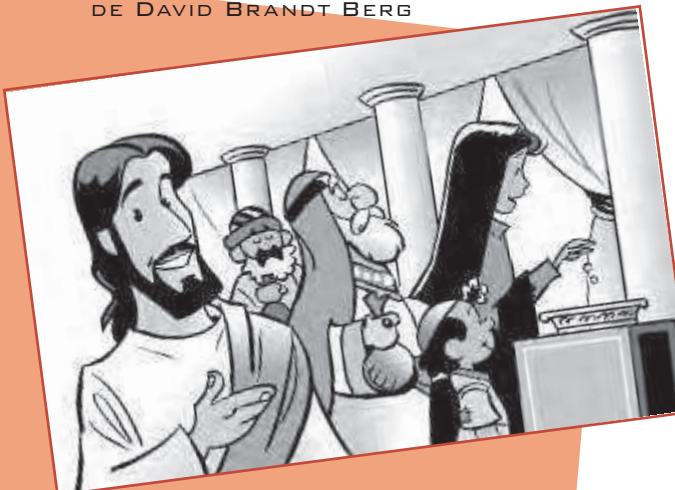
COMPILADO A PARTIR DE LOS ESCRITOS
DE DAVID BRANDT BERG

AÚN RECUERDO LA ÉPOCA en que yo estudiaba en la universidad y subsistía penosamente con apenas 25 dólares mensuales, en una pequeña casa rodante de 4 metros, con mi mujer y dos hijos pequeños. Un día ella comentó que Dios nos bendeciría si dábamos el diezmo¹ de lo poco que teníamos.

Al principio protesté aduciendo que no podíamos permitirnoslo. Pero cuando oramos para consultar al Señor, abrimos la Biblia justamente en el pasaje que trata de una viuda que echó sus dos últimas monedas —de ínfimo valor en aquella época— en el arca de las ofrendas (Marcos 12:41-44).

¡Qué podía yo decir después de leer aquello! Hasta ese momento había aducido que no podíamos permitirnos donar una décima parte de nuestro sustento. Sin embargo, ese pasaje de la Biblia da cuenta de una pobre viuda que dio todo lo que tenía. Así que el domingo siguiente entregamos nuestro diezmo —2,50 dólares— a la iglesia a la que asistíamos. El lunes por la mañana, cuando me presenté en clase, el profesor me dijo:

—¡David, me dieron este sobre para que se lo entregara!



Contenía un billete de 20 dólares. Como diez veces lo que habíamos dado.

Dios es así: a Él le encanta devolvernos con creces todo lo que damos. ¡Siempre será más generoso que tú! Siempre te repondrá todo lo que entregues de buen corazón. Ni siquiera estoy seguro de que el templo necesitara las moneditas de aquella viuda pobre. Aun así, Dios premió su sacrificio. Prueba de ello es que Jesús manifestó:

—De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento (Marcos 12:43,44).

Eso significa que uno puede llegar a dar todo su sustento sin resultar perjudicado, porque Dios bendecirá su acción. Si nuestras intenciones son buenas y puras, Dios nos bendice por lo que damos.



¹ Diezmo: Contribución voluntaria para la obra de Dios de un porcentaje fijo —por lo general no menos del 10%— de los ingresos o la cosecha.

¡Él lo ha prometido! Dice: «Traed todos los diezmos al alfolí [granero] y haya alimento en Mi casa; y probadme ahora en esto [...], si no os abriré las ventanas de los Cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). «Buscad primeramente el reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33).

¡Dios te lo devolverá! «Todo lo que gastes —asegura—, ¡Yo te lo pagaré!» ¿Recuerdas quién pronunció esas palabras? Se hallan en el hermoso relato del buen samaritano, el cual, al encontrar junto al camino a un hombre golpeado por ladrones, lo recogió, lo instaló en un mesón y le dijo al mesonero: —Todo lo que gastes, yo te lo pagaré (v. Lucas 10:30-37).

Comprobarás que lo que aportes para Dios y Su obra, por mucho que sea, a fin de cuentas no supone ningún sacrificio. Constituye simplemente una inversión, cuyos dividendos sobrepasarán con mucho todo lo que hayas gastado.



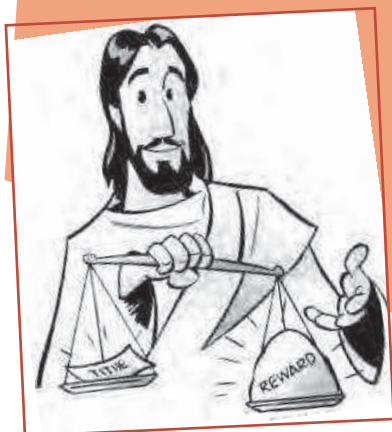
Invierte, pues, en Cristo Jesús y en la obra de Dios, y tus inversiones te producirán dividendos eternos. Dios te bendecirá y se encargará de que obtengas buenas ganancias a cambio, las mejores. Participarás de las recompensas eternas, de las almas conquistadas a consecuencia de tus donativos. Da prioridad a Dios y aparta tu diezmo para entregarlo a Su obra. Él ha prometido que, si lo haces, te dará prioridad a ti otorgándote abundantes bendiciones, ¡tantas que no sabrás qué hacer con ellas! ■

EL SEÑOR PROVEERÁ

Dios es muy bueno con aquellos que lo aman y se esfuerzan por servirle lo mejor que pueden. En realidad, trata de ser con ellos tan bueno como le es posible. Él nos da «todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20). «Nada bueno niega a los que andan en integridad» (Salmo 84:11, LBLA). «Deléitate asimismo en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). «Mi Dios suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19).

Si complacemos al Señor, Él resuelve todos nuestros problemas, satisface todas nuestras necesidades y hasta nos concede los deseos de nuestro corazón. ¡Lo ha prometido! Nos da lo que le pedimos y lo que tenemos fe para obtener de Él. Es un Dios de milagros capaz de cubrir nuestras necesidades recurriendo a las fuentes más inesperadas. Cuando lo complacemos, no sólo nos da todo lo que necesitamos, sino que cumple además muchos de nuestros deseos.

Procura, pues, ser fiel al Señor y vivir lo más posible en armonía con Su voluntad. A cambio, Él cuidará fielmente de ti.



anoche con el viento. Con ellas haremos un buen fuego.

El forastero miró al niño a los ojos y señaló:

—Sin duda el Señor me trajo aquí.

Miré a mi hijo, con sus rizos castaños despeinados por la brisa. Tenía los ojos clavados en mí, como mira un niño a su madre, con confianza y expectación.

—No tenga miedo —dijo el forastero—. Prepare primero una pequeña torta y tráigamela. Luego prepare algo para su hijo y para usted. Porque esto ha dicho el Señor Dios: «La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la faz de la tierra».

Me dirigí a la repisa y bajé la vasija de aceite. La sentí liviana, casi vacía. ¿Por qué estaba haciendo eso por un forastero? No tenía sentido.

—Hijo, enciende el fuego mientras preparo el pan.

Tomé el saco de harina que tenía en la tinaja, y que también estaba casi vacío. Pero mientras amasaba, ocurrió algo extraño: recuperé la energía en las manos, y mis pies avanzaron ligeros en dirección al horno. Aquel pan que estaba preparando tenía algo peculiar.

Procuré no hacer caso de los dolores que me provocaba el hambre, mientras el cuarto se

llenaba del aroma del pan recién horneado. También evité la mirada atenta de mi hijo.

El forastero tomó el pan que le ofrecí. Lo sostuvo en alto y dirigiéndose a Dios rogó:

—Señor, bendice esta comida que has provisto y a la persona que la preparó.

Seguidamente se volvió hacia mí, sonrió y me dijo:

—Ahora prepare una torta para usted y su hijo.

—Pero es que... ya no queda más... —dije vacilante.

Con la mirada me indicó que no dudara y simplemente siguiera sus instrucciones.

—Hijo, alcánzame la harina y el aceite.

Maravillado el niño me entregó la harina. Hacía muchos días que el saco no estaba tan pesado. Cuando me pasó la vasija del aceite, estaba tan llena que se derramó un poco. Nuestro corazón también se desbordaba de emoción.

Así, Dios cumplió Su palabra. Lo que no había sido más que un puñado de harina y unas gotas de aceite nos alcanzó para sobrevivir tres años hasta que pasó la hambruna.

JOYCE SUTTIN ES PROFESORA Y ESCRITORA. VIVE EN SAN ANTONIO (EE.UU.) Y ESTÁ AFILIADA A LA FAMILIA INTERNACIONAL. ■

Das un poco, ganas más

DAVID BRANDT BERG

NO HACE FALTA SER MILLONARIO PARA DAR DE LO QUE SE TIENE. No hay un solo hijo de Dios que no esté en condiciones de dar algo para ayudar a personas menos favorecidas. Aunque te parezca que no te lo puedes permitir, o aunque no puedas dar mucho al principio, ten presente que Dios bendice a los dadivosos. Si no eres rico, con mayor razón deberías practicar la generosidad: así Dios podrá bendecirte y multiplicar lo que tienes.

La economía de Dios y la del mundo se rigen por principios contrarios. En el mundo, lo normal es pensar: «Cuando tenga millones, entonces comenzaré a dar». El Señor, en cambio, nos exhorta: «Comienza dando lo que tienes ahora, que Yo te daré más». El hombre dice: «Yo primero. La primera ley de la naturaleza es el instinto de conservación». Por contraste, Dios dice: «Preocúpate primero de Mí y de los Míos, y Yo cuidaré de ti»¹. La persona que da nunca es pobre. El que reparte con generosidad aunque tenga bien poco no puede ser pobre, pues Dios lo bendice con mucho más.

Dios ha establecido que para llegar a disfrutar de abundancia es preciso dar abnegadamente de lo que se tiene. Cuanto más compartas lo que tengas, más te prodi-gará el Señor y más tendrás para compartir. La caridad y la generosidad enriquecen.

DAVID BRANDT BERG (1919–1994) FUE FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ■

1. Mateo 6:33

HÁBITOS

Y

ÉXITO

Si quieres ser fiel hasta la muerte...

...sé fiel día a día

Creo que uno de los mejores versículos que puedo darles para este próximo año —y de hecho, para el resto de su vida— es éste: «Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).

Algunos sostienen que alude a la salvación. Alegan que si uno obra siempre bien y nunca comete errores, si alcanza la perfección, si guarda la fe, tal vez llegue al Cielo. Sin embargo, ese versículo no se refiere a eso en absoluto.

El Señor no dice eso con respecto a la salvación, sino a nuestra fidelidad a Su servicio. La inquietud que nos plantea ese versículo es si vamos a hacer todo lo posible por complacer a Dios y obedecer Su Palabra desde ahora hasta el día en que muramos.

La clave para ser «fiel hasta la muerte» es ser fiel día a día; no se puede ser fiel sino un día a la vez. No te mortifiques, pues, si no fuiste fiel el día

de ayer, ni te preocupes de si lo serás mañana. Simplemente haz lo posible por ser fiel hoy. La Biblia nos manda olvidar el pasado (Filipenses 3:13), y nos dice que el mañana se resolverá solo (Mateo 6:34), y si no el Señor se encargará de él. Limitate a ser fiel hoy día. No te preocupes por el resto de tu vida. Deja de preguntarte si lograrás permanecer fiel hasta el día de tu muerte para heredar la corona de vida eterna.

Simplemente sé fiel todos los días, un día a la vez. Así serás fiel hasta la muerte y recibirás una corona de vida eterna. A propósito, yo creo que ésta será una verdadera aureola o corona brillante, que nos hará resplandecer como las estrellas por haber sido fieles (Daniel 12:3). Ésa es, pues, mi oración para ti: que seas fiel todos los días, un día a la vez, hasta el día que mueras o el Señor retorne, y que no te preocupes por el futuro.

Me atrevería a afirmar que hoy has sido bastante fiel. Atribúyete un poco de mérito al Señor. Quiero que te estimes un poco más y le des las gracias al Señor por todo el tiempo que te ha ayudado a ser fiel. Probablemente te has preocupado por muchos días y sucesos que ahora han quedado atrás, y has temido cantidad de desgracias que en su mayoría no han llegado a producirse. A pesar de todo, sigues



aquí, sigues siendo fiel.

Fíjate en todo el tiempo que perdiste preguntándote si ibas a ser fiel o no, si ibas a ver tus esfuerzos coronados por el éxito o no, y si aún ibas a hacer todo lo posible por el Señor. Todo el tiempo que pasaste preocupándote por eso fue tiempo perdido, ya que todavía sigues aquí. Sigues amando al Señor y observando Sus enseñanzas, sigues siendo fiel. Da gracias por ello. Has sido fiel, quizá no «hasta la muerte», pero sí hasta el presente.

Despreocúpate, pues, del futuro. Deja de preocuparte si mañana cumplirás o no. Jesús dijo: «No os afanáis por el día de mañana, pues el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.» (Mateo 6:34.) No trates de vivir todo el año por adelantado, y después el año siguiente. «¿Lograré soportar tribulaciones? ¿Estaré listo cuando venga el Señor? ¿Me dará alguna corona o recompensa?» Deja de preocuparte por eso. Ocupate de lo que tienes que hacer hoy. Cumple con tu deber hoy. Sé fiel hoy.

El Señor te ha ayudado a ser fiel hoy. Deberías agradecerse. Son demasiadas las personas que se imaginan que ser fiel es una especie de buena obra que uno mismo realiza a base de sus propios esfuerzos. Pero la fe no se consigue así. Nos la infunde el Señor. Él es el autor y consumidor de nuestra fe (Hebreos 12:2). Nos da fe en la medida en que absorbemos Su Palabra (Romanos 10:17).

Si eres fiel, estás lleno de fe. ¿Todavía conservas tu fe? En ese caso estás lleno de fe. ¿Todavía crees en Jesús? Entonces estás lleno de fe. Si todavía crees que eres salvo, estás lleno de fe. Dios mío, estás tan lleno de fe que no sé cómo

conéctate Enero de 2002



puedes tener tanta.

Has sido fiel hoy; hoy estás lleno de fe. ¿Para qué preocuparte, entonces, de si vas a estar lleno de fe mañana? Puede que tengas pruebas y tribulaciones, puede que te desanimes, o tal vez cometas algún error. ¿Y qué? Todavía tendrás tu fe. Todavía estarás más lleno de esa fe que de cualquier otra cosa. ¿Cierto?

Deja, pues, de esforzarte tanto. Deja de preocuparte. No nos queda otra que depender del Señor, para que nos ayude a seguir siendo fieles. Debemos confiar en que no dejará que nuestra fe ceda, porque nuestra fe viene de Él. La fe es un don de Dios (Efesios 2:8).

Solo el Señor puede mante-



Deja de preocuparte por el futuro. No te inquietes por el día de mañana, ni siquiera por la próxima hora.



nerte fiel. Naturalmente debes cooperar un poco con Él. Debes orar y escuchar Su voz, leer Su Palabra y tratar de hacer lo que sabes que espera de ti; pero eso es lo más fácil. Es asunto Suyo ayudarte a seguir siendo fiel, mantenerte lleno de fe, de esa fe que proviene de Él.

Ahora bien, si te encuentras falto de fe, el remedio es leer y escuchar la Palabra. Ésa es la raíz de la fe. Si lo haces, Él te dará toda la fe que necesitas. Simplemente sigue leyendo la Palabra y confiando en el Señor, y deja de preocuparte.

No tienes que tener fe para mañana. No tienes que tener fe para la semana entrante ni para el mes que viene. Menos aún para el año que viene ni para lo que pueda ocurrir de aquí a unos años. En este momento no necesitas fe para eso. Ya te nacerá cuando llegue la hora. Basta con que tengas fe para el día de hoy.

Has vivido un año más. ¿De qué te preocupas? En un abrir y cerrar de ojos, el día habrá llegado a su fin —otro día en que habrás sido fiel— y podrás irte a dormir sin preocuparte del mañana. Reposa en el Señor. «Confía en el Señor, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad» (Salmo 37:3).

Ni siquiera hay que tener fe para todo el día. Basta con que tengas fe para este momento, para este mismo instante. Basta con que tengas fe para un momento a la vez. No hay por qué despertarse a primera hora de la mañana sumido en la preocupación y pensando: «¿Tendré fe para hoy?» Lo único que debes hacer es levantarte y

tener fe para cada cosita que hagas a lo largo del día. Con eso basta. Si una fe no mayor que un grano de mostaza basta para mover una montaña (Mateo 17:20), no se debería requerir más que una partícula microscópica de fe para hacer todo lo que uno tiene que hacer a lo largo de un día.

Deja, pues, de preocuparte por el futuro. No te inquietes por el día de mañana, ni siquiera por la próxima hora. Dios te concederá la gracia cuando llegue el momento. No solo te capacita para hacer frente a esa hora, sino para el segundo o el medio segundo, el instante. Eso es todo lo que necesitas. La única fe que te hace falta es la que tienes en estos momentos, en este preciso instante.

«Sé fiel hasta la muerte —dice Jesús—, y Yo te daré la corona de la vida.» Recibirás una corona singular, reluciente, una corona de la que te sentirás orgulloso. Claro que te postrarás delante del Señor y echarás esa corona delante de Él, como hacen los veinticuatro ancianos de Apocalipsis 4:10. Cada vez que te pongas a alabar al Señor, se te olvidará que la llevas puesta y caerá rodando a Sus pies. Cuando te postres y le des gloria, echarás tu corona a Sus pies. Pero al fin y al cabo, como Él te la dio, mejor será que la recojas y te la vuelvas a poner. Reflejará lo que hayas hecho para Él, y Él querrá que el mundo la vea. Querrá que toda la creación vea la recompensa de tu fidelidad, tu corona de vida.

Que Dios te bendiga y te ayude a seguir siendo fiel a lo largo del año venidero y de todos los que vendrán después, hasta que te reúnas con Él en el Cielo y recibas tu corona. ○

la pieza de

AJEDREZ

Tú no puedes, pero el Señor sí



Dios no quiere que finjas o simules ser lo que no eres y jamás podrás ser. No obstante, nos enseña en Su Palabra que cualquiera puede llegar a ser prácticamente cualquier cosa, siempre y cuando tenga fe y obre de conformidad con la voluntad del Señor. De modo que cualquiera puede ser alguien, o alguien puede ser cualquiera. Nada hay imposible para Dios, y al que cree todo le es posible (Lucas 1:37; Marcos 9:23).

Muchos cristianos ponen a los santos en un pedestal. Idolatran a los grandes personajes de la Biblia, a los patriarcas y los profetas. Como exaltan y ponen por las nubes hasta tal punto a los santos y mártires del cristianismo, la gente común y corriente considera prácticamente imposible alcanzar esas mismas alturas. Y muchos, lamentablemente, aducen ese sentimiento de impotencia para justificar su inacción.

Dicen: «Hoy en día es imposible ser así. Eso sólo ocurría en los tiempos bíblicos. Solo los santos, patriarcas y profetas hacían eso. Los cristianos normales y corrientes no estamos sujetos a esas exigencias. Están fuera de nuestro alcance. Es imposible; ni para qué intentarlo. No se puede esperar que la gente obre milagros como ellos, que tengan dones del Espíritu como los que poseían los apóstoles y otros cristianos ejemplares de tiempos pasados. Los milagros pasaron a la historia».

Uno de los mayores artificios del Diablo es decirles: «No puedes aspirar a ser un buen cristiano porque eres pecaminoso, cometes errores. No se puede ser bueno y malo al mismo tiempo». La Palabra de Dios certifica, sin embargo: «No hay justo, ni aun uno. [...] Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:10,23).



Al decir todos, ¿a quién se refiere? A ti, a mí, y también a los santos, los profetas, los apóstoles, los patriarcas y todos los demás. Nadie queda exceptuado salvo el propio Dios.

Eso cambia nuestra perspectiva del asunto. Baja a los apóstoles, profetas y grandes personajes de la Biblia a nuestro nivel y da a entender que es posible para nosotros emular su ejemplo. Por muchos pecados y equivocaciones que cometamos, por muchos defectos que tengamos, seamos como seamos, el Señor puede obrar por medio de nosotros. De modo que si el Diablo te dice que nunca llegarás a ser nadie a causa de tus muchas culpas, no le hagas caso. ¡No es cierto!

Dios en parte creó al hombre y lo puso en la Tierra para manifestar Su poder de salvación, para demostrar que puede salvarnos y obrar por medio de nosotros a pesar de todas nuestras faltas y defectos. Hasta de ti puede valerse. El mismo hecho de que aun siendo tan malos como somos Dios pueda obrar a través de nosotros glorifica a Jesús cuando hacemos algo bien. Como reza una canción de hace muchos años:

A Ti te daremos la gloria,
por todo, Señor, precioso Señor,
y pregonaremos la historia,
Jesús, de Tu espléndido amor.

Hasta el apóstol Pablo se lamentó diciendo: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Poco menos que dijo: «Soy como un cadáver. Apesto. Soy una verdadera porquería». Así y todo el Señor lo animó y puso en sus labios la respuesta: «Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 7:24,25; 1 Corintios 15:57).

Esas palabras nos infunden esperanzas, ¿no es cierto? Cuando el Diablo pone empeño en recordarnos nuestras faltas, equivocaciones y defectos, nos hace caer en la cuenta de que no somos capaces de alcanzar la victoria, de que, en efecto, no servimos para nada, que es cierto que somos pecadores, y que si no fuera por el amor, la misericordia, la gracia y la bondad de Dios, de ningún modo nos superaríamos.

Requiere un milagro de la gracia de Dios. Lo que hacemos por el Señor, nuestros pensamientos, nuestro amor a Él y al prójimo, todo es un milagro de la gracia divina. «Fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6). Es obra de Dios. Uno simplemente debe tener fe en que el Señor lo hará por medio de uno.

Durante años me había convencido de que no era nada ni nadie y de que nunca podría realizar gran cosa. Pensaba que cometía demasiados pecados, que era muy carnal, que no leía la Biblia ni oraba con la debida frecuencia. ¿Cómo

podía aspirar a hacer algo noble para Dios?

Seamos sinceros. ¿No es así como nos sentimos a veces? Estoy seguro de que el Diablo te dice a ti las mismas mentiras. Cuando lo haga, ¿por qué no le pegas una *bofetada* con las Escrituras, como hizo Jesús cuando el Diablo lo tentó en el desierto? (Mateo 4:1-11). «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). Donde abundan el pecado y las faltas y errores propios de la naturaleza humana, sobreabunda la gracia de Dios (Romanos 5:20). Ha ahí el secreto de todo.

¿Por qué crees que permite el Señor que cometas equivocaciones? ¿Por qué crees que permitió que Adán y Eva cedieran y cayeran en la tentación en el Paraíso Terrenal? Para demostrar que lo necesitaban a Él y, al mismo tiempo, demostrarnos a todos que lo necesitamos, que no podemos lograrlo por nuestra cuenta. ¿Y qué se consigue con eso? Glorificar al Señor.

Naturalmente que es imposible para nosotros. No podemos salvarnos por virtud propia, no podemos llevar una vida cristiana perfecta, no podemos ser buenos ni hacer nada bueno por esfuerzo propio. El mismo Jesús dijo: «Separados de Mí, nada podéis hacer» (Juan 15:5). A muchos les han inculcado la falsa doctrina de que se espera que ellos hagan la mayor parte con un poco de ayuda suplementaria de Dios. Pues yo quiero expresarles sin rodeos que Dios es quien lo hace todo. Para mí ese concepto es un gran consuelo. ¿No tiene ese mismo efecto en ustedes?

No es preciso que te sientas capaz de hacer cosas que el Señor no espera que hagas. Basta con que tengas fe para

ser lo que Él quiere que seas y para desempeñar la tarea que te tiene asignada, cualquiera que sea. No intentes ser lo que no eres; pero tampoco dejes que el Diablo te mienta diciéndote que no eres capaz de ser la persona en la que Dios te puede convertir, o de realizar lo que Dios quiere obrar por medio de ti. Él nunca nos pide que hagamos más de lo que sabe que podemos hacer con Su ayuda.

A muchísimos cristianos se les han inculcado dos doctrinas contradictorias. Según la primera de ellas, uno no puede ser santo ni perfecto; y conforme a la segunda, uno no se puede salvar a menos que sea santo y perfecto. Ambas son doctrinas propias del Diablo. Con razón muchos cristianos se dan por vencidos y dejan de esmerarse por hacer algo por el Señor.

Sin embargo, lo estupendo, el quid de la cuestión, es que con la ayuda de Jesús puedes hacer cualquier cosa. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). Con Su ayuda puedes hacer lo que sea, ir adónde sea y ser quienquiera que Dios quiera que seas.

Dios nos ha dado libre albedrío. Pero para alcanzar el éxito en lo que emprendamos para Él, o incluso para ser todo lo felices que Él quiere que seamos, debemos supeditar nuestra voluntad a la Suya. Tenemos que averiguar cuál es Su voluntad para nosotros —lo que Él sabe que más nos conviene y más les conviene a los demás—, y optar por cumplir con eso.

Como las fichas del tablero de ajedrez, cada uno tiene su puesto y su tarea que desempeñar para el Señor. Las piezas de ajedrez no tienen voluntad propia. Cuando un jugador de este deporte toma una pieza y la hace avanzar hasta otra casilla, ésta no protesta ni

Es estupendo
dejar las
decisiones
en manos de
Dios, porque
Él siempre
se preocupa
de darnos lo
que más nos
conviene.

trata de evitar que el jugador la mueva, ¿cierto? De igual manera, nosotros estamos en las manos de Dios. Piensa en eso cuando el Diablo te induzca a preocuparte con esto o con lo otro. Estás en manos del Gran Maestro de ajedrez y Él te colocará dondequiera que desee. Limitate a confiar en el Señor.

No tienes que tomar todas las decisiones tú. Basta con que te subordinates a los designios del Maestro. De todos modos puedes actuar según tu albedrío y optar por no someterte. En última instancia, la única decisión que debes tomar es la de hacer la voluntad de Dios. Simplemente accede a que el Señor haga las jugadas que quiera contigo y deja que Él piense y disponga. Él ve toda la partida, todo el tablero y todas las piezas. Tu visión es muy limitada y tienes muy poco poder. En cambio Él lo ve todo y lo tiene todo.

Sé simplemente lo que Dios quiere que seas. No te preocupes por lo que puedes o no puedes ser, o por lo que serás o dejarás de ser, como hice yo casi cincuenta años. Me pasé media vida preocupándome por lo que iba a ser algún día cuando ya era exactamente lo que Dios quería —desde hacía mucho tiempo— y estaba aprendiendo todo lo que Él quería que aprendiera.

También hubo ocasiones en las que opté por hacer esto o aquello y Dios tuvo que instarme a cambiar de idea u obrar otra cosa a pesar de mí. Pero a la larga, siempre descubría que Dios sabía lo que hacía.

Es estupendo dejar las decisiones en manos de Dios, porque Él siempre se preocupa de darnos lo que más nos conviene. Él nunca falla. Aunque permita que entendamos mal Sus instrucciones o cometamos un error, si nuestro corazón es recto para con Él, hasta puede valerse de eso para enseñarnos algo y sacarle algún

provecho a la situación (Romanos 8:28).

Así que deja de preocuparte por lo que Dios va a hacer. Estás en Sus manos. «Confía en el Señor y haz el bien» (Salmo 37:3). «Fíate del Señor; no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas» (Proverbios 3:5-6). «Oiréis a vuestro lado una voz que diga: “Este es el camino, andad por él”» (Isaías 30:21).

Cuando se sigue a un guía por un camino desconocido, él no le dice a uno por dónde hay que ir sino al llegar a un recodo o a una bifurcación: espera a que llegue el momento en que uno deba saberlo. Lo mismo sucede con el Señor: en la mayoría de los casos no es preciso que sepas al detalle lo que vas a hacer mañana. Jesús dijo que no nos preocupáramos por el día de mañana. A veces hay que trazar planes con antelación para algunas cosas. Pero no tenemos que *preocuparnos* por el día de mañana. Limitate a hacer lo que Dios sabe que puedes hacer y lo que te ha pedido que hagas hoy, y prepárate para hacer lo mismo mañana.

Cada uno de nosotros es una pieza única del tablero de ajedrez que tiene Dios. Y Él ha dotado a cada uno de ciertas facultades. Él es el jugador; tú solamente una ficha. Eres Su ficha, y no tienes que hacer otra cosa que moverte según Sus deseos. Ni siquiera espera que lo hagas por tus propios esfuerzos, sino que extenderá la mano, te tomará y te colocará donde Él quiera que vayas. Tú de todos modos no podrías desplazarte por tus propios medios, pero sí con el impulso de Dios. O sea, ¡tú no puedes, pero Él sí! ■

(Extracto de *Más que vencedores*, colección de 10 artículos escritos por David Brandt Berg).

La mente es un gran campo de batalla en el que se libra una **guerra** espiritual **sin cuartel** por el dominio de los **pensamientos** del individuo y, a través de ellos, de sus **acciones**.



LA MAYORÍA DE LAS COSAS que hacen caer a la gente empiezan en la psique: el orgullo, el egoísmo, el odio, la codicia, el resentimiento, la mundanería, el fariseísmo, la incredulidad, etc. Nacen en los pensamientos y se arraigan y enconan en ellos. Todo porque adoptamos la mente de los hombres y la mente del mundo en lugar de revestirnos de la mente de Dios.

La Biblia habla mucho de la necesidad de vigilar nuestros pensamientos, de hallar la voluntad de Dios y darle prioridad por sobre nuestros deseos, y de adoptar la mente de Cristo:

- «Tengan ustedes la misma manera de pensar que tuvo Cristo Jesús» (Filipenses 2:5, versión Dios Habla Hoy).
- «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la Tierra» (Colosenses 3:2).
- «No se amolden al mundo actual, sino sean transformados

mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:2, NVI).

- «Preocuparse por lo puramente humano lleva a la muerte; pero el preocuparse por las cosas del Espíritu lleva a la vida y a la paz» (Romanos 8:6, versión Dios Habla Hoy).
- «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

Es por medio de la mente que Satanás tiene acceso y trata de influenciar a la gente. De ella se vale para incorporar a su bando a los perdidos del mundo y para controlar y manipular a los suyos.

Y naturalmente, no se limita a controlar a los suyos. Ataca también a los hijos de Dios. Procura malograr su felicidad, bienestar y utilidad a Dios inyectando en sus pensamien-



*Es por medio
de la mente
que Satanás
tiene acceso
a la gente.*

tos ideas malignas. No obstante, cuando éstos optan por la luz del Señor y rechazan las tinieblas del Diablo, cuando permiten que Jesús los controle y le piden que les imbuya los pensamientos que proceden de Él, toda obra buena es posible.

Lo estrecha que sea nuestra relación con el Señor y las bendiciones que se derivan de ello se definen en el entorno del pensamiento, dado que allí es donde determinamos nuestra voluntad. Es allí donde optamos por Él y por Sus preceptos, donde nos decidimos a creer en Su palabra en vez dar crédito a la palabra del Diablo. Es en ese terreno donde adoptamos la mente de Cristo.

«Orad sin cesar» (1 Tesalonicenses 5:17), nos dice la Biblia. Una de las cosas que más nos conviene hacer es pedirle continuamente al Señor que dirija nuestros pensamientos y nos libre de la influencia del Diablo. Para poder bendecirnos y valerse de nosotros tanto como quisiera, el Señor necesita asumir pleno dominio de nuestros pensamientos.

Sus pensamientos no pueden coexistir con nuestra mente natural, la cual se opone a la Suya. «Los designios de la carne [la mente natural] son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Romanos 8:7). Nuestra mente natural es presa fácil de las dudas, mentiras y propaganda del Diablo, y puede sofocar el Espíritu del Señor.

En definitiva, para alcanzar la talla que el Señor quiere que alcancemos como cristianos, debemos ser enteramente Suyos; y para eso, debemos adoptar Su mente, debemos pensar más cabalmente como Él. ¿Cómo? Desembarazándonos de la mente humana, de la mente

mundana, de los pensamientos de Satanás, de la vanidad de la mente carnal o natural.

Debemos «ceñir los lomos de nuestro entendimiento» (1 Pedro 1:13). Eso significa construir barricadas que nos protejan de los ataques del Diablo por la vía de los pensamientos. Significa ponernos totalmente bajo el dominio y la dirección de Jesús. Cuando logramos eso, Él está en condiciones de vivir en nosotros y obrar por medio de nosotros como nunca. □

EL PARCELERO OBSTINADO

HABÍA UN ACAUDALADO TERRATENIENTE que deseaba comprar todo un pueblo. Por fin adquirió todos los lotes y terrenos... mejor dicho, todos menos una parcelita. Pues resulta que había un campesino testarudo que se negó tajantemente a vender su pequeño lote de tierra. Nada hacía cambiar de parecer a aquel hombrecillo. El hacendado hasta llegó a ofrecerle mucho más dinero del que valía en realidad su lote; pero el viejo campesino, muy encariñado con su terrenito, se negó en redondo a venderlo. El hacendado por fin se dio por vencido, pero se confortó diciendo:

—¡Bah, qué importa! Si no es más que una parcelita. Como he adquirido todos los demás terrenos, en realidad el pueblo es mío. Me pertenece.

Por casualidad, el viejo campesino testarudo lo oyó y le recordó:

—¡Nada de eso! ¡Ambos somos dueños del pueblo! ¡Nos pertenece a los dos!

No permitas que el Diablo le diga eso de ti a Dios:

—¡Ajá! ¡Mira, Dios! ¡Este lo ha entregado todo menos esta cosita! Así, aunque mayormente te pertenece a Ti, ¡una parcelita todavía es mía!

>>> DAVID BRANDT BERG (D.B.B.)

¡AFRONTA TUS TEMORES!



qué hacer cuando nos asalta el miedo

>> DAVID BRANDT BERG

UNO NO SE DA CUENTA de que el miedo es algo mayormente inconsciente hasta que trata de expresarlo verbalmente y analizarlo. Sin embargo, muchas veces tenemos miedo de hablar de nuestros temores o siquiera admitir interiormente que los tenemos, porque ello pondría de manifiesto lo más íntimo de nuestra personalidad.

Para mí el miedo al fracaso es probablemente uno de los mayores temores que se puedan abrigar. El temor a fracasar en la vida, en el amor, en el trabajo y —para un cristiano— defraudar al Señor. Creo que para un cristiano, uno de los peores es el temor de fallarle a Dios. Y creo que el único que lo supera es el temor de fallar a los demás, porque sabemos que Dios nos perdona, pero que a los demás les cuesta tolerar nuestras culpas. El temor a perjudicarlos con nuestro fracaso, a decepcionarlos y defraudarlos, a hacer

tambalea su fe, a desilusionarlos o a desalentarlos, el temor a que nuestro fracaso haga fracasar a los demás. Ese es el más difícil de soportar.

En todo caso, sean cuales sean nuestros temores, vale la pena hacerles frente y trazar una línea de distinción entre la verdad y lo imaginario, entre una amenaza real y nuestra paranoia.

Esto se ve claramente ilustrado en un incidente que protagonicé cuando de muchacho repartía periódicos y folletos a domicilio. Había por esos vecindarios unos perrazos que siempre me andaban persiguiendo y mordiendo los talones. A veces me llegaban a morder, pero en la mayoría de los casos eran perros ladrones y poco mordedores. No tardé en descubrir que, si huía de ellos, ahí sí que se echaban a correr detrás de mí. Es decir que era más probable que me mordieran si les volvía

la espalda que si les hacía frente.

En cierta ocasión —tenía yo entonces unos 12 años—, me vi obligado a entrar en un jardín cuando de repente, procedente de la parte trasera, apareció un gigantesco perro danés. Venía corriendo hacia mí a toda velocidad, ladrando y gruñendo con furia, dando imponentes saltos. Pensé que me había llegado la hora. Pero sabía que no le podía volver la espalda: entonces sí que me mordería. Por otro lado, el animal era demasiado grande para mí y encima, yo había incurrido en su territorio. Gracias a Dios que me acordé de clamar al Señor. Señalé al perro con el dedo y grité: «¡Te reprendo en el nombre de Jesús!» Pues vaya frenazo el que dio. Se detuvo en seco, con aspecto de desconcierto total. Se dio media vuelta y se alejó a toda marcha.

De eso saqué una ense-

***Hay que
distinguir
entre la
realidad y la
ficción, entre
la verdad y
la mentira.***

ñanza: no sólo vale la pena hacer frente a los temores, reconocerlos e incluso confesarlos, sino también adoptar una actitud decisiva contra ellos, sobre todo en el poder y Espíritu del Señor, invocando las promesas de Su Palabra. De nada me habría servido simplemente adoptar una actitud mental positiva y decir: «¡Perrazo, tú no existes, así que no te voy a hacer caso!» El can habría acabado conmigo para demostrarme que sí existía.

Hay que distinguir entre la realidad y la ficción, entre la verdad y la mentira. Porque si algo es real, de nada servirá cerrar los ojos esperando que al volver a abrirlos se haya esfumado, como si nunca hubiera existido, como si fuera pura imaginación.

Aquel perrazo era de verdad y venía derecho hacia mí. Nada habría sacado con cerrar los ojos deseando que se fuera o convencerme de que aquello era un espejismo.

El animal estaba ahí mismo. Era tan palpable como tú o como yo, y se me iba a echar encima. En ese caso lo mejor que podía hacer era enfrentarlo y actuar de algún modo para eliminar el peligro. Lo hice tomando la iniciativa y atacando yo mismo con el poder del Espíritu. Inicialmente, era el gran danés el que estaba a la ofensiva, y yo a la defensiva; pero el Señor me ayudó a invertir la situación. De pronto, él se puso a la defensiva, dio media vuelta y salió despavorido.

Como sabe todo estratega militar, es imposible ganar una guerra defensiva. Toda guerra defensiva está condenada al fracaso. Si se quiere triunfar en una guerra hay que atacar, hay que pasar a la ofensiva.

De modo que vale la pena admitir los temores, reconocer que existen, distinguir entre lo real y lo irreal, entre la verdad y la mentira, y emprender un ataque para disipar la nebulosa ficción, las quimeras, y ahuyentar las auténticas y verdaderas amenazas.

La fe es exactamente lo contrario del temor. Así como «el temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9:10), el miedo a Satanás es el principio de la muerte. La palabra hebrea que tradujeron por *temor* en ese versículo es *yirah*, que significa *reverencia*. Se trata, pues, de un temor reverencial: es mostrar a Dios el debido respeto. Es una forma de rendirle culto. Por

lo tanto, temer a Satanás y sus maquinaciones es rendirle justamente el culto que quiere. La Palabra de Dios dice acerca de otra gama de temores que «el temor lleva en sí castigo» (1 Juan 4:18). El miedo al Diablo abate y desgasta. Es pernicioso, y si le damos cabida, termina siendo desastroso para nuestro espíritu.

De modo que debemos reprender ese tipo de temor tal como hizo Jesús cuando el Diablo pretendió que lo adorase en el monte de las tentaciones. Jesús lo puso en su lugar: «Vete de Mí, Satanás, porque escrito está: “Al Señor Tu Dios adorarás, y a Él solo servirás”» (Lucas 4:8).

El Señor promete completa paz a aquellos cuyo pensamiento persevera en Él, a quienes confían en Él (Isaías 26:3). Total que si te asedia un espíritu de temor, pon tu confianza en el Señor. Simplemente dile a Satanás: «¡Vete, maldito Diablo! ¡Fuera de aquí! Pongo mi confianza en Dios, en Jesús». La Biblia dice que si nos sometemos a Dios y resistimos al Diablo, éste huirá de nosotros (Santiago 4:7). □

(Lo anterior es un extracto de un artículo de David Brandt Berg que lleva el mismo título. Si deseas la versión completa, junto con otros artículos del mismo autor, te recomendamos el librito *Mayores victorias*, que puedes pedir a una de las direcciones de la página 2).



EL DIRECTIVO INTELIGENTE

UN BUEN DIRECTIVO no se dedica a mandar, sino a servir. Jesús no solo se proponía enseñar humildad a Sus discípulos cuando los amonestó diciendo: «El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo» (Mateo 20:26). Un buen directivo sencillamente no puede darse el lujo de ser un dictador. Debe escuchar a sus colaboradores. Cuando los altos mandos ni siquiera se comunican con sus subalternos, se abre una brecha: lógicamente no van a entender los problemas de los que trabajan a sus órdenes. Y ésta es la fórmula del fracaso.

A cualquier nivel, un directivo debe escuchar a sus subordinados. Si bien la responsabilidad de tomar las decisiones finales recae sobre sus hombros, el hecho de ocupar ese cargo no significa que él sea el único al que se le ocurren ideas, el único que piensa, y que no deba consultar con nadie. Un buen administrador escucha a su gente.

Toda buena secretaria sabe más de los asuntos de su jefe que él mismo, y ese es su deber. Él no tiene por qué ocuparse de todos los detallitos, pero alguien tiene que hacerse cargo de ellos. Un buen jefe comprende que su secretaria está más al tanto de la importancia y urgencia de cada trabajo, por lo que respeta sus opiniones y generalmente sigue sus recomendaciones.

En lo que se refiere a planes, objetivos, motivación y otros aspectos generales del trabajo, el dirigente debe ser una persona capaz; de lo contrario no debería dirigir. Pero en cuanto a los asuntos prácticos, debe escuchar a sus colaboradores, pues probablemente sepan más que él. Un buen directivo escucha las recomendaciones de sus ayudantes, las debate con ellos, procura llegar a un consenso sobre el curso que se debe seguir y les da libertad para que ellos hagan el trabajo. Luego simplemente verifica de vez en



Si un equipo
de trabajo
quiere
funcionar
con eficacia,
cada
componente
del mismo
debe
cooperar con
los demás.

cuando que produzcan y que no vayan a cometer equivocaciones graves. Esa es en realidad la función del dirigente: simplemente mantener las cosas en marcha. Debe dejar que sus dependientes propongan la labor, la inicien y, naturalmente, la lleven a cabo.

Todo rey se rodea de un grupo importante de consejeros que le dicen qué hacer. ¿Sabías que hasta Dios hace eso? Él convoca a Sus altos asesores, espíritus y ángeles y les pregunta: «¿Qué creen ustedes que debemos hacer con respecto a esto?» Escucha sus recomendaciones y luego decide sabiamente quién tiene razón. Si no te lo crees, lee 1 Reyes 22:19-22 y Job 1:6-12. Y no olvidemos que además de escuchar a Sus consejeros, espíritus y ángeles, Dios también nos escucha a nosotros y hace lo que le pedimos.

Si ni aun el propio Dios prescinde de nuestras opiniones, ¿quiénes somos nosotros para pretender tomar todas las decisiones, tener todas las ideas, dar todas las órdenes y además llevarlas a cabo? Un dirigente no puede proceder por su cuenta.

El querer organizarlo todo y decirle a todo el mundo lo que debe hacer es típico de un novato, de un joven inexperto que acaba de asumir el cargo. Nunca se ha desempeñado en ese puesto y no sabe qué hacer ni cómo. Por eso se sienta en el trono fingiendo que sí sabe y se pone a promulgar edictos. Un rey, un ejecutivo o un dirigente que se conduce así es un insensato.

Un rey inteligente y sagaz, cuando quiere que algo se lleve a cabo, convoca a sus consejeros y los escucha. Luego decide qué recomendaciones considera mejores. ¿A quién le encarga, entonces, que cumpla esa tarea? ¿A uno de los que tenía una idea distinta? ¡Claro que no! Le encarga el

trabajo al que aportó la idea.

Todo directivo inteligente aprovecha los recursos ocultos de su gente como si operara una bomba extractora. No pretende ser la bomba, ni la palanca, ni el agua, ni el balde. No es más que la mano guía que toma la palanca y bombea. Lo único que hace es mantener la bomba en funcionamiento.

Un directivo eficaz procura tener contento a todo el mundo, porque todos tienen derecho a ser felices y a hacer el trabajo que les gusta, con tal de que sean competentes para ello.

Si un equipo de trabajo quiere funcionar con eficacia, cada componente del mismo debe cooperar con los demás, no sólo con uno de ellos, ni con unos cuantos, ni con la mayoría, sino con todos. Todos deben aprender a trabajar juntos, a escucharse mutuamente, a deliberar juntos, a llegar a acuerdos y decidir las cosas entre todos, y luego concretar los proyectos con la ayuda de todos.

Lo mismo sucede con el cuerpo humano: no consideramos que podamos prescindir siquiera del miembro más pequeño. Uno necesita hasta de la última uña, de cada célula, así como de cada órgano y de cada miembro (1 Corintios 12:14-17). Todos los miembros son necesarios e importantes, desde el más bajo hasta el más grande, desde el más insignificante hasta el que parece ser más importante. Cada cual cumple su misión, todos son necesarios y todos deben trabajar en unidad, armonía y cooperación.

Hay que dialogar, deliberar con otras personas, consultar con ellas, buscar consensos y decidir las cosas entre todos, hacerlas juntos, producir juntos, repartir la carga, crecer y trabajar juntos y disfrutar juntos de los frutos del trabajo. No hay otro modo de ser un directivo inteligente y eficaz. •

colgar los

DAVID BRANDT BERG

MALOS HÁBITOS

Todo el mundo tiene sus debilidades. Todos somos imperfectos y humanos. Lo que repetimos durante bastante tiempo acaba por volverse automático. Eso es lo que asusta de los malos hábitos.

SIN EMBARGO, EL SEÑOR puede transformar esas debilidades en cualidades, y un mal hábito puede sustituirse por uno bueno.

Además de los malos hábitos físicos, hay toda suerte de actitudes y conductas erróneas que pueden hacerse costumbre y causarnos aún más daño a nosotros y a los demás. Por ejemplo: tener un mal concepto de nosotros mismos, quejarnos de nuestras circunstancias, criticar a los demás, ser groseros o desconsiderados, imprudentes o poco amables al hablar, andar nerviosos o con prisa, o dar lugar al mal genio y a la impaciencia. También hay malos hábitos que afectan nuestra espiritualidad y nuestra relación con el Señor, como no dedicarle tiempo a Él y a Su Palabra.

Una costumbre puede echar raíces para bien o para mal, y particularmente si es mala, puede resultar muy difícil deshacerse de ella y cambiar, aunque no imposible, porque con-

tamos con la ayuda del Señor. Él siempre está dispuesto a hacer lo imposible; y es que hace falta una situación imposible para que Él haga un milagro. Pero a Él le encanta obrar así, porque eso nos lleva a reconocer Su mano milagrosa.

Eso es lo extraordinario de Jesús y Su poder: Él puede superar cualquier cosa, cualquier pecado, batalla, mala costumbre o rasgo negativo de la personalidad. No hay nada difícil para Él. Te librará de todo mal hábito que hayas adquirido. Basta con que le entregues tu voluntad y te decidas a combatir esa costumbre hasta superarla con Su ayuda.

Tendrás que esforzarte, pero lo más importante es que le pidas ayuda. No te limites a rogarle que haga lo que tú no puedes hacer, sino pídele que te indique qué puedes y debes hacer en concreto para progresar y superar el hábito en cuestión. El siguiente paso es aceptar lo que te

*Jesús te
librará de todo
mal hábito
que hayas
adquirido.
Basta con que
le entregues tu
voluntad.*

diga, creerlo y obrar en consecuencia; de lo contrario, Él no podrá realizar el milagro.

Para nosotros es humanamente imposible cambiar por nuestra cuenta, pues hay costumbres que, luego de años de arraigo, acaban por convertirse en actos reflejos. Se vuelven parte de nuestra personalidad, de nuestra forma de ser, y ni nos damos cuenta de que las tenemos.

Y si tenemos conciencia de ellas, pueden resultar terriblemente desmoralizadoras. Llegas a pensar que nunca podrás cambiar, que esa es tu forma de ser y punto. Pero lo cierto es que no eras así antes de adoptar ese mal hábito y permitir que echara raíz. Eso demuestra a todas luces que sí es posible cambiar, siempre y cuando estés dispuesto a buscar con apremio al Señor y a poner de tu parte.

Por ejemplo, los que tienen el vicio de pensar negativamente y lo han hecho casi toda la vida se han formado un mal hábito muy difícil de superar. No obstante, muchos lo han superado gracias al poder del Señor y de la Palabra. Tanto es así que ahora piensan positivamente y tienen una nueva perspectiva de la vida. Se han transformado y han roto con la costumbre de pensar así (Romanos 12:2).

Si con el paso de los años has adquirido una mala costumbre en tu forma de actuar o reaccionar, cuanto antes pidas al Señor ayuda, mejor. Tal vez pienses que no tienes remedio ni ganas nada intentándolo a estas alturas de la vida. Sin embargo, cada vez que te des cuenta de que estás reca- yendo, pide ayuda al Señor y haz un esfuerzo por no dar lugar a ese mal hábito. Así, poco a poco te formas uno bueno que va consolidándose y

desplazando al malo.

Cuando una mala costumbre llega al punto en que ya no sabes cómo afrontarla, lo primero que debes hacer es preguntar al Señor qué piensa sobre el asunto. Consulta también con personas a quienes respetes y con las que tengas una relación estrecha, o con alguien que posea el buen hábito con el que aspiras a sustituir el malo.

Al mismo tiempo, conviene acudir al Señor para que te aliente a avanzar; si no, lo más probable será que te desanimes y te entren ganas de darte por vencido. Pide al Señor promesas de Su Palabra en las cuales apoyarte, promesas concretas de lo que hará para ayudarte a vencer el hábito. Haz una lista de lo que te indique el Señor, de las instrucciones, así como de las promesas que te transmita. Así tendrás a qué remitirte cuando te parezca que no estás haciendo progresos y te veas tentado a abandonar.

Es mucho más fácil superar un mal hábito en su etapa inicial, apenas uno se da cuenta de que lo está agarrando. Por eso es importante meditar periódicamente en la forma en que uno conduce su vida. Cultiva la buena costumbre de preguntar al Señor a diario, o día de por medio, cómo te estás desempeñando, qué cosas necesitas rectificar antes que se conviertan en malos hábitos mucho más difíciles de cortar.

Comprométete a seguir esforzándote por superar el hábito hasta que haya desaparecido. Recuerda que si lo deseas con afán y haces lo que está a tu alcance, el Señor hará lo demás, pues te ama y quiere que seas feliz y te veas librado de ese estorbo. Haz la parte que te corresponde, y Él hará la Suya. •

Es mucho más fácil superar un mal hábito en su etapa inicial, apenas uno se da cuenta de que lo está agarrando.



Despacio y buena letra

«EN QUIETUD Y EN CONFIANZA será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). La Biblia no promueve en modo alguno la prisa. El único versículo que recuerdo en favor de apresurarse es: «La orden del rey era apremiante» (1 Samuel 21:8). En contraste con ese pasaje, yo diría que habrá cien que recomiendan ir despacio, aunque sea con otras palabras. Incluso se nos aconseja que tomemos las cosas con calma.

Jesús dijo: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga» (Mateo 11:28-30). Cuando uno tiene que aguantar mucha presión o tensión, una carga muy pesada o un yugo muy difícil, la culpa no es de Dios. Es de uno mismo o de otra persona.

Tal vez sea ese el propósito por el que Dios creó a las mulas y los burros, para ilustrar el ritmo al que debemos vivir. Son trabajadores, puede que sean lentos pero tienen más aguante y pueden llevar cargas más pesadas que los caballos. Son las bestias de carga de los parajes difíciles. Son capaces de sortear sendas en las que un caballo se mataría y llevar cargas imposibles para un caballo, sobre todo para un caballo de carreras.

Los caballos de carreras son capaces de galopar a toda marcha alrededor de la pista

unas pocas veces, y ahí se acaba la cosa. Son muy nerviosos e inquietos, pero no son bestias de carga. No soportan trabajos pesados y abultados fardos. En cambio, las mulas y los burros de carga sí. Además, ¡son lo más terco que hay! No se los puede apurar. Hay que ir a su ritmo, lentamente. Avanzan despacio, pero a la larga cumplen con la tarea y llegan a destino. Se asemejan a la fábula de la tortuga y la liebre: aunque la tortuga era lenta, al final llegó a la meta.

Puedes optar por la intensidad y la velocidad si quieres; yo me quedo con el camino lento y seguro. Puedes tomar la vía de alta velocidad y llegar primero si quieres —eso si llegas—; yo optaré por el carril lento y seguro. Por mucho que tarde, estoy decidido a llegar entero.

He perdido la cuenta de las veces en que les he dicho a los conductores de taxi: «Quien de prisa vive, de prisa muere. Vaya más despacio y vivirá más tiempo». Y es cierto. Los médicos y los expertos en salud afirman que el estrés está matando a la gente y que muchas de las enfermedades de hoy en día son producto de la presión y las tensiones, o bien de malas dietas. La tensión nerviosa y las prisas matan a la gente causándole trastornos cardíacos, neurológicos y alta presión arterial.

¡Que Dios nos ayude a ir más despacio! No se trata de perder el tiempo, pero sí de confiar en el Señor en vez de andar tan impacientes y con tantas prisas. La paciencia es sinónimo de lentitud, de avanzar a un ritmo constante, de hacer nuestra labor con perseverancia y sin perder el tiempo, sin preocuparse ni ponerse frenético. La impaciencia, en cambio, va asociada a la precipitación, el ajetreo, la velocidad, la prisa, la presión, la tensión. Mientras que la paciencia es señal de fe, la impaciencia denota falta de ella. Pone de manifiesto que nos parece que no vamos a terminar la tarea si no la hacemos de prisa, si no apretamos el paso y redoblamos la marcha.

En cambio, si tenemos fe en que Jesús se va a encargar del asunto de algún modo, podemos darnos el lujo de ser pacientes, de ir despacio y hacer las cosas bien. •

EL PAÍS SIN DEMASIADOS

DAVID BRANDT BERG

TUVE UN BREVE SUEÑO de lo más extraño. Crucé unas montañas en dirección al mar y me encontré con un paraíso. Fue como entrar en otro mundo. Al rato regresé para contarte la experiencia y describirte lo maravillosa que había sido.

Lo estupendo de aquel país era que no había demasiado de nada. Así de simple. En aquel país era imposible incurrir en excesos de ningún tipo. No se podía comer demasiado, ni beber demasiado, ni trabajar demasiado, ni dormir demasiado, ni ir demasiado lejos.

No se podía exagerar en ningún sentido. Y con eso parecía que todos los problemas quedaban resueltos. Nadie ambicionaba más de la cuenta, de modo que nadie tenía demasiado y nadie peleaba por conseguir más de lo suficiente. No existían guerras ni conflictos, ya que nadie quería acumular demasiado ni tener más que su prójimo.

¿NO SERÍA FANTÁSTICO?

Un poquito de amor, de comprensión, de tolerancia y de generosidad podría contribuir muchísimo a resolver los problemas del mundo. En cambio, cuando la gente no trata con mucho amor a los demás, es lógico que tenga problemas. Todos los males del mundo actual tienen su origen en nuestra falta de amor a Dios y a nuestros semejantes. El sencillo amor a Dios y al prójimo sigue siendo la solución divina aun en una sociedad tan compleja, confusa y sumamente complicada como la del mundo actual. Amar a Dios nos capacita para amarnos unos a otros y seguir Sus normas de vida y libertad, por medio de las cuales alcanzamos la felicidad. Eso propicia que todo nos vaya bien y que hallemos contentamiento en Él.

Aunque se gozaba de paz, abundancia, seguridad y felicidad, no era en forma desmesurada; lo justo para todos. Todos tenían bastante para comer y beber, y suficiente ropa que ponerse, pero no en cantidad excesiva.

Todos poseían la verdad, y la verdad era que nadie poseía demasiado ni era demasiado de nada. Eso parecía resolver todos los problemas. En esas regresé muy emocionado a contártelo. Quería que supieras que había encontrado un país donde los problemas de todos se solucionaban eludiendo todo lo que fuera inmoderado.

Todo quedaba solucionado al no haber excesos. No se me ocurre otra forma de llamarlo que *el país sin demasiados*, donde todo el mundo se contentaba con tener lo suficiente. Nadie era muy bueno, ni muy malo, ni muy arrogante, ni muy mezquino, ni mucho de nada. No se podía hacer ni ser demasiado de nada. Era sencillamente imposible. Qué curioso, ¿verdad? Será mejor que pare aquí, no sea que te hable demasiado del país sin demasiados. ■

DAVID BRANDT BERG

Aunque te ayudará, no te lo hará demasiado fácil soplándote las respuestas de antemano; si no, dejaría de ser una prueba. De hecho, superar debilidades graves o de larga data en muy raros casos se logra aprobando un solo examen. Es más bien como hacer un curso. Un estudiante que ansía dominar cierta materia tiene que estudiar arduamente, ejercitarse una y otra vez y en muchos casos someterse a varias pruebas antes del examen final. Pero una vez que pasa el curso, ya no tiene que seguir ejercitándose en las mismas cosas ni dar las mismas pruebas. Dado que ya se aprendió bien esas lecciones, no necesita examinarse más. Se gradúa de ese año o nivel y pasa al siguiente. Lo mismo sucede en la escuela de la vida.

Una vez que nos hemos aplicado y hemos aprobado un curso, Dios no tiene que seguir poniéndonos las mismas pruebas una y otra vez. Puede que de vez en cuando nos ponga de pronto una prueba para refrescarnos la memoria; pero si ya pasamos el curso y retuvimos lo que aprendimos, esa prueba es mucho más fácil y menos exigente que el examen original, sólo lo suficiente para mantenernos al día y ayudarnos a conservar nuestra destreza.

Cuando ya hemos hecho progresos importantes en cuanto a cierta debilidad, Él puede enseñarnos otras cosas o fortalecernos en otros aspectos. Cuando pasamos de un grado o nivel al siguiente, las tareas de éste último suelen ser un poco más difíciles, pero a la vez habremos adquirido nuevas aptitudes para ayudarnos a responder a ese nuevo reto y así seguimos haciendo progresos.

No importa si se trata de una gran prueba o de una dificultad casi irrisoria.

Lo importante para Dios es que estemos dispuestos a aceptar cada prueba cuando se presenta y a confiar en que Él sabe por qué dispone que la enfrentemos. Él entiende nuestro corazón. Sabe lo que necesitamos para seguir madurando. Discierne lo que necesita nuestro espíritu y sabe exactamente con qué alimentarlo y cómo fortalecerlo.

Así que la próxima vez que te encuentres lidiando con alguna debilidad, en vez de ceder a ella o quejarte de que la vida es muy dura, tómala como un reto. Decídete a aprender algo de ella. Pronto verás que te va de maravilla en la escuela de la vida. □

EL CAMBIO QUE SE PERFILABA IMPOSIBLE

David Brandt Berg

UNO NO PUEDE CAMBIARSE A SÍ MISMO, pero Dios sí puede transformarnos mediante el poder milagroso de Su Espíritu. Él hace cosas que para nosotros son imposibles.

Eso es lo que significa ser una «nueva criatura» en Cristo Jesús (2 Corintios 5:17). Dicho de otro modo, cuando alguien se hace cristiano, se convierte en otra persona. Deja de ser el mismo. Jesús, al entrar en su vida, no solo renueva, purifica y regenera su espíritu, sino también su mente. Elimina ni más ni menos las viejas conexiones y reflejos y poco a poco los va reconstruyendo hasta crear todo un nuevo «sistema de procesamiento de información», que se maneja con un concepto totalmente distinto de la vida, un nuevo modo de ver el mundo y nuevas reacciones ante casi todo lo que lo rodea.

Sin embargo, para nosotros es imposible realizar ese cambio por cuenta propia. Para transformarnos debemos pedirle a Jesús que nos ayude. A veces el cambio es instantáneo; otras veces toma un tiempo. Pero si le pedimos ayuda y hacemos nuestra parte, a la larga cambiamos, pues Él transforma a las personas. □



MUCHAS PERSONAS CONSIDERAN que la falta de confianza en uno mismo es una debilidad. Sin embargo, si nos lleva a depender más de Jesús, en realidad puede ser una ventaja. Cuando dependemos del Señor y acudimos a Él en busca de las soluciones que nos hacen falta, siempre salimos beneficiados, pues Él es mucho más sabio y capaz de lo que jamás podríamos ser nosotros por nuestra cuenta.

La verdadera fortaleza de la debilidad consiste en saber que se necesita al Señor y que hay que acudir a Él en busca de soluciones, y en hacerlo. La persona que es débil por sí misma no da por sentado automáticamente que conoce las soluciones o que entiende la situación, y no se apoya en sus propias ideas, sino que reza y presenta su inquietud al Señor. Nuestra primera reacción debería ser consultarle las cosas.

La debilidad puede ser beneficiosa cuando, aun pensando que sabemos qué hacer, consultamos con Jesús y seguimos Sus indicaciones, las cuales pueden diferir de lo que habíamos pensado y planeado inicialmente. Eso es conveniente, toda vez que permite que sea Él quien obre por medio de nosotros y lleve a cabo Su voluntad. Es dejar que Él asuma el mando, tome las decisiones y haga las cosas a Su manera. Así nuestra debilidad se convierte en una virtud.

Si recurrimos constantemente a Él en oración, no podemos errar. Cuanto más le consultamos, más puede obrar por medio de nosotros. Cuanto más incapaces nos sentimos, cuanto más nos

damos cuenta de que no sabemos qué hacer y le pedimos a Él soluciones, mejor nos va.

No tiene nada de malo sentirnos incapaces si eso nos lleva a recurrir al Señor en oración. Eso no es una debilidad; en realidad puede ser nuestra mayor virtud, ya que siempre contaremos con Su orientación y Su guía. Es bueno que nos sintamos así, pues nos hace tener presente lo mucho que necesitamos a Jesús, y esa es ni más ni menos la actitud que quiere Él que tengamos. Él se vale de esa sensación para hacernos acudir a Él una y otra vez, a fin de poder continuar bendiciéndonos y obrando por medio de nosotros. Lo hace por nuestro propio bien y por el bien de las personas que sabe que se verán afectadas por nuestras decisiones. Que nos sintamos incapaces y poco aptos no significa que realmente lo seamos, en tanto que recurramos siempre a Él.

El único inconveniente que tal vez se dé al sentirnos incapaces y débiles por nosotros mismos es que después de haber acudido al Señor y orado y escuchado Su voz, por alguna razón no llevemos a la práctica Sus indicaciones. Quizá por no estar muy seguros de haber captado claramente Sus instrucciones, por dudar que éstas sean acertadas o viables, o por pensar que va a ser muy difícil ejecutarlas, lo dejamos para más adelante. Sin embargo, debemos tener fe en que nos habló el Señor y en que Él sabe lo que conviene y lo que se debe hacer. A partir de ahí, sencillamente tenemos que obedecer y poner en práctica lo que nos haya indicado. Puede que no acertemos todas las veces, sobre todo al principio; pero conforme nos habituemos a pedirle orientación, respuestas y soluciones, nos resultará más fácil, escucharemos

HACER DE LA DEBILIDAD

Su voz con mayor claridad y acertaremos con más frecuencia.

Si te falta fe para empezar, Él puede ayudarte con eso también. Si no entiendes cómo vas a poder hacer lo que te ha dicho, pídele que te lo indique. Si te parece que va a ser muy difícil, ruégale que te ayude a dar el primer paso. En cuanto empieces a obedecer y a dar pequeños pasos por Él, Él dará pasos mayores por ti y te ayudará a hacer progresos. No faltará a Sus promesas.

Consúltale cualquier problema en que necesites ayuda; eso es aprovechar tu debilidad y echar mano del poder del Señor. Pero si después de recibir orientación de Él no haces nada ni intentas aplicarla de alguna forma, te pierdes las ventajas de poder recurrir a ese poder, y te quedas con tu debilidad. Tu flaqueza natural se habrá vuelto más un estorbo que otra cosa si no aceptas la ayuda que te ofrece el Señor. Le pasa a todo el mundo en algún momento. Nadie es perfecto, y Él no espera que lo seamos. Pero la mayoría podemos mejorar mucho en ese aspecto de pedirle consejo sobre los problemas que tenemos y las decisiones —grandes o pequeñas— que debemos tomar.

El proceso consta de tres etapas. Primeramente tenemos que acordarnos de consultar con Él; después, creer lo que nos dice y aferrarnos a ello; y por último, es preciso que lo llevemos a cabo.

Jesús dijo al apóstol Pablo: «Bástate Mi gracia; porque Mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9). Esa misma promesa es válida para nosotros. Aunque nos sintamos débiles, Él se hará fuerte en nosotros. Aunque nos consideremos incapaces de hacer algo que nos ha pedido, Él obrará por medio de nosotros.

Y aunque no sepamos con exactitud cómo va a realizar Su voluntad por medio de nosotros, si hacemos lo que está a nuestro alcance, Él se encargará de lo demás. Eso es dejar que Jesús transforme nuestra debilidad en una cualidad. ■



David Brandt Berg

UNA CUALIDAD



CORRE LA CARRERA

DAVID BRANDT BERG

COMENTARIO DEL VERSÍCULO HEBREOS 12:1

«**N**OSOTROS TAMBIÉN, TENIENDO EN DERREDOR NUESTRO tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (Hebreos 12:1).

Al igual que el resto de la Biblia, el texto original de esta epístola no estaba dividido en capítulos. Por eso hay que tener presente el capítulo anterior para saber a qué gran «nube de testigos» alude el apóstol Pablo. Y ese no es otro que el capítulo 11 de la epístola a los Hebreos, el cual ha sido llamado por algunos el Salón de la Fama de la Biblia. El apóstol Pablo se refería a todos los grandes hombres de fe del Antiguo Testamento, los cuales no sólo nos observan, sino que oran por nosotros. Son como los hinchas que tenemos en el estadio del Cielo, y están animando a su equipo: tú y yo y todas las demás personas

que sirven al Señor. Cuando alguien anota un gol, se entusiasman. Cada vez que conquistamos un alma, todos los ángeles del Cielo se regocijan (Lucas 15:10).

Piensa en lo estupendo que es tener a millones de testigos en el Cielo que nos observan y oran por nosotros. A veces el Señor hasta les permite venir a ayudarnos. Es que la principal acción se desarrolla en esta vida; aquí es donde tienen lugar las grandes pruebas y las mayores batallas. Una vez que partimos de este mundo nos esperan otras cosas, pero las pruebas fundamentales ocurren aquí. Todo el universo nos observa. Está pendiente de la final del campeonato mundial, por así decirlo. Y ya que todos están observándonos, ¿qué debemos hacer nosotros? El apóstol Pablo explica:

«Despojémonos de todo peso». ¿Qué son los pesos? Las cargas que nos frenan,

que nos dificultan la tarea. Dios permite que llevemos esos pesos por un tiempo para fortalecernos. En algunos casos, los corredores entrenan con pesas para tonificar sus músculos; y cuando se las quitan, más que correr, les parece que vuelan. Así que a veces el Señor permite que llevemos algunos pesos para fortalecer nuestros *músculos espirituales*. Pero una vez que han cumplido su función, es hora de dejarlos a un lado y correr la carrera.

«Y del pecado que nos asedia». ¿Qué es el pecado? No hacer lo más importante que Dios quiere que hagamos, y de la forma que Él desea. Es errar el blanco, no dar en la diana de Su voluntad. De modo que «despojémonos de todo peso y de los pecados», de cualquier cosa que nos impida desempeñarnos lo mejor posible y ser lo que Dios quiere que seamos.

Y después de despojarnos de todos esos pesos, distracciones y pecados, ¿qué tenemos que hacer? «Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante». Hay que hacer la voluntad de Dios, realizar la obra de Dios. Mientras llevemos a cabo la labor que nos ha encomendado y obremos conforme a Su voluntad, estamos corriendo la carrera.

Sólo se puede «correr con paciencia» si se tiene fe y confianza en el Señor. Si no tuviéramos paciencia, nos descorazaríamos y nos daríamos por vencidos, ¿verdad? Diríamos: «Estoy cansado de trabajar tanto, sobre todo cuando nadie me lo agradece, ni me aprecia, ni se da cuenta de lo dura que es esta tarea». Si no tuviéramos paciencia, no podríamos hacerlo. En otra epístola, el apóstol Pablo nos infunde ánimo diciéndonos: «No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos [si no nos desanimamos]» (Gálatas 6:9).

En esta carrera unos corren mejor que otros y recibirán mayores premios. Aunque no hayan tenido oportunidad de hacer lo que otros considerarían que

son grandes cosas para Dios, hacen todo lo que pueden y se esmeran por amar y ayudar al prójimo. Podría ser que algunas personas que realizan las tareas en apariencia más insignificantes al servicio del Señor sean las que reciban más recompensas. Serán ellas las que darán un paso adelante para recibir las medallas, los galardones y las coronas que les entregará Jesús. Por primera vez se les dará realmente lo que merecen, y el universo en pleno se enterará de lo fieles que fueron al Señor.

Imagínatelo: Se oye un redoble de tambor y una mujer da un paso adelante para recibir su recompensa.

—¿Quién será? Nunca oí hablar de ella.

—¿No te has enterado? Es una de las voluntarias que hizo posible que se llevara a cabo una estupenda labor de evangelización.

Se oye otro redoble. Más personas se adelantan.

—¿Quiénes son esos?

—Son impresores, que trabajaron *ad honórem*. De no haberlo hecho, muchas publicaciones cristianas jamás habrían visto la luz.

Vuelve a escucharse el tambor.

—¿Y quiénes son todos esos?

—Son los que hacían funcionar y mantenían los sistemas informáticos que se empleaban para propagar el Evangelio, los que reparaban los automóviles de los misioneros, los que organizaron labores de socorro, los catequistas, los que patrocinaron a voluntarios y los que hicieron muchas otras tareas.

Por tanto, debemos «correr con paciencia la carrera que tenemos por delante», consistente en servir al Señor, como sea y donde sea que Él nos haya llamado. Y la única manera de correr esta carrera con paciencia es «poner los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe» (Hebreos 12:2). Así pues, fijemos la mirada en Jesús. ●

Con suavidad, SIN PRISAS

DAVID BRANDT BERG

UNA VEZ QUE MI MUJER Y YO estábamos urgidos por llegar a casa, se nos ocurrió sentarnos unos momentos en un muro de piedra para gozar del paisaje. De ahí nació esta inspiración:

Casi nada puede disfrutarse con prisas, ya sea una copa de vino, un paseo, una conversación, un viaje, un paisaje, una comida o un abrazo. Dios rara vez tiene prisa. Le lleva tiempo crear un bebé, una flor, un árbol, una puesta de sol y hasta una brizna de hierba.

Es curioso, pero estas ideas me venían cuando era chico. Sentado en algún monte cavilaba y me preguntaba el significado de las cosas que Dios había creado. Para mí todo era una ilustración de algo, todo expresaba algo.

El que mucho se apresura, poco dura. No te quemes la boca por comer pronto la sopa. La paciencia requiere fe. Cuando tienes prisa, te despistas, pierdes cosas o las olvidas, y te agotas enseguida. Vives intensamente, pero luego pagas las consecuencias. Te casas corriendo y después te sobra tiempo... para arrepentirte. Ganas un minuto, pero pierdes toda una vida. Aprovechas la ceniza y desperdicias la harina.

Si vas despacio, llegas antes. Por lo menos llegas. Más vale tarde que nunca. Más vale andar sobre seguro que arrepentirse luego. Antes que te cases, mira lo que haces. Lo mismo da fallar por mucho que por poco. Se necesita tiempo para apuntar bien.

Cuando estuve en el ejército realizábamos con frecuencia prácticas de tiro. Nos ponían unos blancos móviles y otros que aparecían momentáneamente y luego desaparecían. Algunos compañeros disparaban con tanta prisa, temiendo que desapareciera el blanco, que erraban el tiro. Se les zarandeaba el fusil y fallaban. En cambio, yo me lo tomaba con calma, apoyaba el codo firmemente, sujetaba muy bien el fusil, apuntaba con precisión y apretaba el gatillo despacito. Esperaba hasta estar seguro de dar en el blanco, y entonces disparaba. Adquirí tal habilidad en ello que llegué a ser un tirador de primera, un experto fusilero, que acertaba nueve de cada diez tiros en competición. Ni me apresuraba, ni me olvidaba por completo de apretar el gatillo. Me tomaba un tiempo prudencial para apuntar y



disparar sin brusquedad. Con suavidad, sin prisas, ¡o te perderás algo!

No se ganó Zamora en una hora. Cierta vez que tenía mucha prisa por hacer algo, el Señor me dijo:

Toma tiempo edificar una casa. Primero hay que poner cimientos sólidos; luego, colocar firmemente ladrillo sobre ladrillo y piedra sobre piedra uniéndolos con argamasa, cuidando que encajen bien. Eso no se puede hacer arrebatadamente; de lo contrario se vendrá abajo la pared. A continuación, hay que montar el tejado de forma segura, poner las vigas, los cabrios y las tejas uno por uno. Después vienen los yeseros, luego los pintores, y por último los acabadores, que ponen las puertas, ventanas, suelos y techos. Así al fin se logra una casa con las piezas bien trabadas entre sí, bien estructurada, construida despacio y a conciencia, para que dure.

Sin embargo, he visto casas edificadas a todo correr sobre las que algunos contratistas nada honrados bromeaban: «Duran tan poco que uno apenas alcanza a salir corriendo antes que se le caigan encima». Esas son precisamente las que se derrumban cuando las azota un vendaval, causando la muerte de sus ocupantes. Una vez fui testigo de miles de viviendas destrozadas por un huracán. Centenares de personas murieron por causa de construcciones defectuosas, hechas al vuelo, incapaces de resistir los vientos de la adversidad.

Se puede conservar la serenidad incluso en medio de una tormenta si uno sabe que está a salvo dentro un edificio seguro, firme, sólido, bien construido, que aguante cualquier viento. Un buen edificio no sale volando, no se lo lleva un ciclón. Permanece en su sitio hasta que amaina el temporal.

Las Escrituras nos exhortan a aguardar al Señor. «Los que esperan en el Señor tendrán nuevas fuerzas» (Isaías 40:31) y no se agotarán. «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera, porque en Ti ha confiado» (Isaías 26:3). Los que creen han entrado en el reposo (Hebreos 4:3).



Descansa en el Señor. Para tener paciencia hay que tener fe. Además, la tribulación produce paciencia (Romanos 5:3), porque te obliga a confiar en el Señor, a tener fe en que Dios lo arreglará todo.

«Aquel que se precipita, peca» (Proverbios 19:2). «Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estar quieto [...]. “No hay paz para los impíos”, ha dicho mi Dios» (Isaías 57:20,21). Son arrojados de un lado a otro, y no pueden descansar. No hay descanso para los impíos. Pero «queda un reposo para el pueblo de Dios» (Hebreos 4:9).

Con suavidad.... sin prisas, o fallarás en algo, y errar el blanco de Dios es pecado.

Cuando Moisés quiso librar a toda prisa a los hijos de Israel, mató a un egipcio y tuvo que huir en solitario para salvar el pellejo. No obstante, luego de 40 años apacientando ovejas humilde y pacientemente en el desierto, con tiempo para escuchar la voz de Dios en lugar de dejarse llevar por sus impulsos, estuvo listo para la misión lenta y laboriosa del éxodo. Fue un proceso lento, pero seguro.

Posteriormente pasó 40 días y 40 noches escuchando a Dios en la montaña; pero en un arranque de ira quebró las tablas de los Diez Mandamientos y tuvo que regresar y

pasar otros 40 días allá arriba. Su prisa le salió cara: le costó el doble de tiempo (Éxodo, capítulos 32 a 34).

En la fábula de Esopo, la liebre no llegó, pero la tortuga sí.

Cuando nos dirigíamos a una reunión o a una cita, mi mujer acostumbraba decirme: «¡Mira, cariño, hoy no tenemos tiempo para uno de tus atajos!» Porque ya sabía lo que solía suceder cuando yo cortaba a campo traviesa buscando una ruta más corta: ¡nos perdíamos y llegábamos tardísimo!

A veces mi mujer se impacienta mucho conmigo si no respondo inmediatamente a una pregunta suya; pero es que hace falta tiempo para pensar y orar, y estar seguro de que se contesta con propiedad. Cualquiera puede abrir la boca y soltar lo que le venga; pero ¿tiene sentido lo que dice? Sé tardo para hablar y tardo para airarte (Santiago 1:19). Ve despacio. Tómate las cosas con calma, que así disfrutarás más. Le sacarás más jugo a la vida.

Mi padre cantaba una cancioncilla que decía: «Por nada te preocupes, te apresures, ni te perturbes, si no

quieres terminar acosado, casado o enterrado».

«Mira la hormiga, perezoso, observa sus caminos y sé sabio» (Proverbios 6:6). Sin embargo, hasta para estudiar las cosillas que hacen las hormigas y aprender algo de ellas hace falta tiempo. «En lo que requiere diligencia, no perezosos» (Romanos 12:11). El perezoso se pasa el día entero colgado de una rama, dormitando con los ojos cerrados, sin moverse apenas, al punto de parecer parte del árbol. No solo es lento, sino que se comporta como si estuviese muerto.

«Demuestra templanza» (1 Corintios 9:25, SSE). «Que vuestra medida sea conocida de todos los hombres» (Filipenses 4:5, BJ). No corras demasiado, no sea que tropieces; pero tampoco te quedes inmóvil. Haz algo, pero actúa con circunspección y prudencia (Efesios 5:15).

Con suavidad, sin prisas, o podrías errar el blanco, lo cual es pecado.

DAVID BRANDT BERG (1919–1994) FUE FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ■

ALTURA DE MIRAS

NARRACIÓN DE ABI MAY

SE CUENTA QUE UN PROFESOR UNIVERSITARIO salpimentaba sus clases con diversas reflexiones personales que invariablemente comenzaban con las palabras: «Mientras caminaba por mi jardín, se me ocurrió que...» Una y otra vez transmitía a sus alumnos las reflexiones que le inspiraba su jardín.

Un día invitó a dos de sus mejores alumnos a su casa. Mientras tomaban una taza de té, uno de ellos le pidió que le mostrara su jardín. Descubrieron con asombro que se trataba de una franja muy estrecha, apenas más ancha que un pasillo. De un lado estaba la casa, y del otro había un muro bastante alto.

—¿Es este el jardín en el que le vienen esas reflexiones tan inspiradas, profesor? —le preguntó uno de los alumnos.

—Así es —repuso él.

—Pero si es estrechísimo —argumentó el alumno.

—En efecto —dijo el profesor; y señalando al cielo con mirada de picardía agregó—: pero mira lo alto que es. ■



RÉPLICAS DE DIOS

Así contesta Dios en la Biblia a todo lo negativo que nos decimos interiormente.

Decimos: «Es imposible».

Dios dice: «Para Mí, todo es posible» (Mateo 19:26).

Decimos: «¡Qué agotamiento tengo!»

Dios dice: «Yo te haré descansar» (Mateo 11:28-30).

Decimos: «Nadie me quiere».

Dios dice: «Yo te amo» (Juan 3:16 y Juan 13:34).

Decimos: «No aguanto más».

Dios dice: «Te basta Mi gracia. Estaré a tu lado en la angustia» (2 Corintios 12:9 y Salmo 91:15).

Decimos: «No lo entiendo».

Dios dice: «Te revelaré los misterios» (Daniel 2:28).

Decimos: «No puedo».

Dios dice: «No hace falta que tú lo hagas. Lo haré Yo» (2 Crónicas 20:17).

Decimos: «No vale la pena».

Dios dice: «Valdrá la pena» (Romanos 8:18).

Decimos: «No me lo perdono».

Dios dice: «Yo te perdono» (1 Juan 1:9 y Romanos 8:1).

Decimos: «No puedo salir adelante».

Dios dice: «Proveeré cuanto te haga falta» (Filipenses 4:19).

Decimos: «No soy capaz».

Dios dice: «Con Mi ayuda sí» (Filipenses 4:13 y 2 Corintios 3:5).

Decimos: «Tengo miedo».

Dios dice: «No temas, porque Yo estoy contigo» (Jeremías 42:11).

Decimos: «Todo son preocupaciones y contrariedades».

Dios dice: «Echa toda tu ansiedad sobre Mí» (1 Pedro 5:7).

Decimos: «Me falta fe».

Dios dice: «A cada uno le he dado una medida de fe» (Romanos 12:3b).

Decimos: «Me falta inteligencia».

Dios dice: «Te daré sabiduría» (Santiago 1:5 y 1 Corintios 1:30).

Decimos: «No tengo a nadie».

Dios dice: «No te desampararé, ni te dejaré» (Hebreos 13:5).

La negatividad: origen y solución

DAVID BRANDT BERG

EL DIABLO es el acusador de los santos¹. Nos echa en cara todas nuestras insuficiencias y defectos, nuestras debilidades y fallos. Si le prestas atención, estás perdido, porque siempre habrá algo más que podrías haber hecho o algo que desearías no haber hecho. Siempre habrá algo —alguna negligencia, algún descuido, un error o falta, un mal hábito— que el Diablo esgrimirá para molestarte si quiere, ¡y ganas no le faltan!

Pero ¡gracias a Dios por Jesús! Él es el antídoto. Siempre nos señala las cosas buenas. Jamás pierde la fe en nosotros ni deja de amarnos, aun cuando

nos equivocamos. Por eso, cuando el Diablo te acose con pensamientos negativos sobre ti mismo o sobre otras personas, no le hagas caso. Escucha más bien a Jesús. Piensa en algo positivo. Haz siempre memoria de lo bueno. Pensar bien de ti mismo y de los demás aleja las dudas, los temores y las acusaciones que lanza el Diablo. Llena tu corazón, tu mente y tu lengua de cosas buenas. Piensa en todo lo bueno de que disfrutas, y espantarás al Diablo. Deja entrar la luz, y la oscuridad desaparecerá. ✠

¹ Apocalipsis 12:9,10



TRABAJO INTELIGENTE

DAVID BRANDT BERG

UNA DE LAS MEJORES PAUTAS QUE SE PUEDEN APLICAR PARA ORGANIZAR BIEN EL TRABAJO ES NO SOBRECARGARSE. Conviene elaborar una lista de tareas y llevarlas a cabo una por una a un ritmo sostenido. Se empieza por lo más urgente o importante y se hace lo que se puede cada día. Así se tiene la satisfacción de haber empleado el tiempo y las energías con acierto y prudencia, y uno se va acercando progresivamente a las metas que se ha fijado.

Lo más importante es realizar bien el trabajo, que quede bien hecho. La precisión es mucho más importante que la velocidad. Los programas de computadora para aprender mecanografía subrayan que la velocidad se adquiere con la práctica. Y lo mismo se aplica a la mayoría de los trabajos. Con el tiempo, los buenos resultados se irán dando con mayor rapidez y facilidad, y a la postre se producirán casi automáticamente. No es necesario ir de prisa ni forzar la marcha; lo esencial es concentrarse en que

quede bien. A medida que se va adquiriendo experiencia, la velocidad se alcanza naturalmente.

Los caballos de carreras son capaces de dar varias vueltas a la pista del hipódromo a todo galope, pero nada más. Son briosos y acelerados, pero no sirven para el trabajo, no son bestias de carga. En cambio, las mulas y los burros sí. Son lentos, pero muy trabajadores. No se les puede meter prisa; sin embargo, tienen más resistencia y aguantan cargas más pesadas que los caballos. Los emplean como animales de carga en caminos difíciles por los que no podrían pasar caballos. Hay gente que se afana mucho en su trabajo porque lo acomete como un caballo de carreras en lugar de hacerlo al ritmo de una mula de carga.

Otras personas adolecen de falta de regularidad. No saben seguir un horario. Desconocen lo que es organizarse metódicamente. A ellas les recomiendo prepararse una gráfica, una hoja de cálculo o hasta una simple lista de tareas. Un breve vistazo a la tabla o lista les indicará el estado de su trabajo y la siguiente tarea en la que deben concentrarse. Puede que organizarse y mantener un orden y una estructura parezca pesado, pero a la larga supone un ahorro de trabajo.

Así también se evitan las prisas de último momento para terminar una labor y el estrés que ello trae aparejado. Tenerlo todo planificado, programado y registrado gráficamente es un método de trabajo mucho más eficiente y cómodo que andar siempre a las carreras para cumplir el siguiente plazo.

Muchas grandes empresas tienen expertos en rendimiento o en gestión del tiempo. Son personas que observan de cerca a los empleados y analizan su trabajo para determinar de qué manera lo podrían realizar con menos esfuerzo y mayor ahorro de tiempo y dinero. Uno puede hacer un análisis similar de su propio trabajo. Planificando, llevando gráficas y evaluando los resultados se puede aumentar claramente la productividad y mejorar de modo apreciable los hábitos de trabajo. Es lo que yo llamo *trabajo inteligente*.

DAVID BRANDT BERG (1919-1994) FUE FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ✎

ÁRBOLES

DAVID BRANDT BERG

ESTABA MIRANDO UN ÁRBOL por la ventana y me detuve a pensar en lo hermoso y perfecto que es. Produce exactamente lo que Dios ha dispuesto. Florece y da fruto. Es fuerte, espléndido y cumple su misión en la vida. Un árbol refleja la perfección de la creación de Dios. Por más que le caiga un rayo, que sea abatido por una tormenta o talado, sus raíces echan nuevos retoños, producen nueva vida. Es fascinante, ¿no te parece?

¿Has observado alguna vez que un árbol es todo sonrisas? Cada punto en que una rama se divide en dos es como una sonrisa, una boca con las comisuras hacia arriba. Uno podría pensar que un árbol no es más que un amasijo de ramas, pero no es así. Cada rama responde a un diseño perfecto, crece en el sitio y en el sentido debidos, y tiene el peso y la longitud adecuados para que el árbol no se ladee y se caiga. El árbol pesa toneladas y, sin embargo, se mantiene impecablemente equilibrado



sobre su tronco, como una bailarina de ballet en puntas.

Por la protección y los alimentos que proporcionan, los árboles son vitales para el planeta. De no ser por los árboles, no crecerían muchos matorrales y arbustos a su sombra, los animales carecerían de un hábitat adecuado y la tierra se erosionaría, quedando reducida a un desierto estéril, tal como ha sucedido en muchos lugares a consecuencia de la tala excesiva. Los árboles son imprescindibles para la vida del hombre y de los animales.

Dios es como la tierra en la que estamos plantados y de la cual dependemos. ¡Ojalá seamos como árboles firmemente enraizados en Él, que se nutren con Su Palabra, crecen con pujanza, dan fruto y son una bendición para quienes los rodean!



Sé que jamás oiré un canto tan primoroso como un árbol,

que aprieta su boca sedienta contra la tierra y se alimenta,

que mira todo el día a Dios y alza sus brazos en oración,

que quizá luzca en su melená un nido o una colmena,

en cuyo seno cae la nieve, que se estremece cuando llueve.

Un poema lo hace cualquiera, un árbol solo Dios lo crea.

En este sitio web encontrarás fotos de árboles asombrosos:
<http://listverse.com/2011/07/30/10-magnificent-living-trees/>

Joyce Kilmer (1886–1918) ■

HUMILDAD Y SENCILLEZ

HUMILDAD

EN VEZ DE

PERFECCIÓN Y BEATERÍA

CUANDO UNO CONFÍA TANTO EN SU PROPIA BONDAD, EN SU PROPIA PERFECCIÓN,



LLEGA UN PUNTO EN QUE LE RESULTA CASI IMPOSIBLE CONFESAR LOS FALLOS QUE COMETE.



ESO DESTRUIRÍA LA CONFIANZA QUE TIENE EN SÍ MISMO Y...



POR ESO ES NECESARIO QUE CONFESEMOS NUESTROS PECADOS: CONTRIBUYE A QUE CONSERVEMOS LA HUMILDAD, NOS AYUDA TAMBIÉN A SER SINCEROS CON EL SEÑOR, CON NUESTROS SERES QUERIDOS Y CON QUIENES NOS RODEAN.

LO QUE MÁS NOS CUESTA ES ADMITIR NUESTROS ERRORES ANTE NOSOTROS MISMOS.

PRÁCTICAMENTE ACABARÍA CON SU AUTOSUFICIENCIA, PUES DEMOSTRARÍA QUE NO ES PERFECTO.



COISA MUY DIFÍCIL DE RECONOCER, AUN ANTE UNO MISMO.



ES MUY DESALENTADOR, HUMILLANTE Y VERGONZOSO.



ASÍ QUE TRATAMOS DE JUSTIFICARNOS.



DEFENDER NUESTRA POSTURA.



EXONERARNOS Y ABSOLVERNOS DE TODO PECADO.



PARA NO DAÑAR LA IMAGEN QUE TENEMOS DE NOSOTROS MISMOS.



PERO ASÍ SOLO CONSEGUIMOS EMPEORAR LAS COSAS. ES QUE CUANDO NO SOMOS SINCEROS CON NOSOTROS MISMOS, TAMPOCO PODEMOS SERLO CON DIOS NI CON LOS DEMÁS.



ECHAMOS A PERDER NUESTRA VIDA, HERIMOS A QUIENES SE RELACIONAN CON NOSOTROS Y MÁS QUE NADA ENTRISTECEREMOS A DIOS. POR SI FUERA POCO, MENOSCAMOS EL EJEMPLO QUE COMO CRISTIANOS DAMOS A LOS DEMÁS.



QUE DIOS NOS AYUDE, PUES, A SER SINCEROS CON NOSOTROS MISMOS, CON LOS DEMÁS Y CON ÉL. ASÍ NO SEREMOS FALSOS, CON NADIE. LA FALSEDAD ES PRODUCTO DEL ORGULLO. CONSTITUYE UN INTENTO DE OCULTAR ANTE LOS DEMÁS LA CRUDA VERDAD QUE NOS AVERGÜENZA.

EN CAMBIO, CONFESARNOS PECADORES NOS CONDUCE A TENER PRESENTE QUE NO SOMOS LA IMAGEN DE LA PUREZA Y LA INOCENCIA.



SI BIEN ES CIERTO QUE QUIZÁS ENTONCES NO NOS SENTAMOS TAN ANGELICALES, SOMOS MUCHO MÁS SANTOS SEGÚN EL CONCEPTO DIVINO DE LA SANTIDAD.



REPRESENTADO POR EL PECADOR QUE SE RECONOCE COMO TAL Y ATRIBUYE A DIOS EL MÉRITO DE CUALQUIER ACTO DE BONDAD QUE HAGA.



EL APÓSTOL PABLO DIJO: «YO SÉ QUE EN MÍ, ESTO ES, EN MI CARNE, NO MORA EL BIEN» (ROMANOS 7:18). LO BUENO NO PROVIENE DE NOSOTROS; SÓLO DEL SEÑOR.

Dios no espera que nos pasemos la vida haciéndolo todo con nuestras propias fuerzas. Lo que realmente quiere es que nos sometamos a Él, para que sea Él quien pueda obrar por medio de nosotros. Cuando abrimos un grifo, éste no hace ningún esfuerzo. La presión proveniente del exterior —ya sea una bomba o la fuerza de la gravedad o lo que sea— es lo que hace que el agua fluya por el grifo. Éste no es más que un canal, una abertura que deja pasar el agua. No tenemos que ser más que canales abiertos a través de los cuales fluya el poder divino. ¡Esa es la clave!

D.B.B.

Cuando se enciende una vela, lo que arde es mayormente la cera, no la mecha. Una lámpara de aceite es igual. Lo que debe arder es el aceite y no la mecha. Si ésta empieza a quemarse sin aceite, en poco tiempo se consume. La mayor parte de la mecha debe estar bien sumergida en el aceite, de tal modo que solo una pequeña porción de ella esté expuesta a la llama y al aire. Así, lo que arde es mayormente el aceite y muy poco de la mecha, de hecho casi nada. El aceite fluye libremente a través de una mecha que esté bien empapada en él, y al quemarse produce una luz

radiante y clara.

A veces nos esforzamos demasiado tratando de hacerlo todo por nuestra cuenta, cuando en realidad debiéramos dejar que el Señor lo haga por medio de nosotros. Cuando somos nosotros los que ardemos, despedimos humo y hollín y nos consumimos enseguida. En cambio, cuando dejamos que el aceite del Señor —el Espíritu Santo— fluya a través de nosotros y arda, duramos mucho más tiempo.

«Ya no ardo yo, mas arde Cristo en mí» (paráfrasis de Gálatas 2:20). «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mateo 5:16).

D.B.B.

Había una vez un muchachito que procuraba con gran esfuerzo levantar un pesado objeto. Al entrar su padre en la habitación, le preguntó:

—¿Estás empleando todas tus fuerzas?

—¡Por supuesto! —respondió el niño con impaciencia.

—No es cierto —replicó el padre—, no me has pedido que te ayude.

Puede que seamos muy pequeños, pero tenemos un

Padre de gran porte, con capacidad más que suficiente para enfrentar cualquier tarea. Una ayuda del Señor —por nimia que sea— es más eficaz que la asistencia que nos puedan prestar todos los demás. La ayuda divina es la más grande que podemos conseguir. Sin Él nada podemos hacer. En cambio, con Su ayuda, no hay nada fuera de nuestro alcance (Juan 15:5; Filipenses 4:13).

D.B.B.

A veces no queda más remedio que seguir trabajando, pero siempre debemos pedir al Señor que haga la tarea por medio de nosotros y luego creer que lo hará. He ahí la diferencia entre empeñarnos con nuestras propias fuerzas y dejar que el Señor haga la obra a través de nosotros. Naturalmente que también hay estar dispuesto a que el Señor obre por nuestro intermedio de la forma en que Él sabe que rendirá más fruto.

Mucha gente trata de hacerlo todo por su cuenta impulsada por una diversidad de motivos: A veces no se siente digna del tiempo y la asistencia del Señor —al fin y al cabo, tiene que conducir a todo el universo—; en otras ocasiones, la gente no cree que Dios

*¿Por tus
propias fuerzas?*



¿Qué sería de nosotros sin huecos? ¿Qué haría la gente si no tuviera siete huecos en la cabeza? (Cuéntalos.) De no tener siete huecos no podrías comer, ni saborear, ni oler, ni oír, ni ver. Ni siquiera respirar. De hecho tienes muchos huecos más, pues cada poro de tu piel es un hueco. Sin esos poros la piel no podría respirar ni transpirar. Si no tuvieras huecos tampoco tendrías pelo, pues cada pelo crece dentro de un huequito llamado folículo.

El tema de los huecos es casi inagotable, pues hay una infinidad. Da la impresión de que todo se compone de huecos.

Nuestro cuerpo está repleto de huecos. Los vasos sanguíneos y pulmones son huecos. El corazón tiene huecos bien grandes para que la sangre fluya por ellos. El ombligo es un hueco sin el cual ni siquiera habríamos nacido. ¡Vaya! ¡Hay muchos huecos importantes! Estamos *llenos* de huecos.

El mundo está repleto de huecos. Si no fuera por ellos no habría árboles, ni flores, ni verduras, ni frutas, pues todos ellos crecen en huecos de la tierra y ellos mismos están llenos de huecos: la savia de los árboles fluye a través de huecos por el tronco y por las hojas.

¿Qué es una casa sino un hueco en el que uno vive? Si

la casa no tuviera esos huecos que llamamos ventanas, no podríamos ver el exterior ni sería posible que entraran la luz y el aire. Si no fuera por los huecos, no habría grifos por donde saliera el agua, y pasaríamos muchísima sed. Lo peor del caso es que la casa ni siquiera tendría puerta, de modo que no podríamos entrar en ella, o salir de ella si estuviésemos dentro. ¿Qué otros huecos útiles se te ocurre que hay?

La Tierra misma es una esfera hueca llena de fuego, que de vez en cuando sale por unos huecos llamados volcanes. Los mares son enormes huecos llenos de agua. Todos los lagos, arroyos y pozos también son huecos. De unos huecos llamados minas sacamos diamantes, otras piedras preciosas y toda clase de minerales: oro, plata, cobre, hierro, estaño y montones más. No contaríamos con ninguno de esos elementos útiles y valiosos si no fuera por los huecos. El mundo entero es una enorme bola acribillada.

Y si pudiéramos ver las cosas bien de cerca, nos daríamos cuenta de que todo está hecho de huequitos muy pequeños cargados de energía a los que llamamos átomos. De modo que todo está formado mayormente por huecos con algoito alrededor.

Todo se compone más de nada que de algo. Al fin y al cabo, el universo es mayormente espacio. Es un gigantesco hueco lleno de nada, a excepción de unos cuantos cuerpos celestes llamados planetas, estrellas, lunas y cosas así, que en comparación con el inmenso vacío que los rodea llamado espacio son muy pequeños. El universo es un hueco tan inmenso que ni siquiera sabemos dónde termina. ¡Es un vacío colosal!

La Biblia enseña que Dios incluso colgó la Tierra de la nada (Job 26:7) y que la creó de la nada (Génesis capítulo 1; Hebreos 11:3). Ya ves que hay más nada que otra cosa, y que todo está hecho mayormente de nada. Dios lo hace todo de la nada, a partir de un poco de nada rodeada por Él.

Si puedes creer en Dios, todo es posible, pues Él lo hace todo a partir de la nada, ¡incluidos tú y yo! Somos nada, y si no fuera por Dios, no existiríamos. De nuestra nada, Él hace algo. Es como un círculo que rodea nuestra nada y la convierte en algo. Cuando estamos rodeados por Dios, aun nuestra nada puede ser algo. Es más, ¡podemos ser casi cualquier cosa!

Total que la próxima vez que veas un hueco, recuerda que ni siquiera lo sería si no

estuviera rodeado de algo. Tú eres como ese hueco. Y si te parece que eres un don nadie, un gran cero a la izquierda o apenas un huequito, no tienes más que rodearte con algo de Dios para convertirte en un huequito muy útil e importante, un poco de nada rodeada de Dios, que es como Él lo ha hecho todo. Puedes ser cualquier cosa si eres un buen hueco, ¡un don nadie rodeado de Dios! Porque Dios se dedica a crear cosas de la nada.

La nada es inacabable. Lo que es algo siempre termina, pero la nada nunca se agota. De modo que si aceptas no ser nada, puedes llegar a ser mucho más que algo.

La poetisa Emily Dickinson escribió una vez:

¡Yo nadie soy! Tú eres ¿quién?
¿Nadie también?
Ya somos dos. ¡No digas nada!
Nos desterrarían.

¡Qué aburrido ser alguien!
¡Cuán público andar como una rana
croando todo el día tu nombre
ante una ciénaga admirada!

Todos los que son alguien no serían nada de no ser por nosotros, los que no somos nadie. Todos los que se creen algo no serían nada si no fuera por nosotros, los que no somos nada.

¿Sabes qué es el amor? Es

Continúa en la página 10

David Brandt Berg

HUECOS SANTOS

un hueco que hay que llenar. Y además algo con qué llenarlo. Como tú, yo y Jesús.

Hay huecos cuadrados, redondos y de todas las formas. Para llenarlos se necesitan todo tipo de tarugos. No importa, pues, qué clase de tarugo seas: siempre habrá algún hueco en el que encajes. Tampoco importa

qué clase de hueco seas: Dios te conoce bien.

Todos los huecos son un poco de nada hecha para algo. Total que si te consideras una nada, en algún sitio ¡hay algo para ti! ¿Eres un hueco? Pues entonces Dios te tiene algo reservado.

Los que no son huecos no pueden recibir nada, pues ya se creen algo. La Biblia

advierte: «El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña» (Gálatas 6:3). También dice que Dios «a los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos» (Lucas 1:53). Si un hueco está lleno, Dios no puede poner nada en él. Todo lo que pone se cae, porque el hueco están tan lleno de algo que no puede contener

respuestas a tus interrogantes



Me encuentro ante la necesidad de tomar una decisión que va a afectar mi vida de forma trascendental. He orado para que Dios me indique qué será lo mejor, pero ¿cómo lo va a hacer? ¿Cómo puedo obtener una respuesta de Él?

Si has pedido al Señor que te ayude a tomar una decisión acertada, ya has dado el primer paso de un proceso que esencialmente consta de tres.

En segundo término, tienes que proponerte en tu corazón creer y aceptar la respuesta que te comunique Dios, aunque sea contraria a tu parecer o a tus deseos sobre el particular. Dicho de otro modo, debes querer sinceramente que Él tome la decisión según lo que desde Su óptica resultará mejor para ti y para todas las personas afectadas. Normalmente, ése es el paso más difícil, pues requiere que supeditemos nuestra voluntad a la Suya.

Hecho eso, estamos en situación de dar el tercer paso: obtener Su respuesta. Si has pedido sinceramente a Dios que te indique cuál es Su voluntad respecto de determinada situación, lo hará. Para ello es probable que se valga de uno o de varios de los medios que detallamos a continuación en orden de importancia y confiabilidad:

Número 1: La Palabra de

Dios. El primer lugar donde buscamos la voluntad de Dios es en Sus Palabras consignadas en la Biblia. Él ha puesto allí las soluciones generales para casi todos los interrogantes y problemas que se nos pueden plantear en la vida. Cuando Dios nos habla por medio de Su Palabra, sabemos sin asomo de duda que lo que nos dice es verdad. Ciertos libros de orientación para el estudio de la Biblia —por ejemplo *Claves para descubrir la verdad: Fundamentos y Una vida más feliz*— pueden resultarnos muy útiles cuando desconocemos lo que dice la Biblia sobre un tema relacionado con una decisión a la que nos vemos enfrentados.

Número 2: La voz de la Palabra de Dios. ¿Te ha pasado alguna vez que estás meditando en algo u orando por algo y el Señor te recuerda cierto versículo o pasaje de las Escrituras que arroja luz sobre el asunto? Eso se conoce como escuchar la voz de la Palabra de Dios. Puede que te haya ocurrido también, mientras lees la Biblia, que de golpe un verso o pasaje te habló directamente, como si hubiera sido escrito para ti con relación a una situación en la que estás metido. Eso

DOS CUALIDADES INSEPARABLES

David Brandt Berg

Es incuestionable que la humildad es parte esencial del amor. Hace falta humildad para ser afectuoso y recibir afecto. Si quieres enamorarte y quieres que te amen de verdad, necesitas humildad para renunciar a tu orgullo y aceptar ese amor.

Eso se aplica también a nuestra relación con el Señor. Al entender que Dios nos ama tanto que envió a Jesús, Su único Hijo, para que muriera por nosotros, debemos aceptar humildemente Su amor. Aceptar la salvación es una experiencia de humildad. Además de recibir perdón, quienes adoptan una actitud humilde reciben una infusión de amor que rebasa todas sus expectativas. En cambio, los que son muy orgullosos se pierden ambas cosas, pues «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (Santiago 4:6).

El amor y la humildad son inseparables. Los que aman de verdad son humildes, y los humildes son amorosos. Sin humildad no se puede manifestar auténtico amor a los demás; y si no manifestamos mucho amor, es que no somos humildes. El orgullo nos inspira temor a fracasar o a ser rechazados, y eso a menudo nos impide manifestar a los demás el amor que deberíamos. Mas no pasa lo mismo con la humildad. En la humildad conviven el amor y la fe desprovistos de todo temor (1 Juan 4:18). Al que ama no le importa lo que piensen los demás: él ama a pesar de lo que opinen. Sé, pues, humilde y amoroso. ■

haga algo que pueda resultar perjudicial o dañino. Independientemente de si somos nosotros los que servimos a los demás o ellos los que nos sirven, todos nuestros actos estarán motivados por el amor y todos nos beneficiaremos. Es posible que a veces lo que pedimos a los demás exija un sacrificio de su parte, pero nosotros también les prestamos servicio a ellos y a veces también nos sacrificamos por ellos; de modo que se trata de un servicio mutuo.

Jesús dijo: «Yo no vine para ser servido, sino para servir» (Marcos 10:45.) ¿En qué categoría se pone entonces Jesús? En la de siervo. «Se despojó a Sí mismo, tomando forma de siervo» (Filipenses 2:7).

Total que Jesús fue y sigue siendo un siervo, nuestro siervo. Se pone a nuestra disposición. Dice: «Pedid, y se os dará; buscad, y

hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mateo 7:7). Dice: «Haré lo que me pidas. ¿Qué quieres? Soy tu siervo y haré lo que desees». Si Jesús nos ama tanto que está dispuesto a ser nuestro siervo, ¿no deberíamos imitar Su ejemplo y servirnos con Su amor unos a otros?

La Biblia dice: «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis Sus pisadas» (1 Pedro 2:21). En otra parte Jesús dijo: «Como me envió el Padre, así también Yo os envío» (Juan 20:21). El Padre evidentemente lo envió en calidad de siervo, y un siervo tiene el compromiso de sacrificarse, lo que a veces se traduce en sufrir por los demás. El caso es que Jesús lo hizo por nosotros y nos pide que sigamos Su ejemplo. Para eso hace falta mucha humildad. Sin embargo, los grandes sacrificios traen aparejadas grandes recompensas. ■

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Humildad en las relaciones humanas

SEGUIR EL EJEMPLO DE HUMILDAD DE CRISTO.

Mateo 21:5

Juan 13:5,12-15

Lucas 22:27

Filipenses 2:5-8

OTROS EJEMPLOS DE HUMILDAD:

1 Samuel 25:40,41

Marcos 7:25-30

Lucas 7:2-7

Juan 1:27

AMAR Y HONRAR A LOS DEMÁS.

Romanos 12:10

Romanos 12:16

Filipenses 2:3

SOMETERSE CON HUMILDAD LOS UNOS A LOS OTROS.

Lucas 22:25,26

Efesios 5:21

1 Pedro 5:5

SEÑALAR LOS ERRORES AJENOS HUMILDEMENTE.

Lucas 6:42b

Gálatas 6:1

2 Timoteo 2:25





VALE LA PENA TENER la sencillez de un niño. Jesús dijo: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (Mateo 18:3). «Dejad a los niños venir a Mí, porque de los tales es el reino de Dios» (Marcos 10:14). Debemos ser como niños —cariñosos, tiernos— y tener una fe sencilla, aceptar con fe infantil todo lo que tiene el Señor para nosotros.

Los niños son prototipos de los ciudadanos del Cielo. Parecen angelitos bajados de lo alto. Sus vivencias celestiales están aún tan frescas que entienden lo que es la oración y otras cuestiones espirituales mejor que la mayoría de los adultos. Hablan con Dios, y Él les responde. Así de simple. No les cuesta escu-

char a Dios, porque tienen una fe pura y llana. Se les ha concedido el don de ser ricos en fe. Para ellos es de lo más normal. Creen todo lo que dice Dios, y nada les parece imposible.

La mayoría de la gente mayor sabe demasiado. Ha adquirido tantos conocimientos que ha perdido su fe infantil. Sin embargo, hay muchos que tienen la fe y la confianza de un pequeñín y que a diario hacen cosas que los intelectuales incrédulos consideran imposibles. Por eso, procura ser como un niño. Verás que pueden suceder maravillas. •

LA FE DE UN NIÑO

DAVID BRANDT BERG

PARADOJA

Aunque Jesús no tuvo criados, le decían Señor.
Aunque no tenía título, lo llamaban Maestro.
Aunque no tenía medicamentos, lo consideraban un Sanador.
Aunque no tenía ejército, los reyes lo temían.
Aunque no triunfó en batallas, conquistó el mundo.
Aunque no cometió crimen alguno, lo crucificaron.
Aunque lo sepultaron en una tumba, hoy todavía vive.

ANÓNIMO



LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Jesús predicaba con el ejemplo. Nosotros podemos hacer lo mismo.

Hazte tiempo para la oración.

Mateo 6:6
Marcos 1:35
Marcos 6:46
Lucas 5:16

Ama sin parcialidad.

Mateo 5:43-48
Mateo 9:9-13
Mateo 14:14
Marcos 10:17-21
Lucas 23:39-43
Juan 8:1-11

Presta atención a los niños.

Lucas 18:15-17

Aborda con buen tino y oración las situaciones difíciles.

Mateo 5:25,26
Lucas 20:19-27
Juan 8:3-9

Sé humilde.

Mateo 11:29
Juan 13:3-15

Sirve al prójimo.

Lucas 22:25-27
Filipenses 2:5-8

Sé un pacificador.

Mateo 5:9
Mateo 26:48-52

Ajústate a los designios divinos.

Mateo 6:33
Lucas 22:42
Juan 4:34
Juan 14:31

La vida y las cebollas

ANJALI MILES

Mis amigos y yo decidimos hacer algo diferente para celebrar la Nochevieja. Acordamos que cada uno traería o haría algo que representara el año que acababa. Una persona hizo un collage de fotos de experiencias, familiares, nuevos amigos, etc. Otra cantó una canción que había compuesto. Otras dos interpretaron canciones que tenían un valor sentimental para ellas.

Cuando me llegó el turno, saqué dos cebollas: una entera y la otra picada. Eso era lo que Jesús me había indicado que hiciera cuando le pregunté unas horas antes cuál podía ser mi presentación.

«¿Por qué cebollas? —le dije—. ¿Qué representan?»

Jesús me explicó que así como una cebolla puede pelarse capa por capa, Él me había ido pelando de a poco a lo largo del año. Paulatina pero inexorablemente había ido quitando las capas con que yo me había envuelto: mi imagen de que era siempre dueña de la situación, de que era invulnerable, de que era inmune a las heridas emocionales, por ejemplo. A medida que transcurría el año, Jesús me había ido *pelando*.

Pero eso no fue todo. Me dejó pasar por dificultades que hicieron que me sintiera como una cebolla picada. Aquellas experiencias me hicieron derramar lágrimas, como sucede cuando se pican cebollas. Pero así como la cebolla suelta su sabor cuando se la pica, sé que Jesús tiene buenos motivos para todo lo que hace o permite que suceda. Creo que a través de todo esto me volvió a moldear a fin de prepararme para cosas mayores y mejores.

Una cebolla por sí sola no es muy apetecible; pero aporta sabor a muchas comidas. Creo que en ese sentido también me parezco un poco a una cebolla. Soy directa y a veces un poco áspera; por eso trabajo mejor en grupo y en equipo, situación en que las diversas personalidades se combinan para producir un *plato sabroso*.

En resumidas cuentas, así transcurrió el año para mí. Aunque nunca pensé que me compararían con una cebolla, Jesús lo hizo; y la verdad es que tiene sentido.

ANJALI MILES ES INTEGRANTE DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ISLANDIA. ✿

Puedes ser todo lo que te propongas

DAVID BRANDT BERG

A Dios no le interesa mucho la grandeza tal como la entiende este mundo. Él se especializa en valerse de personas que no tienen muchas probabilidades de alcanzar el éxito, y que sin embargo, mediante Su milagroso poder y Su gracia, se convierten en luminarias para otros. Él crea grandes personajes a partir de gente sencilla; los demás no le sirven. Y así demuestra Su grandeza¹.

Atrévete a confiar en Él a pesar de ser como eres y reconócele todo el mérito por lo que haya obrado en ti. Si puedes creerle, todo es posible, pues Él forma todo a partir de la nada. No somos nada ni podemos hacer nada bueno por nosotros mismos². Podría decirse que Dios es la circunferencia que rodea la nada y la convierte en algo. Con Él a tu alrededor, la nada que eres se convierte en algo. Es más, puedes llegar a ser todo lo que te propongas. ✿

¹ 1 Corintios 1:26-29 ² Gálatas 6:3; Juan 15:5



¿CÓMO ES DIOS?

Algunos lo imaginan como un Ser que todo lo ve y que porta un gran mazo, dispuesto en todo momento a aporrearlos con él. O como un tirano cruel, un monstruo que nos aterroriza con el Infierno. En realidad Dios es amor. Es nuestro amoroso Padre celestial, y se propone que todos lleguen al Cielo. Es un Dios cercano, íntimo, personal, afectuoso, lleno de bondad, de ternura, de dulzura y de interés por nosotros. Nos sigue de cerca con los brazos abiertos porque tiene la esperanza de que nos volvamos y lo recibamos también a Él con los brazos abiertos.

David Brandt Berg

¿COMPRENDER A DIOS?

NO ES NECESARIO comprender a Dios para amarlo. De hecho, nadie puede entenderlo del todo. Es imposible, porque Él dice que Sus caminos están muy por encima de los nuestros. «Como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos»¹. No trates de comprender a Dios. Simplemente acepta Su amor por fe.

Jesús trató de expresar las cosas en términos muy sencillos. Dijo: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos»². ¿Qué niño pequeño entiende a sus padres, y su propio nacimiento, y los secretos de la vida? Sin embargo, instintivamente es capaz de sintonizar con lo más profundo del mundo: el amor. Siente el amor de sus padres, lo acepta y responde del mismo modo.

La Biblia dice que «Dios es Espíritu»³ y que «Dios es amor»⁴. Es el Espíritu mismo de ese amor que sientes en tu corazón. Y aunque es imposible entender a Dios, todos podemos aceptar Su amor y correspondérselo. Establecer contacto a nivel personal con el Dios del amor es algo tan sencillo que a muchos les parece inconcebible. Pero lo único que hay que hacer es pedir con fe y aceptar. DAVID BRANDT BERG ✝

¿Qué niño
pequeño
entiende a
sus padres?

¹ Isaías 55:9

² Mateo 18:3

³ Juan 4:24

⁴ 1 Juan 4:8

MILAGROS Y CURACIÓN

EL VÍNCULO ENTRE SALUD Y FELICIDAD

El que tiene salud tiene esperanza, y el que tiene esperanza es dueño de todo.

Proverbio árabe

La auténtica riqueza es la salud, no el oro ni la plata. *Mahatma Gandhi (1869–1948)*

La felicidad no es más que buena salud y mala memoria. *Albert Schweitzer (1875–1965)*

Hay que ver cuánto más nítida se vuelve la experiencia general de la vida cuando se le da al cuerpo la oportunidad de desarrollar un poco de resistencia. *Frank Duff (1889–1980)*

Una relación saludable con Dios contribuye a la buena salud, porque alivia las preocupaciones. «La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús»¹. *David Brandt Berg (1919–1994)*

Trabajar siete días a la semana va en contra de los preceptos de salud y felicidad que Dios ha establecido. *David Brandt Berg*

Dios quiere que seamos personas equilibradas y armónicas tanto física como espiritual, mental y emocionalmente. Eso significa evitar los extremismos. Hay que usar un poco de sentido común. *David Brandt Berg*

«Eso demuestra que la mente y el cuerpo están relacionados y que nuestra actitud repercute en el desenlace final, que es la muerte». *Toshihiko Maruta, quien durante varias décadas dirigió un estudio realizado en la Clínica Mayo que demostró que las personas optimistas viven un 19% más que las pesimistas.*

1. Filipenses 4:7

2. Juan 13:17

PLAN DIVINO PARA COZAR DE BUENA SALUD

DAVID BRANDT BERG

Es preferible esforzarse por conservar la salud que tener que recuperarla. Más vale prevenir que curar. Más vale valla en lo alto que hospital en el fondo del precipicio. La mejor manera de evitar enfermedades es obedecer las leyes naturales de Dios: vivir bien, comer bien, trabajar bien, solazarse bien, descansar bien, amar bien al prójimo y estar bien con el Señor.

No podemos incumplir las leyes de salud de Dios o abusar de nuestro cuerpo y luego pretender estar sanos. Dios nos ha creado con ciertos mecanismos internos para que, si desoímos Sus preceptos, luego nos arrepintamos. No es que Él se complazca en castigarnos o en vernos sufrir. Todo lo contrario: dispuso esas pautas de salud porque nos ama y quiere protegernos del mal. Son normas concebidas para que seamos más felices y le saquemos más provecho a la vida haciendo lo que está a nuestro alcance para mantenernos sanos y saludables. «Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris»².

Dios nos creó. Él sabe lo que más nos conviene. Cuidemos bien de la obra de Sus manos siguiendo Sus normas de sentido común. Así Él nos bendecirá con una buena salud.



LA FE, FACTOR CLAVE

ADAPTACIÓN DE UN TEXTO DE DAVID BRANDT BERG

UNO DE LOS FACTORES MÁS IMPORTANTES PARA CURARSE ES LA FE, LA SEGURIDAD DE QUE DIOS NOS AMA Y VELA POR NOSOTROS PASE LO QUE PASE. La fe elimina el temor y la tensión, dos de las principales causas de las enfermedades y la mala salud. Esas y otras actitudes negativas como la ansiedad, el odio y el rencor producen diversos trastornos psicológicos y nerviosos. Favorecen asimismo la aparición de desórdenes fisiológicos, por ejemplo afecciones cardíacas, artritis y úlceras estomacales.

El pesimismo puede tener efectos perjudiciales en el organismo. No obstante, si hacemos frente a la negatividad, hallaremos paz interior, la cual reduce la tensión a la que están sometidos los órganos vitales y promueve la buena salud. De ahí que meditar en un ambiente sereno, asumir una actitud positiva y albergar buenos pensamientos tenga un efecto sensorial tanto en la mente como en el cuerpo. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad»¹.

La Biblia dice en muchos pasajes que no debemos afanarnos ni abrigar temores, sino más bien pedir a Dios que resuelva los problemas y confiar en que lo hará. «Te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque el Señor tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas»². «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar»³. «En Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?»⁴. «La paz os dejo, Mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo»⁵. «No temas, cree solamente»⁶.

La fe en Dios brinda paz interior, satisfacción emocional y una sensación de bienestar espiritual, factores que tienden a mejorar considerablemente nuestra salud.

DAVID BRANDT BERG (1919-1994) FUE EL FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ■

Nunca alcanzaremos un pleno bienestar anímico y físico si no establecemos una relación con Dios por medio de Su Hijo Jesús. Para ello, basta con hacer esta sencilla oración:

“ Jesús, creo en Ti y quiero conocerte mejor. Acompáñame siempre. Amén. ”

1. Filipenses 4:8

2. Josué 1:9

3. Salmo 46:1,2

4. Salmo 56:11

5. Juan 14:27

6. Marcos 5:36



Pies de fe

David Brandt Berg

(Carta dirigida a un matrimonio cuyo nene nació con los pies deformes.)

QUERIDOS AMIGOS:

Los apoyamos con nuestras oraciones por los pies de su recién nacido. El Señor ha prometido con respecto a los pies: «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: "¡Tu Dios reina!"» (Isaías 52:7.)

Recuerden que nada ocurre accidentalmente. Dios tiene un propósito en todo lo que hace, aunque solo sea obligarnos a ejercitar nuestra fe y demostrarla para aliento de quienes nos rodean. Es posible que el Señor les tenga reservado ese ministerio. A Él le hacen falta más cristianos que posean el don de curación, no sólo para nuestro propio beneficio, sino también para estimular la fe de los no creyentes y llevarlos a confiar en el Señor.

«No seas, pues, incrédulo, sino creyente» (Juan 20:27). Hace unos momentos, al orar acerca de ustedes y de su hijo, el Señor me recordó el siguiente verso de la Biblia, tomado del evangelio de Juan, en que se relata la curación de un ciego: «No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él» (Juan 9:3). ¿Hay algo difícil para el Señor? En absoluto; esto es una pequeñez para el Creador del universo (Jeremías 32:27). Si Él formó al bebito, ciertamente puede enderezarle los pies. ¡El que lo creó indudablemente que puede sanarlo!

Les recomiendo que oren fervientemente por la sanación de

su hijito, quizá con otras personas. Y confíen plenamente en un milagro. Hagan ustedes lo que puedan, que en este caso es orar; el resto depende de Dios.

«Nada hay imposible para Dios», y «al que cree todo le es posible» (Lucas 1:37; Marcos 9:23). Confíen en el Señor. Él nunca falla. «No ha faltado a ninguna de las promesas que hizo» (1 Reyes 8:56, Biblia Latinoamericana).

Mi familia y yo hemos padecido muchas enfermedades y heridas graves, pero Dios siempre

que he conocido, un célebre misionero entre la comunidad judía de los Estados Unidos. Fundó la primera sinagoga hebreo-cristiana y fue productor de un programa de evangelización que se emitió por cientos de emisoras a escala internacional, un hombre que conquistó a miles de personas para el Señor y por lo cual —no me cabe duda— obtuvo una gloriosa recompensa en el Cielo.

Sin embargo, ese gran hombre tenía un pie totalmente

Si Él formó al bebito, ciertamente puede enderezarle los pies.

nos ha sanado. «Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará el Señor» (Salmo 34:19). Cuando yo tenía tres años de edad, un auto me aplastó el pie causándome graves daños. Según el diagnóstico médico, la llanta me había triturado muchos de los huesos del pie, y no podría volver a caminar. Pero mis padres, que tenían una profunda fe en Dios, rezaron, y desde entonces he caminado sin ningún inconveniente. El Señor me curó del todo. Me dejó el pie intacto, como si los huesos nunca se hubieran quebrado.

Una vez trabajé para uno de los cristianos más extraordinarios que he conocido, el Dr. Michelson. Era el hombre más humilde, trabajador, compasivo y cariñoso

deforme, de tal manera que tenía que andar en muletas víctima de un continuo dolor. A lo mejor por eso se compadecía tanto de los demás. Consolamos a otros con el consuelo que nosotros mismos hallamos en Dios (2 Corintios 1:4). ¿Cómo podemos ser más que vencedores? ¡Siendo buenos perdedores y alabando a Dios aun en nuestra aflicción! El Dr. Michelson tenía una fe milagrosa para ganar almas y conseguir apoyo económico para misioneros de diversas partes del mundo. Rezó por muchas personas que luego sanaron, pero por lo visto nunca tuvo fe para su propia curación.

¿Quién puede, entonces, entender la voluntad de Dios? No nos queda más que creer Sus promesas, orar y esperar con con-

fianza alguna respuesta del Cielo. A veces estas penas nos sobrevienen para acercarnos mucho más al Señor, para mantenernos humildes y enseñarnos a depender más de Él, y para ayudarnos a crecer espiritualmente. Sea como sea, Dios tiene una intención benévola en todo ello, porque nos ama. Por eso dice que, cuando hayamos aprendido lo que Él quiere enseñarnos o cuando las condiciones sean propicias para llegar al resultado que Él persigue, Él prefiere que nos curemos (Hebreos 12:13). Dios prefiere curar. Quiere curarnos, pero también desea convertirnos en mejo-

Escudriñen las Escrituras y vean el significado de estos versículos: «Los cojos arrebatarán el botín» (Isaías 33:23); «Entonces el cojo saltará como un ciervo» (Isaías 35:6); «A vosotros los que teméis Mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en Sus alas traerá curación» (Malaquías 4:2). Jesús incluso llegó a decir que como prueba de Su mesiazgo había hecho andar a los cojos (Mateo 11:5). Dios también prometió: «Yo soy el Señor tu sanador» (Éxodo 15:26), «quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias» (Salmo 103:3). No hay excepciones: ¡Dios puede sanar

dar cama para que pudiera vivir quizá un año. No obstante, prometí servir al Señor si Él me sanaba. Y desde entonces trabajé para Él. Ahora, al cabo de 30 años [1971], gozo de mejor salud que nunca. Jesús nunca incumple lo que promete. Dios no solamente es capaz de hacerlo, sino que lo desea. Está más dispuesto a dar que nosotros a recibir.

«No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa» (Hebreos 10:35,36). ¡Tengan fe en Dios! Él nunca falla, aun cuando somos infieles. Crean Su Palabra. Él dice: «Mandadme» (Isaías 45:11). ¡Exijan una respuesta! ¡Aguárdenla con expectación! Dios ha prometido responder.

Además, recuerden que todas las cosas redundan en bien para los que aman al Señor (Romanos 8:28) y que este lance desdichado también es para la gloria de Dios. Ámenlo, confíen en Él y alábenlo más que nunca. Sé que no los decepcionará. Él no puede desdecirse. Tiene que cumplir Su Palabra. Recuérdensela, aférrense a Sus promesas, apréndanselas de memoria y repítanlas continuamente. No duden ni por un instante que Dios va a responder, ¡y lo hará! Está obligado a hacerlo. Quiere hacerlo. Confíen en Él. Y agradézcanle la respuesta, aunque no la vean enseguida. La fe que manifiesten es mucho más preciosa que el oro (1 Pedro 1:7). ¡Dios los bendiga! Rezaré por ustedes. ■

¡Exijan una respuesta! ¡Aguárdenla con expectación! Dios ha prometido responder.

res personas a través de nuestros dolores y pesadumbres. En esencia, Él quiere que le dejemos obrar Su propósito en nosotros.

Algunas personas tuvieron que esperar pacientemente años hasta que llegaron Jesús y Sus discípulos trayéndoles sanación. Pero llegado el momento oportuno, el Señor hizo el milagro. Ello se hace patente en la curación del hombre que era cojo de nacimiento, que derivó en la conversión de 5.000 almas en un solo día y puso a la Iglesia primitiva camino a la gloria (Hechos 3:1-12; 4:4). Así que ¡cuenten con un milagro para la gloria de Dios!

cualquier trastorno o dolencia!

¡Los milagros no son cosa del ayer! Nuestro Dios todavía es un Dios de milagros. En nuestro diario apostolado generalmente hacemos más hincapié en los milagros de salvación y en la transformación espiritual de la gente; pero Dios todavía se dedica a reparar los cuerpos que precisan arreglo, así como a transformar el corazón, la mente y el espíritu.

Yo mismo soy testimonio vivo de Su poder curador, puesto que fui desahuciado hace mucho tiempo. A los 22 años de edad sufría tanto del corazón que los médicos me prescribieron guar-

Tú puedes obrar milagros

De David Brandt Berg

JESÚS LEGÓ A SUS SEGUIDORES UNA ASOMBROSA PROMESA de poder. Un poder sobrenatural, sobrehumano, milagroso. «El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12).

Esa promesa ha estado vigente durante dos mil años y un sinnúmero de cristianos ha hecho efectivas esas *obras mayores*. Dios invistió de poder a personas comunes como tú y como yo para obrar Sus milagros. Ese mismo poder puede obrar milagros por medio de nosotros, con tal de que creamos en la Palabra de Dios y actuemos en consecuencia.

El problema es que la mayoría de las personas relegan las promesas divinas al pasado, o sólo les conceden vigencia en un futuro lejano. Para ellas, el pasado fue prodigioso, sobrenatural y lleno de gloria, con todos aquellos héroes de la fe que obraban milagros; y ángeles que intervenían en favor del pueblo de Dios. Paralelamente, consideran que el futuro en el Cielo va a ser estupendo y milagroso. Pero no creen que ninguna de esas cosas pueda suceder en la actualidad. Dicen:

—Naturalmente, no se puede esperar que ocurra algo así hoy en día.

Pero eso no es lo que dice la Biblia. «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). Dios sigue siendo un Dios de milagros. Nada le impide volver a hacer lo que ha hecho antes. Ese prodigioso poder no sólo es válido para el futuro, sino para hoy mismo, siempre que lo necesitemos y tengamos fe para obtenerlo. Si todas aquellas personas insignificantes obraron milagros por montones —tanto en el Antiguo y el Nuevo Testamento como durante los últimos dos mil años—, los cristianos de hoy en día están en igual capacidad de obrarlos. No es preciso que esperen a que se produzca la Gran Tribulación o comience el Milenio o se regenere la Tierra. Pueden hacerlo ahora mismo.

Son demasiados los cristianos que intentan justificar su carencia de fe o procuran eludir la tarea que el Señor les ha encomendado alegando que no se nos aplica a nosotros, que no es para ellos, que aquellas manifestaciones estaban destinadas exclusivamente para los días milagrosos de antaño. Afirman que Él no espera eso de ellos. No

Lo que Dios ha hecho por otras personas, puede hacerlo también por ti

ahora. Tratan de sacarle el cuerpo a la responsabilidad que les cabe de cumplir los preceptos divinos, entre ellos, dar testimonio de su fe y obrar milagros para ayudar a la gente.

Ese era el único motivo por el que Jesús obraba milagros. No lo hacía para jactarse de Su poder o alardear de que era un gran milagrero. Ni siquiera para demostrar que era el Hijo de Dios; los hacía porque tenía compasión de las multitudes (Mateo 14:14).

Obraba aquellos portentos por el bien de ellos, porque los amaba y le dolía verlos sufrir. Esa era Su motivación, y también debiera ser la nuestra. No para jactarnos y poder decir:

—Miren lo estupendo que soy. Miren los poderes que poseo. Miren las grandes señales y prodigios que soy capaz de efectuar. ¡Crean en mí!

Debemos llevar a cabo la obra de Dios con serenidad, con ternura y humildad, con mucho amor y compasión. Nuestro deber es simplemente tratar de ayudar a la gente como lo hacía Jesús. Entonces Él obrará los milagros por medio de nosotros cuando a Su juicio sean necesarios, cuando sea el momento oportuno para que se cumpla Su propósito, y cuando sepa que el poder y la atención no se nos van a subir a la cabeza.

A veces el Señor no concede ese poder a la gente porque sabe que se enorgullecería excesivamente y no

podrían sobrellevarlo. Por ejemplo, durante años quise tener el don de lenguas [la capacidad de hablar en una lengua celestial, que muchas veces constituye una manifestación del Espíritu Santo] (1 Corintios 12:7–11; Hechos 1:1–11). Pero el Señor no me lo concedía, porque yo lo quería para poder demostrar —por medio del don sobrenatural y milagroso de hablar en lenguas— que tenía el Espíritu Santo. No me lo dio entonces, pues lo quería por motivos indebidos, por orgullo. Sin embargo, cuando me enmendé de corazón y llegó el momento propicio, recibí el don de lenguas.

El orgullo no es el único motivo por el que no se producen milagros cuando alguien ora a Dios que los realice. A veces sencillamente no es conforme a la voluntad de Dios o no es el momento más indicado, cuando Él sabe que cumplirá Su designio en la vida de los afectados. No te desanimes, pues, si no obtienes ese poder sobrenatural de inmediato en cada situación.

Lo importante es recordar que Él te ha prometido ese poder a ti. Dios sigue vivo, goza de buena salud y no ha perdido Su capacidad de obrar portentos entre aquellos que confían en Él. De modo que cuando tú o alguien que conozcas necesiten un milagro, deja que Dios se valga de ti y de tus oraciones para que ese milagro se concrete. Lo hará siempre que sea conforme a Su voluntad y lo invoques en el nombre de Jesús. ○



LA CIENCIA Y LOS MILAGROS

DAVID BRANDT BERG

LA PALABRA *MILAGRO* viene del vocablo latino *miraculum*, que significa *hecho admirable*. Se emplea para referirse a algo que se sale de lo corriente y causa asombro por no seguir el esquema natural al que estamos acostumbrados. No obstante, todo lo que hace Dios es *natural* para Él. Para nosotros es milagroso, pero para Él es natural.

Por su parte, la palabra *ciencia* proviene del latín *scientia*, que a su vez deriva de *scire*, que significa *conocer* o *discernir*. En cierta forma, se puede decir que la ciencia consiste en el conocimiento de los milagros de Dios, dado que toda la creación es un milagro y está muy fuera del alcance de nuestra comprensión. O sea, que la verdadera ciencia está conformada por conocimientos que nos hacen *mirar con asombro* la creación de Dios y glorificarlo.

Los conocimientos obtenidos a partir de la observación de la milagrosa creación divina se califican de *científicos*. Por ejemplo, los conocimientos marítimos, es decir, el conocimiento de las mareas y el flujo de los océanos. Es ciencia en su más simple acepción.

Los científicos, por medio de experimentos, descubrieron las leyes naturales de Dios relativas a la física, la química, la ingeniería, la electrónica, la aerodinámica, etc. Enseguida intentaron dar una aplicación práctica a esos descubrimientos por medio de inventos como el teléfono, los aviones, los automóviles, los rayos láser, etc. Lo malo es que luego se elogian a sí mismos y se atribuyen el mérito de esos hallazgos, cuando en realidad estos no fueron otra cosa que el resultado de aprovechar las leyes naturales en combinación con materiales ya creados por Dios. Claro que en el fondo sí se merecen parte del reconocimiento por haber ideado esas

cosas mediante arduos esfuerzos.

Inventar deriva del latín *invenire*, que significa *encontrarse* con algo. Ese sentido se acerca mucho más a la realidad que la acepción moderna de la palabra, que es la de crear algo nuevo. El hombre en realidad no crea nada; lo único que hace es descubrir lo que Dios ya ha creado, o las leyes que Él ha puesto en funcionamiento, y hallar la forma de aprovecharlas.

Hay quienes hablan de *milagro científico* para referirse a algo técnicamente tan prodigioso que causa admiración. Pero eso no quiere decir que sea sobrenatural. Se trata simplemente de un uso práctico que la ciencia logra darle a una ley natural de Dios y que por su carácter pasmoso algunos llaman *milagro*.

Tomemos el avión, por ejemplo. En este caso el hombre simplemente aprendió a aplicar las leyes divinas de la aerodinámica a fin de contrarrestar otra ley de Dios que es más manifiesta: la de la gravedad. Para quien nunca haya visto un avión, observar uno de esos aparatos surcar los cielos es nada menos que un milagro. Mi anciana abuela, la primera vez que vio una aeronave en los albores de la aviación, señaló con escepticismo: «Debe de estar colgado de una cuerda».

La televisión es otra maravilla de la ciencia. Gente muy instruida y dotada descubrió la forma de captar, emitir, recibir y reproducir imágenes y sonidos por medio de una señal combinada de audio y video. La mayoría de las personas no entienden cómo funciona; sólo saben utilizarla. Dado que escapa a su comprensión, para ellas es una maravilla, un milagro.

Normalmente, cuando algo rebasa nuestro entendimiento, lo consideramos sobrenatural o milagroso; pero para Dios no lo es. Tampoco lo es para el científico

que sabe emplear las leyes naturales de Dios para producir algo portentoso.

Para Dios todo es natural. Es como decir que nada hay imposible para Dios (Lucas 1:37). Lo que pasa es que muchas de las obras de Dios escapan a nuestra comprensión y están por encima de lo que consideramos natural. Por eso, cuando se producen, nos parecen sobrenaturales. Pero para Dios no hay nada imposible; a Sus ojos nada es sobrenatural.

Cuando alguien, por ejemplo, sana de una enfermedad incurable, decimos que se trata de un milagro, porque vemos la prueba o manifestación de unas leyes naturales de Dios que desconocemos totalmente. En cambio, para Él es sencillo. Sabe deshacer el daño causado por la dolencia y así producir lo que para nosotros es un milagro, es decir, un acto sobrenatural que a nosotros nos resulta imposible realizar. Lo único que podemos hacer es orar para que Él lo produzca y maravillarnos de Su poder cuando lo ejecuta.

Lo mismo sucede con los milagros que aparecen registrados en la Biblia. Cuando se abrió el Mar Rojo para que cruzaran Moisés y los israelitas, el texto bíblico indica que «hizo el Señor que el mar se retirase por recio viento oriental». Dicho de otro modo, dividió las aguas y secó el lecho marino para que pudieran cruzar sobre suelo seco. «Entonces los hijos de Israel entraron por en medio del mar, en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda» (Éxodo 14:13-31; 15:21; Hebreos 11:29). ¡Menudo viento debió de ser!

Ese suceso fue contrario a las leyes que calificamos de naturales. No obstante, para Dios no fue nada. Él puede hacer cosas de esa magnitud con suma facilidad, aplicando leyes que no emplea en circunstancias normales, pero a las que sí puede recurrir para anular o contrarrestar Sus otras leyes y producir así el resultado deseado.

Por lo general, Dios no pone en efecto las leyes que a nosotros nos parecen

sobrenaturales. Es razonable afirmar que las reserva para circunstancias y casos extremos, con el fin de salvar y proteger a Su pueblo, sanarlo, proveer para sus necesidades y cuidar de él por medios que hasta pueden pasar inadvertidos.

La ciencia debe primeramente descubrir las leyes naturales de Dios, por ejemplo las del movimiento, de la aerodinámica, de la electrónica y de otras ramas. Los técnicos fabrican luego aparatos que aprovechan esas leyes y producen resultados que dan la impresión de ser sobrenaturales. Dios, en cambio, no necesita ningún instrumento ni máquina para obrar; Él simplemente actúa a Sus anchas.

La transmisión de imágenes desde una fuente emisora hasta un aparato receptor exige al hombre grandes esfuerzos. Dios, por el contrario, puede enviar una imagen sin ninguna dificultad mediante Sus leyes naturales, que para nosotros son sobrenaturales. Le basta con *pensar* esa imagen y transmitirla a nuestro pensamiento o incluso a nuestra vista.

Yo obtengo de esa forma soluciones a numerosas dificultades. Muchas veces me duermo pensando en un problema sin saber cómo lo voy a resolver. Y por la noche me vienen con frecuencia visiones o sueños. A veces me vienen también en pleno día cuando estoy pensando en esas cosas y orando al respecto. Capto la solución divina en forma de una imagen.

Es extraordinario lo que puede conseguir la oración cuando uno está en sintonía con Dios. Él lo ve y lo sabe todo, y para Él es fácil indicarnos inmediatamente dónde está algo que se nos ha perdido, cómo podemos hacer tal cosa o arreglar tal otra, etc. Si enciendes tu receptor y acudes al Señor para que te dé la solución, Él te la comunicará. Huelga decir que Él está más que dispuesto también a obrar un milagro de curación, de protección o del tipo que haga falta si se lo pedimos con fe e invocamos las promesas de Su Palabra. Para nosotros será milagroso, pero para Él no tiene nada de particular. ◇



DIOS OBRA MILAGROS CON FACILIDAD

DAVID BRANDT BERG

Normalmente, lo que rebasa nuestro entendimiento lo consideramos sobrenatural o milagroso; pero para Dios no lo es, pues Él obra en el plano espiritual, donde a Él todo le resulta *natural*. Es como decir que nada hay imposible para Dios (Lucas 1:37). Lo que pasa es que muchas cosas que Dios hace nos resultan incomprensibles y están por encima de lo que consideramos *natural*. Por eso, cuando ocurren, nos parecen sobrenaturales. Pero para Dios no hay imposibles; a Sus ojos nada es sobrenatural.

Dios puede invalidar las leyes Suyas que nosotros consideramos naturales. Cuando alguien, por ejemplo, se repone de una enfermedad incurable, decimos que se trata de un milagro, porque vemos la prueba o manifestación de unas leyes de Dios que vinculan el plano espiritual con el físico, leyes que desconocemos totalmente. En cambio, para Él es sencillo. Sabe deshacer el daño causado por la dolencia y producir lo que para nosotros es un milagro, es decir, un acto sobrenatural que trasciende nuestra capacidad.

Dios siempre está dispuesto a obrar milagros a favor nuestro, milagros de curación, de provisión, de protección... Él puede obrar milagros de cualquier índole conforme a nuestra necesidad. Basta con que se lo pidamos con fe e invoquemos las promesas de Su Palabra. Nosotros no podemos obrar milagros; lo único que podemos hacer es orar para que Él los produzca y maravillarnos de Su poder cuando los ejecuta. ←

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

EL PODER DE DIOS

DIOS ES INFINITAMENTE MÁS
PODEROSO QUE NOSOTROS.

Salmo 8:3,4

Isaías 40:15,17,22

Daniel 4:35

1 Corintios 1:25

DIOS PUEDE HACER LO QUE
PARA NOSOTROS RESULTA
IMPOSIBLE.

Salmo 60:11

Salmo 127:1

Zacarías 4:6

Juan 15:5

DIOS PUEDE HACER CUAL-
QUIER COSA.

Job 42:2

Jeremías 32:27

Mateo 19:26

Mateo 28:18

DEBEMOS APRENDER A
HACER USO DEL PODER DE
DIOS.

Salmo 20:7,8

Salmo 84:5

Salmo 105:4

Isaías 26:4

2 Corintios 3:4,5

Efesios 6:10

Filipenses 3:3

QUÉ HACER PARA OBTENER
EL PODER DE DIOS:

Josué 1:5-9

2 Crónicas 16:9

Nehemías 8:10

Salmo 138:3

Isaías 30:15

Isaías 40:31

Hechos 1:8

ORACIÓN PARA HOY

Jesús, Tú siempre lo resuelves todo para nuestro bien, porque te amamos, y Tú nos amas, y porque lo has prometido. Ayúdanos a ver Tu mano en todo y ayúdanos a aferrarnos fuertemente a ella en toda situación, con el convencimiento de que Tú sabes lo que más nos conviene y solo quieres lo mejor para nosotros. Amén.

Poder espiritual

REFLEXIONES

El poder de Dios hace posibles muchas cosas que superan la capacidad humana. Puede manifestarse de diversas maneras: una curación milagrosa de una dolencia física; alivio del estrés y de las presiones emocionales; una alteración de las circunstancias que no podría haberse producido por alguna intervención humana; perspicacia que trasciende la erudición, los conocimientos y la experiencia terrenales; la capacidad de amar incondicional y abnegadamente, como nos ama Dios. Desde sencillas soluciones hasta milagros indiscutibles, todo proviene de una fuerza ajena a nosotros. Se trata del poder de Dios.

El amor de Dios tiene un poder enorme. Perdona pecados, transforma corazones, renueva espíritus, devuelve la salud, infunde esperanza a los descorazonados y vigor a los agotados, y lleva luz donde hay tinieblas.

Dios es omnipotente, y todo es posible para quienes aprovechan Su poder por medio de la fe y la oración. Armados de una fe no mayor que un grano de mostaza, podemos echar una montaña al mar (Mateo 21:21), sanar a los enfermos, resucitar a los muertos e infundir nueva vida a los desesperados y necesitados (Mateo 10:8).

El poder de Dios es ilimitado, pero para acceder a él necesitas un conducto, una línea. La fe es semejante a un cable que transmite la energía, el poder, de la fuente al aparato.

¿Piensas que millones de personas a lo largo de los siglos habrían creído en la oración si ésta no diera resultado? Descubre su eficacia por ti mismo. ¡No es ningún secreto insondable!

Dios conoce el corazón y las necesidades, sentimientos y temores más íntimos de cada persona y es perfectamente capaz de dar a cada una exactamente lo que necesita.

La clave de la fortaleza espiritual, el triunfo, la superación, la productividad, la pasión, la vida y la luz —en suma, la clave de todo lo bueno— se encuentra en la Palabra de Dios.

Habrás visto películas de superhéroes del estilo de *Superman* en que aparecen personajes con poderes sobrenaturales, seres que a pesar de vivir en el mundo físico tienen facultades que les permiten trascender las limitaciones del mismo y hacer cosas imposibles para cualquier mortal. Eso mismo ocurre en el plano espiritual. El Espíritu de Dios te da la capacidad de librarte de la desesperación y los problemas de la vida. ¿De qué manera? Infundiéndote felicidad, esperanza, valor y una fuerza interior inquebrantable e incontenible.

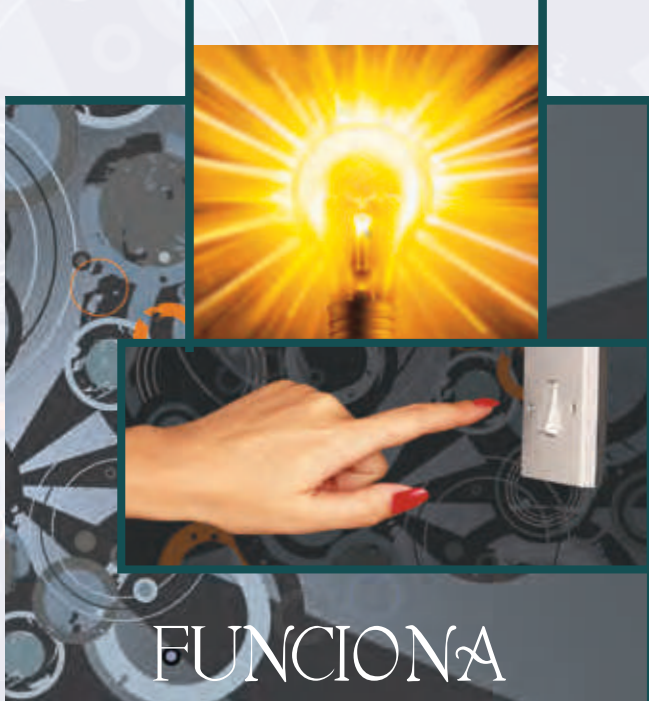
Incluir a Dios en todo le añade una nueva dimensión a la vida. Es como entrar en un mundo nuevo en el que hasta las cosas triviales resultan extraordinarias. ◀

TODO LO SINCRONIZA EL SEÑOR

DAVID BRANDT BERG

Dios tiene que ocuparse del mundo entero y, sin embargo, se las arregla para tenerlo todo bajo control y para que todo marche en el sentido que Él quiere. Todo está planeado y organizado «decentemente y con orden» (1 Corintios 14:40) y no puede suceder nada que no se ajuste a Su voluntad, sobre todo si afecta a Sus hijos, a los que ama y desea siempre favorecer.

El Señor lo sincroniza todo y tiene un propósito en todo, hasta en las dificultades que permite que tengamos. «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Romanos 8:28). Por eso, la próxima vez que te veas en una situación no muy halagüeña, reflexiona. Aunque en un primer momento no lo veas claro, tarde o temprano Dios hará que lo *malo* redunde en algún beneficio. ◀



TÚ TAMBIÉN PUEDES LO QUE EL SEÑOR HA HECHO POR OTROS, LO PUEDE HACER POR TI.

DAVID BRANDT BERG

AL DESPIDIRSE DE SUS SEGUIDORES,

Jesús les prometió que los dotaría de un poder sobrenatural. «El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12).

Esa promesa ha permanecido vigente durante dos mil años. Muchísimos cristianos han hechos esas *obras mayores*. Dios dispensó poderes a personas comunes y corrientes como nosotros a fin de que obraran milagros. Ese mismo poder milagroso está hoy en día a nuestra disposición: basta con que tengamos fe y actuemos en consonancia con Su Palabra.

El problema es que la mayoría de la gente sitúa en el pasado o en el futuro las promesas de poderes que Dios nos ha hecho. «Las épocas pasadas fueron fantásticas, gloriosas. Lo sobrenatural estaba a la orden del día. Los héroes de la fe obraban milagros, y los ángeles intervenían a favor del pueblo de Dios. El futuro en el Cielo será también extraordinario y milagroso». Sin embargo, esa misma mayoría no cree que esas cosas puedan suceder hoy en día. Dicen: «¡Cómo quieres que ocurra algo así en estos tiempos!» Pero ¿sabes lo que enseña la Biblia?

«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). Dios sigue siendo un Dios de milagros. Lo que ha hecho antes puede volver a hacerlo; no sólo más adelante, sino ahora mismo. Basta con que se den dos condiciones: que exista una necesidad y que tengas fe en Él. Considera lo siguiente: Si los sencillos creyentes de otras épocas —en tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento y en los 2.000 años transcurridos desde entonces— obraron cantidad de milagros, los cristianos de la actualidad también pueden obrarlos. ◀

TODOS ACEPTAMOS LA EXISTENCIA de la energía eléctrica, a pesar de que nadie la ha visto jamás ni la entiende a cabalidad, ni siquiera los científicos. Conocemos únicamente las leyes por las que se rige y sus efectos, y sabemos aprovecharla para diversos usos. De igual manera, debemos aceptar la existencia de Dios, aunque no sepamos de dónde vino ni cómo llegó a ser. Nos basta con saber que existe y que el universo en que vivimos se gobierna por leyes que Él estableció.

La energía eléctrica tiene múltiples aplicaciones, pero no nos sirve de nada si no encendemos el interruptor que nos conecta a la fuente. De igual modo, el poder de Dios está a nuestra disposición para facilitarnos la vida. Sólo hay que explotarlo.

No tienes por qué creer lo que nadie te diga al respecto. ¡Pon a Dios a prueba! Decídete. Acciona el interruptor que establece la conexión con Él por intermedio de Su Hijo, Jesús. Una vez que conozcas a Dios personalmente no abrigarás dudas de que es quien afirma ser: nuestro Creador omnipresente, omnisciente, todopoderoso y todoamoroso.

Si aún no te has conectado al poder de Dios, hazlo ahora mismo invitando a Jesús a formar parte de tu vida. Basta con hacer esta sencilla oración:

Jesús, gracias por venir a la Tierra y dar la vida por mí a fin de ayudarme a restablecer mi conexión con Dios. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar en él. Amén. ◀

De la mano de Dios

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su gracia no pueda guardarte,
donde Sus brazos no puedan sostenerte,
donde Sus recursos no puedan satisfacer tus necesidades,
donde Su poder no pueda capacitarte.

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su Espíritu no pueda obrar por medio de ti,
donde Su sabiduría no pueda dirigirte,
donde Sus huestes no puedan protegerte,
donde Sus manos no puedan moldearte.

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su amor no pueda envolverte,
donde Sus misericordias no puedan socorrerte,
donde Su paz no pueda disipar tus temores,
donde Su autoridad no pueda ejercer dominio por ti.

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su consuelo no pueda enjugar tus lágrimas,
donde Su Palabra no pueda enriquecerte,
donde Sus milagros no puedan obrar en tu favor,
donde Su omnipresencia no pueda hallarte.

Anónimo

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Nuestra mejor protección

La Biblia está salpicada de episodios asombrosos en que Dios salió en defensa de Sus hijos cuando acudieron a Él en situaciones desesperadas. Esos relatos pueden fortalecer nuestra fe en que Dios nos auxiliará también a nosotros cuando lo precisemos. He aquí algunos que han infundido ánimo a millones de personas a lo largo de los siglos.

El cruce del Mar Rojo
Éxodo 14

Un desafío gigantesco
1 Samuel 17

¡Liberación!
2 Samuel 22

El ejército secreto de Eliseo
2 Reyes 6

Cuatro entre las llamas
Daniel 3

Una noche en el foso de los leones
Daniel 6

Asesinato frustrado
Mateo 2

PARA DIOS LOS MILAGROS NO TIENEN NADA DE PARTICULAR

DAVID BRANDT BERG

POR LO GENERAL CONSIDERAMOS sobrenaturales o milagrosos los fenómenos que rebasan nuestro entendimiento; pero para Dios no lo son, porque Él se mueve en el ámbito espiritual y ahí todo es natural para Él. No hay nada imposible para Dios¹. Muchas obras que Él hace exceden nuestra capacidad de comprensión y están por encima de lo que nosotros consideramos natural. Por eso cuando se producen nos parecen sobrenaturales. Pero como para Dios no hay nada imposible, tampoco hay nada que sea sobrenatural.

Dios puede hacer cosas que contravengan esas leyes Suyas que nosotros consideramos naturales. Cuando alguien, por ejemplo, sana de una enfermedad incurable, decimos que se trata de un milagro porque estamos viendo la prueba o manifestación de unas leyes de Dios que establecen un vínculo entre el mundo espiritual y el físico, leyes que en buena medida ignoramos. Para Dios, en cambio, es muy simple. Él sabe deshacer el daño causado por la dolencia y producir lo que para nosotros es un milagro, es decir, un hecho sobrenatural que escapa a nuestra comprensión.

Dios está siempre dispuesto a obrar milagros en favor nuestro, milagros de curación, de provisión, de amparo o de lo que haga falta. Sólo tenemos que pedirselos con fe e invocar las promesas de Su Palabra. No está en nosotros el obrar fenómenos de esa naturaleza; pero sí podemos orar para que Él los efectúe y maravillarnos cada vez que se manifiesta Su poder. ✠

¹ Lucas 1:37

la curación está a tu alcance

COMPILADO A PARTIR DE LOS
ESCRITOS DE DAVID BRANDT BERG

LOS MILAGROS NO SON COSA DEL AYER. Dios sigue vivo y en perfecto estado, y actúa hoy en día con el mismo poder de siempre entre quienes confían en Él. Dice: «Yo el Señor no cambio»¹.

Al Dios de toda la creación, obrar una curación no le supone gran cosa. Si es capaz de crear el cuerpo humano, desde luego es capaz de repararlo. Dice: «Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para Mí?»².

Esa es apenas una de las múltiples promesas que hay en la Biblia, promesas que podemos reivindicar y esperar que Él cumpla, promesas que te infundirán fe en la capacidad de Dios de curar sobrenaturalmente. La fe viene poco a poco, a consecuencia de leer y creer la Palabra de Dios³. Se edifica sobre el cimiento de la Palabra. Por eso, léela con oración y pide a Dios que fortalezca tu fe.

Dios no sólo es capaz de curarnos, sino que está deseoso hacerlo. Cuando un pobre leproso se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme», Jesús extendió la mano y tocándolo le dijo: «Quiero; sé limpio». Y al instante su lepra desapareció⁴. Él está más deseoso de dar que nosotros de recibir. Lo único que nos pide es que lo honremos con nuestra fe, creyendo Su Palabra y Sus promesas.

La fuerza de nuestras oraciones

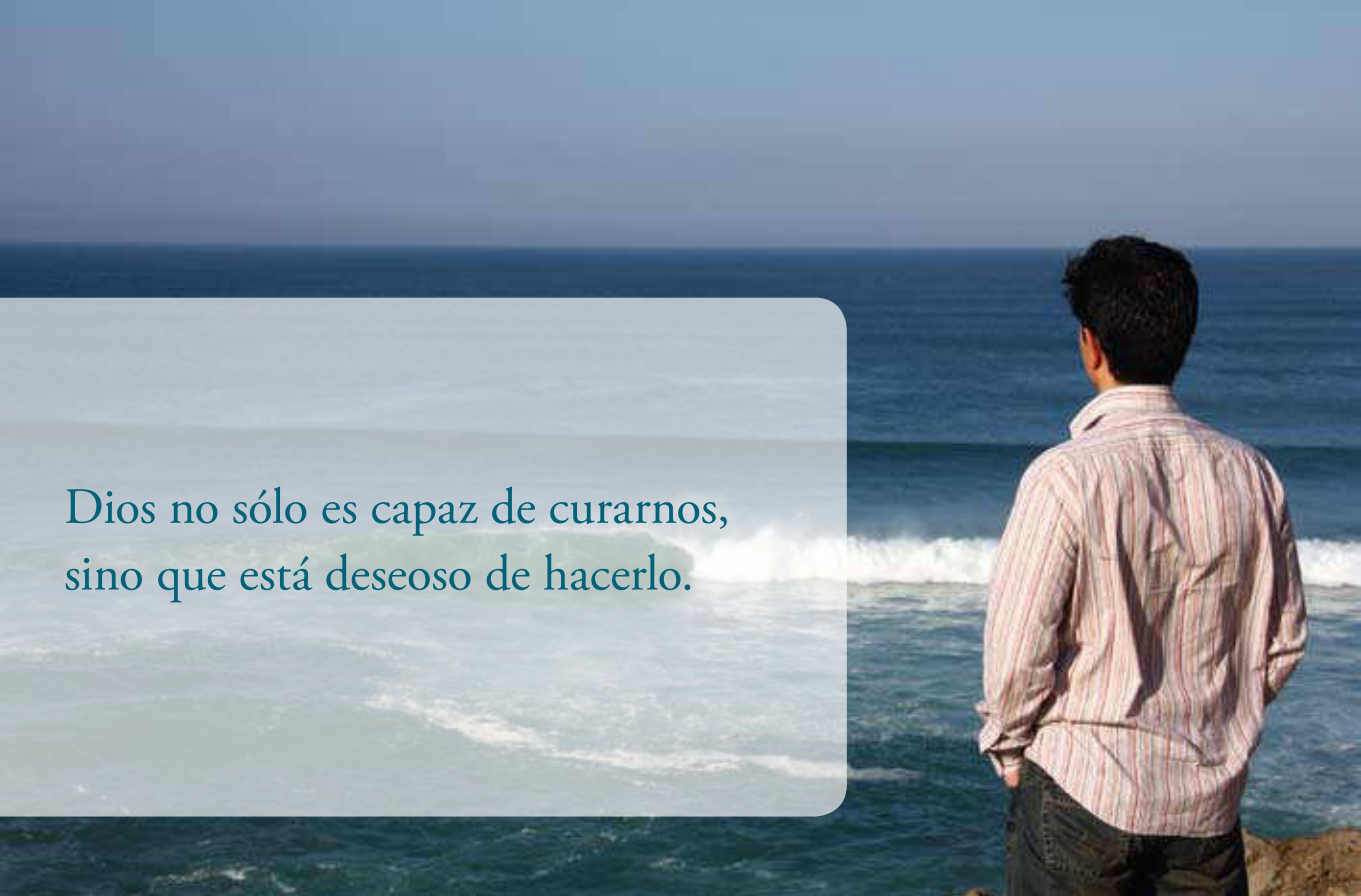
La oración es muy eficaz. Cuando oramos, se producen cambios. Dios responde a nuestras plegarias. Él promete: «Si algo pidiereis en Mi nombre, Yo lo haré»⁵, y la Biblia también dice: «No negaré ningún bien a los que andan en integridad»⁶. Tienes a tu favor todas las promesas de la Biblia, «preciosas y grandísimas promesas»⁷. Por eso, cuando le pidas a Dios que te sane o cualquier otra cosa, preséntaselas para recordárselas. Al hacerlo estarás declarando categóricamente tu fe, lo cual a Dios le agrada.

Generalmente no ves la bendición —en este caso, la

curación— en el instante en que comienzas a rezar por ella. Cuentas con las promesas de Su Palabra; pero ¿cómo sabes que las va a cumplir? Tienes que ponerlas a prueba. Tienes que instar a Dios a manifestar Su poder. Él hasta llega a decirnos: «Mandadme acerca de la obra de Mis manos»⁸. Hazle cumplir Su Palabra. Exígele que te responda y cuenta con que lo hará. Lo ha prometido. Deposita tu fe en el Señor e invoca pasajes de las Escrituras. Dios está obligado a cumplir Su Palabra. Así que recuérdasela, aférrate a Sus promesas, apréndetelas de memoria y recítalas en

todo momento. No dudes ni por un instante que Dios va a responder, y lo hará. Tiene que hacerlo. Quiere hacerlo. Confía en Él.

Jesús dice: «Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá»⁹. «Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho»¹⁰. Lo único que tenemos que hacer es creer Sus promesas y orar, contando con que nos responderá.



Dios no sólo es capaz de curarnos,
sino que está deseoso de hacerlo.

La «prueba de la fe»

Uno de los factores más importantes para la sanación es la fe, la certidumbre de que Dios nos ama, se preocupa por nuestra salud y felicidad y nos cuidará pase lo que pase. Antes de curarnos, Dios suele poner a prueba nuestra fe: quiere ver si vamos a creer Sus promesas y seguir amándolo y confiando en Él aunque nos parezca que no nos vamos a curar nunca. ¿Por qué habría de premiarnos con la sanación si nosotros no lo honramos con nuestra fe?

Las enfermedades crónicas pueden constituir una fuerte prueba. Lamentablemente, a

veces nos llevan a resentirnos y quejarnos, y hasta nos inducen a guardarle rencor a Dios si Él no nos cura como quisiéramos o como consideramos que debería hacerlo. «No me quiere, no se preocupa por mí, porque no me sana». Esa reacción denota una falta total de fe, y «sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan»¹¹.

Dios puede y quiere curarnos, pero primero debemos desear lo que Él quiere y lo que Él sabe que es mejor para nosotros, sin

reservas. También debemos rectificar los problemas espirituales o físicos que puedan estar afectando la situación. Luego podemos orar y encomendarnos por completo a Dios. Así seguro que obtendremos resultados. ■

-
- | | |
|-------------------|--------------------|
| 1. Malaquías 3:6 | 7. 2 Pedro 1:4 |
| 2. Jeremías 32:27 | 8. Isaías 45:11 |
| 3. Romanos 10:17 | 9. Marcos 11:24 |
| 4. Mateo 8:2,3 | 10. 1 Juan 5:14,15 |
| 5. Juan 14:14 | 11. Hebreos 11:6 |
| 6. Salmo 84:11 | |

el título de propiedad

DAVID BRANDT BERG

EN LA VERSIÓN REINA-VALERA DE LA BIBLIA, HEBREOS 11:1 DICE: «ES, PUES, LA FE LA CERTEZA DE LO QUE SE ESPERA, LA CONVICCIÓN DE LO QUE NO SE VE». AHORA BIEN, LA PALABRA *CERTEZA* QUE FIGURA EN ESTE VERSÍCULO EN CASTELLANO ES TRADUCCIÓN DEL VOCABLO GRIEGO *HYPÓSTASIS*. Hace cientos de años, cuando se tradujo el Nuevo Testamento del griego a distintas lenguas, la palabra *hypóstasis* planteó un dilema. Parecía ser un término administrativo que no se utilizaba en la literatura clásica griega. Todo lo que lograron dilucidar por entonces los estudiosos es que se trataba de algo bastante concreto, por lo cual el término fue traducido por palabras como *certeza*, *garantía* y otras.

Mucho más tarde unos arqueólogos descubrieron en el norte de Israel las ruinas calcinadas de una vieja posada. Allí encontraron un cofrecito de hierro que contenía valiosos documentos, a nombre de una dama de la nobleza romana que había comprado tierras y propiedades en Israel. Resulta que casi todos los encabezamientos de los documentos decían a grandes letras: «Hypóstasis». Eran los títulos de propiedad de sus tierras. Quizás aquella dama romana nunca había visto sus propiedades en Israel, pero sabía que eran suyas y lo podía probar, toda vez que tenía en su haber los títulos de propiedad.

¿Qué es, pues, la fe? El título de propiedad. Conociendo el significado original de la palabra, ese versículo de la epístola de Pablo a los hebreos podría lícitamente traducirse: «La fe es el título de propiedad de lo que se espera».

Si has pedido algo al Señor y no te parece que te lo haya concedido, no te preocupes. Si tienes verdadera fe, en tus manos está el título con tu nombre estampado en él. Lo que has pedido ya es tuyo, y a la larga llegarás a verlo. ■

SALVACIÓN POR PARTIDA DOBLE

Por medio de los padecimientos de Cristo en la cruz, Dios nos ofrece no sólo salvación para el alma, sino también alivio de las dolencias físicas: «Por Sus llagas [las heridas que sufrió cuando fue azotado] fuimos nosotros curados»¹.

El dolor es un pellizco del Infierno; la curación, una caricia del Cielo. La sanación es una pequeña muestra de la vida eterna, de la renovación del cuerpo y la erradicación de todo mal. Es un adelanto de la resurrección.

David Brandt Berg

EL MEJOR DE LOS MÉDICOS

Si aún no conoces a Jesús, el mejor de los médicos, el cual tiene poder para hacerte feliz y sanarte física, mental y espiritualmente, haz una sencilla oración como la que sigue e invítalo a formar parte de tu vida.

Jesús, acepto el amor, el perdón y la salvación que me ofreces. Te ruego que entres en mi corazón y me ayudes a sentir los efectos de Tu milagroso poder. Amén.

1. Isaías 53:5

NAVIDAD

Ángeles navideños

DAVID BRANDT BERG

PARA LOS CRISTIANOS, todos los días pueden ser Navidad. Jesús nos prodiga Su amor cada día del año. Lamentablemente, no es así para mucha gente desdichada que aún no ha descubierto el verdadero sentido de la celebración.

Hay muchas personas perdidas, que sufren de soledad, opresión, debilidad y agotamiento. Algunos son débiles físicamente; otros anímicamente; y otros en cuerpo, mente y espíritu.

Hay quienes viven pisoteados: los pobres, los perseguidos y los hambrientos, las víctimas de la guerra, el crimen y la explotación, la gente a la que nadie quiere y por la que nadie se preocupa, que posee poquísimos bienes de este mundo y carece hasta de lo más esencial.

Por otra parte, están los que sí

poseen bienes materiales y que a los ojos de los demás gozan de una situación

privilegiada, pero que andan desorientados y son prisioneros solitarios de sus propios intereses egoístas. Son gente agobiada, apesadumbrada por los problemas, el estrés, los temores y las fobias.

Hay quienes llevan una sonrisa en el rostro, mas sufren por dentro; quie-

Hay quienes llevan una sonrisa en el rostro, mas sufren por dentro.



nes se encuentran sumidos en un mar de vaciedad; quienes sienten dolor, rencor y remordimiento; quienes están atormentados por su pasado, y quienes temen al futuro. El mundo actual está lleno de gente perdida y desesperanzada.

Me recuerda lo que decía una vieja canción de los Beatles: «*All the lonely people, where do they all come from?*» (¿De dónde viene toda esa gente solitaria?)» Pues te diré por qué hay tanta gente así: es por el modo de vida egoísta que impera en el mundo actual.

Toda la gente que sufre de soledad, los perdidos y los desamparados, son fruto de una sociedad en la que cada cual se preocupa de sus necesidades y no se interesa en absoluto por las de los demás. A eso se debe que haya tanta gente solitaria: es víctima de una sociedad en la que prima una competencia brutal; es fruto de llevar por mucho tiempo una vida desati-



nada; es consecuencia de las doctrinas del Diablo, de hacer cada uno lo que le da la gana y buscar lo suyo. A eso se debe tanta soledad. Toda esa gente afligida de soledad es producto de un mundo que ha olvidado a su Creador. Son víctimas. Son la lamentable consecuencia de vivir al margen del amor.

Más tinieblas

Cada vez hay más tinieblas y más frialdad, y mucha gente se da cuenta de ello. Puede que no lo entienda y que no siempre quiera reconocerlo; no obstante, es un hecho. El sol se está poniendo, está oscureciendo, y el mundo busca un rayo de esperanza, un haz de luz.

Cantidad de sucesos han dejado perplejas a las naciones. ¿Por qué pasa esto y aquello? ¿Por qué hay tanto dolor y contiendas? ¿Por qué la matanza de los inocentes? ¿Por

qué tantas dificultades y pesares? La gente se plantea esos interrogantes. Y quienes edificaron sobre la arena o no construyeron sobre ningún cimiento, no hallan respuestas. Nunca ha tenido el mundo tal sed de amor auténtico y legítimas soluciones.

Me recuerda el conocido villancico *Noche gloriosa*: «Noche gloriosa de cielos estrellados en que nació nuestro buen Salvador. Yacía el mundo sumido en el pecado; al llegar Él, puso fin al dolor...»

Nunca en la Historia ha habido una época de tanto pecado y dolor.

Se habla de avances y del mejoramiento de la humanidad —medicina de vanguardia, adelantos tecnológicos, nuevos inventos, formas de gobierno perfeccionadas para labrar un mundo

Nunca ha tenido el mundo tal sed de amor auténtico y legítimas soluciones.



mejor—, se habla de progreso, cuando en realidad el mundo vive una verdadera *regresión*. ¡Mira a tu alrededor, es innegable! No te dejes embaucar. Hoy en día la gente vive sumida en el pecado, angustiada, sufriendo por dentro. Nunca había habido tanta confusión, tantas voces que exclaman: «Este es el camino», tantas falsas proclamas que engañan a la gente. El mundo nunca ha necesitado con tanta urgencia conocer la verdad.

¡Se levantan ángeles!

¿Cómo sigue la canción? «Se vislumbró un rayo de esperanza; la Tierra vio nacer al Redentor». El mundo nunca ha necesitado tanto un rayo de esperanza. Nunca ha tenido tanta necesidad de que le hablen del alba radiante y gloriosa que está por despuntar.

El estribillo es también muy revelador: «Dóblese toda rodilla en Su presencia, y escuchen los hombres el coro angelical» El Señor quiere que la gente oiga hoy ese coro angelical, tal como los pastores oyeron a los ángeles que anunciaron el nacimiento de Cristo.

Te tengo una sorpresa: tú puedes ser uno de los integrantes de ese coro. Puedes ser uno de esos ángeles navideños enviado por el propio Jesús para proclamar la Buena Nueva a la gente que vive perdida y solitaria, para transmitir ese rayo de esperanza que el mundo anhela. ¿Quiénes pueden ser mejores instrumentos de Dios que Sus propios hijos, los portadores de las Palabras de vida, los que conocen Su verdad y se han enriquecido en fe?

En esta época de odio y dureza de corazón, de caos y engaños, de complots y malicia, de fachadas y encubrimientos, hace gran falta que resplandezca Su amor. Ahora que

oscurece y que soplan vientos fríos, tú debes mantener la luz en alto. Debes sostenerla con firmeza para que todos la vean.

Si haces resplandecer esa luz sobre la gente, el Señor hará lo demás. Hará que esa luz cumpla su propósito en la vida, en el corazón y en la conciencia de las personas.

Amor en acción

En la actualidad, más que oír la verdad, el mundo necesita verla. No sólo le hace falta oír que existe amor auténtico; es preciso que lo vea. La gente precisa un ejemplo vivo de amor.

Es humano no entender a veces lo que se nos dice. Pero no hay confusión posible cuando vemos un ejemplo. Dice un poema del connotado escritor Edgar Guest: «Prefiero que me den ejemplo a escuchar un gran sermón. Prefiero que vengan conmigo a que simplemente me den orientación». En el caso de la mayoría de la gente, es preciso predicar con el ejemplo para que acepte la verdad.

Jesús dijo: «En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13:35). ¿Por qué crees que dijo eso? ¿No basta con hablarle a la gente del amor de Jesús? ¿No podría haber dicho: «En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si predicáis Mi mensaje»? ¿No habría sido eso suficiente?

Evidentemente no, pues el Señor dijo que todos conocerían a los Suyos por el amor que se tuvieran entre sí. Y si se aman, sin lugar a dudas manifestarán ese amor a lo largo del día de formas claramente visibles.

No basta con hablar de amor; Jesús dijo que es preciso tener amor, vivir con amor. Él sabía que el ejemplo es

irrebatible.

¿Qué puedes darle?

Esta Navidad y a lo largo del año, hazle al Señor los obsequios que más le agradan: regalos de amor. Reparte amor. Entrégate a los demás. Transmite la luz y el cariño de Jesús mediante el brillo de tus ojos, de tu mirada de amor y de palabras y gestos amables. Encarna a Jesús para los demás. Sé la prueba viviente del mensaje, la prueba material de que da resultado.

¿Qué mejor forma de vivir la Navidad cada día del año que entregarse continuamente a los que nos rodean y vivir como Él nos enseñó, practicar Su amor en multitud de detallitos a lo largo del día, para presentar al mundo una prueba viviente de que el amor de Jesús es eficaz?

Sigamos con el villancico: «Nos enseñó a amarnos como hermanos, y nos legó el Evangelio de paz». Enseñó a Sus seguidores a amar y les confió Su ley, que es el amor. Ahora les encomienda que la cumplan, que la pongan por obra, que vivan en amor, para que todos los hombres sepan que son discípulos de Él.

¿Cómo sigue la canción? «Llegará el día en que Él reine soberano, y así por fin la opresión cesará». ¡Gloria a Dios! El amor tiene mucha fuerza.

En fin, ¿deseas saber qué puedes regalarle al Señor esta Navidad? ¿Quieres saber qué obsequiarle a Aquel que lo tiene todo? Pues da amor, no sólo al Señor, sino también a quienes tienes a tu alrededor. El quid del Evangelio es el amor. ¿Qué dices? ¿Vas a practicarlo? ¿Se lo vas a comunicar a los demás? Es posible que no te consideres capaz, pero Dios sí lo es, y si lo intentas, te ayudará.

Pide al Señor en oración que te ayude a vivir la Navidad todos los días del año sin excepción, que te ayude a cumplir Su gran mandamiento de amar al prójimo como a ti mismo. Ese es el verdadero sentido de la Navidad. Esa es la esencia. Es el motivo por el que Jesús vino al mundo: para que tuviéramos vida eterna, sí; pero también para enseñarnos a amar, para que nosotros también comunicáramos esa vida a otras personas.

Entrégate a los demás. Manifiéstales amor, ora por ellos, dedícales tiempo y atención, bríndales cuidados. Ama a Dios amando a tu prójimo. Amplía tu amor esta Navidad, y juntos cantaremos con todo nuestro corazón los últimos versos de este villancico, proclamando el poder y la gloria del Señor.

«Entonemos himnos de alegría; Su Nombre honremos por la eternidad. ¡Cristo es el Rey! ¡Su Reino es por los siglos! Su gloria y poder por siempre proclamad. Su eterna gloria por siempre proclamad».

¿Exaltarás Su Nombre por la eternidad? ¿Vas a salir a proclamar Su poder y Su gloria por siempre jamás? ¿De qué manera puedes hacerlo? La mejor forma de anunciar Su poder y Su gloria es manifestar amor a los demás, entregar amor.

Con tu vida lo dices todo, porque eres una prueba viviente. Si vives inmerso en el amor de Dios, descenderá sobre ti Su poder. Y al verter el Señor Su poder sobre ti, Su poder y Su gloria se darán a conocer al mundo por siempre. El poder del amor. «¡Cristo es el Rey! ¡Su Reino es por los siglos! ¡Su gloria y poder por siempre proclamad!»

Deja que los demás vean a Jesús en ti. Esa es la esencia de la Navidad. ¡Feliz Navidad! 🎄

*Manifiesta
amor a los
demás, ora
por ellos,
dedícales
tiempo y
atención,
bríndales
cuidados.
Ama a Dios
amando a tu
prójimo.*

DARÉ, «¿QUÉ TE MAESTRO?»

CUANDO LLEGA LA NAVIDAD, YA ESTOY PENSANDO EN EL AÑO NUEVO Y REFLEXIONANDO SOBRE EL QUE PASÓ, SOBRE LO QUE ME PROPUSE HACER O DEBÍ HABER HECHO Y NO HICE.

Guarda relación con una canción antigua:

¿Qué te daré, Maestro,
a Ti que moriste por mí?
¡Cómo no voy a entregarte lo mejor que tengo
después que Tú lo diste todo por mí!

¿Qué te daré, Maestro,
a Ti que moriste por mí?
¡Cómo no voy a entregarte lo mejor que tengo!
¡Debo darlo todo por Ti!

HOMER GRIMES

Llega el cumpleaños del Maestro. ¿Qué le podemos dar? Jesús dijo que el que ayude o dé de comer o beber a algún necesitado, a uno de Sus hermanos más pequeños, es como si se lo hubiera hecho a Él (Mateo 25:40). De modo que lo que hayamos hecho por ayudar a los demás no sólo fue en aras de esas personas, sino que lo hicimos para el Señor. «Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo para la gloria de Dios» (Colosenses 3:17; 1 Corintios 10:31).

Llegó un día en que decidí que debía darlo todo para el Señor, pues Él por mí lo había dado todo y más. ¡Cómo no voy a entregarle lo mejor que tengo después que Él lo dio todo por mí! Y te propongo que hagas lo mismo. Eso fue

lo que hizo Jesús, lo dio todo por ti.

Demos al Señor lo mejor que tenemos. Hagámosle regalos que le complazcan y le manifiesten cuánto lo amamos. Hasta nuestras alabanzas son obsequios para Él. El apóstol Pablo nos dice: «Ofrezcámosle sacrificio de alabanza» (Hebreos 13:15). La palabra *sacrificio* en este caso significa *regalo*, *ofrenda*. Alabar al Señor y agradecerle todos Sus favores es hacerle un regalo.

Comunicar el Evangelio a quienes no lo han oído es hacerle un regalo. Dar a los pobres es también hacerle un obsequio al Señor. Presentarle a alguien las soluciones a sus problemas que ofrece la Palabra de Dios es igualmente hacerle un regalo al Señor. Hay muchísimas formas de retribuirle todo lo que Él nos ha dado.

Todo lo que hagas por los demás es un regalo para el Señor, porque Él prefiere por encima de todo que ayudes a los demás, que les lles Su Palabra, que les enseñes cómo se pueden salvar, cómo se pueden convertir en ciudadanos del Reino de Dios. Estamos contribuyendo a llenar todo ese espacio vacío que hay en el Cielo. Él no quiere que queden vacantes.

Que ese sea el regalo de Navidad que le hagas a Jesús. Que Dios te bendiga y te guarde esta Navidad y a lo largo del año que viene. 卐

EL MÁS PRECIADO REGALO DE NAVIDAD

—❏ ADAPTACIÓN DE UN TEXTO DE DAVID BRANDT BERG

LA BIBLIA DICE QUE «DIOS ES ESPÍRITU»¹ Y QUE «DIOS ES AMOR»². ¡ES EL GRAN ESPÍRITU DE AMOR QUE NOS CREÓ Y QUE TAMBIÉN HIZO ESTE HERMOSO MUNDO Y EL UNIVERSO ENTERO!

Para demostrarnos Su amor y ayudarnos a comprenderlo, envió a Su propio Hijo a la Tierra en forma de hombre.

Si bien Jesucristo estaba predeterminado a ser rey —más aún, Rey de reyes—, no vio la luz en un lujoso palacio en presencia de ilustres cortesanos. Por el contrario, vino a nacer en el suelo sucio de un establo, rodeado de vacas y asnos. Seguidamente lo envolvieron en trapos y lo acostaron en el pesebre de donde comían los animales³. Su nacimiento no fue celebrado

por el gobierno ni por las instituciones de la época, pero recibió la visita un grupo abigarrado de pastores que se enteraron de la noticia por boca de una multitud de ángeles: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»⁴

Cuando emprendió Su misión en la Tierra, no se limitó a predicar Su mensaje; lo vivió entre la gente, como uno más. Atendía las necesidades espirituales de Sus semejantes, pero también dedicaba mucho tiempo a sus necesidades físicas y materiales. Milagrosamente curaba a los enfermos y daba de comer a los hambrientos. Amó a todos sin hacer discriminación, aun a costa de adquirir mala fama⁵. Fue amigo y compañero de borrachos, prostitutas y pecadores, de los marginados y oprimidos. Demostró que el amor y el perdón divinos son para todos. Afirmó que la salvación es tan sencilla que lo único que se requiere para alcanzarla es la fe de un niño⁶, y que vivir con rectitud se reduce a dos cosas: amar a Dios y amar al prójimo como a uno mismo⁷.

Por medio de Jesús, Dios compartió Su amor con el mundo entero. Pero también ama a cada uno de nosotros individualmente. De hecho, Dios te ama tanto que entregó lo que más quería, Jesús, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna⁸.

1. Juan 4:24
2. 1 Juan 4:8
3. Lucas 2:7
4. Lucas 2:8-14
5. Filipenses 2:7
6. Mateo 18:3
7. Mateo 22:37-39
8. Juan 3:16

¿Quieres averiguar sin sombra de duda si Jesucristo es realmente el Hijo de Dios y la vía para alcanzar la salvación? Pues no tienes más que pedirle que entre en tu interior. Simplemente haz la siguiente oración:

Jesús, gracias por venir al mundo para darme a conocer el amor y el perdón del Padre. Te abro mi corazón y te invito a vivir en mí. Amén.

OPTIMISMO

Y

AGRADECIMIENTO

aprecia

todo lo que tienes

David Brandt Berg



ESTA MAÑANA EL SEÑOR me hizo repasar toda mi vida para que viera cómo me ha bendecido y me ha cuidado. Como en esas experiencias en que se llega al borde de la muerte, en un instante vi una panorámica de toda mi vida, solo que sin necesidad de morir.

Empezó prácticamente desde que era un nene. Contemplé todas las cosas extraordinarias que el Señor hizo particularmente para mí, experiencias, logros y promesas cumplidas. El Señor me recordó cómo me cuidó y me bendijo y me ayudó a ser una bendición para otras personas. Diríase que me hizo repasar toda mi vida para que apreciara más lo que tengo y me diera cuenta de que las cosas no están tan mal como a veces parece.

El Diablo no me recrimina por lo que he llevado a cabo; más bien por lo que no he hecho, por lo que habría podido o debido hacer y no hice. Saca a colación todas mis falencias y defectos. Es el acusador de los santos (Apocalipsis 12:9-10).

Se dedica a criticar cada cosita y buscar fallos, como hacían con Jesús los escribas y fariseos; lo seguían por todos lados para señalarle cada pequeñez que hacía que según ellos estaba mal. Seguro que los inspiraba el propio Diablo. Jesús revelaba grandes verdades y obraba

grandes milagros. Sanó a miles y alimentó a más miles aún. Enseñó cosas prodigiosas y predicó unas parábolas bellísimas y de gran profundidad espiritual. Sin embargo, ¿lo elogiaron acaso y dieron gracias a Dios por todo el bien que hizo? ¿Qué hicieron, por ejemplo, cuando sanó a un cojo, cuando liberó a un endemoniado y en otras múltiples ocasiones? Procuraron encontrar algún fallo, algún defecto (Mateo 12:10-14, 22-24; Marcos 7:1-3; Lucas 11:54; 23:2, 14; Juan 8:3-6.)

El Diablo nos molesta y nos critica continuamente. Trata de inquietarnos con nimiedades. Así hizo con Job, con otros y conmigo mismo esta mañana: «¿Qué me dices de esto y de lo otro? ¿Cómo es que no hiciste eso? ¿Por qué no te pones a trabajar? Fíjate en todo lo que podrías estar haciendo en vez de quedarte sentado sin hacer nada». En ese momento yo me encontraba orando y hablando con el Señor. Pero el Diablo pretendía interferir, molestar e interrumpir mi rato de oración y comunión con Jesús.

No obstante, el Señor sabía exactamente lo que yo necesitaba. Me llevó a hacer un repaso de mi vida en imágenes, me mostró todas las cosas por las que debiera sentirme agradecido en vez de dejar que el Diablo me tiente a dudar y quejarme. El ver cuánto me ha protegido el Señor, cómo ha provisto para mis necesidades y se ha valido de mí, fue una experiencia estupefacta. El Señor le pegó una bofetada al Diablo al mostrarnos en imágenes —tanto a él como a mí— todo lo que había hecho por mí y lo que me había ayudado a hacer por los demás. Satanás tuvo salir con el rabo entre las patas, no pudiendo

negar que todo aquello era verdad.

Todas esas dudas, temores y acusaciones que me lanzaba eran mentiras descaradas, o cuestiones tan insignificantes que en realidad, aunque fueran ciertas, no tenían ninguna importancia. Se proponía encontrar una grieta en mi armadura, algún resquicio, algún talón de Aquiles o punto débil, para luego exagerarlo y desorbitarlo a fin de que me desanimara conmigo mismo. Pero doy gracias al Señor: Él es el antídoto. Jesús siempre hace referencia a las cosas buenas.

Ese es el secreto. Cuando el Diablo se abata sobre ti con sus oscuras acusaciones contra tu persona o contra los demás, deja entrar la luz. Reprende al Diablo y más bien piensa en lo positivo. Ten presente en todo momento lo bueno.

Cuando yo era joven, a veces escuchaba una canción en la radio que tenía un mensaje negativo o un mal espíritu, y el Diablo trataba de abatirme recordándomela constantemente. ¿Qué hacía entonces? Una de dos: o me ponía a escuchar música buena o, si estaba en un lugar donde podía hacerlo, me ponía a cantar una canción edificante.

Hay que pelear decididamente contra el Diablo, atacarlo y apabullarlo. Cuando dejamos entrar la luz, la oscuridad se desvanece. No hay espacio para ambas. Basta con tomar una actitud positiva, hacer un esfuerzo por rechazar al Enemigo de nuestra alma y pensar en cosas buenas y positivas en vez de rumiar lo malo. Repite pasajes de las Escrituras, canta canciones acerca del Señor, ora. Es imposible hacer eso y al mismo tiempo dar lugar a malos pensamientos. Jesús siempre sale vencedor. Pero tene-

Ten
presente
en todo
momento
lo bueno.

mos que poner de nuestra parte resistiendo combativamente al Diablo.

Hay que adoptar una actitud resuelta y atacar. Así se consigue hacer huir al Diablo cada vez. Canta o repite versículos en voz alta. Eso disipa los temores y las dudas. Piensa positivamente de los demás: así se apartan las pequeñas críticas que el Diablo nos invita a albergar sobre otras personas. No te quedes cruzado de brazos, haz algo. Actúa con resolución.

El Diablo no puede resistirse a la Palabra de Dios. Esa es una de las armas más contundentes que podemos esgrimir contra él. Si le citamos las Escrituras, se queda sin poder replicar. Con Jesús tergiversó la Escritura y la empleó para atacarlo; pero Jesús hizo añicos sus argumentos aplicando correctamente otros versículos (Mateo 4:1-11). Si leemos y estudiamos la Biblia como es debido, el Señor nos recordará versículos pertinentes cuando los necesitemos (Juan 14:26).

Siempre habrá cosas que podríamos haber hecho o que nos gustaría no haber hecho. Siempre habrá pequeñeces —negligencias, omisiones, errores, faltas o malos hábitos— que el Diablo puede echarnos en cara. Sin duda, eso es lo que se propone. Anda siempre empeñado en eso. No obstante, podemos rechazar sus acusaciones haciendo cosas positivas. Invoca versículos que rebatan la mentira. Alaba al Señor y dale las gracias por todas las bendiciones que te ha dado y todo lo que contradiga los cuentos y artificios del Diablo. Haz algo positivo con las manos, los ojos, los oídos.

Aprecia todo lo que tienes. Lléname la mente y el corazón de cosas positivas y dilas en voz alta. Ahu-

yenta al Diablo y todas sus sombras simplemente dejando entrar la luz, la contundente luz de las Escrituras, la Palabra, la oración, la alabanza, las canciones, cualquier cosa que puedas hacer para ocupar por completo tu mente con pensamientos positivos. Ocúpate ayudando a alguien. Es semejante a una terapia de trabajo, una terapia a base de oración y alabanza, de versos bíblicos, de himnos. Eso es lo que ahuyenta al Diablo.

También es aconsejable visualizar a Jesús, pensar en Él y hablarle. La Biblia promete: «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera» (Isaías 26:3). Cuando pensamos en el Señor y tenemos nuestra conciencia centrada en Él, el Diablo y todas sus dudas, mentiras y temores quedan relegados a la periferia.

A Satanás no le gustan nada las Escrituras. Detesta la alabanza, la acción de gracias y las canciones que hablan de la bondad del Señor. Sobre todo detesta la labor positiva que realizamos para Él. Haz algo positivo. Haz algo bueno. Considérate afortunado, aprecia lo que tienes y pon al Diablo en retirada.

Vendrá el Enemigo [el Diablo] como río, mas el Espíritu del Señor levantará bandera contra él (Isaías 59:19b).

A ti te daré las llaves del reino de los Cielos; y todo lo que atares en la Tierra será atado en los Cielos; y todo lo que desatares en la Tierra será desatado en los Cielos (Mateo 16:19).

He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del Enemigo, y nada os dañará (Lucas 10:19).

El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies (Romanos 16:20a).

Resistid al Diablo, y huirá de vosotros (Santiago 4:7b).

Mayor es el que está en vosotros [Jesús] que el que está en el mundo [el Diablo] (1 Juan 4:4b). •

son nada comparados con los de la mayoría de la gente. Además de todas las enfermedades de las que el Señor me ha curado, hay una infinidad más que ha evitado que contrajera. Eso me hizo ver que debería jugar a ese juego con mayor frecuencia. Dios me ha bendecido en abundancia, y me siento muy amada y muy bien cuidada.

Creo sinceramente que si cada vez que nos sintiéramos inclinados a murmurar por lo que sea, nos pusiéramos enseguida a practicar ese sencillo juego de dar las gracias, nuestra situación se vería tan bien comparada con la de otros que nos pondríamos a saltar de alegría por todo lo que nos ha dado el Señor.

En el juego debemos compararnos siempre favorablemente, nunca al revés. Fijarnos en los que parecen estar mejor que nosotros nos sume en la desesperación. En realidad, eso es lo que suele pasar cuando murmuramos: normalmente obedece a que nos fijamos en otros seres humanos que están mejor que nosotros, o bien nos ponemos a pensar en una época en que nosotros mismos estábamos mejor. En cambio, si pensamos en todos los que están peor, nos resulta muy difícil murmurar o lamentarnos de nuestra suerte, pues casi siempre son muchísimos más los que están peor que los que están mejor.

Por muy *mala* que sea nuestra situación, si amamos al Señor y sabemos que Él nos ama y que mora con nosotros, estamos entre las personas más favorecidas del mundo. Tenemos la certeza de que hasta nuestros problemas tienen su finalidad y su razón de ser, y podemos hallar motivos para alegrarnos sabiendo que al final son para bien. «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28). «De buena gana me gloriaré [...] en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9).

Enfoca la vida con optimismo. ¡Da gracias a Dios por lo que tienes!

(MARÍA FONTAINE ES DIRIGENTE DE LA FAMILIA JUNTO CON SU ESPOSO, PETER AMSTERDAM.)

PIENSA EN LO BUENO

El Diablo es el que nos instiga a envidiar a los demás. El Señor, en cambio, dice que no deberíamos albergar ningún pensamiento negativo. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

Sea, pues, que vivamos humildemente o que nadeamos en la abundancia, debemos estar agradecidos por lo que tenemos (Filipenses 4:11,12). «Todo lo que respira alabe al Señor» (Salmo 150:6). «Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de Sus beneficios» (Salmo 103:2). Todos podríamos alabar más al Señor y ser más positivos. Démosle las gracias por la salud de la que gozamos. Agradecemos que no estamos totalmente incapacitados. Podríamos estar sufriendo toda suerte de males, así que demos gracias al Señor por todas las bendiciones que sí tenemos. Tengamos siempre una actitud positiva y agradecida, y no dejemos de alabar a Jesús.

DAVID BRANDT BERG



NO HAY OTRO

como tú

DAVID BRANDT BERG

*Dios te
quiere tal
como te
hizo. A Sus
ojos eres
una persona
hermosa.*

¿SABES QUIÉNES SON las personas más felices? Las que se conforman con ser como Dios las hizo, aprenden a contentarse con lo que tienen y no se preocupan mucho por el qué dirán. Quienes se afanan por cumplir con lo que —a su entender— otros esperan de ellos, en realidad se echan a cuestras un enorme peso. La humildad, por el contrario, es senda de libertad.

Si somos sinceros, reconoceremos que en el fondo admiramos a los que tienen el valor de mostrarse tal como son en lugar de adoptar una imagen a fin de gozar de aceptación y caerles bien a los demás. Por supuesto, los que toman esa decisión y esa postura se exponen a sentirse solos y aislados de quienes los rodean, lo cual es una lástima.

Cuando era joven no me gustaba mi físico. Me creía narigudo, flaco y feo. Tenía un complejo de inferioridad muy marcado con relación a mi apariencia, y me tomó mucho tiempo superarlo. En parte ese complejo nacía de mi orgullo y en parte de que me comparaba desfavorablemente con los demás. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo y me hacía mayor, me di cuenta de que aquello carecía de importancia. Comprendí

que Dios me había creado como Él quería que fuera y que me había hecho así porque me amaba.

Dios te quiere tal como te hizo. A Sus ojos eres una persona hermosa. Todos somos seres singulares y extraordinarios. Para Él no hay persona fea, sea cual sea nuestra figura.

En muchos casos, la autoestima tiene mucho que ver con nuestra relación con el Señor. Cuanto más estrecha sea y más estemos en paz con Él, más contentos y tranquilos estamos con nosotros mismos, y también más felices y menos preocupados. Si tienes un trato íntimo con Dios, eres una persona atractiva, toda vez que Su amor y Su luz resplandecen en ti.

Te propongo algo: en alguna oportunidad, deja que el Señor te hable de ti. O pídele a otra persona que le pregunte al Señor cómo te ve Él, que describa tu belleza interior, tus virtudes, las dotes que Él quiere resaltar en ti en beneficio de otros. Deja que Dios mismo te brinde ánimo y descubre que puedes vivir muy contento, sabiendo que eres una singular creación Suya.

(DAVID BRANDT BERG [1919-1994] FUE FUNDADOR Y DIRIGENTE DE LA FAMILIA.)

ORACIÓN PARA HOY

Pudiste haberme hecho una persona perfecta según mi propio concepto de la perfección o el de alguien más. Sin embargo, no lo hiciste, Jesús. Más bien me creaste tal como querías que fuera, y me dotaste de perfección a Tu manera. Dudar de ello equivale a dudar de Tu amor. Aceptarlo es hallar completa paz, seguridad y reposo en Tu amor. Acógeme ahora, tal como soy, en Tu corazón. Amén.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

EL MUNDO DEL ESPÍRITU

La Biblia está llena de colosales descripciones del mundo espiritual. He aquí unas cuantas:

Ángeles al rescate

Génesis 19:1-28

Jacob lucha con un ángel

Génesis 32:24-30

Las huestes del Cielo

2 Reyes 6:8-23

Una carroza de fuego

2 Reyes, capítulo 2

El trono de Dios

Ezequiel, capítulo 10

Se logra comunicar el mensaje

Daniel, capítulo 10

La conferencia cumbre de Cristo

Mateo 17:1-9

Viaje de Juan al mundo del espíritu

Apocalipsis 1:10-18

Visión de la ciudad celestial

Apocalipsis, capítulo 21; 22:1-5

LA ALABANZA NOS ACERCA AL CIELO

En el Cielo la alabanza es importantísima. Todos tienen una actitud constante de alabanza al Señor. Es inherente a la vida celestial. Nosotros mismos, por medio de nuestras alabanzas, nos trasladamos a esa dimensión en espíritu, con lo que podemos ser también partícipes de ese clima de alabanza. «Entrad por Sus puertas con acción de gracias, por Sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid Su nombre» (Salmo 100:4)

La alabanza es una de las fuerzas más poderosas del Cielo. Cuando alabamos al Señor accedemos al bálsamo sanador del Cielo, que nos despeja la mente, alivia las tensiones y nos renueva espiritualmente. La alabanza nos proporciona fortaleza espiritual. No solo hace posible que elevemos nuestra alma, sino que recibamos aún más poder desde la dimensión celestial. Se podría decir que la alabanza abre los conductos de los Cielos, dando lugar a que descendan en abundancia las bendiciones. O sea que alabando no sólo se sale adelante de las pruebas y dificultades, sino que también se hacen descender las bendiciones de Dios.

La alabanza es manifestación de amor. Es una forma de expresar al Señor cuánto lo amamos y agradecerle todo lo que hace por nosotros. En la medida en que lo alabamos y le expresamos el amor que sentimos por Él, Él nos lo corresponde y hace descender sobre nosotros Sus bendiciones. Así que canta, ora y dirígele alabanzas. Conforme suben las alabanzas, descenden las bendiciones.

DÍA DE BIENVENIDA

El moribundo es un globo que arroja su lastre y se eleva hacia la eternidad azul suave con inédita ligereza hasta abrazar a Dios y desvanecerse en Él.

Alegrémonos: tú allá; yo aquí...

Festejemos que quedarán enterrados todos nuestros pesares sin que nadie les ponga cruz y que nuestras ofensas pasarán al reino de lo superable... infinitamente.

Las desdichas soltaran su *des*. Se purificarán, se desnudarán de su nostalgia innata, como prenda al revés que sólo presentaba hilachas y, de pronto, vuelta al derecho, exhibe su artístico bordado, el sentido de su genial manufactura.

La muerte no es más que trasplantar una flor del desierto de este mundo al jardín de los paraísos. Buen día es el último de la vida, el día del paso a algo superior... de una sonrisa que se despega del rostro pura, libre, sublime, sin preponderar ni decepcionar... día de la despedida que no es más que una bienvenida entre seres magníficos. Día de luz, de alivio, de jubiloso desdoblamiento. Del pobre acá... al célico más allá.

GABRIEL SARMIENTO

DAVID BRANDT BERG



¿TE PUEDES GANAR LA GLORIA A PULSO?

LA POLÉMICA RELIGIOSA más encarnizada que ha habido a lo largo de la Historia se ha dado siempre entre las religiones que sostienen que uno puede salvarse a sí mismo y las que consideran que sólo Dios puede hacerlo. El hombre siempre ha pretendido salvarse a sí mismo, labrar su propio camino al Cielo echando mano de apenas un poquito de ayuda divina, para poder atribuirse a sí mismo la mayor parte del mérito y seguir su propio camino.

El primer homicidio fue cometido por un fanático partidario de la salvación por méritos propios: Caín, el mayor de los hijos de la primera pareja, Adán y Eva. Caín resolvió que ofrendaría en sacrificio a Dios lo que a él le diera la gana en lugar de inmolarse el cordero que Dios había pedido. Decidió que él tendría sus

DAVID
BRANDT
BERG
(D.B.B.)

propios criterios y en ello basaría su religión. No obstante, el sacrificio de Caín —las frutas y legumbres de su huerto, producto de sus esfuerzos, de su propia rectitud— desagradó a Dios, y fue desechado. Por otra parte, su hermano Abel ofrendó con humildad y sencillez un cordero, justo lo que Dios había pedido. Al encontrarse con que el sacrificio de Abel era aceptado y el suyo rechazado, Caín se enardecía de tal manera que mató a su hermano (Génesis, capítulo 4). Aquel asesinato marcó el inicio de la persecución de la iglesia auténtica a manos de la falsa. Caín era religioso, sumamente religioso. Procuraba denodadamente salvarse a sí mismo por sus propios medios. Incluso ofrendaba sacrificios a Dios y alegaba que le rendía culto. Pedía de todo corazón a Dios que le ayudase a ganarse su salvación. Pero todos sus esfuerzos fueron insuficientes. El camino por el que optó no era el señalado por Dios, sino el que emprenden todas las religiones erróneas.

Los adherentes de esas religiones se rigen totalmente por el farisaísmo y por sus propios conceptos. La mayoría de esas personas afirman que adoran a Dios y que acuden a Él en busca de un poco de asistencia para obtener la salvación. El problema es que se esfuerzan tanto por ganársela que creen merecérsele, con ayuda de Él o sin ella; y se ofenden si les parece que Dios no aprecia su bondad. «Mira todo lo que hemos hecho por Ti, Dios. Debieras darnos una medalla. Desde luego merecemos salvarnos. Si vas a salvar a alguien, deberías salvarnos a nosotros. Si alguien va a alcanzar el Cielo, ¡nosotros deberíamos estar entre los elegidos!»

En cambio, Abel simplemente hizo lo que Dios le ordenó, y «ofreció a Dios más excelente sacrificio que

Caín» (Hebreos 11:4), el sacrificio de una fe pura en lo que Dios le había indicado. Al sacrificar un cordero —y anunciar así la muerte de Cristo en la cruz por los pecados del mundo—, Abel demostró que confiaba en que el único capaz de salvarlo era Dios. Sabía bien que sólo contaba con la rectitud de Dios, que él no tenía ninguna, que la salvación no era otra cosa que un don divino (Efesios 2:8,9).

El humilde sacrificio de Abel dejó en ridículo al esforzado Caín —el beato autodidacto entregado a su propia modalidad de culto— y puso en evidencia la inutilidad de los esfuerzos de este último y su hipocresía, tanto que Caín se enfureció. Luego de tan ardua labor, de aplicar su racionalismo legalista y de exigir la salvación como premio a su empeño, fue tal la humillación de Caín que trató de sepultar aquella dolorosa verdad —el estrepitoso fracaso de su religión— matando al hombre cuya fe sencilla en la gracia de Dios lo había desenmascarado.

Así se originó el enfrentamiento descomunal entre la soberbia y la humildad, entre los condenados partidarios de la beatería y los pecadores salvados, la guerra perpetua que se ha librado a partir de aquel momento entre la *carne* y el *espíritu*, las obras y la fe, la ley y la gracia, el yo y Dios.

Ello ha derivado en algunos de los mayores malentendidos e interpretaciones más erróneas de las Escrituras que jamás se hayan visto. Desde entonces, la mayor parte de la humanidad ha tratado de salvarse a sí misma con un mínimo de reconocimiento a Dios, falseando las Escrituras para demostrarse capaz de hacerlo. Sin embargo, Dios no puede ayudarlos a salvarse. Él no interviene en favor de los que piensan que pueden lograrlo con sus propios esfuerzos.

«Mira todo lo que hemos hecho por ti, Dios. Si alguien va a alcanzar el Cielo, ¡nosotros deberíamos estar entre los elegidos!»

El mensaje del Diablo siempre ha sido: «¡Sálvate a ti mismo! Eres tu propio dios, tu propio salvador. ¿Para qué depender de otro?» En contraste, el mensaje de Dios es: «Solamente Yo puedo salvarte. Adórame a Mí». Dios no salva a quienes creen poder salvarse a pulso, por su cuenta, sino a los pecadores que se saben incapaces.

D.B.B.

Únicamente ayuda a los que se saben impotentes. Por mucho que uno procure obtener ayuda divina, no puede salvarse a sí mismo basándose en sus propios criterios.

Siendo yo joven en la fe, también me dejé engañar por la falsa doctrina de algunas confesiones y religiones de obras, que promulgaban una suerte de inseguridad eterna del creyente, es decir, que a ratos se es salvo y a ratos no. Hasta que un día, ya en mi adolescencia, quedé fascinado al descubrir la sencilla verdad contenida en el versículo Juan 3:36. Tras años de incertidumbre, confusión y falta de seguridad en mi propia salvación, descubrí que lo único que tenía que hacer era creer; que con eso bastaba. Jesús dijo: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna». En presente: *tiene*. Sin condiciones ni salvaduras. No era preciso que me portara bien, ni que fuera todos los domingos a la iglesia, ni que alcanzara una perfección inmaculada.

Yo simplemente no había podido lograrlo, y lo sabía. Parecía que cuanto más intentaba ser bueno, peor me volvía. Como decía el apóstol Pablo: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro» (Romanos 7:24,25).

Así es. No hay nada más, no hay otra forma. No hay rectitud propia ni buenas obras que valgan. Nada de eso puede mantenernos salvos, y mucho menos comprarnos la salvación. Sólo Jesús puede concedérnosla. Además de salvarnos, es Él quien hace las obras por medio de nosotros. Es toda obra de Jesús; no de nosotros ni fruto de nuestra santurronería. Únicamente obra de Jesús. Eso sí que me proporcionó alivio, porque sabía que de otra forma yo mismo nunca lo hubiera logrado. Tenía que hacerlo Dios. Yo

sencillamente no era capaz. Por eso lo hizo Él.

El problema que tienen muchos cristianos de hoy es que todavía viven en el Antiguo Testamento. Hacen de la religión una cuestión de obras. Años atrás me contaron de unos misioneros que habían viajado a tierras remotas. Al llegar, la gente del país les preguntó: «¿Ustedes son cristianos del Antiguo o del Nuevo Testamento?» Al principio no entendían a qué se referían. Pero no tardaron en descubrir que al decir *cristianos del Antiguo Testamento* aludían a quienes hacen hincapié más que nada en los templos, en las ceremonias, en los formalismos y en la tradición, es decir a los promotores de una religión de obras. En cambio, para ellos un cristiano del Nuevo Testamento era aquel que no otorgaba mayor importancia a lo que se ve —los edificios religiosos, la pompa, la solemnidad—, sino más bien a las cosas invisibles del espíritu, la sencillez de la vida cotidiana del cristiano, como la que llevaban Jesús y Sus discípulos. ¡Qué comparación más acertada!

Dios mismo tuvo que hacer muchos esfuerzos en el Antiguo Testamento para lograr que los hijos de Israel abandonaran la idolatría de Egipto. Se valió de la Ley Mosaica como curso elemental para enseñarles verdades sencillas. Recurrió a rituales y demostraciones gráficas con objetos materiales como el tabernáculo, el arca y los sacrificios de animales, que constituían símbolos y figuras, meras representaciones de las realidades espirituales y de las verdades eternas a las que Él aspiraba conducirlos. Dios tuvo que valerse de ciertos elementos que les resultaban familiares, como los ritos y ceremonias de la religión egipcia y de otros pueblos de la región.

En cierto sentido tuvo que dirigirse a ellos como se dirigiría un padre a sus hijos de corta edad, transmitiéndoles con sonidos e imágenes las legítimas verdades espirituales que entraña una adoración sensata y reflexiva de Dios mismo. El apóstol Pablo dijo que todo eso no eran más que figuras de lo verdadero (Hebreos 9:24), metáforas, analogías, simples ilustraciones concebidas para impartir las realidades invisibles del mundo espiritual.

Pablo explica: «Cuando venga lo perfecto [cuando nos unamos a Jesús en el Cielo], entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1 Corintios 13:10-12).

En ese pasaje el apóstol enseñó que incluso los dones del Espíritu de la era del Nuevo Testamento prácticamente equivalen a juguetes infantiles, obsequios que Dios, nuestro amoroso Padre, ha hecho a Sus hijitos para ayudarles a comprenderlo y a conocer Su voluntad. ¿Cuánto más infantiles aún no serán entonces las enseñanzas del Antiguo Testamento, ilustradas por medio de objetos materiales, tales como los ritos practicados en el Templo, para que gente que en sentido espiritual era más infantil todavía pudiera comprender el amor del Padre? Pero «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo» (Hebreos 1:1,2).

Cuando Jesús encontró a la samaritana, le dijo: «La hora viene, y ahora

es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:23,24). Esa es la etapa espiritual que vivimos actualmente.

Pero Pablo va aún más lejos en su predicción a los cristianos de Corinto, afirmando que llegará la hora en que veremos a Jesús cara a cara y en que dejaremos de lado hasta esos dones pueriles de comunicación en el espíritu. «Las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará» (1 Corintios 13:8-10). Incluso lo que al presente se nos ha otorgado no es más que una muestra de las gloriosas realidades venideras.

Si bien el Antiguo Testamento se caracterizó por las ilustraciones, en la actual época neotestamentaria se nos han revelado las verdades espirituales, con las que ahora contamos solamente por fe (Juan 1:17). Pero cuando Jesús regrese, lo veremos tal cual es. Seremos ni más ni menos como Él y experimentaremos plenamente las realidades divinas y del mundo venidero.

«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es» (1 Juan 3:2). •

(EL ANTERIOR ARTÍCULO, JUNTO CON OTROS 11, SE PUBLICARÁ EN EL LIBRO MÁS COMO JESÚS, DE AURORA PRODUCTION.)

***Cuando
Jesús
regrese,
lo
veremos
tal
como es.
Seremos
ni más ni
menos
como Él.***

DAVID BRANDT BERG



POBRE DE MÍ

ESTA MAÑANA ME SENTÍA ABATIDO y decepcionado. Mi esposa se dio cuenta y ahí no más se puso a cantar alegremente:

Anímense, santos de Dios, no hay motivo de preocupación, no hay nada que temer, no hay razón para dudar. Nuestro Dios nunca nos ha fallado.
¿Por qué no cantan y confían en Él?
¡Mañana se alegrarán de haberlo hecho!

Lo que ocurre cuando nos deprimimos es que, al hablar de la situación, por lo general terminamos expresando quejas, dudas y derrotismo. Eso fue lo que hice cuando contesté: «¡Ríndanse, santos de Dios, no hay motivo de alegría!» Lo estaba diciendo medio en broma, aunque eso manifestaba más o menos lo que sentía, y por

unos momentos hasta me pareció gracioso. «¡Pooobre de mí!»

Al adoptar esa actitud generalmente lo que pretendemos es llamar la atención e inspirar lástima. Cuando los hijos de Israel se quejaban en el desierto, querían que Moisés y el Señor se compadecieran de ellos (Éxodo 16:2,3). Nos sentimos heridos en nuestro orgullo, nuestro amor propio se desinfla, nuestra confianza en nosotros mismos flaquea un poco y nos entra la duda de si no será todo un error. A lo mejor es que nunca tenemos razón en nada. Entonces aparece la señora Duda con todos sus hijitos, y el

ENTONCES
APARECE
LA SEÑORA
DUDA CON
TODOS SUS
HIJITOS, Y EL
DIABLO CON
TODOS SUS
DIABLILLOS,
ARRIMAMOS
UNAS SILLAS
Y LOS
INVITAMOS A
CONVERSAR.

Diablo con todos sus diablillos, arrimamos unas sillas y los invitamos a conversar. Al final terminamos dándoles la razón: «Admito que nunca he sido muy buen cristiano. ¿Para qué le puedo servir yo a Dios? La verdad es que no he cosechado muchos triunfos, y me falta mucho para ser perfecto. Soy una calamidad. Mejor será que me dé por vencido».

Eso nos pasa porque fijamos los ojos en nosotros mismos en vez de poner la mira en el Señor. Hacemos introspección en vez de *cielospección*. Nos ponemos a pensar tanto en nosotros mismos y en nuestras faltas, debilidades, errores y pecados que nuestra realidad nos hunde. El Diablo, nuestro adversario espiritual, enemigo de la felicidad, puede decirnos muchas verdades horribles sobre nosotros, eso sin mencionar las mentiras con que nos bombardea. Si nos ponemos a escucharlo, es el cuento de nunca acabar. Si le prestamos oído, es capaz de pintarnos aún peores que como somos en realidad, y eso que ya somos bastante malos.

Luego escuchamos a quienes nos critican. Hasta puede que un amigo o un familiar nos desanime sin querer con alguna observación hecha al pasar que nosotros malinterpretamos. Y el Diablo abulta el incidente hasta que nos dan ganas de darnos por vencidos.

Eso me recuerda algo que dijo el rey David: «Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl» (1 Samuel 27:1). ¿Cómo habría podido

el rey David componer una canción con esa letra? Habría sonado espantosa: «Algún día me matarán. Terminarán por derrotarme. Al final el Diablo acabará conmigo. Un día mis enemigos me asesinarán. Pensándolo bien, tal vez no merece la pena. Dios me ha defraudado. Soy un fracasado. Más me vale darme por vencido». Esa era precisamente la intención del Diablo, persuadir a David, con un aluvión de dudas y autocompasión, para que arrojara la toalla.

¿Cómo habría podido componer una canción con semejante letra? ¡Menudo canto lúgubre habría sido, interpretado en una triste tonalidad menor! Supongo que por eso no se encuentra nada por el estilo en ninguno de sus salmos. Evidentemente lo dijo, porque lo registra la Biblia. Fue uno de esos pequeños exabruptos inspirados por el Diablo que se nos escapan antes que podamos reaccionar y descubrir lo mal que suenan. Al menos tuvo la sensatez de no ponerle música ni ponerse a cantar en esa tónica. Por el contrario, David adopta en el libro de los Salmos una actitud positiva. Hace frente a sus enemigos y alaba al Señor a pesar de sus dificultades, convencido de que al final Dios lo solucionará todo, puesto que lo ha prometido y siempre lo ha hecho.

Cuando estamos abatidos, el Diablo nos hace enojarnos con la verdad, pues está a punto de verse derrotado por ella. Nos hace disgustarnos precisamente con las personas que nos quieren ayudar, pues cuando están intentando alegrarnos no podemos disfrutar tanto de nuestra desdicha. Nos da vergüenza que nuestro derrotismo se vea tan mal al lado de la actitud victoriosa que ellas tienen, y tratamos de disimularlo con un arranque de furia contra ellas, o buscando faltas en ellas, en otras personas y en todo, hasta en Dios, para justificar nuestros gruñidos.

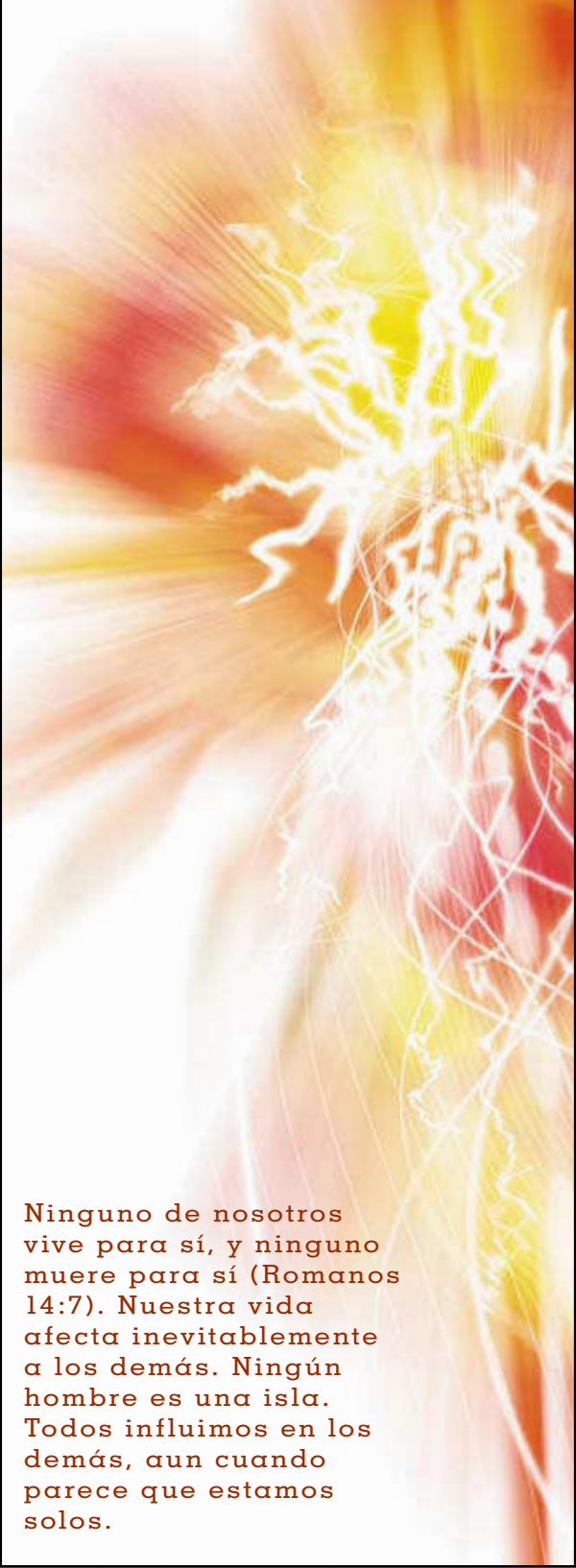
Así pues, esta mañana tuve el impulso de enfadarme con mi esposa cuando ella se esmeraba por levantarme el ánimo con esa canción, y le respondí: «Ah, ¿sí?», y en son de broma me puse a cantarla al revés: «Ríndanse, santos de Dios, no hay motivo de alegría, todo debe hacernos temer, todo es razón para dudar...» Hasta ahí sonaba un poco cómico, pues eviden-

ciaba mi actitud desafiante y mi pecado. Pero cuando llegué a la siguiente frase y vi adónde iría a parar si seguía cantando la canción a la inversa, me asusté y preferí no seguir en esa veta; porque sabía que Dios no estaba equivocado y que nunca me había fallado. ¿Cómo iba a cantar: «Nuestro Dios siempre nos ha fallado. ¿Por qué no dudan y murmuran? ¡Mañana les pesará haber confiado en Él!»? Si hay algo de lo que estoy seguro es que Dios nunca me ha fallado, y siempre me he alegrado de haber confiado en Él. Sabía, pues, que aquello era mentira, y que por muy deprimido que me sintiera no podía interpretar la canción al revés. Sencillamente no era verdad.

Fíjate en la mentira tan horrenda en que se convierte esa cancioncilla cantada al revés. El Diablo siempre actúa así: al principio se muestra muy inocente y veraz; se infiltra con una tontería que parece de lo más inocente; pero viendo el horror al que nos lleva, empezamos a reaccionar y a despabilarnos. Nos produce tal conmoción que tomamos conciencia de lo mentiroso que es y del estado tan deplorable al que estamos llegando.

Gracias a Dios por las sacudidas que Él nos da cuando caemos en la cuenta de las barbaridades que estamos diciendo y haciendo a causa de alguna duda inicial, algún resquemor o desobediencia insignificante. Una de las cosas que me hicieron reaccionar fue tomar conciencia del pésimo ejemplo que estaba dando a mi esposa, quien intentaba infundirme valor y levantarme el ánimo mientras yo me resistía. Aunque lo dije medio en broma, el peligro de hundirla a ella conmigo terminó por sobresaltarme y hacerme entender que tenía que obtener la victoria aunque sólo fuese por el bien de ella.

Mi abuelo decía: «Si te vas a ir al infierno, por lo menos vete solo y no hagas tropezar a otros». Pero eso es imposible, pues si te vas al infierno seguro que arrastrarás a otros contigo. Todos ejercemos influencia. «Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí» (Romanos 14:7). Nuestra vida afecta inevitablemente a los demás. Ningún hombre es una isla. Todos influimos en los demás, aun cuando parece que estamos solos.



Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí (Romanos 14:7). Nuestra vida afecta inevitablemente a los demás. Ningún hombre es una isla. Todos influimos en los demás, aun cuando parece que estamos solos.

A veces una simple palabra, una mirada o una sonrisa tienen un efecto tremendo; un gesto, nuestro tono de voz, la impresión que causamos... De no tener una actitud alegre, victoriosa y alentadora, fácilmente podemos afectar a otros y hundirlos. Cuando les levantamos el ánimo a los demás, los estamos acercando a nuestro nivel; cuando se lo bajamos, también.

Una pequeña duda, una pizca de temor, una pequeña queja o un poco de desaliento pueden ir en aumento hasta dejarnos completamente abatidos y llevarnos a ejercer una influencia muy negativa en los demás. Y la cosa no para hasta que damos contra el fondo, a menos que nos arrepintamos, reaccionemos, le pidamos perdón a Dios, nos quitemos de encima la carga de mentiras diabólicas, dudas, temores y desánimo, sigamos a Jesús y Su Palabra y nos aferremos a Sus promesas. El futuro es tan brillante como las promesas de Dios.

Nuestra actitud es positiva o negativa, lo uno o lo otro. No puede ser un poco de cada. El Diablo nos dice: «No hace daño estar algo deprimido, sentir un poco de lástima de uno mismo. Al fin y al cabo, mereces disfrutar de cierta aflicción para que los demás se compadezcan un poco de ti. ¿Por qué no? La desgracia busca compañía. Amarguémosles un poco la vida a los demás para disfrutarlo todos juntos».

En cuanto nos ponemos a escuchar al Diablo, estamos perdidos, porque es el cuento de nunca acabar. No se detiene hasta habernos sumido en la más honda desesperación. Terminamos totalmente derrotados, convertidos en un oprobio para la causa de Cristo y una carga para cuantos nos rodean.

Así pues, amigo, cuando estés deprimido, por lo que más quieras, no murmures, no te quejes ni expreses verbalmente tus dudas y temores. Puede que los demás ya estén abrumados de preocupaciones. No vayas a ser la gota que colma el vaso.

Como no fijemos la vista en el Señor y pensemos constantemente en Su Palabra, estamos destinados a la derrota, la duda, la desilusión y el fracaso.



Fija la mirada en el Cielo. Mantén los ojos puestos en la meta, seguro de la victoria. Canta siempre, nunca dudes. Cuando el Diablo quiera desanimarte y deprimirte, ¡lucha! No le escuches siquiera, y desde luego no te rindas. Ponte a hacer algo positivo. Di algo alegre y alentador, como hizo mi esposa conmigo esta mañana cuando se lanzó a cantar dulcemente, lo mejor que pudo, para recordarme que confiara en el Señor.

Solo Cristo satisface, solo Él y nadie más. Cada carga en bien se torna cuando sé que Él cerca está. ■

LA VERSIÓN COMPLETA DE *POBRE DE MÍ* SE HA PUBLICADO EN MAYORES VICTORIAS, LIBRITO DE AURORA PRODUCTION.

la fuerza de la ALABANZA

DAVID BRANDT BERG

MI ESPOSA, MARÍA,
SE SENTÍA AGOTADA,
Y TENÍA TAL DOLOR DE
CABEZA QUE SE HABÍA
DESANIMADO MUCHO.

Cuando oré por ella, recordé ese versículo que nos insta a no desfallecer, a no permitir que nuestro ánimo «se canse hasta desmayar» (Hebreos 12:3). Creo que el Señor quería alentarla para que fuera más tesonera.

Nuestro enemigo espiritual —el Diablo— nos ataca una y otra vez; pero mientras sigamos luchando, no puede vencernos. Eso me recuerda una canción que solía cantar mi madre cuando las cosas se ponían difíciles:



Sigue creyendo, pues el Señor siempre responde a la oración. Penas y males ya pronto no habrá. No tengas miedo; Jesús está acá.

La tempestad llegará a su fin y un arcoiris verás salir. Fíate de Sus promesas de amor. Sigue creyendo y alaba al Señor.

La letra original decía: «Sigue creyendo y acude al Señor»; pero mi madre, que promovía mucho la alabanza, se la cambió. Porque así es como se alcanza la victoria. Si uno tiene fe en la oración, se pone a alabar al Señor por la respuesta antes de verla.

Le dije a María:

para contrarrestar los ataques del Diablo.

—Tienes que luchar, y alabar más al Señor en lugar de hablar de tu debilidad, tus dolores de cabeza y demás. Mientras estemos pensando en las Escrituras y en el Señor y tengamos una canción o una alabanza en los labios, no podemos quejarnos, murmurar y lamentarnos por lo mal que nos sentimos.

»Tienes que emprender una ofensiva contra el Enemigo. Y cuando te sientas deprimida y abatida, repite versículos en voz alta, canta una canción. Niégate a hablar del asunto. Alaba al Señor y da gracias a Dios por la salud de que gozas».

Dios guarda en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Él persevera (Isaías 26:3). Si tus pensamientos se ocupan en el Señor, te ayuda a no pensar en tus dificultades y tus pruebas. Por lo que más quieras, no vayas por ahí lamentándote, murmurando, quejándote y difundiendo las dudas y mentiras del Diablo. En el instante en que sientas deseos de hacer eso, ponte a alabar al Señor, lánzate al ataque. Canta. Recita versículos. Haz algo positivo.

María entonces me dijo:

—Pero, ¿no es eso pecar de insinceridad? Si me comporto como si no estuviera enferma cuando en realidad sí lo estoy, falto a la verdad.

En ese instante me acordé del episodio de Eliseo y la mujer sunamita (2 Reyes 4:8-37).

Un día el hijo de esa mujer murió de insolación en el campo. Así que ella, por fe, lo tomó enseguida y lo puso en la alcoba

que había construido para alojar a Eliseo cada vez que pasara por la región. Lo acostó en la cama del profeta y corrió al Monte Carmelo, situado a varios kilómetros de distancia, a buscar a Eliseo. Él la saludó y le dijo:

—¿Te va bien a ti?

Ella contestó:

—Bien.

Luego le preguntó:

—¿Le va bien a tu hijo?

Ella respondió:

—Bien.

¿Estaba mintiendo? No. La sunamita tenía tanta fe que, aunque el niño estaba muerto, seguía convencida de que reposaba en las manos de Dios y efectivamente le iba bien. Luego le contó al profeta lo sucedido y le pidió que fuera a orar por él. A la postre el chiquillo fue resucitado milagrosamente.

No es que el Señor quiera que ocultemos el hecho de que estamos enfermos. Es mejor que nos humillemos y confesemos que estamos enfermos. Pero tampoco hace falta que andemos gimiendo. Eso no es fe. Es preferible admitirlo y pedir que oren por nosotros; pero luego hagamos un esfuerzo por estar alegres, animados y demostrar que tenemos fe. Seamos positivos y alabemos al Señor.

Hay que adoptar una actitud positiva para contrarrestar los ataques del Diablo. La Palabra nos insta a resistir al Enemigo para que huya de nosotros (Santiago 4:7). Pero si nos resignamos a estar enfermos, es muy perjudicial. Y si nos quejamos, es peor aún. Eso

es dar testimonio de las obras del Diablo.

Si bien es cierto que «muchas son las aflicciones del justo» (Salmo 34:19.), la mayor parte no son graves, gracias a Dios. Sólo lo suficiente para mantenernos estrechamente unidos al Señor, orando, confiando en Él, alabándolo y acudiendo a Él en busca de ayuda. El rey David dijo: «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo Tu Palabra», y: «Si Tu [Palabra] no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiera perecido» (Salmo 119:67,92). Seguramente por eso permite el Señor que Sus hijos tengan muchas aflicciones: porque son ellas precisamente las que los mantienen tan justos.

Cuando tienes esa sensación de cansancio excesivo y sufres frecuentes dolores de cabeza, es natural que te preguntes por qué te sientes mal. Pues bien, ya lo sabemos: es para que te lances al ataque y resistas al Diablo, puesto que es él quien te combate. Además, puede que el Señor quiera enseñarte algo más por medio de tu sufrimiento. Ese pasaje de Hebreos 12 que habla de no desfallecer también ahonda en la disciplina o instrucción. Me parece que María está aprendiendo, pues no he vuelto a escuchar otra queja de ella sobre su salud.

La Biblia dice que Dios habita —es decir, está entronizado— en las alabanzas de Sus hijos (Salmo 22:3) y que debemos presentarnos ante Él con acción de gracias y alabanza (Salmo 100:4). «Dad gracias en todo» (1 Tesalonicenses 5:18.). ■

Confía en el Señor A PESAR DE TODO

A VECES EL SEÑOR PERMITE que pasemos por algunas pruebas porque sortear dificultades es lo que nos ayuda a crecer y madurar. Las contrariedades de la vida nos fortalecen y nos enseñan cosas valiosas. Puede que hasta nos parezca que Dios es un poco más duro de la cuenta con nosotros y nos asalte el pensamiento: «¿Cómo puede permitir que suframos así? ¿Cómo puede permitir que suceda algo semejante?» El Diablo está siempre procurando hacernos dudar del Señor y hasta criticarlo. Eso fue lo que hizo con Job.

Dios dijo de Job: «No hay otro como él en la Tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (Job 1:8). El Diablo le planteó entonces un reto a Dios proponiéndole: «¡Pues deja que yo me encargue de él, y ya veremos!» Así que Dios permitió que el Diablo sometiera a Job a muchas pruebas y aflicciones. Perdió su familia, sus riquezas y su salud. Entonces fue cuando salió a relucir su pecado. El Diablo tenía razón en ese sentido. Su pecado era creerse bueno. Se consideraba perfecto. Su pecado, paradójicamente, era estar convencido de que no tenía pecado. Por eso le costaba comprender por qué Dios le estaba haciendo todo aquello.

No fue hasta que tocó fondo —hasta que acabó sentado en un montón de cenizas, rascándose la sarna con un trozo de cerámica— que confesó que no era

tan recto como pensaba. Pero cuando lo hizo, Dios lo libró. Job escarmentó, el Diablo se dio por vencido y Dios le dio una nueva familia, le restableció la salud y lo hizo prosperar más que antes.

Satanás estuvo a punto de ganar, pero Dios terminó por obtener una tremenda victoria de lo que se vislumbraba como una derrota ignominiosa. Cuando a Job se le pusieron las cosas peor que nunca y su futuro se veía de lo más negro, declaró: «¡Aunque Él me matare, en Él esperaré!» (Job 13:15). Es uno de los testimonios más resonantes de toda la Biblia sobre la fe que persevera ante el sufrimiento, la derrota y el desaliento.

De algo podemos estar seguros: Dios sabe lo que hace. De modo que aunque no entendamos los motivos que tiene Dios para permitir que nos ocurran determinados sucesos, nos basta que con que envolvamos esos enigmas en un paquetito de fe y los guardemos hasta que algún día nos revele por qué. A mí me han sucedido algunas cosas a las que no les hallaba sentido. Solo sé que me mantuvieron humilde, me dejaron ciertas enseñanzas y a la larga propiciaron que se cumplieran los designios que Dios tenía para mí.

No siempre sabemos enseguida por qué consiente Dios que nos sucedan ciertas cosas. En algunos casos,



Si aún no has aceptado a Jesús, hazlo ahora con la siguiente oración:

Jesús, gracias por dar la vida por mí. Te ruego que me perdones todas mis malas acciones, que entres en mi corazón, que me concedas el don de la vida eterna y que me lledes a conocer mejor Tu amor. Amén.



PROBLEMAS Y SOLUCIONES**Es de esperar que tengamos problemas.**

Salmo 34:19

1 Corintios 10:13

1 Pedro 4:12

Cuando comprendemos que el Señor, por nuestro propio bien, suele permitir sobresaltos en nuestra vida, nos encontramos mejor preparados para afrontarlos.

Romanos 8:28

Santiago 1:2-4

1 Pedro 1:7

Las situaciones dificultosas nos llevan a acudir al Señor con más afán y a depender más de Él.

Mateo 11:28-30

Salmo 107:13

2 Corintios 12:7-10

Los problemas y dificultades suelen servirle a Dios para moldearnos, a fin de que logremos mejores cosas; nos fortalecen.

Job 23:10

Salmo 139:23,24

Romanos 5:3,4

2 Corintios 4:16,17

1 Pedro 5:10

Por muy grandes que sean los apuros que pasemos, el Señor promete darnos fuerzas para superarlos.

Deuteronomio 33:25b

2 Crónicas 32:8a

Isaías 40:31

Isaías 41:10

La clave para superar obstáculos es la fe.

Mateo 17:20b

Marcos 9:23

Marcos 11:23

1 Juan 5:4

Con la ayuda de Dios, ningún problema es irresoluble.

Job 42:2a

Marcos 10:27

Lucas 1:37

Lucas 18:27

1 Corintios 15:57

2 Corintios 2:14a

Filipenses 4:13

puede que lo no sepamos hasta que lleguemos al Cielo. Hay una pila de cosas sobre las que le voy a preguntar cuando llegue allá. Por ahora no nos queda otra que confiar en Él a pesar de los pesares.

Uno de los mayores interrogantes de la vida es por qué permite Dios que a ciertas personas, particularmente a los creyentes, les sobrevengan cosas aparentemente perjudiciales. Es probable que la respuesta cabal a ese interrogante no se nos revele hasta que lleguemos al Cielo. Estoy convencido de que parte de la formación que seguiremos recibiendo en la otra vida consistirá en dilucidar esas incógnitas. Me recuerda las palabras del apóstol Pablo: «Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1 Corintios 13:12).

Aunque no sepamos todos los pormenores, sabemos que el Señor nos ama, que Él es más sabio que nosotros y que por más que hoy no entendamos algo, ya lo entenderemos más adelante. Mientras tanto, simplemente tenemos que confiar en Dios sean cuales sean las circunstancias. «Aunque lo pasé muy mal y no sé por qué, seguiré confiando en Él. Aunque permita que suceda esto o aquello, seguiré confiando en Él». Esa es la mayor de las victorias: seguir confiando en el Señor a pesar de estar sufriendo una aparente derrota. Saber que en última instancia, Él es dueño de la situación y hará que de algún modo redunde en nuestro bien. La Escritura promete: «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28). ■





¡ALELUYA POR LA ALEGRÍA!

EN CIERTAS CONFESIONES CRISTIANAS, ASÍ
COMO EN OTRAS RELIGIONES, **CUANTO MÁS
TRISTES Y PESAROSOS ESTÁN LOS DEVOTOS,**

MÁS RELIGIOSOS SE SUPONE QUE SON. En cambio, para los cristianos que han nacido de nuevo es todo lo contrario. Uno de los indicios de espiritualidad o religiosidad de un cristiano es la felicidad de que goza y que manifiesta.

Dios nunca quiso que la religión nos resultara fastidiosa y molesta; y Jesús desde luego tampoco. Fueron los dirigentes y maestros religiosos los que cambiaron las cosas y las interpretaron de acuerdo con sus conveniencias personales, con el objeto de exaltarse y adquirir mayor control sobre la gente. Como dijo Jesús: «Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas» (Mateo 23:4).

No he conocido a nadie que, sin conocer al Señor, fuera plenamente feliz. Aunque una persona tenga cubiertas todas sus necesidades físicas, le faltará algo que satisfaga

sus carencias espirituales y su anhelo de felicidad. Gracias a Dios, eso es lo que nos da Jesús.

Yo disfruto de todo lo que Dios nos ha dado y soy muy feliz. Hasta nuestro trabajo nos proporciona satisfacción, cuando sabemos que hace bien y ayuda a los demás. Nuestra religión nos hace felices, nuestro trabajo también, así como las actividades recreativas que realizamos, y son muy pocas las cosas que nos causan desdicha, más que nada el hecho de que haya personas infelices.

De vez en cuando, al preguntarme si una decisión que tomé estuvo acertada, o si lo que hice estuvo bien, me preocupó, y por un poco de tiempo no soy todo lo feliz que debiera. Pero la niebla siempre termina disipándose, y me doy cuenta de que el Señor hizo que todo se resolviera de la mejor manera, y que a fin de cuentas no debí haberme preocupado (Romanos 8:28).

Como es natural, algunas veces nos enfermamos, y si bien eso nos apesadumbra por un rato, no llega a despojarnos totalmente de nuestra felicidad. Aunque nuestro estado físico —nuestra salud y energías— deje algo que desear, no es que eso nos haga muy infelices. Espiritual y mentalmente podemos seguir muy alegres.

Cuando veo que alguien no es feliz, no puedo menos que pensar que algún fallo tiene su religión. Debemos aprovechar todas las ocasiones que se nos presenten para instar a los demás a disfrutar de la alegría que nosotros tenemos. Si ellos no son felices, y nos ven contentos, seguramente se preguntarán en qué radica la diferencia y querrán lo que nosotros tenemos. Y la diferencia, naturalmente, es Jesús.

¡Aleluya por la alegría! Gracias a Dios por una religión alegre y una vida feliz. Agradecámosle al Señor que podemos disfrutar de todos los placeres físicos y espirituales que pone a nuestra

disposición. ¡Lo tenemos todo! Lo único que se me ocurre que me falta es ver a los demás tan felices como yo lo soy. Esa es la única necesidad insatisfecha que tengo: mi anhelo de ayudar a todo el mundo a comprender lo que Jesús nos ofrece y de contribuir a su felicidad.

Gracias a Dios por la alegría y por poder disfrutar de la vida, de nuestra religión y del Señor. Como suelo cantar:

Soy feliz, soy feliz,
pues te conocí, mi Amor y Salvador,
y lo que fui
ni me importa ya, Señor. ¡Qué gloria!
Soy feliz, soy feliz;
siempre lo seré.
Al Demonio he vencido,
me he convertido
y feliz, feliz, feliz ahora soy. ■

EL PUNTO DE REFERENCIA

Hoy en día muchísimas personas no saben qué creer. No saben quiénes son, de dónde vienen ni hacia dónde se dirigen. Están completamente confundidas porque han perdido contacto con el único punto de referencia concreto: Dios y Su plan para la humanidad, tal como viene explicado en la Biblia. Nunca han tenido fe en Dios; y si tenían, la perdieron. En consecuencia, dejan de creer en el amor, en la vida, en la gente, en todo.

En cambio, los que hemos descubierto el amor de Dios en la figura de Jesús hemos hallado un Dios infalible y un amor imperecedero. Conocemos a Dios, y conocerlo es la vida eterna (Juan 17:3). Hemos nacido de nuevo, por lo cual tenemos un concepto totalmente diferente de las cosas. Cuando Jesús se hace parte íntima de nuestra vida, no solo purifica y regenera nuestro espíritu: también renueva nuestros pensamientos. Suprime las anteriores conexiones y actos reflejos y poco a poco reconstruye nuestra mente, poniéndole un nuevo cableado, hasta obtener una *computadora* que reacciona de forma distinta ante casi todo lo que nos rodea.

Ahora, además de la felicidad, la vida y el amor extraordinarios que nos da Jesús, nuestra existencia tiene un auténtico objetivo y tenemos a Alguien por quien vivir.

Nuestra fe nos apasiona, hallamos profunda satisfacción en las labores que llevamos a cabo por Jesús y disfrutamos muchísimo de la fraternidad con nuestra familia espiritual.

{ CUANDO OCURRE ALGO MALO }

¿Alguna vez te has preguntado por qué a ti y a otras personas les ocurren cosas malas sin motivo aparente? En muchas ocasiones el rey David le preguntó lo mismo al Señor, tal como consta en los Salmos: «Dios mío, [...] ¿por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?» (Salmo 22:1)

El salmista se hallaba tan desanimado que llegó a compararse con un gusano

(versículo 6). Hasta ese extremo llegó a estar hundido en la depresión.

Aun así, más adelante en el mismo salmo pone fin a su clamor con una nota positiva: «No menospreció ni rechazó [el Señor] el dolor del afligido, ni de él escondió Su rostro, sino que cuando clamó a Él, lo escuchó. Comerán los humildes hasta quedar saciados; alabarán al Señor los que lo buscan;

vivirá vuestro corazón para siempre. Se acordarán y se volverán al Señor todos los confines de la tierra» (Salmo 22:24,26,27, RV95).

El rey David se sobrepuso al desaliento alabando a Dios a pesar de cómo se sentía. No nos vendría mal hacer lo mismo. ■

CURTIS PETER VAN GORDER
ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN
ORIENTE MEDIO.

{ ¡DEJA ENTRAR LA LUZ! }

El Diablo es el acusador (Apocalipsis 12:9,10). Nos critica por cada cosita, por cada errorcito insignificante que cometemos. Procura que nos fijemos en nuestras faltas, pecados, debilidades y equivocaciones. Como le prestes atención, estás acabado, pues siempre habrá algo más que podrías haber hecho o algo que desearías no haber hecho. Siempre habrá algo —algún descuido, alguna desatención, algún error o falta, algún mal

hábito— que el Diablo podrá echarte en cara. Y no te quepa duda de que eso es precisamente lo que se propone.

¡Gracias a Dios que Jesús es el antídoto! Él siempre recalca lo bueno. Nunca pierde la confianza en nosotros ni deja de amarnos, aun cuando cometemos errores. Así que cuando el Diablo descienda sobre ti con pensamientos negativos sobre ti mismo y los demás, no lo escuches. Presta oído a

Jesús. Deja que entre la luz. Piensa en cosas positivas. Ten presente lo bueno en todo momento. Cuando piensas bien de ti mismo y de los demás, se disipan las dudas, los temores y las molestas acusaciones del Diablo. Lléname el corazón y la boca de pensamientos y palabras positivos. Ahuyenta al Diablo y sus sombras tenebrosas dejando entrar la luz. Aprecia todo lo bueno que tienes y pon en fuga al Diablo. ■

GRACIAS A DIOS POR LO BUENO

DAVID BRANDT BERG

Eres una creación única de Dios, así que no te preocupes por que tengas unos cuantos defectos. Imagínate lo creídos y orgullosos que seríamos si el Señor nos hubiera hecho perfectos. Por eso nos hizo a todos con unas pocas imperfecciones. Pero no quiere que nos fijemos en eso, sino en lo bueno.

Cada vez que te asalte un pensamiento negativo sobre tu persona, agrádecele al Señor algún bien o una buena cualidad que te haya concedido. Por ejemplo, la salud, una mente sana o alguna aptitud tuya que los demás admiran. Hay muchos motivos por los que dar gracias al Señor. Piensa en cuánto peor podrías estar y en las personas que se enfrentan a peores dificultades que las tuyas. También puedes orar por alguien que esté lidiando con una enfermedad crónica o debilitante. Job se libró de sus apuros cuando rogó por sus amigos (Job 42:10).

Adopta una actitud positiva, y el instigador de tu pesimismo —el Demonio mismo, o alguno de sus diablejos— no tardará en darse por vencido. Cuando tu enemigo espiritual vea que tus alabanzas y oraciones lo derrotan una y otra vez, se lo pensará mejor antes de tentarte a albergar pensamientos negativos. ¡Y eso sí que es digno de agradecer! ♦

MALES QUE TRAEN BIENES

MARÍA FONTAINE

Como «muchas son las aflicciones del justo» (Salmo 34:19), ciertamente es un consuelo saber que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28). Más aún, para salir victoriosos de las numerosas pruebas, dificultades, batallas y tentaciones a las que nos enfrentamos, es imperativo que esa promesa de Romanos 8:28 llegue a ser un elemento fundamental de nuestra vida.

Ese principio debería estar tan arraigado en lo profundo de nuestro ser que nos resulte imposible olvidarlo o desestimarlos. Debería estar tan presente en nuestra conciencia, e incluso en nuestro subconsciente y nuestro enfoque de la vida, como la necesidad de orar, la importancia de la Palabra, la inevitabilidad de las pruebas y batallas y la certeza de que Dios nos ama.



LOS ELOGIOS

DAVID BRANDT BERG

JESÚS ELOGIA A LAS PERSONAS y les reconoce el mérito cuando obran bien. En Sus parábolas elogió a los siervos buenos y fieles que invirtieron sus talentos prudentemente¹. Hasta ponderó al mayordomo malo por su sagacidad². De Natanael dijo: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño»³.

En la Biblia Dios elogia a muchas personas. De Job dijo: «No hay otro como él en la Tierra»⁴. Y de David afirmó que era un varón conforme a Su corazón⁵.

A lo largo y ancho de los textos sagrados, el Señor encomia a la gente por sus buenas obras. Además promete recompensarnos por nuestra buena labor. Es algo que no tiene nada que ver con la salvación. La salvación es un regalo que nos otorga gratuitamente movido por Su misericor-

dia, gracia y amor. Pero además de eso, nos elogia y nos premia cuando obramos bien y con buenos móviles.

Cuando acudimos a Jesús en oración y le pedimos que nos ayude, Él nos responde. Nos faculta para hacer cosas que no podríamos hacer por nuestra cuenta. Pero aun así, casi siempre nos pide que hagamos algo —la parte que nos corresponde— para que se cumpla lo que deseamos. Y cuando lo hacemos, nos reconoce el mérito. Prueba indiscutible de ello son

todos los versículos que hay sobre recompensas y coronas en el Cielo⁶.

Él nos reconoce el mérito cuando aprovechamos al máximo los bienes y talentos que nos da. Viene a cuento la anécdota del campesino que le enseñó su granja a alguien que le comentó: «¡Qué finca tan bonita le ha dado Dios!» El viejo campesino repuso: «Pues debería haberla visto usted cuando la tenía Dios». Es decir, antes que él hiciera el arduo trabajo de desmalezar, arar y atender los cultivos. Hasta en el huerto del Edén hizo falta una persona que lo cuidara, labor que Dios encargó a Adán⁷.

Ese principio se aplica a nuestros dones y talentos, a nuestro cuerpo y aspecto y a todo lo demás. Dios nos dota de lo más elemental para ver lo que haremos con ello. Para desarrollar plenamente nuestras aptitudes, es preciso un esfuerzo de nuestra parte. Él entonces se percata de esos esfuerzos y nos elogia.

Así desea Él que seamos también con los demás. Debemos elogiar a la gente y hacerlo con sinceridad. La adulación y el elogio sincero son dos cosas muy distintas. Casi todo

¹ Mateo 25:14-23

⁴ Job 1:8

² Lucas 16:8

⁵ 1 Samuel 13:14

³ Juan 1:47

⁶ Daniel 12:3; Mateo 6:19-22; 16:27; 25:21; 1 Corintios 9:25; 2 Timoteo 4:7,8; Apocalipsis 2:10

⁷ Génesis 2:15

el mundo necesita que le den ánimo. La mayoría de las personas no son muy creídas ni muy vanidosas. A mi modo de ver es todo lo contrario: se sienten un poco inseguras o inferiores en algún aspecto. Tienden más bien a desanimarse por sus defectos. Por eso me parece importantísimo dar aliento a los demás.

Los elogios motivan a la gente a superarse. Todo padre o jefe que tenga un poco de tino lo sabe muy bien. Es más importante elogiar a un niño por su buena conducta y por lo que hace bien que regañarlo cuando se porta mal. Lo mismo vale para los adultos. Si se quiere sacar a relucir lo mejor de una persona y tener una buena relación con ella, hay que procurar resaltar siempre lo positivo.

Lo peor que se puede hacer es fijarse siempre en las falencias ajenas, menospreciar a la gente y fastidiarla constantemente por sus imperfecciones. Eso torpedea una relación con mayor rapidez que casi ninguna otra cosa, y ha hecho fracasar más de un matrimonio. Me viene a la memoria una señora que quería divorciarse y acudió al juez de familia. Argu-

mentó que ya no soportaba vivir con «aquel hombre» ni un día más y procedió a enumerar todos los defectos de su marido. La diatriba fue interminable.

Finalmente hizo una pausa para recuperar el aliento, y el juez aprovechó para preguntarle:

—Y ¿cómo es que se casó con él en un principio? Algo debe de haberle resultado atractivo. ¿Qué fue?

—La verdad es que —repuso ella— era muy bueno y muy trabajador, se preocupaba de mantenernos, quería a los niños y era fiel.

—¿Y ya no es así?

—Pues sí —respondió alterada—, pero... —y comenzó nuevamente a quejarse— es que es insoportable. Deja la ropa tirada en el suelo, nunca cuelga ni guarda nada, siempre llega tarde a cenar, le cuesta levantarse por la mañana, se mete los dedos en la nariz y si le quemo las tostadas, se me queja.

Cantidad de detalles relativamente insignificantes.

—Muy bien —dijo el juez—. Esta es mi resolución preliminar. Vuelva a casa y procure concentrarse en las buenas cualidades por las que se encariñó y se casó con él.

«El estilo en que nos comunicamos con los demás y con nosotros mismos determina en última instancia nuestra calidad de vida».

Anthony Robbins

Esfuércese por no pensar siquiera en esas pequeñas idiosincrasias tuyas que a usted le molestan. Si al cabo de 30 días todavía quiere divorciarse, vuelva a verme.

El juez no volvió a tener noticias de ella.

Estar siempre pensando en los defectos y malas costumbres de los demás nos complica la vida. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad»¹. Prueba eso la próxima vez que estés exasperado, impaciente o alterado con alguien. Procura recordar sus buenas cualidades y haz caso omiso de sus defectos.

Piensa en lo bien que te sientes cuando alguien tiene contigo un gesto de consideración. Cuando una persona te agradece una labor bien hecha, te anima a esforzarte al máximo, ¿no es cierto? Seamos consecuentes con la Regla de Oro que nos enseñó Jesús: Pórtate con los demás como te gustaría que se portaran contigo². •

¹ Filipenses 4:8

² Mateo 7:12

RÉPLICAS DE DIOS

Así contesta Dios en la Biblia a todo lo negativo que nos decimos interiormente.

Decimos: «Es imposible».

Dios dice: «Para Mí, todo es posible» (Mateo 19:26).

Decimos: «¡Qué agotamiento tengo!»

Dios dice: «Yo te haré descansar» (Mateo 11:28-30).

Decimos: «Nadie me quiere».

Dios dice: «Yo te amo» (Juan 3:16 y Juan 13:34).

Decimos: «No aguanto más».

Dios dice: «Te basta Mi gracia. Estaré a tu lado en la angustia» (2 Corintios 12:9 y Salmo 91:15).

Decimos: «No lo entiendo».

Dios dice: «Te revelaré los misterios» (Daniel 2:28).

Decimos: «No puedo».

Dios dice: «No hace falta que tú lo hagas. Lo haré Yo» (2 Crónicas 20:17).

Decimos: «No vale la pena».

Dios dice: «Valdrá la pena» (Romanos 8:18).

Decimos: «No me lo perdono».

Dios dice: «Yo te perdono» (1 Juan 1:9 y Romanos 8:1).

Decimos: «No puedo salir adelante».

Dios dice: «Proveeré cuanto te haga falta» (Filipenses 4:19).

Decimos: «No soy capaz».

Dios dice: «Con Mi ayuda sí» (Filipenses 4:13 y 2 Corintios 3:5).

Decimos: «Tengo miedo».

Dios dice: «No temas, porque Yo estoy contigo» (Jeremías 42:11).

Decimos: «Todo son preocupaciones y contrariedades».

Dios dice: «Echa toda tu ansiedad sobre Mí» (1 Pedro 5:7).

Decimos: «Me falta fe».

Dios dice: «A cada uno le he dado una medida de fe» (Romanos 12:3b).

Decimos: «Me falta inteligencia».

Dios dice: «Te daré sabiduría» (Santiago 1:5 y 1 Corintios 1:30).

Decimos: «No tengo a nadie».

Dios dice: «No te desampararé, ni te dejaré» (Hebreos 13:5).

La negatividad: origen y solución

DAVID BRANDT BERG

EL DIABLO es el acusador de los santos¹. Nos echa en cara todas nuestras insuficiencias y defectos, nuestras debilidades y fallos. Si le prestas atención, estás perdido, porque siempre habrá algo más que podrías haber hecho o algo que desearías no haber hecho. Siempre habrá algo —alguna negligencia, algún descuido, un error o falta, un mal hábito— que el Diablo esgrimirá para molestarte si quiere, ¡y ganas no le faltan!

Pero ¡gracias a Dios por Jesús! Él es el antídoto. Siempre nos señala las cosas buenas. Jamás pierde la fe en nosotros ni deja de amarnos, aun cuando

nos equivocamos. Por eso, cuando el Diablo te acose con pensamientos negativos sobre ti mismo o sobre otras personas, no le hagas caso. Escucha más bien a Jesús. Piensa en algo positivo. Haz siempre memoria de lo bueno. Pensar bien de ti mismo y de los demás aleja las dudas, los temores y las acusaciones que lanza el Diablo. Llena tu corazón, tu mente y tu lengua de cosas buenas. Piensa en todo lo bueno de que disfrutas, y espantarás al Diablo. Deja entrar la luz, y la oscuridad desaparecerá. ✠

¹ Apocalipsis 12:9,10

Tu belleza singular

DAVID BRANDT BERG



SI TODAS LAS FLORES fueran del mismo color o si solo existiera una variedad de árbol, al cabo de un tiempo todo sería muy aburrido. La belleza está en la variedad, en la diversidad de clases, texturas, tonalidades y colores. No entiendo por qué se esfuerzan tanto algunos por ser como todos los demás. ¿Qué tiene eso de bello? Cuando veo a las modelos de las pasarelas, aunque muchas tienen una belleza escultural, o una piel espectacular y lo que el mundo considera un cuerpo perfecto, la mayoría son muy parecidas. Son un ejemplo perfecto de belleza industrial.

Estoy totalmente a favor de cuidar la apariencia. Creo que glorificamos a nuestro Creador cuando nos arreglamos, procuramos estar limpios y en forma y nos esforzamos por tener buena presencia. No me parece bien desentenderse de todo eso.

Lo que me molesta es que la gente quiera

Sé siempre la mejor versión de ti mismo en vez de una versión mediocre de otro. Judy Garland

modificar el aspecto que Dios le dio para acomodarse al concepto de belleza de algunas personas. Con ello no hacen otra cosa que dejarse manipular, dejar que otros dominen su forma de pensar y determinen su felicidad. ¿Quién decide lo que es mejor? ¿Cabello oscuro o claro, ondulado o liso, un cuerpo musculoso o delgado, pechos grandes o pequeños, labios gruesos o delgados? ¿Por qué dejar que los demás te impongan su concepto de la estética?

Cuando te esfuerzas tanto por ajustarte a un molde determinado de belleza, ya sea que te quede bien o no, sea realista o no, renuncias a tu identidad. ¿Qué atractivo tiene ser igual a todo el mundo? A algunas personas lo primero que se les nota es el peinado, el atuendo o la operación que se acaban

de hacer para reducir o realzar cierto rasgo. Lo que más llama la atención en ellas es su *look* y si van o no a la última moda. En algunos casos esa imagen ni siquiera es atractiva ni las favorece. No encaja con su anatomía o su personalidad.

Uno de los muchos inconvenientes de compararse con los demás o tratar de ajustarse a los parámetros de belleza que están en boga es que nunca brinda auténtica felicidad. Aunque sientas cierta medida de satisfacción por haber cambiado algo que no te gustaba, o por seguir la última moda, aunque alcances el grado de belleza que esperabas, aunque finalmente consigas ser la persona más atractiva de tu círculo de amistades, ¿cuánto crees que durará? Tarde o temprano te toparás con alguien que está unos peldaños más arriba que tú en la escala de belleza física. ¿Qué harás entonces?

Si lo que deseas es ser feliz, nunca lo lograrás de esa manera. La necesidad constante de ajustarse al patrón de belleza del mundo conduce a obsesiones. Primero se cambia de apariencia física, luego se procura adoptar la personalidad que va ligada al nuevo estilo, después hay que esforzarse por conservar ese estilo, o por estar al día de las últimas tendencias conforme una moda es sustituida por otra. ¿Qué clase de vida es esa? ¿Crees que alguna vez lograrás

personificar el concepto que el mundo tiene de la belleza perfecta? Ni siquiera los famosos lo logran, y eso que tienen dinero de sobra para cambiarse todo lo que quieran. Les cuesta mantenerse vigentes, porque la moda y el concepto de belleza cambian de un día para otro. Ni siquiera la gente que tiene los medios logra mantenerse al día.

Es típico de la naturaleza humana querer tener atractivo y gustar a los demás. Pero la verdadera belleza no tiene que ver exclusivamente con la apariencia física, sino también con lo que llevas dentro, con la chispa que te distingue de los millones de personas que visten igual, se hacen el mismo peinado y se esfuerzan por tener cuerpos idénticos, las masas humanas como hechas en serie que pierden su originalidad por querer estar siempre a la moda.

Ahórrate tiempo, problemas y angustias. Quítate de la cabeza los criterios estéticos ajenos. Olvídate de todo lo que te hayan dicho o hayas visto o pensado. Pregúntale a Dios qué cualidades concretas te ha dado que te distinguen de los demás. Realízalas y saldrá a relucir lo mejor y más hermoso de ti. ✨

¿TE DEPRIME TU ASPECTO?

Refuerza tu autoestima aplicando los siguientes consejos. Son de probada eficacia.

- ✦ ¡Piensa positivo! Concéntrate en tus atributos y no en tus defectos.
- ✦ Muestra buena disposición para probar algo nuevo y cambiar tu imagen.
- ✦ Sé más consciente de lo que te rodea. No centres tu atención en tu propia persona.
- ✦ Aprende de tus errores y sigue adelante.
- ✦ No vivas según las expectativas de los demás.
- ✦ No te compares con otras personas.
- ✦ Reposa en el amor de Dios y ten presente que Él te hizo, que no hay nadie más como tú y que Él te ama tal como eres.





CRECIMIENTO TRUNCADO

PETER STORY

Imagínate un mundo lleno de personas con esa perspectiva, que verdaderamente creyeran que todo es posible.

DE NIÑO VI MUCHAS CARPAS doradas en los acuarios de mis amigos. Recuerdo que no me explicaba por qué tantas personas querían tener de mascotas a esas criaturas tan pequeñas y poco interesantes.

Un día, cuando tenía unos 10 años, en una excursión del colegio fuimos a un jardín botánico que tenía un estanque lleno de peces. Uno era particularmente grande y de color brillante.

—¿Qué clase de pez es ese?

—pregunté a nuestra guía.

—Es una carpa dorada

—respondió.

Quedé confundido.

—Pero las carpas doradas suelen ser pequeñas, ¿no? —pregunté con una pizca de sarcasmo infantil.

—No, en absoluto —contestó—. La carpa dorada llega a ser hasta más grande que estos ejemplares. Todo depende del tamaño del entorno.

No olvidé nunca ese dato, y resolví no pecar nunca más de ignorancia en cuanto a las carpas doradas. Así y todo, pasaron años

antes de que sacara una enseñanza aún más profunda.

¿En cuántas ocasiones he sido como una carpa dorada en una pecera? ¿Cuántas veces me he puesto limitaciones a causa de mi percepción de mi mundo? Peor aún, ¿cuántas veces he puesto mentalmente a otras personas en un pequeño recipiente de cristal? ¿Cuántas veces he descartado a alguien tildándolo de insignificante o aburrido? ¿Cuántas veces no he reconocido las posibilidades de crecer que tenían los demás?

CIRCUNSTANCIAS

DAVID BRANDT BERG

Cuando estés metido en una situación que no te guste y no le veas salida, te sorprenderá lo eficaz que puede ser un poco de optimismo. Es muy natural, en casos así, fijarse en todo lo que anda mal, recordar las veces en que te iba mejor o fijarte en las personas que en ese momento parecen estar en una situación más favorable; pero así no serás feliz. Si quieres ser feliz, tienes que resolver que vas a estar agradecido por lo que tienes en vez de obsesionarte con lo que te falta.

Cuando le buscas el lado bueno a una situación adversa y te concentras en eso, lo que no te gusta queda relegado a un segundo plano. Es posible que las circunstancias no cambien ni un ápice. Pero si tú cambias, será como si las circunstancias también hubieran cambiado, ya que las verás desde otra perspectiva. ✦

¿Cuánto más podría lograr si olvidara mis limitaciones y me atreviera a nadar más allá de las fronteras que yo mismo me he impuesto? ¿Qué pasaría si trasladara a otros de sus pequeñas peceras al mar de posibilidades ilimitadas que nos ofrece Jesús?

Imagínate un mundo lleno de personas con esa perspectiva, que verdaderamente creyeran que todo es posible y se lanzaran a hacerlo. Juntos podríamos llevar a cabo cosas increíbles. Juntos podríamos obrar milagros. ✦

alegría, alegría,

DAVID BRANDT BERG

A VECES NOS TOMAMOS LAS COSAS CON EXCESIVA SERIEDAD, dándonos mucha importancia. Viene muy bien ser capaz de reírse de uno mismo; lo mantiene a uno humilde. El que no sabe reírse de sus equivocaciones ni tomar los fallos ajenos con sentido del humor peca de orgullo o tiene un concepto demasiado severo de la vida.

Dios quiere que gocemos de la vida, y nos ha proporcionado la capacidad, los sentidos y el entorno ideal para ello. Es más, nuestro principal propósito en la vida debe ser, como dijo Martín Lutero, «amar a Dios y disfrutar de Él eternamente».

Los cristianos deberíamos caracterizarnos por ser felices¹, pues tenemos más razones que nadie para serlo. Contamos con el alegre amor de Jesús, que lleva todas nuestras cargas, soporta nuestros pesares y hasta alivia nuestras penas. Él dice que Su yugo es fácil, y Su carga, ligera².

Si ese yugo te parece muy difícil de sobrellevar, tal vez sea porque no echas todas tus preocupaciones sobre Jesús³. Quizá pretendes llevar una carga excesivamente grande y te esfuerzas demasiado por ti mismo en lugar de dejar obrar a Dios mediante Su poder, Su amor, Su gracia y Su fuerza. Él dice: «Sin Mí no podéis hacer nada»⁴. «Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sustentará»⁵.

Cuando yo era joven, un misionero que había trabajado en un país donde estaba prohibido evangelizar se alojó por un tiempo en nuestra casa. Una noche se ofreció a lavar los platos de la cena, y yo me maravillé de su modestia, su gracia y su espíritu alegre y vivaz. Con todo lo que él

1. Salmo 146:5

2. Mateo 11:28–30

3. 1 Pedro 5:7

4. Juan 15:5 (N-C)

5. Salmo 55:22

6. Mateo 5:12

7. Soledad, 1883



alegría

había hecho para el Señor, se puso a lavar humildemente la vajilla conmigo.

Como yo pensaba hacerme misionero, le hice una pregunta que supuse que él sabría contestar mejor que nadie: «¿Cuál es la mayor virtud que debe tener un misionero?» Me esperaba una

respuesta solemne y profunda, producto de su extraordinaria sabiduría y su vasto caudal de experiencia. Ya te imaginarás cuál fue mi sorpresa cuando, deteniéndose un momento con las manos en el lavadero, me miró sonriente y dijo: «Sentido del humor. Ser capaz de reír

cuando tienes ganas de llorar».

Procuremos siempre sonreír en medio de las lágrimas. Un rayo de sol es todavía más hermoso cuando llueve. Que haya entre nosotros más risas y alegría y no tanto pesimismo. El mundo está harto de tanto infierno; démosle a conocer un poquito más de cielo. «Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los Cielos»⁶. La poetisa norteamericana Ella Wheeler Wilcox escribió: «Ríe, y el mundo contigo ríe. Lloras, y nadie te escucha. Prestada es la alegría de esta vida, pero propias sus muchas desventuras»⁷.

Seamos alegres. Evitemos el mal humor y las caras largas. Me viene a la memoria la anécdota de Pepito y la mula: Luego de pasar todo un domingo en la finca de su abuelo, un puritano muy estricto y de rostro grave que todo lo prohibía y a todo contestaba que no, el pobre Pepito fue vagando cabizbajo hasta llegar al establo. Viendo allí a la mula, se le acercó y, acariciándole la cara, le dijo: «Me imagino que tú eres terriblemente religiosa, pues tienes una cara tan larga como la del abuelo». Ese es el concepto de religiosidad que tienen algunas personas. ¡Ojalá que no sea el nuestro! ■

SANTA DICHA

Dios no es un ser triste, sino un Dios feliz que quiere que nosotros también seamos felices. La Biblia dice: «¡Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!»¹ Ese es precisamente el propósito de la salvación: librarnos del sufrimiento, el dolor y la muerte. Dios no es un ogro que quiera negárnoslo todo para amargarnos la vida. Al contrario, Él ama la vida y la creó para que la disfrutemos. Hizo este bello mundo para que lo habitásemos y nos recreásemos en él, y para ello nos dotó de un cuerpo, una mente y un corazón magníficos. Hasta promete concedernos los deseos de nuestro corazón si nos deleitamos en Él².

David Brandt Berg

Profeso una religión alegre. Creo de todo corazón que Jesús nos ama y desea que seamos felices. Es más, anhela que gocemos de la vida, y Él mismo quiere gozar de ella con nosotros. «Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad»³. Su verdad liberadora y la libertad de Su Espíritu nos permiten disfrutar de muchos placeres que ofrece la vida sin por ello alejarnos de Él. No es preciso que escojamos entre ser felices y complacer al Señor; se pueden compatibilizar ambas cosas.

María Fontaine

1. Salmo 144:15 (NVI)

2. Salmo 37:4

3. 2 Corintios 3:17

el factor clave

DAVID BRANDT BERG

ALGUNAS CONFESIONES CRISTIANAS, ASÍ COMO OTRAS RELIGIONES, ENSEÑAN QUE EL SUFRIMIENTO Y LA TRISTEZA son indicadores de la espiritualidad o devoción de una persona. En realidad, es todo lo contrario. Dios no quiere que la religión sea gravosa, y Jesús desde luego no enseñó que tuviera que ser así.

No veo cómo una persona puede ser verdaderamente feliz si no tiene satisfechas sus necesidades esenciales. Por más que alguien tenga todo lo que desea materialmente, hace falta algo más para aplacar su sed espiritual. Gracias a Dios, para eso está Jesús.

Mi religión me hace feliz; hasta mi trabajo me hace feliz, porque sé que ayuda a la gente. Claro que cuando me enfermo, sufro alguna pérdida o me veo en un grave apuro, no me siento muy feliz que digamos por un tiempo; pero eso no llega a invalidar totalmente mi felicidad. Puede que mi estado físico o las circunstancias

en que me encuentre dejen mucho que desear; pero eso no quita que pueda estar feliz en espíritu.

Son pocas las cosas que me quitan la alegría. Mi único deseo —no se me ocurre qué otra cosa podría querer— es que los demás sean tan felices como yo. Ese es el único gran anhelo que tengo: lograr que los demás entiendan todo lo que Jesús nos ofrece, para que ellos también sean felices. Por eso aprovecho cada ocasión que se me presenta para instarlos a abrir su vida y su corazón a Jesús. Sé que así descubrirán la misma dicha que yo he encontrado. Cuando una persona que anda triste me ve feliz, le entra curiosidad por saber a qué se debe, quiere tener lo que yo tengo. Y ese factor clave, naturalmente, es Jesús.

DAVID BRANDT BERG (1919–1994) FUE FUNDADOR DE LA FAMILIA INTERNACIONAL. ESTE ARTÍCULO ES UNA ADAPTACIÓN DE *ALELUYA POR LA ALEGRÍA*, PUBLICADO ORIGINALMENTE EN MAYO DE 1975. ■



EL GOZO DEL SEÑOR

Como cristianos debemos reflejar el gozo del Señor por el bien de los demás. Esa, sin embargo, no debiera ser la única razón: también nos hace bien a nosotros mismos. «El gozo del Señor es vuestra fuerza»¹. Ese gozo se encuentra dedicándole tiempo a Jesús. «En Tu presencia hay plenitud de gozo»². Se encuentra también absorbiendo Su Palabra: «Estas cosas os he hablado, para que Mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido»³. Y se encuentra llevando a la práctica la Palabra: «Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis»⁴. *María Fontaine*

LA VÍA DIRECTA

Ni los bienes materiales ni las circunstancias pueden proporcionarnos una felicidad auténtica y perdurable. Esta solo se alcanza viviendo cerca de Dios y siguiendo el plan que Él nos haya trazado.

Virginia Brandt Berg

1. Nehemías 8:10

3. Juan 15:11

2. Salmo 16:11

4. Juan 13:17

COMPILADO A PARTIR DE LOS ESCRITOS DE DAVID BRANDT BERG

caídas hacia arriba



LA VIDA ES UNA LARGA EXPERIENCIA DIDÁCTICA. Para quienes conocemos y amamos a Jesús, Él es nuestro Maestro. Más que ninguna otra cosa, quiere enseñarnos todo lo que necesitamos saber sobre Él y Su amor, de forma que las cosas anden mejor y seamos más felices.

Dios sabe que ninguno de nosotros puede lograr gran cosa si nos apoyamos exclusivamente en nuestras presuntas fuerzas e inteligencia. Es más, Jesús dijo: «Separados de Mí, nada podéis hacer»¹. Por otra parte, la Biblia también dice que «todo lo podemos en Cristo que nos fortalece»². He ahí la clave. Es menester que aprendamos a dejar obrar a Jesús por medio de nosotros.

Claro está que uno no aprende a depender más del Señor en un santiamén. Requiere tiempo y experiencia; es un proceso que en muchos casos está jalonado de dificultades y aparentes derrotas. Es casi interminable la lista de personajes bíblicos a los que Dios tuvo que enseñar humildad antes de poder servirse de ellos.

1. Juan 15:5

2. Filipenses 4:13

3. V. Génesis, capítulos 37,39–41

4. V. Éxodo, capítulos 2,3

5. V. 2 Samuel, capítulos 11,12,15

6. V. Hechos, capítulo 9

7. 1 Corintios 1:25–29

8. 1 Corintios 10:11; Romanos 15:4

9. Isaías 55:8,9

10. Mateo 25:21



José es un claro exponente de ello. Su padre, Jacob, tuvo 12 hijos, de los cuales José era su preferido. Al final sus hermanos mayores tuvieron tanta envidia de él que poco faltó para que lo mataran. Lo echaron en una cisterna y luego lo vendieron como esclavo. José tuvo que perder su libertad y más tarde ser condenado como un delincuente antes que Dios pudiera exaltarlo —llegó a ser el segundo hombre más poderoso de Egipto— y valerse de él para salvar a Su pueblo del hambre³.

Otro caso fue Moisés. Durante 40 años fue educado como un príncipe en la corte del faraón. Aun así, Dios no pudo valerse de él hasta que hubo vivido 40 años en el desierto sin hacer otra cosa que cuidar ovejas⁴.

Y ¿qué se puede decir de David? Cuando se enamoró de Betsabé —una mujer casada— urdió un plan para que el marido de ella muriera en combate, tras lo cual mintió y pretendió encubrir su crimen. Dios tuvo que desmascararlo y castigarlo severamente. Años después, Absalón, su propio hijo, lo traicionó y le arrebató el trono por una temporada⁵. Pero ¿fue la caída de David verdaderamente una caída? ¿No fue más bien una *caída hacia arriba*? Con Dios, a veces para subir hay que pasar por abajo. Todo lo contrario de lo que uno se imagina. David fue humillado, y eso le recordó que su grandeza dependía exclusivamente del Señor. Como consecuencia de las desgracias y reveses que sufrió, brotó la dulce miel de los salmos y la fragancia de sus alabanzas al Señor por Su amor, Su bondad, Su poder y Su misericordia.

Y repasemos el caso del gran apóstol Pablo. En sus inicios fue un destacado activista judío conocido como Saulo, que se abocó personalmente a la tarea de exterminar a una incipiente secta que por entonces se propagaba con rapidez. Cierta día en que cabalgaba hacia Damasco con la misión de encarcelar y ejecutar a cuantos seguidores de Jesús de Nazaret encontrara, Dios tuvo que derribarlo de su caballo y cegarlo con la fulgurante luz de Su presencia. Temblando, impotente y totalmente ciego, Saulo hubo de ser llevado de la mano a la ciudad, donde permaneció tres días sin poder comer ni beber a causa de su estupor. Un discípulo de Jesús se presentó luego y oró por él, tras lo cual Saulo recobró la vista y se transformó en el apóstol Pablo. Antes de poder servirse de él para ayudar a muchos, Dios tuvo que quebrantarlo y transformarlo en otro hombre⁶.

Casi todas las personas de las que Dios pudo realmente valerse tuvieron que llegar a sentirse acabadas. De lo contrario, se habrían vuelto tan soberbias y seguras de sí que se habrían atribuido todo el mérito. Por eso Dios opta por valerse de lo débil y lo necio⁷.

Cuando aprendemos de nuestros errores, estos tienen un buen efecto en nosotros, como les sucedió a esos hombres de la Biblia. Además, uno también puede escarmentar en cabeza ajena. «Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a fin de que tengamos esperanza»⁸.

Dios no siempre ve las cosas como nosotros. Sus pensamientos y Sus caminos difieren de los nuestros⁹. Él no nos juzga conforme a nuestros éxitos o fracasos, sino según nuestra motivación. Llegará el día, en el Cielo, en que dirá a quienes le hayan sido leales: «Bien, buen siervo y fiel»¹⁰. No dirá *siervo exitoso*, sino *siervo fiel*.

Así, aunque no siempre entendamos por qué tenemos problemas, aprietos, dificultades y quebrantos, no olvidemos que Dios se propone algo con todo ello y sabe bien lo que hace. Él consigue algunas de Sus victorias más resonantes de aparentes derrotas. Victorias que nos vuelven más dóciles, quebrantados, humildes y totalmente dependientes de Él. No tenemos por qué abatirnos cuando parece que todo marcha mal y nuestras esperanzas se ven defraudadas. Es cuestión de caer hacia arriba.

DAVID BRANDT BERG (1919–1994)
FUE EL FUNDADOR DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL. ■

**DIOS TE AGUARDA CON LOS
BRAZOS ABIERTOS. PARA
ENCONTRARLO, HAZ ESTA
SENCILLA ORACIÓN:**

*JESÚS, DESEO CONOCERTE Y
SENTIR TU AMOR. TE ABRO MI
CORAZÓN Y TE INVITO A ENTRAR
EN MÍ. AMÉN.*

ORACIÓN

LO MEJOR QUE SE PUEDE HACER POR ALGUIEN

DAVID BRANDT BERG

DIOS TIENE SUS MOTIVOS para permitir que la vida tenga sus avatares. Uno de los principales es que quiere que aprendamos a orar. Deja que toquemos fondo y que se agoten nuestras fuerzas. Permite que fracasen nuestros métodos e ideas para resolver una situación a fin de que comprendamos que es Él quien debe intervenir, y que luego oremos para que lo haga por medio de Su poder.

Si hay algo que podemos hacer para remediar la situación y le preguntamos qué es y cómo proceder, Él nos lo revela y nos ayuda a hacerlo. En definitiva, sin embargo, lo que contribuye a la solución más que ninguna otra cosa —y sin lo cual todo lo que hagamos se queda corto— es que oremos, que recemos para que Él obre en el plano espiritual.

Dios es el único que puede transformar el corazón y la mente de un ser humano, y el único que puede predisponer a una persona para que quiera cambiar o hacer lo debido para progresar o remediar el daño. Lo mejor que se puede hacer para ayudar a alguien a solucionar sus problemas es orar. Uno no puede obrar el milagro, pero el Señor sí. Nuestras oraciones accionan la mano del Señor y obran cambios en el plano espiritual, los

cuales a su vez repercuten en el plano físico. No solo crean las condiciones que propician milagros, sino que dan la tranquilidad de que se ha hecho todo lo que se podía. Cuando se encomiendan las situaciones al Señor en oración se puede tener la confianza de que Él se hará cargo de todo lo que pase.

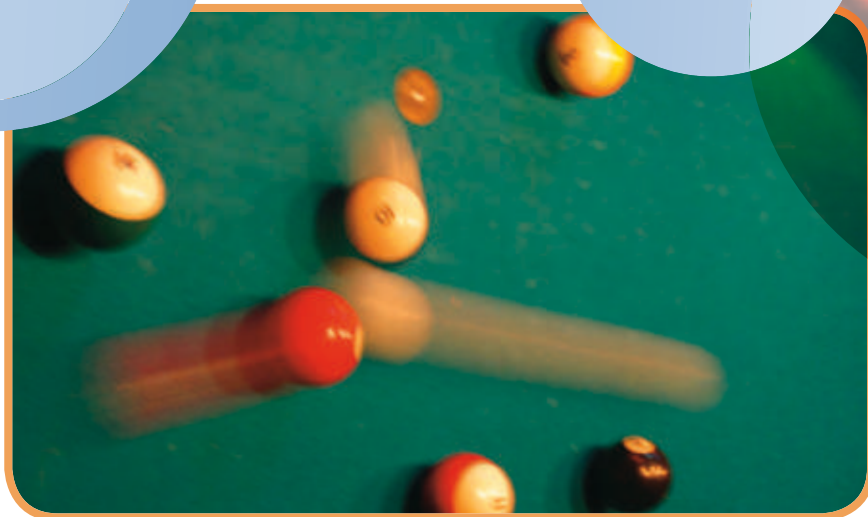
Muchas personas no captan del todo la importancia de la oración, sobre todo las que por naturaleza son muy emprendedoras. Para ellas es más difícil todavía ponerse a orar y no estar constantemente haciendo algo en el plano físico. Hay que entender y creer que el único que puede actuar en el plano espiritual para transformar personas y situaciones es Dios, y que lo mejor que puede hacer uno para ayudarlo a ayudar a los demás es orar por ellos. El Señor cuenta con que oremos; cuando no oramos, muchas veces tiene que esperar antes de obrar grandes milagros, pues quiere que oremos sin cesar. Su Palabra dice: «No tenéis lo que deseáis, porque no pedís» (Santiago 4:2).

La oración es un fenómeno espiritual muy misterioso. Es imposible entender a cabalidad cómo se propone obrar el Señor, cómo decide responder, por qué algunas oraciones obtienen contestación antes que otras, por qué en una situación obra un milagro patente y en otra no. No podemos aspirar a saberlo todo sobre los asuntos de Dios, pero sí podemos confiar en que nuestras oraciones tienen un gran efecto. •

Muchas personas no captan del todo la importancia de la oración.



COMO ACTUAN LAS ORACIONES



EL SEÑOR DEJA QUE MUCHO dependa de nosotros, de nuestro interés y nuestras oraciones. Si oramos a medias, obtenemos media respuesta. En cambio, si clamamos de todo corazón, nos da respuestas claras y contundentes. Cuanto más intensa es la oración, más nítido es el reflejo. La oración se refleja o es respondida con la misma intensidad con que se originó, como cuando se proyecta un haz de luz sobre un espejo. Rebota con la misma fuerza con que empezó.

Dios deja un montón de cosas en nuestras manos. Mucho depende de nuestra fe, de nuestras oraciones y de lo que queremos que se haga. Si nos

avivamos para rogar por una persona necesitada o una situación de apuro, Dios se mueve y hace algo. Pero muchos tienen una actitud perezosa y por lo visto piensan que, pase lo que pase, Él lo hará todo. En realidad depende mucho de nosotros. Dios quiere que manifestemos interés orando, y que le pidamos en concreto lo que queremos que haga.

Si de verdad tenemos fe, Dios escucha y responde

cada una de nuestras oraciones. Pero si no oramos, no pasa nada. Depende muchísimo de nosotros. Es preciso que visualicemos a las personas por las que oramos, que recemos explícitamente por ellas y le pidamos al Señor que haga tal o cual cosa.

La intensidad y seriedad de nuestra oración y nuestro deseo se refleja en la respuesta. Lo podríamos comparar con una onda de radio que da contra un

satélite y se refleja según su intensidad. La potencia de la señal emitida determina la potencia de la señal que se refleja y se recibe. El resultado de nuestra oración —la respuesta o ayuda que reciba la persona por la que oramos— depende de la intensidad o fervor de nuestra súplica. La persona no recibe más de lo que enviamos.

¿Por qué hay respuestas que tardan más que otras? Algunas oraciones son como ondas de radio que rebotan en un planeta distante. Es posible que la respuesta tarde años, pero a la postre llegará.

Aunque nos gustaría que nuestras oraciones se vieran respondidas en el acto, es posible que eso no ocurra porque el Señor sabe que no es el momento indicado. Lo podríamos comparar con el lanzamiento de una nave espacial con destino a la Luna. El momento escogido depende de la posición de la Tierra y de la Luna. ¿Por qué se elige determinada fecha? Porque la Luna tiene que estar lo más cerca posible de la Tierra cuando llegue la nave espacial, a fin de que al momento del regreso a nuestro planeta todavía esté lo bastante próxima para poder volver.

El billar americano también es una buena analogía. El juego tiene sus variantes, pero en todos los casos se emplea una mesa con seis troneras o agujeros y se utiliza una bola blanca para meter las otras en las troneras.

El jugador controla la fuerza y la dirección con que golpea la bola blanca; de ello depende todo lo demás. Lo típico es jugar con quince bolas numeradas que se disponen formando un apretado triángulo en uno de los extremos de la mesa. Un

jugador da la tacada inicial para dispersarlas por la mesa. Luego los jugadores se van turnando para tratar de meter en las troneras tantas bolas numeradas como puedan. No está permitido cambiar de posición con la mano ninguna de las bolas, ni siquiera la blanca, salvo en ciertos casos concretos. El jugador debe procurar impulsar la bola blanca con el taco de forma que golpee una de las bolas con el ángulo preciso para introducirla en una tronera o para empujar a otras bolas hacia una tronera, si es necesario haciéndolas rebotar una o más veces en las bandas laterales.

La oración funciona de manera muy parecida. Dios definió las reglas del juego y dio la tacada inicial. Las diversas personas y situaciones están en la posición que Él ha determinado, y hay que jugar conforme a Sus reglas. Él dispone en un principio la posición de las bolas, y tenemos que jugar con lo que hay.

Lo que pase después depende mucho de la posición de las diversas personas y situaciones; pero nuestro modo de orar por ellas también afecta el resultado. La manera de formular o expresar nuestra oración y de pedirle a Dios que la responda se podría comparar con la forma de impulsar la bola blanca con el taco. La

fuerza, el ángulo y el efecto de la tacada se complementan para determinar el resultado de la jugada.

En cierta modalidad del juego hay que golpear las bolas en un orden determinado. No se puede golpear una bola sin haber metido en las troneras las anteriores. Naturalmente, quien numeró las bolas fue el inventor del juego.

En tu condición de jugador, tú no determinas la posición que ocuparán la bola numerada y la bola blanca cuando te llegue el turno. Eso depende de dónde hayan quedado luego de la tacada inicial y de las jugadas posteriores. Hay que esperar a que la bola blanca y la que se quiere golpear estén en buena posición con respecto a una tronera, y entonces sólo resta jugar con precisión para meter la bola donde se quiere.

La primera jugada la hizo Dios. Fue Él quien hizo el tiro de apertura y esparció las bolas. Conforme avanza la partida, Él y los demás jugadores van alterando la posición de las bolas con sus jugadas. La única diferencia es que Dios no pretende vencer. Si estás de Su parte, Él te ayuda a ganar.

Es como una partida por parejas: tu compañero es Dios; y tus rivales, el Diablo y sus secuaces. Dios hace Sus jugadas con vistas

a facilitar las tuyas. Claro que por muy bien que te lo prepare todo, si no apuntas bien, no sirve de nada.

Por muy buena puntería que tengas, la bola numerada —o sea, la persona o situación por la que ores— tiene que estar en determinada posición para que la puedas golpear bien. Aunque juegues estupendamente, si el trayecto hacia el objeto de tus oraciones está obstruido, tus oraciones no le llegarán. Depende mucho también del destinatario de tus oraciones. Para que se beneficie de ellas, tanto tú como él tienen que estar en la posición debida.

Otro ejemplo con el que podemos ilustrarlo son las ondas de radio. Digamos que se quiere enviar un mensaje vía satélite al otro lado del mundo. Para empezar, el mensaje no se transmitirá si el aparato no está enchufado a la corriente. En segundo lugar, el transmisor tiene que estar en buenas condiciones. Si es

defectuoso o se ha desajustado, o está mal sintonizado, no transmitirá bien, y el mensaje no llegará con claridad. Además, la antena debe estar bien orientada para que el mensaje llegue al satélite de comunicaciones.

En esta ilustración, tú eres el transmisor con su antena, el Espíritu Santo es la fuente de energía, y la voluntad de Dios, el satélite. En cierto sentido, el Señor determina y limita la trayectoria de tu oración, porque si no la diriges a la zona cubierta por el satélite, el mensaje no llega. El satélite, que es la voluntad de Dios, está en una órbita fija que no puedes alterar, como el plan general de Dios, que también está predeterminado. Tú debes orientar la antena de forma que al emitir tu oración ésta quede dentro de los límites de esa órbita fija. De nada servirá que envíes el mensaje a otra parte. Hay que apuntar bien.

Si estás bien sintonizado, el Espíritu Santo encauzará

tu oración. Si tu transmisor es automático y está controlado por el Espíritu Santo, se sintonizará por sí solo. La computadora del Señor regulará la potencia, la emisión, la dirección, todo, de forma infalible. En cambio, uno puede echarlo todo a perder si se pone a manipular los diales y a cambiar la configuración por su cuenta. Además, el satélite de la voluntad del Señor debe estar en la posición precisa para que la comunicación rebote hacia el receptor, el cual a su vez debe encontrarse en la posición justa para captar la señal.

Como ves, son varios los factores que influyen en la oración. Y cualquiera de ellos puede hacer que no obtengamos una respuesta inmediata. Puede que seamos nosotros mismos los que estamos entorpeciendo la comunicación, o que no sea el momento escogido por Dios, toda vez que Su satélite no se encuentra aún en la posición precisa. La dificultad también puede estar en el otro extremo.

En resumen, la oración depende de cuatro factores principales: tu posición, la de Dios, la de la persona o situación por la que oras, y la forma en que oras.

Volviendo a la ilustración del billar americano, diríamos que depende de la posición de la bola blanca, de la bola que

vas a golpear, de la tronera y de la habilidad con que juegues. Tú no determinas totalmente el resultado; tampoco la persona por la que oras, y Dios se ha fijado límites para no determinarlo totalmente, dejando que influyan esos otros factores.

En la analogía de la transmisión por radio, la posición del satélite de Dios es fija; pero el aprovechamiento de él que se haga depende de ti y del beneficiario. Por decirlo de alguna manera, Dios ha fijado la *posición* general de Sus designios; pero el lugar que ocupes dentro del plan divino depende de tu posición, de la de la persona o situación por la que ores, y de que apuntes bien para que la señal llegue al satélite.

En suma, el Señor deja mucho en nuestras manos y en manos del destinatario. Él siempre hace Su parte; Su órbita es fija y Su satélite siempre está donde corresponde. Por tanto, lo único que puede alterar el resultado es tu posición y la del beneficiario, así como la energía y dirección de tu transmisión.

Así funciona la oración. Si lo que pides se ajusta a la voluntad de Dios —lo que Él considera mejor para todos los afectados—, si tanto tú como el destinatario de tu oración se encuentran en la posición debida y apuntas con precisión, darás en el blanco y lograrás el efecto deseado. ⇐

LECTURAS

ENRIQUECEDORAS

ORACIÓN MEDITATIVA

LA ORACIÓN MEDITATIVA NOS LLEVA A LA PRESENCIA DE DIOS.

Salmo 4:4

Salmo 46:10

Salmo 63:5,6

Santiago 4:8

MEDITAR EN EL SEÑOR NOS INFUNDE FE, ESPERANZA Y PAZ INTERIOR.

Salmo 16:8,9

Salmo 104:34

Isaías 26:3

Isaías 30:15

Filipenses 4:6,7

LA ORACIÓN MEDITATIVA NOS PREPARA PARA ESCUCHAR PALABRAS DEL CIELO.

Job 37:14

Jeremías 29:13

Jeremías 33:3

Mateo 6:6

MEDITAR EN LA PALABRA DE DIOS.

Josué 1:8

Salmo 1:2

Salmo 119:15

Salmo 119:99

Salmo 119:148

1 Timoteo 4:15

HASTA JESÚS NECESITABA PASAR RATOS ORANDO Y MEDITANDO.

Marcos 1:35

Marcos 6:46

Lucas 5:16

Lucas 6:12

PROFECÍAS

SOBRE

EL

FUTURO

¿TE QUEDARÁS ATRÁS?

Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

Puntualizaciones sobre el Arrebatamiento, 1ª parte

El capítulo 24 de Mateo despeja muchas dudas sobre el tema de la Segunda Venida de Jesús, oportunidad en que reunirá a todos cuantos hayan aceptado Su salvación para luego llevarse-los consigo al Cielo. Ese suceso se conoce como el Arrebatamiento. Otros pasajes bíblicos también expresan con claridad en qué momento se producirá ese extraordinario acontecimiento. Por eso, durante casi 1800 años prácticamente la totalidad de los cristianos creyó que Jesús retornaría después del período que Él denomina la Gran Tribulación, que consistirá en tres años y medio de intensas persecuciones.

No fue sino un par de siglos atrás que surgieron personas como C.I. Scofield (1843-1921) que pregonaron la ilusoria doctrina de que Jesús retornaría antes de la Tribulación. Esas personas instaban a los cristianos a no preocuparse de los tiempos difíciles que sobrevendrían a la humanidad, puesto que Jesús vendría y los sacaría del mundo antes de la Tribulación, ahorrándoles con ello muchos sufrimientos. Naturalmente, aquella doctrina tuvo mucha aceptación, por cuanto era el vivo reflejo de lo que todo el mundo anhelaba.

Según lo veo yo, muchos cristianos que sostienen que el Arrebatamiento se producirá antes de la Tribulación simplemente

no quieren tener que pasar por este período aciago de la Historia. La razón es que no están ni mínimamente preparados para ello. Por eso hacen su interpretación particular de las Escrituras o se aferran a falsas enseñanzas formuladas por otras personas. Sin embargo, la Biblia nos manda específicamente no hacer eso. «Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada» (2 Pedro 1:20). Poco interesa lo que afirmen otros cristianos o grupos religiosos. El quid de la cuestión es: ¿Qué dice la Biblia?

En Mateo 24, los discípulos de Jesús le preguntan cuál será la señal de Su venida. Éste les responde desvelándoles no una, sino numerosas señales: guerras,

hambrunas, pestilencias, terremotos, persecución de los cristianos, proliferación de falsos profetas, anarquía, la falta generalizada de amor y la predicación del Evangelio en todas las naciones. «Entonces —dice— vendrá el fin» (Mateo 24:14).

A partir del versículo siguiente, Jesús nos cuenta lo que sucederá durante la Gran Tribulación, es decir, los últimos tres años y medio antes de Su retorno, que a su vez coinciden con la segunda mitad del régimen del Anticristo. Además nos dice a qué señal específica debemos estar atentos, a fin de saber exactamente cuándo dará comienzo ese período. «Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel [...] habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mateo 24:15,21). En el libro del Apocalipsis descubrimos que esa «abominación desoladora» es una imagen del Anticristo, de la Bestia (Apocalipsis 13:14,15). Tanto en el libro de Daniel como en el Apocalipsis se nos dice que exactamente a la mitad del



septenio en que regirá el Anticristo se erigirá dicha imagen en el lugar santo (Daniel 9:27; 12:11; Mateo 24:15-21; Apocalipsis 13:5).

¿Cuándo regresará Jesús por nosotros? Eso también queda sentado de manera inobjetable: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días» (Mateo 24:29). Jesús no anuncia que cuando veamos la abominación desoladora en el lugar santo Él estará a punto de rescatarnos de manos del Anticristo y salvarnos de la inminente tribulación. Nos advierte que nos dirijamos a los montes (Mateo 24:16). Es decir, que todavía estaremos aquí.

Además, ¿por qué se tomarían el Señor y los profetas la molestia de decirnos exactamente cuánto durará la Gran Tribulación —la duración exacta en días, semanas y meses— si no tuviéramos necesidad de saberlo, si no fuéramos a estar aquí para contar esos días, semanas y meses? (Daniel 7:25; 12:11; Apocalipsis 13:5). Jesús nos reveló esos detalles porque quiere que cobremos ánimo sabiendo que la Tribulación no durará para siempre y que cada día que pase nos irá acercando al glorioso final.

Las circunstancias que se vivirán durante la Tribulación serán tan terribles que muchas personas pensarán que es hora de que Jesús retorne, sobre los cristianos a quienes se les enseñó que iba a venir antes de la Tribulación. Estarán a la expectativa de que venga en cualquier momento.

que no debemos esperar que retorne antes de lo predicho. También nos previene que no nos dejemos engañar por falsos cristos que procurarán hacernos creer que ellos son el legítimo Mesías, o por falsos profetas que pretenderán convencernos de que la venida de Jesús es inminente o que Él ya se encuentra en alguna parte (Mateo 24:23-26). Nos dice que no les creamos, porque cuando Él venga, lo sabremos sin asomo de duda.

Algunos que enseñan que la Tribulación será posterior al Arrebatamiento llegan al extremo de afirmar que éste acontecerá en secreto, que nadie verá a Jesús a excepción de los salvos. Nadie más sabrá siquiera que Cristo ha retornado. Sostienen que de golpe un gran número de personas desaparecerá y que quienes queden atrás no sabrán qué fue de nosotros.

Si el Arrebatamiento se va a producir en secreto, ¿cómo es que el Señor hará tanto escándalo en el momento de Su retorno? Su Palabra dice que

vendrá «sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria». El cielo se iluminará de un extremo a otro, y habrá tales señales en el firmamento que será imposible



de Jesús. Es más, dice que «todo ojo le verá». Todos verán también levantarse a los muertos en Cristo —es decir, a todas las personas salvadas que ya hayan muerto— para reunirse con Él en el aire. Además lo escucharán, pues «el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo». Y ¿por qué se lamentarán todos los no salvos? Porque presenciarán lo que ocurrirá y tendrán plena conciencia de ello (Mateo 24:27,30; Hechos 1:9-11; 1 Tesalonicenses 4:16; Apocalipsis 1:7). Será el espectáculo más grandioso que el mundo haya visto jamás.

No parece una descripción de una Parusía o de un Arrebatamiento secretos. ¿Tú qué opinas?

Lo dice tan claro como el agua: Después que los muertos en Cristo hayan resucitado para reunirse con el Señor, «nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire» (1 Tesalonicenses 4:17). De haber sido arrebatados con anterioridad, ya no estaríamos aquí. •





¿Te quedarás atrás?

PUNTUALIZACIONES SOBRE
EL ARREBATAMIENTO, 2ª PARTE

Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

UNA DE LAS ARTIMAÑAS más astutas del Diablo ha sido engañar a los cristianos convenciéndolos de que Jesús va a rescatarlos de este mundo antes de cumplidos los tres años y medio de la Gran Tribulación. Quienes abrazan esa teoría no van a estar ni mínimamente preparados para hacer frente a la Tribulación. De ahí que la fe de algunos de ellos sufrirá un remezón. Muchos cristianos que esperan ser arrebatados —llevados al Cielo en el momento de la Segunda Venida de Jesús— antes de la Tribulación se van a llevar la sorpresa de su vida, porque no va a ocurrir tal cosa. Jesús mismo lo dijo: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, [...] verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará Sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a Sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro» (Mateo 24:29-31).

Después de la Tribulación aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo. Después de la Tribulación se lamentarán todas las tribus de la Tierra. Después de la Tribulación verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Después de la Tribulación enviará a Sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a Sus escogidos. Entonces será cuando vuelva Jesús por nosotros, después de la

Tribulación, ni un día antes.

¿Para qué va a retornar Jesús? Para reunir a Sus escogidos, los *eklektos* en griego, es decir, los elegidos, los salvos. En esa época de tribulación, los cristianos estarán predicando el Evangelio y conquistando a multitudes de personas. ¿Por qué habría el Señor de retirar a Sus obreros antes de esos pocos años en que la gente estará más afanosa que nunca por hallar la salvación y se producirá una de las siegas de almas más grandiosas de la Historia, años en que estaremos obrando portentos e instruyendo a muchos? (Mateo 9:37,38; Daniel 11:32,33). Si obraremos portentos e instruiremos a muchos durante la Tribulación, tiene que ser que todavía estaremos aquí. El Señor tendrá que servirse de muchos de nosotros para aclararle al mundo lo que está pasando.

Algunos argumentan que si Dios ama tanto a los cristianos salvos, ¿por qué habría de permitir que pasaran por la Tribulación? Para ponerlos a prueba. Pondrá a prueba su fe para ver si realmente creen. ¿Darán testimonio de Él, o se avergonzarán de Él y tratarán de salvar la vida evitando dar testimonio? Dice Su Palabra que Él los depurará y refinará por medio del fuego, a fin de emblanquecerlos (Daniel 11:35).

Si esto te decepciona, lo lamento mucho. Quizá pensabas que por el hecho de ser cristiano Él vendría a

Nadie
que haya
aceptado
a Jesús
como
Salvador
se
quedará
atrás.

rescatarte antes que algo terrible sucediera. Lo siento en el alma, porque no será así. La Tribulación nos hará pasar por el fuego purificador, pero quienes tengan fe de verdad saldrán como oro refinado en el crisol.

Sabemos que la Tribulación será difícil, de otro modo no se llamaría así. En todo caso, tampoco debemos aguardarla con trepidación, esperando sufrir una derrota ignominiosa, puras persecuciones y padecimientos. Más que nada se caracterizará por ser una época de grandes victorias sobre las fuerzas de Satanás y de resonantes triunfos sobre los impíos devotos del Anticristo. Será una época de acontecimientos terribles y sobrecogedores. Sin embargo, contaremos con poderes igualmente terribles y sobrecogedores para defendernos, librarnos y seguir adelante hasta el fin mismo (Daniel 11:32; Apocalipsis 12:7-11; Apocalipsis 17:14). No tenemos por qué preocuparnos ni tener miedo, ya que Dios cuidará de los Suyos (Apocalipsis 3:10; 7:1-3; 12:6).

Otra falsa doctrina que circula en torno al Arrebatamiento es que solamente los mejores cristianos participarán en él. Cuando era niño escuché a diversos predicadores decir: «Un día de éstos llegarás a casa y te encontrarás con que todos tus seres queridos habrán desaparecido». Pues a mí me pasó eso. Resulta que un día llegué del colegio y no había nadie en casa. Pensé: «¡Chuta! ¡Ha ocurrido el Arrebatamiento! ¡El Señor se llevó a mis papás! Ellos y todos los demás cristianos que conozco, con quienes me crié, estaban listos. Amaban al Señor, y no eran malos como yo. El Señor ya los arrebató, y yo me quedé atrás, solito en esta enorme casa». Casi me pongo a llorar.

Es terrible enseñar algo así a

los niños —o a cualquiera—, que aunque amen a Jesús y estén salvados, si no alcanzan cierto grado de santidad, si no van mucho a la iglesia o si cometen algún otro pecado, no estarán preparados para el retorno de Cristo, y por lo tanto se perderán el Arrebatamiento. Los predicadores afirmaban: «Puede que estén salvos, pero se quedarán atrás durante ese horrendo período de tribulación, toda vez que Jesús sólo se llevará en el Arrebatamiento a los buenos».

Te aseguro que por muy bueno que uno sea, nunca lo es en medida suficiente. Por mucho que uno ame a Jesús, siempre se queda corto. Todo lo que tenemos de perfectos, limpios, puros y santos es por la sangre de Jesucristo, desde el instante en que lo reconocemos como salvador. Si perteneces a Jesús, Él te llevará consigo cuando venga. Lo demás no importa.

Nadie que haya aceptado a Jesús como Salvador se quedará atrás. Él prometió que enviaría a Sus ángeles a juntarnos de todas partes, de los cuatro vientos, de todo el orbe, y no dejará ni uno atrás. No se olvidará de nadie, de ninguno (Mateo 24:31). Qué maravilla, ¿verdad?

De modo que si tienes al Señor, ya estás listo. Ayuda ahora a otros a prepararse. Anuncia a cuantos puedas la Buena Nueva del amor de Dios y de la salvación que nos ofrece Jesucristo. Habla de ello con tus amigos y familiares y con todas las personas que conozcas, a fin de que ellos también estén listos para ese increíble acontecimiento que pronto tendrá lugar, cuando Jesús venga a rescatarnos de este mundo y llevarnos consigo a lugares celestiales donde viviremos con Él por la eternidad. Que ninguno se quede atrás por culpa tuya. •

Cómo interpretar LAS PROFECÍAS DE LA BIBLIA

1ª PARTE

*«Usando bien
la Palabra de
verdad»
(2 Timoteo
2:15).*

David Brandt Berg

LOS PLANES DE DIOS en cuanto al mundo y a la historia de la humanidad en general, según figuran en las profecías de la Biblia, no van a sufrir ninguna alteración. Los acontecimientos principales, sus protagonistas y el desenlace final se encuentran ya definitivamente establecidos. «Para siempre, oh Señor, permanece Tu Palabra en los Cielos» (Salmo 119:89). «Yo el Señor no cambio» (Malaquías 3:6). Él no cambia, ni Su Palabra. Y Sus planes para el mundo, expresados proféticamente, tampoco van a cambiar.

Hay ciertos puntos específicos de los que podemos estar seguros. Sabemos que 1) Jesús va a volver; 2) luego de Su regreso, quienes lo reconozcan como Salvador serán dotados de cuerpos gloriosos y 3) partirán al Cielo durante el arrebatamiento a 4) disfrutar de la Fiesta de las Bodas del Cordero en la esplendorosa Ciudad Celestial, mientras 5) en la Tierra se desatan un infierno y se derrama la ira de Dios sobre los impíos y rebeldes seguidores del Anticristo. Sabemos que luego de esto se producirá 6) la Batalla de Armagedón (derrota total del Anticristo y su régimen), a la que seguirá 7) el Milenio. Además, tenemos conocimiento de que 8) el Milenio concluirá con la Batalla de Gog y Magog, y luego se producirá 9) una restauración total de la superficie terrestre (el Cielo Nuevo y la Tierra Nueva). Este orden de acontecimientos aparece muy claramente detallado en las Escrituras. No puede ponerse en duda, pues la Biblia lo expone con rigor y precisión.

Son datos concretos que conocemos bien, y a medida que nos aproximemos a esos acontecimientos, tendremos una noción más clara y exacta de ellos y de otros relacionados. Si bien todavía ignoramos muchos detalles de estos sucesos futuros, sí se nos dice a qué señales debemos estar atentos, hechos clave que tendrán lugar y a partir de los cuales nos será posible determinar la secuencia y el momento en que se producirán otros acontecimientos de envergadura.

Así pues, lo primero que debemos

Conéctate Abril de 2002

**Si bien
todavía
igno-
ramos
muchos
detalles
de estos
sucesos
futuros,
sí se nos
dice a
qué
señales
debemos
estar
atentos.**

conocer al estudiar la Palabra de Dios son los elementos invariables, los hechos establecidos que vienen respaldados por las Escrituras. Ellos constituyen la base firme sobre la que se asentará nuestra interpretación de las profecías. Es necesario conocer bien esos fundamentos de las profecías bíblicas para poder determinar qué podría suceder, cómo y cuándo. (Nota de la Redacción: La mayoría de esos datos fundamentales se exponen en el librito *Ya estaba escrito*, editado por Aurora Production.)

BIENAVENTURADOS LOS QUE ENTIENDEN

En general, los exegetas coinciden en la interpretación de las profecías relativas a hechos históricos. Surgen muy pocas dudas en torno a ellas, por cuanto ya se han cumplido. Los imperios a que se refieren ya surgieron y desaparecieron, y los demás acontecimientos también sucedieron tal como Dios predijo, a veces con cientos de años de antelación. No es, pues, difícil entender o enseñar profecías bíblicas ya cumplidas; como los hechos que anuncian ya han tenido lugar, la interpretación se hace evidente. Al internarse en los acontecimientos del futuro es cuando uno empieza a pisar terreno movedizo. Entonces surgen las diferencias de interpretación o doctrina.

Sin embargo, el hecho de que existan lagunas o diferencias de opinión no es motivo para no tratar de esclarecerlas. En la Palabra de Dios dice a quienes leen el libro del Apocalipsis: «Bienaventurados los que oyen y entienden las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas» (Apocalipsis 1:3). Lo mismo se aplica a cualquier otro mensaje profético de las Escrituras. Tratar de entender las profecías de la Biblia, de comparar una con otra hasta arribar a las interpretaciones más plausibles, es algo que requiere esfuerzo. Sin embargo, Dios llama bienaventurado al que lo hace.

No es indispensable conocer todos los detalles proféticos referentes al futuro. De una forma u otra se van a cumplir; de modo que no hay que preocuparse por

eso. Aun así es conveniente conocerlos todo lo que podamos a fin de advertir e instruir a los demás.

PAUTAS BÁSICAS

Existen algunas normas básicas para la interpretación de la Palabra de Dios. La primera opción, siempre que sea posible, es interpretarlas literalmente. No debería ser necesaria la interpretación si existe la posibilidad de que el significado sea estrictamente el que señalan las palabras. Hay que tratar de no ver entre líneas ningún significado oculto o fuera de lo común. O sea, si un versículo o un pasaje tiene sentido desde un enfoque literal, es recomendable tomarlo así.

Por otra parte, si es algo que no suena lógico ni razonable, o da la impresión de que sea imposible de interpretar de ese modo, puede que se trate de un simbolismo. Se debe entonces analizar el resto del capítulo para ver si se halla allí la explicación. Por ejemplo, está el caso de la imagen y las bestias del libro de Daniel: todas son interpretadas por el ángel o por el hombre que se le aparece a Daniel, o por él mismo. Se nos dice qué representa cada elemento y se nos ofrece la interpretación.

Si la explicación no se encuentra en el pasaje mismo, hay que buscar en otra parte de la Biblia a fin de descubrir pasajes en que aparezcan los mismos términos, para ver cómo están empleados y qué significado tienen en esos párrafos.

Cuando nos topemos con misterios en la Palabra, lo más importante es dejar que el Autor mismo nos los esclarezca. «Clama a Mí —nos dice en Jeremías 33:3—, y Yo te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces». Pide a Dios que te guíe paso a paso hasta dar con la interpretación acertada. Naturalmente, habrá cosas que Él no te revelará todavía. Quizá no te hace falta saberlo, porque su cumplimiento aún está lejano. Pero no dejes de preguntar, buscar y llamar, y cuando sea el momento oportuno, Él te abrirá el entendimiento. ○

Continuará.

cómo interpretar las profecías de la biblia

«Usando bien la Palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15).

2ª parte

David Brandt Berg

¡A Dios le gustan los misterios!

Los profetas observaban el futuro y veían los acontecimientos venideros como una serie de cadenas montañosas localizadas una detrás de otra. Solo les era posible divisar claramente los *picos*; los *valles* entre las mismas estaban casi totalmente ocultos. Es decir, no siempre lograban distinguir entre un *acontecimiento* y otro, del mismo modo que dos o tres cadenas montañosas, situadas una detrás de otra, desde cierta distancia pueden dar la impresión de ser una sola. En el momento, a los profetas normalmente no les quedaba muy claro el orden y la cronología de los sucesos futuros. Sin embargo, a otras personas se les fueron esclareciendo a medida que fueron teniendo lugar. Lo mismo ocurrirá con los que aún no distinguimos bien.

Muchos son los misterios que Dios no nos ha revelado ni nos revelará hasta el momento señalado. Muchos de los profetas que recibieron las revelaciones registradas en la Biblia nunca se dieron a la tarea de explicarlas, en la mayoría de los casos porque no las entendían. Por ejemplo, en cierta ocasión el profeta Daniel quedó tan perplejo con lo que el Señor vaticinó por medio de él que afirmó que el solo hecho de pensar en ello lo turbaba (Daniel 7:28). Quedó completamente desconcertado.

Dios dice: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos. [...] Como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8-9). ¿Cómo podemos, pues, comprender con nues-

tra limitada mente todos los misterios divinos en torno al futuro?

Sin embargo, poco a poco el Señor arroja un poco más de luz sobre los acontecimientos del Tiempo del Fin. El sol no aparece de golpe en el cielo matutino. Primero hay un largo período de madrugada, y poco a poco aumenta la luz hasta que empieza a asomar el sol. Y después todavía se demora un rato más hasta hacerse visible del todo. Con esa misma calma y lentitud nos revela Dios la interpretación de las profecías de la Biblia.

¿Hacemos bien en teorizar?

No vale la pena pretender fijar con mucha precisión todos los sitios, personajes y acontecimientos futuros, y la forma en que estos últimos se producirán; pero al menos debemos familiarizarnos con los hechos más

relevantes del Tiempo del Fin. Sí conviene ponerle un poco de cabeza y oración a estos asuntos para tratar de descubrir cuándo podrían materializarse, ya que ello nos permitirá reconocerlos cuando se cumplan.

El estudio de las profecías de la Biblia es semejante a los experimentos que realiza un científico en un laboratorio. Uno comienza planteándose interrogantes. (Si no tenemos claras las preguntas, ¿cómo vamos a hallar las respuestas?) Luego explora diversas posibilidades con miras a arribar a las conclusiones acertadas —o al menos a las *probables* conclusiones acertadas— por medio de un proceso de eliminación. Se pueden formar teorías sobre el significado de diversas profecías de la Biblia por el proceso de deducción y eliminación. Es posible que no demos con todas las respuestas acertadas, pero eso es mejor que no plantearse nada ni tratar de descubrir nada.

¿Hasta qué punto conviene entrar en detalles?

Yo no soy muy partidario de entrar en mucho detalle. Son muchos los predicadores y estudiosos de la Biblia a los que se acusó de falsos profetas porque sus predicciones o interpretaciones en torno a ciertos detalles no se cumplieron.

Los únicos detalles de los que podemos tener certeza

son los que Dios ha revelado explícitamente en Su Palabra, como por ejemplo, que la Gran Tribulación va a durar tres años y medio, o 42 meses, o 1260 días (Daniel 12:7; Apocalipsis 11:12; 11:3).

En este momento no sabemos el tiempo ni el lugar precisos en los que se producirán la mayoría de los acontecimientos del Fin de los Tiempos. Estamos al tanto de las generalidades. Cuando empiecen a cumplirse los sabremos con mayor exactitud.

Algunos fanáticos de las profecías se han pasado de la raya por pretender dilucidar todos los detalles —los días, las horas y los minutos— cuando en realidad es pronto para eso. Si uno se enfrasca mucho en los detalles, corre el riesgo de cometer cantidad de errores y perder mucho tiempo. Cuando llegue la hora lo sabremos. Sólo el tiempo lo dirá. Hay que tener paciencia, pero a la vez mantenerse a la expectativa de los indicios y señales que vayan asomando.

Cómo comprobar la exactitud de una interpretación

Una cosa sí se puede tener por segura acerca de las profecías: que al cumplirse, su significado se hace patente. Lo dijo Jesús: «Os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis» (Juan 14:29).

El Señor incluyó todas

esas profecías en la Biblia para nuestra edificación. Algunas tienen por objeto darnos a entender el plan divino para el futuro, a fin de prepararnos debidamente. Otras —las que no entendemos a cabalidad al presente— son para infundirnos fe e instruirnos más adelante, cuando veamos y palpemos su cumplimiento. En ese momento cobraremos ánimo al saber que el Señor está al control de todo y que está sucediendo tal como Él lo predijo. Además sabremos en qué punto estamos de la cronología del Tiempo del Fin.

Cuando yo viajaba en tren siempre llevaba un itinerario para saber exactamente dónde me encontraba a cada momento. Naturalmente, el tren no siempre era puntual; pero cada vez que entraba en una estación, yo sabía si estábamos atrasados. Los letreros de las estaciones me indicaban mi ubicación exacta, y yo podía hacer los ajustes del caso en el horario.

Si nos familiarizamos con los principales *paraderos* que hay dentro de la sucesión de acontecimientos del Tiempo del Fin dispuesta por el Señor, cuando arribemos a cada uno de ellos sabremos en qué punto del tiempo nos encontramos y cuánto nos falta para llegar a destino. Reconoceremos las «señales de los tiempos» (Mateo 16:3), nos acordaremos de las Escrituras y cobraremos ánimo. •

(Continuará.)

Cómo interpretar las profecías de la Biblia

3ª PARTE

«Usando bien la Palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15).

David Brandt Berg

¡Sé flexible!

Algunos han tomado mis interpretaciones de las profecías de la Biblia como palabra santa, irrefutable, inamovible, en vez de considerarlas teorías, que es lo que son. Me he esforzado por no ser dogmático ni afirmar que las cosas tengan que ser de tal o cual manera, porque bien podría ser que mis interpretaciones estuvieran equivocadas.

Cuando doy clases de profecía bíblica, a veces incluso presento alternativas y opciones distintas a mi opinión personal, aunque en esos casos aclaro luego cuál es exactamente mi postura. Al presentar más de una interpretación, no solo se informa mejor a la gente, sino que se la induce a pensar y llegar a sus propias

conclusiones. Además, de esa forma es menos probable que su fe se vea socavada en caso de que la interpretación por la que yo me inclinaba resulte errónea.

Por más que uno crea contar con el respaldo de pasajes muy explícitos de las Escrituras, o aunque haya recibido revelaciones del Señor, es mejor de todos modos dar ocasión a Dios de ir aclarando o modificando las cosas con el tiempo.

Dios nos libre de ser tan dogmáticos o inflexibles en nuestras interpretaciones que no seamos capaces de mudar de opinión cuando el Señor nos indique algo distinto. A la larga uno puede terminar descubriendo —como me ha sucedido a mí— que había hecho una interpretación equivocada. Si no estamos abiertos a

nuevas verdades, inclusive a nuevas interpretaciones —particularmente si las antiguas eran suposiciones o teorías de otros, o hasta opiniones propias—, terminaremos dando vueltas a la misma noria y resistiéndonos a toda idea o concepto nuevo que Dios quiera revelarnos. Le resultará muy difícil abrirnos los ojos. Tenemos que ser flexibles.

¿Qué pasa si nuestra interpretación resulta errónea?

Cuando Jesús habló a Sus discípulos de las señales de Su segunda venida, dijo: «No pasará *esta* generación —refiriéndose a los que verían cumplirse dichas señales, a *nosotros* que

vemos su cumplimiento hoy en día— hasta que todo esto acontezca» (Mateo 24:34). Al parecer los apóstoles creyeron que se refería a aquella época, con lo cual queda claro cuánto puede uno equivocarse si no interpreta bien las cosas. Si a ellos les pasó tan fácilmente, le puede pasar a cualquiera.

No hay que desanimarse si una interpretación que teníamos por certera resulta ser errónea. No por eso hay que desechar toda la Biblia y lo que hemos aprendido sobre las profecías contenidas en ella. Cuando uno nota una manchita en un plátano, una pera o una manzana, no por eso arroja la fruta a la basura. Simplemente rebana lo malo y aprovecha lo que queda de bueno.

Prefiero mil veces cambiar de idea cuando Dios me revele algo que, por orgullo o temor al bochorno, negarme a cambiar con respecto a algún detalle de interpretación de las profecías. Prefiero asumir un golpe a mi orgullo y estar en lo cierto, que negarme a admitir mi error y seguir descaminado. Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

¿Priman las profecías bíblicas sobre todo lo demás?

Yo no considero imprescindible que los cristianos coincidan en todos los por-

menores relacionados con las profecías de la Biblia. Lo único esencial es que estemos de acuerdo en que Jesús nos trae la salvación. Lo único vital es que coincidamos en la autoridad fundamental de la Palabra de Dios y en la obligación que tenemos de dar testimonio de Su verdad ante los demás, para que ellos también acepten Su amor y obtengan gratuitamente la salvación.

Mucho son los que se descarriaron por dedicar más tiempo a las disquisiciones sobre la interpretación de las profecías de la Biblia que a la evangelización del mundo. No nos apartemos de la sencillez del Evangelio. «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (Mateo 18:3). Los niños no se pasan la mayor parte del tiempo discutiendo sobre nimiedades teológicas.

Muy pocas personas se convierten a Cristo merced a interpretaciones esotéricas de las profecías de la Biblia. Quienes se acercan al Señor por esa vía corren el gran riesgo de perder la fe si dichas predicciones no se cumplen. «Las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará» (1 Corintios 13:8). Puede que uno tenga el don de profecía y que entienda todos los misterios y toda la ciencia, pero sin amor eso no le servirá de nada (1 Corintios 13:2).

¿Cuál es el mayor man-

damiento? ¿Hacernos expertos en el análisis escrupuloso de las profecías de la Biblia? ¡No! El mayor mandamiento es amar a Dios. Y el que le sigue en importancia es amar al prójimo como a uno mismo (Mateo 22:37-39). Las profecías de la Biblia tienen su importancia, pero si no se tiene amor todo eso no pasa de ser un cúmulo de datos fríos e inertes. Por muy importante que sea la profecía bíblica, el amor es preeminente.

Así pues, no te enfriques tanto en los pormenores, las doctrinas y los dogmas en materia de profecía bíblica que pierdas de vista el verdadero objetivo: pregonar al mundo el Evangelio del amor de Dios.

Jesús mismo sabía todo lo que había que saber sobre el futuro. Sin embargo, Su principal misión fue amar al mundo, y Su mensaje primordial, la Buena Nueva del amor y la salvación divinos. ¿Cuál fue el mensaje final que comunicó Jesús a Sus discípulos durante la última cena, poco antes de ser detenido, golpeado y crucificado? Les habló del amor, les señaló que el amor era lo más importante (Juan 13:3-17,34,35; 15:9-13,17).

Que Dios te bendiga y haga que seas una gran ayuda para los demás divulgando la Buena Nueva. Y así será si pones tu voluntad de Su parte. •



Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

LA FUTURA VIDA CELESTIAL DE AMOR

CÓMO

SERÁ EN

REALIDAD

EL CIELO

EL LUGAR DONDE LOS HIJOS de Dios morarán con Él para siempre no será un quimérico mundo de ilusión perdido en algún punto del espacio exterior, sino una colosal ciudad que desafía el más descabellado de nuestros sueños y que descenderá del cosmos, de Dios, para posarse sobre una Tierra nueva. Dios bajará a vivir con nosotros, y nosotros viviremos con Él (Apocalipsis 21:1–3). Según los capítulos 21 y 22 del Apocalipsis, el Cielo bajará aquí a la Tierra. Estos pasajes dan las medidas exactas de esa ciudad celestial, sus colores y los materiales de los que está hecha.

Pero antes de hacer descender esa maravillosa ciudad divina, la Escritura narra que Dios purificará con fuego la superficie de la Tierra, eliminará la atmósfera y luego convertirá el planeta en una hermosa Tierra nueva dotada de nueva atmósfera. La esfera será la misma, sólo que con una superficie enteramente renovada: ¡un edén, el paraíso de Dios! (Salmo 102:25–26; Isaías 51:6; 2 Pedro 3:7,10,12).

Aunque no conocemos con exactitud todas las características de esa nueva Tierra, sí sabemos que será

mejor que la actual, un mundo libre de muerte, de tristeza, de dolor y de los problemas que nos agobian hoy en día (Apocalipsis 21:4).

Los habitantes de ese espléndido lugar no serán tan distintos de los actuales moradores de la Tierra. Tendrán un aspecto muy parecido al que tenían en esta vida, así como Jesús conservó Su mismo aspecto después de levantarse de entre los muertos. Luego de resucitar, Jesús tenía la facultad de aparecer y desaparecer, de atravesar paredes y puertas cerradas y de volar de un lugar a otro a la velocidad del pensamiento. Comía, bebía, y Sus discípulos podían palparlo (Lucas 24:36–43; Juan 21:12–13). En el Cielo tendremos cuerpos sobrenaturales, incorruptibles, inmortales, semejantes al de Cristo luego de Su resurrección. A diferencia de nuestro cuerpo natural, que se deteriora con el paso del tiempo y vuelve al polvo, los cuerpos gloriosos con que estaremos dotados entonces se distinguirán por su inmortalidad (Filipenses 3:21; 1 Juan 3:2).

Si lo único que cupiera esperar del Cielo fuera sentarnos en una nube a tocar el arpa per sécula

seculórum, sería aburridísimo. Yo estoy convencido de que para que sea un verdadero cielo tiene que ofrecer todas las alegrías, placeres y bellezas de esta vida, pero sin sus inconvenientes. Todas sus ventajas y ninguna de las desventajas. Dios no creó todos estos encantos para luego desecharlos. El Cielo reunirá las mejores virtudes de este mundo, sólo que en su máxima perfección.

A causa del pecado y la caída del hombre, lo cierto es que no hemos tenido ocasión de disfrutar de la vida tal como Dios quería que lo hiciéramos en un principio. En

En el Cielo tendremos cuerpos

sobrenaturales, incorruptibles,

inmortales, semejantes al de Cristo.

el Cielo, sin embargo, eso se hará realidad. Y creo que las Escrituras corroboran lo que acabo de decir. El Cielo será una prolongación eterna de lo que ya poseemos aquí mismo en nuestro corazón los que amamos a Jesús. Será perfecto, maravilloso, apasionante... todo lo que tenemos ahora, pero perfeccionado.

Todos los pobladores de ese mundo serán buenos, sinceros, cariñosos y amables. Constituiremos una sociedad ideal, estaremos en perfecta armonía con el Señor y con los demás. No abrigaremos odio ni envidias, egoísmo ni crueldad. No envejeceremos ni nos arrugaremos. Tampoco estaremos atados al tiempo. ¡Será inconcebiblemente maravilloso!

Dentro de esa gran ciudad celestial, todos los hijos de Dios salvos vivirán con Él para siempre (Apocalipsis 21:24,27). En cambio, fuera se

encontrará gente en diversos estados, según la vida que haya llevado y la medida en que haya aceptado la verdad del Señor. Dado que «el mar no existirá más» (Apocalipsis 21:1) —a diferencia de nuestro planeta actual, cuya superficie se compone de cuatro quintas partes de agua—, habrá espacio de sobra para quienes vivan fuera de la ciudad celestial.

La creación en su totalidad será tal como Dios dispuso que fuera en el principio: libre de pecado, de guerras, de destrucción... un paraíso terrenal para toda la gente, incluso para quienes no sean salvos y por ende no tengan derecho a entrar en la ciudad ni a transitar por sus calles de oro.

El río de la vida, que brota del trono de Dios, baña la ciudad. A sus orillas se extiende un parque sembrado de árboles de la vida, que dan doce clases de frutos y cuyas «hojas son para la sanidad de las naciones» (Apocalipsis 22:1–2). Bien podría ser que estas hojas balsámicas simbolizcen las palabras de Dios, Su verdad. No cabe duda de que los habitantes del Cielo saldrán de la ciudad y serán maestros entre las naciones, de lo cual se infiere que todavía tendrán una misión y un trabajo que cumplir.

Los que hayamos aceptado a Jesús en esta vida conformaremos el círculo íntimo y residiremos en el interior de la ciudad, la ciudad encantada. Nos habremos convertido en seres sobrenaturales dotados de cuerpos gloriosos, inmortales, y llevaremos una vida de ensueño. ¿Estás listo para estas maravillas que nos aguardan? ¿Te llevarás contigo a todas las personas que puedas?

Que Dios te bendiga con Su amor y Su salvación celestial ahora mismo y para siempre. •



la ciudad celestial y la nueva tierra

Compilado por Joseph Candel

a partir de los escritos

de David Brandt Berg

Ante el deterioro de la coyuntura internacional, se hace más importante que nunca tener presente que habrá un desenlace feliz. Es cierto que, antes de mejorar, la situación se pondrá peor. Lo fundamental, sin embargo, es que va a mejorar, ¡y mucho! A la noche más oscura que el mundo haya conocido seguirá la alborada más gloriosa. Por fin entonces se establecerá el reino de Dios, que prevalecerá para siempre.

Durante tres años y medio —denominados en la jerga bíblica la *Gran Tribulación*—, el Anticristo —dictador mundial cuyo advenimiento se espera en breve— perseguirá a los creyentes de todas las confesiones religiosas. No obstante, al final de la Gran Tribulación, Jesús retornará «sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» para rescatar a los Suyos y reunirlos con Él (Mateo 24:29-31).

Todos los hijos de Dios salvos que hayan muerto a lo largo de los siglos resucitarán y ascenderán milagrosamente para reunirse con Cristo en el aire. Luego los salvos que aún queden en la Tierra serán instantáneamente transformados y se unirán a ellos. Jesús rescatará a los Suyos de las fuerzas

anticristianas que los estén atribulando y se los llevará a la celebración más grandiosa que haya habido jamás: la cena de las bodas del Cordero en el Cielo (Apocalipsis 14:14-16; 19:6-9).

Entretanto, la pavorosa ira de Dios se derramará sobre el Anticristo y sus seguidores (Apocalipsis 14:8-11,17-20; 15:1,7-8; 16:1-11).

Las huestes del Cielo conducidas por Jesús volverán entonces para derrotar al Anticristo y sus fuerzas. Este enfrentamiento se conoce como la batalla de Armagedón. La misma señalará el fin de los gobiernos de los hombres, ya que a partir de ahí, según la Escritura, Jesucristo y Sus fuerzas asumirán el mando del planeta para regirlo con justicia.

Durante los siguientes mil años —período que se denomina el Milenio— habrá una era de paz y abundancia, y la Tierra será un paraíso (Apocalipsis 19:11-21; 20:1-6).

Al final del Milenio, Satanás será liberado de su prisión en el corazón de la Tierra, donde habrá estado recluido todo ese período. Recobrará su libertad por un brevísimo

simo tiempo, suficiente para volver a engañar a las naciones. Una vez más, quienes no se hayan convertido al Señor, se unirán a Satanás en franca rebeldía contra el reino de Dios en la Tierra. Dios volverá a vencer al Diablo y sus seguidores —esta vez en el marco de una batalla aún más desoladora que el Armagedón, la de Gog y Magog—, tras lo cual purificará completamente la superficie terrestre con un diluvio de fuego (2 Pedro 3:10; Apocalipsis 20:8-9; 21:1).

Después de la batalla de Gog y Magog, Dios edificará un mundo nuevo sobre las cenizas del antiguo, «cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Pedro 3:13). El planeta será el mismo, pero con una superficie totalmente renovada. Dios recreará la faz de la Tierra y establecerá en ella un nuevo edén.

Entonces Su imponente ciudad celestial descenderá del espacio para posarse sobre la Tierra nueva. El Altísimo bajará a vivir con nosotros, y nosotros conviviremos con Él (Apocalipsis 21:2-3).

Dicho Cielo en la Tierra será tan concreto y tangible que los capítulos 21 y 22 del Apocalipsis lo describen con todo lujo de detalles, y dan las medidas, los colores, los materiales de la ciudad y mucho más. Será la urbe más grandiosa que se haya construido. Superará con creces nuestros más aventurados sueños. Cubrirá una superficie aproximada de 5,8 millones de kilómetros cuadrados, como casi toda Australia, más de la mitad de Europa o Estados Unidos, o una quinta parte del continente africano (Apocalipsis 21:16).

«La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero [Jesús] es su lumbrera» (Apocalipsis 21:23). El Sol y la Luna seguirán brillando para beneficio de quienes vivan fuera, pero los que estén dentro no los necesitarán, toda vez que la ciudad estará dotada de su propia energía luminosa: la luz de Dios, de Su Hijo, Jesús.

Toda su estructura será de «oro puro, semejante al vidrio limpio» (Apocalipsis 21:18). ¡Imagínate!

Un maravilloso río de la vida fluirá del trono de Dios y atravesará el centro de la ciudad. A ambas riberas del río crecerán árboles de la vida, que darán continuamente doce tipos de fruto, y cuyas hojas serán «para la sanidad de las naciones» (Apocalipsis 22:2). Los santos resucitados tendrán cuerpos sobrenaturales, también conocidos como cuerpos gloriosos, por lo que no necesitarán curación. De ello inferimos que la sanidad a la que alude este pasaje será para la gente y las naciones que moren fuera de la ciudad.

Otra característica notable de la Tierra nueva será que «el mar no existirá más» (Apocalipsis 21:1). Hoy en día la mayor parte de la superficie terrestre está cubierta por agua. Eso significa que cuando Dios rehaga el planeta y hayan desaparecido los mares, este dispondrá de cuatro o cinco veces más tierra habitable, la cual podrá ser aprovechada por las gentes de fuera de la ciudad.

El globo terráqueo se renovará completamente, será todo nuevo. Estará poblado de pájaros y animales amistosos, además de todas las hermosas criaturas de Dios que conocemos actualmente. En cambio, no habrá lugar para los insectos dañinos ni para las plagas, cardos y espinos (Isaías 11:6-9; 55:13). Toda la creación será tal cual la concibió Dios en el principio, semejante al Huerto del Edén. Un mundo de ensueño, sin pecado ni guerras, sin devastaciones ni muerte, sin enfermedades, ni lágrimas, ni dolor.

Y eso no es todo: «En la casa de Mi Padre —dijo Jesús— muchas moradas hay. [...] Voy, pues, a preparar lugar para vosotros [...], para que donde Yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:2-3). Si has reconocido a Jesús como tu Salvador, un día de estos serás propietario de una mansión que no te costará nada: Jesús ya pagó por ella.

¿Estás preparado para ir al Cielo?
¿Podrás circular libremente por las calles de la ciudad celestial? Solamente los salvos andarán en ella (Apocalipsis 21:24). No querrás perderte eso, ¿verdad? Basta con que aceptes a Jesús como Salvador, si es que aún no lo has hecho. ■

La Biblia no solo nos habla de tiempos pasados, sino que nos da a conocer el futuro. Contiene miles de profecías detalladas sobre personas, lugares, momentos, situaciones y acontecimientos muy precisos. Muchas de esas profecías giran en torno a las postrimerías del reinado de los hombres en la Tierra, una época a la que se ha dado en llamar el Tiempo del Fin, el período histórico en que vivimos actualmente.

14 hitos del tiempo del fin

1. Señales de los tiempos

La Biblia nos ofrece numerosas «señales de los tiempos», indicaciones a los que debemos estar atentos para saber exactamente cuán cerca estamos del retorno de Cristo. Entre esas señales cabe mencionar un alarmante incremento en la frecuencia, magnitud y gravedad de fenómenos como las guerras, las hambrunas, las pestes y los terremotos (Mateo 24:7); que el Evangelio se predicará en todo el mundo (Mateo 24:14); un espectacular aumento de los viajes internacionales y los conocimientos científicos (Daniel 12:4); una gran «apostasía» de la fe en el Dios verdadero, pues «los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando a muchos» (2 Tesalonicenses 2:3; 2 Timoteo 3:13); la propagación del egoísmo y de la falta de afecto natural, que alcanzan cotas sin precedentes hoy en día (Mateo 24:12; 2 Timoteo 3:1-4), señales todas estas que generan «angustia de las gentes», que llevan a los hombres a «desfallecer por el temor» (Lucas 21:25,26) y que evidentemente se vienen cumpliendo hoy en día como nunca en la Historia.

2. El Anticristo y su ascenso al poder

Uno de los signos más destacados del fin de los tiempos es el acceso al poder de un gobierno mundial completamente ajeno a Dios, encabezado por un dictador poseído por el propio Satanás, un dirigente de talla internacional al que se denomina el Anticristo. El mundo, desesperado, irá en pos de ese súper estadista con la esperanza de que posea el ingenio para resolver sus más acuciantes problemas, poner fin a sus crisis económicas, armonizar las relaciones políticas internacionales, terminar con las disputas religiosas y desactivar la bomba de tiempo nuclear (Daniel 8:23-25; 11:21,24; 2 Tesalonicenses 2:3,4).

3. Firma del pacto

El Anticristo firmará un pacto por siete años, un acuerdo conciliatorio entre las principales religiones, mediante el cual el mundo gozará de cierta medida de paz (Daniel 9:27a). De algún modo se valdrá de dicho pacto para solucionar la actual crisis de Oriente Medio y lograr

>> COMPILADO
POR JOSEPH CANDEL
A PARTIR DE LOS
ESCRITOS DE DAVID
BRANDT BERG >>

un acuerdo entre árabes y judíos. Gracias a este arreglo éstos últimos podrán reconstruir su ansiado templo y reanudar el antiguo sacrificio ceremonial de animales (Daniel 8:11; 9:27; Mateo 24:15; 2 Tesalonicenses 2:4).

Durante la primera mitad del septenio en que gobernará el Anticristo, el mundo se maravillará de él. Habrá conseguido hasta cierto punto la pacificación del planeta, el repunte de la economía mundial, una justa redistribución de las riquezas, una mayor asistencia a los pobres, la solución de la crisis de Oriente Medio y un compromiso a favor de la libertad de culto (Daniel 11:21-24,39).

4. Violación del pacto

No obstante, y sin previo aviso, a la mitad de esos siete años romperá el pacto (Daniel 9:27b), invadirá Israel desde el norte (Daniel 11:28-31), suprimirá toda forma tradicional de culto religioso (Apocalipsis 13:7,8), se declarará Dios (2 Tesalonicenses 2:4) y exigirá que todo el mundo le rinda culto y adore su «imagen», la cual

La Tribulación será semejante a los últimos días del cautiverio de los hijos de Israel en Egipto, antes que Moisés los condujera en su éxodo.

podría ser una suerte de robot.

El falso profeta —principal asesor del Anticristo— encandilará a la opinión pública y será el creador de dicha imagen (Apocalipsis 13:11-14). La erigirá en el recinto del reconstruido templo judío (Daniel 11:31). El profeta Daniel se refirió a ella como la «abominación desoladora». Será una efigie que *hablará* y de algún modo

tendrá la capacidad de aniquilar a todo el que se niegue a rendirle culto (Apocalipsis 13:14,15). Jesús dijo que en el momento en que veamos esa abominación desoladora en el templo, sabremos que han dado comienzo los últimos tres años y medio del dominio de los hombres en la Tierra, época que, según Él nos advirtió, será de «gran tribulación» (Mateo 24:15,21).

5. Gran tribulación

Durante los últimos tres años y medio de su régimen, el Anticristo instaurará un sistema de crédito global, con lo cual eliminará el papel moneda. Su régimen se valdrá de ese nuevo sistema crediticio para obligar al mundo a rendirle culto y someterse a sus dictados, toda vez que nadie podrá comprar ni vender sin contar con un número de crédito personal, la «marca de la Bestia», en la mano o en la frente (Apocalipsis 13:16-18). No obstante, los hijos de Dios y muchas otras personas se negarán a adorar al Anticristo y a permitir que les implanten su marca, y el Señor cuidará de ellos (Apocalipsis 12:6,14).

Mientras el Anticristo y los suyos persigan y traten de liquidar a sus enemigos, Dios desatará plagas y pestes que los atormentarán (Apocalipsis capítulo 8; 9:1-11; 11:3-6). La Tribulación será semejante a los últimos días del cautiverio de los hijos de Israel en Egipto, antes que Moisés los condujera en su éxodo. Los profetas de Dios van a obrar grandes señales, portentos y milagros en defensa del Evangelio y de los hijos de Dios. Mientras tanto, Dios dejará caer plagas sobre sus enemigos (Apocalipsis 11:3,5,6).

Una serie de guerras y la persecución a escala planetaria desatada por el Anticristo contra todos los que se nieguen a rendirle culto harán de la Tribulación una época de crisis «cual no la ha habido desde el prin-

cipio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mateo 24:21). Sin embargo, en diversos pasajes y mediante datos corroborativos la Biblia aclara cuánto va a durar la Tribulación: tres años y medio, o 42 meses, o 1260 días¹ desde el momento en que el Anticristo ponga su imagen en el templo. Dios nos reveló esas cifras para animarnos a seguir fieles a Jesús y aguantar durante una época que para los cristianos será de extremas dificultades (Daniel 7:25; 12:7; Apocalipsis 13:5; 12:6,14; 11:3).

Durante ese lapso, «el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará. Y los sabios del pueblo instruirán a muchos» (Daniel 11:32,33).

Cuando el Anticristo crea que tiene al mundo en su poder, Jesús retornará para rescatar de este mundo a todos Sus seguidores.

Los habitantes de la Tierra buscarán la verdad con más afán que nunca. Quienes conozcan la Palabra de Dios y sean fieles testigos Suyos instruirán y alentarán a millones. A pesar de todas las tentativas de las fuerzas del Diablo para detenerlos, millones de hijos de Dios seguirán adelante por Él hasta el fin mismo.

6. Guerra nuclear

En algún momento, probablemente hacia el final de la Gran Tribulación o incluso después del arrebatamiento (hito nº7), 10 «reyes» se aliarán con el Anticristo para destruir con fuego a «Babilonia, la gran ramera». Varios versículos sugieren que podría tratarse de los principales países de Europa, o quizás representen globalmente a la Unión Europea, que junto con Rusia se volverá contra

los Estados Unidos y lanzará por sorpresa un ataque nuclear que destruirá a la nación americana en «una hora» (Apocalipsis 17:12,13,16,17; Apocalipsis 18:2,7,8). Los detalles de esto todavía no están muy claros; pero a medida que se acerque el momento, iremos viendo exactamente cómo se cumplen esos versículos.

7. El arrebatamiento

Al final de los tres años y medio —«inmediatamente después de la tribulación de aquellos días»—, cuando el Anticristo crea que tiene al mundo en su poder, Jesús retornará para rescatar de este mundo a todos Sus seguidores. Las fuerzas del Anticristo quedarán perplejas al ver al Señor viniendo en las nubes del Cielo con poder y gran gloria (Mateo 24:29-31; Apocalipsis 1:7).

Al regreso de Cristo, todos los hijos de Dios salvos resucitarán gloriosamente en lo que se conoce como el *arrebatamiento*. El apóstol Pablo escribió: «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (1 Corintios 15:51,52). Los sepulcros de todos los cristianos que ya hayan muerto se abrirán. Se les dotará entonces de nuevos cuerpos gloriosos, como el de Jesús después de resucitar. «Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:16,17). □

(Continuará)

¹ En aquella época los meses constaban todos de 30 días, y los años de 360 exactamente.

14 hitos del TIEMPO DEL FIN

PERSPECTIVA GENERAL DE LAS PROFECÍAS BÍBLICAS, 2ª PARTE



(La primera parte del presente artículo cubrió las siete fases o acontecimientos principales del Tiempo del Fin, tal como se describen en Mateo 24 y otros pasajes: 1) el cumplimiento de una serie de señales; 2) el surgimiento de un dictador mundial al que se conoce como el Anticristo; 3) la firma de un pacto que dará inicio a un breve período de estabilidad y marcará el comienzo del septenio en que gobernará el Anticristo; 4) la ruptura del pacto a los tres años y medio de haberse firmado; 5) un período de aflicción y sufrimiento sin precedentes que se conoce como la Gran Tribulación; 6) una guerra nuclear que destruirá a Babilonia, la gran ramera, en una hora; 7) el arrebatamiento, cuando al final de la Gran Tribulación Jesús regrese para rescatar a Sus seguidores y llevárselos de este mundo.)

8. La cena de las bodas del Cordero

En el arrebatamiento Jesús regresará para rescatar a Su desposada, es decir, Su iglesia, de las garras del Anticristo. Raudamente se llevará a los Suyos para que asistan a la fiesta de bodas más grandiosa y emocionante que se haya celebrado: la gran cena de las bodas del Cordero, que tendrá lugar en el Cielo. En ella, el Señor recompensará a todos Sus fieles seguidores con hermosas coronas de la vida, que conservarán eternamente (Apocalipsis 19:7-9; 2:10).

9. La ira de Dios

Después que el Señor rescate y arrebate a los Suyos, se verterán las horribles copas de la ira de Dios

sobre el Anticristo y sus perversas huestes, que todavía estarán en la Tierra. Serán las plagas más espeluznantes que el mundo haya conocido. Los ángeles ajusticiadores de Dios darán su merecido al Anticristo y sus secuaces (Apocalipsis 11:18; 14:9,10; 16:1-11).

10. La batalla de Armagedón

En un valle situado en el norte de Israel, el Anticristo conducirá a sus ejércitos en una campaña para exterminar a quienes persistan en oponérsele. Pero Jesús y Sus huestes de santos —todos Sus seguidores renacidos y resucitados de todas las épocas— regresarán a la Tierra en majestuosos corceles blancos para derrotar y abatir al Anticristo y sus malvadas fuerzas en la apocalíptica batalla de Armagedón (Apocalipsis 16:12-16; 19:11-21).

11. El Milenio

La Tierra será restaurada. Recobrará el estado de perfección en que se encontraba en los tiempos del Edén (Isaías 11:6-9; 14:7; 65:25; Oseas 2:18), y Jesús y Sus santos establecerán en ella el reino de los Cielos (Daniel 2:44; 7:18,22,27; Apocalipsis 5:10). Durante mil años el Diablo será encarcelado en el abismo (Apocalipsis 20:1-3) y los habitantes del mundo no salvos —sobrevivientes de la batalla de Armagedón— serán obligados a obrar bien. Entonces sí —bajo el justo reinado de Jesús y Sus santos— cesarán todas las guerras. Por fin el mundo será gobernado con verdadera justicia y equidad, libertad, paz, abundancia y felicidad para todos (Isaías 2:4; Apocalipsis 2:26; 20:4-6).

Ese período de mil años se denomina el *Milenio*.

Durante el Milenio, los santos resucitados poseerán cuerpos gloriosos como el que tenía Jesús después de haber resucitado (Filipenses 3:20,21; Lucas 20:36) y estarán dotados de extraordinarios poderes: invencibilidad; inmunidad al dolor, a las enfermedades y a la muerte; capacidad de volar, de aparecer y desaparecer, de mudar de aspecto, de leer el pensamiento, de comunicarse telepáticamente y de detener emitiendo apenas un pensamiento o una mirada a quienes se dispongan a obrar mal (1 Juan 3:2; Juan 20:19,26; Lucas 24:31; Hechos 10:40,41).

Los habitantes de la Tierra seguirán teniendo cuerpos naturales, como los que poseemos actualmente, y no dispondrán de los poderes sobrenaturales de los santos. Ello facilitará mucho nuestra tarea de gobierno, la cual realizaremos con amor, con sabiduría y con el poder y la autoridad de Cristo. Dado que todos podrán percibir la gloria del poder y el reino de Dios, en el Milenio no habrá incrédulos (Hebreos 8:11; Habacuc 2:14). Lamentablemente, subsistirán ciertos elementos que opondrán resistencia y que no se someterán ni obedecerán, sino que con actitud obstinada y desafiante se rebelarán cuando tengan ocasión de hacerlo al final de este soñado período de mil años (Isaías 26:10).

12. La batalla de Gog y Magog

Al final del Milenio Satanás será liberado de su encierro en el abismo por «un poco de tiempo», apenas lo suficiente para engañar a los rebeldes no conversos que, una vez

COMPILADO POR
JOSEPH CANDEL
A PARTIR DE LOS
ESCRITOS DE DAVID
BRANDT BERG

*Durante
el Milenio,
los santos
resucitados
poseerán
cuerpos
gloriosos
como el que
tenía Jesús
después
de haber
resucitado
y estarán
dotados de
extraordina-
rios poderes.*

más, lo seguirán hasta las últimas consecuencias en abierta rebeldía contra el Señor y Su gobierno. Dicha rebelión desencadenará la catastrófica batalla de Gog y Magog, en la que Dios hará llover fuego del cielo para consumirlos del todo. De tales proporciones será el fuego que calcinará por completo la superficie del planeta, y los cielos atmosféricos se desvanecerán con un gran estruendo, como un pergamino que se enrolla (Apocalipsis 6:14; 2 Pedro 3:10). Se renovará entonces toda la superficie del planeta, y gozaremos de una nueva y hermosa Tierra en la que no habrá más contaminación ni existirán ya los mares, aunque puede ser que perduren masas menores de agua. Tampoco existirá el Diablo, por cuanto habrá sido arrojado al lago de fuego (Apocalipsis 20:7-10; 21:1).

13. El juicio ante el gran trono blanco

Tras la culminante batalla de Gog y Magog, los no salvos de todas las eras resucitarán para ser juzgados ante un gran trono blanco, momento en que «se abrirán los libros». Se les impartirá su sentencia definitiva según sus obras y se les asignará su morada en la otra vida (Apocalipsis 20:11-13). Los peores, los más crueles y perversos, serán enviados al Infierno o al Purgatorio para recibir su castigo y purificación. En cambio, quienes se esforzaron por obrar bien pero no se salvaron por no haber tenido ocasión de oír el Evangelio —cuyos nombres estarán inscritos en el libro de la vida— tendrán oportunidad de aceptar a Jesús y disfrutar de la increíble Tierra nueva (2 Pedro 3:9; 1 Timoteo 2:4; 1 Pedro 3:18,19).

14. Cielo nuevo y Tierra nueva

La impresionante ciudad celestial de Dios descenderá entonces desde lo alto sobre el planeta Tierra —bellamente recreado— y Dios mismo morará aquí con nosotros (Apocalipsis 21:1-3). La ciudad celestial medirá casi 2.400 kilómetros de largo, 2.400 de ancho y 2.400 de alto (Apocalipsis 21:16).

Toda la ciudad estará hecha de oro puro, semejante al vidrio limpio (Apocalipsis 21:18). A través de sus diáfanos muros contemplaremos la belleza del planeta Tierra, ya regenerado y restituido, poblado por naciones nuevas que habrán conocido y aceptado la justicia, la bondad y el amor de Dios. A la postre, gracias a la misericordia y justicia divinas cesará todo castigo sobre la tierra y debajo de ella. Casi todos los que hayan vivido alguna vez se reconciliarán finalmente con Dios y morarán con los elegidos dentro de la ciudad celestial, o bien fuera de ella. «El Señor no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3:9). «Quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2:4). «Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla [...] y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:10,11).

Casi todos los que hayan vivido alguna vez se reconciliarán finalmente con Dios y morarán con los elegidos dentro de la ciudad celestial, o bien fuera de ella.

¿Disfrutarás tú del arrebatamiento, la cena de bodas, los mil años de cielo en la tierra y la eterna ciudad celestial de Dios? ¿Eres uno de los salvos a los que se le permitirá morar en esa ciudad? Si aún no has aceptado el regalo de salvación de Jesús, hazlo ya, y se te concederá instantáneamente la ciudadanía permanente de esa grandiosa ciudad dorada. Además, tendrás ocasión de saborear ahora mismo el Cielo y la vida eterna, por anticipado. ◇

SUEÑO DEL MICROCHIP

DAVID BRANDT BERG

El siguiente artículo se escribió en noviembre de 1983, muchos años antes de los primeros implantes de microchips en seres humanos.

TUVE UN SUEÑO POR MEDIO DEL CUAL CREO QUE EL SEÑOR QUISO DARMER UNA IDEA DE CÓMO VA A SER LA MARCA DE LA BESTIA, porque fue muy claro y todavía lo recuerdo vívidamente.

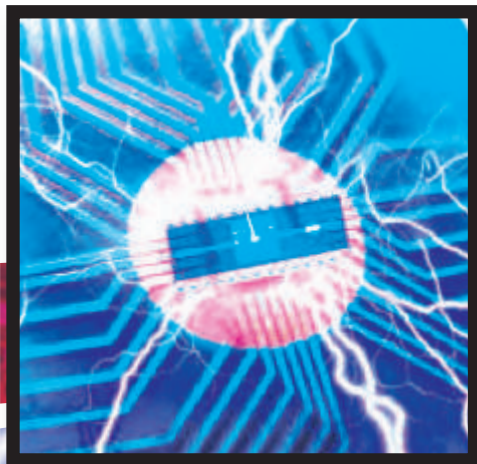
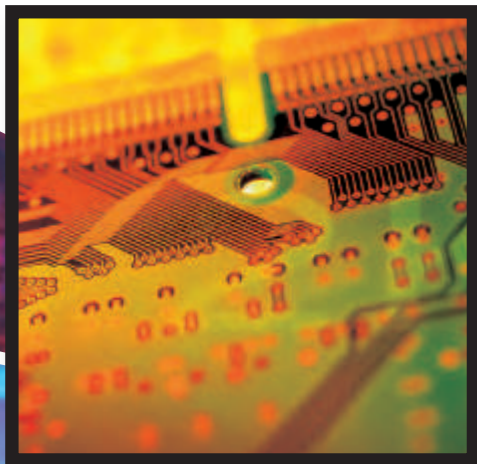
Vi un pequeño chip de computador, aunque en realidad no era tan pequeño, porque me parece que los hay mucho menores. Tenía unos tres centímetros de largo y poco más de uno de ancho. Era muy fino, como una laminita de plástico, y por el reverso tenía una especie de alfiler. La cabeza del alfiler estaba sujeta al centro del reverso de la microplaqueta.

Primero lo colocaron en algo así como un tablero grande que estaba conectado a una computadora gigantesca, evidente-

mente con el fin de programarlo. Luego vi que lo tomaban y —sé que esto parece inverosímil— le clavaban el alfiler en la frente a una persona, en el lóbulo frontal del cerebro. Le hicieron una incisión, introdujeron por ahí el chip y se la cerraron con esparadrapo.

La microplaqueta había sido programada de tal manera que no solo contenía el número de identificación y todo el historial de la persona —su nombre, dirección, número de teléfono, registros tributarios, etc.—, sino que también servía para informar a las autoridades de lo que estaba pensando y para condicionar sus opiniones y su conducta.

Una vez que uno tenía implantado ese chip en la frente, se convertía en esclavo de quienes ostentaban el poder. Lo que más me sorprendió fue que las computadoras centrales pudieran saber hasta lo que uno pensaba. Quizás el chip transmitía esa información, o tal vez el portador tenía que estar dentro del radio de alcance de un escáner. No sé, porque eso no lo llegué a ver. Lo último que vi fue cómo le introducían el chip a una persona, y me quedé horrorizado.



El concepto de implantar microcircuitos tiene desde luego un aire muy científico, y así era en el sueño. Pero si la marca de la Bestia resulta ser algún tipo de implante, y si tal implante va a permitir leer y controlar los pensamientos de la persona, cabe imaginarse lo perverso y diabólico que será el régimen del Anticristo.

El lóbulo frontal es la parte del cerebro que tiene que ver con la toma de decisiones, el autocontrol y el discernimiento entre el bien y el mal. El oído, la vista, los reflejos y las funciones motrices los controlan otras zonas; por eso al parecer los que tenían esos implantes podían llevar una vida normal en todos los demás sentidos. Pero aquello los sentenciaba a ser esclavos del régimen del Anticristo, porque ya no eran dueños de sí mismos. Quedaban marcados por el Diablo y perdían su independencia.

La intervención quirúrgica parecía algo insignificante. La persona a la que le aplicaban el implante estaba sentada en una especie de sillón de dentista, supongo que bajo los efectos de un sedante, porque no daba la impresión de sentir mucho dolor.

¡Qué astuto sería por parte del Anticristo esconder los implantes, para que

la mayoría de la gente no sepa quién es quién, quién es amigo y quién es enemigo! Siempre me había imaginado que la marca de la Bestia sería un número bien grande —666— grabado de forma muy visible en la frente o en la mano; pero en este sueño estaba oculto bajo la piel.

Mucha gente se someterá a la marca de la Bestia para gozar de una vida aparentemente más cómoda, pues sin la marca no se podrá comprar ni vender, de modo que resultará muy difícil conseguir comida y subsistir (Apocalipsis 13:16,17).

Otros, sin embargo, se negarán a recibir la marca de la Bestia y a rendir culto al Anticristo (Juan 10:4,5; Apocalipsis 7:2,3; 9:4). Estarán dispuestos a morir antes que aceptarla; y algunos, en efecto, serán muertos a consecuencia de esa decisión. Otros sobrevivirán y continuarán proclamando la verdad. «El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará» (Daniel 11:32,33). El Señor también les indicará lugares inhóspitos a donde huir, en los cuales se ocultarán y Él les proveerá sustento (Apocalipsis capítulo 12).

Muchos que no han aceptado a Jesús como Salvador también rechazarán la marca. Si a causa de sus profundas convicciones religiosas se niegan a adorar al Anticristo, Dios estará con ellos.

Estoy convencido de que millones de personas se resistirán al Anticristo y pregonarán la verdad hasta que todo el mundo haya tenido su oportunidad y se revele el carácter diabólico del Anticristo. Los que opten por adorar a Dios y no al Diablo en la persona del Anticristo contarán con protección divina hasta que Jesús regrese a rescatarlos. □



PREPÁRATE

El mejor preparativo que puedes hacer para los tiempos turbulentos que se avecinan es aceptar a Jesús en tu corazón. No solo te dará vida eterna en el Cielo, sino que en la medida en que cultives una relación más estrecha con Él por medio de la oración y la lectura de Su Palabra, te dará lo necesario para resistir al Anticristo y sus fuerzas. Recibe a Jesús ahora mismo haciendo la siguiente plegaria:

Jesús, gracias por morir por Mí. Te ruego que me perdones todos mis errores, que entres en mi corazón y me concedas la vida eterna. Llévame a conocer mejor Tu amor y lléname de Tu gozo. Amén.

TRIUNFOS EN LA TRIBULACIÓN

Por desgracia, la Gran Tribulación —el período que comprende los últimos tres años y medio del régimen del Anticristo, justo antes de la segunda venida de Jesús— ha sido mal interpretada y mal entendida por mucha gente. Muchos se imaginan la Tribulación como una época en que se desatará un infierno en la Tierra para todos los creyentes en el único y verdadero Dios. Yo puedo demostrar Biblia en mano que no será así, gracias a Dios.

Primero repasemos en el Evangelio del apóstol Mateo lo que dijo Jesús a Sus discípulos acerca de la Tribulación y los acontecimientos previos a ella.

ESTANDO ÉL SENTADO EN EL MONTE DE LOS OLIVOS, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: «Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de Tu venida y del fin del siglo?»

Respondiendo Jesús, les dijo: «Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en Mi nombre, diciendo: “Yo soy el Cristo”; y a muchos engañarán. Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá pestes y hambres y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores.

»Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de Mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. Y será predicado este Evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

»Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora [la imagen de la Bestia, un ídolo del Anticristo] de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), [...] habrá [...] gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá».

Mateo 24:3-15,21

Si bien es indudable que durante ese tiempo sucederán hechos espantosos, también es cierto que el pueblo de Dios contará con poderes impresionantes para resguardarse, defenderse, salvarse y seguir adelante hasta el final. Sí, será una época de gran persecución y de grandes batallas; pero no debería asustarnos, pues si pertenecemos a Dios, de algún modo Él cuidará de nosotros.

Además escogerá a valerosos hombres y mujeres, profetas y profetisas, para guiar a los Suyos, y les concederá ayuda sobrenatural para que los defiendan del Anticristo y sus fuerzas. De esa manera podrán continuar proclamando la verdad hasta la venida del Señor, cuando «nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados para recibir al Señor en el aire» (1 Tesalonicenses 4:17).

«El pueblo que conoce a su Dios se mostrará fuerte y actuará» (Daniel 11:32, NBLH). Los que verdaderamente conocen a Jesús serán fuertes a pesar del Anticristo y de la persecución. Cuanto más empeoren las cosas, más se derramará el Espíritu de Dios desde lo alto para ayudarnos a resistir a las tenebrosas fuerzas que lucharán contra nosotros. «Como tus días serán tus fuerzas» (Deuteronomio 33:25).

Por toda la Biblia hay relatos de cómo el Señor dotó de poderes milagrosos y protegió a Sus profetas y seguidores. Por eso estoy seguro de que durante el Tiempo del Fin nuestros poderes se multiplicarán enormemente. A quienes creen en Él, lo conocen de verdad y lo

**AUNQUE SERÁN TIEMPOS DIFÍCILES, EL
PUEBLO DE DIOS RESPLANDECERÁ MÁS QUE
NUNCA CON LA VERDAD.**

siguen, Dios les concederá poderes sobrenaturales para defenderse y hasta para atacar a las fuerzas del Anticristo.

En Apocalipsis 11 se describe a dos testigos de Dios del Tiempo del Fin que tendrán poder para echar maldiciones y enviar plagas sobre los impíos, y hasta para hacer descender fuego divino que consuma a sus enemigos. ¡Grandes siervos de Dios librarán victoriosas batallas contra los demonios del infierno! No habrá nada que pueda hacer el Anticristo para detenerlos, hasta exactamente 3 días y medio antes de la venida del Señor. Entonces se le permitirá matarlos, y mientras los impíos estén regocijándose por su muerte, el Señor volverá de pronto con poder y gran gloria para resucitarlos y arrebatarlos a ellos y al resto de los «muertos en Cristo», los salvos de todas las épocas (1 Tesalonicenses 4:16; 1 Corintios 15:51-54). Será un glorioso triunfo para el pueblo de Dios, que demostrará que Él tiene potestad sobre la propia muerte.

Yo creo que, en cierto sentido, esos dos testigos de Apocalipsis 11 simbolizan a todos los que conocen a Dios y están de Su lado. Estoy convencido de que en esos días recibirán fuerzas para ayudarlos a sobrevivir tanto como sea posible. El apóstol Pablo escribió: «Donde el pecado abunda, la gracia sobreabunda» (Romanos 5:20). Y cuando abunde el poder de Satanás, el poder de Dios sobreabundará para proteger a los Suyos. Los planes divinos no se truncarán. Tendrá millones de testigos hasta el mismísimo final.

Es más, la Palabra de Dios dice que en esos últimos tres años y medio el Señor nos defenderá, no solo otorgándonos grandes poderes, sino también enviando monstruos y plagas para atormentar a nuestros enemigos. Los capítulos 8 y 9 del Apocalipsis hablan de las «trompetas de Tribulación» y de los terribles castigos que se desencadenarán, monstruos espantosos sacados del «pozo del abismo» a los que Dios encomendará que atormenten a los impíos, pero sin hacer daño a los que tengan el sello de Dios en la frente (Apocalipsis 9:4). Cuando Dios desate esas pestes, plagas y monstruos sobre la gente del Diablo —los impíos—, éstos estarán tan ocupados tratando inútilmente de defenderse que no dispondrán de mucho tiempo para perseguir a los justos. Es posible que atrapen y maten a unos cuantos hijos de Dios, puesto que habrán jurado eliminar a los que se nieguen a aceptar la marca de la Bestia y adorar al Anticristo. Es posible que algunos sufran martirio, como sucede aun hoy en día; pero habrá una gran hueste que marchará triunfante y protegida por Dios a lo largo de toda la Tribulación.

Dejemos de ver, entonces, la Tribulación como una terrible derrota, una época de pura persecución y sufrimiento. Algo de eso habrá; pero estoy convencido, por la lectura de las Escrituras y conociendo cómo es Dios y Su manera de proceder con los hombres, de que será más que nada un período de grandes victorias sobre las fuerzas de Satán y de enormes triunfos sobre los impíos que se opongan a Cristo. Aunque serán tiempos difíciles, el pueblo de Dios resplandecerá más que nunca con la verdad.

Si perteneces a Jesús y lo sigues de cerca, cuando llegue la hora tendrás todo lo que necesites. Tendrás fuerzas para el momento y en todo momento, fuerzas milagrosas procedentes de Dios. El ejército de Dios no puede ser derrotado, ni el plan divino frustrarse. Si estás del bando de Dios, estás destinado a ganar. No puedes perder. Dios te cuidará y se valdrá de ti como nunca. ■

«SEREMOS TRANSFORMADOS»

¿Te has imaginado cómo será tu resurrección?

David Brandt Berg



HE AQUÍ, OS DIGO UN MISTERIO —anunció Pablo a un grupo de cristianos de

la ciudad griega de Corinto—. No todos dormiremos [estaremos muertos]; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. [...] Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”» (1 Corintios 15:51-55).

Pablo mencionó también que nuestro espíritu accede a la presencia del Señor apenas morimos (2 Corintios 5:8); así que en el pasaje anterior está hablando de la resurrección del cuerpo. Es bastante difícil concebir cómo se volverá a unir el espíritu al cuerpo habiendo estado éste años enterrado —tal vez cientos o miles de años—, y cómo el cuerpo cobrará vida y estará completamente sano, en mejores condiciones que nunca. Pablo dice que será como

la diferencia entre una semilla y lo que brota de ella una vez que germina y se desarrolla (1 Corintios 15:36-44). ¿Cómo se puede explicar un fenómeno así?

Nuestros cuerpos gloriosos serán nuevos y diferentes; sin embargo, nos reconoceremos unos a otros: «Conoceré como fui conocido» (1 Corintios 13:12). Después que Cristo resucitó, los discípulos lo reconocieron, aunque no siempre. Se le veía algo distinto, por lo que algunas veces no lo reconocieron (Lucas 24:13-16,31; Juan 20:14-16). Quizá porque no quería que lo reconocieran, o porque tenía un aspecto aún más sublime y perfecto, ya que tenía un cuerpo espiritual, nuevo e inmortal. Eso precisamente tendremos nosotros. Seremos como era Jesús después de Su resurrección, y como sigue siendo. Él «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo [resucitado] de la gloria Suya» (Filipenses 3:21).

Después que Jesús resucitó, ¿podían verlo Sus seguidores? Por supuesto. ¿Por lo general lo reconocían? Claro que sí. ¿Caminó y habló con ellos? ¡Sí! Hasta comió y bebió con los apóstoles e incluso cocinó para ellos en una ocasión



(Lucas 24:43; Juan 21:9-14). Jesús podía hacer todas esas cosas normales y naturales; y nosotros, cuando hayamos resucitado, también podremos. Imagínate.

Pero eso no es todo. Podremos hacer asimismo ciertas cosas que somos incapaces de hacer ahora con nuestros cuerpos naturales. Estando los discípulos encerrados en una sala, con la puerta trancada por temor a quienes habían crucificado a Jesús, Él atravesó la puerta (Juan 20:26). En otra ocasión, al terminar de conversar con dos de Sus seguidores en el camino a Emaús, «se desapareció de su vista» (Lucas 24:31). Podremos atravesar puertas y muros, aparecer y desaparecer, tal como lo hizo Jesús. También seremos capaces de desplazarnos de un sitio a otro, no a la velocidad del sonido o de la luz, sino a la velocidad del pensamiento.

«Seremos transformados». Lo principal que cambiará será nuestro cuerpo; pero si Dios va

a cambiar nuestro cuerpo, sin duda cambiará también nuestra indumentaria. Nos vestirá con una túnica de luz, de justicia (Isaías 61:10). Será impresionante. Dondequiera que estemos, haciendo esto o lo otro, de repente notaremos que se produce en nosotros una maravillosa transformación y nos veremos cubiertos de una nueva y hermosa túnica de justicia.

Hasta es posible que estemos tan pendientes de lo que ocurra en el cielo —los relámpagos, los truenos y la aparición de Jesús en las nubes— que ni nos demos cuenta de lo que llevamos puesto. Lo que no admite duda es que nos sentiremos diferentes, porque «seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta» (1 Corintios 15:52). Al sonar esa trompeta resucitaremos de los muertos —si es que estamos muertos— o seremos levantados de la Tierra en caso de que sigamos con vida.

En otra epístola, Pablo escri-

bió: «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él» (1 Tesalonicenses 4:13,14). Está hablando de ti, si es que lo has aceptado en tu interior. Y de todos tus familiares y amigos ya fallecidos que se habían salvado. No pienses que no los vas a ver nunca más: te reunirás con ellos en el aire. ¡Menuda reunión familiar! ¡La mayor de todos los tiempos!

«El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:16,17). □

APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN



Victorias en la Gran Tribulación

LA BIBLIA NOS ADVIERTE que en los últimos días del dominio de los hombres en la Tierra surgirá un poderoso gobierno supranacional, dirigido por un tirano diabólico que de hecho estará poseído por el propio Satanás: el Anticristo. Los últimos tres años y medio de su régimen constituirán la época que la Biblia denomina la *Gran Tribulación* (Mateo 24:21; Apocalipsis 7:14). El gobierno del Anticristo instaurará un sistema universal de dinero electrónico con el objeto de poner a todo el mundo bajo su control. Nadie podrá comprar ni vender a menos que tenga en la mano o en la frente su número personal de cuenta, al que la Biblia se refiere como la *marca de la Bestia* (Apocalipsis 13:16-18). El Anticristo erigirá además un ídolo, una imagen, y mandará matar a todo el que se niegue a adorarlo (Apocalipsis 13:14,15).

No obstante, los hijos de Dios se negarán a rendir culto al Anticristo y a aceptar su marca, y el Señor cuidará de ellos (Apocalipsis 12:6,14). Aunque algunos cristianos morirán mártires, el Anticristo no podrá vencerlos espiritualmente. El Señor dice: «Ellos [los cristianos] le han vencido por medio de la sangre del Cordero [Jesús] y de la palabra del testimonio de ellos; y menospreciaron sus vidas hasta la muerte» (Apocalipsis 12:11).

La Palabra de Dios predice que durante ese tiempo «el pueblo que conoce a su Dios se mostrará fuerte y actuará» y que «los entendidos entre el pueblo instruirán a muchos» (Daniel 11:32,33, LBLA). En esos días muchos querrán saber la verdad y procurarán hallar una salida ante situaciones verdaderamente desesperantes. Quienes conozcan al Señor y comprendan Su Palabra estarán en condiciones de explicar lo que sucede, de ofrecer orientación y apoyo anímico a los demás hijos de Dios y de apacentarlos hasta el fin mismo.

El Señor ha prometido defender a Su pueblo. Los capítulos 8 y 9 del Apocalipsis hablan de las terribles plagas que Dios desatará para castigar a los impíos y frustrar la mayoría de sus tentativas de hacer daño a los hijos de Dios. Además, el Señor conferirá poderes milagrosos y sobrenaturales a muchos de Sus fieles para que puedan defenderse, sobrevivir y continuar proclamando la verdad hasta que Él vuelva (Apocalipsis 11:3-6).

Por eso, no tenemos que preocuparnos de la Gran Tribulación. No implica un triunfo aplastante y total del Diablo. El pueblo de Dios obtendrá victorias sobrenaturales sobre el Anticristo y todas sus fuerzas. ⇐

SEGURIDAD Y PROTECCIÓN



LA MEJOR SEGURIDAD

DAVID BRANDT BERG

LO MEJOR QUE PODEMOS HACER cuando el mundo se viene abajo es resguardarnos en la esfera de protección divina. «El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo al Señor: “Esperanza mía y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré”. Él te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora. Con Sus plumas te cubrirá, y debajo de Sus alas estarás seguro; escudo y adarga es Su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día, ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del

día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará»¹.

Aunque alrededor haya guerras y revueltas y reine la confusión, se puede tener paz interior gracias al Príncipe de Paz, Jesucristo². Él nunca deja indefensos a los que confían en Él. El secreto radica en tener una relación íntima con el Señor, vivir en sintonía con Él y seguir lo que dice Su Palabra, la cual nos fortalece espiritualmente³.

Quienes creen en Dios y depositan en Él su confianza cuentan indudablemente con Su auxilio y protección. Un

episodio bíblico muy alentador en ese sentido es el de Rahab la ramera en la antigua ciudad de Jericó. Gracias a que Rahab tuvo fe y arriesgó su vida por asistir a dos espías que estaban al servicio de Dios, cuando la ciudad fue sitiada y destruida por un ejército invasor, la única parte del muro que no cayó fue la pequeña sección donde estaba ubicada su casa. Ella y sus familiares sobrevivieron, y los conquistadores no les hicieron daño⁴.

Quienes han hecho todo lo posible por vivir conforme a lo que saben que Dios espera

¹ Salmo 91:1-7

² Juan 16:33; Isaías 9:6; 26:3

³ Hechos 20:32; Romanos 10:17; 2 Timoteo 3:15-17

⁴ El relato completo se encuentra en los capítulos 2 y 6 del libro de Josué

A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.

de ellos obtienen muchas veces protección divina en medio de una catástrofe natural o de algún desastre provocado por el hombre. «El Señor sabe librar de la prueba a los que viven como Dios quiere»⁵. Ahora bien, eso no quiere decir que Él no vaya a permitir que suframos daño alguna vez. Él promete librarnos; pero en ciertos casos sabe que la mejor forma de terminar con nuestro sufrimiento es llevarnos a casa, al Cielo. Por eso, si has aceptado a Jesús como tu Salvador, lo peor que te puede suceder es que te mueras y te vayas al Cielo más pronto de lo que pensabas. No tienes motivo de preocupación, pues de una manera u otra, sea aquí o sea allá, Él cuidará de ti con mucho amor.

Además, conviene tener presente que cuando le ocurre un percance a una persona que ama a Dios, Él desea que ello redunde en algún bien. «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien»⁶. No te inquietes cuando te sobrevenga una época de pruebas y tribulaciones, ni vayas a pensar que es señal de que Dios no te ama o de que te ha desheredado. Dios ha posado sobre ti Su mano,

y eso es lo que sientes. Se está valiendo de la situación para convertirte en la persona que Él sabe que puedes llegar a ser, o está haciendo que otros factores redunden en tu beneficio. Por difícil que te parezca ver lo bueno que puede depararte esa situación, eso

es lo que se propone y lo que te promete.

Estás en Sus manos. Ten, por tanto, la certeza de que «el que comenzó en ti la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo»⁷. Esas pruebas son pasajeras. Entretanto, Él te guarda. ✠



Tras la noche más lóbrega de la Historia veremos el más radiante amanecer. Las sombras que se ciernen rápidamente sobre el mundo son las de la Gran Tribulación, tres años y medio aterradores en los que un dictador despiadado conocido como el Anticristo gobernará el mundo; por otra parte, la aurora simboliza la venida de Cristo. Antes de mejorar, la situación empeorará. No obstante, a pesar de las tinieblas cada vez más densas que cubrirán el mundo, sabemos que todo terminará bien. La hora más oscura es justo antes del amanecer. Por eso, cuanto antes empeoren las cosas, antes mejorarán.

Si bien tendremos que pasar por negros momentos de pruebas y tribulaciones, luego saldrá un sol radiante que disipará todas las penas. Nuestras aflicciones se esfumarán como una pesadilla. Un día de estos, Jesús parará el mundo para que nos bajemos. Nos librará de toda esta angustia y confusión y nos trasladará a esa dimensión de ensueño que hay más allá, a espléndidos lugares celestiales donde reinan la paz, la quietud, la belleza y el amor. ¡Un ratito más y veremos Su gloriosa alborada! ✠

⁵ 2 Pedro 2:9 (NVI)

⁶ Romanos 8:28

⁷ Filipenses 1:6



PROTECCIÓN Y PODER

DAVID BRANDT BERG

EL LUGAR MÁS SEGURO DEL MUNDO PARA TI es aquel donde Dios quiera que estés, bien cerca de Él. Independientemente de la ubicación geográfica de ese sitio y de las dificultades a las que te enfrentes, Él te guardará. «Torre inexpugnable es el nombre del Señor; a ella corren los justos y se ponen a salvo»⁷.

Es verdad que Dios protege a Sus hijos; pero, ¿te ha resguardado acaso de todo daño desde que lo aceptaste en tu corazón y pasó a formar parte de tu vida? ¿Ha permitido el Señor que sufras de alguna manera a raíz de un accidente, enfermedad o algún otro revés?

Fíjate en Job!⁸ ¿Todas las calamidades que le sobrevinieron a él y a su familia fueron culpa suya? ¿Constituían un castigo de Dios por sus pecados? No. Le sucedieron porque el Diablo le pidió Dios que le dejara probar y tentar a Job para ver si conseguía doblegarlo y hacerle renegar del Señor. Dios consintió que Satanás despojara a Job de todas sus riquezas, luego de su familia, y finalmente de su salud. Todo fue una prueba urdida por el Diablo, pero con permiso del Señor, con el fin de demostrar que Job lo seguiría amando profundamente a pesar de todo. El resultado fue elocuente: al superar la prueba, Job acabó con el doble de lo perdido⁹.

No te inquietes. El Señor no nos dejará ser tentados más de lo que podamos resistir¹⁰. Él no permite que el Diablo nos mortifique más de lo que podemos soportar, aunque a veces sí pone a prueba nuestra fe para ver si vamos a aferrarnos a Él y a Sus promesas por muy difíciles que sean las circunstancias. Mas una vez pasada la prueba, Dios siempre nos libra, como libró a Job.

La Biblia narra cantidad de casos en que Dios confirió poderes sobrenaturales y protegió milagrosamente a quienes le pidieron auxilio. Lo alentador es que lo mismo que ocurrió en tiempos bíblicos puede darse hoy en día. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos»¹¹. Si Jesús en Su época obró milagros, y posteriormente también por medio de los apóstoles, está claro que en la actualidad todavía puede. Dios sigue siendo un Dios de milagros y puede repetir lo que hizo en el pasado.

Jesús también declaró: «Toda potestad me es dada en el Cielo y en la Tierra»¹². ¡Eso no es poca cosa! Y si has aceptado a Jesús en tu interior, tienes acceso a ese poder. Dios no sólo ha prometido todo ese poder y protección en términos generales, sino que te los promete a ti, para ahora. Basta con que tengas fe. ✠

nunca nos han arrebatado la cartera o nunca nos hemos visto en una situación aterradora en la que estuviera en juego nuestra vida, nos puede parecer inconcebible que nos ocurra algo así, y eso puede darnos una falsa y peligrosa sensación de seguridad.

La gente es capaz de todo cuando se ve en las últimas. Además, hay personas de disposición muy malvada. Vivimos en tiempos peligrosos, pero si ponemos de nuestra parte, Dios nos dará Sus infalibles consejos, advertencias, protección y cuidados. ¡Somos bienaventurados! ✠

¹ Salmo 46:1

² 1 Juan 4:4

³ 1 Juan 4:18; 2 Timoteo 1:7

⁴ Salmo 34:7; 91:11

⁵ Mateo 10:29–31

⁶ Romanos 8:28

⁷ Proverbios 18:10, BAD

⁸ V. Job 1:6–19

⁹ V. Job 42:10–16

¹⁰ 1 Corintios 10:13

¹¹ Hebreos 13:8

¹² Mateo 28:18

Al abrigo del Altísimo

Meditación sobre el Salmo 91

BASADA EN CLASES DE DAVID BRANDT BERG

SALMO 91:1 EL QUE HABITA AL ABRIGO DEL ALTÍSIMO MORARÁ BAJO LA SOMBRA DEL OMNIPOTENTE.

¿Qué significa habitar al abrigo del Altísimo? Es estar bien arrimado al Señor, en íntima comunión con Él. La expresión «bajo la sombra del Omnipotente» simboliza el amparo divino. Cuando tenemos una relación estrecha con Dios, nos beneficiamos de Su protección, estamos bajo Su sombra.

Esa es una promesa, pero viene con una condición: Debemos permanecer cerca de Él. Para eso es preciso que leamos Su Palabra y procuremos aplicarla, que lo tengamos siempre presente en nuestros pensamientos y que nos guíemos por los principios espirituales que Él ha establecido.

VERSÍCULO 2 DIRÉ YO AL SEÑOR: «ESPERANZA MÍA Y CASTILLO MÍO; MI DIOS, EN QUIEN CONFIARÉ».

En tiempos bíblicos los castillos o fortalezas ofrecían la mejor protección durante épocas de conflicto o guerra. Sin embargo, Dios nos ofrece un resguardo aún más seguro.

VERSÍCULO 3 ÉL TE LIBRARÁ DEL LAZO DEL CAZADOR, DE LA PESTE DESTRUCTORA.

En este caso, *lazo* significa *trampa*. El Diablo es el cazador.

VERSÍCULO 4A CON SUS PLUMAS TE CUBRIRÁ Y DEBAJO DE SUS ALAS ESTARÁS SEGURO.

Es la analogía de la gallina que acoge a sus polluelos bajo sus alas para defenderlos.

VERSÍCULO 4B ESCUDO Y ADARGA ES SU VERDAD.

La adarga era un escudo de cuero con forma ovalada o de corazón.

¿Cuál es la verdad divina? En cierta ocasión, dirigiéndose a Su Padre, Jesús dijo: «Tu palabra es verdad»¹. Otro pasaje nos insta a llevar «el escudo de la fe, con que [podamos] apagar todos los dardos de fuego del maligno»². La fe en las promesas divinas es nuestra mejor salvaguarda.

VERSÍCULOS 5 Y 6 NO TEMERÁS EL TERROR NOCTURNO, NI SAETA QUE VUELE DE DÍA, NI PESTILENCIA QUE ANDE EN OSCURIDAD, NI MORTANDAD QUE EN MEDIO DEL DÍA DESTRUYA.

No tenemos nada que temer, ni física ni espiritualmente, pues contamos con la siguiente promesa:

¹ Juan 17:17

² Efesios 6:16

VERSÍCULOS 7 Y 8 CAERÁN A TU LADO MIL Y DIEZ MIL A TU DIESTRA; MAS A TI NO LLEGARÁ. CIERTAMENTE CON TUS OJOS MIRARÁS Y VERÁS LA RECOMPENSA DE LOS IMPÍOS.

Aunque estemos rodeados de peligros, Dios puede hacer que no suframos daño alguno.

VERSÍCULO 9 PORQUE HAS PUESTO AL SEÑOR, QUE ES MI ESPERANZA, AL ALTÍSIMO POR TU HABITACIÓN...

Si el Señor es tu habitación, ¿dónde vives? En cierto modo, en el Cielo, porque el Señor reside allí, y has hecho tu morada con Él.

VERSÍCULO 10 NO TE SOBREVENDRÁ MAL, NI PLAGA TOCARÁ TU MORADA.

Se podría objetar que quienes imploran el amparo divino también sufren desgracias; se lastiman, se enferman gravemente y pasan muchísimos apuros. ¿Cómo puede entonces ser cierta la afirmación de que «no te sobrevendrá mal»?

Hay que ver qué se entiende por mal. Cuando el Señor permite que a Sus hijos les pase algo que podría considerarse perjudicial suele ser con el objeto de impartirles alguna enseñanza o llevarlos a adquirir mayor entereza. Cuando nuestro amoroso y sabio Padre celestial dispone algo así, lo hace por nuestro bien. Luego «da fruto apacible de justicia a los que en [ello] han sido ejercitados»³. Si se cumple el objetivo y el desenlace es positivo, ¿cómo puede ser malo? Es más, Dios promete que todas las cosas redundan en provecho de los que lo aman⁴.

VERSÍCULOS 11 A 13 PUES A SUS ÁNGELES MANDARÁ ACERCA DE TI, QUE TE GUARDEN EN TODOS TUS CAMINOS. EN LAS MANOS TE LLEVARÁN, PARA QUE TU PIE NO TROPIECE EN PIEDRA. SOBRE EL LEÓN Y EL ÁSPID PISARÁS; HOLLARÁS AL CACHORRO DEL LEÓN Y AL DRAGÓN.

Gracias a Dios por Sus ángeles, que velan constantemente por nosotros; entre ellos, tu ángel de la guarda, cuya tarea es custodiarte a ti.

VERSÍCULO 14 (HABLA DIOS:) POR CUANTO EN MÍ HA PUESTO SU AMOR, YO TAMBIÉN LO LIBRARÉ; LE PONDRÉ EN ALTO, POR CUANTO HA CONOCIDO MI NOMBRE.

Una vez más, Sus promesas están sujetas a condiciones: Dios protege a quienes lo conocen y lo aman. El amor que albergamos por Dios, la confianza que tenemos en Él y nuestra fe en Su capacidad para librarnos activan Su poder y lo hacen obrar en favor nuestro.

VERSÍCULOS 15 Y 16 ME INVOCARÁ, Y YO LE RESPONDERÉ; CON ÉL ESTARÉ YO EN LA ANGUSTIA; LO LIBRARÉ Y LE GLORIFICARÉ. LO SACIARÉ DE LARGA VIDA Y LE MOSTRARÉ MI SALVACIÓN.

En la medida en que cumplamos esas condiciones, el Señor 1) nos responderá, 2) estará con nosotros en la angustia, 3) nos librará, 4) nos glorificará y 5) nos mostrará Su salvación. ✠

³ Hebreos 12:11

⁴ Romanos 8:28

De la mano de Dios

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su gracia no pueda guardarte,
donde Sus brazos no puedan sostenerte,
donde Sus recursos no puedan satisfacer tus necesidades,
donde Su poder no pueda capacitarte.

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su Espíritu no pueda obrar por medio de ti,
donde Su sabiduría no pueda dirigirte,
donde Sus huestes no puedan protegerte,
donde Sus manos no puedan moldearte.

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su amor no pueda envolverte,
donde Sus misericordias no puedan socorrerte,
donde Su paz no pueda disipar tus temores,
donde Su autoridad no pueda ejercer dominio por ti.

Dios nunca te conducirá a un lugar
donde Su consuelo no pueda enjugar tus lágrimas,
donde Su Palabra no pueda enriquecerte,
donde Sus milagros no puedan obrar en tu favor,
donde Su omnipresencia no pueda hallarte.

Anónimo

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Nuestra mejor protección

La Biblia está salpicada de episodios asombrosos en que Dios salió en defensa de Sus hijos cuando acudieron a Él en situaciones desesperadas. Esos relatos pueden fortalecer nuestra fe en que Dios nos auxiliará también a nosotros cuando lo precisemos. He aquí algunos que han infundido ánimo a millones de personas a lo largo de los siglos.

El cruce del Mar Rojo
Éxodo 14

Un desafío gigantesco
1 Samuel 17

¡Liberación!
2 Samuel 22

El ejército secreto de Eliseo
2 Reyes 6

Cuatro entre las llamas
Daniel 3

Una noche en el foso de los leones
Daniel 6

Asesinato frustrado
Mateo 2

PARA DIOS LOS MILAGROS NO TIENEN NADA DE PARTICULAR

DAVID BRANDT BERG

POR LO GENERAL CONSIDERAMOS sobrenaturales o milagrosos los fenómenos que rebasan nuestro entendimiento; pero para Dios no lo son, porque Él se mueve en el ámbito espiritual y ahí todo es natural para Él. No hay nada imposible para Dios¹. Muchas obras que Él hace exceden nuestra capacidad de comprensión y están por encima de lo que nosotros consideramos natural. Por eso cuando se producen nos parecen sobrenaturales. Pero como para Dios no hay nada imposible, tampoco hay nada que sea sobrenatural.

Dios puede hacer cosas que contravengan esas leyes Suyas que nosotros consideramos naturales. Cuando alguien, por ejemplo, sana de una enfermedad incurable, decimos que se trata de un milagro porque estamos viendo la prueba o manifestación de unas leyes de Dios que establecen un vínculo entre el mundo espiritual y el físico, leyes que en buena medida ignoramos. Para Dios, en cambio, es muy simple. Él sabe deshacer el daño causado por la dolencia y producir lo que para nosotros es un milagro, es decir, un hecho sobrenatural que escapa a nuestra comprensión.

Dios está siempre dispuesto a obrar milagros en favor nuestro, milagros de curación, de provisión, de amparo o de lo que haga falta. Sólo tenemos que pedirselos con fe e invocar las promesas de Su Palabra. No está en nosotros el obrar fenómenos de esa naturaleza; pero sí podemos orar para que Él los efectúe y maravillarnos cada vez que se manifiesta Su poder. ✠

¹ Lucas 1:37

TESTIFICAR

«¡Un momento!»



DAVID Y ANA SE CONOCIERON en una agencia de viajes. Él se encontraba allí con el objeto de comprar un pasaje aéreo que ella le estaba emitiendo cuando espontáneamente surgió una conversación del siguiente tenor....

ANA: Siento mucho que esto tarde tanto. Estoy tan cansada que casi no puedo concentrarme. ¡No sé qué es peor, si la enfermedad de la que me estoy curando o el medicamento que estoy tomando para tratarme! ¡Este día se me va a hacer muy largo!

DAVID: Entiendo a qué te refieres con lo del medicamento. Yo me las arreglo mucho mejor siguiendo las pautas de salud establecidas por Dios en la Biblia. Eso me permite tener fe en que Él me mantendrá con buena salud, o bien me sanará si me enfermo.

ANA: ¿De veras? Eso es estupendo; pero ¿cómo puedo tener fe en Dios si ni siquiera sé si existe?

DAVID: Si quieres pruebas de la existencia de Dios, mira a tu alrededor. Me recuerda lo que le respondió Robert Millikan —un afamado físico nuclear— a un escéptico que le preguntó cómo podía creer en Dios un científico de la talla de él: «Así como hace falta un relojero para diseñar

un reloj, detrás de la intrincada precisión y sincronía de nuestro inconmensurable universo tiene que haber habido un gran Creador o Diseñador».

ANA: Pero ¿cómo sabemos qué aspecto tiene Dios? Nadie jamás lo ha visto.

DAVID: No sabemos qué aspecto tiene, ya que es Espíritu. No se trata de un anciano de barbas blancas que habita algún lugar recóndito, sino de la energía esencial y luz conductora del universo, el Espíritu todopoderoso y omnisciente que está presente en cada cosa.

ANA: Pero si Dios existe, ¿por qué hay tanto sufrimiento y dolor en el mundo? ¿Por qué permitió las atrocidades cometidas por Hitler y tantas otras? Si Él lo controla todo, ¿por qué no pone fin a esas cosas?

DAVID: En primer lugar, Dios no hace esas cosas. Son obra del hombre. Y si Dios impidiera a los perversos llevar a cabo sus viles propósitos tendría que poner fin al libre albedrío del hombre, el cual constituye un aspecto importante de Su plan maestro. El hombre fue creado para escoger entre el bien y el mal, entre actuar con acierto u obrar mal. Dentro de ese proceso Dios nos concede la oportunidad

**¿CÓMO
PUEDO
TENER FE
EN DIOS
SI NI
SIQUIERA
SÉ SI
EXISTE?**

PARA DISEÑAR UN RELOJ HACE FALTA UN RELOJERO

de conocer los beneficios que nos reporta el amarlo a Él y obedecer las normas benévolas que ha establecido por nuestro propio bien.

ANA: Pero si hay un Dios, ¿de dónde provino? ¿Quién lo creó, cuándo, dónde, y cuánto tiempo hace que existe?

DAVID: Si supieras responder a esas preguntas serías Dios, ¿no crees? La Biblia simplemente dice que Dios siempre ha existido. Él es el inefable Yo Soy que vive en el eterno presente, en el que no hay pasado ni futuro y en el que «el tiempo ya no será más». Dime una cosa: ¿Cuánto sabes tú de electricidad?

ANA: No mucho.

DAVID: Pues no eres la única. Ni siquiera los científicos la entienden del todo. ¿Pero acaso eso te impide utilizarla?

ANA: ¡Por supuesto que no!

DAVID: Entonces, ¿la empleas a pesar de no entenderla?

ANA: Claro, no tengo más que accionar el interruptor.

DAVID: A eso voy, precisamente. Presionas el interruptor, estableces la conexión y ¡funciona! Te vales de la electricidad a pesar de no entenderla del todo. Lo único que sabes es que funciona. Cierras el circuito de la energía eléctrica, y ella hace el trabajo por ti. Lo mismo sucede con Dios. No sabemos de dónde vino ni cómo llegó a ser. Lo único que sabemos es que está aquí y en todas partes, que todo lo sabe y todo lo puede. Ten por cierto que Dios sí existe, tanto como la electricidad, y ambas fuerzas pueden rendirnos grandes provechos aunque no las comprendamos totalmente. Podemos beneficiarnos de apretar el interruptor y hacer contacto con Dios.

ANA: ¿Beneficiarnos de Dios?

DAVID: ¡Sí! No tienes más que conectarte personalmente a la energía divina y Él cumple la función de darte alegría, salud y felicidad cada día. Además te proporciona fe, tranquilidad y paz interior.

ANA: Y ¿cómo hago para conectarme?

DAVID: Puedes conectarte con la energía divina por medio de la oración, que es un procedimiento para hacer contacto con Su Espíritu. Así como aprietas el interruptor de tu radio y sintonizas en determinada frecuencia, de igual manera puedes conectarte con Dios. Y si lo haces, Él te habla, tanto a través de Su Palabra escrita como directamente a la cabeza y al corazón cuando oras.

ANA: ¿O sea que no hace falta que entienda a Dios para creer en Él?

DAVID: Claro que no. No tenemos más que establecer la conexión que permite que la energía divina irrumpa en nuestra vida cotidiana. Nos basta con extender la mano de la fe y accionar el interruptor de la voluntad, que hace el contacto y libera la energía de Dios. Ésta nos da luz y calor, nos conduce, nos alimenta y nos resguarda, provee y trabaja para nosotros, y nos brinda placer. Haz la prueba. No tienes que saber de dónde vino; simplemente relaciónate con Él.

ANA: Está bien. Nada pierdo con intentarlo, ¿verdad?

DAVID: Así es. No trates de analizarlo. Déjalo entrar. ¡Pruébalo! ¡Te encantará! Da resultado. Eso es todo lo que te hace falta saber. ■

Oración para hoy

Amado Jesús...

A veces,
cuando me
siento débil,
cuando me
invade el
abatimiento o
la confusión
y no hallo
palabras para
expresarme,
te elevo una
plegaria
silenciosa.
Sé que Tú
entiendes.
Te llevas mis
preocupaciones
y temores, y
enjugas mis
lágrimas con
un beso.

QUIENES HEMOS SEGUIDO el ejemplo de Jesús y aceptado la vocación de alumbrar a los demás con Su luz, nos hallamos envueltos en un conflicto cósmico.

Luchamos juntos en defensa de nuestra fe, de la verdad y de la libertad. Algunos de los ideales comunes que perseguimos son que la humanidad se libre de la miseria, de la dominación, del dolor, del mal y del miedo. Los hombres no pueden ser felices cuando son víctimas del hambre, la desnutrición, la insalubridad y las enfermedades. No pueden encontrarse satisfechos cuando viven bajo el yugo de la opresión,

David
Brandt Berg

armas, la fe y el amor. Esta lucha tiene por objeto conquistar el corazón y el espíritu de los hombres, influir en sus ideas y salvar tanto su alma como su cuerpo. Combatimos por liberarlos de la maldad que se adueña de su espíritu, de su corazón y de su mente y que los induce a ser egoístas, desconsiderados, ofensivos, crueles y perversos con sus congéneres. Los hombres desconocen el amor, la fe y el poder de Dios, así como los principios espirituales que Él —en consideración a nosotros— ha instituido para que alcancemos la dicha eterna.

Lidiamos en esta contienda a fin de romper las cadenas de la iniquidad y el yugo del Diablo que esclavizan el alma, la mente, el corazón y el espíritu de los hombres, y que son la causa de que nos hayan sobrevenido todas las desgracias que conocemos hoy en



la GUERRA UNIVERSAL

la tiranía, el exceso de trabajo y la explotación. No pueden conocer la alegría cuando soportan las atrocidades que ocasionan interminables guerras y conflictos y se enfrentan a la espantosa pesadilla de la inseguridad perpetua.

Sostenemos que la causa de todos esos males es el manifiesto desamor de los hombres hacia Dios y hacia su prójimo, y su insistencia en contravenir las leyes divinas de amor, fe, paz y armonía. Esas leyes constituyen el fundamento de toda fe auténtica, el ideario de todos los que creen profundamente en Dios y en Su amor.

El nuestro es un conflicto que se libra en el terreno espiritual. Nuestras

Llamado a
todos los
que
albergan el
deseo de
cambiar el
mundo

día. Se trata de una guerra entre el bien y el mal, entre Dios y el Diablo, la rectitud y la vileza. Un enfrentamiento entre el amor y el odio, la vida y la muerte, la alegría y la desdicha. Nos referimos a un conflicto universal en el que las huestes celestiales defensoras del bien se ven rostro a rostro con las fuerzas espirituales del infierno, que luchan por nuestro cuerpo y alma, tanto en el plano terrenal como en la dimensión espiritual.

Para liberar a los hombres del temor es necesario infundirles fe; para liberarlos del odio hay que manifestarles amor; para liberarlos de la angustia es preciso brindarles alegría; para liberarlos de la guerra debemos forjar la paz; para liberarlos de

la miseria hay que satisfacer plenamente sus necesidades; para liberarlos de la muerte debemos indicarles el camino que conduce a la dicha eterna en el Cielo.

Es vital que inspiremos a los hombres a creer en Dios y en Su amor. Debemos infundirles la confianza de que Él ha forjado un plan para llevar a la humanidad hacia un futuro glorioso, cuando se instaure en la Tierra el reino de Dios, en el que gobernarán los justos y ya no habrá pesar, ni llanto, ni dolor, ni muerte. Todo será luz y vida, y habrá paz, felicidad y abundancia para todos (v. Apocalipsis 21:1-4).

Es necesario enseñar las amorosas y vivificantes Palabras que Dios nos legó en la Biblia, a fin de que la humanidad alcance la vida, la dicha y el amor eternos que Él nos ofrece. Poderosos imperios contruidos a punta de espada se desvanecieron con el mismo ímpetu con que aparecieron. En cambio, las divinas Palabras de vida y amor permanecen para siempre, y no han dejado de ser fuente de gozo, paz, amor, vida y esperanza para miles de millones de personas, generación tras generación. Grandes conquistadores como Alejandro Magno, César, Gengis Kan, Napoleón y Hitler han quedado relegados a la Historia. Sin embargo, las ideas, la fe y las palabras de los profetas de Dios son imperecederas.

La Palabra de Dios trasciende fronteras. No sabe de naciones, razas e imperios. No conoce límites de tiempo ni de espacio. No ha podido ser reprimida por los hombres, ni por la guerra, ni por el poder de las armas. Engloba a la humanidad entera, uniendo los pensamientos, corazones y espíritus de los hombres en la fe y el amor a Dios y al prójimo, para bien de todos.

No es posible cambiar el mundo sin cambiar la manera de pensar de

La Palabra
de Dios
trasciende
fronteras.
No sabe de
naciones,
razas e
imperios.
No conoce
límites de
tiempo ni
de espacio.
No ha
podido ser
reprimida
por los
hombres, ni
por la
guerra, ni
por el
poder de
las armas.

las personas. Y para ello es imperativo transformar su corazón, lo cual sólo es viable mediante la inspiración del Espíritu de Dios, que salva no solamente el cuerpo, sino también el alma.

Debemos empeñarnos en la salvación integral de las personas, no solamente en el plano físico y del medio ambiente. La humanidad nunca podrá ser feliz con el corazón amargado, los pensamientos turbados, el espíritu abatido y el alma desprovista de salvación. Tenemos que consagrarnos a la tarea de salvar al hombre en su totalidad, y no de forma parcial. Es necesario bregar por la salvación de la humanidad entera, no solamente de una parte de ella. Esa salvación debe ser eterna y no circunscribirse a la existencia actual. Sólo el poder, la vida, la luz, el amor y las Palabras de Dios pueden lograr ese objetivo.

Tenemos la obligación de llevar el mensaje a todos, aunque no todos lo escuchen, ni respondan al mismo, ni acepten la salvación. Debemos a cada hombre el mensaje de Dios y la vida de amor que Él quiere proporcionarle. Debemos empezar hoy mismo a saciar a los hambrientos, a dar vista a los que ansían luz y entregar amor a los desdeñados y abandonados.

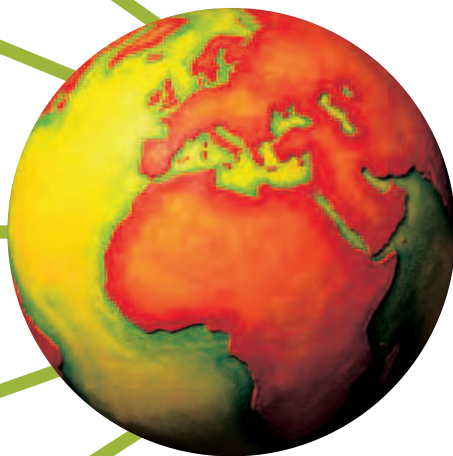
«El cielo y la tierra pasarán, pero [las] Palabras [de Dios] no pasarán» (Mateo 24:35). Invócalas y pregónalas. Divúlgalas aunadas al amor de Dios, de viva voz y con tus acciones. Aprovecha para ello todos los medios que tengas a tu alcance. Brindarás así a tus semejantes luz, esperanza, amor, paz, abundancia, satisfacción y felicidad eternas.

No es de necios entregar una vida que no se puede conservar a cambio de un amor que nunca se perderá. •

(Los pasajes anteriores fueron extraídos del artículo de David Brandt Berg que lleva el mismo título).

CAMBIA EL

Por el solo
hecho de
cambiar
tu vida, tu
hogar, tu
familia,
habrás
cambiado
todo un
universo,
¡el tuyo!



DAVID BRANDT BERG



MUNDO

ALLÁ POR 1913, un joven de unos veinte años recorrió a pie la Provenza, región del sur de Francia. En aquel tiempo esa comarca estaba muy yerma y abandonada. Había quedado poco menos que devastada por la explotación forestal y agrícola desmedida. Por carecer de árboles que lo asentarán, el suelo había sido desgastado por las lluvias. Toda la zona se había tornado árida y estéril.

Debido al mal estado del terreno ya no se cultivaba mucho allí. Los pueblos se hallaban en estado decadente y ruinoso, y casi todos los aldeanos se habían marchado. Hasta la fauna había emigrado ante la falta de árboles que casi había hecho desaparecer la maleza. Los recursos alimenticios eran escasos, y quedaban muy pocos arroyos.

Una noche el muchacho llegó a la humilde cabaña de un pastor que, a pesar de sus canas y sus cincuenta y tantos años, se conservaba muy robusto. El joven se acogió a la hospitalidad de aquel amable pastor. Pernoctó allí y terminó quedándose varios días.

Observó con curiosidad que cada noche su anfitrión pasaba varias horas a la luz de una lámpara clasificando diversos tipos de frutos secos, como bellotas, avellanas y castañas. Con gran concentración los examinaba, los iba colocando en hileras, los comparaba y separaba los que a su juicio estaban en mal estado y no servían. Terminada su tarea, guardaba en su morral los que había seleccionado.

Por la mañana llevaba sus ovejas a pastar e iba sembrando por el camino. Daba unos pasos e, hincando con firmeza en el suelo la punta de su cayado, hacía un hueco. Dejaba caer en él una semilla y lo cubría de tierra con los pies. Luego daba unos pasos más, volvía a clavar su vara en el suelo y dejaba caer otra semilla. A lo largo del día recorría aquella comarca apacentando sus ovejas. Cada jornada recorría una zona diferente —todas ellas prácticamente despobladas de árboles— y a su paso sembraba bellotas.

El joven forastero observaba al pastor sin comprender qué se proponía. Finalmente le preguntó:

—¿Qué hace?

—Como verá, joven, siembro árboles —repuso el pastor.

El muchacho volvió a inquirir:

—Pero... ¿para qué? Esos árboles tardarán muchísimos años en crecer y serle de provecho. ¡Puede que ni viva para verlos!

—Ya sé —respondió el pastor—, pero algún día le serán de provecho a alguien y contribuirán a devolverle a la tierra su fertilidad. Quizá no lo vea yo, pero sí mis hijos.

El joven se maravilló de la previsión, el desinterés y la iniciativa que mostraba el pastor al preparar el terreno para generaciones venideras sin tener la menor certeza de que llegaría a ver o cosechar el fruto de su labor.

Veinte años después, aquel excursionista —ya de cuarenta y tantos años— volvió a visitar la región. Quedó boquiabierto ante lo que vio: un extenso valle totalmente cubierto por un bellissimo bosque natural en el que prosperaban árboles de todas las variedades. Naturalmente, eran ejemplares jóvenes, pero árboles al fin y al cabo. El valle entero había revivido. La hierba había recobrado su verdor. La fauna volvía a poblar la zona, la maleza había crecido, el suelo había recuperado la humedad y los agricultores labraban nuevamente la tierra.

El viajero sintió curiosidad por saber qué habría sido del anciano pastor, y se quedó sorprendido al descubrir que seguía vivo y fuerte como un roble. Aún residía en su cabañita, y no había abandonado su costumbre vespertina de clasificar frutos secos.

El visitante se enteró además de que poco tiempo antes había llegado de París una comisión de parlamentarios para ver lo que a su juicio era un bosque natural que había surgido por milagro. Luego averiguaron que había sido obra de aquel solitario pastor, quien diariamente, año tras año, había sembrado bellotas, hayucos y otras semillas.

Gracias a ello, todo el valle se había cubierto de un manto de vegetación y de hermosos árboles jóvenes. Tan impresionados quedaron los parlamentarios que a su regreso a la capital votaron en la Asamblea Nacional para que se le otorgara una pensión vitalicia en señal de agradecimiento por haber reforestado toda aquella región sin ayuda de nadie.

El visitante manifestó su sorpresa por la transformación que se había producido: además de los magníficos árboles, había resurgido la agricultura, la fauna había retornado y la flora se veía exuberante. Las pequeñas granjas prosperaban, y la actividad había vuelto a las aldeas. ¡Qué contraste con el cuadro de ruina y abandono que había visto veinte años antes!

Gracias a la previsión, la diligencia, la paciencia, la abnegación y la constancia de un solo hombre, que perseveró haciendo lo que estaba a su alcance, la prosperidad había vuelto a aquella región.

De modo que si a veces te sientes impotente al ver la situación en que se encuentra el mundo, ¡no te dejes vencer! Dicen que son los grandes imperios, los gobiernos, los ejércitos y las guerras los que producen alteraciones en el curso de la Historia y cambian la faz de la Tierra. De ahí que a veces nos deprimamos y pensemos que no somos nada o que nada podemos hacer. La situación nos parece irremediable y nos da la impresión de que una sola persona nada puede hacer para mejorar las cosas. Terminamos creyendo que ni vale la pena intentarlo, que de nada sirve malgastar esfuerzos.

Pero como demostró al cabo de varios años aquel humilde pastor, ¡un solo hombre puede transformar el mundo! Tal vez no consigas cambiar el mundo entero, pero al menos puedes modificar el ámbito en que vives. ¿Por qué no empiezas por renovar tu propio corazón, tu mente, tu espíritu, tu vida, dando cabida a Jesús, leyendo Su Palabra y poniendo en práctica Sus principios? Por el solo hecho de cambiar tu vida, tu hogar, tu familia, habrás cambiado todo un universo, ¡el tuyo!

Luego tú y tu familia pueden ayudar a hacer lo mismo por sus vecinos y amigos, sus compañeros de trabajo o de estudios, los comerciantes, las visitas y toda persona con quien traben relación cada día. Pueden hacer un esfuerzo por acercarse a un alma solitaria y necesitada de afecto, que busque la verdad, que ansíe sentir que alguien se interesa por ella, que busque algo sin saber a ciencia cierta qué es. Gente que busca afanosamente alcanzar la felicidad y llenar su alma vacía, yerma y sedienta por falta del agua de la Palabra de Dios y del cálido amor que Él nos brinda.

Puedes empezar de forma individual, tú solo o con tu familia, sembrando cada día semillas de la verdad en este y

en aquel corazón. Una forma de hacerlo es distribuir o recomendar publicaciones cristianas a las personas que conozcas, a fin de ayudarlas a entender la Palabra de Dios. Con paciencia, se puede implantar en un corazón vacío la verdad contenida en la Palabra de Dios y cubrirla con la calidez de Su amor. Luego no resta más que confiar en que el Espíritu Santo —el inefable sol del amor divino— y el agua de las Palabras de Dios produzcan el milagro de una vida nueva.

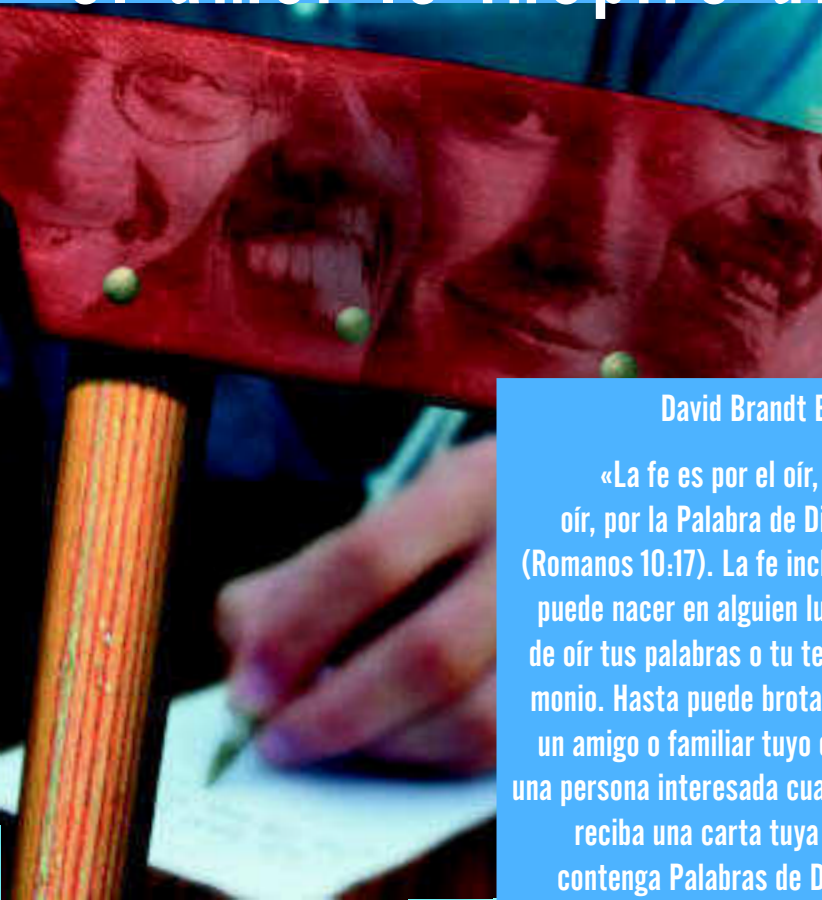
Puede que al principio no parezca más que una diminuta yema, una ramita insignificante o un simple retoño. ¿Qué diferencia hace eso en una vasta extensión de tierra? ¿Qué es eso comparado con el inmenso bosque que hace falta? Pues bien, es el comienzo. Es el milagro de la gestación de una vida nueva que con el tiempo crecerá y florecerá hasta convertirse en un árbol majestuoso, grande y robusto. Quizás hasta dé origen a un mundo completamente nuevo. ¿Por qué no intentarlo?

Si perseveras en ello —como el anciano pastor cuyos esfuerzos premió el gobierno—, un día de éstos, cuando llegue el momento de tu retribución, Dios te recompensará. Te dirá: «¡Bien, buen siervo y fiel! Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21).

¡Sí puedes cambiar el mundo! Comienza hoy mismo. Transforma tu vida, la de tu familia, la de tu hogar, tus vecinos, tu ciudad. Transforma tu país. ¡Cambiemos el mundo! ■

(COMENTARIO SOBRE LA NOVELA *EL HOMBRE QUE PLANTABA ÁRBOLES*, DE JEAN GIGNO. EL ARTÍCULO COMPLETO DE DAVID BRANDT BERG, JUNTO CON OTROS SOBRE DIVERSOS TEMAS, SE HA PUBLICADO EN EL LIBRO *ATRÉVETE A SER DIFERENTE*.)

el amor le inspiró un recurso



David Brandt Berg

«La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios» (Romanos 10:17). La fe incluso puede nacer en alguien luego de oír tus palabras o tu testimonio. Hasta puede brotar en un amigo o familiar tuyo o en una persona interesada cuando reciba una carta tuya que contenga Palabras de Dios.

Me viene a la memoria la historia de un chiquillo lisiado del que me hablaron cuando era joven. Se llamaba Tommy. Vivía muy humildemente con una tía suya en un pequeño apartamento del tercer piso de un edificio viejo y ruinoso que daba a una calle bastante transitada. El chico tenía sus facultades físicas tan disminuidas que no podía levantarse de la cama.

Un día pidió a un vendedor de periódicos amigo suyo que le trajera el libro que hablaba de

un hombre que fue por todas partes haciendo el bien. El otro chiquillo buscó y rebuscó aquel libro sin título hasta que un librero finalmente cayó en la cuenta de que debía de referirse a la Biblia y la vida de Jesús. El vendedor de diarios juntó sus escasos ahorros, y el librero, que era un hombre bondadoso, le entregó un ejemplar del Nuevo Testamento. Enseguida el muchacho se lo llevó a Tommy.

Los dos niños comenzaron a leerlo juntos y al cabo de un tiempo Tommy comprendió el mensaje de salvación que con-

tenía. Aceptó el regalo de vida eterna que le ofrecía Jesús y resolvió dedicarse él también a hacer el bien, como el hombre tan extraordinario del libro. El problema es que Tommy era inválido, y ni siquiera estaba en condiciones de salir de aquel apartamento de un solo ambiente. De modo que luego de orar y pedir a Jesús que lo ayudara, le vino una idea providencial.

Laboriosamente se dedicó a copiar en papelitos algunos versos de la Biblia que pudieran ayudar a otras personas. Luego los arrojaba por la ventana para que cayeran en la acera de aquella céntrica calle. Los transeúntes los veían caer revoloteando y la curiosidad los llevaba a recogerlos para ver de qué trataban. Al leerlos descubrían que hablaban del hombre que fue por todas partes haciendo el bien: Jesucristo. Muchos de ellos cobraban ánimo, encontraban consuelo y ayuda y obtenían la Salvación gracias a la sencilla obra misiонера de aquel pequeño lector de la Biblia.

Cierto día un acaudalado empresario llegó a conocer a Jesús al leer uno de aquellos versículos. Deseoso de averiguar su procedencia, retornó al lugar donde había hallado el papelito que lo había conducido a su Salvador. De pronto notó que otros papelitos caían a la acera. Observó que a una agobiada anciana se le iluminaba el rostro

y que cobraba renovadas fuerzas luego de agacharse con dificultad para recoger una de aquellas misteriosas misivas y leerla.

El empresario se quedó parado en aquel lugar con la mirada fija hacia arriba, resuelto a determinar el origen de aquellos papelitos. Tuvo que esperar bastante rato, pues al pobre Tommy le tomaba varios minutos de esfuerzo garabatear siquiera un verso en un papelito. De repente, se fijó en una ventanita por la cual vio extenderse una escuálida mano que arrojó un papelito igual al que había transformado por completo su vida. Tomó nota de la ubicación exacta de la ventana, subió presuroso las escaleras del viejo edificio y finalmente encontró la humilde morada del pequeño Tommy, el misionero lisiado.

Enseguida el empresario entabló amistad con el muchacho y le proporcionó toda la ayuda y atención médica que pudo. Un día le preguntó si le gustaría irse a vivir con él a su mansión, ubicada en las afueras de la ciudad.

La respuesta de Tommy le causó asombro:

—Tendré que consultarlo con mi Amigo —dijo, refiriéndose a Jesús.

Al día siguiente, el empresario regresó con gran expectativa por saber la respuesta de Tommy. Le resultó extraño que el chiquillo le hiciera más preguntas:

—¿Dónde dijo usted que

De repente, el empresario se fijó en una ventanita por la cual vio extenderse una escuálida mano que arrojó un papelito...

quedaba su casa?

—Ah —contestó el empresario—, en el campo, en una extensa y hermosa propiedad. Tendrás un cuarto muy bonito para ti solo, sirvientes que te cuiden, comidas deliciosas, una buena cama, todas las comodidades y atenciones habidas y por haber y cualquier cosa que quieras. Mi esposa y yo te prodigaremos todo nuestro cariño y te cuidaremos como si fueras hijo nuestro.

Titubeando, Tommy preguntó:

—¿Y pasará alguien delante de mi ventana?

Sorprendido, el empresario respondió:

—Pues... no. De vez cuando algún sirviente. Tal vez el jardinero. Es que no entiendes, Tommy. Se trata de una magnífica casa de campo, lejos del

tumulto de la ciudad. Allí gozarás de tranquilidad y podrás leer, descansar y hacer todo lo que desees, lejos de toda esta mugre y contaminación, del ruido y de las aglomeraciones de gente.

Al cabo de un largo silencio durante el cual Tommy reflexionó profundamente, su expresión se tornó triste, pues no quería ofender a aquel cabañero de quien se había hecho amigo. Al fin, con los ojos llenos de lágrimas, dijo en voz baja, pero con firmeza:

—Lo siento, pero nunca podría vivir en un sitio donde nadie pasara frente a mi ventana.

El muchacho de este relato era tan sencillo y tan desvalido que fácilmente habríamos podido prescribir que era incapaz de desempeñar un apostolado. Pero movido por amor descubrió un medio de ayudar.

Todos los días pasa alguien delante de la ventana de tu vida. ¿Ha hallado tu amor la forma de ayudarlo? ¿Te ha indicado Jesús cómo puedes ayudar a esa persona? Lo hará si lo deseas, sean cuales fueren las circunstancias en que te encuentres o las limitaciones a las que estés sujeto.

Dios también tiene una ventana, y ha prometido que si le obedecemos y abrimos a los demás la ventana de nuestra vida, Él «abrirá las ventanas de los Cielos y derramará bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). ○



GENTE PERDIDA Y SOLITARIA

Hoy en día muchas personas se sienten perdidas, solas, oprimidas, débiles, agotadas. Hay quienes son pisoteados: los pobres, los perseguidos, los hambrientos, víctimas de la guerra, el crimen y la explotación, gente a la que nadie quiere y por la que nadie se preocupa, que posee poquísimos bienes de este mundo y adolece de falta de alimento, ropa, techo y hasta de lo más esencial.

Por otra parte, están los que sí tienen bienes materiales y proyectan una imagen de seguridad, pero viven perdidos y aislados, presos de sus propios intereses egoístas. Están agobiados por los problemas, el estrés, los temores y las fobias. Hay quienes esbozan una sonrisa en su rostro, mas sufren por dentro; quienes se encuentran sumidos en un abismo vacío; quienes padecen dolor y se ven asediados por el rencor, el remordimiento y sentimientos de culpa; quienes sienten pesar y desazón por el pasado o temor de cara al futuro. Existen en el mundo actual millones y millones de personas perdidas y desesperanzadas.

Urge que el amor de Jesús resplandezca sobre esa pobre gente. Por tanto, como seguidor de Cristo debes sostener en alto Su luz para que todos la puedan apreciar. Si tú reflejas esa luz sobre la gente, el Señor hará lo demás. La difundirá y hará que cumpla Su propósito en la vida, el corazón y la conciencia de las personas. Procura que los demás vean a Jesús reflejado en ti.

David Brandt Berg

una situación no mejora, no es que nuestras oraciones hayan sido ineficaces, sino que nos faltaron la fe, la convicción y la determinación para perseverar en oración y luchar por algo que nos hacía gran falta.

En cierta oportunidad, Jesús ilustró ese principio por medio de la siguiente parábola: «Supongan que uno de ustedes va a medianoche donde un amigo para decirle: “Amigo, préstame, por favor, tres panes, porque me llegó un amigo de viaje y no tengo nada que ofrecerle”. Pero el otro responde desde adentro: “No me molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos acostados;

no puedo levantarme a dártelos”. Yo les digo que, si el de afuera sigue golpeando, por fin se levantará a dárselos. Si no lo hace por ser amigo suyo, lo hará para que no lo siga molestando, y le dará todo lo que necesita. Pues bien, Yo les digo: Pidan y se les dará, busquen y hallarán, llamen a la puerta y les abrirán. Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y, al que llame a una puerta, se le abrirá» (Lucas 11:5-10, Edición Pastoral).

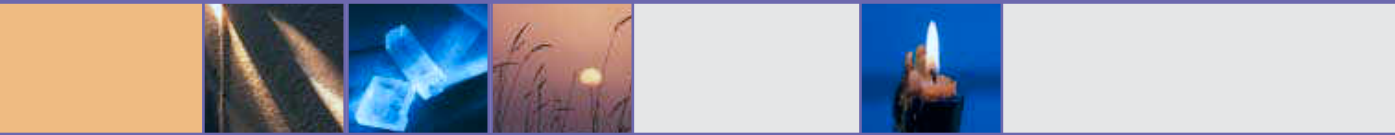
Si tenemos verdadera necesidad de algo, si estamos obedeciendo a Dios y sabemos que Dios quiere que lo tengamos, o si le pedimos que nos ayude a tener éxito

en alguna tarea de suma importancia, entonces debemos pedírselo en oración. «Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Juan 5:14-15). ¡Insiste! Insiste en que Dios te ayude o te dé lo que necesitas, y lo hará. «Busca y hallarás»; y si el Señor no responde enseguida a tus oraciones, no te des por vencido. Sigue llamando a las puertas del Cielo, y esas puertas «se te abrirán». ○

Dios MONTÓ UN ESPECTÁCULO LUMÍNICO el otro día, y tuvimos el privilegio de presenciarlo. Además nos dijo muchas cosas, que nos propusimos escuchar. Estoy seguro de que nos lo había enseñado antes, pero todos andábamos muy ocupados para detenernos a prestarle atención.

que sea. Ten en cuenta que en la noche la llama de una sola vela puede divisarse a más de un kilómetro de distancia.

Hasta un granito de polvo, a pesar de su pequeñez, puede resplandecer como un diamante si le da un rayo de sol. Cuanto más densa es la oscuridad, más brilla la luz. Un pequeño diamante



El Señor hizo penetrar en nuestra habitación tres relucientes rayitos de luz. No se colaron por los postigos, que obstruyen la luz, sino por diminutos agujeros que la dejaron pasar. Eso me hizo pensar en nuestra vida de servicio al Señor: Cuanto más pequeños somos, más claramente ven los demás a Jesús. Cuanto menos hay de nosotros, más dejamos pasar Su luz.

Eran rayos multicolores: cada uno mostraba un color distinto de la luz divina, pero provenían todos de la misma luz. Es similar a lo que dice la Biblia en el sentido de que a cada cristiano se le conceden diferentes dones, pero todos provienen del Espíritu Santo (1 Corintios 12:4). Cada persona refleja a su manera la luz de Dios. Cada cual deja brillar su luz, deja ver las obras particulares que realiza a fin de que los hombres glorifiquen la belleza de Dios (Mateo 5:16).

Somos como rayitos de luz en este mundo espiritualmente tan sombrío. Hasta unos pocos haces de luz pueden destacar y hacerse notar. No creas que porque hay tanta oscuridad no vale la pena emitir una lucecita, por pequeña

de polvo, o un rayito de sol, resaltan más cuando la habitación está muy oscura. «Cuando el pecado abunda, sobrea-bunda la gracia» (Romanos 5:20).

No nos atrevemos a mirar directamente al Sol: nos cegaría. Pero vemos su reflejo en las cosas que ilumina. De igual forma, solo se puede ver a Dios en la medida en que Sus hijos, como diminutos diamantes de polvo, lo reflejen. La gente no puede mirar a Dios ya que Él resplandece demasiado. Se tiene que fijar en nosotros, los creyentes, para ver el reflejo que proyectamos de Él.

La luz de Dios no se ve a menos que tú la reflejes. Los demás sólo verán a Dios en ti si tú lo reflejas. «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mateo 5:16). De no ser por el polvo, no se podría ver la luz; y de no ser por la luz, no se vería el polvo. Ambos son necesarios.

Puede que uno nunca vuelva a ver uno de esos pequeños diamantes de polvo, puesto que algunos son impulsados hacia la luz, no brillan sino por un momento, y se desvanecen nue-

vamente en la oscuridad. Sólo tienen su momento de verdad. Claro que aunque resplandezcan una sola vez en la vida con la luz del Señor, vale la pena. Aunque sólo una vez en su existencia brinden vida y alegría a alguien, vale la pena. Pero si pudieran permanecer en la luz del Señor, podrían centellear

seguir ese camino, o no se llega nunca. Jesús es la luz del mundo (Juan 8:12). Él es el único camino. Solamente en Él hay Luz. Él es el rayo recto y estrecho que lleva al amor de Dios. A menos que nos pongamos en medio de ese haz de amor, jamás brillaremos. Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene

DIAMANTES DE POLVO

David Brandt Berg

hasta agotarse, tal como una vela que alumbraba toda la casa hasta extinguirse. Cuanto más permanezca la motita de polvo en la luz, más tiempo brillará y seguirá siendo un diamante.

Esos diamantes de polvo pueden brillar por un breve instante y luego desaparecer, como la vida del hombre, como la hierba del campo que hoy es y mañana deja de ser. ¿Qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina, un vaho que refleja por un momento los rayos de luz divinos y luego se desvanece (Salmo 103:15,16). No tenemos el mañana asegurado. Mejor será que brillemos ahora, en tanto que tenemos la luz, o caeremos en el olvido (Santiago 4:14), y nadie sabrá siquiera que hemos existido. Porque si no permanecemos en la luz divina, nadie la habrá visto reflejarse en nosotros, brillar a través de nosotros. «El que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios» (Juan 3:21).

Los haces de luz que vemos siguen una línea muy recta, muy estrecha, y se difunden desde su origen en un solo sentido. Es decir, que no hay sino un camino para alcanzar la Fuente. Hay que

al Padre, sino por Mí» (Juan 14:6).

Es notable todo lo que Dios puede enseñarnos a partir de un simple rayito de luz. Basta que lo apreciemos con la sencillez de un niño. «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (Mateo 18:3).

Para aprender del Señor hace falta detenerse, mirar y escuchar. Si no, nos vemos desbordados por todos los afanes de esta vida, en lugar de desbordar Su verdad, amor y alegría. Somos vencidos por el mundo en vez de vencer al mundo por medio de Dios. Si vivimos muy atareados, o si andamos con muchas prisas y sumidos en nuestros afanes y asuntos particulares, nunca aprendemos nada.

Observa los diamantes de polvo. No se esfuerzan por centellear y brillar. Simplemente dejan que la luz se refleje en ellos. No se afanan por brillar o moverse. No se dirigen a ninguna parte, no tienen prisa. Lo único que hacen es flotar calladamente en el aire creado por Dios.

Para... mira... escucha... y deja que tus motas de polvo se tornen en diamantes que pongan de manifiesto la belleza de Dios. •

Luz sobre uno
de los grandes
interrogantes
de la existencia



¿Por qué hay tanto sufrimiento?

sufrimiento

SI ES CIERTO QUE DIOS ES AMOR Y QUE NOS AMA, ¿POR QUÉ HAY TANTO SUFRIMIENTO EN EL MUNDO?

Dios no tiene la culpa de todos los padecimientos de la gente. Él no es ningún monstruo que se deleite haciéndonos sufrir. No es responsable del dolor, la muerte y el pesar. La verdad es que gran parte de lo que sufrimos es consecuencia del egoísmo de las personas y de sus tendencias y acciones destructivas.

Tomemos por caso las guerras, que a lo largo de la Historia han causado incontables padecimientos. La Biblia dice: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1). La culpa del dolor que ocasionan las guerras la tienen los seres humanos, que por su egoísmo, su codicia, su soberbia y su espíritu competitivo agreden a sus congéneres para obtener ganancias.

¿Y LA MISERIA? ¿Y LOS MILLONES QUE MUEREN DE INANICIÓN Y DE ENFERMEDADES EN LAS NACIONES MÁS EMPOBRECIDAS DEL PLANETA? SIN DUDA ELLOS NO TIENEN LA CULPA DE SU DESGRACIA.

Lo cierto es que los hombres son también en gran medida responsables de la pobreza. La desaparición de los bosques tropicales, el avance de la desertificación, la muerte de los mares y el calentamiento del planeta son factores que tienen un efecto devastador en la producción de alimentos, sobre todo en regiones ya empobrecidas, y son mayormente consecuencia del implacable afán de ganancias de los poderosos, siempre a costa de los desposeídos. Por ejemplo, en ciertos países en vías de desarrollo, la tala indiscriminada para lucrar a corto plazo está provocando una catástrofe ecológica y un masivo desplazamiento de la población.

Los conflictos civiles, provocados por el ansia de poder, también inciden en las hambrunas y la pobreza que afligen a muchos países. ¿Acaso se le puede echar a Dios la culpa de esos flagelos? Los sufrimientos de esa índole son causados por el egoísmo y la falta de amor de algunas personas, por su imprevisión y su despreocupación por las generaciones futuras.

PERO LA ESCASEZ DE ALIMENTOS NO ES ÚNICAMENTE CONSECUENCIA DE LA EXPANSIÓN DE LOS DESIERTOS, LA DEVASTACIÓN DE LOS BOSQUES Y LAS GUERRAS. EXISTEN FUERZAS NATURALES QUE ESCAPAN AL CONTROL DEL HOMBRE Y QUE CONTRIBUYEN A LA EXTREMA POBREZA Y EL HAMBRE. ¿NO ES DIOS RESPONSABLE DE ESO?

Si bien es cierto que algunos factores escapan al control del hombre, paradójicamente, mientras millones de personas sufren de desnutrición, en otras zonas del

Diablo cause mayores estragos y más devastación. Por otra parte, cuando nos rebelamos contra Dios o nos negamos a regirnos por las leyes naturales y espirituales que Él ha establecido, nos acarreamos desgracias, que a veces Dios permite que el Diablo nos inflija.

En lo tocante a las personas que obran inicua y causan sufrimiento, si Dios les parara los pies estaría conculcando la libertad de elección, la facultad de escoger entre hacer el bien o el mal que ha concedido a los seres humanos.

¿NO HABRÍA SIDO MEJOR, ENTONCES, QUE NOS HUBIERA HECHO A TODOS BUENOS?

Si Dios hubiera querido autómatas, sí. Podría haber dispuesto que todos nos condujáramos siempre rectamente. Sin embargo, al dotarnos de libre albedrío se impuso a Sí mismo ciertos límites: deja en nuestras manos la decisión de amarlo y obrar bien, de la misma manera que los padres aspiran a que sus hijos los amen por voluntad propia, no por obligación. Él nos creó para que escogiéramos entre el bien y el mal, entre hacer las cosas como Él quiere o a nuestro antojo.

Esa es la principal causa de que en el mundo de hoy haya tanto sufrimiento, miseria, dolor, enfermedades, guerras, dificultades económicas y otros males: en vez de optar por amar y obedecer a Dios, muchas personas se han rebelado contra las normas que Él, por amor, nos prescribe a fin de que gocemos de buena salud y seamos felices. Muchos quieren hacerlo todo a su manera y sufren las consecuencias de sus malas decisiones. «Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte» (Proverbios 14:12).

DE TODOS MODOS, ¿POR QUÉ PERMITE DIOS QUE A LA GENTE BUENA LE OCURRAN DESGRACIAS? CLARO QUE NADIE ES PERFECTO,

PERO ¿POR QUÉ NO RECOMPENSA Y LIBRA DE SUFRIMIENTOS A QUIENES PROCURAN SINCERAMENTE HACER EL BIEN Y TOMAR BUENAS DECISIONES, MOTIVADOS POR EL AMOR?

Generalmente, eso es ni más ni menos lo que hace. Los reveses que sufrimos nos resultan evidentes, pero en muchos casos no somos tan conscientes de todos los disgustos que nos ahorramos gracias a Su amorosa intervención.

No obstante, las personas buenas también sufren penalidades, y cuando eso sucede conviene recordar un principio que a veces nos cuesta entender: que el sufrimiento tiene sus beneficios. Las dificultades moldean nuestra personalidad y nos dejan valiosas enseñanzas. Son frecuentes las ocasiones en que aprendemos más del fracaso que del éxito.

Además, si optamos por no endurecernos ni resentirnos, el pesar hace relucir nuestras mejores cualidades y nos vuelve más amorosos, tiernos, bondadosos y considerados. La Biblia dice que consolamos a los demás «por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Corintios 1:4). Quienes hemos buscado en Dios consuelo y fortaleza para sobrellevar el sufrimiento solemos mostrarnos luego deseosos de encaminar a otros hacia Aquel que es capaz de aliviar su tristeza y ayudarlos a resolver sus problemas: Dios, cuyo amor está encarnado en Jesús.

Lo alentador es que la Palabra de Dios promete que llegará muy pronto el día en que aquellos que lo amamos dejaremos de sufrir. Jesús retornará para rescatarnos de todo padecimiento y llevarnos al Cielo, donde Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque estas cosas habrán pasado (Apocalipsis 21:4). •

(LAS ANTERIORES RESPUESTAS SE BASAN EN LOS ESCRITOS DE DAVID BRANDT BERG.)

En lo tocante a las personas que obran inicua y causan sufrimiento, si Dios les parara los pies estaría conculcando la libertad de elección que ha concedido a los seres humanos.



¿AQUÍ QUIÉN MANDA?

Adaptación de un artículo de David Brandt Berg

EL OTRO DÍA, mientras conversaba con una linda agente de viajes, nos pusimos a hablar de Dios.

—¡Bah, yo no creo en Dios! —dijo—. Si existe Dios, ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?

Le respondí:

—No se le pueden achacar a Dios todos los males que hay en el mundo. Quien causa todas esas desgracias no es Él. Muchas son obra del Diablo, que se complace en hacer daño a los hombres y verlos sufrir. Es más, esa es una de sus principales tácticas para apartar a la humanidad de Dios: le echa a Dios la culpa de todas las fechorías que él comete.

La jovencita se quedó callada un momento, reflexionando. A continuación me preguntó:

—Entonces, si Dios existe y es omnipotente, ¿por qué no pone freno al Diablo? ¿Por qué permite que haya tantas injusticias en el mundo? ¿Por qué no detuvo a Hitler?

—Es que de haberle parado los pies a Hitler, habría tenido que impedir a todo el mundo hacer cosas malas. Puede que no seamos tan malos como Hitler, pero la verdad es que todos nos portamos mal de vez en cuando.

—¿No habría sido mejor que nos hubiera hecho a todos buenos? —me preguntó.

—Si el Señor hubiera querido autómatas, claro, nos habría programado a todos de forma que obráramos bien en cualquier situación. Pero nos creó con libre albedrío para que escogiéramos entre el bien el mal. Él naturalmente espera que siempre nos encaucemos hacia lo bueno, que obremos con amor y con justicia, o al menos de tal modo que no nos perjudiquemos ni a nosotros ni a los demás. Sin embargo, cuando ve que estamos por tomar una decisión desacertada, generalmente se abstiene de intervenir. ¿Por qué? Porque al concedernos el libre albedrío se impuso a Sí mismo ciertas limitaciones para no interferir con nuestra capacidad de actuación.

»Lamentablemente, todo el mundo toma decisiones equivocadas de vez en cuando, y algunas personas lo hacen reiteradamente.

Esa es la raíz de la mayoría de los problemas del mundo de hoy: las decisiones equivocadas de la gente. A pesar de todo, hay esperanza, al menos en el ámbito personal. Dios está preparado para orientarnos a la hora de decidir. Puede que nosotros no podamos resolver todos los problemas del mundo, pero sí estamos en condiciones de mejorar nuestra vida y ejercer una influencia positiva en el ambiente en que nos movemos. Todo empieza por pedirle a Dios que nos ayude a tomar decisiones atinadas, motivadas por el amor».

En ese momento la llamaron para que atendiera a un cliente, y me dijo:

—Me parece que tú acabas de tener una buena influencia en mí, pues me siento diferente. Creo que voy a darle una oportunidad a Dios. •

ANTORCHAS

David Brandt Berg

Actualmente hay tanta gente perdida, sola, oprimida, débil, agotada. Hay muchos pobres, muchos perseguidos, que son víctimas de la guerra, el crimen y la explotación, gente a la que nadie quiere, que tiene muy poco y por la que nadie da un céntimo.

Por otra parte, están los que gozan de una situación acomodada y aparentan vivir de maravilla, pero andan perdidos y solos, y son prisioneros de sus propios intereses egoístas y prioridades mal escogidas. Están cansados y agobiados por los problemas, el estrés, los temores y las fobias. Lucen una sonrisa, mas sufren por dentro. Miran el futuro con aprensión. Se sienten vacíos, culpables. Son presa del dolor, la amargura o el remordimiento.

El mundo actual está lleno de gente perdida y desesperanzada. Me recuerda lo que decía una vieja canción de los Beatles, *Eleanor Rigby*: «*All the lonely people, where do they all come from?*» (¿De dónde salió toda esa gente solitaria?) Te diré por qué hay tanta gente así: son fruto de un mundo egoísta que se ha apartado de la luz del amor de Dios y ahora se lo está tragando la oscuridad.

Es esencial que resplandezca el amor de Dios. Pongámoslo de manifiesto para que todos lo vean. Alumbremos con él a los demás, y Dios se encargará del resto. Se ocupará de que cumpla Su propósito en la vida de esas personas (Juan 12:32). ¡Seamos un reflejo de Jesús! ⇐



LILI BACEK (CAORLE, ITALIA)

TRAS UN LARGO PERÍODO

en que estuve enferma y tuve que someterme a tratamiento médico, mi esposo empezó a verme más como un problema que como una persona a quien amaba y que necesitaba su ayuda, y encontró el modo de librarse del *problema* entablando una relación con otra mujer. Al cabo de 22 años de casados, nos divorciamos, vendimos la casa que estábamos construyendo, y yo me mudé con mis dos hijas a un departamento prestado hasta que me recuperé. Unos *amigos* me ofrecieron formar parte de una sociedad a través

de la cual iban a abrir unas boutiques, pero en 24 horas me robaron el poco dinero que me quedaba. Le rogué a Dios que me rescatara o me llevara al Cielo.

Unos días antes, dos integrantes de La Familia Internacional habían visitado mi tienda. Les había comprado uno de sus discos compactos y había rezado con ellos para aceptar a Jesús en mi corazón. Cuando mi mundo se derrumbó, los llamé y quedé en volver a verlos. Presentí que tenían algo que el mundo no podía ofrecerme. Entonces comenzó

mi transformación total. Estudié con ellos la Palabra de Dios y aprendí a comunicarme con Él por medio de la oración. Todos mis temores se fueron disipando.

Me mudé de Croacia a Caorle, un pueblito pesquero de Italia donde trabé amistad con un hombre a quien di a conocer al amor de Jesús. Su vida también sufrió una transformación. Más tarde abrimos un restaurante juntos. Entonces descubrí que las personas más necesitadas no son las que carecen de bienes materiales, sino las que a pesar de gozar de aparente éxito están faltas de esos ingredientes que hacen que la vida tenga sentido. Nuestro restaurante es un lugar donde pueden venir a renovarse física y espiritualmente. ⇐

EL CICLO DE LAS SONRISAS

DURANTE MUCHOS AÑOS, David Berg y su esposa María tuvieron la costumbre de hacer diariamente una caminata a paso ligero para mantenerse en forma. Por una época, siempre se topaban con un hombre mayor. Con el tiempo averiguaron que era solterón y se llamaba Feliciano. Claro que de *feliz* no tenía nada. «Tenía la cara más amargada del mundo —recordaba Berg años después—. Siempre andaba muy bien vestido, de traje, y al parecer era alguien importante en la ciudad; pero caminaba con las manos a la espalda, mirando fijamente el suelo. Cuando María o yo le saludábamos o sonreíamos, enseguida miraba para otra parte. Tanto queríamos cambiar su mueca en una sonrisa que nos propusimos no cejar hasta conseguirlo. Nos tomó dos años... hasta que un día por fin nos devolvió la mirada. Desde aquel momento, Feliciano cambió completamente de semblante y de actitud».

Afortunadamente, la mayoría de las personas no son así de difíciles. Tu sonrisa puede ahuyentar los nubarrones que se ciernen sobre otra persona, y de paso, a ti también se te puede iluminar el día.

Es prácticamente imposible sonreír sin sentirse mejor por dentro. Sonreír no solo te relaja a ti, sino también a quienes te rodean. De hecho, desencadena todo un ciclo: Primero elimina el abatimiento y genera un clima de esperanza y alegría, lo cual hace que todo marche sin tantos sobresaltos, y a la vez te da más ganas de sonreír y más motivos para estar contento. Eso te lleva a agradecerle a Dios todo lo bueno que te da, lo que a su vez hace que Él quiera prodigarte más bendiciones aún, con lo cual acabas teniendo más razones para

sonreír... Y así sucesivamente.

En el curso de la próxima hora, esfuérzate por sonreír más. A ver si eres capaz de mantener esa sonrisa todo el día. Luego trata de que te dure toda una semana, y verás cómo cambian las cosas. ❀

Quando te sientes triste,
cuando el dolor persiste
y el cielo entero se viste de gris,
si sonríes verás el sol.
Sonríe y cesará el dolor,
y un arco iris surgirá
al sonreír.

LETRA DE JOHN TURNER Y GEOFFREY PARSONS
(1954) PARA UNA MELODÍA COMPUESTA POR
CHARLIE CHAPLIN Y QUE SE INCLUYÓ EN LA
FAMOSA PELÍCULA MUDA «TIEMPOS MODERNOS»,
PRODUCIDA EN 1936.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

¿Qué es la verdad?

Hoy en día la palabra *verdad* se emplea para referirse a la «existencia objetiva de algo». Sin embargo, en los siguientes pasajes se emplea en el sentido más profundo de «realidad fundamental o espiritual trascendente».

Debemos buscar la verdad.

Salmo 25:5

Proverbios 23:23

1 Timoteo 2:4

Dios ha prometido revelarnos

Su verdad.

Jeremías 33:6

Juan 15:26

Juan 8:31,32

La Palabra de Dios es verdad.

Salmo 119:142

Salmo 119:151

Juan 17:17

Jesús es el Verbo encarnado;

Él es la verdad.

Juan 1:14

Juan 1:17

Juan 14:6

Efesios 4:21

No te apartes de la verdad.

Colosenses 2:8

2 Timoteo 4:4

1 Juan 4:6

La verdad es preponderante y eterna.

Salmo 85:10,11

Salmo 100:5

Salmo 108:4